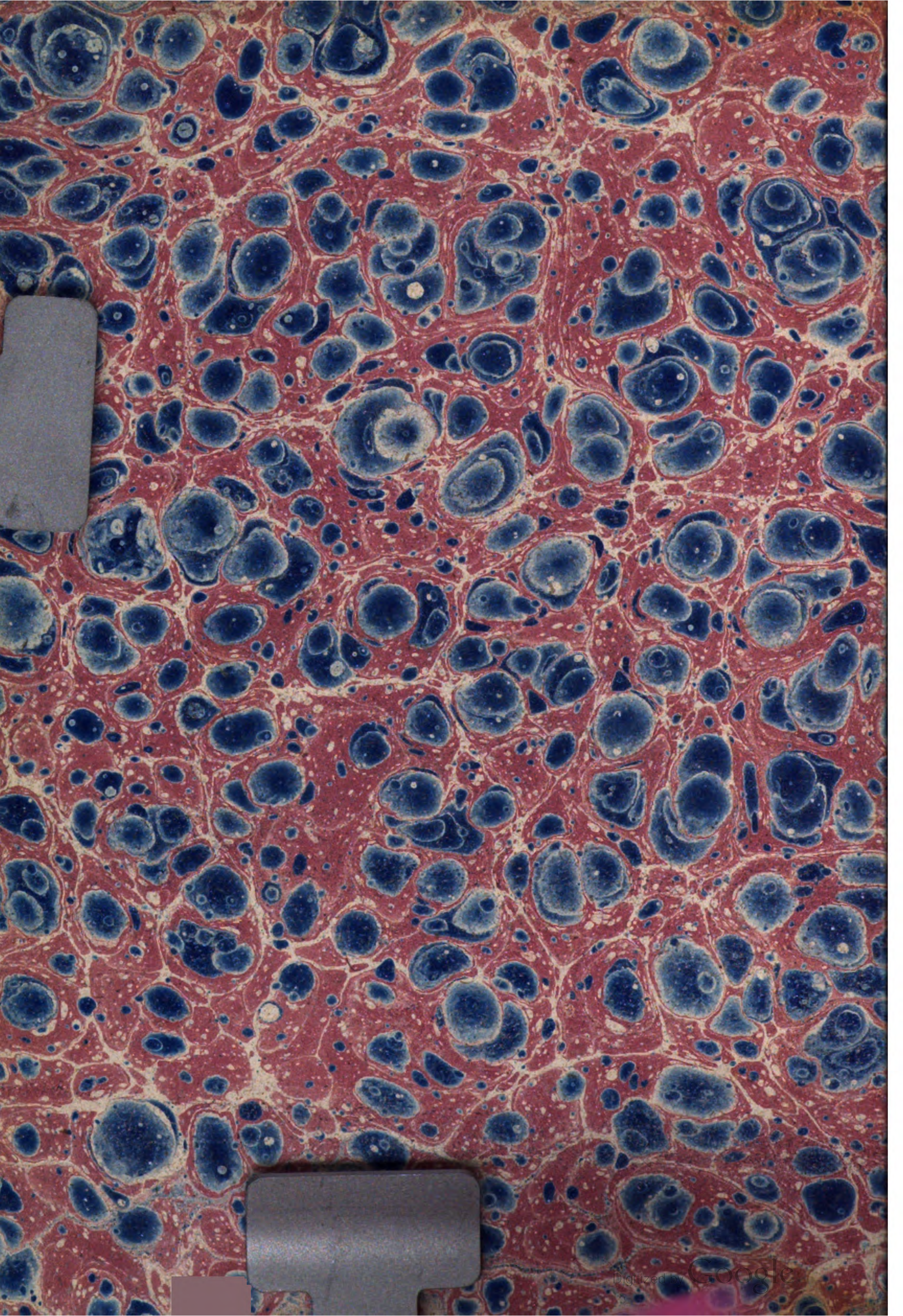
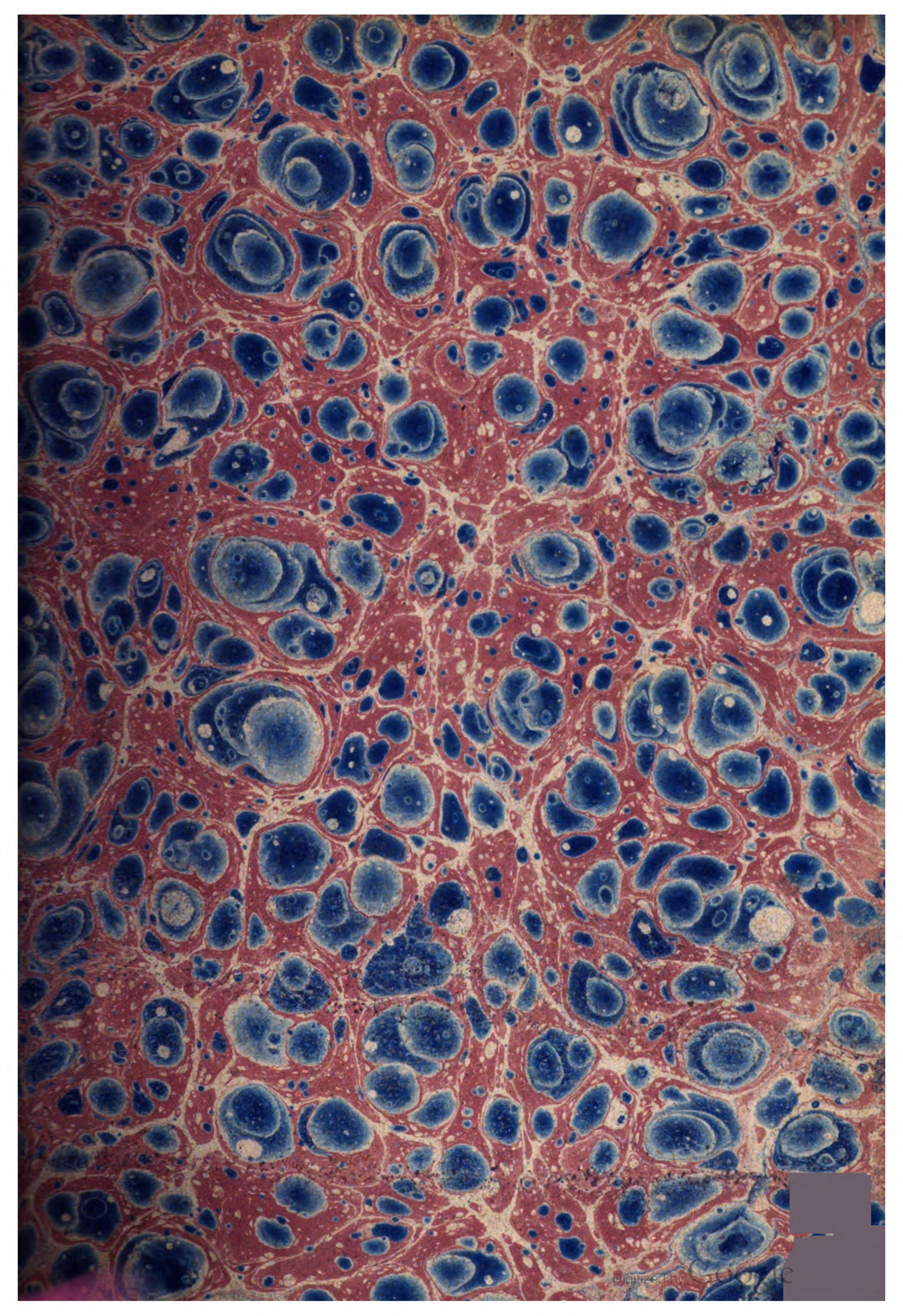


Historias de Suiza y de los Paises Bajos desde los tiempos mas ...

Barón de Korff, Auguste Saint-Prosper







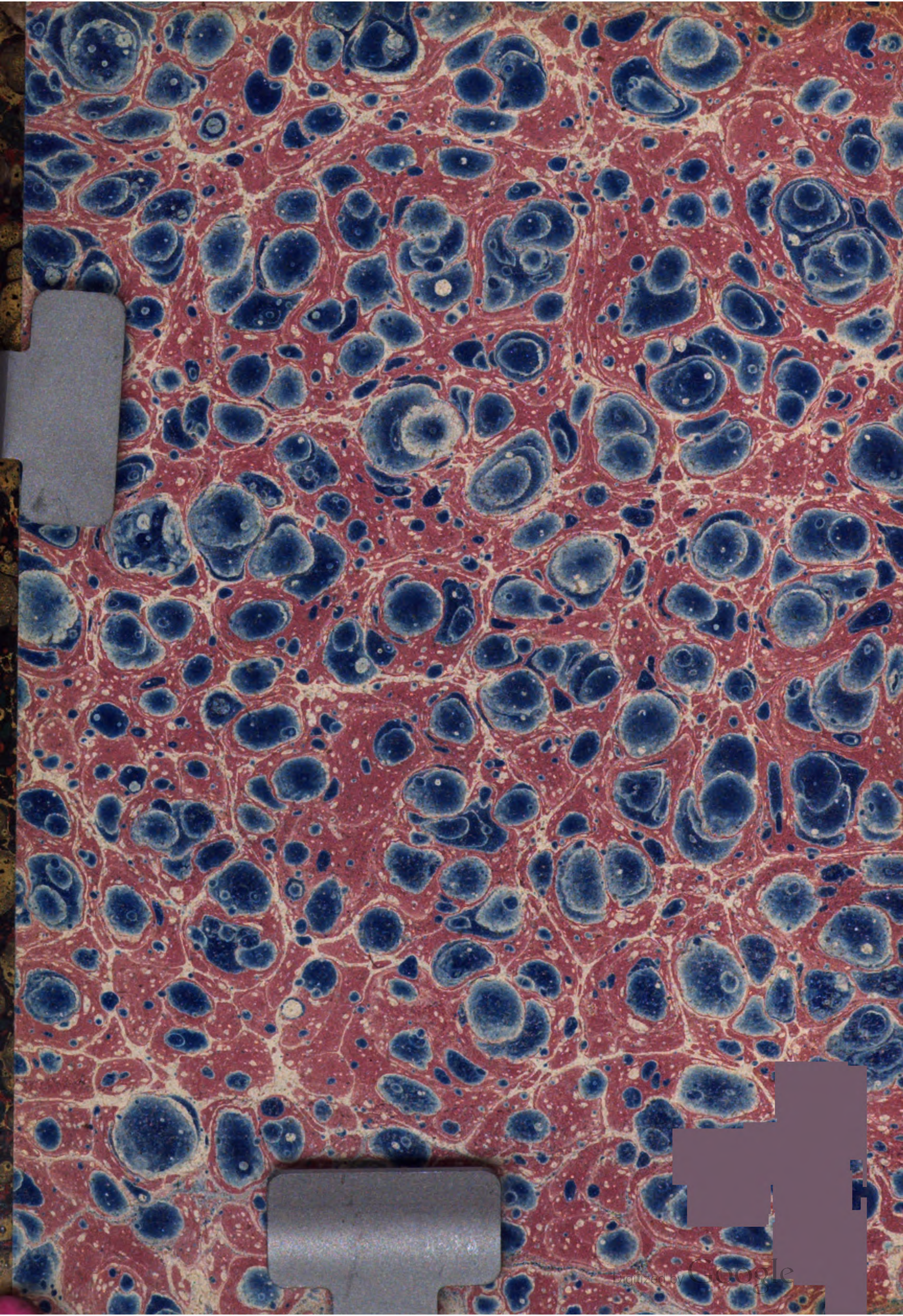
Holanda

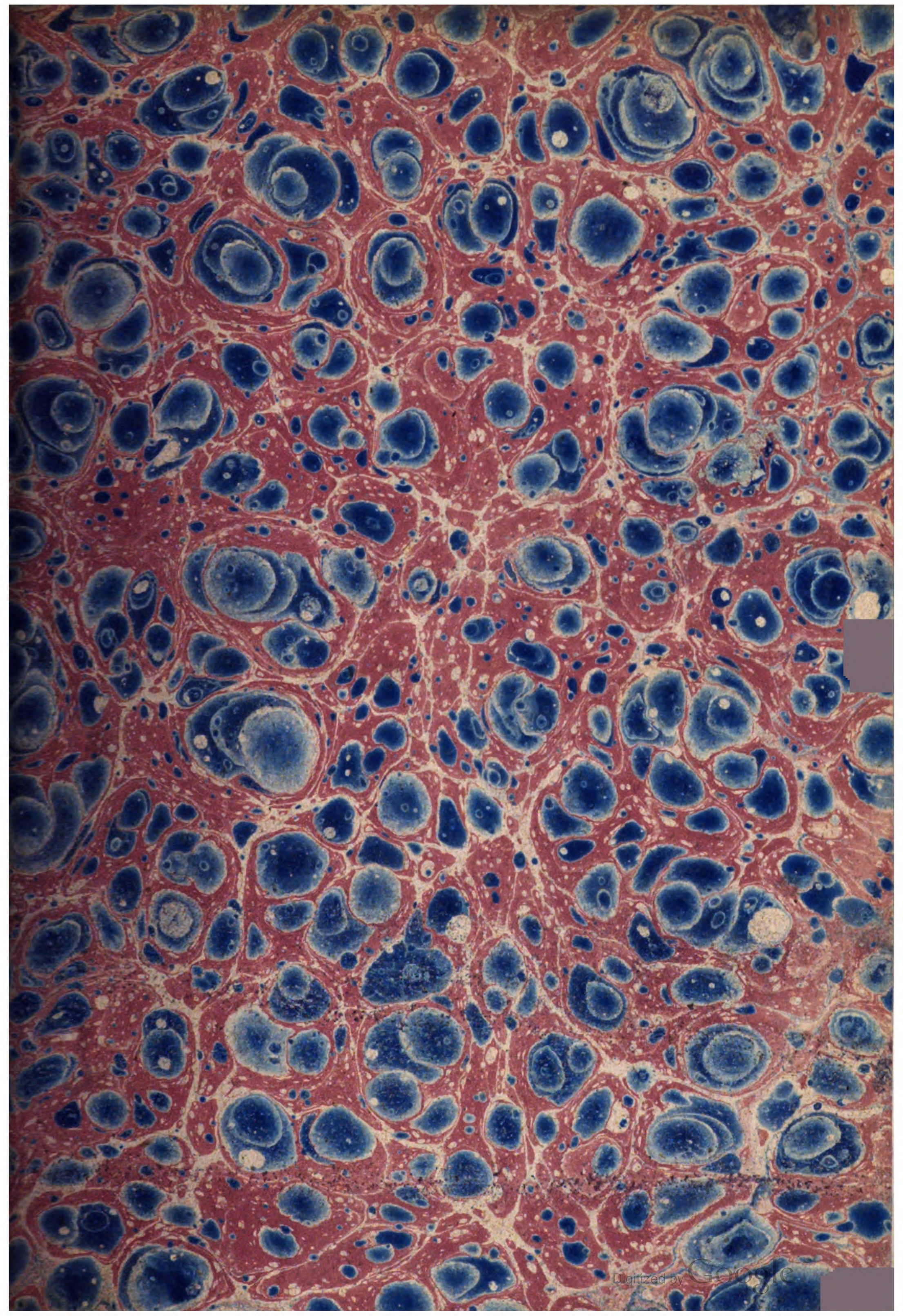
EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS.

TOMO DÉCIMO SESTO.

HISTORIAS DE SUIZA Y DE LOS PAISES BAJOS.





EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS.

TOMO DÉCIMO SESTO.

HISTORIAS DE SUIZA Y DE LOS PAISES BAJOS.

HISTORIAS

DE

SUIZA Y DE LOS PAISES BAJOS,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA 1840.

POR

el baron de **KORFF** la primera,

y por Mr. Augusto Saint-Prosper la segunda.

ADORNADAS

CON 16 LÁMINAS GRABADAS EN ACERO
QUE REPRESENTAN TRAGES Y MONUMENTOS DE VARIAS ÉPOCAS.

Traducidas por

JUAN CORTADA.





BARCELONA,

IMPRENTA DE A. BRUSI.

Calle de la Libretería N.º 2.

1845



PROLOGO DEL TRADUCTOR,

À LA

HISTORIA DE SUIZA.

En el punto en que tenemos la presente obra del Mundo era difícil elegir historias mas dignas de llamar la atencion nuestra que las de Suiza y de los Paises Bajos, que vamos á incluir en este tomo. La pintoresca Helvecia cuyo territorio poco estenso y menos fértil ha dispertado siempre la atencion de los viageros é inspirado á los artistas, en muchísimas épocas representó un papel de suma importancia en la politica, y de algunos años á esta parte es fundadamente citada como el pueblo tipo de la sencillez, de la libertad y de la ventura. Dijérase que la naturaleza ha elegido ese pais para hacer ostentacion de sus caprichos y de sus mas raras y sorprendentes bellezas. En algunos puntos cubiertos de nieves eternas se ve un remedo de la Laponia y de la Siberia; y á poca distancia crecen lozanos en risueños valles los vegetales del mediodía de Europa. El aroma que embalsama el puro aire de los Alpes, el inmenso y limpio horizonte que desde ellos se descubre, los torrentes que se precipitan desde altaneras cumbres, las viciosas orillas de cristalinos la-

gos y las nieblas que á veces se tienden sobre los valles y dejan las cimas de los montes cual una isla en medio de un océano de vapores, á todos esos fenómenos se deben los bellos cuadros de paisages y los cantos de los poetas que han pintado y descrito esa tierra, sin poder alcanzar ni con mucho la realidad que á cada paso sorprende hasta al mas indiferente.

El baron de Korff ha escrito la presente historia en poco espacio, cual corresponde á la relativa importancia del pueblo cuyos hechos relataba; mas aunque breve es completa porque en ella no falta cosa alguna de cuantas pueden contribuir á la enseñanza y satisfacer la curiosidad de los lectores.

HISTORIA DE SUIZA.

EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS

DESDE LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD

HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIA DE SUIZA.

Este territorio tan pintoresco y cuyos habitantes viven muchos siglos hace libres y felices, confina al oeste con la Francia, al norte con el gran ducado de Bade y Wurtemberg, tiene por frontera el Tirol austríaco por la parte de este, y por el sur el reino lombardo-veneto y el de Cerdeña. Presenta la Suiza dos cordilleras de montañas enteramente distintas; primero, la del Jura que corre de sudeste al nordeste y despues la de los Alpes. El pais tiene de oeste á este cerca de ochenta leguas, cincuenta de norte á sur, y de surperficie total mil nuevecientas ochenta y cinco cuadradas. «El Dios protector de la Helvecia, dice el escritor »suizo Zschokke, encerrándola dentro de un formidable re»cinto de altas montañas y de profundas aguas ha hecho de »este pais una ciudadela imponente é inespugnable cuando »está guarnecida por intrépidos defensores. Todo este ter-

»ritorio en una época á que no alcanza la historia de los »hombres estuvo cubierto por las aguas del océàno, de cu»yos terribles embates presentan claras huellas los mas »elevados peñascos; las plantas y las conchas que tapizaban »el fondo de las aguas ėstan hoy petrificadas entre el limo »convertido en sólidas rocas.»

No vacilamos en asegurar que el lector concebiria una imperfecta idea de la Suiza si no presentáramos algunos pormenores de sus celebérrimos lagos que ocupan entre todos cincuenta y dos leguas cuadradas y que ofrecen tan admirables como variados puntos de vista. Esos lagos que aumentan la hermosura de la Suiza acrecen asimismo sus riquezas. En el lago de Zug se pescan carpas que pesan hasta noventa libras y son un objeto de lujo para las mesas de Paris en donde se pagan hasta trescientos francos. El lago de Ginebra ó sea de Leman (Lacus Lemanus) presenta la forma de una media luna cuyos cuernos estan vueltos hácia el sur: tiene diez y seis leguas de largo, no pasa de tres á cuatro en su mayor anchura, y su superficie alcanza muy cerca de cuarenta. Está á mil ciento treinta pies sobre el nivel del mar, en los dos estremos tiene de dos á trescientos pies de profundidad, y hay puntos en que llega á nuevecientos, por ejemplo en frente de Evian que forma parte de la Saboya. En el lago de Ginebra hay tempestades terribles; baña al norte los pueblos que estan pegados á las montañas y cuyos costados producen ricos viñedos, y hácia el sur hay anchos prados que tienen por límites una cadena de montañas detras de las cuales descuella el Mont-Blanc.

El lago de Neufchatel tiene ocho leguas de largo y dos de ancho; está cerca de ciento ochenta pies sobre el nivel del lago de Ginebra y á mil trescientos sobre el nivel del mar. Por lo general su profundidad es de trescientos veinte y cinco pies; mas en algunos puntos llega hasta cuatrocientos. El lago de Bienne segun los autores del *Compendio de geografía universal*, está ocho pies mas bajo que el de Neuf-

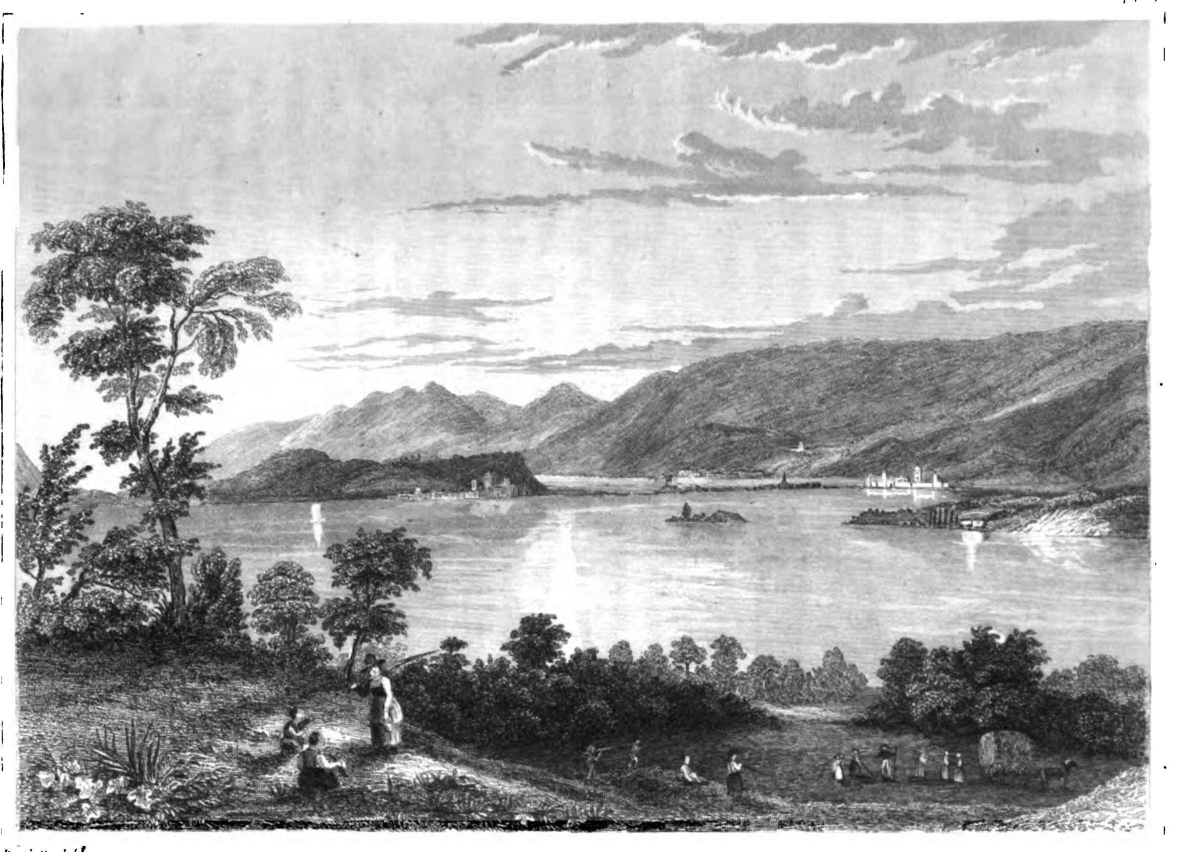
chatel, del cual dista una legua hácia el norte: tiene tres leguas de longitud, una en su mayor anchura y de doscientos á doscientos veinte pies de profundidad. El lago de Thun tiene cuatro leguas por tres, setecientos veinte pies de profundidad y está á mil setecientos ochenta pies sobre el nivel del mediterráneo. El lago de Brienz á una legua hácia el norte del anterior está como este atravesado en toda su longitud por el Aar, y su profundidad en algunos puntos es de quinientos pies. El lago de Lucerna ó de los cuatro cantones, muy irregular en su forma, tiene cuatro brazos, el mas largo de ellos de nueve leguas de longitud y media de anchura; su mayor profundidad es de seiscientos pies y está á mil trescientos cincuenta sobre el nivel del mediterráneo. Los variados puntos de vista que presenta lo hacen figurar en primera línea entre los mas pintorescos de la Suiza. El lago de Zug tiene cuatro leguas de longitud y una de anchura; está á mil trescientos pies sobre el nivel del mar y tiene una profundidad de cerca de seiscientos. El lago de Zurich que se estiende en una curva de nueve leguas de largo tiene tres cuartos de legua en su mayor anchura; su profundidad es de seiscientos pies y está á mil doscientos sesenta sobre el nivel del mar. Finalmente el lago de Wallenstadt tiene tres leguas y media de longitud, cerca de media en su mayor anchura y está á mil ciento cuarenta pies sobre el nivel del mar. Lo circuyen montañas que se elevan hasta seis mil pies y cuya mayor parte carecen absolutamente de vegetacion, lo cual le da un aspecto salvage.

En cuanto á los rios nos limitarémos á decir que el Rhin sigue su curso desde San Gotardo hasta el lago de Constanza; el Inn se precipita desde el monte Bernina; el Adda que se deja ver al pie del monte Galbo desemboca en el lago de Como; el Tessino que sale del monte Gries llega hasta el lago Maggiore en Italia; el Ródano engrosado con rios de menos importancia que bajan desde los montes

Grimsel y Furca; y finalmente el Aar y el Limat el cual fecunda los valles mas pintorescos de la Suiza.

Despues de haber hablado de los lagos y de los rios de ese pais terminarémos su parte topográfica, diciendo que en sus montañas se encuentran pórfido, mármol, alabastro, hierro, plomo, cobre, zinc, cobalto, arsénico y antimonio; en las aguas del Aar, del Adda y del Reuss se cogen arenas de oro. Hay ademas en Suiza muchas aguas minerales y entre ellas las de Pfeffers, de Leukd ó Loneche son concurridas por muchos enfermos. Si dirigimos nuestra atencion al aspecto general del pais verémos, dice el esclarecido escritor helvético Haller, que en pequeño presenta al botánico todas las comarcas de Europa, desde la Laponia y aun desde Spitzberg hasta España. Al rededor de las neveras y en los altos valles en que reina la misma temperatura que en las playas del mar glacial y en donde el verano no dura mas que cinco semanas en las cuales algunas veces nieva, crecen el ranúnculo de cáliz velloso, la saxifraga y el sauce enano con hoja de olmo como en las costas de Spitzberg y de la Groenlandia. Bajando de los hielos eternos, se encuentran primero yerbas muy cortas que son comidas por los carneros y cabras. Esas plantas son negras y vivaces, casi todas tienen la flor blanca, son muy aromáticas, y puestas en los herbarios conservan los colores mejor que las plantas de lás llanuras. Debajo de estos pastos se encuentran otros mas gordos, buenos para las vacas; mas solo pueden pacerlos durante cuarenta dias porque todo el resto del año la nieve cubre la vegetacion, que presenta allí una multitud de plantas alpinas cuya mayor parte crecen en la Laponia, en la Silesia y en Kamtschatka, y que en Suiza solo viven en las montañas mas altas. Allí se presentan los primeros arbustos, esto es, sabinas, arándanos y pequeños sauces con hojas de breso y de serpolio. Un poco mas abajo las pendientes estan ensombrecidas por bosques de abetos y alerses, ó cubiertas de ricas yerbas entre las cuales se

Vista del lago de Bienne.



Bartlett del. — *Forrestocher sculp.*

SUISSE.

VUE DU LAC DE BIENNE.

distinguen la gran genciana de flor amarilla, el eléboro blanco, la campánula con hoja de draba y otras. En las regiones subalpinas que se estienden al pie de los altos Alpes y presentan una agradable mezcla de valles, ribazos, campos, prados, bosques, rios y lagos, se ven entre las plantas comunes de los Alpes, cuyas semillas han sido transportadas por los torrentes y que vegetan allí como estrangeros á quienes la suerte arrebató lejos de su patria. Finalmente vienen las llanuras cubiertas de mieses y viñedos, y los valles que baña el sol en donde prosperan los vegetales de la Francia meridional, de Italia y de España. El Valais y la Valtelina producen un vino aromático; de manera que los vegetales que viven en los dos estremos de la escala vegetal en Suiza, á saber, las yerbas inmediatas á los hielos y la uva tostada por el sol de mediodía se distinguen por su aroma.

La hermosura de los paisages de Suiza es para los poetas y pintores un asunto inagotable; pero cuando despues de haber admirado sus descripciones y sus cuadros viaja uno por los Alpes, conoce cuán distante está el arte de poder representar las sublimes bellezas de la creacion. Aquel aire puro y tranquilo que allí se respira, el imponente aspecto de aquellas montañas colosales cargadas de hielos, la impresion que causan á los sentidos esos pastos embalsamados con el aroma de las plantas, aquellas infinitas gradaciones de verde, aquel horizonte inmenso, aquellas queseras rodeadas de peñas y de abetos, la frescura de las aguas que saltan en todos los valles, esas aguas azules que brillan á lo lejos en las conchas de las montañas, el pincel del artista y la pluma del poeta no bastan á reproducir el conjunto de tantos y tan diversos objetos. La imaginacion puede figurárselos; pero la realidad escede en mucho á la imaginacion, porque siempre hay incidentes de que no es posible que tenga idea el hombre nacido en las llanuras. Acá se ven los vapores que coronan la cima de un peñasco desde donde se

precipita un torrente que parece salir de las nubes; allá se descubren las nieblas que llenan los valles y toda la region inferior, de modo que el viagero llevado á la cumbre de una montaña cree encontrarse en una isla en mitad del océano; mas allá por todas partes se desprenden rayos desde las nubes teñidas de rojo y surcan los aires á los pies del espectador en torno del cual el aire está sereno; unas veces los rayos del sol poniente iluminan las pirámides, las llanuras y los campos de hielo en la cumbre de los Alpes, y les dan fantásticas formas, los pintan con variados y vivísimos colores, los acercan al ojo del espectador, y al retirarse les dejan una tinta pálida y gris que ha dado lugar á que se los comparara á grandes espectros: otras veces parece que las puntas y las roturas de las rocas y de los hielos se apoyan en las nubes y forman ciudadelas aéreas, y otras se dijera que las nubes se apuntalan en dos opuestas montañas y que reuniéndose forman un inmenso arco, por debajo del cual se ve en lontananza un paisage encantador iluminado por el sol mas hermoso.

Ebal y otros naturalistas dividen los Alpes de la Suiza en siete regiones, tomando por base la vegetacion. La inferior ó sea la de los viñedos, comienza en los valles, y en las márgenes de los rios y de los lagos, y termina á los mil setecientos pies sobre el nivel del mar. Viene luego la region de las encinas que se eleva hasta dos mil ochocientos pies: en seguida la de las hayas que acaba á los cuatro mil pies, y encima de esta la de los abetos que sube hasta cinco mil quinientos pies. Allí comienza la region alpina inferior en donde los árboles estan confundidos con ricos pastos y que se alza mil pies mas: está dominada por la region alpina superior que alcanza hasta mil setecientos pies mas arriba y que en los puntos que el sol no baña conserva masas de nieve en todas las estaciones; y finalmente á ochocientos pies encima de esta comienza la region de los hielos y de las nieves eternas. Estas dos últimas no estan desprovistas

de vegetacion; si bien es verdad que la agricultura reina tan solo en los valles bajos, principalmente hácia su estremo inmediato á la llanura. Las nieves que se amontonan en las cimas de las montañas que circunscriben el Valais forman neveras por efecto de los hundimientos de las nieves que se acumulan en las hondonadas á que el sol no llega, y que derritiéndose en parte se transforman en hielo. Desde el grupo del Mont-Blanc hasta el Tirol se cuentan cerca de cuatrocientas neveras, cuya mayor parte tienen por lo menos una legua de longitud y las hay hasta de siete leguas. Esas neveras estan muchas veces inclinadas y siempre divididas por largas y profundas grietas y erizadas de mil puntas que de cerca presentan variadas y estrañísimas formas, y de lejos ofrecen el aspecto de una agua agitada que se hubiese consolidado de repente. Al acercarse la primavera resbalan en masa por las pendientes, pero se detienen luego, y en ese movimiento se rompen con un estrépito parecido al del trueno y que retumba á lo lejos por las montañas. La conmocion que el aire esperimenta se comunica á las masas de hielo, las cuales se estremecen, y las porciones que ruedan cual pelotas de nieve algunas veces rompen en su descenso los bosques y destruyen casas y hasta pueblos. Para que el lector se forme una idea del efecto de esos grandes movimientos de la naturaleza que aceleran la marcha de las neveras, citarémos la descripcion hecha por un testigo ocular. El cura de Grindebval atravesando con algunos amigos la famosa nevera superior de los alrededores de ese pueblo se habia sentado encima del hielo. «Apenas estábamos sentados, dice, cuando se anunció con un ruido espantoso el singular fenómeno llamado *crecida del hielo*. Todo lo que nos rodeaba parecia moverse por sí mismo; las rocas que en apariencia estaban sólidamente metidas en el hielo comenzaron á desprenderse y á chocar unas con otras; vimos abrirse con horrendo estrépito grietas de diez á veinte pies de anchura mientras que de golpe se cerraron otras

»lanzando á grande altura el agua que contenian. La masa »entera de la nevera agitada repentinamente de este modo »se habia adelantado algunos pasos; pero bien pronto se »restablecierón el reposo y el silencio mas profundos, in- »terrumpidos alguna vez por el grito de las marmotas.»

Bosquejadas la naturaleza física de la Suiza y sus principales maravillas, vamos á ocuparnos de la historia de los pueblos que han habitado ese pais desde el orígen de los siglos. Si ha de darse crédito á las tradiciones italianas, algunos fugitivos que abandonaron la Ausonia en donde los galos lo pasaban todo á sangre y fuego buscaron un refugio seiscientos años antes de nuestra era en los altos valles inmediatos al nacimiento del Rhin y del Inn. Esos desgraciados huian del pais de los Rasenas cerca del mediterráneo y en los mismos lugares en que se alzan hoy las ciudades de Génova y Florencia. Dióse á esas tribus el nombre de *Rhoeti* ó Retios porque reconocian por su Dios ó por su héroe á *Rhoetus* (1); tal es el orígen del pueblo que ocupa el canton de los Grisones. En cuanto á los *Helvetii* propiamente dichos, habitaban los valles situados entre el Jura y los Alpes desde el lago Leman hasta el de Constanza y parecen ser de orígen celta. Dividíanse en muchas naciones cuyo gobierno era democrático. Cada valle formaba una comunidad independiente, y los Tigurini cuyo nombre es entre todos los de esos pueblos conocido desde tiempos muy

(1) Ademas de los retios de que acabamos de hacer mencion, falta todavía indicar algunos otros pueblos no helvéticos cuyo territorio forma parte de la actual Suiza. Esos pueblos son los rauracos que habitaban las diócesis de Bale y el Frickthal, los alóbrogas que vivian en la márgen izquierda del Ródano entre el estremo inferior del Leman y la desembocadura del Isere : Ginebra ocupaba el estremo opuesto; los nantuates en el Chablais á la entrada del bajo Valais; los siduni y los veragri en el bajo y en el medio Valais; los viberi en el alto Valais, y los lepontii que ocupaban la meseta central del San Gotardo desde donde se estendian hácia el oriente por el valle del Rhin y hácia el mediodía por el valle Levantino cuyo nombre parece que tenga relacion con el de sus antiguos habitantes. La Helvecia propiamente dicha, separada de la Rhetia en tiempo de la conquista romana por el cauce del Linth no parece que tuvo mas que tres cuartas partes de estension del pais que forma hoy dia la Suiza.

remotos habitaban las márgenes del Rhin y del Thur. Vivian esas gentes felices é ignoradas del resto del universo, cuando cien años antes de nuestra era un formidable ejército compuesto de trescientos mil guerreros salidos de la Escandinavia y de la Frisia y conocidos con el nombre de Cimbrios se acercó á los Alpes saqueando y devastando la Galia. Inflamados los tigurinos por el deseo de participar de la gloria y del botin de los cimbrios se juntaron con ellos acaudillados por Divicon, el cual esterminó un ejército romano que fue en ausilio de los galos, pero no tuvo la feliz idea de marchar contra Roma que estaba entonces aterrorizada. Los cimbrios y los tigurinos prefirieron dividir sus fuerzas y despues fueron vencidos por Mario. Los cimbrios que pudieron escaparse del furor de los soldados romanos se retiraron capitaneados por Divicon á las montañas de la Helvecia y fundaron un pueblo en las márgenes del lago de los Cuatro-Cantones cerca de las montañas Hacken y Mythenberg, y fueron llamados bruckenbousen, es decir, hombres de los pantanos. Si se ha de dar crédito á la tradicion habia entre los cimbrios dos hermanos Swen y Duiter que fundaron la ciudad de Schwitz, y en seguida ellos y sus compatricios penetraron en los valles desiertos entonces y que hoy forman parte del Oberland bernés y del canton de Unterwald. Tales son las esplicaciones que dan los escritores eruditos y que en honor de la verdad hemos de decir que no se apoyan en documento alguno.

El sabio Muller afirma por su parte en su historia de la Suiza, que á la Helvecia habian llegado colonias griegas antes que los romanos hubiesen oido hablar de ese pueblo que era su vecino: ello es que César despues de haber vencido á los helvecios que se precipitaban en las Galias les cogió entre los bagages un estado de fuerza de la espedicion escrito en caractéres griegos.

Los helvecios y los pueblos inmediatos sobrevivieron á su libertad para quedar sujetos al dominio del emperador Augusto, dueño absoluto del imperio mas vasto que hasta en-

tonces habia existido en la tierra. Augusto envió prefectos, administradores y soldados á ese pais ya vencido, y en él hizo levantar fortalezas para tener sujeto al pueblo. Comprendiendo que el pais encerrado entre los Alpes y el Jura era una importante ciudadela para la seguridad de la Italia y de Roma sede del imperio, trató benignamente al pueblo conquistado respetando sus usos y costumbres á fin de avezarle á su dominio y hacerle olvidar humillantes recuerdos. Con este objeto permitió á los helvecios que se rigiesen por sus leyes propias y que se nombraran sus autoridades locales y dejó que la asamblea de representantes de cada pueblo reglase los intereses de cada canton reservándose para sí el derecho de hacer las leyes generales, de fijar las contribuciones, de concluir la paz y de declarar la guerra. Muerto Augusto los emperadores que le sucedieron continuaron durante mucho tiempo el mismo sistema de moderacion y de dulzura con respecto á los pueblos helvéticos, fundaron muchas ciudades, establecieron colonias y las pusieron en contacto por medio de magníficas carreteras. Los administradores y militares romanos acostumbrados á una vida mas regalada que los sencillos y pobres habitantes de ese pais alzaban en todas partes habitaciones elegantes y edificios consagrados á los espectáculos públicos, hàcian brotar en el suelo helvético los frutos de Italia, enseñaban al pueblo las artes, las ciencias y el comercio; é insensiblemente daban á conocer á los helvéticos una riqueza y un bienestar que sus rústicos abuelos ignoraron. De aqui es que los miserables villorios se transformaron en grandes ciudades adornadas con palacios, templos magníficos, baños públicos, circos, y anfiteatros: la ciudad de Aventicum que era una de las mas florecientes de la Helvecia por aquellos tiempos tenia una estension nueve veces mayor que la moderna ciudad de Avenche que la ha reemplazado, en términos que las barcas del lago de Morat tomaban puerto al pie de sus murallas. En el sitio que hoy ocupan las dos aldeas de Augst-Balois y Augst-Argovien en

el punto de union del Ergeltz y del Rhin se alzaba la opulenta ciudad de Augusta, capital del pais de los rauracos y cuyas ruinas aun hoy atestiguan su esplendor antiguo. Ofuscaba el brillo de todos esos pueblos la grande y soberbia ciudad de Vindonissa, cuyo nombre ha venido á reemplazar hoy la miserable aldea de Windisch en el punto de union del Aar, del Limat y del Reuss: esa ciudad ocupaba un espacio en que hoy se alzan tres pueblos y la pequeña ciudad de Brougg.

Estas brillantes novedades y esta desconocida magnificencia cautivaron á los helvecios que sufrian sin repugnancia el yugo aligerado por la dulzura de sus señores, pagaban con regularidad los tributos, contribuian á los gastos públicos con donativos voluntarios y enviaban á sus hijos á servir en los ejércitos romanos, de manera que aquel bienestar nuevo les hizo poner en olvido la antigua independencia por la cual sus padres habian derramado tanta sangre. Pero la felicidad de un pueblo esclavo no tiene garantías, y las dulzuras de la vida son un bien precario para los hombres privados de la libertad, porque los goces del lujo de que la indulgencia de un señor absoluto deja disfrutar á sus vasallos pueden serle arrebatados en un instante por el capricho de aquel que dispone arbitrariamente de su suerte. Apenas habian transcurrido setenta años desde el nacimiento de J. C. cuando el emperador Galba fue asesinado y le reemplazó en el trono Othon contra quien se alzó un formidable partido. Sabedores los principales caudillos del ejército romano de lo que en Roma habia acontecido, se pusieron de acuerdo para ensalzar al trono á su compañero de armas Vitelio y le proclamaron emperador. Los helvecios que todavía ignoraban la muerte de Galba no comprendieron este proceder del ejército y juzgaron que los gefes se habian insurreccionado contra el emperador á quien ellos amaban. Las tropas que estaban en la Helvecia y las que tenian los cuarteles en Vindonissa cometieron los mayores escesos, de manera que aquella indisciplinada sol-

dadesca llevó la audacia hasta el punto de apoderarse del sueldo destinado á la guarnicion de Thermas helvéticas (Bade) compuesta de jóvenes del pais. Los helvecios creyeron que este desman los autorizaba para interceptar los correos de Aulus Caecina comandante de Vindonissa, quien exasperado por este atrevido paso salió de la plaza al frente de su legion conocida con el nombre de rapaz: tomó por asalto y destruyó la ciudadela y la ciudad de Thermas, que merced á sus baños habia alcanzado grande prosperidad y riquezas; devastó el pais circunvecino; batió en un sangriento combate los helvecios que iban á su encuentro y persiguió á los fugitivos hasta uno de los últimos puntos del Jura en donde encontró á esos infelices un cuerpo de caballería tracia que hizo en ellos una horrible carnicería. Los que escaparon de la muerte se metieron en los bosques y cavernas, pero allí fueron cogidos y hechos esclavos por el inexorable Caecina, quien lejos de satisfacerse con tan crueles venganzas derramó su furor por toda la Helvecia sin perdonar á la misma Aventicum capital del territorio. En aquella ciudad vivia Julio Alpino, helvético rico y muy respetado en el pais, y á ese hombre aherrojó el feroz romano y le hizo morir en un cadalso como autor de la revuelta. Ni la avanzada edad de la víctima, ni su inocencia justificada por una infinidad de testigos, ni las súplicas y lágrimas de su hija Julia Alpinula, ni su juventud, ni su belleza, ni el sagrado carácter de sacerdotisa de que estaba revestida pudieron ablandar el alma del bárbaro guerrero.

Resonó entonces por la Helvecia entera un grito universal de indignacion, y como se supo que Galba habia muerto y reemplazádole en el trono Vitelio al punto le enviaron una diputacion á fin de implorar su clemencia. Prosternados los helvecios á los pies del emperador y á fuerza de súplicas consiguieron su perdon cual viles esclavos lo alcanzan del orgulloso señor que aun perdonando insulta, y entonces pudieron conocer á qué costa se adquiere aquel

bienestar por el cual se sacrifica la independencia. Habíase estinguido todo sentimiento de honor nacional, y asi es que ni la carnicería del Jura, ni los desastres del Aventicum, ni las humillaciones sufridas á los pies del trono imperial bastaron á dispertar la antigua energía del pueblo helvético enervada por las dulzuras de una larga paz. Bien pronto olvidaron los pasados males, y con la misma irreflexion de antes se abandonaron á los deleites de una vida afeminada y á la inquietud de la codicia. Adormecidos los helvéticos en una seguridad ciega, sin defensa contra los peligros cuya importuna imágen procuraba alejar su muelle indolencia, debian dispertarse mas tarde al bramar de las tempestades que sobre sus cabezas se iban agrupando.

Mientras tanto y gracias al gobierno de los romanos la industria humana penetró en los Alpes y fue observando los árboles, las plantas, las aves indígenas; los peces de sus lagos, la fria mansion de las liebres blancas, las cavernas de las marmotas, las diversas especies de mármoles, las fortalezas naturales de las gamuzas y de los revezos, y las grutas de cristales en donde un trozo de cincuenta libras dispertaba la misma admiracion que hoy causa una masa de siete quintales. Las vacas se convirtieron en objeto de un comercio lucrativo, pues aunque pequeñas y flacas eran escelentes para el trabajo y muy lecheras. Los quesos de los Alpes adquirieron celebridad muy grande; se hicieron ensayos agrícolas; perfeccionóse el arado, el viñedo de la Rhetia rivalizó con el de Falerno, y en general los helvecios honraron muy particularmente al dios del vino y conservaban sus dones si nó en bodegas á lo menos en barricas. Tributaban culto al sol con el nombre de Belin ó dios invencible, y á su hermana Isis la diosa de la luna, y honraban á los silfios protectores y á los dioses manes. Las reglas de su sabiduría práctica parecen grabadas en los pensamientos de este epitafio: «Han vivido como nosotros y nosotros mori»mos como ellos; asi pasa la vida. Caminante piensa en

»tí.» Se los metia en los sepulcros con sus espadas y algun dinero y vueltos hácia el punto en que sale el sol, principio de la resurreccion de la naturaleza.

Segun la opinion comun la Helvecia formaba parte de la provincia de la Galia, la Rauracia de la alta Germania y la Rhetia de la Italia. El emperador Hadriano cuyos dominios se habian ensanchado separó la Helvecia de la Galia bélgica y formó desde el lago Veneto hasta el Aar ó Saone aquende y allende el Jura la grande provincia de los sequanos. Un gobernador regia la Rhetia hasta el Inn y quizás los intereses comunales de los pueblos del Valais. Las instituciones de los Césares se fundaban en la naturaleza del pais, y asi fue que sobrevivieron al imperio romano. Los registros imperiales y los itinerarios nombran muchas ciudades y pueblos y los restos de aquellos antiguos tiempos se han inscrito en infinidad de obras. Consta de una manera positiva que algunas de nuestras ciudades eran entonces pueblos cortos, pero se ignora cómo se han convertido en ciudades; sus habitantes al parecer se envanecen mas de haber tenido por antecesores á súbditos romanos que de ser ciudadanos libres: enorgullézcanse en buen hora con esta gloria, pero los anales históricos solo celebran los grandes hechos.

Tenia en su seno el imperio romano demasiados vicios para que pudiese conservar mucho tiempo aquel alto grado de poder á que lo ensalzó el genio de Augusto, y en último análisis reposaba en la fuerza militar que tarde ó temprano se vuelve contra el que la emplea. Menester es no olvidar que los sucesores de Octavio reunieron todos los poderes, puesto que estaban á la cabeza de todas las ceremonias y de todos los actos políticos de la soberanía; el senado que hubiera debido intervenir como cuerpo deliberativo temblaba ante la voluntad del señor, y tambien ante la de los libertos convertidos en ministros suyos. Muy luego desapareció la razon de estado anonadada por los caprichos de los príncipes salidos apenas de la infancia ó que llegados á edad

mas adelantada no querian sujetarse á los obstáculos ni á las dificultades inherentes á la naturaleza de las cosas. Sus locas prodigalidades agotaban los recursos del tesoro, y entonces hacian morir á todos aquellos cuyas riquezas ambicionaban, y en estas infamias que eran diarias tenian por ausiliares á los delatores que espiaban las mas indiferentes acciones de los principales ciudadanos á fin de participar de sus despojos. Al fin como era indispensable dar al mundo una leccion grande con el objeto de inspirarle horror hácia las conquistas injustas, algunos emperadores tales como Neron, Domiciano, Caracalla, Cómmodo y Heliogábalo padecieron una verdadera enagenacion mental y se mancharon con monstruosidades que fueron el oprobio de la naturaleza humana: en esa degradacion universal todo se estinguió incluso el valor de los romanos. A poco tiempo y por una consecuencia lógica inevitable los gefes supremos que derramaban el terror en torno suyo dependieron de los soldados á cuya lealtad tenian que confiar la custodia de sus personas; y los soldados apenas conocieron su poder cuando se transformaron en dispensadores del trono. Mientras que los pretorianos se vendian en Roma para recibir gratificaciones, los ejércitos de las provincias eligieron emperadores para alcanzar de ellos larguezas. Semejante especie de comercio no podia menos de irse estendiendo, y asi fue que los generales cegados por la ambicion fomentaron las insurrecciones en sus ejércitos y hacian que estos les proclamasen señores de un imperio que poseian á veces un solo dia. Todo eran crímenes, desórdenes, opresion y anarquía.

El antiguo paganismo se habia desarraigado de los ánimos y ocupó su lugar el estoicismo, filosofía falsa de puro exagerada, y que careciendo de verdaderos principios para guiar en el camino de la vida enseñaba á darse la muerte. Pero ya entonces íbase filtrando en la sociedad romana el cristianismo, único remedio capaz de curarla. Despues de haber sido en sus principios el consuelo de la desgraciada

clase de los esclavos, apoderóse del corazon de los ricos y de los magnates, predicando deberes é inspirando sentimientos que mas tarde debian regenerar al mundo. Otra tarea mas difícil le aguardaba al cristianismo, y era disciplinar aquella nube de pueblos bárbaros que iban á lanzarse sobre Roma desde tanto tiempo corrompida.

Cúpole á la Helvecia su correspondiente parte de las miserias y desgracias que trajeron las numerosas irrupciones salidas del norte. En sentir de Zschokke los primeros que se presentaron fueron los alemanes que despues de haber penetrado durante dos siglos y medio el territorio romano se apoderaron de las fronteras de la Suiza y en el año 304 atravesaron las gargantas del bajo Jura. Esas gentes devastaron el pais de todos modos, y desde el bosque negro hasta el pie de los Alpes no dejaron mas que ruinas: desaparecieron las ciudades de Vindonissa y Aventicum, y romanos y helvecios quedaron sujetos á la mas horrible servidumbre. Repartiéronse todo el pais con sus tierras y sus habitantes desde el Rhin y el lago de Constanza hasta el lago de los Cuatro-Cantones y las márgenes del Aar; y á fuer de amantes de la guerra y de zelosos de su libertad solo estimaban sus ganados y tenian en desprecio las ciudades, como prisiones indignas de hombres libres. Sin embargo merced á los triunfos del emperador Constancio Chloro fueron vencidos y la Helvecia libre de ellos gozó durante cerca de un siglo las dulzuras de la paz. El imperio sin embargo no era poderoso á defender sus antiguas conquistas, porque contaba en sus banderas corto número de guerreros que enervados por los vicios ni aun fuerza tenian para sustentar la coraza y el escudo que bastaran á tranquilizar su cobardía. Vióse entonces que algunos pueblos sometidos antes por los romanos les pedian armas á fin de rechazar las invasiones de los bárbaros, y que el imperio rompiendo los vínculos que desde tantos siglos sujetaban á sus leyes tantas naciones las abandonó á sí mismas.

Las provincias arruinadas por el sistema tributario mas opresivo que ha gravitado jamas sobre los hombres, puesto que los ricos tenian que pagar sus contribuciones y las de los pobres, hacian apenas resistencia. Por otra parte á una irrupcion de bárbaros sucedia otra, y asi fue que tras los alemanes que con tanto furor devastaron la Helvecia, vinieron los hunos, raza terrible que no parecia ser de la especie humana. Su rostro era asqueroso, y sus costumbres feroces á la vez y abyectas confirmaban el terror que desde el principio causó su aspecto: todo en ellos parecia estraño á los hábitos de los demas pueblos, y asi es que sin moverse nunca de á caballo, en esa posicion comian y en la misma se entregaban al sueño. Impulsados ademas por un frenesí de destruccion continua, todo lo pasaban á sangre y fuego, y tal hicieron en Italia, Alemania y Galia. Aunque en general esas hordas seguian un camino mismo, la falta de víveres obligaba á ejércitos enteros á que se separasen de la masa principal y fueran á buscar fortuna á otra parte.

Los hunos pues presentándose en el territorio helvético devastaron las campiñas de Augusta y de Basilia en donde se alza hoy la ciudad de Bale; mas como esos bárbaros obedecian al impulso de agitacion que sin cesar los atormentaba no formaron en Suiza ningun establecimiento fijo. En el año 425 cuando apenas habia transcurrido la cuarta parte de un siglo hicieron una invasion los borgoñones cuya desmesurada talla y complexion vigorosa pasmaron á los helvecios. De pronto fijáronse los recien venidos en la Galia oriental, estendiéronse despues por la Saboya y por el valle de Leman hasta el Aar, y entonces el rio Reuss que parece dividir la Suiza de norte á sur debió ser la barrera natural entre los borgoñones y los alemanes que segun algunas tradiciones por ese tiempo se presentaron otra vez en la Helvecia en donde eran dueños de la parte oriental desde el Rhin hasta el pie de los Alpes. Los borgoñones que por contraposicion á las otras hordas invasoras tenian carácter

estable quisieron constituirse de una manera permanente, y por esto alzaron fuertes, fundaron sobre las ruinas de Ginebra una ciudad nueva, edificaron la de Lausana cerca del sitio en que antes estuvo la ciudad romana de Lausonium, y echaron la base de algunos pueblos y aldeas que aun existen en nuestros dias.

En esa época de trastorno los hombres que habian hecho una invasion tenian apenas tiempo de aclimatarse cuando venia una irrupcion nueva; todo era amontonar ruinas sobre ruinas. Los godos no dejaron de cumplir esta mision, y asi despues de haber destruido y sujetado á su yugo la Italia y de recorrer de sur á norte los Alpes Rhetios, en 489 se apoderaron de la Rhetia, y en seguida de los valles de Uri y de Glaris. Para conocer bien la miseria de esos siglos es indispensable consultar los autores nacionales, y hé aqui como se esplica uno de ellos: «La historia de la Helvecia »durante ese período no es mas que una larga serie de mi»serias y de desastres. Desapareció de todo punto la civili»zacion antigua; las artes fueron olvidadas; las leyes, los »usos y las costumbres de otro tiempo mas dichoso dejaron »el campo libre á nuevas leyes, nuevas costumbres y nue»vos usos en que se veia el sello de la barbarie de las na»ciones que conquistaron la Helvecia. El habla sufrió la »revolucion misma; y á la culta lengua de los romanos su»cedieron los toscos idiomas de los conquistadores. Hasta »el nombre desapareció de la Helvecia, y sus habitantes fue»ron entonces conocidos con los nombres de alemanes, »godos ó borgoñones. En todos los puntos en que se esta»blecieron los primeros echaron abajo las ciudades, porque »el aleman metido en su casa rústica sin conocer mas ri»quezas que sus numerosos rebaños cuya carne y cuya le»che eran su único alimento, vivia rodeado de hombres, »mugeres y niños que le servian de labradores, pastores y »artesanos. Cuando estimaba mucho á uno de sus siervos »le concedia el usufruto de una porcion de tierra no enage-

»nable en cambio de censos y de servicios. Todo el pais »ocupado por ese pueblo eran pastos comunes; la tierra en »otro tiempo cultivada quedó erial, los bosques cubrieron »los campos que el arado romano surcó en otros tiempos, »y en derredor del lago de Constanza se estendió un espe»so bosque madriguera de osos y de lobos.»

En cuanto á los godos se doblegaron fácilmente á los hábitos de la civilizacion, y aunque habian reducido á los suizos á siervos terrazgueros les dejaron al menos sus tradiciones y sus usos; pero en cambio cuajaron el pais de fortalezas que les servian de guarida. Sus condes y señores retraidos en las casas fuertes desde donde administraban el pais eran considerados como los representantes del monarca de la nacion que tenia su sede en Italia. El estado de infortunio en que habian caido los infelices suizos era tal que elogiaban la conducta de los borgoñones porque estos no les habian arrebatado mas que el tercio de sus tierras. Parecia que nada quedaba que tomar ni que destruir y que esas diversas razas de conquistadores se habian arraigado, cuando los francos, cuya cuna eran los Paises Bajos y que habian fundado un imperio en las Galias, entablaron tenaces guerras con los alemanes establecidos en las márgenes del Rhin. Estos á consecuencia de la batalla de Tolbiac dada en 496 fueron esterminados de tal modo que bien pudiera creerse que como pueblo habian desaparecido enteramente. Entre esos mismos alemanes los que habian invadido el territorio helvético fueron sometidos, y si bien quedó la monarquía creada por los borgoñones se vino abajo á los golpes de la anarquía, y en el año 523 los godos quedaron dueños de Ginebra y de la porcion de los Alpes incorporada antes al reino de Borgoña; pero á los pocos años los godos fueron despojados por los francos, á cuya monarquía se incorporaron la Rhetia y la Helvecia enteras.

Estos conquistadores dividieron la Suiza en dos grandes fracciones y en ambas se hablaba la lengua germánica. La

parte del territorio en que habian señoreado los alemanes y que se llamaba entonces Turgovia, y la Rhetia que habia pertenecido á los godos fueron reunidas á la Suabia; y la otra parte en que habian reinado los borgoñones se unió á la Saboya con el nombre de pequeña Borgoña, y se componia del territorio que comprenden hoy los cantones de Vaud, Ginebra, Neufchatel, Fribourg, Soleure, y gran parte de los de Berne y Valais.

Durante el dominio de los francos tuvo la Suiza un nuevo régimen administrativo y fue gobernada cual si formase un verdadero ejército. Estaba colocado al frente de cada provincia un duque ó gefe superior que tenia á sus órdenes condes que desempeñaban el poder supremo en los distritos, los cuales estaban divididos en dominios cedidos gratuitamente ó como feudos á hombres que ocupaban un inferior rango gerárquico. Como en esos tiempos el numerario era muy escaso, los príncipes no podian recompensar el valor de sus fieles sino dándoles tierras; mas esas concesiones hubieran valido poco si á ese don no acompañara el de los hombres, de los edificios y de los ganados. Por una consecuencia inevitable los habitantes dejaban de pertenecerse á sí mismos y se convertian en una cosa de otro que podia usar y abusar de ella á su arbitrio; de manera que por efecto inmediato de la conquista los suizos pasaron á ser siervos, esto es, desposeidos de cuanto tenian. El nuevo señor confiaba al antiguo propietario una parte de los dominios que en otro tiempo poseia, y este en cambio le pagaba un censo; pero como no todo el suelo habia sido repartido entre los conquistadores, una parte de él correspondia á los monarcas francos que confiaban su administracion á los arrendatarios de la corona. En los primeros momentos de la invasion de los francos los siervos dejaron de ser contados en Suiza en el número de los hombres, y á la manera que los negros en nuestras colonias se les negó á ellos y á las mugeres la consagracion religiosa del matri-



Bartlett del. Fesmeicher sculp.

VUE DU CHÂTEAU-FORT DE LAUSANNE.

SUISSE.

monio, de manera que se los apareaba sin que hubiese verdadera union conyugal. Privados asi de la intervencion de la divinidad, los hijos que la madre paria eran una propiedad del señor de esta siempre que el padre perteneciese á otro amo.

A tan ínfimo punto de degradacion habian llegado los infelices suizos víctimas de tantas conquistas y de tantas invasiones desastrosas; mas la Providencia les tenia reservados grandes tesoros de consuelo que recibieron desde el punto en que los misioneros derramaron entre ellos la fe cristiana que habian enseñado ya á los borgoñones y á los alemanes de la Turgovia. «Reunian en torno suyo, dice Zschokke, las »familias piadosas, bautizaban á los viejos y á los jóvenes »en nombre del Dios de los cristianos, erigian comunidades »religiosas, levantaban iglesias y capillas, fundaban monas»terios para la propagacion de las letras, de la piedad y de »la fe, é instituian obispos, esto es, inspectores que vigila»sen á los otros predicadores y á las comunidades religio»sas. Antes de la invasion de los francos habia ya obispos »en Coire ciudad de la Rhetia que segun parece databa desde »el tiempo de los romanos, en Augusta, en Vindonissa, en »Aventicum, en Octodorum y en Ginebra. Los posteriores »desastres de la Helvecia obligaron á trasladar la sede de »muchos de esos obispados, como que el de Augusta pasó »á Bale despues de la destruccion de aquella ciudad, el de »Vindonissa á Constanza, el de Aventicum á Lausana y el »de Octodorum á Sion.»

Clodoveo fundador de la monarquía de los francos se convirtió al cristianismo á consecuencia de su matrimonio con Clotilde, y acordó su confianza á los obispos galos que ejercian entonces una verdadera supremacía, de modo que mezcladas bien pronto con los intereses temporales las doctrinas religiosas, el clero reinaba al abrigo de los monarcas francos. Con esto los suizos sujetos al yugo de estos últimos conquistadores hallaron en el cristianismo que fue su

religion dominante una proteccion de que tenian necesidad muy urgente. Entonces se levantaron monasterios cuyas puertas se abrian para dar consuelo á las miserias que trabajaban á la humanidad en esa época, mientras por otra parte el cristianismo adulzoró la primitiva ferocidad de los duques, de los condes, y de todos los francos que tenian algun mando y que hicieron mas tolerable la situacion de los desventurados suizos. Los monges y los ermitaños, pobres unos y otros, se dedicaron á la agricultura con un ardor y una constancia que dispertaban la admiracion de sus vecinos, y ese ejemplo estimuló á los habitantes de la Helvecia que no tardaron en conocer los procedimientos y los recursos de la agricultura. Los suizos que á la vuelta de tantos desastres habian caido otra vez en la barbarie supieron muy luego preparar la cal y construir casas de piedra, aprovecharon la lana de sus rebaños y se vistieron de paño, reemplazando con él el lienzo y las pieles de que por tanto tiempo se habian servido.

Muchos siglos pasaron los hijos de la Helvecia sujetos á los francos participando de su buena ó mala suerte; pero cuando el poder supremo pasó de la familia de los Merovingios á la de los Carlovingios verificóse en toda Europa un inmenso cambio que dió orígen á los gobiernos modernos. En efecto, despues de prodigiosas conquistas Carlo-Magno fue coronado emperador en Roma y echó la base de una potencia que sorprendió á la imaginacion, pero duró poco porque los hijos de ese hombre no supieron sostener ni continuar la obra debida al genio de ese grande príncipe. Mientras la vida de este los suizos, segun Juan Muller, tenian carne, trigo y miel en abundancia, de manera que veinte y cuatro libras de pan no costaban mas que un dinero. Carlo-Magno prohijando un principio falso pero comun en su tiempo dividió sus estados entre sus hijos, y de aqui provino la primera causa de decadencia que creció con la incapacidad de esos príncipes, cada uno de los cuales as-

piró por otra parte á gozar de una soberanía que por su flaqueza debia con el tiempo ser mas nominal que verdadera. En último análisis en medio de ese reparto desapareció el poder central, y la porcion de la Helvecia que hasta entonces estuvo incorporada al gran ducado de Suabia perteneciente á la monarquía de los francos vino á formar parte del imperio germánico llamado mas adelante imperio de Alemania. Tan completa transformacion de la Europa fue resultado de largas guerras y de desastres infinitos, de en medio de los cuales se levantó el feudalismo, porque los duques y los condes que solo eran delegados, no sintiendo ya el poder de una mano firme para dirigirlos se erigieron en soberanos de los distritos en donde hasta entonces mandaron en nombre de otro. Antes de entrar en ese laberinto del cual solo podrémos ofrecer escasos pormenores, es del caso poner á la vista del lector el estado en que se hallaba en aquella época la Suiza.

En muchos puntos las tierras comunales estaban divididas entre los habitantes; en las colinas del pais de Vaud y hasta en los alrededores de Zurich habíanse plantado viñedos: en muchas alquerías habia una casa señorial hecha de piedra ó una torre, y que constaba de una gran sala con uno ó dos cuartos que en caso necesario podian calentarse, y era el punto en que el Señor recibia á sus compañeros de armas; habia tambien una cocina, una despensa, una cuadra, una perrera y una leñera, y rodeaban la alquería muchas cabañas que eran la habitacion de los labriegos y de sus rebaños. En las inmediaciones plantábanse árboles frutales y legumbres. Mas lejos estaban los campos de sementera en que trabajaban los siervos que eran del Señor. De esos dominios derramados por el territorio dependian segun el testimonio de un autor nacional los hombres que no eran precisamente esclavos del Señor, pero que en ciertas épocas cultivaban algunas porciones de su propiedad. Los colonos eran casi siempre inherentes al territorio sin cuya circuns-

tancia la instabilidad que era entonces el carácter dominante de los pueblos los hubiera hecho ir errantes de un punto á otro. Esta sujecion saludable los tenia reunidos en grandes burgos; de manera que Aldenfingen coutaba á lo menos cuarenta y cuatro hogares; otros burgos tenian hasta algunos centenares, y esas comunidades (permítasenos esta espresion) eran entonces muy comunes en Suiza y mas tarde han desaparecido casi enteramente. Cada burgo ó llámese poblacion tenia su tribunal presidido por el gobernador ó por el burgomaestre que el Señor destinaba á él; en los negocios importantes era convocado todo el canton; las asambleas se celebraban al aire libre, tenia derecho de asistir á ellas todo el que poseia cierta porcion de tierra, y las presidian los ancianos. El conde inspector de los jueces subalternos proponia el asunto y entonces cada uno de los reunidos decia su parecer siguiendo el órden fijado por la edad, el saber ó el rango. En seguida entraban en la asamblea los jueces, y los gentiles-hombres, los vasallos y los siervos se conformaban con su sentencia. En el Thurgau habia muchos condes pero su título y su empleo no tardaron en hacerse hereditarios.

Como cada uno en su esfera se hizo de todo punto independiente hubo de resultar desde luego una anarquía general en la que los empleos, las dignidades y los feudos se hacian hereditarios, y con el tiempo fueron considerados como propiedades de familia. La posesion de la Suiza fue entonces muy ambicionada, nó por lo que valia en sí misma sino por las buenas colocaciones, digámoslo asi, que proporcionaba. Ludovico Pio hijo de Carlo-Magno dió á su hijo Cárlos el *Calvo* la Rhetia, la Alsacia y la Suabia; Lotario hijo tambien de Ludovico Pio apeló á las armas para hacer anular ese reparto y obtuvo en cambio los reinos de Italia y de Lorena, los condados de Valais, Vaud, y Warasch, el ducado de Suabia, la Alsacia y Courval. A la muerte de Lotario sus tres hijos partieron sus estados: á Luis le tocó la

Italia y la Rhetia; á Lotario Sion, Ginebra, Lausana, el condado de Bipp y la Lorena; y á Cárlos Lyon y la Provenza. Mas adelante Lotario adquirió el derecho de suceder á las posesiones de Cárlos mediante la cesion que hizo á Luis de los condados, obispados y pueblos de Sion, Ginebra y Lausana, conservando sin embargo el paso de los Alpes y el condado de Bipp. Como un adulterio le habia puesto en graves riesgos, dice el traductor de Juan Muller, consintió en este reparto á fin de conciliarse la amistad de su hermano.

Huberto hermano suyo tambien, y abad de Luxeuil y de San Mauricio en el Valais era duque del pais que se estendia desde el Jura hasta el Aar, y de la Rhetia. Cuando se presentó á defender los derechos de su hermana contra la dama del rey Lotario le acusó de que habia cometido incesto con ella, por lo cual Huberto apeló á las armas y Lotario confió el mando de sus tropas al conde Conrado. Los dos ejércitos se batieron en los campos de Orbe en donde Huberto fue vencido. Despues de una larga serie de desastres Lotario murió de resultas de su desarreglada conducta, y Luis el *Germánico* y Cárlos el *Calvo* procuraron desde luego ponerse de acuerdo á fin de repartirse la herencia de Lotario su sobrino y rey de Lorena. La Alsacia, Bale, la iglesia de San Ars, Soleure, Motiers-Grandval, la Clause, Warasch, Lucerna y Murbach le tocaron á Luis el *Germánico*, y desde entonces esos paises pertenecen al imperio segun la juiciosa reflexion de Juan Muller, *en cuanto un derecho puede tener por fundamento una injusticia*. Sion, Ginebra y Lausana correspondieron á Cárlos el *Calvo* que mas tarde fue reconocido rey y emperador de Italia y á quien sucedió su hijo Luis cuya muerte avino muy luego.

A los pocos meses seis arzobispos y diez y siete obispos del reino de Borgoña se reunieron en Mantaille cerca de Vienne: entonces todo eran disturbios y anarquía asi en las iglesias como en las provincias; en Ginebra y en Lausana se disputaba la eleccion de los obispos; los señores se

3

hacian mutua guerra; los normandos devastaban el interior del reino; la parte meridional estaba amenazada por los sarracenos, en Borgoña no habia rey, y Luis y Carloman hijos de Luis el *Tartamudo* podian apenas hacerse respetar en Francia. En semejante estrecho, los obispos creyéndose autorizados para velar por el bien público deliberaron acerca del partido que debia abrazarse, y despues de consultar á muchos señores (nobiliorum) considerando que los antiguos mayordomos de palacio no habian tenido mas derecho á la corona que sus eminentes prendas, y que Carlo-Magno cuyo grande genio sujetó á su dominio todos los pueblos al traspasar el poder á sus descendientes no les habia transmitido ese genio, abandonaron á su familia. Sesenta y cinco años despues que el esplendor del trono de Francia fue eclipsado por los hijos de Pepino los prelados de Borgoña enviaron un mensage al conde Boson que estaba en Vienne pidiéndole que fuese su rey con tal que jurara gobernar de un modo equitativo á grandes y pequeños, ser accesible á todos, afable con todos, humilde ante Dios, bienhechor para con la iglesia y fiel á sus promesas.

Boson era hijo de un conde de las Ardenas llamado Bovon y su hermana Richildis habia sido dama de Cárlos el *Calvo*, circunstancias que habian coadyuvado á su fortuna; de manera que era gobernador de la Provenza, del condado de Vienne, de la abadía de San Mauricio y de algunos otros señoríos. En el momento en que lo sentaron en el trono la muerte le arrebató su esposo. El duque Berenguer de quien era íntimo amigo tenia encerrada en su castillo de Trevise á la princesa Ermengarda hija del emperador Luis II, y como Cárlos el *Gordo* se adelantó entonces hácia Italia á la cabeza de un ejército, Boson so pretesto de vengar á Cárlos el *Calvo* se presentó delante del castillo de Trevise y sostenido por muchas tropas arrebató á Ermengarda. Cuando los diputados fueron á ofrecerle la corona de Borgoña de pronto vaciló acerca de lo que debia resolver; mas al fin convino en echar

sobre sus hombros esa pesada carga con tal que durante tres dias se hiciesen en las iglesias públicas rogativas. Ese plazo le pareció indispensable para que tanto él como sus súbditos no se engañasen en sus rectas intenciones, y á fin de que los descontentos tuviesen el tiempo necesario para declararse; mas estaban ya tomadas todas las precauciones, y la aquiescencia se interpretó como una aprobacion general por parte de los borgoñones.

Apenas Aureliano arzobispo de Lyon habia coronado al nuevo monarca cuando el emperador y los reyes de Francia y de Baviera apelaron á las armas, y Luis III y su hermano Carloman á quien estaba prometida en matrimonio la hija de Boson entraron en la liga y Vienne fue sitiada. Boson se escapó á las montañas; mas tarde recibió del emperador la paz y la corona, y murió despues de nueve años de reinado dejando un hijo. Mientras tanto Rodolfo que lo era del conde Conrado que en otro tiempo habia vencido al duque Huberto concibió el deseo de hacerse reconocer rey de la alta Borgoña, y á este fin convocó en San Mauricio algunos señores eclesiásticos y legos con quienes contaba y que le eligieron rey. Sin pérdida de tiempo envió mensageros á la Lorena y fue reconocido por el Franco Condado y por el Jura, sin embargo de lo cual no impidió que Luis hijo de Boson conservase la corona, ni que su tio Ricardo reinara en la parte del otro lado del Saone.

Gozaba de gran fama de santidad en esa época la abadía de San Galo cuyo abad era Salomon al mismo tiempo obispo de Constanza y muy quisto del emperador, por cuyas razones dispertó los zelos de Erchanger y de Bertoldo gobernadores de la Helvecia alemana y de la Suabia en calidad de delegados de la cámara imperial, Hé aqui el retrato que de ese prelado nos ha transmitido Juan Muller. «Su penetra»cion le granjeó desde su juventud la amistad de Hatton »arzobispo de Maguncia, y los reyes de Germania no sabian »vivir sin su compañía y sin sus consejos. Era superior á la

»avaricia y á las demas pasiones que envilecen tanto las al»mas de los cortesanos vulgares. Si se procuraba honores »y riquezas no lo hacia por medios viles, sino porque gus»taba de derramar beneficios y sabia que la pompa le alla»naba el camino de escoger para los negocios importantes »á los hombres que se dejan deslumbrar por ella. El pue»blo se deshacia en lágrimas al oir sus sermones. Entre los »comensales del emperador no habia uno que supiese chan»cearse con tanta gracia y que tomase parte en los festines »con tanto decoro y alegría. Era alto y de hermosa figura. »En Constanza tenia mesa abierta para los seculares y para »los eclesiásticos, y escedia en magnificencia á todos los »prelados de la Suabia. Tenia una copa de oro guarnecida »con piedras preciosas, un jarro de bronce adornado con »figuras admirables y muchas mesas de marfil. Llevaba el »trage monacal en el interior de sus monasterios, y en la »abadía de San Galo se levantó un monumento en el lugar »en que solia revestirse. A sus vasallos se les presentaba »en trage de canónigo.»

Tal era Salomon que causó la ruina de los dos delegados de la cámara imperial, los cuales segun he dicho no podian sufrir su elevada fortuna. Un dia en que le encontraron Salomon les dijo: «la paz sea con vosotros;» mas ellos pasaron adelante sin devolverle el saludo. Algun tiempo despues fueron á San Galo en compañía de muchas gentes, pero Salomon habia buscado un asilo en un canton de Turbenthal que estaba entonces cubierto de bosques, desde donde escribió al emperador Arnoldo, quien dando culpa á Erchanger y á Bertoldo queria destituirlos, pero Salomon intercedió, obtuvo su perdon, ellos le prometieron que en adelante vivirian con él en buena inteligencia, y cual para echar el sello á la reconciliacion fueron á comer á su palacio de Constanza. En la comida el abad de San Galo cediendo á un impulso de vanidad pueril les hizo ver muchos vasos de oro, de plata y de cristal, afirmóles que en la abadía tenia un

horno con mil panes y una cervecería con trece mil azumbres de cerveza, y les añadió que tenia á sus órdenes pastores y montañeses tan agradables que si llegaban á verlos no podrian menos de descubrirse ante ellos la cabeza. Estos pormenores exasperaron á los comensales, quienes para manifestar á Salomon cuánto era su desprecio, á propósito dejaron caer al suelo dos copas de cristal que les habian ofrecido; mas á pesar de esto el obispo de Constanza les dió al marcharse el ósculo de paz.

Por aquella época misma los vasallos de los delegados de la cámara hacian sufrir graves estorsiones á los labradores dependientes de la abadía de San Galo, y como Salomon sin embargo de haber dejado transcurrir mas de un año no pudo alcanzar que los señores de dichos vasallos le hiciesen justicia, recordó á los delegados de la cámara que en otro tiempo él les habia alcanzado el perdon del emperador, sin embargo de que ellos quisieron atentar á su vida. Lentfried sobrino suyo y presente á esa escena quiso de pronto dar una estocada al obispo de Constanza y acabó por apoderarse de su persona. Erchanger y Bertoldo le hicieron conducir como prisionero á Diepholzbourg en donde fue muy bien recibido por Berta esposa de Erchanger y se retiró á un cuarto en que habia un altar; pero al cundir la noticia de su prision sublevóse toda la comarca y Siegfried de Ramschwy seguido de los vasallos y de los caballeros que estaban al servicio del obispo sorprendió en un bosque á los dos delegados de la cámara imperial y los llevó consigo mientras que la guarnicion de Diepholzbourg abrió la cárcel en que estaba encerrado Salomon quien salió de allí dando la mano á Berta. Por ambas partes se habian dirigido enérgicas representaciones al emperador; mas los señores sin aguardar la decision de este se reunieron y condenaron á muerte á los dos delegados y á su sobrino Lentfried cuyos bienes fueron confiscados. El alma de este negocio fue el conde Burckard de Suabia; de modo que por

consejo suyo se condenó á los reos, cosa que entonces fue generalmente aprobada. Burckard no tardó en ser recompensado, pues los grandes de Suabia le reconocieron por su duque; y hé aqui que en el año 916 la Helvecia alemana fue nuevamente incorporada á ese ducado.

Rodolfo II rey de Borgoña quiso derrocar la reciente fortuna de Burckard pero fue vencido cerca de las ruinas de Vitodurum, á pesar de lo cual el monarca supo concluir la paz y logró que Burckard le diese por esposa á su hija Berta, la menoría de cuyo reinado recuerda tradicionalmente la Helvecia borgoñona como la de una época muy dichosa. «Esta reina, dice un historiador moderno, abrió gran»des carreteras y puso en comunicacion paises que estaban »separados por territorios todavía desiertos. Visitaba las ca»bañas de los siervos á fin de socorrer á los pobres y á los »enfermos, é hilaba los vestidos de su esposo y de sus hi»jos. Uno de sus sellos nos la representa sentada en el tro»no y con una rueca con la cual recorria á caballo sus mu»chas alquerías que administraba por sí misma. Los castillos »antiguos y las torres arruinadas cuyo orígen es desconoci»do se suponen levantados por la reina Berta á la cual se »atribuyen tambien los castillos de Champvert cerca de »Iverdun, y de Wirflens encima de Morges.»

A Rodolfo II sucedió Conrado, quien despues de haber vencido á los húngaros y en 954 á una horda de bárbaros de raza esclavona reinó por espacio de cincuenta y seis años, durante cuyo tiempo, segun Muller, prefirió el reposo á la gloria, aumentó la poblacion del pais y debajo del manto real llevó el hábito de monge. Hácia el año 1000 poco despues de la victoria alcanzada por Conrado un terror universal se apoderó de la Europa que creia cercano el fin del mundo. Berta madre del rey empleó su viudedad en fundar cerca de Payerne un monasterio de benedictinos; «con el »objeto, segun dice la carta de donacion, de que algunos »virtuosos cenobitas se unan con Dios por medio de la fe

»y practiquen la caridad con los pobres y con los estran»geros.» Dispuso Berta que aquel monasterio fuese independiente de toda jurisdiccion secular y que los monges eligiesen ellos mismos sus superiores; y no satisfecha con esto la buena reina pronunció el siguiente anatema contra todos los guerreros que quisiesen turbar el reposo del monasterio que habia fundado. «O vosotros, santos apóstoles, »príncipes poderosos de la tierra, Pedro y Pablo; y tú prín»cipe de los obispos que estás sentado en su trono, puedan »los enemigos de mi monasterio ser segregados del gremio »de la iglesia y borrados del libro de la vida. Que sean con»fundidos con aquellos que dicen al Todopoderoso: *aléjate »de nosotros con Dathan y Abiron á quienes la tierra se trague »en sus abismos*. Que desde esta vida sus cuerpos comiencen »ya á sentir las penas eternas del infierno como Heliodoro »que fue azotado por los ángeles, ó como Antíoco que fue »roido por los gusanos.» A esta imprecacion añadió Berta una multa de cien libras de oro contra los perturbadores de la tranquilidad del monasterio fundado sobre las ruinas de la antigua Aventicum, y que convertido en almacen de trigo no conservaba en el siglo pasado sino la campana.

Estos pormenores de costumbre tienen mas interes y dan mayor luz para conocer los siglos en que nuestros antepasados vivieron que los relatos de batallas, de muertes y de destruccion que de continuo se suceden unos á otros, fatigan la atencion y contristan el ánimo. Tal era el estado de una parte de la Borgoña y de una parte de la Helvecia alemana en la época en que Berta hilaba y recorria á caballo sus alquerías. Caidas en decadencia las fundaciones pias de la Helvecia romana fueron restablecidas segun la reforma de Clugny: una parte de las márgenes del lago de Ginebra conservaba el nombre de colonia que los antiguos romanos le dieron por mas que esa colonia habia sido destruida: Morges y el risueño pais que la circuye comenzaban á poblarse: en algunos cantones de Vaud se cultivaba la viña

bajo la proteccion de muchos castillos fortificados. Orbe se transformaba de hospedería en pueblo, é Iverdun era la capital de un canton bien cultivado. Desde los lagos que bañan el pie del Jura se estendia un pais casi desierto llamado Oechtland y cubierto de bosques pantanosos, y el territorio en que hoy se levanta Berne pertenecia al rey como tambien lo demas de los desiertos en donde tenia una alquería: cerca de allí moraba en Oltingen el conde Cuno que tenia ricas posesiones en ese pais despoblado y su hijo Buko conservó el castillo de sus padres; mientras que á Ulrico su hermano le cupo el de Fenil situado en una colina cerca del lago de Nugorol. Muchos miembros de esta familia administraron los obispados de Bale y de Lausana, con lo cual la iglesia del primero aumentó sus posesiones en el condado de Rauraques con muchas tierras situadas en el Jura y que le dió ese conde, mientras que los emperadores le prodigaban minas de plata y le concedian el derecho de cazar mas allá del Rhin. En los tiempos de que hablamos los condes no podian exigir de los hombres libres sino que compareciesen ante su tribunal, y los siervos pagaban censos proporcionados al valor y al producto de las tierras. Como el poder de los condes estribaba en la poblacion de sus dominios y en los progresos de la agricultura, su interes les aconsejaba gobernar con prudencia á fin de que los estrangeros se avecindasen en su territorio. El primogénito de los condes de Habsbourg era en los negocios temporales el defensor del monasterio de Muri, privilegio incorporado á su casa por una hembra, mas si el primogénito se conducia mal, despues de tres amonestaciones el abad podia elegir patrono á otro miembro de la misma familia. Administraba justicia en su tribunal de Muri siempre que era necesario cobrando en compensacion la suma determinada, la tercera parte de las multas, una fanega de trigo, una medida de vino y un cántaro de leche.

A medida que las nuevas ciudades progresaban é iban en aumento sus riquezas, ocupábanse los ciudadanos en esten-

der sus derechos, y por medio de compras oportunamente hechas acrecian la estension de su territorio. Las ciudades se emancipaban sucesivamente de los derechos de soberanía que los abades, los obispos y los monasterios habian tenido sobre ellas durante mucho tiempo, y se ponian bajo la proteccion del imperio germánico, considerándose felices con no reconocer mas superior que el emperador de Alemania ó el vicario ó lugarteniente que lo representaba. Los de Soleure sacudieron el yugo del cabildo de San Ours, el cual por haber coadyuvado á la construccion de la ciudad queria entrar á administrarla. Los vecinos de Schaffouse fueron quitando á la abadía del monasterio de Todos los Santos los diferentes derechos que hasta entonces habia ejercido sobre ellos por medio de su baile; y mas adelante despues de haber sacudido enteramente el dominio temporal de la abadía lograron ponerse bajo la proteccion del gefe del imperio. Semejante ejemplo no podia menos de tener imitadores, y asi fue que Bale despues de luchar con su obispo alcanzó su independencia haciéndose reconocer ciudad imperial.

Todas esas ciudades de la Suiza grandes y chicas seguian el impulso de una idea fija haciendo esfuerzos á fin de emanciparse del dominio de los obispos, de los monges y de las familias nobles y poderosas. Lo que por otra parte pinta bien claramente aquel estado social es que el poder estaba hasta tal punto dividido que á un mismo tiempo se contaban en Helvecia cincuenta condes soberanos, ciento cincuenta barones y mas de mil caballeros que daban con sus proezas abundante materia para las crónicas de ese tiempo. Las ciudades pues tenian un interes grandísimo en librarse de tantos amos que con mucha frecuencia se guerreaban y les hacian pagar considerables tributos. El gobierno de los monges era por lo general mas suave que el de los señores, pero se reducia tambien á contribuciones, y como estas sin ser considerables en sí mismas tenian mil distintas formas; su peso al fin era insoportable y las ciuda-

des supieron aprovecharse de los disturbios del imperio. Cuando los reyes ó los señores de que eran dependientes necesitaban dinero lo ponian á su disposicion, y al amenazar al estado algun riesgo sus brazos se armaban al punto para su defensa. El ciudadano frugal y económico en el interior de su casa prodigaba sus riquezas para el bien comunal, y por esto al paso que las casas eran sumamente sencillas los edificios públicos ostentaban suntuosidad y grandeza. Rivalizaban los artesanos en la buena calidad de los productos de sus talleres, y para perfeccionar los procedimientos de esa industria: en el seno de las familias reinaban la piedad, la honradez y la hombría de bien, y en los consejos la sabiduría, la integridad y la prudencia. Los hombres se habrian avergonzado de vivir á costa del tesoro público; pues el patriotismo de aquellos ciudadanos no tenia por costoso ningun sacrificio siempre que se tratara de acudir á las necesidades del estado ó de tomar parte en algun establecimiento útil.

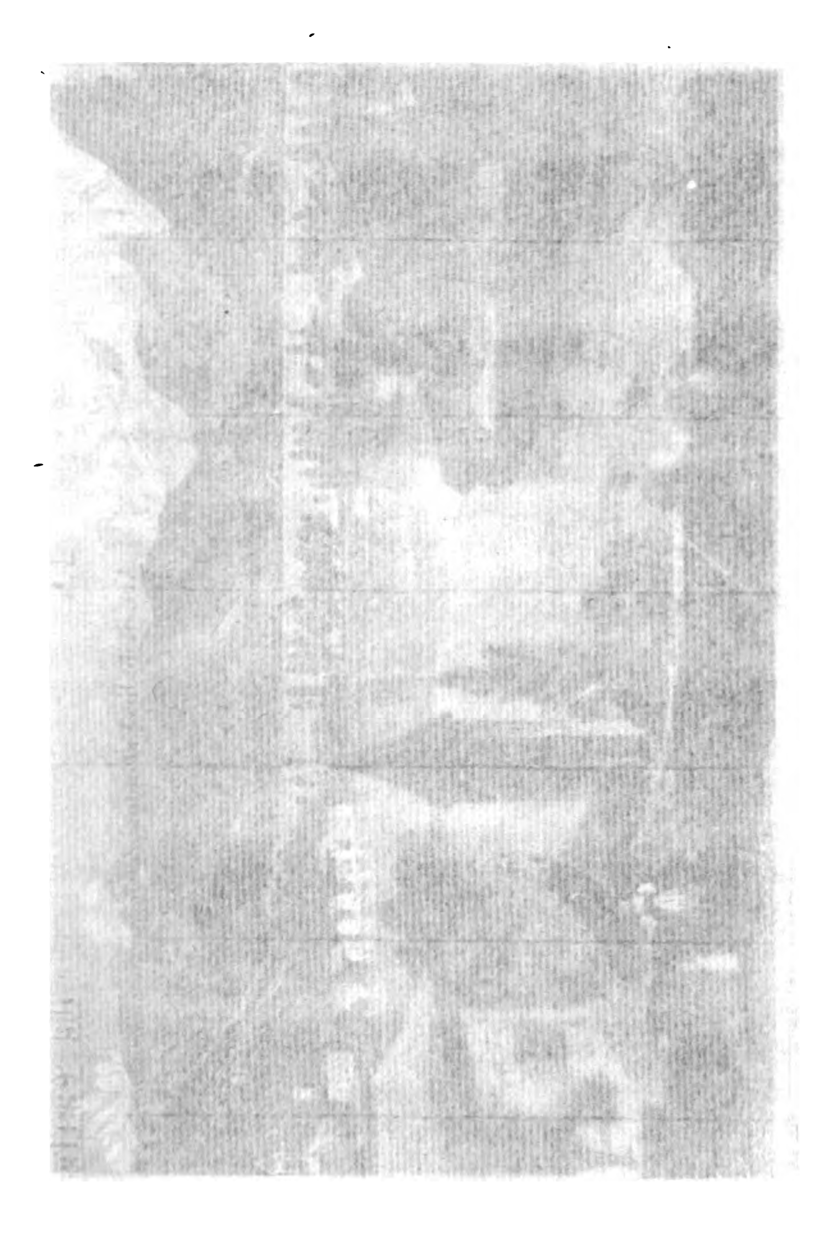
Como los nobles que pertenecian á familias poderosas, y los obispos y abades podian disponer muchas veces de fuerzas considerables, las ciudades con el objeto de oponerles una resistencia saludable formaban confederaciones. La historia de la Helvecia en la edad media á la par que la del resto de Europa es una serie de continuas luchas; mas como las familias que tenian derecho de usar armas estaban realmente en minoría con respecto á los habitantes de las ciudades, era preciso que con el tiempo la victoria fuese de estos. Contribuyó tambien para menguar el influjo de los nobles el entusiasmo con que abrazaron las cruzadas, puesto que para presentarse en ellas con magnificencia vendieron sus dominios que eran el primitivo orígen de su poder. Por otra parte los obispos y los monges que en el principio habian hecho grandes sacrificios enseñando con el ejemplo á desmontar la tierra perdieron sus primitivas virtudes al paso que las riquezas fueron corrompiendo sus costumbres.

Por mucho tiempo sin embargo continuaron al frente de la civilizacion de esa época, si es que pueda darse semejante nombre á una barbarie mas ó menos grande, pues al fin los obispos y los monges cultivaban las letras aunque de un modo imperfecto. En las actas del monasterio de Meri se encuentra, dice un escritor moderno, esta notable frase escrita en mal latin: «La vida de los religiosos sin las le»tras es una muerte: *quia vita spiritualium hominum sine lit»teris mors est.*» Esos monges leian el Salustio y recitaban el Virgilio, daban á un capítulo el nombre de Senado, y el de República al monasterio. Las *Aventuras del duque Ernesto de Suabia*, primer romance escrito despues de la restauracion de las letras fue compuesto por un religioso de San Galo. Las señoras de alta clase gustaban de la literatura, por esto Eckard que era el monge mas sabio del monasterio de San Galo pasaba la mayor parte del dia con la duquesa de Suabia Eduvigis, adorada de sus súbditos, siendo de advertir que segun la crónica ese sabio tenia modales seductores, voz dulce y mirada penetrante.

En resúmen los habitantes de las ciudades gracias á los oficios á que se dedicaban con una perseverancia infatigable echaron la base de su libertad, porque reunidos en gremios opusieron una resistencia que cada dia iba en aumento. Comprendieron por otra parte que á fin de terminar esas luchas que durante tanto tiempo ensangrentaron la edad media les convenia ponerse bajo la égida del poder imperial, porque es mas tolerable sufrir un amo que muchos. A pesar de esto consideraban ese poder como un abrigo pasagero, como un tránsito exigido por las circunstancias y que debia llevarlos á un gobierno republicano mas análogo á sus costumbres nacionales, puesto que dominaba en ellos el espíritu de asociacion que mas tarde dió orígen al régimen federativo con el cual la Suiza ha disfrutado dias de prosperidad y bienandanza. Inútil seria buscar en la historia de este tiempo un conjunto que se pareciese á lo que sucede

en los estados monárquicos; porque entonces habia en Suiza una multitud de contradicciones que es difícil comprender hoy dia. En efecto, en el espacio de algunas leguas se representaban las atroces escenas del feudalismo que hemos omitido para referir los hechos principales, y al lado de esas sangrientas hazañas de los guerreros y de las destrucciones que eran obra suya presentábase el trabajo de las ciudades que producia mas de lo que se iba destruyendo, y los obispos y los monges daban ejemplo de todas las virtudes, y por efecto del poder temporal de que estaban investidos ejercian funciones que hoy reputamos como incompatibles con el carácter eclesiástico. Lo que nunca repetirémos demasiado y lo que tiene á nuestros ojos mucho mas interes que los relatos de las guerras y violencias de los condados de Werdemberg, Sargans, Montfort, Sax, y Vax, tiranos feudales de la Helvecia en la edad media, y que la intervencion de los condes de Saboya despues duques y hoy reyes del Piamonte en los negocios de la Suiza; lo que tiene mas interes, decimos, que todo eso, es que el espíritu de libertad que ha hecho la gloria y la ventura de aquel pais tuvo orígen en los hábitos del trabajo propios de los habitantes de las ciudades.

Ya á principios del siglo XIII, el comercio habia hecho en Helvecia grandes medros, y Bale, Zurich y Ginebra eran las ciudades mercantiles mas ricas y mas libres. Particularmente en Zurich estaba la industria muy adelantada, y las telas de seda, de lino y de lana que allí se fabricaban, y las pieles que se curtian eran transportadas hasta los últimos confines de Alemania nó sin proporcionar al pais lucros muy grandes. En esa época la Helvecia recibia tambien productos estrangeros; los de Bale bebian vino de Chipre; los mercaderes ambulantes recorrian el interior del pais llevando sus mercancías á las casas de campo mas distantes, y las sencillas aldeanas de los Alpes usaban tejidos de Flandes. Desde el principio de las cruzadas hubo seguridad en





VUE PRISE AUX ENVIRONS DE ZURICH.



los caminos, y las ciudades interesadas en que la circulacion de sus artefactos no hallase obstáculos hacian pagar caros á los señores los robos y las estorsiones que cometian por efecto de sus añejos hábitos. Los inmensos ejércitos que con el piadoso objeto de conquistar el sepulcro de J. C. iban á morirse de hambre, de peste, ó á manos de los infieles exigian provisiones proporcionadas á su número y á la duracion de sus espediciones; y entonces las ciudades se transformaron en vastos talleres en que se forjaban armas y se hacian vestidos para los cruzados granjeando con esto grandes riquezas. Largo seria por cierto referir las ventajas que le resultaron á la Europa de la piadosa manía que impulsaba á los pueblos de occidente á precipitarse en la devoradora sima de las cruzadas.

En este punto termina el primer período de la historia de los suizos. Hemos visto la Helvecia libre y salvage, esclava despues y civilizada bajo el yugo de los romanos, despoblada luego y sumida otra vez en la barbarie por los conquistadores del norte y del oriente; víctima en seguida de todos los horrores de la anarquía feudal en tiempo de los emperadores franceses y de los primeros emperadores alemanes; y finalmente ha brillado para ella la aurora de la libertad á favor del establecimiento de las comunidades y del santo entusiasmo de las cruzadas. Van ahora á presentarse en la escena histórica algunas poblaciones de pastores que durante siglos se quedaron en una oscuridad tranquila en el corazon de territorios tan salvages que apenas eran conocidos.

Aunque el poder ejercido por el delegado del emperador fuese para los suizos muchísimo mas soportable que el sangriento y devastador régimen del feudalismo, esperimentaron sin embargo inquietudes muy serias en una circunstancia que vamos á esponer con algunos pormenores. La muerte de Rodolfo de Habsbourg acontecida en 1292 presagió un porvenir muy triste. Una ambicion precoz habia

impulsado á su primogénito Alberto duque de Austria á estender sus estados hereditarios sin detenerse en los medios con tal que pudiesen serle útiles; mas como Wenceslao rey de Bohemia cuñado de Alberto no queria que este se ciñese la corona imperial, logró que se colocara en las sienes de Adolfo de Nassau. Este príncipe favorecia la libertad de las ciudades suizas, al paso que Alberto dejaba entrever que mas adelante emplearia todos los recursos de sus estados hereditarios, entre los cuales debia contarse el ducado de Austria, para subyugar la Helvecia en donde tenia vastas posesiones. Sabíase ya que los magistrados de Vienne se habian visto precisados á presentarle las llaves de la ciudad yendo á su encuentro descalzos, y que en su presencia habia hecho pedazos los títulos en que fundaban sus libertades, con cuyo motivo los pastores de Uri, de Schwitz y Undervald renovaron su antigua alianza en los términos siguientes. «Sepan todos que los hombres del valle de Uri, de los pas»tos de Schwitz y de los montes de Undervald teniendo en »consideracion los presentes riesgos se han reunido por »efecto de su mutua confianza, y conforme con la alianza »que les liga desde tantos siglos, se han comprometido con »juramento á no abandonarse unos á otros, y á dar todos »sus bienes y todos sus guerreros á fin de rechazar dentro »y fuera de su pais cualquiera violencia que quisiera come»terse contra todos ó contra uno de ellos. Los que depen»den de un Señor cumplan sus obligaciones con respecto á »él, mas en cuanto á nosotros hemos convenido en que no »reconocerémos mas hombres que los nacidos en nuestros »valles. Nadie puede comprar el derecho de decidir en otra »parte nuestras discordias porque los mas sabios de entre »nosotros se encargarán de verificarlo. Asi unidos en cuer»po y en bienes, en individuos y en familias contra todos, »obligarémos á cualquiera que de entre nosotros se resista »á sujetarse á la sentencia de nuestros jueces. Que el ho»micida perezca, que el incendiario sea desterrado, que el

»ladron restituya lo que robó, que los jueces sean obedeci»dos, y que si hay refractarios sean castigados por todos »nosotros. Este convenio si Dios lo permite durará eterna»mente en beneficio comun.»

En esa ocasion memorable los pueblos de Schwitz, Uri y Undervald tomaron el apelativo de *Eidgenossen* que tanto vale como hombres unidos por un mismo juramento. Alberto deseoso de vengarse de Adolfo de Nassau que fue elegido emperador, y de la fidelidad que á este príncipe habian guardado los suizos apeló á las armas, y seguido por un ejército considerable pasó á sangre y fuego el territorio del obispo de Constanza y despues de alcanzar una sonada victoria, en 1298 triunfa de Adolfo que pierde á un tiempo la vida y la corona imperial. Los confederados de Uri, de Schwitz y de Undervald enviaron una diputacion á Alberto que estaba en Strasburgo para rogarle que conservase y respetase sus libertades; mas él les contestó: «pensaré en »proponeros bien pronto otra organizacion.» Estas palabras estremecieron á los confederados; mucho mas cuando toda la Helvecia occidental desde los muros de Soleure hasta las márgenes del Leman estaba haciendo preparativos de guerra. Los nobles de esos territorios adictos al partido de Alberto porque estaban zelosos de los habitantes de las ciudades resolvieron marchar contra Berna; mas los habitantes de este canton socorridos por los ciudadanos de Soleure y acaudillados por Ulrico de Erlach triunfaron de sus enemigos en el mismo año de 1298 y destruyeron muchos castillos que eran la residencia de los nobles. Campado Alberto enfrente de Zurich en una colina desde la cual dominaba la ciudad entera, recibió una diputacion de los habitantes que le ofrecian reconocerle por soberano con tal que respetase sus libertades. «A pesar de estos riesgos, dice el »historiador de Suiza Mr. Golbery, los ciudadanos conti»nuaban ocupándose en sus negocios, y desde lo alto de la »colina el ejército veia los mercados bien provistos, las mu-

»rallas bien guarnecidas y la belicosa juventud que recorria »las calles en buen órden.» Falto Alberto de máquinas, contando con pocos soldados y viendo por otra parte que las mugeres de todas edades habian tomado las armas, confirmó los privilegios de la ciudad sitiada.

Bien pronto se empeñó en otros cantones una lucha que debia tener consecuencias mucho mas graves. Alberto que tan poco airoso habia quedado ante los muros de Zurich marchó contra Burckard de Schwanden preboste imperial de Glaris que fue partidario de Adolfo de Nassau, arrasó los castillos de Schwanden, de Soole y de Schwendi que le pertenecian, é incorporó á su casa la prebostía de Glaris. Obligó tambien á Juan de Schwanden hermano de Burckard y abad de Einsiedlen á entregarle la prebostía hereditaria de los dominios por los cuales la abadía habia estado en contestaciones con Schwitz, y se apoderó de la rica señoría de Embrach. La emperatriz libró de todo tributo al monasterio de religiosas de Steinen; los hombres libres de Luax hácia la Rhetia detras de Uri y de Glaris, los habitantes de las montañas de Urlern y los peages que recayeron en el imperio por la estincion de los rapperschwyl pasaron á ser propiedad de la casa de Habsbourg que en nombre del imperio administraba tambien el Oberhasli, Unterteen, el monasterio de Interlacken hasta las neveras y todos los alrededores del Aar hasta la Argovia. Por medio de usurpaciones y de compras estendió Alberto su poder hasta tal punto que el Austria misma vió con desagrado la estraordinaria importancia que daba á sus posesiones occidentales, y universalmente se le vituperó su ambicion desmedida.

Impaciente el emperador por realizar los planes de conquista que meditaba creyó mas prudente apelar ante todo á los medios de persuasion, y á este fin comisionó á los condes de Ochsenstein y de Lichtenberg para que hiciesen entender á los suizos que Alberto los consideraba como sus hijos muy queridos y que esperaba que se le mostrarian

fieles y leales súbditos. Los embajadores de Alberto trajeron á la memoria de los montañeses Rodolfo de Habsbourg cuyos estandartes habia seguido tantas veces la victoria; recordaron que los abuelos del emperador habian sido prebostes de Leuzbourg; aseguraron que Alberto no queria ser protector de los suizos impulsado por ambicion personal, y que no les quitaria los rebaños que eran su única riqueza, sino que considerándose como un padre queria llevar á esa valiente nacion á la conquista de gloriosos trofeos, y les aseguraron que los hijos de la Helvecia poseerian feudos, riquezas y honores y que se transformarian de pastores en caballeros. La respuesta de los suizos al emperador fue la siguiente. «Los nobles, los hombres libres y todo el pueblo »se acuerdan todavía de Rodolfo cuyo gobierno les hizo tan »dichosos; pero lo que estiman sobre todo es la indepen- »dencia de sus antepasados, y por lo mismo confian que el »emperador les confirmará sus privilegios y sus antiguas li- »bertades.» Los suizos encargaron en seguida á su compatricio Verner de Attinghaussen que fuese á verse con Alberto para alcanzar la sancion con tanta impaciencia esperada y le pidiese ademas un preboste imperial. Alberto que entonces estaba en guerra con los electores concedió la jurisdiccion á sus bailes de Rottembourg y dió órden á Uri para que no señalase ninguna contribucion al monasterio de Wettingen. Simultáneamente Schwitz firmó un tratado de alianza por diez años con Verner, conde de Honberg que estaba en desgracia. Mientras tanto los suizos perseveraban en su demanda de un preboste que representase el imperio por temor de que su obediencia á la casa de Austria no se considerara como una obligacion hereditaria, y Alberto deseoso de que la Helvecia dejase á un lado la moderacion con que se condujo hasta entonces eligió bailes á Hermann Gessler de Bruneck y á Berenguer de Landenberg. Tarde ó temprano estos dos hombres de carácter opresor y altivo habian de provocar la indignacion general y tras ella la revuelta

que seria vencida por las armas ofreciendo pretesto para arrebatar á los suizos sus antiguas libertades. Tal era el plan de Alberto cuyos delegados fijaron su residencia en el corazon del pais en que vivian los confederados, puesto que Landenberg se fue al castillo imperial de Sarnen en el pais de Underwald, y Gessler levantó encima de Alsdorf una fortaleza á que puso el nombre de Twing-Uri, esto es, yugo de Uri.

Ejerciéronse á la vez contra ese desdichado territorio toda clase de vejaciones; aumentóse el precio de los portazgos; segun el capricho de los gobernantes algunas veces se prohibia absolutamente toda esportacion; reputábanse por delitos graves las faltas mas ligeras y se prodigaron las prisiones y las multas ruinosas. Cual si esto no bastara Gessler y Landenberg adoptaron como sistema manifestar por los suizos un continuo desprecio que los ofendia tanto mas cuanto habian de sufrirlo en todas partes y bajo todas formas. En tan deplorable estremo la vista del pueblo se dirigia á algunos hombres que por sus virtudes y por su amor á la patria gozaban de la estimacion general, entre los cuales merece ser contado Verner Stauffacher, ciudadano de Schwitz. Cierto es que algunos hombres ambiciosos se habian hecho partidarios de la casa de Austria, como por ejemplo Wolfenchiess que aceptó el mando del castillo de Rozberg; pero si unos pocos hijos de la Helvecia vendieron la causa de la patria, su criminal concurso no podia contrapesar las faltas de los bailes de Alberto que calificaban de nobleza rústica la de las familias mas antiguas del pais injuriando con esto al pueblo todo. En esos tiempos las costumbres tenian mucha analogía con las de los antiguos germanos, pues las casas estaban esparcidas en los confines de los bosques, en los prados y en las márgenes de los rios y arroyos; los suizos eran poco amigos de la novedad; cada dia semejaba á igual dia del año anterior y representaba el mismo del año siguiente; las ocupaciones eran unifor-

mes, y dejaban tiempo para pensar; y cuando en los dias festivos la poblacion iba de las montañas á la iglesia los suizos se comunicaban sus sufrimientos y sus ideas.

Acercábase el momento de la crisis. Atravesando Gessler el pueblo de Steinen se detuvo delante de una hermosa casa que se habia construido segun el uso del pais, esto es, de piedra en la base y de madera desde dos pies sobre el nivel del suelo, la cual tenia muchas ventanas y en su frontis estaban escritas varias máximas morales. El aspecto de la casa llamó la atencion de Gessler, y como le dijesen que era de Stauffacher esclamó: «¿Hasta cuándo sufrirémos que »los rústicos labriegos tengan casas tan hermosas?» Esta insolente esclamacion corrió muy luego de boca en boca. En la misma época Wolfenchiess á quien segun hemos dicho habia confiado Alberto la custodia del castillo de Rozberg encontró á una hermosa jóven que descansaba en un prado, y como sabia que su marido estaba ausente le mandó que fuera á prepararle un baño, y habia ya resuelto cometer con ella el último esceso cuando la jóven so pretesto de mudarse el vestido fue á contarle el suceso á su esposo, el cual por su propia mano mató á Wolfenchiess confidente de Landenberg. Este gobernador habia mandado que se confiscaran un par de bueyes de Arnoldo de Melchtal, y en el momento en que se ejecutaba la órden un criado de Landenberg esclamó: los rústicos bien pueden tirar el arado por sí mismos. No pudiendo el hijo de Arnoldo reprimir la ira que dispertaron en su alma estas palabras, dió al criado un garrotazo con el cual le rompió dos dedos de la mano y se escapó á la montaña; pero Landenberg hizo arrancar los ojos al padre del mozo. En los mismos dias el gobernador de Schwanaud, castillo situado en una isla del lago de Lowertz sedujo á una jóven de Ast, ó hablando mas propiamente la deshonró con violencia. No queria reparar este crímen con el matrimonio ni de otro modo sin embargo de que, segun dice Juan Muller, «el amor en nuestras monta-

»ñas precede al matrimonio, pero el amante respeta á su que-
»rida ó le compensa su falta de respeto casándose con ella.»
Como quiera que sea el castellano de Schwanaud fue muerto por los hermanos de la jóven con quien tan mal se condujo.

En medio de esta opresion general ó mas bien en esta lucha desesperada cuyos ministros eran la violencia y el asesinato la muger de Verner Stauffacher solia decir á su marido. «Hasta cuándo verémos que el oprimido gime y el
»opresor insulta su miseria? ¿Los estrangeros serán dueños
»de esta tierra y heredarán nuestros bienes? ¿Qué aguardan
»ya para obrar los hombres de nuestras montañas? ¿Noso-
»tras madres nos verémos obligadas á alimentar con nues-
»tra leche á los hijos á quienes aguarda la mendicidad, y á
»las hijas condenadas á servir como esclavas á los opreso-
»res de nuestra patria? ¡Lejos de nosotros tan humillante
»destino!» Verner Stauffacher tan irritado como su muger se dirige al pueblo de Brounen en las márgenes del lago, se traslada á Uri á la casa de Gualtero Furst, y á Attinghausen en donde encuentra á Arnoldo de Melchtal. «Allí, dice
»Zschokke, hablaron de los males de su pais y de la barbarie
»de los gobernadores estrangeros que el emperador les ha-
»bia enviado con desprecio de sus derechos y de su liber-
»tad hereditaria. Recordaron las inútiles reclamaciones di-
»rigidas al monarca contra la tiranía de esos mismos bailes,
»y las amenazas con que habia contestado á sus quejas.
»Concluyeron con decir que no habiendo Dios dado á nin-
»gun rey poder para conculcar los derechos de los pueblos
»no debian esperar remedio sino de Dios y de su propio
»valor, y que la muerte era preferible á una existencia tan
»envilecida. En vista de todo resolvieron que cada uno en
»su pais se pondria de acuerdo con hombres seguros y de-
»cididos y sondearia el espíritu del pueblo á fin de averiguar
»qué es lo que estaba dispuesto á hacer en pro de la salva-
»cion y de la libertad comunes. Corrian entonces los pri-
»meros dias de noviembre de 1307.»

Tras esa primera entrevista vinieron otras que todas se verificaron de noche y en un lugar solitario inmediato al lago de los Cuatro-Cantones en los confines de Uri y Underwald y enfrente del pueblo de Brounen. Furst y Melchtal iban al lugar de la cita por caminos estraviados, y Stauffacher en una barquilla acompañado de su sobrino Rudenz. Las tiránicas órdenes de Gessler y de Landenberg eran mas de dia en dia, y por una consecuencia necesaria cada noche se aumentaba el número de los patriotas suizos que acudian á la reunion. En la noche del 17 de noviembre del dicho año 1307 Furst, Melchtal y Stauffacher se presentaron trayendo cada uno diez conjurados con cuya adhesion podia contarse. Estos treinta y tres patriotas juraron, dice Mr. de Golbery, mantener el pueblo en posesion de sus antiguas libertades, y á fin de que esa alianza fuese provechosa á todos los suizos convinieron en que no se atentaria á los derechos ni á las propiedades de los condes de Habsbourg, en que sus prebostes, sus vasallos y sus soldados no perderian una gota de sangre; mas ellos querian transmitir pura á sus descendientes la libertad que los suizos habian recibido de sus abuelos. Entonces Furst, Stauffacher y Melchtal hicieron el juramento siguiente: «En nombre de Dios »que ha criado á los emperadores y á los labriegos y de »quien todos han recibido igualmente los derechos inena»genables de la humanidad juramos defender valerosamen»te y por medio de esfuerzos comunes nuestra libertad »amenazada.» Los otros treinta suizos repitieron el mismo juramento invocando el nombre de Dios y de sus santos, y se separaron despues de fijar el primer dia del año siguiente para la ejecucion de su plan que era el levantamiento general á que debia preceder la muerte de Gessler.

Echábase mano entonces de los signos simbólicos cual suele acontecer en las sociedades que no han entrado todavía en el camino de la civilizacion, y por esto el baile Gessler mandó poner el gorro ducal en la punta de un mástil

clavado en la plaza pública de Astorf en el pais de Uri, con órden de que todo el mundo saludase á ese nuevo emblema del poder austríaco. De todos modos ese era un medio de obligar á los amigos de la libertad, esto es, á los adversaríos del emperador á denunciarse á sí mismos. Guillermo Tell de Burglen yerno de Furst y uno de los conjurados, al pasar por la plaza se negó á inclinarse ante el gorro ducal y soltó algunas palabras que fueron reputadas por un crímen. Al instante, segun dice un historiador nacional, Tell fue preso y llevado ante el baile, el cual ardiendo en cólera le dijo: «insolente arquero, quiero que tu profesion sea tu »suplicio, y voy á colocar encima de la cabeza de tu hijo una »manzana que tú has de arrancar de allí disparándole una »flecha.» Al momento atan al niño á un árbol, le ponen la manzana en la cabeza, llevan al padre á mucha distancia del hijo, Guillermo apunta, la cuerda del arco se estremece, vuela la flecha, arrebata la manzana y el pueblo lanza mil gritos de alegría. Gessler entonces preguntó al arquero qué pensaba hacer de la otra flecha que consigo tenia y Tell le contestó: «atravesarte el corazon si la primera no hu»biese dado en el blanco.»

A estas palabras el baile manda que el intrépido arquero metido en una barquilla en que quiere ir el mismo Gessler, sea llevado preso á Kusnacht porque temia que conservándole preso en el pais de Uri hubiese en él alguna sublevacion. Verdad es que conduciéndolo á otra parte violaba el derecho público de los habitantes; pero dando poca importancia á esta consideracion y á despecho del impetuoso viento que hacia apresuró la marcha. La tempestad era horrorosa y la barquilla iba á sumergirse cuando el baile en vista de tan grande riesgo manda desatar á Guillermo Tell que coge el timon, y aunque el lago estaba tan alborotado que la muerte parecia inevitable, el diestro barquillero se dirige hácia los escarpados peñascos del Axenberg al lugar en que hay en medio de las aguas una roca aislada cuya cima pre-

senta la figura de una plataforma. Tell se lanza á la roca y haciendo hincapié en ella rechaza la barca hácia mitad de las aguas, con la rapidez del rayo atraviesa el territorio de Schwitz, y armado del arco y de la flecha se oculta en un camino hondo que debe tomar Gessler para llegar á Kusnacht. Apenas llega allí el gobernador cuando cae muerto. En el sitio en que tuvo lugar ese suceso se ha edificado una capilla, y el rostro del barquillero que conduce al transeunte al pie de la roca brilla de gozo al saludar aquella capilla rodeada de bosques y que domina las rocas del lago, y hace un patético y animado relato de las crueldades del baile y del valor de Tell. En aquel pais no hay quien no se entusiasme al recuerdo de ese hombre á quien el pueblo suizo debe su primitiva independencia.

No podemos en manera alguna ocultar al lector que el hecho mas heroico de la vida de Guillermo Tell, esto es, la audacia con que declaró á Gessler que llevaba la segunda flecha para matarle en el caso en que hubiese muerto á su hijo ha sido objeto de muy serias dudas. «La misma historia, dice Mr. Chasles, está mezclada en las tradiciones »populares de Dinamarca escritas en el siglo XII por Saxo »Grammaticus, de modo que solo difieren en los nombres y »la época, que se supone el año 965, conviniendo en todas »las demas circunstancias que se describen en la famosa »aventura de Guillermo Tell. El primogénito del célebre »Haller quiso probar la falsedad de este relato en un escri»to que publicó en 1760 con el título de *Fable Danish*, pero »ese libro fue condenado al fuego por el buen pueblo de »Waldstetten y hoy es sumamente raro.»

Notarémos de paso que si á los heroicos hechos que tuvieron lugar durante los siglos de la edad media debieran aplicárseles rigurosamente las reglas de crítica adoptadas por los modernos nada habria verdadero de esa época ó al menos auténticamente probado. En efecto, lo que da autoridad á un acontecimiento de ese género es la exacta coin-

cidencia de circunstancias que refieren los autores contemporáneos; pero muchas veces no los hay, y aun en el caso en que hayan dejado relatos minuciosos, con harta frecuencia es imposible poner de acuerdo sus relaciones. Cuando se trata pues de sucesos acontecidos en la edad media es preciso reflexionar ante todo si estan en armonía con los usos y costumbres reinantes, y si este exámen es favorable hay que reconocer en las tradiciones una fuerza de verdad que permite concederles un lugar en la historia. ¡Cuántos hechos ha negado el escepticismo de los historiadores del siglo pasado y que sin embargo han venido á confirmar muchas y sólidas investigaciones! Voltaire habia calificado de miserables consejas una porcion de cosas relatadas por Herodoto, y no obstante una espedicion á Egipto les ha dado un carácter de autenticidad para siempre incontestable. Dejemos pues á Guillermo Tell su heroismo porque al fin ha podido tener lugar en otro punto un hecho semejante, y no debe atentarse á la gloria nacional de un pueblo disminuyendo los títulos que tiene á la admiracion, sino cuando presentan reunidos todos los caractéres de una falsedad evidente. En apoyo de estas consideraciones copiarémos un pasage tomado de otro moderno historiador de la Suiza. «Se ha puesto en duda la historia de Guillermo Tell queriendo ver en ella la copia de una tradicion danesa; pero nadie ignora ya que el Tocco de los daneses es enteramente desconocido para los suizos. Ese hombre debió vivir en la segunda mitad del siglo XII y la emigracion de los suizos, si es que se da por cosa cierta, es muy anterior; de manera que estos no pudieron traer consigo el recuerdo de un hecho que aun no habia acontecido. La primera edicion del libro de Saxo en que se habla de ese suceso salió en Paris en 1686, y por otra parte está ya demostrado que en 1388 habia en la asamblea de Uri ciento catorce personas que habian conocido á Guillermo Tell cuya existencia está atestiguada ademas por la tradicion y por los

»cantos populares; y es otra prueba de su autenticidad la »ereccion de capillas en todos los lugares que se han hecho »célebres por las acciones de ese adalid de la independen»cia.» Otra reflexion harémos, y es que dejando á un lado ese solo hecho todas las nobles acciones de la vida de Guillermo Tell son ciertas y esplican la veneracion de que aun hoy dia disfruta en Suiza su memoria.

El pueblo de las montañas tenia una paciencia, una moderacion y una calma que tarde ó temprano le habrian hecho vencer en la lucha en que estaba comprometido con el emperador Alberto, y asi fue que la inesperada muerte de Gessler no anticipó el movimiento general fijado para el 1.º de enero de 1308. Por fin llegó ese dia tan ardientemente deseado. Reina en los Alpes la antigua costumbre de que las jóvenes nubiles admiten en su casa durante la noche al mozo que aspira á su mano, y es tanta en ese pais la pureza de costumbres que rara vez hay una familia á quien hagan avergonzar las consecuencias de intimidad tan estraordinaria. Entre los conjurados que habian hecho juramento de morir para libertar á su patria contábase el amante de una jóven que vivia en el castillo de Rozberg, quien en la noche que precedió al primer dia del año 1308 en el momento fijado para entrar en el cuarto de su querida fue introducido por esta izándolo con una cuerda. Cual la querida le habia subido á él, subió él á veinte patriotas que estaban en el foso los cuales prendieron al gobernador y á la guarnicion. En Sarnen el gobernador Landenberg bajaba desde el castillo á la iglesia para oir misa cuando encontró á veinte habitantes de Underwald que segun era costumbre le llevaban el aguinaldo de becerros, corderos, liebres y gallinas. Satisfecho de su generosidad díjoles el gobernador que llevasen los regalos al castillo; mas apenas hubieron entrado cuando uno de ellos tocó la corneta de caza, todos sacaron un hierro que clavaron en la punta del palo, del inmediato bosque acudieron treinta compañeros mas y la

guarnicion hubo de rendirse. Dióse entonces la señal, toda la comarca inferior y superior del Kernwald se puso en movimiento, de cumbre en cumbre fueron repitiéndose las señales; los hombres de Uri se apoderaron del castillo y Stauffacher á la cabeza de sus guerreros de Schwitz fue al lago de Lowertz en donde se hicieron dueños del castillo de Schwanau. Los suizos se contentaron con recobrar su libertad; Laudenberg despues de jurar que nunca mas volveria al pais fue á reunirse con el emperador, y el domingo inmediato 7 de enero otra vez se juró solemnemente la eterna alianza. En el pueblo de Melchtal el anciano y ciego padre recibia algun consuelo á su triste existencia, el esposo tornaba á Alzel al lado de su fiel consorte, Gualtero Furst honraba públicamente á su yerno; en Steinen la muger de Stauffacher daba hospitalidad á todos los libertadores de Rutli y á todos los combatientes de Lowertz.

Apenas Alberto tuvo noticia de estos acontecimientos cuando juró vengarse, y á la cabeza de un crecido ejército iba á castigar á los que consideraba como vasallos rebeldes; pero se tramó cerca de él una conspiracion porque queria arrebatar la herencia paterna á su sobrino y pupilo Juan duque de Suabia. Tanto mas estaba este enojado en cuanto su primo Leopoldo poseia estensos dominios, y como un dia apremiase al emperador para que le restituyera sus estados puesto que se acercaba ya á la mayor edad, Alberto en tono de mofa puso en sus manos una corona de flores y le dijo: esta es la única que conviene á vuestra edad; mas el príncipe no contestó cosa alguna y el emperador le hizo presentar cien caballos. En aquel momento se anunció que iba á llegar la emperatriz, y Alberto resolvió salirle al encuentro porque no temia el enojo de su sobrino. Este sin embargo en union con Gualtero de Eschenbach, Rodolfo de Balm, Rodolfo de Wart y Conrado Tegerfeld habia resuelto perder al gefe del imperio. En el instante en que este se levantó de la mesa acercóse Juan á los conjurados y

les dijo: «va á montar á caballo con muy poco acompaña»miento.» En efecto, Alberto no llevaba mas que algunos cortesanos con quienes llegó muy luego al paso del Reuss cerca de la antigua Vindonissa. Eschenbach cogió la brida del caballo del emperador quien de pronto creyó que aquello era una chanza, cuando hé aqui que su sobrino Juan esclama: *este es el premio de la injusticia*, y al mismo tiempo le da un lanzazo en la garganta; Balm le asentó en la cabeza un golpe mortal y Eschenbach le hirió en el rostro. Consumado apenas este horrible crímen los asesinos estremecidos escaparon y el emperador bañado en su sangre fue levantado por una pobre muger en cuyos brazos exhaló el último suspiro, y al punto acudió el obispo de Strasburgo canciller de Alberto que hizo colocar en un carro el cadáver de su señor. Creyéndose que se habia tramado una conspiracion general contra todos los miembros de la familia del emperador, su esposa Isabel tomó medidas de defensa implorando al mismo tiempo la generosidad de aquellos mismos suizos cuyas quejas se habian despreciado y cuyos derechos se violaron tan escandalosamente. Los cantones donde habia estallado el alzamiento no quisieron dar asilo á los asesinos de su antiguo contrario y Zurich se negó á abrirles las puertas; mas en medio de eso no echaron los montañeses en olvido el empeño de sostener su independencia y su seguridad, á cuyo fin levantaron la torre de Stanzstadt y rodearon de fortificaciones los pasos de los valles. «No queremos vengar, de»cian, al que nunca nos ha hecho bien en los que jamas nos »han hecho mal; y sin tomar parte alguna en su accion de»jarémos en paz á los que respeten nuestro reposo.»

La familia de Alberto se mostró sedienta de venganza no solo contra los que habian asesinado el emperador sino tambien contra sus allegados, ora fuesen inocentes, ora culpables; y asi es que el número de víctimas sacrificadas por Leopoldo duque de Austria, por Ines reina de Hungría y por su madre la emperatriz Isabel ascendieron á un mi-

llar. Segun el testimonio de un escritor nacional la crueldad de Ines sobrepujó á la de su madre y á la de su hermano, en términos que por simples sospechas redujo á cenizas gran número de castillos fuertes. En Sahrwangen mientras veia correr la sangre de sesenta caballeros á quienes no pudo vituperar crímen alguno esclamó: *me baño con delicia en el rocío de mayo*. El único de los conjurados que no hirió á Alberto fue Wart, el cual fue simple espectador del crímen, sin embargo de lo cual lo condenaron al suplicio de la rueda sin que bastara á salvarle su esposa, quien imploró su perdon arrodillada á los pies de la reina de Hungría. Desde el suplicio y con voz moribunda prodigaba consuelos á su esposa, y poco antes de espirar esclamó: «sí, han sido los »matadores de Alberto pero en él han muerto á un parrici»da y perjuro, digno de los tormentos á que á mí me han »condenado.»

Un hijo de Gualtero Eschenbach á quien descubrieron en la cuna entre los humeantes escombros del castillo de Maschwanden hubiera sido irremisiblemente sacrificado á no ser la compasion de los soldados. No pueden en manera alguna justificarse ni aun apoyándose en la piedad filial tan atroces venganzas; mas á fin de que el lector las comprenda menester es decirle que en esos tiempos todas las pasiones eran estremadas y que se reputaba por el deber mas sagrado y mas santo perseguir á los asesinos de un padre y hasta á los de un pariente: asi es que el asesinato cometido en la persona de Alberto causó una indignacion general; Ines de Hungría no esperimentó remordimiento alguno por la crueldad con que se habia conducido, y en union con su madre fundó en el lugar en que habia sido muerto el emperador, un convento de frailes menores con el nombre de Koenigsfelden ó sea campo del rey. La reina de Hungría habiendo fijado su residencia en las inmediaciones de ese convento se entregaba en él á todos los ejercicios de piedad. Un dia en que deseaba llevar á la igle-

sia del convento á Bertoldo Strobel de Offtringen veterano que habia combatido con gloria en las banderas de Rodolfo de Habsbourg este la rechazó diciéndole: «muger, es servir »muy mal á Dios derramar la sangre inocente y fundar con»ventos con los bienes de las familias. Dios solo gusta de la »bondad y de la misericordia.»

Los habitantes de los cantones en que habia estallado la insurreccion contra Alberto fueron felices durante los seis meses de interregno que tuvo lugar hasta el dia en que fue elegido emperador el conde de Luxemburgo. Durante este tiempo aprendieron á conocer los hechizos de la libertad que con valor habian conquistado; pero Leopoldo hermano de Alberto habia hecho juramento de castigar á esos intrépidos montañeses que por su parte no dejaban pasar ninguna coyuntura favorable para manifestarle que recordaban la tiranía con que fueron tratados. Veamos lo que dice uno de los modernos historiadores de la Suiza. Un dia el cura, el maestro de escuela y algunos monges de Einsiedlen pegaron é hirieron á algunos habitantes de Schwitz cuando hé aqui que las gentes del Waldestetten sorprenden la abadía, se llevan á los culpables, y los tienen presos algun tiempo, reputando esa prision por suficiente castigo. El duque de Austria que aspiraba al imperio tomó el partido de los monges, y los de Waldstetten se declararon á favor de su competidor; pero la cólera de Leopoldo no tuvo límites cuando en 1313 los cantones confederados reconocieron por emperador á Luis de Baviera, dándole la preferencia sobre Federico duque de Austria y hermano de dicho Leopoldo. Irritado este declaró que iba á penetrar en el pais y á aplastar bajo los pies á esos rústicos, y al mismo tiempo se supo que hacia gran provision de cuerdas, quizás para llevarlos cautivos, quizás para ahorcarles. Los suizos se contentaron con responder que en hora buena los invadiria el duque, que ellos con la ayuda de Dios se defenderian.

Leopoldo se puso en marcha á la cabeza de fuerzas con-

siderables para esa época, puesto que uno de los cuerpos de su ejército se componia de cuatro mil combatientes. No contaban los suizos con tanta gente, pero no se desalentaron, mucho menos cuando el territorio de Schwitz estaba defendido por un atrincheramiento que iba desde la torre de Einsiedlen hasta la de Schoren. Apenas supieron la invasion de Leopoldo cuando tomaron las armas, y á la caida de la tarde llegaron á Brounen cuatrocientos hombres, la fiel Uri envió otros tantos y desde Underwald acudieron trescientos. Reunidos estos valientes atravesaron los prados á fin de trasladarse al pueblo de Schwitz en donde el anciano Rodolfo de Reding á quien su avanzada edad impedia tomar parte en la guerra les dió los siguientes consejos. «Ante todo es preciso qne procureis ser dueños de vuestras operaciones á fin de que dependa de vosotros y nó del enemigo comenzar el ataque y elegir el lugar, el tiempo y el género del combate, y esta ventaja adquiriréis tomando una posicion buena. En cuanto al número sois muy inferior á vuestro adversario; procurad pues que el duque no pueda hacer uso de sus fuerzas y no espongais vuestro reducido ejército sino en el lance decisivo. El duque no irá desde Zug á Art, porque el desfiladero entre la montaña y el lago es muy largo, al paso que el camino que conduce por el bosque hácia el lago de Egeri es mucho menos peligroso porque el desfiladero es mas corto. Debeis pues aprovechar el momento. La altura de Morgarten ofrece un atrincheramiento natural y allí el prado va á reunirse con el Sattel, desde cuya cumbre podeis obrar con mucha ventaja, derramaréis el espanto en las filas del enemigo y tomándolo por el flanco y por la retaguardia romperéis su línea. Tanto os será mas fácil vencer al adversario en cuanto os desprecia. Por otra parte la guerra defensiva es siempre favorable al que conoce mejor el terreno.» Apenas el veterano hubo acabado estas palabras cuando los confederados hincándose de rodillas invocaron para sus ar-

mas la proteccion divina, y en número de mil trescientos fueron á acampar en el monte Sattel.

En la edad media segun ya habemos indicado habia frecuentes desórdenes no solo en todas las clases de la sociedad sino tambien entre los habitantes de una gerarquía igual y de una ciudad misma, de donde nacian combates, suplicios, proscripciones y destierros. Por efecto de estas circunstancias el pais de Schwitz tenia tambien sus desterrados, los cuales al saber los riesgos que amenazaban la independencia nacional se presentaron en número de cincuenta para vencer ó morir con las armas en la mano al lado de sus compatricios. Rechazados por estos lejos de ir á reunirse con el enemigo á quienes hubieran sido utilísimos por lo bien que conocian el pais tomaron posicion en las alturas de Morgarten aunque fuera del territorio de Schwitz. Leopoldo por su parte seguia las márgenes del lago de Egeri á fin de penetrar en el desfiladero de Morgarten colocado entre el lago y barrancos de una altura prodigiosa, y que iba á parar á un terreno tan pantanoso que casi era de todo punto intransitable.

En la madrugada del 15 de noviembre de 1315 cuando los rayos del sol pintaban de un color rojizo las nieblas de otoño, muchos millares de caballeros armados de todas piezas trepaban por la montaña, encima de la cual y en un otero aislado cubierto de yerba estaban los confederados. Adelantáronse los enemigos hasta el pie de la eminencia, cuando hé aqui que los confederados dejando su posicion caen sobre la caballería lanzando espantosos gritos. Los cincuenta proscritos despues de arrojar desde la cumbre de una colina inmediata y sobre los acometedores enormes peñascos se abrieron paso entre la espesa niebla que los ocultaba y con este inopinado ataque desconcertaron al enemigo. Cundió el desórden en las filas de los austríacos que cejaron luego, y ese combate se transformó en una derrota completa y en una horrible carnicería. Los confederados se ade-

lantaron audazmente movidos por el ejemplo de Enrique, de Ospenthal y del hijo del anciano Reding que habia aconsejado el plan, de suerte que el enemigo fue acorralado en medio de la mayor confusion en un angosto camino que conduce al lago de Egeri. Las alabardas y las ferradas mazas de esos pastores acabaron en los campos de Morgarten con la flor de la nobleza austríaca; Leopoldo á duras penas salvó la vida apelando á la fuga; el ejército vencedor alentado por este triunfo atravesó en el siguiente dia el lago de los Cuatro-Cantones para trasladarse al pais de Underwald, rompió allí un cuerpo de luceraeses cuya mayor parte se ahogaban en el lago, y Strassberg á quien Leopoldo habia confiado muchas tropas huyó sobrecogido de espanto al ver semejante derrota. Despues de estas dos gloriosas jornadas los confederados se apresuraron á renovar su antigua alianza, y este pacto fue solemnemente jurado en la asamblea de Brounen el dia 8 de diciembre. Segun el tenor del juramento la causa individual de cada ciudadano era causa comun, y la causa comun lo era de cada ciudadano; nadie podia contraer con el enemigo compromiso alguno sin consentimiento general, y por último cada confederado debia considerar por tan sagrados como su propiedad los bienes y los derechos que en el pais tenian los estrangeros. Asi fue como el nombre de suizos (habitantes de Schwitz) inmortalizado por los trofeos de Morgarten y de Underwald se convirtió en nombre colectivo asi de los primeros confederados como de los pueblos que mas tarde se incorporaron á la confederacion.

Las batallas de Morgarten y de Underwald que aseguraron para siglos la independencia de los suizos apenas se reputarian hoy por refriegas dignas de una parte del ejército; pero todo es relativo. Nada mas difícil para los monarcas de la edad media faltos siempre de dinero que ocurrir á los gastos de una larga campaña: de manera que ó alcanzaban la victoria de pronto ó tenian que renunciar á la es-

peranza de conseguirla. En la circunstancia de que hablamos mediaba tambien la razon de que los duques de Austria podian sacar poquísimas ventajas del miserable territorio en que vivian los confederados de los cuatro cantones. Corto fue el número de los que murieron en los dos combates dichos; mas entre ellos son de notar Landenberg y dos parientes de Gessler, y por parte de los suizos el hijo y el sobrino de Gualtero Furst, el señor de Beroldingen y Lhopital. Los cincuenta desterrados de Schwitz recobraron sus derechos políticos, y los suizos agradecidos al Dios de los ejércitos celebraron despues todos los años la batalla de Morgarten con una fiesta solemne, porque en ese dia el Señor habia visitado á su pueblo y librádole del furor de sus enemigos. A pesar de los años que desde ese memorable dia han transcurrido aun celebran misas en 15 de noviembre para el buen descanso de aquellos que murieron gloriosamente para salvar el pais, y los nombres de aquellos venerables patriotas aun en nuestros dias se leen en alta voz delante del pueblo que de esta manera aprende á bendecir su memoria.

La victoria de los suizos no solo echó la base de su independencia sino que les granjeó la reputacion de valientes soldados. Los tres cantones de nuevo juraron el pacto de su confederacion en Brouner; bien pronto esos intrépidos montañeses fueron solicitados por los habitantes de Glaris; la comunidad de Thoun ajustó un tratado con Underwald; el mismo Leopoldo firmó la paz por un año, y Luis de Baviera ratificó la libertad de los suizos. Las ciudades de ese territorio tuvieron entonces un influjo decisivo, de manera que si un noble, un caballero ó un conde queria ponerse al abrigo de un rival poderoso ó librarse de la venganza del imperio se consideraba salvado siempre que le concedieran el honor de contarse entre los ciudadanos de la Helvecia. Dábase á la ciudadanía el tratamiento de su honor, defenderla era un deber sagrado; de todas partes se enviaba la contribucion anual exigida por los magistrados municipales;

la juventud de Berna puesta siempre en armas no respiraba mas que guerra; y apenas tocaba la señal de rebato cuando rebosando en júbilo iba en demanda del enemigo cubriendo los puentes ó saliendo en tropel á campaña.

Federico hermano de Leopoldo y competidor del imperio cedió sus pretensiones á Luis de Baviera mediante una cantidad de dinero; mas no pudiendo pagarla en el acto queria dar como hipoteca las ciudades imperiales de Zurich y San Galo; pero intervinieron en favor suyo los habitantes de Schwitz y lograron su objeto en 1830. En tales circunstancias fueron dadas en hipoteca á Federico las ciudades de Schaffouse, Rhinfeld y Neufchatel, cuyos habitantes tuvieron por esto un dolor profundo. Deseaba ansiosamente ser admitida en la confederacion de los tres cantones la ciudad de Lucerna que durante tanto tiempo gimió bajo el yugo austríaco y que por su posicion geográfica en las márgenes del lago de Valdstetten era llamada á formar parte de esa alianza; mas como por desgracia suya el duque de Austria su soberano obligó á los lucerneses á que militasen en sus banderas en la batalla de Morgarten y ademas hubieron de tomar parte en muchas guerras estrangeras, determinaron firmar con los tres cantones ya independientes una tregua de veinte años. Conociendo muy pronto que los gentiles hombres adictos á la casa de Austria eran contrarios á este designio convirtieron la tregua en una alianza perpetua en virtud de la cual cada uno concurria á la defensa de todos, y todos á la de cada uno, respetando á pesar de esto todas las prerogativas de la casa de Austria. Este tratado hecho en 1332 ha sido considerado siempre como un perfecto modelo de moderacion y de justicia: y desde entonces con la incorporacion de Lucerna los tres antiguos cantones confederados formaron cuatro. La nobleza de Argovia corrió al instante á las armas para asolar las tierras de los lucerneses, los cuales formaron un ejército con el objeto de sujetar á los enemigos, y si bien sufrieron una derrota, los

hombres de Schwitz llegaron á tiempo para reunirlos otra vez y asegurarles la victoria. Los nobles aunque vencidos insistieron en sus funestos proyectos, y no pudiendo alcanzar la victoria apelaron á conjuraciones cuyo objeto era abrir al duque de Austria las puertas de Lucerna despues de un degüello nocturno. El lugar de cita donde comunmente acudian era una cueva subterránea cerca del lago que baña la ciudad, y como casualmente se hallase allí un muchacho oyó el ruido de las armas en el momento en que se hacian los últimos preparativos; pero los nobles le descubrieron y se apoderaron de su persona. Los pocos años sin embargo los movieron á compasion y le perdonaron la vida con tal que no revelase á nadie lo que habia descubierto. Retírase el muchacho ligado por un juramento y se traslada á la sala del gremio de cortantes en donde encuentra á muchos ciudadanos que comen y beben todavía, se detiene, y volviéndose hácia la chimenea que habia en la sala como si hubiera sido un hombre: «hablo contigo, le dijo, »quieren perder á Lucerna, escucha lo que acabo de oir.» Entonces relata por menor la conjuracion que está á punto de estallar, y al instante los ciudadanos que estaban presentes corren por todas partes dando el grito de alarma y aun antes que tuvieran tiempo de obrar son detenidos los nobles que se distinguen por las mangas encarnadas. En la misma noche se invoca el ausilio de los tres cantones, y el de Underwald envió trescientos hombres. Los ciudadanos de Lucerna que acababan de librarse de tan inminente riesgo dieron un nuevo ejemplo de aquella moderacion política que entonces era particular de los habitantes de la Helvecia, y en vez de acabar con los partidarios del Austria se contentaron con desterrarlos de la ciudad, y el gobierno fue confiado á una asamblea de trescientos ciudadanos que en adelante votaron los impuestos, declararon la guerra y concluyeron los tratados de paz y de alianza.

En la edad media en que á cada instante asi príncipes co-

mo ciudades hallaban dificultades, los cambios en los estados se hacian con grandísima lentitud, y asi fue que pasaron muchos años antes que los duques de Austria reconociesen la independencia de Lucerna, y no se firmó la paz hasta que estuvieron fatigados con las guerras de Bohemia y que se hubo hecho una declaracion por nueve árbitros de Bale, Berna y Zurich. Al fin en el año 1384 el Austria reconoció definitivamente la independencia de Lucerna.

Si los habitantes de Schwitz, Uri y Underwald, gracias al yugo que sobre ellos pesaba, fueron los primeros en sacudir el dominio austríaco, este ejemplo que imitó Lucerna bien pronto fue seguido por otras ciudades de la Suiza, porque en el fondo la verdadera lucha estaba entre los nobles y el estado llano. Los primeros sin embargo de reconocer en algunos puntos la soberanía de la familia de Habsbourg, desde muchos siglos cobraban contribuciones del pueblo y en sentido limitado reinaban. La fundacion de ciudades importantes era una novedad perjudicial á sus riquezas y á su poder, y asi es que siempre estaban prontos para acudir con las armas allí en donde se iban desenvolviendo las formas democráticas. Apenas las ciudades adquirian algun acrecentamiento de territorio cuando la nobleza de la edad media se aliaba entre sí y se disponia al combate. Berna iba aumentándose considerablemente; su juventud era belicosa segun ya lo hemos dicho y rechazaba con orgullo el menosprecio de los caballeros circunvecinos. Ademas esa ciudad acababa de comprar el territorio de Hassli y de Laupen y los habitantes no querian recibir la moneda que el conde de Kybourg hacia acuñar con la efigie del emperador Luis de Baviera, á quien no reconocian por gefe del imperio porque el papa le habia escomulgado. En semejantes circunstancias el conde Rodolfo de Neufchatel convocó en su castillo de Nidau á todos los que reputaba por enemigos mortales de Berna, y en esa reunion se determinó arrasar la ciudad que habia provocado el enojo de los nobles. A fuerza

de sacrificios reunieron estos considerables tropas en cuyas filas se contaban setecientos señores armados, mil doscientos caballeros con coraza, tres mil caballos y quince mil infantes. El recto modo de pensar y la moderacion política de los suizos eran proverbiales ni mas ni menos que su valor militar: por esta causa semejante armamento no solo no intimidó á los ciudadanos de Berna sino que comenzaron á entablar negociaciones para conceder á sus enemigos todo cuanto pudiesen reclamar de ellos en buena justicia; pero los nobles contando con la victoria tuvieron tantas y tan desmedidas pretensiones que ya no hubo mas medio de terminar la discordia que un triunfo. El ejército enemigo entró en campaña y fue á sitiar á Laupen, y Antonio de Blanckenbourg que estaba encargado de la defensa pidió socorros. Juan de Bubenberg avoyer de Berna alzó las manos al cielo en el momento en que el senado recibia la carta de Antonio de Blanckenbourg y juró que salvaria á Laupen aun cuando para ello debiese sacrificar su fortuna y su vida, y ese juramento fue al instante repetido por los senadores y por los ciudadanos. Lejos de contentarse con palabras vanas se determinó que todos los padres de familia que tuviesen dos hijos enviarian uno al ausilio de la ciudad asediada, y al punto salieron para Laupen seiscientos hombres armados. Por otra parte era necesario pensar en la defensa de Berna, y como en el momento de estar deliberando penetró en la ciudad Rodolfo de Erlach montado en un brioso caballo, el pueblo cual si se hubiese puesto de acuerdo le nombró general en gefe. Era Erlach un valiente que habia dado pruebas de su bizarría en varias guerras, y en paises estrangeros contribuyó mucho á conseguir la victoria en seis batallas campales. Apenas acababan de conferirle el mando cuando dirigiéndose á la muchedumbre le dijo: «la disciplina es el »único medio de alcanzar la victoria, porque sin ella el va»lor es impotente. Sois libres y lo seréis, pero con la con»dicion de obedecer cuando esteis con las armas en la

»mano: yo no temo al enemigo y espero que Dios y voso»tros me deis cuenta de él.» En aquel momento todos alzaron la mano y juraron obedecerle en vida y en muerte sin contradecirle y en todo lo que quisiera mandarles. La posicion de Laupen se hacia diariamente mas triste, pues comenzaban á faltar los víveres, y las máquinas de guerra trabajaban para abrir brecha en las murallas; en cuyas circunstancias tuvieron la feliz idea de pedir ausilio á los cuatro cantones independientes. Encargóse esta comision á Juan de Kranbourg á quien los montañeses en su franco lenguage dieron la contestacion siguiente: «Sabeis que so»mos amigos vuestros y no harémos como los pájaros que »abandonan el árbol cuando el huracan lo ha derribado.» Bien pronto se pusieron en marcha los guerreros de Uri acaudillados por Juan de Attinghausen y los de Schwitz mandados por Weydman con quien iban Guillermo Tell y Stauffacher. Novecientos hombres penetraron en los valles que fertilizan los lagos de Brientz y de Thoun. Erlach se detuvo un momento para meditar su plan de ataque; mas los suizos esclamaron: vamos al punto y peleemos hasta derramar la última gota de sangre. Soleure reconocida al socorro que otro tiempo le envió Berna equipó ochenta caballeros que fueron á reunirse con el ejército.

En 20 de junio de 1335 el general dió á la hora de media noche la señal de marcha, y en el momento de partir el eclesiástico Juan Baselwind arengó en estos términos á los valientes hijos de la Helvecia: «El enemigo está enorgullecido »porque es numeroso, pero Dios humilla el orgullo y bendi»ce el valor: el que muere por la patria gana el cielo y al »que sobrevive al combate Dios le reserva la gloria y la li»bertad. San Vicente y san Ours conquistaron el reino de »los cielos sacrificando su vida por una causa justa.» Ademas de los novecientos hombres ausiliares componíase el ejército suizo de trescientos de Hassli, de trescientos de Siebenthal, de cuatro mil berneses, y de los ochenta cascos

que hemos dicho, y al frente de esos patriotas iba Baselwind llevando en sus manos el Santísimo Sacramento. Erlach acampó al medio dia siguiente sobre del Bramberg no lejos de Laupen colocando la tropa de los cantones de Oberhaste, Siebenthal y Solcure en disposicion de resistir á la caballería enemiga; él se preparó para pelear con la infantería, colocándose á este fin entre los jóvenes del gremio de cortantes y curtidores. «¿En dónde estan, esclamó, esos alegres compañeros, siempre adornados de flores y siempre »dispuestos á la danza? Para ellos se reserva el honor y en »ellos se confia para la salvacion de Berna. Aqui está la »bandera, aqui está Erlach.» Ellos contestan al momento: «aqui estamos, y pelearémos cerca de vos.»

Los nobles estaban impacientes por llegar á las manos y treparon hácia la eminencia en que habian tomado posicion Rodolfo de Erlach y sus valientes. Comenzaron la accion los honderos, los cuales despues de haber lanzado tres piedras cada uno se retiraron, y en seguida Erlach hizo lanzar carros de guerra á las ya desbaratadas líneas de los enemigos y tras ellos fueron las alabardas y las mazas erizadas con puntas de hierro. Al aspecto de esta horrible batalla cejaron los berneses, en vista de lo cual Erlach que tenia tanta prudencia como heroismo esclamó: «mejor, los cobardes no de»ben compartir la victoria con los valientes: eso es la mala »yerba que se separa del buen grano.» Apenas hubo dicho estas palabras cuando el general de los suizos cogiendo la bandera se precipita con los suyos sobre la infantería á la cual la naturaleza del terreno no permite desplegarse. El combate fue terrible y por de pronto la caballería hizo sufrir mucho á los montañeses; mas apretándose unos con otros se sirvieron con tanta destreza de las hondas, que hirieron á muchos caballos de los nobles; y habiéndose introducido la confusion en las filas de estos apelaron á la fuga. El conde Rodolfo de Nidau, el conde Gerardo, Juan de Saboya, tres condes de la casa de Gruyere y otros once condes mu-

rieron en la pelea. La pérdida total de los nobles fue de mil quinientos hombres y se encontraron en el campo de batalla veinte y siete banderas.

Los montañeses despues de haber vuelto de perseguir al enemigo, en el mismo campo de batalla dieron gracias á Dios por su victoria, y en seguida Erlach manifestó su gratitud á los aliados. «Cuando nuestros descendientes, les dijo, »sepan esta victoria, apreciarán mas el valor de nuestra »alianza y nunca olvidarán quiénes fueron sus abuelos.» Al dia siguiente el ejército triunfante dejó el campo de batalla para volver á sus hogares; el sacerdote Baselwind caminaba delante llevando todavía el Santísimo Sacramento; tras él venian las banderas tomadas al enemigo, y despues las armas y corazas trofeo de la victoria. Berna y los cantones renovaron su alianza, se dió á los combatientes una indemnizacion, y finalmente en memoria de ese importante acontecimiento se decretó una procesion anual y una distribucion de limosna á los pobres. Aunque al parecer esa batalla debia ser decisiva no impidió que la guerra durase aun nada menos que cuatro años, si bien es verdad que todo ello fueron sorpresas mas que acciones verdaderamente campales. Con esto la juventud de Berna que estaba siempre sobre las armas se hacia diariamente mas belicosa. Habiendo los habitantes de Laupen perdido veinte y dos hombres en una espedicion que hicieron contra Fribourg, Erlach se encargó de vengarlos, sale de Berna al frente de tres banderas, se pone con los suyos en emboscada en el Schoenenberg y prohibe que nadie se menee hasta que él agite su espada. En seguida se adelanta hácia la ciudad, coge al enemigo por retaguardia y le mata cuatrocientos hombres. Sabido es que entre los voluntarios no hay cosa mas difícil que sujetarlos á la disciplina, de lo cual tuvo Erlach una prueba en esta ocasion, pues algunos con el objeto de coger varios caballos salieron de la emboscada antes de tiempo pero fueron batidos sin que él tolerara que se los socorrie-

se. «Que sean presa del enemigo, dijo, puesto que han pre»ferido el botin á nuestra salvacion.» Pocos dias habian pasado cuando ya los berneses estaban delante de los muros de Fribourg, pegaron fuego al puente que era de tablas, y finalmente el valor de los hijos de Berna era tal que para pintarlo bien en la parte que tenia de temible solia decirse «Dios se ha hecho ciudadano de Berna.» La juventud de esta ciudad estaba ocupada en el sitio de Thoun cuando Ellerbach amenazó de repente los muros de Berna y los ancianos tomaron las armas y rechazaron por sí solos al enemigo. Sin embargo fue necesario poner término á tantas hostilidades, y por fin en Uberstorf se firmó la paz entre la reina Ines, los nobles y Fribourg. Erlach que habia salvado la libertad volvió á la vida privada continuando en cultivar sus campos; pero se rindió á su carácter un homenage muy noble confiándole la tutela de los hijos de Rodolfo de Nidau; y Berna ratificando el compromiso hecho antes de la guerra no concedió el derecho de ciudadanía á ninguno de los vasallos de Nidau. La paz firmada en Uberstorf fue muy luego violada por los señores de Raron y de la Tour de Chatillon que atacaron á Juan de Weissembourg á cuyo favor tomó partido la ciudad de Berna. En uno de los combates que tuvieron lugar, herido mortalmente Pedro Wendschatz que llevaba la bandera de la ciudad la arrojó por encima de los enemigos. En esa época, la peste negra asolaba la Europa arrebatándole un tercio de la poblacion; los penitentes recorrian las ciudades azotándose, mientras por otro lado se degollaba á los judíos á quienes se atribuian esos grandes males; y por un contraste de que la historia nos presenta varios ejemplos, en medio de esa desolacion general algunos hombres se entregaban al mas horrendo libertinage cual si quisieran apurar en un brevísimo tiempo los goces que estaban amenazados de perder repentinamente. Sin ceder los berneses al terror general tomaron las armas para vengar á su abanderado Pedro Wendschatz de

quien hemos hablado, y antes de apoderarse del castillo de Vaubeck se pusieron á bailar con las jóvenes de Siebenthal, y Pedro de Gruyere su enemigo se vió forzado á arrasar su castillo fuerte de Vanel.

Berna habia llegado á un alto grado de poder desde la batalla de Laupen, es decir, en el espacio de once años, mientras que Fribourg, Soleure y Bienne reclamaban el derecho de ciudadanía. Finalmente la gloriosa ciudad de Berna fue nombrada árbitra para dirimir las diferencias que habia entre Avenches y la casa de Neufchatel, y entre Payerne y Fribourg, y á la postre el emperador Cárlos IV ratificó los privilegios de Berna. En aquel período de gloria el territorio de esa ciudad no se aumentó sino con un pueblo, y aun este fue comprado. Berna se manifestó ingrata con el anciano Juan de Bubenberg que en circunstancias muy azarosas y sobre todo cuando los nobles amenazaban la ciudad con una destruccion completa, mostró valor tan grande. Acusósele de prevaricador y altanero y aun se supuso que aspiraba á la tiranía; pero lo mas probable es que á fuer de severo en sus costumbres y en su esterior era justo y menospreciaba la popularidad que se adquiere á costa del estado. Como quiera desterraron á este anciano y á sus amigos, lo cual prueba que fue echado por una faccion de Berna á la cual salvó èn otro tiempo. Vino para él el dia de la justicia catorce años mas tarde y se reclamó su vuelta, mas el secretario que era uno de sus enemigos dijo que no podia encontrar en el libro de los estatutos cierta disposicion que era favorable á ese anciano. Encendido en cólera uno de los amigos de este tiró un puñado de guindas á la cara del secretario, y como á este se le cayó entonces el libro de las manos recogiólo el otro, y leyó el pasage en cuya virtud debia volver el anciano como en efecto se resolvió que volviera, y entonces Juan de Bubenberg y sus hijos entraron en Berna en triunfo y con banderas desplegadas.

El héroe de Laupen Rodolfo de Erlach murió asesinado

por su yerno. Vivia el anciano guerrero en Richenbach á orillas del Aar y en el seno de su familia compuesta de dos hijos varones y una hembra. Habíase casado esta con Jobst Rudenz de Underwald, y en una visita que hizo á su suegro reclamó una parte del dote de su esposa; y como Erlach le hiciese acerca de esto algunas observaciones enfurecióse Jobst y cogiendo de la pared en que estaba colgada la espada del vencedor de Laupen se la clavó en el pecho. Aturdido el asesino emprendió la fuga hácia un bosque inmediato, y si bien á la noticia de semejante desastre los nobles y el pueblo de Berna se levantaron en masa no pudieron descubrir las huellas de Jobst y siempre fue un misterio el lugar y el cómo habia terminado su existencia.

Algunos años antes de la época en que habian tenido lugar los acontecimientos de Berna que hemos relatado, hubo una revolucion en Zurich que era entonces el centro del principal comercio de Italia, Alemania los Paises Bajos y algunos puntos de Francia, con lo cual habia granjeado riquezas inmensas. Esa ciudad ademas tenia una constitucion particular acerca de cuya índole no estan acordes los historiadores. Al decir de Zschokke hasta mitad del siglo XIV disponian del poder cuatro nobles de la ciudad y ocho personas notables que gobernaban durante cuatro meses y que al dejar el cargo elegian á sus sucesores; de suerte que con esto la autoridad estaba concentrada en un corto número de familias nobles y militares, llamadas *Konstaffler* en el idioma del pais. Los demas ciudadanos sufrian con disgusto el dominio de esas familias patricias cuyo gobierno daba lugar á muchas quejas, pues en efecto se acusaba á los magistrados de que solo pensaban en su interes y en el de sus familias, de que no daban cuentas, de su mala administracion de las rentas públicas, de que trataban con altanería á los simples ciudadanos y de que no tenian mas regla que su capricho. El moderno historiador Mr. Philareste Chasles juzga de un modo menos severo á la aristocracia que hácia

mitad del siglo xix gobernaba á Zurich, de la cual dice: «Una »aristocracia hereditaria reinaba en Zurich cuyo espíritu era »esencialmente democrático. Los miembros del consejo eran »omnipotentes y no sabian ocultar su poder: asi es que su »tiranía hubiera podido sostenerse si su carácter desdeñoso »no les hubiese perdido. El pueblo murmuraba.»

En su historia de la Suiza Mr. de Golbery habla detenidamente acerca de este punto y sobre todo se interna mas en el mecanismo de la constitucion de Zurich, y por lo mismo prepara mejor á los lectores para conocer la revolucion que hácia mitad del siglo xiv estalló en esa ciudad poderosa. En esta materia pues no podemos elegir mejor guia. «La co»munidad, dice, nombraba en Zurich un consejo que se »componia de doce caballeros y de veinte y cuatro ciudada»nos divididos en tres secciones, que venian á formar el »poder gubernativo, el ejecutivo y el judicial. No admitian »ninguna intervencion estraña, y asi es que los protectores »de un criminal eran castigados como este. No podia impo»nerse multa alguna sino de consentimiento de las tres sec»ciones y en casos determinados, pues no siendo asi era »indispensable que conviniesen en ello todos los ciudadanos, »ó á lo menos ciento. La consideracion de algunas familias »hizo que durante muchos años las dignidades municipales »girasen entre ellas, y este órden de cosas fue mejorando de »continuo, perpetuóse durante siglos y se consolidó á bene»ficio de las costumbres del pais. Los mercaderes enrique»cidos con el comercio se convirtieron en caballeros sin »cambiar por esto de título ni avergonzarse de conservar la »tienda. La confianza en los magistrados de Zurich fue cre»ciendo hasta tal punto que muchas veces los estrangeros »los hicieron árbitros de sus diferencias con la seguridad de »que su decision seria acertada. El preboste de la ciudad y »el de la abadía no podian ejecutar sus sentencias en mate»ria de deudas sino despues que el consejo las hubiese ra»tificado. Habia tres canónigos elegidos por la ciudad y por

»los dos capítulos á fin de juzgar las diferencias que se sus- »citaban entre los sacerdotes y los seglares. Castigábase con »la multa de diez marcos y con la demolicion de su casa al »que fundase una asociacion ó una maestría fuera de las »creadas por los oficios. Cuando dos ciudadanos se hacian »guerra abierta eran desterrados el uno y el otro. El homi- »cida era desterrado y se le privaba de los derechos de ciu- »dadano; mas si era estrangero sufria la pena de muerte. »Si el homicidio era involuntario se castigaba con una mul- »ta de veinte marcos, y con la mitad si el homicida no era »ciudadano. Si un criminal se refugiaba en casa de un sa- »cerdote era sacado de ella por la fuerza armada; mas si se »habia ocultado en la de un ciudadano era preciso que este »se negase á entregarlo para que fuese cogido. Si un litigan- »te que hubiese perdido el pleito proferia invectivas contra »los jueces estos no podian volver á desempeñar su cargo »hasta que se les hubiese dado una satisfaccion. En las bo- »das mas ostentosas no podia convidarse á mas de veinte »madres de familia ni haber mas de cuatro músicos y dos »cantores. La policía de las tabernas era muy severa, pues »en ellas no se permitia beber mas que vinos del pais y »siempre se cerraban á una misma hora. Las mugeres pú- »blicas que al principio tenian que llevar unas gorras en- »carnadas como señal de la infamia de su profesion fueron »definitivamente desterradas. No se recibia en Zurich con »título de ciudadano sino á los que se comprometian á es- »tar diez años á las órdenes de la república y ausiliarla con »su brazo, con sus consejos y con sus caudales, y ademas »era preciso que diesen caucion de que comprarian ó edifica- »rian una casa. Ademas antes que fuese admitido un ciudada- »no se aseguraban de que su admision no causaria una guerra »en los seis meses inmediatos. Los ciudadanos eran convoca- »dos con campana, discutian y votaban al aire libre en el si- »tio en que estuvo el antiguo palacio, y allí se resolvian todas »las cuestiones políticas y se fijaba el precio de los géneros.»

Esa constitucion obra del tiempo y de la esperiencia bastó durante muchos años para satisfacer las necesidades, arreglar los intereses y llenar los deseos de todos, pero con las riquezas se corrompieron las costumbres y el ministro del consejo Rodolfo Broun á quien otros llaman Brun hizo entender al pueblo que hasta entonces habia estado sujeto al yugo de la tiranía mas execrable.

Congregados los habitantes de Zurich para las elecciones en el mes de mayo de 1335, uno de ellos pidió que se diese cuenta de los fondos públicos, y aunque los caballeros Manesse y Glaris y algunos otros miembros del consejo partidarios de Broun hablaron en el mismo sentido, por entonces no fue satisfecha esta reclamacion. Los que deseaban echar abajo la Constitucion aprovecharon el tiempo, y capitaneados por el hábil y ambicioso caudillo Broun hicieron estallar una revolucion en el mes de julio: grande muchedumbre del pueblo se trasladó al lugar en que se celebraba el consejo de la villa y casi todos los magistrados huyeron. Reunidos en un convento los partidarios de Rodolfo Broun pusieron á este á la cabeza del gobierno de Zurich, dándole por adjuntos á Rogerio Manesse, Enrique Biber, Juan de Hottingen y al caballero Jaime Broun. A fin de hacer la revolucion completa se condenó á destierro á los antiguos magistrados y se quitó á sus hijos el derecho de desempeñar cargos municipales. Muchos meses se pasaron sin otro cambio, pero fijo Broun en la idea de convertirse en señor de Zurich, á fines de aquel mismo año reunió al pueblo que le nombró burgomaestre vitalicio, y ademas se creó un nuevo consejo compuesto de caballeros, clase media y artesanos que debian renovarse cada seis meses. Broun distribuyó todos los oficios en trece tribus, reuniendo á los maestros y á los compañeros, y segun dice Zschokke, hizo una sola corporacion de los nobles para de este modo restringir el influjo que ejercian en las otras tribus. Mr. de Golbery en su historia de la Suiza se limita á decir que el goberna-

dor de Zurich amalgamó en una especie de asociacion guerrera á todos los caballeros y ciudadanos que no ejercian alguna profesion, y que á esa sociedad llamada *constable* confió la bandera de la ciudad. A pesar de la diferencia que en algunos puntos se observa entre estos dos historiadores, nó por eso deja de ser incontestable que Broun dió pruebas de una grandísima sagacidad en un punto capital, pues en efecto quedó decidido que él resolveria definitivamente cualquiera divergencia que hubiese en materias de eleccion, y ademas recibia juramento á todos los gefes de corporaciones. Esos mismos gefes y los trece consejeros formaban el consejo que él presidia. No le bastó al reformador haberse asegurado el poder durante su vida sino que hizo determinar que á su muerte seria elegido burgomaestre Enrique Biber, Rogerio Manesse, Jaime Broun ó Juan de Hottingen.

El pueblo de Zurich manifestó el mayor entusiasmo por la nueva Constitucion y por el hombre á quien la debia, y desde entonces los artesanos tuvieron entrada en el consejo y solo pensaron en rechazar á los operarios estrangeros, en prohibir la esportacion de las primeras materias y la importacion de las manufacturas, y por decirlo de una vez, en arruinar la ciudad en beneficio de su industria. Esos supuestos amigos de la libertad acaudillados por su burgomaestre fundaron la mas execrable tiranía, pues cualquiera que solicitase permiso para comprar fuera de Zurich artículos de primera necesidad era desterrado por cinco años ó sufria una pena corporal. Semejante régimen en una ciudad que por tantos años habia sido libre provocó resistencias, y por otra parte los antiguos magistrados á quienes desterraron se reunieron entablando relaciones con personas de Zurich mismo. Esas tristes víctimas de los caprichos populares se habian retraido en casa de Juan de Rapperschwyl y sido recogidos en los castillos fuertes de los nobles amigos suyos. Desde allí á fuer de soldados intrépidos hacian continuas salidas, y en compensacion de los bienes que se les

confiscaron saqueaban las propiedades de los conciudadanos que mas hostiles se les habian mostrado. Entonces Rodolfo Broun rompió los límites de su ambicion, ó por mejor decir, de su crueldad, y suponiendo una conspiracion ordenó la muerte de cuantos reputaba por enemigos suyos; pero á medida que vertia sangre iban en aumento las sospechas; y como le era imposible hacer subir al cadalso á todos los que le odiaban, desterró perpetuamente á cualquiera que saliese de la ciudad sin su permiso. A poco tiempo prohibió toda reunion de familia ó de fiesta en que hubiese mas de cinco personas, luego redujo este número á tres, en seguida se vedó á todo ciudadano que saliera por la noche sin luz ó abriese la puerta de su casa despues del toque de oraciones, y finalmente el pueblo le concedió una guardia para cuyo sostenimiento se le asignaron sesenta marcos de plata.

Catorce años habia que Broun despotizaba á Zurich, cuando la sangre derramada, las confiscaciones y los destierros hicieron que se urdiese una conspiracion que debia estallar en las tinieblas de la noche. Estaban comprometidos en ella setecientas personas entre nobles y ciudadanos, todos los cuales guardaron el mas profundo silencio y á cuya cabeza se hallaban Berenguer de Hohenlandenberg, Ulrico de Boustetten y el jóven conde de Rapperschwyl, cuyo padre murió en la espedicion que contra él hizo Broun. Los enemigos del burgomaestre habian penetrado en Zurich y deliberaban acerca del modo de matar al tirano y á sus principales adictos en la casa de la ciudad; pero sin que ellos lo observaran un muchacho hornero que estaba medio dormido cerca del hogar del meson que era el punto de cita se dispertó con las pláticas de ellos y saliéndose de la casa fue á revelárselo todo á su amo que al momento avisó á Rodolfo Broun. Corre este á la casa de la ciudad con tal precipitacion que ni siquiera se calzó medias ni zapatos; por el camino le matan el criado que con él iba; pero tiene la dicha

de penetrar en la casa de la ciudad cuyas puertas cierra y á grito herido pide socorro. Los artesanos á quienes el interes personal hacia adictos al burgomaestre se presentan los primeros para defenderle, mientras que sus mugeres desde las ventanas arrojan á los conjurados piedras, muebles y cuanto á mano les viene. A pesar de esto los desterrados eran ya dueños de la plaza del mercado cuando el burgomaestre seguido de muchos partidarios los dispersa, y unos se salvan en lanchas, otros saltan las murallas y otros mueren aplastados por la muchedumbre. Juan de Rapperschwyl y Ulrico de Bonstetten que habian caido en los fosos de Zurich fueron hechos prisioneros. Orgulloso con la victoria Rodolfo Broun no respiró mas que venganza é hizo morir á treinta y siete ciudadanos, entre ellos á muchos de los antiguos magistrados á quienes decapitaron ó enrodaron delante de sus casas y á la vista de sus familias. El burgomaestre despues de haber hecho encerrar en la torre de Vellemberg á Rapperschwyl y á Bonstetten resolvió llevar la guerra fuera de los muros de Zurich. De pronto se dirigió contra el castillo fuerte que perteneció al jóven Rapperschwyl y no solo destruyó de alto á bajo la ciudadela sino que arrojó á los habitantes de la ciudad en medio de los rigores del mes de diciembre del año 1350.

Seis meses ó segun algunos un año despues de esta atrocidad el burgomaestre de Zurich temiendo la venganza del duque Alberto de Austria que le habia amenazado con represalias invocó el ausilio de los cantones forasteros y solicitó ser admitido en la confederacion. Uri, Schwitz Underwald y Lucerna enviaron desde luego sus diputados y en 1.° de mayo de 1351 firmaron con Zurich un acta de confederacion que sin embargo de deberse renovar cada diez años contenia en sí mismo la cláusula de perpetuidad. En ese pacto de union las partes contratantes se comprometian á sacrificar sus bienes y sus vidas por la comun defensa y á sujetar á la decision de árbitros todas las diferencias que

6

entre ellos pudieran suscitarse. Todos los derechos asi del emperador como del imperio se mantuvieron intactos, pero se decidió que en adelante ninguna nueva alianza podria perjudicar el pacto fundamental de la confederacion. Alberto de Austria á quien se dirigieron los diputados de la infeliz ciudad de Rapperschwyl se presentó con un ejército delante de los muros de Zurich y mandó al pueblo de Glaris que le enviase soldados ausiliares; mas los hijos de este pueblo fundados en sus privilegios contestaron á Alberto que viviendo bajo la proteccion del imperio estaban obligados á correr á las armas por la abadía de Seckingen á la cual pertenecia su pais, pero que nada podia obligarlos á tomar parte en las demas guerras del Austria. Alberto fundándose en su calidad de patrono de la abadía de Seckingen resolvió sujetar á la fuerza el pais de Glaris.

Los confederados comprendiendo cuánto importaba á su propia seguridad que el territorio de Glaris no cayese en poder del Austria invadieron el pais en el corazon del invierno: los habitantes recibieron con los brazos abiertos á estos intrépidos montañeses é hicieron salir de su valle para que fuesen á socorrer á Zurich trescientos hombres que presentaron la batalla á Gualtero Stadion gefe de un cuerpo de tropas austríacas y que fue muerto. Semejante servicio dispertó la gratitud de los cantones confederados, con cuyo motivo en 1352 recibieron en su confederanza al pais de Glaris manteniéndole en la posesion de sus antiguas libertades sin por otra parte perjudicar los derechos de soberanía de Alberto y los de la abadía de Seckingen. Mientras que Alberto arreglaba los últimos preparativos los soldados de Bale, de Strasbourg y de Fribourg establecidos cerca de Baden hacian desastrosas escursiones por las tierras de Zurich, en vista de lo cual Rodolfo Broun resolvió atacarlos; mas estos le armaron un lazo y no tardó en verse hostigado por todas partes. Consiguió escaparse solo y buscar un asilo en su casa de campo. Rogerio Manesse que

era uno de los combatientes de pronto se inquietó mucho por la ausencia del gefe principal, pero no dando oidos sino á su valor dijo á los de Zurich que le rodeaban: «La salva»cion de la patria está en vuestras manos, combatid vale»rosamente y no creais que estemos abandonados, pues »nuestros conciudadanos acuden, Rodolfo Broun ha salido »á su encuentro para recibirlos mejor, y yo en su ausencia »tomo el mando.» Al punto dió órden para el combate que sostuvo durante mas de tres horas. En el momento en que anochecia se oyeron en la altura los gritos de «valor y San Felix.» Dábanlos ciento cincuenta valientes de Richstershwyl y Ptoctffkon, cuyo inesperado ausilio arrebató la victoria y los enemigos se salvaron bajo los muros de Baden. Los de Zurich fieles al espíritu religioso de la época votaron una procesion que se ha celebrado durante ciento setenta años y á la cual asistió un hombre de cada clase. El pueblo idólatra siempre de su burgomaestre fue con banderas desplegadas á buscarlo á la casa de campo en que se habia ocultado y lo llevó en triunfo á Zurich.

En medio de los peligros que los rodeaban el valor de los confederados iba en aumento. Mil hombres llegados á Kusnach despues de haberlo devastado todo por el camino fueron atacados por cuarenta y dos suizos, de los cuales murieron diez y siete; pero los veinte y cinco restantes continuaron luchando encarnizadamente, de modo que los austríacos temiendo que habia allí una emboscada se retiraron. No es de admirar que los helvecios se condujeran de ese modo, porque entre ellos el pundonor militar era inflexible, de suerte que el que huia delante del enemigo era castigado con pena de muerte y sus hijos degradados hasta la tercera generacion. Los suizos vengaron los desastres de Kusnach con la completa ruina del castillo de Habsbourg cuyas torres parecian elevarse sobre el lago de Lucerna. Los confederados tenian un interes muy grande en apoderarse de la ciudad de Zug cuya guarnicion era muy corta, y como

por otra parte los habitantes del campo sufrian con repugnancia el yugo austríaco se reunieron con los helvecios que iban á sitiar á Zug. Aunque estaba la ciudad mal provista fue valerosamente defendida por los ciudadanos á quienes se reunieron los nobles adictos á la casa de Austria, la guarnicion alcanzó una tregua y envió como diputado á Hermann para suplicar á Alberto que les remitiese socorros. Al presentarse el diputado estaba el príncipe hablando con su halconero, y cuando Hermann le manifestó los apuros de Zug sin apenas escucharle le despidió diciéndole: «id, se recobrará lo que se haya perdido.» Sabida por los habitantes esta respuesta abrieron las puertas á los suizos y entraron en la confederacion con las mismas reservas que los habitantes de Glaris, y Zug quedó reconocido por el séptimo canton.

Finalmente Alberto sitió á Zurich de la cual queria apoderarse ante todo dejando para despues sujetar los cantones confederados. Los nobles de Argovia, de Turgovia y de Wechtland presentaron su contingente; militaban en sus banderas los soldados de los obispos de Lindau, Fribourg, Bale, Strasbourg y Schafhouse; y los príncipes de Alemania y hasta el elector de Brandebourg enviaron tropas, de manera que Alberto habia reunido treinta y cuatro mil hombres. Al parecer debian verse inmensos resultados, y no hubo ninguno pues todo se redujo á que los austríacos echaron un puente sobre el Limmath y á que los de Zurich lo destruyeron. La organizacion de los ejércitos de la edad media los hacia mas á propósito para escursiones rápidas que para verdaderas guerras. El elector de Brandebourg ofreció su mediacion que fue admitida: de modo que no quedaron delante de Zurich mas que los berneses mucho mas adictos á los confederados que á la casa de Austria. Al fin en 1352 se firmó un tratado de paz y los habitantes de Zurich volvieron la libertad á Juan de Habsbourg y á Rapperschwyl; y Berna en el año siguiente se incorporó á la confederacion suiza. Alberto que no habia sabido vencer

sostuvo que los habitantes de Zug y de Glaris debian renunciar á la alianza ajustada con los cantones para sujetarse á sus leyes. En esta fútil querella interesó al emperador Cárlos IV de Luxemburgo que corrió desde Alemania á la cabeza de un ejército considerable para sitiar á Zurich y someter la Suiza; pero no quedó airoso en ninguna de las dos empresas, y en 1358 firmó una tregua con la confederacion. Rodolfo Broun, causa primitiva de las guerras que por poco traen la ruina de Zurich, se cubrió de oprobio porque se habia vendido á los enemigos de la patria, y finalmente murió dos años despues de la paz. El historiador nacional Zschokke que al principio se mostró favorable á ese reformador lo juzga por último en estos términos. «Rodolfo »Broun murió aborrecido por su ambicion y su despotismo: »el interes privado era la única regla de su conducta. Un »año antes de su muerte se habia obligado con juramento á »servir al duque de Austria y á sus agentes sin hacer no »obstante cosa alguna contraria á los intereses de la con»federacion, y en recompensa se le dieron cien mil florines »y se le señaló una pension de ciento.»

Firmada la paz ó dígase la tregua, los suizos que se habian mostrado tan valientes guerreros, dirigieron sus esfuerzos hácia la agricultura y sobre todo hácia la industria; la prosperidad nacional hizo inmensos progresos, y como el recto juicio es la base del carácter de esos pueblos comprendieron que les valia mas redimir por medio de dinero una porcion de derechos que pertenecian á la casa de Austria, al imperio y á señores eclesiásticos y legos que despojarlos de ellos á viva fuerza. La conducta de los suizos prudente á la vez y justa les trajo mucha ventura, porque, como dice el ilustre Zschokke, esas adquisiciones que hicieron á poca costa sobre todo cuando trataban con los nobles que siempre tenian necesidad de dinero, aumentaron su independencia sin quebrantar los principios de la justicia, únicos que santifican la libertad. El pueblo de Gersau que

está en las márgenes del lago de Lucerna y que es habitado por una poblacian de pastores fue en el año 1359 admitido en la confederacion con reserva de los privilegios que garantizaban su independencia municipal. Hergiswyl y Alpenach se redimieron del vasallage de sus señores y se incorporaron al canton de Underwald: Lucerna compró al baron de Ramstein los derechos que este señor tenia sobre Weggis pueblo situado en las márgenes del lago de Lucerna: Zurich con una contribucion exigida para este objeto redimió los censos que pagaba al imperio: Berna lo mismo que Zurich debió á la munificencia imperial diversos privilegios y franquicias municipales, y ademas compró con dinero la señoría de Arberg y muchos pueblos. Otras poblaciones situadas fuera de los límites de la Confederacion y sujetas al dominio de príncipes seculares ó eclesiásticos, tales como Bale, Lausana, San Galo, Bienne y Soleure, llevaron mas allá las fronteras de su territorio. Los valles inmediatos al lago de Thoun gozaron de sus libertades hereditarias bajo el dominio de sus condes, de los cuales no habia ninguno que ejerciese un poder ilimitado. El pais de Gessenay habia comprado su independencia absoluta de los condes de Gruyere sus antiguos señores; y si bien es cierto que Oberhasli y Brienz se mostraron dispuestas á sacudir á mano armada el yugo de los bailíos de Rinkenberg, los confederados cuyo apoyo habian solicitado se negaron á sostener su emancipacion que consideraban injusta.

En las ciudades libres de la Suiza donde el trabajo unido á la economía creaba tantas riquezas, las costumbres eran severas; asi es que en Berna estaban prohibidos casi todos los juegos y la religion era defendida con leyes muy rígidas. El incrédulo Loefler fue condenado á la hoguera por haber atacado los dogmas del catolicismo, y al estar delante de esa hoguera que debia consumirle dijo al verdugo: «amigo mio, ahí no hay bastante leña.» No debe admirarnos esta serenidad porque en esa época el valor ó por mejor decir el

desprecio de la muerte y de los sufrimientos era general en todas las clases. La ciudad de Ginebra marchaba á pasos agigantados en la carrera en que mas tarde debia encontrar su independencia, y toda la Helvecia estaba en una situacion brillante cuando de repente sembró el terror en el norte y en el occidente del pais Arnoldo de Cervola, que á la cabeza de un considerable número de aventureros (que en la batalla de Poitiers militaron en las filas del príncipe de Gales) iba con las armas en la mano buscando fortuna por todas partes. Cervola que se titulaba arcipreste fue á amenazar á Bale cuyas casas y edificios públicos acababa de arruinar un terremoto, pero corrieron en defensa de aquella desventurada ciudad muchos confederados de Soleure, de Berna y de otros cantones dispuestos á desafiar todos los riesgos para salvar á sus amigos; mas el arcipreste y sus gentes viendo que en vez de un golpe de mano ó de una sorpresa se trataba de combates formales se retiraron.

Otro enemigo mas formidable se presentó en la liza algunos años mas tarde y fue Enguerrando conde de Coucy y de Soissons que rompió las hostilidades con los duques Alberto y Leopoldo de Austria con motivo del dote de su madre por el cual reclamaba las provincias de la Argovia y de la Alsacia. Enguerrando á fuer de yerno de Eduardo III rey de Inglaterra disponia de fuerzas considerables, por lo cual los archiduques reclamaron el ausilio de los suizos; mas entonces se despertó el profundo resentimiento que dormitaba en el corazon de los habitantes de los cantones forasteros, y los hombres de Schwitz declararon á la asamblea general que ningun motivo habia para defender la Argovia en provecho de Leopoldo que nunca hizo bien á los confederados contra Coucy que nunca les habia hecho daño. Las ciudades de Berna y Zurich probaron que conocian perfectamente su posicion, y en vez de esperar á Enguerrando de Coucy tomaron las armas contra él; Zurich imitó este ejemplo y las dos ciudades establecieron una

línea defensiva desde el Aar hasta el Rhin. Adelantaba Coucy á la cabeza de cuarenta mil hombres entre los cuales habia seis mil ingleses; el terror precedia á su marcha, todos los pasos que debian defenderse fueron abandonados, y el ejército enemigo dueño de los pueblos situados entre Buren y Olten en las dos márgenes del Aar, lo pasó todo á sangre y fuego desde el lago de Neufchatel hasta los Alpes en las fronteras de Zurich. Si ha de darse crédito á las crónicas de la época, hubo entonces una hambre tan horrible que los lobos se metian por los pueblos. Los guerreros de Entlibuch fueron los únicos que no desesperaron de la salvacion de la patria y en muchos encuentros vencieron á los invasores, con cuyo ejemplo se dispertó en Underwald y en Lucerna el valor nacional y la juventud de esas comarcas se concentró en Entlibuch. Seiscientos de esos jóvenes atacaron á tres mil ingleses que se habian atrincherado en un bosque al sudoeste del lago de Simpach y los vencieron. Aun hoy enseñan los suizos un montezuelo al que se da el nombre de *Englander-Hugel*, esto es, monte de los ingleses, porque segun se dice fueron enterrados en aquel sitio.

Despues de esta derrota un señor que habia estado entre los combatientes y retraídose despues á su castillo, al ver á un labrador que volvia tambien del combate cubierto de brillante armadura, esclamó: «¡Oh noble caballero de noble sangre! ¿es posible que un villano lleve tu coraza?» Un guerrero de Entlibuch le contestó: «Nada mas sencillo, puesto que hoy hemos mezclado la sangre noble con la sangre de los caballos.» Por su parte los berneses daban escelentes golpes de mano, y en la noche de Navidad se presentaron cerca de Ins con los habitantes de Laupen y de Nidau y lanzando furiosos gritos sorprendieron las tropas del señor de Frant. El formidable Jewan-ap-Eynion-ap-Griffith que tenia trescientos caballos en Frauenbrunnen convento situado entre Soleure y Berna, en la noche de san

Juan evangelista él y los suyos se levantaron dos horas antes del dia y se batieron encarnizadamente sobre todo en el claustro en donde quedaron muertos muchos caballeros. Pegóse fuego al convento y ya habian muerto ochocientos ingleses cuando Jewan apeló á la fuga y los berneses volvieron á su ciudad con tres banderas, cargados de botin y cantando una cancion en la cual se da á Berna el título de morada de los héroes.

Desde aquel momento Enguerrando de Coucy hostigado en todos los puntos y viendo que sus tropas iban muriendo á causa del frio, del hambre y de los combates se volvió á la Alsacia que era su ordinaria residencia. Habíase presentado á la cabeza de cuarenta mil hombres tenidos hasta entonces por los mejores soldados de Europa y para quienes la guerra era un oficio, y sin embargo esos veteranos que se habian hallado en mil batallas no pudieron conquistar mas que los dos señoríos de Buron y de Nidau que la casa de Austria dió á Enguerrando como garantía del dote de su madre, y aun mas adelante esos dos señoríos volvieron á los berneses. Esto bastaria cuando otras pruebas no hubiese para demostrar cuál era el valor de los suizos en el siglo XIV. No es de admirar pues que hasta el siglo XVI los príncipes que podian tener en su ejército tropas helvéticas se considerasen seguros de la victoria. Tanto y mas que su valor son dignas de admirarse las virtudes que conservaron asi en medio de los triunfos de sus armas como en el seno de las riquezas que adquirieron por medio del trabajo: de modo que eran simultáneamente los soldados mas heroicos y los mejores ciudadanos. Esta union tan poco comun esplica su poder como pueblo, y hace comprensible el que despues de haber conquistado su independencia hayan sabido conservarla hasta nuestros dias á pesar de los considerables aumentos que han hecho los estados monárquicos que los rodean. Las repúblicas italianas de la edad media saborearon por intervalos los nobles goces de la libertad;

mas no puede decirse que los poseyeron, y por esto apenas fueron libres reformaron partidos para mutuamente destrozarse, y esas repúblicas como que carecian de las verdaderas costumbres que les son indispensables casi todas pasaron de los horrores de la anarquía democrática al despotismo de uno solo. Si la suerte se ha mostrado mas propicia á los suizos es porque en realidad lo merecian.

Hemos dicho antes de ahora que las ciudades de la Helvecia eran vecinas ó estaban como enclavadas en los dominios de condes y de caballeros que suponian tener sobre ellas derechos cuyo orígen decian perderse en la noche de los siglos. Faltos esos nobles de fuerza apelaban al ardid, y tal era la posicion de Rodolfo de Kybourg que habitaba el castillo de Bipp hipotecado á su favor por el conde de Tierstein. Rodolfo veia con disgusto que el desgobierno de sus padres habia disipado los bienes de su antigua y opulenta casa, pues la ciudad de Arberg y la de Thoune que fue de sus abuelos habian sido dadas en hipoteca á Berna. Fundándose en derechos equívocos el conde de Kybourg alegaba pretensiones sobre Soleure y creia recobrar todas esas propiedades con un atrevido golpe de mano. A este objeto reclutaba en todas partes hombres capaces de servirle en la empresa de sorprender á Soleure en mitad de la noche y apoderarse de ella, para lo cual contaba con su tio prelado de la iglesia de Saint-Ours. El canónigo Hans Amsteim cuya casa estaba inmediata á las murallas debia introducir por ella á los soldados del conde y envolver con trapos el badajo de la campana de rebato. Todo estaba ya dispuesto para la ejecucion, y en el silencio de la noche y á favor de las tinieblas el enemigo se avanzaba ya hácia la ciudad, cuando un labrador de Runnisberg llamado Juan Rott se adelantó y fue á dar aviso á la guardia de una de las puertas. Viendo que no sonaba la campana de rebato gritaron alarma por las calles, todos los vecinos corrieron á las murallas, el conde sorprendido al ver tales preparativos de defensa se

retiró vergonzosamente y Hans Amsteim fue condenado á ser descuartizado.

El siguiente rasgo pinta la virtuosa sencillez de los suizos de aquella época. Se decretó que para recompensar á Juan Rott se le diese todos los años un vestido nuevo con los colores de la ciudad que son el rojo y el blanco, y la misma honra se concedió para siempre al primogénito de sus descendientes varones, y finalmente en memoria de aquel acontecimiento se puso una inscripcion sobre la puerta de la iglesia de Saint-Ours. Desde el siguiente dia Soleure se ocupó en vengarse del conde Rodolfo de Kybourg y envió una diputacion á los habitantes de Berna recordándoles que en otro tiempo ella los habia ausiliado. Tanto bastó para dispertar el entusiasmo de esos valientes ciudadanos que bien pronto fueron dueños de toda la comarca de Thoune; mas como Rodolfo de Kybourg era vasallo feudal de Leopoldo podia temerse que quisiera intervenir en favor suyo. Los confederados se reunieron en Lucerna y la dieta juzgó oportuno enviar una diputacion al duque de Austria, el cual hablando con los mensageros del conde de Kybourg se contentó con decirles: «que responda solo de lo que ha hecho »sin mí: yo no impediré á los suizos que le hagan la guerra.» Los confederados tomaron las armas y despues de muchos lances triunfaron de Rodolfo; de suerte que al fin los condes de Kybourg antes tan poderosos acabaron por ceder en toda propiedad á los berneses Thoune, Berthoud y la bailía de Griessenberg, y últimamente esos nobles que antes se habian considerado como señores del pais fueron admitidos ciudadanos de Berna. Dióse una indemnizacion en dinero á los confederados que llevaron tropas como tambien á la ciudad de Soleure que habia satisfecho todos los gastos de la guerra; y para que se vea hasta dónde llegaban los sacrificios de los ciudadanos de Berna basta saber que durante diez años dieron el cuarenta por ciento de su fortuna.

En esta ciudad sin embargo estalló una revolucion políti-

ca, hija de un acontecimiento relativo á la guerra que acababa de hacerse á Rodolfo de Kybourg y á sus hermanos. Uno de estos se habia encargado de defender á Bourgdorf, y despues de un sitio de tres semanas ajustó un armisticio con el pacto de que si la ciudad no recibia socorros abriria sus puertas á los berneses, y sin embargo quebrantando este pacto sagrado el conde Enrique de Monfort introdujo en Bourgdorf doscientos hombres mientras otros trescientos atravesando la Argovia austríaca fueron á campar cerca de los confederados. Al espirar las tres semanas Bertoldo de Kybourg alegó que Monfort y sus tropas le impedian abrir las puertas de la ciudad segun se lo habia prometido á los berneses, y los confederados faltos de víveres y de municiones se retiraron. Los ciudadanos de Berna quedaron convencidos de que habia habido traicion por parte de algunos senadores de quienes los condes de Kybourg eran señores feudales, y al mismo tiempo se quejaron de que los cargos públicos giraban entre muy pocas familias y de que no se habia reembolsado el empréstito exigido para la compra de Thoune. Al acercarse el carnaval del año 1384 el descontento general tomó un carácter alarmante, y reunidos la mayoría de los ciudadanos destituyeron á todos los consejeros contra quienes estaban prevenidos y solo dejaron á cinco de ellos. Este cambio no costó efusion de sangre y los ciudadanos victoriosos resolvieron y juraron para sí y su posteridad que en adelante los magistrados y los ciudadanos vivirian como hermanos, que los empleos lucrativos serian todos los años desempeñados por personas distintas, que se renovarian la mayor parte de los consejeros, que todos los años los caballeros mesnaderos y sus sucesores elegirian de entre los artesanos de la ciudad doscientos hombres honrados para que constituyesen el gran consejo del pais, en el cual nunca podria haber á un tiempo mismo dos hermanos. Esta eleccion debia confirmarla la asamblea general del pueblo ante la cual los nuevos electos prestarian jura-

mento de hacer ejecutar todas las leyes y ordenanzas continuadas en los registros públicos. Bien pronto se fue calmando aquella sed de igualdad que se habia apoderado del pueblo de Berna, poco á poco se descuidó la renovacion del consejo, y en consecuencia de esto los miembros del mismo se perpetuaron en sus cargos y el pueblo parecia querer renunciar á su derecho de confirmar ó rechazar á los candidatos del consejo de los doscientos.

Cerca de un cuarto de siglo habia que duraba la paz con la casa de Austria cuando varias causas hicieron augurar un próximo rompimiento. Por una parte los nobles no podian acostumbrarse á ver que eran iguales suyos los hombres que antes fueron sus vasallos, y estos sin abusar de la victoria conocian su nueva posicion y al mismo tiempo los impuestos exigidos por los bailíos tenian irritado al pueblo, de suerte que era muy inminente una lucha. Los nobles que lo presintieron habian formado una alianza llamada *Sociedad del Leon* que se estendia á todos los Paises Bajos. Por una consecuencia hija de la misma naturaleza de las cosas, la sociedad de San Jorge, el conde Eberardo de Wurtemberg y las ciudades de Suabia y de Franconia se reunieron á la sociedad del Leon y los ciudadanos de Bale imitaron el mismo ejemplo. Decidióse entonces que se sostendria el partido de Leopoldo en todas las guerras que este príncipe emprendiese; mas como las ciudades entraron en semejante alianza por haber olvidado sus intereses, desengañadas muy luego renunciaron á ella, y cincuenta y una ciudades de las márgenes del Rhin, de la Franconia y de la Suabia solicitaron entrar en la confederacion suiza. Los pastores de Schwitz no dieron favorable acogida á una demanda que al primer golpe de vista parecia tan ventajosa á la independencia helvétiva, diciendo que no necesitaban sino de la ayuda de Dios, de la de su brazo derecho y de sus desfiladeros, y que no gustaban de mezclarse en los negocios agenos. En oposicion á esto Zurich, Berna, Soleure y

Zug juzgaron conveniente ajustar un tratado para nueve años con las ciudades alemanas; y finalmente Lucerna se comprometió á combatir siempre que Zurich se lo mandase. En estas circunstancias Leopoldo se trasladó á Zurich en donde se le presentaron los mensageros de Schwitz para quejarse de los nuevos derechos que habia impuesto y los lucerneses fueron tambien á pedirle que revocase el peage que habia establecido en Rottenbourg. Leopoldo oyó benignamente la demanda de Schwitz y rechazó la de Lucerna declarando al mismo tiempo la guerra á las ciudades de la liga. Como necesitaba aliados envió cerca de los suizos á Muller de Zurich, á Luis de Hornstem y á un rico vecino de Ferette; pero los confederados ante todo exigieron de Leopoldo que aboliese los derechos de tránsito en sus estados, derechos que debian arruinar el comercio de la Helvecia. El archiduque que con sus intrigas diplomáticas habia conseguido romper la liga de las ciudades no estaba dispuesto á acceder á esta demanda, y al mismo tiempo los bailíos del príncipe para no quedarse atras multiplicaban diariamente sus exacciones. Estos motivos bastaron para acabar de todo punto con el general sufrimiento. Una multitud de jóvenes lucerneses furiosos por la negativa con que Leopoldo habia contestado á la demanda de sus compatricios destruyeron las murallas del castillo de Rottenbourg en donde estaba el peage cuyo pago tanto les repugnaba. Por una coincidencia muy notable, los habitantes de Entlibuch reducidos á la desesperacion por los impuestos con que no cesaba de cargarlos su bailío Pedro de Thorberg habian ajustado una alianza con los lucerneses, y Thorberg cuyo carácter era tan cruel como codicioso condenó á muerte á los habitantes de Entlibuch que habian concluido el tratado y asoló los alrededores de Lucerna. Con esto tuvo principio la guerra en la cual tomaron parte el archiduque y la nobleza. Los confederados sin perder un instante congregaron una dieta á la cual Berna no tuvo inconveniente en enviar un diputado por-

que la tregua firmada con Leopoldo aun no habia espirado. La lucha segun hemos hecho notar no dependia de este ó del otro suceso, ni de las circunstancias que hemos pintado, sino que era inherente al fondo de las cosas: es decir, al encarnizado odio entre los nobles y los confederados: asi es que estos recibieron en pocos dias ciento setenta y cinco declaraciones de guerra de señores eclesiásticos ó seglares.

Los suizos sin amohinarse por estas amenazas corrieron á las armas y tomaron y arrasaron muchos castillos y plazas fortificadas, tales como Rumlang en la márgen del Glatt, Moeersbourg y Schenken en la pendiente de una montaña al norte del lago de Sempach, Windeck en el pais de Gaster entre los lagos de Wallenstadt y de Zurich. Por otra parte los adversarios no menos activos se introdujeron, merced á la traicion de algunos habitantes, en el pueblo de Mayenberg, degollaron toda su guarnicion compuesta de gente de Zug y de Lucerna, y pegaron fuego al pueblo. Reichensée fiel á los confederados espió su lealtad con el incendio de sus casas y con el degüello de la mayor parte de sus habitantes, en términos que ni la edad ni el sexo pudieron desarmar la ciega furia del vencedor. Desde Baden que era el punto general de reunion de las tropas de Leopoldo marchó este príncipe para atravesar la Argovia oriental yendo hácia la ciudad de Sursée, y luego se dirigió á Sempach despues de dejar en Brouck algunas tropas á las órdenes de Juan de Bonstetten que estaba encargado de mantener sujeta á Zurich. Sin espantarse los suizos por la situacion de esta ciudad de cuyos habitantes no dudaban que sabrian defenderse, emprendieron, dice Juan Muller, su marcha hácia Sempach, *el corto número contra el número considerable*, *con Dios y por la patria*. Sempach está situada en medio de colinas cuajadas de árboles, y hay cerca de ella un lago que refleja en sus cristalinas aguas los fértiles vergeles que la circuyen. Los confederados tomaron posicion en las alturas, en un bosque desde el cual los ojos podian recorrer el cam-

po de batalla de Burisholtz en donde los campesinos de Entlibuch vencieron en otro tiempo las aguerridas huestes de Enguerrando de Coucy. Cuando Leopoldo estuvo al frente de las murallas de Sempach desde lejos vió flotar en la altura las banderas de los confederados, é impaciente por alcanzar luego al enemigo sin dar tiempo para que se le reuniese la infantería, mandó á los caballeros que se apeasen y estrecharan sus filas á fin de presentarse con la lanza en ristre como una compacta muralla. El baron Hans de Hasenbourg reprobó este plan de batalla diciendo, que antes de empeñar la accion era prudente hacer venir las tropas què mandaba Bonstetten; mas como este parecer fue rechazado, el anciano guerrero dijo al archiduque: «Príncipe, el orgullo no sirve para nada.»

Apenas vieron los confederados que los caballeros habian echado pie á tierra cuando se adelantaron á su vez los cuatrocientos lucerneses, los novecientos hombres de Valdstetten, y los ciento de Glaris, Zug y Gersau que eran los valientes que tomaron á su cargo salvar la independencia helvética. Todos se arrodillaron y dirigieron una prez al Dios de los ejércitos mientras Leopoldo armaba caballeros. El tiempo estaba caluroso pues era el dia 9 de julio de 1386. Los confederados no dando oidos mas que á su valor se lanzan con ímpetu al batallon de hierro que presentaban los caballeros, los cuales les oponen una resistencia invencible, mientras que los austríacos forman á derecha é izquierda una media luna á fin de envolver el reducido número de suizos que los atacan. Petermann de Gundoldingen notable de Lucerna es herido de muerte y mas de setenta intrépidos soldados yacian por tierra. Los confederados hacen nuevos esfuerzos pero sin fruto alguno, y mientras tanto de un momento á otro podia llegar Bonstetten con un refuerzo. En semejante apuro Arnoldo Struthan de Winkelried descendiente de una noble familia de Underwald, se precipita á las primeras filas de los confederados y les dice: «compa-

»ñeros, voy á abriros camino pero cuidad de mi muger y de »mis hijos.» Entonces coge cuantas lanzas enemigas puede, apoya los yerros en su pecho, y cae atravesado por todas, pero arrastrando en su caida á muchos contrarios. Ya está abierto el camino y los suizos penetran por el claro que ha hecho en el batallon el sublime valor de Arnoldo; nada puede detenerlos y abruman y aniquilan á los caballeros que embarazados con el peso de las armas y armaduras pueden apenas defenderse, y cuando se consideraban victoriosos son vencidos. En aquel momento aterrorizados al ver la derrota de sus amos los criados á quienes habian confiado los caballos echaron á correr con ellos. Tres veces la bandera de Austria cayó de las débiles manos que ya no podian sostenerla. El mismo Leopoldo la agitó por encima de sus tropas, Ulrico de Ortenbourg, Thuringo de Halewil habian muerto al lado de las banderas del Tirol y de Habsbourg; los Lichtenstein, cuatro hermanos de Habsbourg, Herman de Eschenz y sus dos hijos, el margrave de Hochburg, Othon de Paris consejero del duque, el conde de Thierstein, Pedro de Aurberg, y el caballero de Malinen con quinientos de los suyos cubren el suelo con sus cadáveres. En medio de la desesperacion mas horrible Leopoldo esclama: «He conducido á la muerte á tantos condes y ca»balleros y quiero morir con ellos;» y al decir esto se precipita en medio de los suizos y hiere á derecha é izquierda como un furioso. Derribado del caballo, con inauditos esfuerzos se alza para combatir de nuevo, y aunque dice á un suizo que le vió levantarse *yo soy el príncipe de Austria*, nó por esto el montañes deja de darle el golpe mortal. Segun afirma Zschokke murieron mas de cien condes, barones y caballeros con muchos miles de sus hombres de armas: Schaffhouse perdió su bandera á pesar de los heroicos esfuerzos de treinta y cuatro nobles y conciudadanos suyos que derramaron hasta la última gota de sangre para defenderla: el abanderado de Lenzbourg, Verner de Lo y Nicolás de Thut

murieron rodeados de los cadáveres de sus compatricios á quienes habian conducido al campo de batalla. El último al tiempo de recibir el golpe fatal rasgó la bandera de su ciudad á fin de que el vencedor no pudiese jactarse de haberla cogido; y en el instante de morir tenia el asta apretada entre los dientes. Petermann de Bundoldingen *avoyer* de Lucerna estaba tendido en el campo de batalla é iba á exhalar el postrer suspiro cuando se le acercó uno de sus conciudadanos para preguntarle cuál era su última disposicion. «Dí á nuestros conciudadanos, le respondió, que en ade»lante no confieran el cargo de *avoyer* mas que para un año, »y que este es el último consejo de Bundoldingen, que les »desea victoria y felicidad eternas.» Tal fue la batalla de Sempach en la cual Leopoldo encontró la muerte á la edad de treinta y siete años juntamente con la flor de sus condes, barones y caballeros. Los suizos permanecieron en el campo de batalla tres dias despues de la victoria y entraron en sus pueblos precedidos de quince banderas y en medio de entusiastas cánticos de alegría.

De esperar era que despues de tan completo triunfo la casa de Austria pediria la paz; mas lejos de esto el hijo de Leopoldo declaró la guerra á los suizos y comenzaron las hostilidades con furor nuevo. La milicia de Berna que se mantuvo espectadora á poca distancia del campo de batalla de Sempach porque aun no habia espirado la tregua de Thorberg, se puso de parte de los confederados y pasó á sangre y fuego el pais de Fribourg destruyendo muchos castillos fuertes que eran propiedad de los nobles. Lejos de contentarse con esto los berneses tomaron bajo su proteccion el alto Simmenthal, y en Bumplitz triunfaron de los fribourgueses que habian osado presentarse cerca de los muros de su capital. No se quedó atras Glaris, en los límites de cuyo canton se alzaba Wesen. Esta ciudad habia sido sujetada por los glarisios que pusieron en ella una guarnicion; pero como los habitantes eran sinceramente adictos á

la casa de Austria se convinieron con el conde de Werdemberg y Sargans y con Arnoldo Bruch. Despues de ocultar algunos soldados en toneles que metieron en las bodegas los habitantes de Wesen para mejor engañar la vigilancia de los glarisios les pidieron socorros suponiendo temor de ser atacados por la casa de Austria, y como en efecto Arnoldo Bruch aparentó molestarlos los otros enviaron un refuerzo de cincuenta hombres. En el momento fijado las tropas de Sargans se presentaron por la parte del lago y por el otro costado las fuerzas de Rapperschwyl, de Kybourg y de Tockenbourg: de manera que de repente circuyeron los muros de Wesen seis mil hombres. A una señal convenida se abrieron las puertas de la ciudad, veinte glarisios fueron asesinados y los demas se salvaron saltando las murallas.

A semejante nueva los habitantes de Glaris quedaron consternados porque no podian recibir ningun ausilio de Schwitz ni de Uri á causa de la nieve que interceptaba todos los pasos de las montañas. Despues de muchos combates en las fronteras se vieron forzados á pedir la paz, y los señores austríacos contestaron á su demanda del modo siguiente: «Reconoceos siervos del duque de Austria vuestro »legítimo señor; no obedezcais mas leyes que las suyas; »pagadle el tributo y los impuestos, sujetaos á las servi»dumbres, al derecho de exigiros ausilios para sus guerras »en la forma que le plazca reclamarlos; no tengais familias »exentas de pagar contribuciones; entregad al duque el ac»ta de vuestra alianza con los suizos, servidle contra el »pueblo, indemnizad á la ciudad de Wesen de las pérdidas »que ha sufrido por vuestra causa, y finalmente espiad »vuestra rebelion por medio de la penitencia hasta que ha»yais merecido la gracia de vuestro soberano.» Los glarisios contestaron al punto en estos términos: «Consentimos en »reconocer á la princesa abadesa de Seckingen como sobe»rana de nuestro pais y al duque de Austria como patrono

»del monasterio. Pagarémos las contribuciones acostumbra»das, indemnizarémos á la ciudad de Wesen pero rogamos »que se nos deje en posesion de nuestros antiguos derechos »y que se respete nuestra alianza con los suizos.» Los gefes austríacos exigieron una sumision absoluta empeñándose sobre todo en que los glarisios quebrantasen toda especie de alianza con los confederados; y como esta última condicion fue rechazada no hubo mas remedio que apelar á las armas.

Defendia el desfiladero de Noefels Mateo Ambuhl con doscientos hombres de Glaris, y el ejército enemigo contaba con seis mil combatientes. Al acercarse los austríacos las mugeres y los niños se salvaron en las montañas llevándose los rebaños y todas las provisiones, y luego se enviaron correos á Schwitz, á Underwald y á Lucerna; mas no pudo hacerse lo mismo en Zurich porque las comunicaciones de esta ciudad estaban interceptadas. La superioridad numérica de los austríacos era tal que de pronto alcanzaron la victoria, en términos que Mateo Ambuhl despues de batirse bizarramente con los hombres que á sus órdenes tenia se retiró hasta la falda del monte Ruti cuya altura era una garantía de que no le desalojarian de su posicion. Los enemigos ufanosos con el número y con la alcanzada victoria lo pasaron todo á sangre y fuego sin dejar en el pueblo de Noefels piedra sobre piedra. Mientras tanto la bandera de Glaris continuaba enarbolada y los habitantes con riesgo de su vida se abrian paso entre las filas del ejército para ir á engrosar las de los suyos. Llegó finalmente el dia de combate: delante de los soldados glarisios habia un campo lleno de maleza y de trozos de roca y que por lo mismo presentaba un obstáculo muy grande á los movimientos de la caballería: de manera que asi esto como la lluvia de piedras que los glarisios hicieron caer sobre los caballos de los enemigos derramaron el desórden en sus filas. Ya los caballeros estaban tendidos por tierra y eran pisoteados cuando

se oyó de repente un grito de guerra que partia de las montañas vecinas y lo causaban treinta hombres de Schwitz que corrian á vencer ó morir con sus hermanos de Glaris. La caballería austríaca que ya comenzaba á fugarse se retiró aturdida porque juzgaba que tendria que luchar contra ejércitos considerables. En su fuga fue perseguida por la infantería, la derrota fue terrible y la carnicería tanta, que mas de dos mil quinientos hombres cayeron degollados en los campos inmediatos: el puente de Wesen se hundió al paso de los caballeros austríacos pesadamente armados, los cuales todos se ahogaron en el lago de Walenstadt. En esa batalla fallecieron ciento ochenta y tres nobles y caballeros, pérdida inmensa para la nobleza, los suizos arrebataron once banderas y mil ochocientas corazas, y en la siguiente noche, segun cuenta Mr. de Golbery, Wesen fue evacuada y sus habitantes se retiraron al monte Ammon. Los glarisios despues de haber dado gracias á Dios, á la Vírgen, á su patron san Fridolin y á san Hilario cuyo nombre ha venido á ser el del pais, pasaron la noche en el campo de batalla, y á la madrugada siguiente fueron á Wesen y le pegaron fuego. En conmemoracion de esa jornada se dispuso que todos los años, en el primer dia de abril ún hombre de cada casa fuese á Noefels en donde hacen una procesion que se detiene en once puntos, y al llegar al sesto que es el mismo en que estuvo enarbolada la bandera de Glaris se le lee al pueblo reunido la historia de la batalla de Sempach, de la traicion de Wesen y de la victoria de Noefels. Se relatan asimismo los cincuenta y un nombres de los glarisios muertos y tambien se hace mencion de Conrado de Au y de dos hombres de Schwitz. Despues de la misa suele haber fiesta y diversion popular.

Los confederados no se dieron por contentos con la victoria de Noefels, y asi fue que los hombres de Zurich sitiaron la ciudad de Rapperschwyl recientemente fortificada, si bien es verdad que no pudieron tomarla y los berneses

ausiliados por la gente de Soleure se apoderaron de Buren sobre el Aar, de Nidau y de Unterseen, triunfaron cerca de Fribourg, pegaron fuego á Argovia, y dirigiéndose por el Fricktal volvieron á su pais con un botin inmenso. Íbase haciendo cada dia mas crítica la situacion de los príncipes de la casa de Austria, pues no tenian ejército, su tesoro estaba exausto, iban á perder la Argovia y la Thurgovia y por otra parte la Polonia les inspiraba serios temores. En tales circunstancias esos príncipes tuvieron á mucha fortuna ajustar con los confederados una paz de siete años, para cuya conclusion fueron elegidas en mediadoras las ciudades de Constanza, Rothwyl, Ravensbourg, Bale, Werlingen y Lindau. Los negociadores fueron el conde de Thierstein prelado de Einsiedlen y Burgard Wys prelado de Wettingen. Estipulóse que los suizos conservarian todo lo adquirido y que los paises que habian entrado en su alianza no dejarian de formar parte de ella, y en recompensa los confederados restituirian la ciudad de Wesen con una condicion que atestiguaba su poder, esto es, que ninguna de las personas que violaron el juramento que las ligaba á los suizos y que habian manchado sus manos con sangre de los glarisios no podrian vivir en aquella ciudad á lo menos mientras durase la paz. Reconocióse en los lucerneses el derecho que habian reclamado de nombrar un gobernador para el pais de Sempach. Convínose tambien en que los confederados no podrian hacer estensivo su derecho de ciudadanía sino á las personas que fuesen á vivir entre ellos: y últimamente con el objeto de prevenir las cuestiones que pudiese haber en lo sucesivo se fijó la manera como juzgarian los árbitros que fuesen elegidos.

Nada mas difícil para los vencidos que resignarse con su suerte, pues si les faltan las fuerzas acuden á la astucia, y tal hizo el jóven duque Leopoldo. Entabló relaciones con Schoen burgomaestre de Zurich y con algunos consejeros de esa ciudad misma; mas afortunadamente para los suizos al

primer rumor de esos criminales manejos, los patriotas de Schwitz, Underwald, Zug y Glaris acudieron para acelerar la convocacion del gran consejo. El burgomaestre Rodolfo Schoen afirmó que obraba en pro del interes general, y al dia siguiente hizo llegar á manos de Leopoldo un tratado cuyas cláusulas tenian por objeto abandonar á sus armas las recientes conquistas. Estalló la indignacion pública y en 8 de junio de 1393 reunidos en Zurich los diputados de todas las ciudades alcanzaron por segunda vez la convocacion del consejo. Declaró este que el burgomaestre, el gefe de las tribus y los dos consejeros serian de pronto suspendidos de sus destinos, desterróselos luego y se decidió que en adelante los burgomaestres solo desempeñarian su cargo durante tres meses.

Los ocho cantones de la Suiza ajustaron un convenio con los de Soleure en órden al modo de hacer la guerra en lo sucesivo y al que debia atenerse la confederacion entera. Las partes contratantes firmaron un compromiso de nunca provocarse injustamente; de reunir con lealtad todos sus esfuerzos contra el enemigo comun en caso de guerra legítima; de no saquear sin permiso de los gefes, de respetar las casas religiosas y de no atentar á la vida ni al pudor de las mugeres. Este convenio hijo de un verdadero espíritu de civilizacion fue llamado *Convenio de Sempach*, porque la reforma militar que en él se ve fue hecha despues de aquel glorioso combate. Informado el duque de Austria del fatal resultado de sus intrigas con el burgomaestre de Zurich, y habiendo tenido conocimiento del convenio de Sempach solicitó la continuacion de la paz ó mas bien una tregua que fue hecha por veinte años y religiosamente observada. Segun un historiador moderno Schwitz se libró de las contribuciones que hasta entonces habia pagado á la casa de Austria y que ascendian á la suma de trece libras anuales. Los suizos que tan bien sabian hacer la guerra aprovecharon esta vez la calma de la paz á fin de granjear con dinero

concesiones de territorio que aumentaron su poder real. Los príncipes de Austria y los nobles siempre hambrientos de oro solo ansiaban por vender sus derechos de soberanía, al paso que en todas esas transacciones, como justamente lo hace notar Mr. Golbery, el objeto de los suizos no tanto era enriquecerse como reunir á sus banderas guerreros capaces de defender la libertad de todos. Mas de una vez los pastores de ese pais salvage se escotaron á fin de redimirse de los tributos que les eran muy odiosos, y aun hoy se conservan antiguos cantares segun los cuales juraron que para conseguirlo se abstendrian durante siete años de comer la carne de sus ganados. Con semejantes sacrificios unidos al valor mas heroico los habitantes de la Helvecia estendieron y consolidaron la independencia nacional, y hace casi cinco siglos que sus hijos gozan los frutos de la sublime abnegacion de sus padres, abnegacion tanto mas rara y admirable en cuanto duró siglos enteros y se mostró bajo todas formas.

En esa misma época un suceso de poquísima importancia en sí mismo comprometió á los suizos en esas guerras estrangeras en que con el tiempo habian de reportar tanta gloria. Ocurrióles á varios habitantes de Uri y del alto Underwald llevar sus rebaños al mercado de Warese que formaba parte de los estados de Juan Galeazzo Visconti duque de Milan, y desde luego se suscitaron entre los montañeses y los aduaneros del príncipe italiano algunas dificultades relativas á la tarifa, dificultades que tuvieron por resultado apoderarse los segundos de las reses. Despues de haber dirigido los suizos varias reclamaciones y de aguardar durante medio año la enmienda del agravio, viendo que no se les hacia justicia, los habitantes de Uri y Underwald con banderas desplegadas atravesaron en 1492 el monte de San Bernardo, el monte Piottino y el desfiladero de Dazio y conquistaron el valle de Levantina hasta donde sesenta y un año antes habian hecho una escursion con el objeto de

vengarse de los latrocinios de los habitantes contra los mercaderes que iban á Italia por el camino de San Gotardo. Dueños del valle nadie osó disputarles la conquista, y los señores de Bellinzona firmaron con ellos un tratado con el cual estuvieron lejos de dictar la ley puesto que los suizos los gravaron con los gastos de conservacion del camino y dispusieron otro sí que las gentes de Uri, de Underwald, del valle Levantina, y de Abiasco fuesen libres de todo peage. El historiador nacional Zschokke resumiendo en pocas palabras los hechos de aquella época se esplica de esta manera: «Los suizos empleaban el tiempo de la paz en di»latar su territorio por medio de compras ventajosas y de »tratados, en embellecer las ciudades y pueblos y en mejo»rar sus instituciones. Fribourg despues de desistir de su »antigua enemistad con Berna ajustó con ella un tratado de »alianza y se enlazó en la misma forma con la ciudad de »Bienne; y Schaffhouse modeló su constitucion con la de »Zurich dejando sin embargo alguna mayor libertad á sus »ciudadanos. Serias disputas se suscitaron entre la ciudad »de Zug y los pueblos de Baar, Menzingen y Ægori; pero »la intervencion armada de los confederados restableció la »paz é hizo triunfar la justicia. Con dinero redimió Glaris »los diezmos y otros derechos que pagaba á la abadía de »Seckingen; de suerte que en adelante ningun ciudadano »hubo de pagar tributo al estrangero y todos gozaron de »una verdadera independencia.»

El feudalismo en virtud del cual los nobles y los prelados cobraban contribuciones y sin embargo de reconocer un soberano tenian vasallos sobre los cuales reinaban; ese sistema, decimos, no obstante de que fue conmovido hasta su base por los ocho cantones confederados, existia en todo su vigor en las montañas del pais de Appenzel en la márgen izquierda del Rhin. Los habitantes de ese territorio gemian bajo el intolerable yugo del abad de San Galo, quien olvidando lo que debia á su carácter sacerdotal era duro y feroz

y eligió bailes que en estas calidades le aventajaban. Uno de ellos que se habia establecido en el castillo de Schwendi impuso un derecho muy desproporcionado sobre la cerveza, la leche y el queso, en términos que con él los pobres montañeses quedaban reducidos á morirse de sed y de hambre. A fin de hacer mas odioso ese mismo derecho el baile de Schwendi iba siempre acompañado de perros que devoraban á los hombres á quienes su absoluta miseria imposibilitaba pagar el derecho. Impulsado por su horrible ansia de cobrar el impuesto llamado de *mano muerta* en virtud del cual le correspondia el mejor vestido de todas las personas que morian, no titubeó en hacer abrir la tumba en la cual los piadosos hijos habian depositado el cadáver de sus padres. Semejantes iniquidades debian acabarse sobre todo cuando la fama habia puesto en noticia de los pastores de Appenzel que los confederados tan esclavos poco antes como ellos habian roto sus cadenas sin mas recurso que su valor, y cuando ellos eran tambien capaces de vencer ó morir lo mismo que los otros. Todos los habitantes pues formaron una liga, y en el dia fijado de antemano sorprendieron los castillos fuertes y arrojaron de ellos á los bailes. Falto de hombres y de dinero el abad de San Galo, creyó oportuno dirigirse á la ciudades de Suabia que eran sus confederadas y que nombraron diputados para que hiciesen entrar en su deber á los revoltosos. Al mensage contestaron estos que estaban dispuestos á obedecer al abad en todo lo que fuese debido, pero que no querian suportar la injusticia; y que por lo mismo rogaban al abad que eligiese sus bailes entre los hombres honrados que ellos le propondrian.

Los diputados de las ciudades de Suabia reunidos en Ravensbourg para deliberar acerca de la demanda de las gentes de Appenzel la rechazaron prometiendo sin embargo que asi el abad como sus bailes serian en adelante muy moderados; mas apenas hubieron recobrado sus puestos cuando á impulsos de la venganza se redoblaron sus crueldades.

Simultáneamente la ciudad de San Galo dirigia enérgicas representaciones al abad que le arrebataba muchas de las franquicias que varios emperadores le concedieron; mas al ver que sus quejas no eran satisfechas firmaron alianza con los pastores de Appenzel, y como el descontento era general estallaron revueltas en Wyl, Bernhardzell, Wittenbach, y en Waldkirch. Aterrorizado el abad buscó un asilo en sus dominios de Wyl; las ciudades de Suabia aliadas del abad se reunieron por segunda vez, y elegido árbitro Juan Strohlin antiguo burgomaestre de Ulm declaró en su sentencia arbitral que quedaba anulada la liga entre San Galo y los appenzeles. Sometiéronse los habitantes de San Galo mas no sucedió lo mismo con los otros que congregados en asamblea nacional juraron unirse entre sí para defender sus derechos y derramar por ellos hasta la última gota de sangre. Al punto enviaron un mensage á los cantones confederados, mas bien fuese que el abad de San Galo tuviera razon en el fondo, bien fuese simplemente por prudencia, solo se declararon en favor de los oprimidos los dos cantones de Glaris y de Schwitz. El primero no vaciló en proclamar que todos los amigos de la libertad que quisiesen socorrer á los appenzeles podrian hacerlo; y el segundo despues de firmar con Appenzel un tratado de mutua ciudadanía, eligió á Pedro Loeri, gefe de los voluntarios que tomaron parte en esa guerra. Tambien intervinieron por su parte las ciudades de Suabia, y en mayo de 1403 estaban sobre las armas los contingentes de Constanza, Ueberlingen, Ravensbourg, Wangen, Buchhorn y Lindau, y con ellos se reunieron los habitantes de San Galo.

En 15 de aquel mes estuvieron en las alturas de Voeglinseck esas tropas cuya infantería llegaba á cinco mil hombres, los cuales contándose seguros en razon del número penetraron en un camino hondo en que estaban ocultos é inmóviles doscientos glarisios y trescientos habitantes de Schwitz. Encima de ese mismo camino habia ochenta ap-

penzeles que se lanzaron con el mayor ímpetu sobre los caballeros mientras que los guerreros de Schwitz y de Glaris caian sobre la infantería. El enemigo hace terribles esfuerzos para atravesar el desfiladero y situarse en la esplanada que corona el monte; pero encuentra al paso la poblacion entera de Appenzel acaudillada par el capitan Jacob Hatsch; la caballería se arroja sobre los infantes, una equivocacion aumenta el desórden; los gefes con el intento de retroceder gritan: atrás, atrás; esta órden repetida de fila en fila se considera como la voz de *sálvese quien pueda*, cunde el terror por el ejército y las tropas de las ciudades emprenden la fuga. Los guerreros de Appenzel, de Glaris y de Schwitz persiguen juntos á los fugitivos, degüellan seiscientos caballeros que agobiados con el peso de las armas no pueden salir de la angostura en que se han metido; mueren los dos burgomaestres de San Galo y caen cuatro banderas en poder de los vencedores que en el mismo campo de batalla dan gracias á Dios por aquel triunfo.

Desastre tan grande enfrió el ardor militar de las ciudades de Suabia en términos que abandonaron al abad de San Galo, el cual reclamó la intervencion de Federico de Austria. «Si no se pone órden en esto, decia al príncipe, Ap»penzel será otra Suiza, y si este pais se liga con los confe»derados el dominio del Austria y el de la nobleza acaban »para siempre.» Herido Federico por esta observacion resolvió emprender la guerra; mas antes que pudiese realizar el plan, Rodolfo conde de Werdenberg dijo al pueblo de Appenzel congregado en asamblea nacional: «Tengo noticia »de que el duque de Austria levanta tropas y se dispone »para atacaros; mas supuesto que nos amenazan los mis»mos riesgos, unamos nuestros intereses, y yo combatiré »para vosotros y con vosotros. Todos me conoceis, detras »de estas montañas está Werdenberg que es la herencia »de mis padres; mis abuelos reinaron en el Rhintal, y aun»que la codicia del Austria me lo ha robado todo me que-

»dan el corazon y la espada que os ofrezco: dejadme vivir »entre vosotros como vuestro conciudadano y vuestro igual »participando de vuestros peligros y de vuestros derechos.» Estas palabras pronunciadas con el acento de la mas firme conviccion entusiasmaron á los appenzeles, los cuales á una voz proclamaron gefe suyo en esta guera á Rodolfo de Werdenberg. El conde en el acto se despojó de la armadura de caballero para vestirse el mismo trage de pastor que llevaban los hombres que iban á ser sus soldados. En 17 de junio de 1405 las tropas austríacas entre las cuales estaban los hombres de mas alto rango se dirigieron desde Alstetten pueblo del Rhintal para tomar el camino del monte Stoss que conduce al pais de Appenzel. Iban delante del ejército doscientos hombres para abrir paso al traves de los atrincheramientos que pudieran detener la marcha; mas esta prevencion fue inútil porque la hueste no encontró obstáculo alguno al paso de la frontera.

Los austríacos llegaron al monte Stoss en el dia del Corpus con un tiempo tan pesado y una atmósfera tan cargada que muy luego se echó á llover, el camino se puso resbaladizo y la marcha fue mas difícil. Los soldados de Federico hacian inauditos esfuerzos, cuando descubrieron en la altura á cuatrocientos appenzeles con no pocos guerreros de Glaris y de Schwitz, los cuales desde luego hicieron rodar peñascos y troncos de árboles causando con ellos grave daño á los espugnadores. Aun no habian llegado estos á la mitad de la subida cuando el conde de Werdenberg empeñó la accion. Los appenzeles lanzando horribles gritos se precipitaron sobre las ya rotas filas de los enemigos; los arqueros austríacos no pueden servirse de los arcos aflojados por la lluvia, y se traba cuerpo á cuerpo la lucha en la cual el vigor de los montañeses tiene una ventaja conocida. El conde Rodolfo está al frente de los suyos descalzo como ellos porque solo asi era posible sostenerse en aquel suelo que la lluvia habia puesto resbaladizo. Los soldados

de Federico se defienden desesperadamente, pero los sobrecoge un terror súbito al ver que detras de ellos se despliegan nuevas tropas que van á cogerlos por la retaguardia. Eran las mugeres y las hijas de los appenzeles que habiéndose echado sobre el vestido pellicas de pastores corrieron para ser espectadoras de la lucha y tomar parte en ella si la necesidad lo reclamaba. Apelan los austríacos á la fuga, pero á cada paso son detenidos por los atrincheramientos, y los appenzeles hacen en ellos una horrible carnicería. El combate y la derrota duraron seis horas, y pocos de los enemigos hubieran vuelto á ver su patria á no proporcionarles un asilo el pueblo de Rhintal. En ese dia Uly Rottach apoyado contra un pesebre resistió solo á doce hombres y mató cinco, y al ver que sus adversarios pegaban fuego á la cuadra se arrojó á las llamas para que nadie pudiese jactarse de haberle vencido. El avoyer de Winterthur murió con ochenta de sus conciudadanos, y la pérdida de Feldkirch fue casi la misma. Cuando los vencedores quedaron satisfechos de perseguir á los vencidos volvieron al campo de batalla en donde hincados de rodillas esclamaron: «Dios ha combatido en favor nuestro, dándonos el apoyo del cielo.»

Mientras que era batido ese cuerpo de las tropas de Federico el archiduque á la cabeza de su caballería se presentaba delante de San Galo; mas esta ciudad se hallaba en tan buen estado de defensa que ni siquiera pensó atacarla porque en verdad no tenia las máquinas de guerra indispensables para ello. Púsose pues en marcha por el lado de Arbon; pero cuatrocientos vecinos de San Galo divididos en partidas se lanzaron sobre la coluna austríaca que marchaba en desórden y mataron muchos hombres cerca de Haupthisberg. Este reves de que Federico fue testigo ofendió vivamente su orgullo, y es fácil calcular cuál seria su cólera y con cuánto ardor juraria vengarse al saber la derrota de Stoss. Para ocultar su intento hace cundir la noticia de que se vuelve á Arbon por el Tirol, y efectivamente se acercó al

Rhin con todas sus tropas; pero al llegar al pueblo de Thal vuelve rápidamente hácia el lado de Appenzel y dirige todas sus fuerzas por la súbida de Wolshalde que conduce á ese pais. Segun su plan pensaba hallar á los appenzeles indefensos; pero una jóven á quien los soldados de la vanguardia preguntaron por el camino dió la voz de alarma y los pastores en vez de ser sorprendidos estaban muy preparados á la defensa. Efectivamente, en el instante en que los austríacos se presentaban con la mayor confianza precipitáronse sobre ellos cuatrocientos appenzeles, y como la esperiencia habia enseñado á las tropas de Federico que la fuga era para ellos muy arriesgada tomaron posicion cerca de una iglesia en donde se trabó un encarnizado combate en el cual los appenzeles viendo que habian muerto ya cuarenta y cuatro de ellos sin que los austríacos hubiesen perdido un hombre, redoblaron sus esfuerzos y al fin obligaron al enemigo á que emprendiese la fuga. Desde el valle Federico fue testigo de la derrota ó por mejor decir de la carnicería de sus soldados que perecieron en número diez veces mayor que los montañeses. Avergonzado y rabioso el príncipe se marchó al Tirol con los restos de su ejército: despues de estos triunfos los appenzeles firmaron una alianza de nueve años con la ciudad de San Galo y restablecieron á su valiente caudillo el conde de Werdenberg en la posicion de los dominios que el Austria le habia arrebatado. La nobleza de Thurgovia fue castigada tambien y sufrió una completa derrota en las inmediaciones de la capilla de san Afra, y finalmente los appenzeles movidos siempre por un sentimiento de gratitud ausiliaron á las gentes de Schwitz á fin de apoderarse en beneficio de estos de la baja Marca y del valle de Wegi. En esta empresa salieron airosos despues de haber vencido distintas veces al conde Federico de Tockenbourg que en nombre de la casa de Austria gobernaba en esos dos pequeños territorios. Impulsados de nuevo por su ardor guerrero los appenzeles acometieron en 1406 otras

dos espediciones á fin de vengar al conde de Montfort contra un pariente suyo, y despues de alcanzar el triunfo penetraron en el Tirol hasta Landeck. De làs campiñas fertilizadas por el Inn y el Adige acudieron á su campo un sinnúmero de ausiliares, de manera que el Tirol entero estaba dispuesto á levantarse para formar parte de la liga suiza, cuando noticiosos los appenzeles de que el duque de Austria iba á atacarles volvieron atras nó sin pegar fuego á cuantos castillos se ofrecian á su vista. «Abandonan, dice Philarete Chasles, »la plata de los nobles para cargarse de pimienta y de co»mestibles que no conocian : se llevan todas las banderas »cogidas al enemigo entre las cuales hay una en que se leia »puesto en aleman este grosero mote : *cien mil diablos se »lleven á los austríacos si no aporrean á esos patanes de los suizos*. »Orgullosos con tantas victorias vuelven á los Alpes á pasar »sus largas noches con el relato de sus hazañas. Tan so»berbios, dice un contemporáneo, que se creian reyes y »deseaban suplantar á todos los helvecios en sus dominios. »*Regnabantque in magna superbia, pretendentes omnium sup»plantare dominia*.»

Segun muchos historiadores el grito de alarma que se dió á los appenzeles no fue mas que una ingeniosa estratagema á fin de que se volvieran á su pais puesto que no encontraron enemigos. No pudiendo ya estar en adelante tranquilos, en union con los guerreros de Schwitz y de San Galo sitiaron á Wyl para obligar al abad que se habia refugiado allí á que volviese al monasterio. La primera idea del abad fue correr todos los peligros de un asalto, mas habiéndole abandonado todas sus gentes se resigna, encomienda su alma á Dios y abre por sí mismo las puertas de Wyl. «Su paso, dice Mr. Golbery, era vacilante, y en su »rostro se leia el espanto, todo lo cual unido á su ancianidad »y á su tristeza movió á lástima á sus enemigos en términos »que le tranquilizaron y le ayudaron á montar á caballo.» Vuelto á San Galo á donde retornó las reliquias de los

santos que se habia llevado, comenzó á desempeñar otra vez su ministerio, se puso bajo la proteccion de la ciudad que en otro tiempo oprimiera, é imploró ademas el apoyo de los appenzeles.

Comprendiendo estos que la comenzada lucha no habia llegado á su término, en número de mil doscientos declaran la guerra á los nobles de Thurgovia, llegan á orillas del lago de Constanza, se apoderan de Aldonfingen y entregan á las llamas el territorio de Winterthar. Aunque Federico de Austria estaba en el Tirol se mantuvo quieto, en vista de lo cual los appenzeles penetran en la ciudad y en el castillo de Elgan, cogen al obispo de Constanza que los habia escomulgado, y siguen la marcha para ir á sitiar á Bergantz, ciudad puesta en un estremo del lago de Constanza y de difícil acceso ademas porque está defendida por la naturaleza y por el arte. A pesar del rigor de la estacion los appenzeles se hallaban al frente de esa ciudad el dia 8 de diciembre de 1407, pero sobrevino un deshielo, tras él grandes inundaciones y ademas los nobles se confederan para salvar á Bergantz, y sin que los appenzeles tengan noticia de ello marchan á su encuentro ocho mil hombres. Finalmente en 13 de febrero de 1408 y en el momento en que reinaba una espesísima niebla saben el peligro que les amenaza y van á tomar una posicion en el Riet. Trábase un sangriento combate, Conrado Kupferschmied de Schwitz que dirigia el sitio cae muerto y con él ochenta de los suyos, á cuya vista los appenzeles se retiran, pero con una regularidad y pericia tan admirables que los mismos soldados de Berenguer de Hohenlandberg desobedecen sus órdenes cuando les manda perseguir á los que se retiran. Las máquinas de guerra se pierden y sobre todo sintieron quedarse sin la *appenzela* con la cual podian lanzarse pesos de diez quintales. Esta derrota detuvo la guerra que habia causado ya muy graves males. Schwitz ofreció su mediacion, Roberto conde Palatino y emperador de Alemania fue por la primavera á Constanza

8

en donde se hallaban tambien los señores y los diputados de Appenzel, de San Galo y sus aliados, y allí se examinaron las quejas recíprocas. La resolucion del emperador presenta rasgos muy singulares pues comienza por anular todas las alianzas concluidas por Appenzel y san Galo, y despues manda á los duques de Austria á quienes devuelve la posesion de sus derechos que conserven á sus súbditos las libertades que les concedieron sus abuelos. Por su propia autoridad levanta el emperador las escomuniones lanzadas por el obispo de Constanza y por el de Ausbourg, pero declara que respeta las del papa diciendo que en este punto no tiene facultades para obrar. Finalmente resuelve que la decision que acaba de tomar debe ser ejecutada por esos mismos obispos de Constanza y de Ausbourg (cuya conducta ha vituperado indirectamente en el mero hecho de levantar sus escomuniones) á quienes apoyarán los nobles confederados de quienes hemos hecho mencion mas arriba que han tomado el título de caballeros de san Jorge. El emperador ademas manda á los appenzeles que contribuyan á que tenga la debida ejecucion esta sentencia que no debia satisfacer á ninguna de las partes interesadas en ella.

Los pastores de las montañas de Appenzel no hicieron reclamacion alguna contra este fallo contentándose con no ejecutarlo, y asi fue que no reconocieron la soberanía del abad de San Galo á quien no obstante devolvieron sus rentas, y en vez de la bandera particular que tuvo hasta entonces cada pueblo, adoptaron una sola para todo el pais y concluyéron una tregua de dos años con Federico de Austria. El emperador de Alemania murió antes de haber pensado en intervenir otra vez, y el abad de San Galo recobradas sus riquezas hizo el sacrificio de la mayor parte de sus antiguos derechos políticos. Espirada la tregua el duque de Austria quiso recobrar á Rinthal que hasta entonces poseian los appenzeles, y mandó al conde Hermann de Soulz

que se dirigiera á ese punto á la cabeza de siete mil hombres. Desde Appenzel á Rheineck no habia mas que cuatrocientos pastores, y doscientos en Alstetten. Simulóse que iba á darse una batalla al frente de Rheineck proponiéndose con esto que los habitantes se llevasen los efectos mas precisos que tenian, y hecho asi cada uno pegó fuego á su casa y fue á incorporarse con los appenzeles en sus montañas. Despues de tres semanas que el conde de Soulz estaba al frente de Alstetten en donde debia reunírsele el duque Federico de Austria apareció este príncipe llevando consigo doce mil combatientes, pero cual si quisiera prepararse para los triunfos militares con placeres y fiestas llevaba consigo muchedumbre de mugeres y farsantes.

Despues de una gran fiesta nocturna arengó á las tropas mandándoles que asaltasen la ciudad dentro de la cual con no poco pasmo de los espugnadores no habia nadie, puesto que los habitantes aprovechando las tinieblas de la noche se habian marchado con sus mugeres é hijos protegidos por la guarnicion: sin embargo de lo cual y de que esta ciudad pertenecia al duque de Austria le hizo pegar fuego. Deseosos los appenzeles de cimentar sobre bases sólidas la libertad conquistada á costa de tanto valor, en el dia de santa Catalina del año 1411 se incorporaron á la alianza de los cantones suizos. Berna fue la única que se mantuvo estraña á este tratado en virtud del cual Appenzel se comprometió á no emprender guerra alguna sin la autorizacion de los suizos y á socorrer á estos con todas sus fuerzas y á sus propias costas siempre que fuese necesario. Por su parte los suizos se reservaban tanto colectivamente como cada canton por sí el derecho de interpretar el tratado ó de circunscribir sus disposiciones, ó el de reclamar una indemnizacion por los ausilios que prestasen á los appenzeles. Esta alianza, cuyas ventajas eran entre las partes contratantes tan desiguales, prueba que ningun sacrificio les pareció á los appenzeles costoso con tal de asegurar su independencia, y que los confedera-

dos temian verse comprometidos en guerras estrangeras por la biliosa índole de ese pueblo.

Firmóse tambien una alianza entre Federico y los appenzeles que le restituyeron el Rhintal; mas á pesar de esto la casa de Austria hizo una tentativa contra Bale, ciudad poderosa, dice Mr. Philarete Chasles, que contaba ya con cinco mil combatientes y recibia como ciudadano á cualquiera que se presentase con yelmo, cota de malla y manoplas. Sin embargo de que Federico llamó en ausilio suyo á los nobles de la Alsacia, Bale supo conservar su independencia, y el duque cansado de guerras firmó en 28 de mayo de 1412 una paz de cincuenta años con los ocho cantones ó estados libres que formaban la confederacion suiza. De esta suerte quedaron reconocidos los derechos políticos para cuyo sostenimiento combatieron los appenzeles con tanta bizarría. Hízose estensivo á Soleure el tratado de paz en que intervinieron y que firmaron diez y seis ciudades de los estados austríacos, á saber: Schaffhouse, Waldshut, Laufenbourg, Seckingen, Rhinfeld, Diessenhofen, Bade, Rapperschwyl, Brong, Bremgarten, Zofingen, Sursee, Lentzbourg, Mellingen, Arau y Franeufeld. Esta paz se proclamó en 8 de julio siguiente; mas no se crea que porque fuese ventajosa á los confederados puesto que les confirmaba la pacífica posesion de su libertad política nada concediese á la casa de Austria, sino que los suizos reconocieron nuevamente todos los derechos, feudos é hipotecas que Federico conservaba en su territorio.

Sin embargo de que este tratado era para medio siglo, se observó pocos años á causa de los disturbios de la Iglesia que hacen necesarias en este momento algunas esplicaciones. Destrozaba las entrañas del catolicismo un horrible cisma, pues los tres simultáneos papas Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII anatematizándose el uno al otro derramaban la discordia en el mundo cristiano. El emperador Segismundo de la casa de Luxembourg obligó á

Juan XXIII á que consintiese en la próxima convocacion de un concilio, y á pesar suyo se decidió que ese concilio se reuniria en Constanza á donde se trasladaron los principales prelados de occidente, los embajadores de los reyes, algunos reyes en persona, cuatrocientos treinta y ocho diputados inmediatos de la iglesia romana y cien mil estrangeros que llevaban consigo treinta mil caballos. Mientras tanto Segismundo pasó el monte de San Bernardo y llegado á Romont los magistrados de Berna le invitaron á que visitase su ciudad en la cual entró segun dice Mr. de Golbery en el mes de junio y en el dia de san Ulrico. Salieron á recibirle quinientos jóvenes adornados con coronas en que habia las armas del imperio, el mas hermoso de ellos llevaba la bandera, seguian los clérigos y frailes y finalmente el avoyer Petermann de Krauchthal, y el senado y los ciudadanos ocupaban las calles. Segismundo iba bajo un palio llevado por cuatro abanderados, y al dia siguiente recibió á los mensageros de toda la confederacion. Despues de estos pormenores el mismo historiador continúa otros que no podemos omitir porque pintan las bastas costumbres de ese tiempo. Durante los tres dias que estuvo el emperador en Berna se dió el vino á discrecion y las prostitutas admitieron en su casa y por órden superior á los señores de la comitiva de Segismundo sin que esos nobles tuviesen que pagar por ello cosa alguna. Estos dos artículos corrieron á cargo de Berna y costaron mucho dinero.

Segismundo se trasladó desde Berna á Aquisgran á fin de coronarse y despues llegó á Constanza con mil caballos. La solemne entrada del papa Juan XXIII se verificó en 28 de octubre, y su cortejo se componia de seiscientos caballeros entre los cuales estaba Federico de Austria que se habia reunido con él en Trento. El concilio de Constanza hubo de decidir varias cuestiones religiosas, y el mismo condenó á morir en una hoguera á Juan Huss sacerdote bohemio y á Gerónimo de Praga declarados hereges uno y otro. En el

momento en que el verdugo iba á pegar fuego por detras á la leña que habia de consumir á Gerónimo de Praga, este le dijo: «pega el fuego por delante, pues si esto me hubiera »espantado no estaria aqui.» Viendo al mismo tiempo á una infeliz muger que á impulsos de su conviccion religiosa llevaba una astilla al monton de leña que debia quemarlo esclamó: *Sancta simplicitas*. Estos rasgos manifiestan el temple de los hombres de la edad media.

El concilio de Constanza anuló la eleccion de los tres soberanos pontífices. En esa época el emperador mandó á Federico de Austria que fuese á recibir de sus manos la investidura de sus feudos, y como de pronto se negara á ello Segismundo negoció con los confederados para que le auxiliasen; mas estos vacilaron por no romper la paz de cincuenta años firmada con el príncipe austríaco. Federico sin embargo temiendo las consecuencias de una alianza que no podia ser provechosa sino á los confederados se sujetó á las órdenes del emperador, y aunque luego trata de moverlo contra los suizos, el emperador lejos de caer en el lazo les da noticia de los manejos de Federico. Los suizos envian diputados en cuya presencia el emperador revela los cargos que les hace Federico, este pide tiempo para presentar las pruebas, y entonces Segismundo le dice que era mucho mas prudente haberse procurado esas pruebas antes de hacer la denuncia. Bien parecia que el emperador y los confederados estaban secretamente de acuerdo para humillar á Federico, quien mas adelante declaró á la dieta de Lucerna que sus subordinados le habian dado noticias falsas, pero que estaba convencido de que nó por esto conservaria menos religiosamente la paz un pueblo tan leal como el suizo. Los confederados contestaron que los habia juzgado bien.

Juan XXIII obligado por el concilio á renunciar su dignidad pontificia leyó por sí mismo la fórmula de su deposicion, y aparentemente resignado dejó la tiara; espectáculo que hizo derramar lágrimas á todos los presentes, de modo que

el patriarca de Antioquía le felicitó y el emperador le besó los pies. A pesar de esto Juan XXIII engañó á todo el mundo, y favorecido por Federico se escapó disfrazado de postillon y fue alcanzado muy luego por el príncipe austríaco al cual se mandó que al punto diese la vuelta á Constanza amenazándole ademas el emperador con la pérdida de sus feudos, pero todo fue en vano. El concilio declaró que á pesar de la ausencia de Juan XXIII continuaria sus trabajos, y en cuanto á Federico lo declararon reo de alta traicion. El emperador á fuer de representante del poder temporal hizo prohibir que se albergase al príncipe austríaco, que se le diese de comer ni de beber y que se le proporcionase forrage para los caballos, y el concilio por su parte le escomulgó porque á semejanza de Faraon habia endurecido su alma, pues no hizo caso de las lágrimas de la Iglesia afligida y se mostró sordo á los consejos de sus amigos y á las amonestaciones del emperador. Desde aquel momento parece que todo el mundo rivalizase en odiar á Federico, en términos que cuatrocientas ciudades y señores le declararon la guerra y el emperador mandó á los suizos reunidos en la dieta de Lucerna que marchasen contra el duque de Austria; mas ellos contestaron á Segismundo que en la desgraciada situacion en que se hallaba el príncipe, antes enemigo suyo, seria un paso muy poco generoso romper la tregua que habian ajustado con él para cincuenta años.

Mientras tanto un ejército muy considerable amenazaba á Schaffhouse empeñada ochenta y cinco años atras por Luis de Baviera á los abuelos de Federico, y se hizo entender á los habitantes que si oponian la menor resistencia la ciudad seria destruida de alto abajo; mas que si querian sacudir el yugo impuesto gozarian otra vez de su primitiva independencia. Los ciudadanos abandonando la causa de Federico se obligaron á pagar al emperador el precio del rescate, y en consecuencia de esto se sujetaron á una contribucion estraordinaria que aun se pagaba en 1689. Frauen-

feld, Diessenhofen y la Thurgovia recobraron su libertad; los confederados accediendo á las nuevas solicitudes de Segismundo convocaron una dieta en Bekenried cerca de las fronteras de Uri y de Underwald, y allá acudieron los diputados del emperador en donde hicieron mucho hincapié en la obediencia que los fieles deben á la Iglesia de que el concilio de Constanza era órgano legítimo, y que por lo mismo nada podian temer los suizos, puesto que ese concilio los declaraba exentos de todo pecado y que solo serian culpables insistiendo en no obrar contra Federico. Zurich, Lucerna, Zug, Glaris y los cantones forasteros alegaron que no podian en nombre del honor y de la religion conculcar un tratado solemne, y que semejante conducta seria una mancha en su antigua reputacion de lealtad y buena fe. Berna rechazó estos sentimientos que le parecieron exagerados y mandó decir á los de Zurich que el honor y la justicia permitian la guerra, puesto que la Iglesia y el imperio lo mandaban, que habia sonado la hora de destruccion de sus eternos enemigos y que debia cumplirse su destino. Añadiendo la autoridad del ejemplo á la de las palabras, los habitantes de Berna salieron con todos los jóvenes, reuniéronse á estos el contingente de Soleure, Neufchatel y Bienne, y trasladándose todos á la Argovia sitiaron muy luego la ciudad de Zofingen. Temiendo los de Zurich que la Argovia entera se sujetase á Berna enviaron un mensage al emperador rogándole que consultase con jurisconsultos si era posible que sin faltar á su conciencia quebrantasen la paz de cincuenta años firmada con Federico, añadiendo que en la afirmativa no tomarian las armas sin que antes les asegurase que las ciudades y los territorios conquistados de mancomun no pertenecerian á título de feudos sino á los confederados y que en caso de restituirse no se verificaria sin su consentimiento. Sujetóse el emperador á las condiciones, mas esto no bastó pues fueron necesarias nuevas instancias del papa y del concilio, el parecer de los mas eminentes

jurisconsultos y los consejos de los embajadores para determinar á los suizos, quienes estipularon ademas con mucho tino que las conquistas que iban á hacer serian suyas y que en todas las marchas los acompañaria la bandera imperial. Los pastores de Appenzel rechazaron todas estas ventajas sin querer nunca violar la tregua, y los otros confederados remitieron á Federico la declaracion de guerra.

Los diputados de las ciudades y de la nobleza de Argovia deseando oponerse á la invasion que los amenazaba convocaron una dieta en Sursee en el principio del año 1415, pero en la misma asamblea hubo grande discordia porque los diputados de las ciudades insistieron en que toda la Argovia fuese una república; ella pedia formar parte de la confederacion conservando sin embargo su neutralidad, y los nobles por el contrario sustentaban que era indispensable conservarse fieles á Federico. Mientras que deliberaban, el avoyer de Lucerna Ulrico Walker penetraba en el pais, y por todas partes se iban los suizos adelantando. Berna era ya dueña de Zofingen, Sursee habia caido en poder de los lucerneses, y por otro lado las tropas de Zurich pasaron el Albis y se apoderaron de todo el curso del Reuss; Arau abrió sus puertas, son entregados á las llamas una multitud de castillos, entre otros Trostbourg y Hallwyl y finalmente se rindieron al vencedor, Lentzbourg, el castillo de Habsbourg y el de Gessler en donde vivió el antiguo opresor de la Suiza. En el mismo lugar en que se confunden las aguas del Aar, del Reuss y del Limmat se reunieron los soldados de la confederacion y acabaron de mancomun la conquista de la Argovia, es decir, que penetraron en las ciudades de Mellingen, Bremgarten y Bade.

Mientras que las tropas de los siete cantones iban de victoria en victoria Juan XXIII y Federico habian llegado á Fribourg en donde los dos supieron la invasion de la Argovia. El príncipe austríaco separó entonces su causa de la del antiguo soberano pontífice y volvió á la ciudad de Cons-

tanza en donde debia verse tan humillado. Puesto el emperador en la testera del refectorio de un convento entró Federico á quien acompañaban por la mano otros dos príncipes alemanes. Tres veces se arrodilló el descendiente de los Habsbourg, á quien Segismundo preguntó *¿Qué quereis?* El duque de Baviera que era uno de los que le acompañaban respondió por él y dijo: *Poderoso emperador: aqui está mi primo Federico, y yo os ruego que le perdoneis pues se rinde á discrecion y se compromete á entregaros el papa con tal que este no sufra perjuicio alguno en su persona ni en sus bienes.* El emperador con voz muy alterada por la cólera dijo: *¿Duque Federico, cumpliréis esta promesa? Sí,* contestó el duque, *pido gracia á V. M.* Al momento Federico puso á merced del emperador todos sus feudos y dirigiéndose á los presentes esclamó: *Señores italianos: vosotros que conoceis el esplendor y la reputacion de los duques de Austria, aprended en mi sumision lo que puede un emperador de Alemania.*

El antiguo papa Juan XXIII fue preso y conducido á Radolfszell y se publicó una sumaria informacion en la cual se le acusaba de libertino y ambicioso; y finalmente despues de dos años de permanencia en Heidelberg y en Manheim huyó á Florencia. Su rival Gregorio, anciano de ochenta años, habia admitido tambien la tiara, de suerte que solo quedaba Benedicto XIII que retirado en España se empeñaba en sostener que solo él era el verdadero papa. Segismundo determinó ir á verse con este pretendiente á fin de mostrarle que no tenia derecho á la tiara; mas para hacer semejante viage era menester dinero, y el emperador entonces reclamó la soberanía de la Argovia. Los confederados, segun observa Mr. de Golbery, habian agotado todos sus recursos en la guerra, y Zurich se encargó de todo eligiendo para negociar con Segismundo al antiguo burgomaestre Jaime Glentner. En una sesion solemne Segismundo recomendó á los PP. del concilio que ocupasen en discusiones útiles al bien de la Iglesia el tiempo de su ausencia, y luego

partió con cuatro prelados, el elector de Brandebourg, el duque Luis de Ingolstadt, el conde Federico de Toggenbourg, Juan de Lupfen, el conde de Œttingen y cuatro mil caballos. Bajó por el Rhin hasta Bale en donde le aguardaban los enviados berneses que le entregaron cien mil florines, por los cuales hipotecó todo lo que habia conquistado en la Argovia con la condicion de que no podria redimirse sino en nombre del imperio y cuando ellos quisieran. Desde Bale el emperador se trasladó á la ciudad de Arberg en donde trató con Glentner comisionado de Zurich, y fundándose en que su viage era provechoso á la religion dejó en manos de los de Zurich, Bade, Mellingen, Bremgarten y Sursee, cuyas ciudades sabria defender el valor de los confederados. En compensacion los ciudadanos de Zurich dieron cuatro mil quinientos florines pactando que podrian hacer partícipes de los beneficios de este negocio á sus aliados, que la redencion no se haria sino por un emperador, en provecho del imperio y con beneplácito de Zurich, y que en ese caso se darian seis mil florines ademas del valor del rescate.

Desde ese momento los cantones reputándose seguros de todo recelo con respecto al pais que acababan de conquistar y de comprar pensaron en organizarlo. Berna, Zurich y Lucerna conservaron en sus territorios de que eran definitivamente señores las leyes y las instituciones austríacas, y en órden á los distritos de que se habian apoderado mancomunadamente repartieron entre todos sus cantones, esceptuando sin embargo al de Berna porque ya se habia acrecentado mucho. Los pastores de Uri rechazaron toda idea de reparto, y al saber la resolucion de los cantones les dieron la siguiente respuesta: «El emperador se ha reconciliado con el duque Federico; restituyámosle pues lo que acabamos de tomar á fin de que él devuelva al duque lo que le pertenece. Nososotros nos armamos por la querella del emperador y nó por la nuestra. En cuanto á nos-

»otros, ó confederados, nos correríamos de apoderarnos »de unos bienes que no nos corresponden porque nues»tros padres nos han enseñado á estimar sobre todas »las cosas la inviolable fidelidad á los compromisos.» Los otros confederados prefiriendo lo que era útil á lo que podia ser justo decidieron que supuesto que Uri abandonaba su parte en las conquistas hechas de mancomun, los otros cinco cantones, á saber, Zurich, Lucerna, Schwitz, Underwald y Glaris enviarian cada uno un año sin otro un baile y que todos los estados copartícipes darian órden para que allí mismo se comprobasen las cuentas y la administracion. De esta manera, dice el historiador nacional Zschokke, los republicanos ocupados hasta entonces en defender su independencia contra la ambicion de los príncipes tuvieron súbditos, aspiraron á engrandecerse y convirtieron los odiosos derechos de la conquista en nuevo elemento de política.

Antes de ahora hemos indicado al lector que la verdadera y primitiva causa porque los confederados corrieron á las armas fue el odio que habia entre los nobles y los habitantes de las ciudades, quienes finalmente alcanzaron la victoria, y aunque la moderacion y un juicio recto constituian la base de su carácter, tantos triunfos les hicieron tan delicados que á la mas ligera provocacion ó á cualquiera cosa que ellos reputasen por tal tomaban venganzas horribles ó hacian espantosas represalias. Esta triste suerte le cupo á Wischard llamado tambien Guichard baron de Raron. Este hombre descendiente de una antigua y poderosa familia era capitan general ó sea gran baile del Valais en la época en que los cantones en union con las gentes de Uri fueron á la conquista del valle de Levantina y se apoderaron tambien del de Ossola en donde habian puesto guarnicion. No queriendo Felipe María Visconti duque de Milan que ese territorio quedase para los confederados, hizo cesion del mismo al duque de Saboya, quien dirigió tropas al Domo d' Osso-

la capital del territorio, y como esas tropas atravesaron el Valais se acusó al señor de Raron de que les habia indicado el camino al traves de las montañas. La guarnicion de los confederados que era muy reducida hubo de retirarse en 1414 y se dijo que Guichard se habia jactado entonces de que á ser él gefe de la espedicion no habria vuelto á su pais ni un solo suizo. Semejante dicho que bien pronto fue reportado á las gentes de Uri y de Underwald los ofendió muy de veras; mas sin embargo antes de apelar á las armas se quejaron á Berna de la cual era Guichard ciudadano. Los magistrados bien porque no quisieran mezclarse en esa querella, bien por otro motivo de que la historia no tiene noticia, se negaron á intervenir alegando que puesto que el señor de Raron no habia hecho caso de las representaciones que ellos le dirigieron creian superfluo hacerle otras. Las gentes de Uri y de Underwald resolvieron entonces hacerse justicia por sí mismos provocando el levantamiento de los pueblos del Valais, cosa que era muy fácil porque tambien ellos estaban irritados contra Guichard, pues suponian que sin autorizacion ajustó una alianza con el duque de Saboya y llevó fuera del territorio las gentes de guerra cuando ningun peligro corria la independencia nacional. Acusábanle ademas de que no pagó á la tropa que le habia acompañado á Italia cerca del emperador; se le suponia menospreciador de las antiguas libertades, y finalmente se decia que trataba de reducir á servidumbre la poblacion entera y que la familia de los Raron era tanto mas temible en cuanto uno de sus miembros era entonces obispo de Sion.

Los habitantes de Brigg se pusieron á la cabeza del movimiento, y como segun el testimonio de uno de los historiadores modernos habia en el Valais una antigua costumbre en virtud de la cual el pueblo se desembarazaba de los ciudadanos peligrosos y enemigos del bien público, se recurrió á ella en las presentes circunstancias. Algunos hombres cogieron un tronco muy grande, le dieron toscamente la figu-

ra de hombre y le circuyeron de zarzas y espinas, suponiendo que en ese estado representaba la justicia oprimida. Todo lo que por medio de símbolos ó imágenes habla á los sentidos produce grande efecto en los hombres cuya civilizacion no está todavía adelantada, y por esto apenas estuvo colocada en la plaza pública aquella figura humana que en la lengua del pais se llama *Matzé*, cuando todo el pueblo se agrupó en torno de ella. Uno de los espectadores mas atrevido que los otros declara que se encarga de ser el intérprete del oráculo, lo coge, y al momento los espectadores dirigiéndose á la imágen de madera y cual si pudiese contestarles le preguntan. ¿Matzé, por qué estás aquí? ¿Matzé, por qué estás tan triste? Como se supone Matzé no contestaba y entonces otros le dijeron: Matzé, nosotros te socorrerémos pero nos has de decir contra quién: ¿Temes á Sillinen, ó estás irritado contra Asperling ó contra Hennegarten? (asi se llamaban entonces los hombres mas poderosos en el Valais). ¿Te han ofendido acaso esos señores? Matzé continuaba inmóvil, en cuya vista alguno de los presentes nombró al capitan general Raron, y el hombre que tenia en brazos la efigie la inclinó para que hiciese un gesto de aprobacion, gesto que fue la señal de la revuelta. Transportaron entonces á Matzé de pueblo en pueblo gritando que se habia constituido el acusador de Raron, de sus partidarios y de su sobrino el obispo de Sion. Ademas de esto en un dia determinado ataron la fatal efigie á todas las casas en que se juzgaba que habia adictos del señor de Raron y esas casas fueron saqueadas.

Ese acontecimiento que en semejante época debia reputarse por comun, tuvo consecuencias bastante graves. Guichard de Raron no pudiendo defenderse se escapó, sin embargo de que la conducta que como ciudadano habia observado en vez de hacerle objeto del odio público debia granjearle la estimacion de sus compatricios. Merced á él se hicieron muchas mejoras para la salubridad de Sion, y

los mercados de aquella ciudad habian sido para él objeto de muy especiales cuidados. No era un hombre malo, segun afirma Mr. de Golbery, pero habia manifestado grande menosprecio por la grosería de los habitantes del Valais y demasiada predileccion por las costumbres de Saboya, y este era sin duda su único delito. A pesar de esto la poblacion entera exasperada contra el señor Raron destruyó de arriba abajo su castillo de Sierres y tambien una fortaleza situada en Loueche que pertenecia al obispo. Entonces el antiguo baile del Valais imploró la proteccion del duque de Saboya, mientras por la parte contraria los habitantes de Uri y Underwald se unieron con los valesanos y firmaron con ellos un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y los valesanos se comprometieron á ausiliarlos con todos sus jóvenes para hacer otra conquista en el valle de Assola. Mientras tanto el duque de Saboya hizo marchar tropas al mando de Amadeo de Challant á quien se encargó que se apoderase del fuerte de Majorie, del castillo de Tourbillon y de Gerstenberg en la comarca del Sane, y Raron despues de convocar á sus mas adictos servidores se estableció en Sion contando ademas con los amigos que defendian á Beauregard. A pesar de todo este antiguo castillo fue reducido á cenizas y el duque de Saboya espantado al ver la efervescencia que produjo en el Valais la llegada de sus tropas las hizo retirar á toda prisa. En semejante apuro el señor de Raron fue á Berna, arengó al consejo recordándole la altura de que habia caido, habló de las vicisitudes de la fortuna de que tambien podia ser víctima aquella ciudad ilustre, ensalzó la generosidad que convenia á la república, y últimamente manifestó que de toda su pasada grandeza nada le quedaba; y que lo único que aun podia salvarle era ser ciudadano de Berna. Su discurso conmovió á toda la asamblea, de manera que los congregados de Berna se declararon en favor de Raron.

Entre tanto los pastores de Couches en el alto Valais die-

ron otra prueba del odio que tenian á su antiguo baile que habia reclamado los ausilios de un estrangero escitando á la Saboya á que conquistara el valle de Assola. «A los hom»bres libres, decian, corresponde darse mutuos ausilios, y »á despecho de los berneses es preciso conquistar para los »cantones y para el alto Valais el pais que la naturaleza ha »puesto cerca del suyo.» Entonces los hombres de Couches ofrecieron cooperar enérgicamente y se empeñaron en que Uri y Underwald consintiesen en protegerlos contra Berna por el lado de Grimsel. Estas proposiciones fueron oidas con mucho contento no solo en Uri y en Underwald sino tambien en Lucerna. Juraron esos pueblos un tratado de eterna alianza, declarando sin embargo que las dificultades que pudiesen suscitarse entre el Valais y Berna se sujetarian al arbitramiento de los confederados, á fin de evitar toda efusion de sangre. Concluido apenas este tratado de alianza las banderas de Underwald, de Uri, de Lucerna, de Zurich y de Schwitz atravesaron el monte San Gotardo y las de Couches aparecian ya por el Altbrun; Domo d'Ossola cayó en poder de los confederados que ponen en fuga al célebre conde de Carmagnola, el cual defendia aquel valle en nombre de los duques de Saboya y de Milan. Un guerrero de Underwald cogió el estandarte de Saboya, lo llevó á la iglesia de su pueblo, las tropas de Zurich y de Schwitz terminaron la conquista á consecuencia de la brillante victoria alcanzada cerca del valle de Divredo, y finalmente los valesanos impidieron el paso á las tropas que el duque de Saboya enviaba como ausiliares.

De lo dicho resulta que la sublevacion hecha sin mas motivo que ir contra el señor de Raron amenazaba producir una guerra civil en Suiza, mucho mas cuando el emperador mandó á la ciudad de Berna que abrazase la causa de Raron. Los berneses comenzaron las hostilidades apoderándose de algunas mercancías que eran de los valesanos y que estaban reunidas en Fructingen y debian atravesar el Gem-

mi. A semejante nueva Brigg, Naters y Viege corrieron á las armas é imitando el ejemplo de Couches firmaron un tratado de alianza. Al punto fue sitiada Sion y se recobraron de los berneses las mercancías que se habian llevado. En un instante se conmovió la confederacion entera y hubieron de temerse los funestos resultados de una guerra civil; pero se celebraron dietas, hubo conferencias, y los que se habian apoderado de Sion la devolvieron. Convocada en Oberhassli una nueva asamblea, se presentaron en ella el antiguo baile del Valais y sus principales adversarios sin que pudiesen ponerse de acuerdo en ningun punto: y aunque mas tarde hubo conferencias en las márgenes del lago de Brientz tampoco fue posible venir á un concierto. Entonces Raron cuya paciencia se habia ya acabado, penetrando en el Valais lo pasó todo á sangre y fuego y los berneses enviaron diputados á Underwald y á Uri advirtiéndoles que iba á estallar una guerra general; mas ellos sin espantarse contestaron que veinte años antes de contarlos en el número de sus confederados hicieron un tratado de alianza con Lucerna y que habian prometido á esta ciudad combatir contra Raron.

A fin de terminar la crisis nombraron árbitros en los cantones que no tenian interes alguno en la cuestion, y los árbitros se reunieron en Zurich en donde á despecho de la elocuencia del arzobispo Andres administrador de Sion y despues de oir á Raron cuyas palabras tambien esta vez produjeron mucho efecto, dieron la culpa á los valesanos, puesto que determinaron que ante todo el antiguo baile seria puesto en posesion de sus bienes y que se le indemnizarian las pérdidas sufridas, sin perjuicio de determinar despues acerca de los cargos que se le hacian. Condenados legalmente los enemigos del señor de Raron apelaron á la violencia y al pillage, y penetrando en el Oberhassli arrebataron muchos ganados, mientras que cinco mil berneses atravesaban los desfiladeros del Sanetsch de donde rechazaron á los valesanos. Otra vez se apeló á las negociaciones con-

viniendo en que se estaria á lo que los árbitros resolviesen, pero no pudo conciliarse cosa alguna. Convencidos los berneses de que solo la fuerza era capaz de terminar la cuestion de un modo decisivo, partieron en número de trece mil hombres, entre los cuales estaban los contingentes de Soleure, Fribourg, Bienne y Neufchatel, con unos trescientos hombres de Schwitz. Por el otoño entraron esas fuerzas en el territorio de Couches, mientras que los contingentes de Sanen y Gruyere parecieron en las inmediaciones de Sierre punto inferior de la comarca. Las gentes de Uri, de Underwald y de Lucerna, estremecidas con la idea de una guerra civil, permanecieron neutrales.

Ya los berneses habian llevado el hierro y el fuego á una multitud de pueblos del territorio de Couches é iban á apoderarse de Ulrichen cuando un simple pastor rehizo el ánimo de sus compatricios que comenzaba á desalentarse. Llamábase ese hombre Tomas Inder Bunt, pero mas comunmente se le dió el nombre de Tomas Brantschen. A la vista del enemigo que se acercaba á Ulrichen, cual impulsado por una santa inspiracion esclamó: «Valesanos, ¿en qué »habeis venido á parar? ¿No sois acaso los descendientes »de aquellos bravos que en este mismo lugar hicieron en »otro tiempo morder el polvo á los guerreros del duque »Zoehringen? Seguidme, compatricios; bañe estos campos la »sangre de nuestros enemigos y sepamos morir por la pa»tria y por la libertad.» Cubierto con una piel de oso este héroe improvisado al punto tiene á sus órdenes cuatrocientos compatricios, lánzase á su cabeza contra los berneses y hace tales prodigios de valor que los valesanos movidos por su ejemplo consternan á los numerosos enemigos que tienen al frente y los berneses vacilan. Segun la tradicion aquel intrépido pastor mató por sí mismo cuarenta enemigos; mas sin embargo iba á ser sufocado por la multitud de ellos cuando acudió á su ausilio Jaime Munichow seguido de cuatrocientos hombres que se alzaron al toque de soma-

ten. Empéñase un nuevo combate en que Tomas y sus compatricios despliegan nueva energía, todos se baten con el valor de la desesperacion y por último se aterrorizan los berneses, que hubieran sido esterminados á no presentarse en su ausilio los guerreros de Schwitz. Los valesanos ó por mejor decir sus restos marcharon en retirada pero sin sufrir pérdidas porque nadie se atrevió á perseguirlos. Su intrépido gefe Tomas Branstchen encontró á un tiempo la muerte y el triunfo, y los berneses, calculando por este combate la resistencia que encontrarian, renunciaron á ir mas adelante. Las demas tropas fueron rechazadas por los valientes del territorio de Sion; de suerte que al dia siguiente no quedó en el Valais ningun enemigo, cuya retirada fue por otra parte muy azarosa, en términos que la retaguardia de los invasores estuvo muy á pique de ser degollada. «En nuestros dias, dice Mr. de Golbery, se ven entre Ulrichen y Munster dos cruces de madera en una de las cuales se lee: *En este sitio perdieron los berneses una batalla en 29 de setiembre de* 1419. La otra recuerda un hecho de armas de dos siglos mas de fecha y es la batalla en que fue vencido Bertoldo de Zoehringen en la época en que pretendia que fuesen reconocidos sus derechos á la *abogacía* de Sion.»

Esta guerra tan corta y tan gloriosa para los valesanos no terminó sin embargo en favor suyo, porque despues de negociaciones y conferencias en Zug y en Evian de Saboya restituyeron al señor de Raron sus dominios y derechos señoriales, le pagaron ademas diez mil florines de perjuicios é intereses, satisfacieron una suma igual á los ciudadanos de Berna para indemnizarles de los gastos de la guerra, y por último dieron cuatro mil florines al cabildo de Sion. Aunque este tratado concluido despues de dos victorias parece probar que no eran ciertos todos los cargos hechos al señor de Raron, los historiadores suizos se le han mostrado contrarios. «Semejantes hombres, dice Juan Muller, quizás podian hacer legítima la costumbre de un ostracismo

»que no comprendiese la confiscacion de las propiedades; »un pueblo no deberia verse obligado á sufrirlos en su se»no.» Enrique Zschokke despues de referir la guerra del Valais que hemos descrito se esplica de esta manera en órden á Raron: «Este señor murió lejos de su patria porque en su »nombre habia caido una mancha indeleble y no podia vi»vir en un pueblo cuyo amor no supo conciliarse.» Mr. de Golbery que no debia tener prevenciones en pro ni en contra lo ha juzgado á nuestro parecer con mucha imparcialidad. «Guichard de Raron, dice, recobró todos sus domi»nios, vivió todavía diez y ocho años y murió lejos de su »patria. Nunca se rehizo su poder porque ni su noble»za, ni sus riquezas, ni sus alianzas, ni sus prendas ca»ballerescas pudieron granjearle el solo bien que le faltaba »y que es el mas necesario de todos, á saber, el amor del »pueblo.» Nos parece que aun en caso de que los valesanos hubiesen tenido razon en el fondo, los escesos que cometieron en presencia de los árbitros que les eran adictos debieran bastar para hacerlos dignos de la condena que en definitiva recayó contra ellos; porque á los pueblos lo mismo que á los particulares les está prohibido hacerse la justicia por sí mismos. Si en nuestra historia nos hemos detenido en las cuestiones que mediaron entre el señor de Raron y los valesanos, no tanto es porque aquellos sucesos lo reclamasen imperiosamente como porque de ellos emana esta gran leccion moral.

Los confederados atendida su posicion no podian permanecer estraños á las grandes agitaciones de Europa: por lo mismo se mezclaron en las guerras de los husistas. En la Helvecia se habia predicado una cruzada contra estos sectarios que so pretesto de reformar las costumbres cometian los mayores escesos. En 1421 los suizos se trasladaron á la dieta de Nuremberg y dieron sus contingentes en dos distintas veces, pero sin hacer mas que presenciar dos derrotas. Por tercera vez se convocó á los diputados para la ciu-

dad de Nuremberg, pero los confederados alegaron su pobreza para esquivar los peligros y los gastos de semejantes espediciones, á pesar de lo cual Zurich condescendió en enviar doscientos alabarderos. Desde aquel momento los confederados se mantuvieron estraños á todos los acontecimientos militares á que hubo lugar con motivo de la guerra contra los husistas; mas atendidas las costumbres de aquel tiempo era imposible que viviesen en paz durante muchos años, y aun cuando lo hubiesen querido eran para ello un grande obstáculo sus relaciones de vecindad con el duque de Milan. Nuestros lectores recuerdan todavía que los intrépidos helvecios se habian hecho dueños del valle de Levantina y conquistado á Bellinzona, por lo cual Felipe Visconti estaba sumamente inquieto juzgando que los confederados podrian en lo sucesivo hacer invasiones en Italia. Los condes de Sax en calidad de conciudadanos de Underwald y de Uri ocupaban en nombre de estos la ciudad de Bellinzona que era la llave del Piamonte, pero el duque de Milan Felipe Visconti se aprovechó del matrimonio de la hija de Juan de Saxe con Lotario Rusca para que Agnolo della Pérgola que era uno de sus generales sorprendiese á Bellinzona, como lo hizo logrando tambien que Domo d'Ossola y todo el valle de Levantina quedasen otra vez sujetos al duque de Milan.

Los guerreros de Uri y de Underwald se dirigieron hácia Giornico á esperar la contestacion de sus confederados, los cuales les dijeron que los acompañarian hasta Platifer que está en el centro del valle de Levantina, pero que no se consideraban obligados á cooperar con ellos al recobro de Bellinzona de la cual no hacian mencion los tratados, y que en todo caso era preciso que antes les proporcionasen víveres á precio módico. Esto en último análisis era rechazar abiertamente las proposiciones, y las gentes de Underwald y de Uri lo comprendieron tan bien que se retiraron. Es un hecho muy notable y mentado por todos los historiadores

que desde la conquista de Argovia no reinaba entre los confederados la misma concordia que anteriormente; asi fue que en la dieta convocada en Lucerna en 24 de junio de 1422 los diputados de Uri y de Underwald se quejaron de sus aliados por haber falseado el verdadero sentido de los convenios, manifestando ademas que era muy importante para la independencia de Suiza no estar circunscrita detras del monte de San Gotardo, siendo por lo contrario muy urgente que su dominio penetrase en las llanuras de Lombardía y que estuviesen en su poder los desfiladeros. Este raciocinio fundado en el interes general hizo tanta impresion en los miembros de la dieta, que esceptuando á Berna, todos los demas cantones se prepararon para la guerra. Ulrico Walker avoyer de Lucerna llevó sus guerreros en siete barcos, y en el lago se encontraron con el abanderado Pedro Kolin y su hijo que mandaban á las gentes de Zug; los de Oberwald vinieron del golfo de Alpanach; las gentes de Underwald se embarcaron en Stanzstadt; los de Zurich enviaron cuatrocientos arqueros que debian preceder á sus tropas: los pueblos de Veggi y de Versau no quisieron quedarse atras y presentaron un considerable número de combatientes, y los guerreros de Uri con banderas desplegadas aguardaban en Fluclen á todos esos valientes.

Venida la hora de la marcha los aliados despues de remontar el Reuss llegaron al monte de San Gotardo en número de tres mil combatientes repartidos en cuatro divisiones, y la retaguardia la formaban los soldados que venian por los desfiladeros ó que acudian por el lago. Diez mil caballos y diez y ocho mil infantes, que eran las mejores tropas de Felipe Visconti, se adelantaban por el lago Maggiore y por el monte Cenere mandadas por el célebre Carmagnola. Los suizos confiando en su valor y en sus antiguas victorias invadieron sin hallar el menor obstáculo el valle de Levantina; mas por una parte habian dispuesto mal las cosas, y agriados por otra con el recuerdo de la Argovia esta-

ban entre sí poco conformes. Schwitz que era el primer cuerpo de la retaguardia se hallaba á una jornada de distancia del grueso del ejército y se detuvo en Pollagio en donde debia reunirse con Glaris. Como quiera que sea los confederados sin estar todos reunidos atravesaron el Mœsa, pero en el instante en que menos lo aguardaban la caballería de Carmagnola les quitó los bagages y los víveres, y este reves obligó á los suizos á combatir cuanto antes les fuese posible. El dia 30 de junio de 1422 estaban en los campos de Arbedo bajo los muros de Bellinzona y tomaron las disposiciones siguientes. El contingente de Lucerna estaba en la primera fila de batalla; Underwald y Uri ocuparon el centro; Zug se apoyaba en la montaña; los guerreros de Glaris y de Schwitz aceleraban el paso á fin de reunirse con sus aliados; los valientes de Appenzel, de Zurich y de San Galo precipitaban asimismo la marcha porque no todos aun habian bajado el San Gotardo. Por lo comun no reinaba entre los confederados aquella armonía en el conjunto que en las operaciones militares contribuye tan eficazmente á la victoria; el avoyer de Lucerna que era su general en gefe trastornado con la pérdida de los bagages parecia incapaz de dar órdenes precisas, por cuya razon cada uno procuraba por sí, y seiscientos combatientes dejaron el campo de batalla para ir á buscar víveres. Conociendo Carmagnola el poco órden que allí reinaba lanzó al instante su caballería dividida en tres cuerpos y tras ella la infantería con órden de estrechar al enemigo por todas partes y de socorrer á los cuerpos que flaqueasen. Los suizos que tantas veces habian puesto en fuga á la caballería de los nobles adversarios suyos recibieron con serenidad é intrepidez las cargas de los caballeros milaneses. Detiénense estos al ver que no se trata de luchar con enemigos comunes, puesto que los confederados procuran con mucho empeño herir á los caballos con lo cual el caballero se viene á tierra y está perdido. Hubo un momento en que el abanderado de Lu-

cerna temiendo perder la bandera la dobló, puso los pies encima de ella y continuó batiéndose como un leon, y su ejemplo inflamó á los lucerneses de tal modo que se apoderaron de la bandera de Milan. Carmagnola entonces manda á su caballería que se retire y la reemplaza con la infantería, la cual coge por el flanco á los valientes helvéticos que procuran retirarse á una altura que ya el enemigo ocupa. Los suizos estrechan filas, y sin embargo de que no son mas que tres mil hacen impotentes los esfuerzos de veinte y cuatro mil italianos tenidos por los mejores soldados de la península. Aunque la muerte iba diezmando ese puñado de héroes, seguian combatiendo con la desesperacion misma. El lendamann de Uri Juan Rot es muerto; Enrique Puntiner de Brunberg á quien se ha confiado la bandera del mismo canton la suelta de la mano porque acaba de recibir el golpe mortal. Pedro Kolin abanderado de Zug cae sobre la bandera; su hijo la coge y la agita pero es muerto tambien, y antes de exhalar el último suspiro se cubre con esa gloriosa enseña que está empapada en sangre de su padre y en la suya. Juan Landwing, amigo de esos héroes, coge la bandera y la hace ondear sobre los restos de las tropas de Zug. Esa heroica bandera fue conservada durante cuatro siglos en la familia de Kolin á cuyos individuos en todo ese tiempo nombraron abanderados, sin mas escepcion que el nombramiento de un miembro de la familia de Landwing.

El combate que tuvo principio á las nueve de la mañana no se habia terminado aun á las cinco de la tarde; mas en ese momento resonaron grandes gritos dados por seiscientos suizos que venian á marchas forzadas; pero como los puentes habian sido cortados y el Mœsa salia de madre no pudieron llegar á tiempo de dar el golpe decisivo. A despecho de esto y de que Carmagnola contaba con fuerzas muy superiores tocó retirada y el campo de batalla quedó por los suizos que fueron reputados por vencedores. Su posicion sin embargo era espantosa, porque amontonados unos

encima de otros no tenian lugar siquiera para menearse y ademas los incomodaban mucho las alabardas que por tener clavos en los mangos se agarraban á los vestidos. En semejante apuro decayó el valor de algunos hombres, de manera que el avoyer de Lucerna clavó la alabarda en tierra para invocar la misericordia de los milaneses, y este ejemplo fue imitado por algunos otros, pero rechazado con horror por la grande mayoría de los confederados. Su furor era tal que el primero que pronunció la terrible palabra de rendicion fue asesinado por los que cerca tenia.

Esta memorable jornada conocida con el nombre de batalla de Arbedo dió nueva gloria á los suizos; mas la pérdida que en ella sufrieron fue enorme, sobre todo habida razon de la época. En efecto quedaron en el campo cuatrocientos de ellos y los italianos perdieron tres veces tantos. Con esta pérdida los confederados carecieron de la fuerza necesaria para hacerse dueños de Bellinzona, y cual acontece siempre en las empresas que tienen mal éxito se vituperaban mutuamente procurando cada uno echar la culpa al otro para justificarse á sí mismo. Declamaban contra los hombres del contingente de Schwitz porque se habian detenido una noche en Pollagio; mas los guerreros de Schwitz sostenian que era muy fácil esperarlos y que la precipitacion de sus aliados era la única causa de aquel desastre. No tardaron en reconocer cuán inútiles eran semejantes recriminaciones, y dejándolas á un lado dieron diferentes veces la vuelta á las murallas de Bellinzona provocando á Carmagnola á otra batalla; mas el célebre guerrero no quiso arriesgar su reputacion otra vez. Los confederados se dirigieron en seguida hacia Domo d'Ossola y despues se retiraron sin que nadie osase perseguirlos y quedando en su poder el valle de Levantina. Llegó á Lucerna la nueva de que la mayor parte de sus guerreros habian muerto: de manera que al irse necesitaron siete grandes barcos y hoy bastaban dos, segun se decia, para traer los restos de aquellos valientes. Los

magistrados temiendo las consecuencias de la primera impresion prohibieron que nadie estuviese en el puerto ni en las calles en el momento del desembarco, y fue preciso obedecer. Las mugeres, los ancianos y los niños subieron á lo alto de las casas y vieron llegar los barcos que su ternura esperaba con tanta impaciencia. Desde lejos se descubrió la bandera que estaba rasgada por todas partes, y era tan grande el duelo que no se hizo flotar la de Milan, notable trofeo de la batalla de Arbedo.

Al primer dolor sucedió un sentimiento de indignacion general contra el avoyer de Lucerna á quien se hizo pasar como autor único del grande desastre: de modo que hubo un momento en que el pueblo amenazó con hacerse justicia. Deseosos de prevenir semejante crímen los miembros del consejo formaron causa al avoyer, y despues de tres meses pronunciaron la sentencia que le deshonró, sin imponerle no obstante pena alguna. Declaró el consejo que si Ulrico Walker avoyer de Lucerna no habia dado pruebas de valor ni de pericia en la espedicion tampoco habia tenido nunca pensamientos reprensibles, por lo cual no merecia ningun castigo; y que en todo caso los verdaderos culpables eran los que habian elegido á semejante hombre para ponerlo á la cabeza de una ciudad que en otro tiempo fue dirigida por el ilustre Pedro Gundoldingen, y el negocio no tuvo mas consecuencias. Es preciso recordar que por una parte los confederados quedaron vencedores y que por otra eran dueños del valle de Levantina en que habian dejado guarnicion: quiere decir que el honor nacional no estaba comprometido y esto esplica la lentitud con que pensaron en tomar venganza del duque de Milan, puesto que transcurrieron tres años antes que se pusieran de nuevo en movimiento. Verdad es que al menos en apariencia se trataba del interes particular de Uri y de Underwald, y no debe tampoco olvidarse que uno de los inconvenientes de los gobiernos federativos es la duracion de las deliberaciones en

que todos los hombres toman parte y manifiestan opiniones distintas que es difícil conciliar. Sin embargo Zug y Glaris se decidieron en favor de Uri y Underwald, y al cabo de tres años arrastraron á su dictámen, segun hemos dicho, á todos los demas cantones, esceptuando á Berna. Cuatro mil quinientos guerreros pasaron el San Bernardo, y despues de haberse presentado ante los muros de Bellinzona declararon que esta ciudad era inespugnable y se volvieron por partidas sin haber siquiera combatido. La causa de este triste final era que la mayor parte de los confederados se mezclaron en la espedicion mas por condescendencia que por gusto, puesto que en esa época habia una repugnancia universal á las guerras transalpinas.

Tal era el estado de las cosas cuando Petermann Rysig guerrero de Schwitz resolvió castigar al duque de Milan, y aunque no era mas que un simple ciudadano no tuvo necesidad de que se le confiriese mando alguno porque el valor de que habia dado pruebas en muchas ocasiones le hizo notable aun entre los mismos suizos. Apenas cundió la voz de que iba á ponerse á la cabeza de una espedicion cuando muchos valientes solicitaron servir á sus órdenes, y fijados el dia y el punto de la marcha, en 15 de setiembre de 1424 quinientos hombres se dirigieron sobre Domo d'Ossola. Aterrorizados los milaneses emprendieron la fuga, y aunque su duque Felipe Visconti reunió cuantas tropas pudo no estaba seguro de ellas porque ya no las mandaba Carmagnola. Dueño de Ossola Petermann Rysig el duque le intima que se retire prometiéndole que defenderá su marcha hasta las fronteras de la Helvecia; pero el intrépido guerrero le contesta que una guarnicion suiza nunca cede á simples palabras. El duque de Milan hace levantar horcas á fin de que Rysig y sus compañeros comprendan la suerte que los aguarda; mas nada de esto les impone. Circulando por los cantones la noticia de la heroica espedicion de Rysig, el amor propio nacional se sintió halagado; mas cuando se supo que aquel

intrépido guerrero estaba recluso con los suyos dentro de Bellinzona no hubo quien no comprendiese que debiendo resistir á todas las tropas del duque de Milan tarde ó temprano sucumbiria. Los mas respetables magistrados de Schwitz fueron como mensageros al consejo de Berna para manifestarle que ochenta y seis años atras sus guerreros habian acudido al ausilio de los berneses delante de Laupen, y ese recuerdo conmovió á la gloriosa ciudad que corrió á las armas, confió su bandera á Ita Hezel de Lindenach y el mando de las tropas al avoyer Rodolfo Hoffmeister, que tenia á sus órdenes á Ulrico de Erlach y á Nicolas de Gigenstein. Cinco mil combatientes atravesaron el Thun, Unterseen, Brientz, el Oberhassli y el Valais. Estaban ya en marcha para pasar el San Gotardo los contingentes de Schwitz y de Uri con los guerreros de Lucerna y de Underwald, Zurich envió mil seiscientos, el Toggenbourg aprontó mil, el obispado de Coire setecientos, y acudieron tambien al llamiento general Soleure, Appenzel y los pastores del alto Valais; de suerte que vinieron á reunirse veinte y dos mil confederados.

Convencido anticipadamente el duque de Milan de que sus tropas serian derrotadas fundó todas sus esperanzas en los recursos de la diplomacia, y los acontecimientos justificaron la exactitud de sus cálculos. En efecto mil cien milaneses situados en una altura probaron á detener á los suizos haciendo rodar sobre ellos trozos de peñas, mas los confederados tomaron la posicion y en seguida otra mas formidable, con lo cual se derramó el terror en el ducado, y Felipe Visconti dió amplios poderes á su chambelan Zoppo para que fuese á negociar con el enemigo, y como prenda para el buen éxito le autorizó para que dispusiera ampliamente de sus tesoros. Zoppo con todas las apariencias de honradez y de franqueza era hombre muy astuto y el negociador que convenia para engañar á los confederados. Al momento convino en que el valle de Ossola fuese para

siempre de los suizos, y este modo de obrar tan pronto y sencillo le granjeó el afecto y la confianza de los confederados que era cuanto él deseaba, y en seguida les dió oro hasta deslumbrarlos é insensiblemente supo derramar entre ellos la semilla de intestinas divisiones. Con estos preparativos consiguió ajustar por separado la paz con Lucerna, Uri y Underwald, y por medio de relaciones bien combinadas triunfó de la resistencia del Oberwald. Despues de estos alicientes supo arrancar de los confederados una completa renuncia no solo del valle de Ossola sino tambien de Bellinzona y del valle de Levantina, recibiendo en compensacion, segun dice Mr. de Golbery, doscientos treinta y un mil florines, suma que reducen á solo treinta y un mil en sus respectivas historias de la Suiza Zschokke y J. D. Dubouchet.

Cualquiera que sea la cantidad recibida siempre resulta que habia desaparecido el antiguo desinteres de los suizos, y cuanto mas adelantemos en el relato de los sucesos tantas mas pruebas de ello encontrarémos. Justo es decir sin embargo que en el convenio hecho por Zoppo los confederados granjearon algunas ventajas mercantiles, pues se rebajaron los derechos en favor de los negociantes de los cantones, y ademas se convino en que se conservarian en buen estado las carreteras, que se permitiria el paso por ellas á hombres armados mientras no fuesen mas de setenta y tuvieran por objeto ir á guerrear á otra parte: de modo que, segun dice un historiador moderno, aquello fue una paz de comerciantes y nó de soldados. Zschokke no encuentra términos bastante acres para vituperar semejante convenio. «Los confederados, dice, dieron la vuelta á sus casas »cargados de ignoble botin, triste compensacion de la sangre »derramada en las llanuras de Arbedo y de los laureles que »la victoria reservaba al valeroso Rysig cuando la traicion »le detuvo en mitad de sus triunfos. Preciso es decir que el »oro y las intrigas del estrangero en todos tiempos han sido »mas funestos á los suizos que sus armas.» A esto debemos

añadir que si los suizos cedieron al cebo del oro, por otro lado no manifestaron grande sagacidad, puesto que en el año 1424 en que concluyeron ese tratado el duque de Milan habia perdido Bérgamo, Verceil y otras plazas, de suerte que los helvéticos podian haber sido mucho mas exigentes; pero el chambelan Zoppo sacando provecho de su codicia supo burlarlos, á bien que en materia de negociaciones la ventaja debiera naturalmente estar á favor del antiguo diplomático italiano. Veinte y cuatro años habian transcurrido desde que los confederados poseian en comun el pais que acababan de vender de un modo tan tonto é ignominioso.

Mientras que los confederados se cubrian de oprobio, los montañeses de la Rhetia ofrecian un magnífico espectáculo en ese mismo año de 1424 en que nació la liga de los grisones que fue jurada bajo un tilo cerca del pueblo de Trun. Desde el tiempo del dominio de los francos los habitantes de la Rhetia habian sido constantemente tributarios y siervos del obispo de Coire, de los abades de Dissentis y de Pheffen y de una multitud de señores eclesiásticos, de condes, barones y gentiles-hombres. Cierto que la ciudad de Coire gozaba muchos privilegios, mas nó por eso era menos pesado el yugo del obispo; los habitantes de la campiña tenian que sufrir las continuas guerras que se hacia la nobleza del pais, y los intervalos de paz eran igualmente funestos gracias al dominio de sus crueles y codiciosos señores. A la par que la Suiza tuvo la Rhetia sus Landenberg y sus Gessler, mas tampoco les faltó su Guillermo Tell. Entre los castillos fuertes los que derramaban el terror desde mas lejos eran los de Bærenbourg y de Fardun, cuyo gobernador se portaba con una tiranía que se hizo proverbial. Entre los hechos que conservan la tradicion y las crónicas se cita la insolencia del comandante de Bærenbourg que obligaba á los labriegos á comer con los cerdos, y la iniquidad del comandante de Fardun que enviaba á pastar sus ganados á los campos de trigo que eran la esperanza de los labrado-

res. El enérgico Juan Chialderaire ó Chaldar á impulsos de una cólera legítima mató dos caballos del gobernador que le estaban comiendo las mieses, y habiendo sido preso sin duda lo mataran á no rescatarlo la familia á fuerza de dinero. En medio del alto y fértil valle de Egandine descollaba el castillo de Gardowal cuyo castellano era asimismo objeto de universal terror. Enamorado de la hija de Adam Camogasch que habitaba en un pueblo inmediato al castillo exigió que este desventurado padre le llevase la muchacha á quien locamente amaba.

Camogasch finge acceder á esta demanda infame, pero antes comunica á sus compatricios el horror de su posicion y todos convienen en que el dia siguiente llevará su hija al señor de Gardowal adornada con todas sus galas para mejor engañarlo. Parte Adam hácia el castillo en compañía de su hija, y sus generosos cómplices se ponen en emboscada á sus alrededores. El castellano que de lejos habia visto al padre y á la hija sale del castillo feudal para ir á recibirlos; y al estar cerca de ellos Adam saca la espada y se la sumerge en el pecho. Acuden los amigos de Camogasch y despues de degollar la guarnicion pegan fuego al castillo.

En cuanto al señor de Fardun vino tambien la hora de su castigo. Entra un dia en la cabaña de Juan Chaldar cuando este comia con su familia, y aunque todos los comensales se levantaron para saludarle respetuosamente él escupe en el manjar destinado á la comida de todos. Indignado Chaldar coge por la garganta al insolente caballero le zambulle la cabeza en la vasija en que los manjares estaban todavía hirviendo, lo ahoga entre las manos, sale de la cabaña, arenga á sus compatricios, se sublevan é incendian los castillos de Fardun y de Bærenbourg. Aquella comarca habia tenido mucho que sufrir durante largo tiempo y los principales habitantes de esos pueblos se reunieron en el bosque de Truns á fin de deliberar lo que harian. Habia en la asamblea venerables ancianos con luenga barba blanca y jóvenes

llenos de resolucion y de ardimiento cuya empresa apoyaba Pedro de Pontaningen abad de Dissentis que solo deseaba ver mejorada la suerte de aquellos infelices. Decidióse por fin que se formaria una liga, y los rhetios de las montañas y los de las fuentes del Rhin se pusieron de acuerdo y eligieron los hombres mas notables de entre ellos, quienes fueron á verse con los señores para decirles que querian libertades y franquicias. Cuando se supo que el abad de Dissentis estaba á favor de la liga la opinion de los principales nobles se adhirió á la suya, y segun lo hemos dicho en 15 de marzo de 1424 juraron todos á la sombra de un gran tilo el pacto siguiente.

«Sin distincion de personas y para siempre somos amigos »y aliados: nuestros cuerpos, bienes, tierras y soldados es»tan á nuestra mutua disposicion; nos ausiliarémos con el »consejo y con las armas; disfrutarémos recíprocamente el »derecho de compra y venta; velarémos por la seguridad »de las carreteras y mantendrémos la paz. Nadie podrá ha»cerse justicia por sí mismo ni atentar á la libertad ni á la »propiedad agenas; sino que deberán atenerse á la decision »del tribunal por quien pueda ser juzgado el reo segun el »derecho y el uso. Serán respetadas las personas y los bie»nes de los nobles y pecheros, de los ricos y de los pobres. »Juremos todos que cuando mueran los abades de Dissentis »no se pondrá impedimento alguno en la eleccion que ha»gan los religiosos y no se atentará á sus derechos, rentas, »libertades, sino que serán protegidas. Si hubiese cuestio»nes demasiado graves de que no pudiesen entender los »jueces ordinarios, el abad nombrará tres árbitros, otros »tantos los barones de Ræsuns, el mismo número los con»des de Saxe, el Rheinwald dos, y Flins otros dos. Segun la »importancia del asunto estos árbitros podrán nombrarse »adjuntos; y si los medios suaves no produjesen ningun »efecto la liga obligará á cumplir la sentencia á los que se »resistan.»

Resolvióse tambien que se reunirian en asamblea general en Truns; que la alianza se renovaria cada diez años, que duraria lo mismo que la de los valles y de las montañas, y que nadie podria entrar en ella sin el consentimiento de todos. El abad de Dissentis hizo una reserva relativa á su alianza con Uri, Schwitz y Underwald; los barones de Rhæsus y los condes de Saxe declararon tambien que no se hacia novedad alguna con respecto á las obligaciones contraidas por ellos con respecto á los servicios que recíprocamente se debian. Esta confederacion de los montañeses y alemanes tomó el nombre de *Liga superior*, á causa de su posicion geográfica, y mas adelante ha comunicado á las tres uniones rhetias el nombre de Liga de los Grisones; bien porque en tiempos remotos se llamasen Grises las mas elevadas cumbres de los Alpes, bien porque esos pueblos solian vestirse de color gris. Otras veces se manifestó en la historia de la Rhetia ese espíritu de confederacion, ó de liga, pues ya en el año 1396 los vasallos del obispo de Coire con acuerdo de este ajustaron con los nobles un tratado que fue base de la liga de la *Casa de Dios*, ó sea *Liga Caddea*. Y á pesar de esto transcurrieron muchos años antes que los confederados de la *Casa de Dios* gozasen la libertad de que disfrutó desde luego el alta Rhetia.

En el corazon de ese pais los condes de Toggenbourg poseian inmensos dominios. Al morir Federico que era el postrer conde de esa ilustre familia, y que no dejó hijos legítimos, hubo fundados temores de que esa pingüe herencia diera ocasion á muchas guerras; y los habitantes del distrito de la Rhetia que dependió de la casa de Toggenbourg, conocieron la necesidad de unir sus intereses. Partiendo de este principio convocaron un consejo general al que asistieron los diputados de Davos, de Klosters, Kastels, Schiersch, y Serwis, de la jurisdiccion canonical de Schiersch, de Malans, Mayenfeld, Belfort, Churwalden y del Schalfik interior y esterior. La resolucion de los diputados fue

conforme con lo que las circunstancias exigian. «Puesto »que, dijeron, la muerte del conde de Toggenbourg ha ro»to los vínculos que nos unian á esa casa, imitemos á nues»tros hermanos de la casa de Dios y del alta Rhetia, uná»monos por medio de una liga indisoluble; no atentemos á »los derechos de nadie, y sepamos defender los nuestros. »Desafiemos por la salvacion comun los riesgos de la muer»te. Convengamos en que ninguno pueda citar á otro ciu»dadano ante un juez estrangero, ni ajustar un tratado con »otras gentes sin autorizacion de todos nosotros. Cuando »haya sido elegido el heredero del conde de Toggenbourg »no sufrirémos que disuelva la alianza que vamos á jurar »ahora.» Tales fueron las bases de aquella confederacion á que se dió el nombre de liga de las *Diez jurisdicciones* y que completó el sistema federativo de la Rhetia. Esa liga fue sancionada con un juramento solemne el viernes inmediato al dia de Corpus del año 1436. Desde entonces comenzó á darse á la Rhetia el nombre de pais de las Ligas, y mas comunmente el de ligas Grises, y los habitantes en general tomaron el de Grisones. Aunque es cierto que la muerte de Federico, último conde de Toggenbourg fue provechosa á los habitantes de la Rhetia, tuvo consecuencias muy deplorables para los confederados entre los cuales sembró la guerra; y asi es como la Rhetia se mezcló en la historia de la Suiza, por cuya razon ha sido necesario dar noticia de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella, puesto que tanto influyeron en los confederados de la Helvecia. Antes de entrar en el relato de los disturbios que produjo la muerte del conde de Toggenbourg preciso es contar en pocas palabras las hostilidades entre los appenzeles y el sucesor de Cuno en la abadía de San Galo, y por lo mismo vamos á retroceder un poco.

Nuestros lectores han visto que para conquistar la libertad desplegaron los appenzeles un valor ilimitado, sin embargo de lo cual devolvieron á Cuno algunos de sus dere-

chos, esto es, continuaron pagándole varias contribuciones. Cuando murió Cuno creyeron aquellos intrépidos montañeses que quedaban de todo punto emancipados, y sorprendiéndoles que el nuevo abad de San Galo entablara pretensiones, no vacilaron en manifestarle su descontento. «Casi siempre, dice Juan Muller, los hombres mas intratables viven como los appenzeles en territorio montañoso, abierto por el lado de septentrion, y la aspereza de aquellos climas da mayor sanidad y mas vigor al cuerpo humano. Si alguno lo duda que luche con Antonio Brun y con Claus Tysler de l'Enlibuch, ó bien que mida sus fuerzas con el robusto Baschi de Graiss en el canton de Appenzel, que detiene por las crines un caballo á galope, y que atándole las manos á la espalda abre las puertas con la cabeza; *nec unus pluribus impar*.» El abad de San Galo á quien lo sucedido con su antecesor hizo comprender la intrepidez de los appenzeles se guardó muy bien de apelar á las armas, limitándose á pedir á los confederados que fuesen sus árbitros; proposicion que no podian menos de aceptar las gentes de Appenzel. A este objeto fueron elegidos catorce confederados, todos los cuales habian recibido grandes pruebas de confianza por parte de sus conciudadanos y eran respetados por sus conocimientos y virtudes. Lejos de precipitarse reflexionaron estas gentes con mucha madurez acerca de los puntos que se controvertian, y despues de oir á las partes durante seis meses, indicaron que estaban próximos á fallar la causa. Los diputados de Appenzel á impulsos de su desconfianza no se proveyeron de poderes, y á pesar de que los confederados reunidos en Hundwyl hicieron los mayores esfuerzos para que los appenzeles viniesen á un arreglo, se limitaron á decir que Dios y sus brazos les habian dado la libertad. Hiciéronles entender entonces que se diferiria el pronunciar la sentencia, mas como esta prudente lentitud no bastó para traerlos á partido, el dia 26 de mayo de 1421 los árbitros declararon que

la liga de Appenzel y los tratados hechos por ella eran varios, fijaron en 25 marcos de plata redimibles con seiscientos cincuenta los tributos y cargas debidos al imperio y que ahora debian pagarse al abad; reservaron los derechos del emperador y del imperio; evaluaron algunos otros derechos, hicieron reglamentos para el destino que debia darse al diezmo, y finalmente respetaron las propiedades particulares del abad.

Aunque este fallo dictado por el amor á la justicia no satisfizo enteramente al abad de San Galo, resignóse no obstante; mas nó asi los appenzeles que como quienes aspiraban á una emancipacion absoluta declararon que no se sujetarian á semejante sentencia. Acudió el abad al papa, al emperador, al obispo de Constanza y á los mismos confederados, pero nada bastó para doblegar la terquedad de los appenzeles, á quienes tampoco impuso la amenaza que de abandonarlos les hicieron los de Zurich. En tal estado se hallaban las cosas cuando en 1425 el obispo de Constanza en nombre del papa Martin V escomulgó á esos montañeses rehacios, se prohibió decir misa, celebrar matrimonios y administrar la estrema-uncion y hasta ausiliar á los moribundos, y ademas se vedó á los otros cristianos que conservasen con ellos relacion de ninguna clase. El anatema del papa que en esa época helaba de terror á todos los cristianos no conturbó la conciencia de los appenzeles, quienes espulsaron á los eclesiásticos que se negaban á desempeñar su ministerio, daban muerte al que obedecia las órdenes recibidas de sus superiores, y sufrian terribles amenazas los que se parapetaban en una neutralidad prudente. De creer era que la privacion de relaciones con sus vecinos haria que blandeasen, mas lejos de esto se mantuvieron tercos diciendo que no cederian en tanto que Dios dejase crecer la yerba y mientras tuviesen rebaños, lana y leche.

No contentos con estas medidas, apenas sabian que un noble ó ùn labriego censuraban su comportamiento, cuando

arrojándose sobre sus haciendas las saqueaban, y volvian á las montañas cargados de botin jactándose de que en el último apuro su patria seria su cementerio. Finalmente obligaron al abad de San Galo á buscar un asilo en el *bosque negro*, y el mismo obispo de Constanza hubo de sufrir las terribles consecuencias de su vengativo carácter. Tan criminal conducta tarde ó temprano debia sublevar en contra esos pastores poderosos enemigos, y mas cuando habian admitido en su liga á algunos súbditos del conde Federico de Toggenbourg, é intervinieron en sus querellas. Adelantóse Federico á la cabeza de mil quinientos hombres para castigar á los appenzeles, y llegó cerca de Magdenau mientras otro ejército siguiendo las montañas del sur de Appenzel atravesó el Gambs-sax, marchando por el Gais que está al pie del monte Gaebris. El conde de Toggenbourg, segun observa Mr. de Golberg, queria enconar el ánimo de su enemigo haciendo recorrer su territorio por dos ejércitos, con la esperanza de que atacando con el uno y con el otro los appenzeles dividirian sus fuerzas. Aun no habia reunido Federico todas sus tropas; y si bien es verdad que las que se hallaban en el Rheinthal, al saber que las gentes de Appenzel se adelantaban hácia el conde, que estaba en Herisau, se dirigieron inmediatamente hácia ese punto, los soldados de Federico encontraron á los appenzeles en Stoess, se empeñó la batalla, y las tropas de Toggenbourg fueron vencidas.

A semejante nueva Federico mandó á sus capitanes que apresurasen la marcha, y como á sus fuerzas se habia reunido el contingente de Zurich, llegó á la llanura de Gassan á una legua de Herisau, y al mismo tiempo dirigió un ataque simulado contra Urnæschen, juzgando que con esto interceptaria el camino y que en caso de que los montañeses hubiesen llegado ya á las inmediaciones de Herisau los obligaria á retroceder para cubrir el pais. Entre las probabilidades de esta combinacion contaba la posibilidad de

sorprender á Appenzel; pero los montañeses estaban sobre el aviso y defendian todas las entradas de su pais. Las gentes de Handwyl y de Urnæschel bastaron para dispersar al enemigo, y entonces con el objeto de obligar á los appenzeles á que peleasen en la llanura, Federico entregó á las llamas el pueblo de Gassau. Este incendio fue el botafuego, pues los guerreros jóvenes de Herisau salvan los atrincheramientos y embisten al enemigo que huye pero que habia dispuesto una emboscada. En efecto, apenas la gente de Herisau hubo llegado al confin del bosque, cuando es atacada por Federico que tenia á sus órdenes muchas tropas; y en tales circunstancias, ninguno de esos imprudentes soldados pidió la vida y ochenta de ellos murieron con las armas en la mano; á pesar de lo cual se salvó la bandera, y por otra parte el bosque estuvo tan bien defendido que á Federico le fue preciso volverse á San Galo. Tres dias despues el mismo Federico hizo una nueva invasion por Bernang y Hoheneck, en cuyo lance los appenzeles perdieron bastante gente, defendiendo sin embargo la entrada del pais con un valor que coronó sus esfuerzos. El conde de Toggenbourg que en esa corta campaña habia sufrido pérdidas considerables, fue á establecerse en el convento de Magdenau, y por una estrañeza peculiar de la época y del país Federico que reinaba sobre muchos vasallos era ciudadano de Zurich y de Schwitz, cuyas ciudades estuvieron abiertamente en favor suyo y le proporcionaron voluntarios, de modo que era de temer una guerra general en toda la Suiza.

Intervinieron los confederados y se ajustó una tregua de quince dias, durante la cual debia negociarse la paz en Beekenried. Los habitantes de Uri y de Underwald abrazaron con fervor la causa de los appenzeles, mientras que por otra parte el rigor de la estacion hacia la guerra imposible, y era preciso ahora ó combatir de nuevo ó firmar un tratado de paz. Las conferencias tuvieron lugar en la primavera

del año 1429, y á los diputados que habian ido en nombre de los suizos se añadieron los negociadores elegidos por las ciudades de Bâle, Schaffhouse, San Galo, Constanza y Ulm. Acordes entre sí estos enviados declararon que era preciso estar por la sentencia pronunciada años atras por los catorce árbitros; y como el tiempo tiene el privilegio de calmar las pasiones y de hacer que los hombres conozcan sus verdaderos intereses, los appenzeles comprendieron lo que les convenia y se sujetaron á que se ejecutase la sentencia que les habia puesto las armas en la mano, granjeando con ello algunas modificaciones en aquel fallo. En resúmen pagaron al abad de San Galo los atrasos que le debian, y en recompensa esto hizo alzar á sus costas la escomunion lanzada contra los appenzeles; abriéronse las iglesias y fueron absueltos á solicitud suya los que habian asesinado eclesiásticos. Desde entonces el abad de San Galo vivió con sus vecinos en tan buena inteligencia que alcanzó del emperador en favor de ellos el derecho de administrarles justicia. Aquella guerra cuyas consecuencias fueron poco desastrosas hubiera podido turbar la paz general, y aunque esto se evitó, los confederados manifestaron poco saber relativamente á las cuestiones á que dió lugar la muerte del mismo conde de Toggenbourg á quien acabamos de ver guerreando con los appenzeles. La diferencia en el proceder de los confederados consistió en la importancia de los intereses que esta vez se ventilaron.

Federico último conde de Toggenbourg poseia en la época de su muerte, acontecida en 30 de agosto de 1436, estensísimos dominios. En la márgen izquierda del Rhin era señor de los valles que forman el Toggenbourg; y ademas propietario de la marca de Tuken, de las señorías de Uznach, de Windech y Gaster, de los castillos de Nydberg, Freudenberg, Sargans y Wartan, tenia bajo su dominio el Rheintal; y finalmente contaba en la Thurgovia con grande número de vasallos y de tierras, y era dueño de las riberas

del lago de Constanza, Montfort, Feldkirch, Musinen, Walgau, de los bosques de Bregentz, Mayenfeld, y del castillo de Marschlin, situados á la otra parte del Rhin. Federico que no habia hecho ninguna disposicion testamentaria, y que ademas de las posesiones dichas era ciudadano de las ciudades de Zurich y Schwitz dejó viuda á su esposa la condesa Elisabeth, la cual creia ser la única heredera; mas presentóse un número considerable de parientes colaterales alegando sus derechos, mientras que las ciudades de Zurich y Schwitz deducian los suyos fundados en que el conde murió sin hijos y era conciudadano suyo. En tal apuro Elisabeth atrajo desde luego á su partido á Zurich, haciéndole donacion de Uznach y su territorio y de la aldea de Schemirekon dependencia del canton de San Galo. Al saber los habitantes de Schwitz esta nueva, se dispertaron en su pecho los zelos; pues es preciso no olvidar que despues de la conquista de la Argovia el espíritu de localidad habia sustituido al espíritu federativo. Desgraciadamente para la Suiza esparcian por do quiera el terror y la discordia dos hombres devorados por la ambicion, que eran Rodolfo Stussi, burgomaestre de Zurich, é Ital Reding, landammann de Schwitz. Stussi que habia logrado insinuarse en el ánimo de la condesa Elisabeth y dirigirla á su antojo, fue á recibir, en nombre de sus conciudadanos, el juramento de fidelidad de sus súbditos de Uznach, los cuales se resistieron á ello diciendo que ante todo era preciso deliberar si la condesa podia disponer de ellos. El burgomaestre de Zurich les contestó encendido en cólera: «¿No sabeis que vosotros, vuestra ciudad, vuestra patria, vuestras fortunas y hasta vuestros corazones nos pertenecen?» A cuyas palabras dieron ellos la respuesta de: *Lo verémos.*

El burgomaestre de Schwitz, Ital Reding, obró por su parte, y muchos parientes de Federico pidieron á la viuda de este que en lo sucesivo dejase de regir los dominios de su esposa, y por bajo mano escitaron á los vasallos del

conde del alto y del bajo Toggenbourg, y á los habitantes de las riberas de la ciudad de Linth, á que hiciesen reclamaciones, para cuyo objeto mandaron mensageros á los magistrados de Schwitz. «El conde Federico nuestro señor, »les decian, ha dispuesto para asegurar el porvenir de su »querido pueblo, que despues de su muerte encontrásemos »ayuda y proteccion en vosotros; recibid pues nuestros ju»ramentos é incorporadnos en vuestra república.» Zurich entonces ofreció el derecho de ciudadanía á los habitantes del territorio de Windeck; mas todo aquel distrito estaba á favor de la casa de Austria que tenia el derecho de rescate como que el precio de este estaba ya preparado. Deseosa la ciudad de Zurich de obligar á las gentes de Schwitz á que abrazasen decididamente un partido, reclamó su intervencion pues ya desde mucho antes su conducta le era sospechosa. El landamman Ital Reding procuró desde el principio ir ganando tiempo; por lo mismo mandó contestar que ese asunto tomaba un aspecto muy serio para que dejase de discutirse en una asamblea general y que él publicaria mas tarde lo que acerca de eso se resolviera. Empero no se convocó la asamblea y por lo tanto no hubo de dar contestacion alguna. Por entonces el duque de Austria entró en posesion, mediante rescate, del condado de Sargans, de Trendenberg, Nydberg, Windech y Wesen, y los habitantes del campo de este pais firmaron bien pronto un tratado de conciudadanía con Schwitz.

Considerándose los habitantes de Zurich burlados reclamaron Unzach, que como ellos decian habíase convertido en propiedad suya desde el momento en que se la cedió Elisabeth; mas los magistrados de Schwitz enviaron tropas contra ellos, y poco despues esta ciudad propuso á los de Zurich sujetarse al fallo de árbitros; y para procurarse un apoyo llamaron á los de Glaris á la corregencia del pais. Finalmente el duque de Austria rechazó las pretensiones de Zurich sobre Windeck; y dió despues á su canciller Schlik

los feudos que por línea de varon procedian de la herencia de Federico de Toggenbourg y que segun su parecer no podian volver á su viuda. Pasamos en silencio una infinidad de pormenores que recargarian inútilmente nuestra narracion para decir que Zurich, Schwitz y Glaris corrieron á las armas. Berna, Lucerna, Underwald y Zug enviaron diputados á Zurich invitándola á retirar sus tropas y á admitir su mediacion. Estos mismos diputados se trasladaron luego á Schwitz y á Glaris y decidieron á estos á someterse al fallo que pronunciaria una dieta convocada en Bade. Esta dieta no produjo sin embargo ningun resultado; y mientras las cosas estaban asi suspensas habíanse ya roto las hostilidades y las tropas de Gaster se apoderaron de Wesen y cogieron dos barcos de Zurich. Convocóse por último en Lucerna otra asamblea general, á tiempo que una ciega animosidad hizo que rompieran las dos ciudades que estaban ya en contestaciones. Zurich se resistió á hacer ninguna concesion; por una parte Enrique, señor de Werdenberg acababa de firmar una alianza con Schwitz relativa á todas sus señorías, y por otra los afectos al partido de los de Zurich desplegaban en su favor una actividad pasmosa, mientras que Glaris con el objeto de contener estos preparativos dirigió trescientos hombres á Quarten. Entonces fue tanta la acrimonia á que llegaron los debates en la asamblea de Lucerna, que en adelante los negocios se hubieron de tratar por escrito. Efectivamente, Stussi no temió decir á las gentes de Schwitz: «Esperais reportar la victoria sobre Zurich á los »ojos de los confederados de Zug. Muy cierto es que en Bel»linzona reparasteis vuestras faltas; Kolin y Puntiner serian »buenos testigos de ello si Carmagnola no les hubiese dado »muerte con cuatrocientos de sus valientes. Lucerna os de»be estar tambien reconocida porque vosotros le aborras»teis los gastos de transporte, pues en dos buques llegaron »los guerreros que ocupaban siete á su partida.» Despues de un maduro exámen los árbitros pronunciaron la senten-

cia contra la cual se plañió Zurich altamente. Mientras tanto inundaron la campiña y destruyeron la cosecha incesantes lluvias. Las dos ciudades enemigas, Zurich y Schwitz, se prohibieron la recíproca entrada en sus mercados, lo que no dejó de acrecer su mutuo encono: mas intervinieron los confederados y Berna convirtióse en centro de las nuevas negociaciones. Todos los historiadores estan acordes con Zschokke en que Schwitz se sometió á lo propuesto al paso que Zurich se negó á ello. Esta ciudad acusaba á los cantones de parciales, echándoles en cara el haber dejado ocupar Uznach sin embargo de la formal donacion que de esta ciudad habia hecho á Zurich la condesa de Toggenbourg, y el no haber mencionado á Gaster ni á Windeck aunque Schwitz hubiese tomado, con desprecio de las reflexiones de los confederados, posesion de este pais antes de fallarse la causa, dando otra prueba mas del violento carácter que los habitantes de ese canton tenian ya acreditado.

Stussi esclamó que los de Zurich apelarian en adelante á la fuerza y que el resolver la cuestion debia encomendarse á la espada. Sin embargo, antes de entrar en campaña, dirigió una carta á los habitantes de Schwitz, á los cuales no daba siquiera el título de confederados, y en ella los empeñaba á que se atuviesen al juicio del gefe del imperio de quien unos y otros dependian. La contestacion de Schwitz fue la siguiente: «El derecho imperial podrá ser bueno, pero no es á este al que los confederados han jurado someterse.» A pesar de esto Schwitz añadió que Zurich era todavía libre de elegir este ó el otro magistrado por árbitro, pero Stussi que habia metido sus conciudadanos en esa senda tan peligrosa les hizo declarar la guerra aquella noche misma, y en el instante se dirigieron hácia el Alta-Marca. Las tropas de los dos cantones que iban á comenzar una contienda civil llegaron cerca del monte Etzel; los guerreros de Schwitz se mantuvieron en las alturas y los de Zurich mandados por Stussi se encaminaron hácia el pueblo

de Pfæffykon; pero sus avenidas estaban tan bien guardadas que hubieron de volver atras. En el mismo momento llegaron los diputados de Uri y de Underwald diciendo que bien pronto se verian flotar sus estandartes, y rogaron á Ital Reding que hiciese el último esfuerzo para conseguir la paz y evitar á su pais el dolor de ver sangre de suizos derramada por mano de suizos. Bien pronto llegó un correo de Lucerna con una carta dictada por el mismo espíritu de paz, de manera que Reding vacilaba cuando oyó algunos tiros lejanos disparados por cien hombres de Zurich que haciendo una descubierta comenzaron la guerra y envueltos por sus enemigos perdieron la bandera. Resueltos á abrirse paso despues de haber perdido once hombres se salvaron viniendo á comunicar el terror de que ellos estaban poseidos á sus compatricios que en el acto emprendieron la retirada. Reding con los suyos se lanzó á la salida del bosque para interceptar el paso á los vencidos, mas á ruego de los aliados dirigióse otra vez á Etzel, mientras que Stussi enterado de aquel desastre, dejó el pais con sus compatricios.

Este descalabro suspendió las hostilidades que tampoco hubieran dejado continuar las incesantes lluvias y la nueva intervencion de los confederados. Uri y Underwald enviaron siete diputados, y Berna, Lucerna, Zug, Soleure, Appenzel, San Galo, Constanza, Winterthur, Bade, Schaffhouse, Rhinfeld, Fribourg, Bale y Strasbourg se hicieron representar en aquella asamblea por sus mejores magistrados porque la magnitud del riesgo y el temor general de que la confederacion llegase á su término hacian mas frecuentes las negociaciones y todos se creian salvados con solo conseguir una dilacion aunque esta fuese de pocas horas. A despecho de tantos esfuerzos, no pudo venirse al deseado acuerdo, y entonces Adam Riff que era uno de los diputados de Strasbourg habló con tanta energía que pudo hacer que firmasen una tregua de un año en virtud de la cual Zurich se comprometió á suministrar grano á Schwitz y á Gla-

ris, compromiso que en puridad era efecto forzoso de las circunstancias. No tardaron en cruzarse nuevas dificultades, y Zurich manifestó con mas empeño que nunca su deseo de implorar el arbitramiento del emperador, alegando que no podia contar con que los confederados le hiciesen imparcial justicia. Eso era destruir por su base la alianza que tanto valor y tantos sacrificios habia costado, é introducir al enemigo en la plaza; porque los príncipes de la casa de Austria no habian en el fondo de su corazon renunciado á la completa pérdida de la Helvecia, y por esto la discordia entre los confederados era para ellos de feliz agüero. Los cantones neutrales condenaron de comun acuerdo la conducta de Zurich, mas nó por esto se entibió su celo, de suerte que consiguieron mantener por muchos meses la tregua jurada.

Los cantones tenian entre sí relaciones continuas, que si no llevaban por norte la benevolencia, á cada hora daban lugar á resentimientos y quejas. Los de Zurich sujetos siempre al influjo de su burgomaestre Stussi manifestaban abiertamente su odio, y aunque segun antes hemos dicho se convino en que dejarian llevar víveres á las gentes de Schwitz y de Glaris, cuando llegaban provisiones á Rapperschwyl hacian jurar á los habitantes de esta ciudad que no enviarian ninguna á los dos cantones, á los cuales obstinadamente consideraban como sus mas acérrimos enemigos. Aquel resentimiento se iba aumentando con vejaciones, aunque de poca monta, diarias. Mas adelante llegaron hasta estorbar que se vendimiaran las viñas del landammann de Glaris; á impedir que se llevase pescado á la abadía de Einsiedlen y á negar el salario á las pobres viudas que habian segado los campos de Zurich y cuyos hijos perecian de hambre. Las gentes de Schwitz no se contuvieron mas, y diez hombres de cada canton determinaron en Lachen el plan de una próxima campaña é hicieron declarar la guerra á Zurich. El correo portador de esta nueva corrió graves riesgos

por haberse olvidado de atar sus credenciales á un estremo del baston, segun era uso constante.

Stussi sin pérdida de tiempo se dirigió á la cabeza de seis mil hombres hácia el monte Etzel de que encontró posesionados á los guerreros de Schwitz con los contingentes de Uri y de Underwald. Todo presagiaba que iba á trabarse una batalla sangrienta cuando los hombres de Zurich sobrecogidos de un terror súbito, en el corazon de la noche se precipitaron en sus barcos á fin de restituirse cuanto antes á su patria. Los guerreros de Schwitz y de Glaris, seguidos de sus ausiliares lo pasaron todo á fuego y sangre hasta los muros de Zurich, cuya ciudad estuvo luego en una consternacion inesplicable porque á un tiempo le declararon la guerra Lucerna, Berna y Zug. La reputacion de esos soldados estaba perdida, y todo el mundo decia: *Dios les ha quitado todo el valor*. Los enemigos de Zurich se iban aumentando en términos que ya no se hallaba en estado de resistirse, mucho menos cuando recibidas apenas las últimas declaraciones de guerra mil doscientos lucerneses invadieron el pais que se estiende desde el Albis al Reuss, los soldados enemigos cubrian las márgenes del lago, dos mil berneses amenazaban Allischwyl, Soleure acudió con sus milicias, y los nobles de la Argovia atravesaron el Aar para ir á tomar parte en la conflagracion universal. La ira de los de Zurich llegó á su colmo porque se los trataba cual si nunca hubiesen formado parte de la confederacion, ni debiesen jamas entrar en ella; su territorio era continuamente saqueado, todo lo robaban incluso las iglesias, y parecia que hubiesen resuelto no dejar piedra sobre piedra. Como en esa época no se aprovisionaba á los ejércitos sino que cada soldado debia procurarse la subsistencia, con este pretesto arrancaban á las familias las escasas provisiones que tenian. Zurich y sus aliados emprendieron algunas espediciones, mas el resultado no coronó sus esfuerzos y aquella ciudad llegada á tanta humillacion invocó la paz pidiendo

para árbitro al que gobernaba en Suabia en nombre del imperio, y reconociendo ademas el arbitramiento federal. Schwitz y Glaris reclamaron indemnizaciones ó al menos quedarse con los territorios que habian conquistado. De pronto se concluyó una tregua, y luego, esto es en 1440, los negociadores, miembros de la confederacion todos ellos, fijaron las condiciones reducidas á que Zurich cedia á Schwitz y á Glaris Pfæffikon, Wolran, Hurden y muchos otros territorios y varios derechos de mucha importancia, y á que Zurich renunciaria ademas todas las pretensiones que tuvo al Toggenbourg.

La guerra civil que habia estallado entre los suizos estaba atajada; mas acababa de darse un ejemplo fatal, y los confederados que no dejaron de hacer demasiadas concesiones al espíritu de localidad, conocieron que les podia ser muy ventajoso guerrearse mutuamente: atentado funesto hecho á la fraternal armonía que debiera reinar entre compatricios. Por otra parte Schwitz y Glaris engrandeciéndose á costa de Zurich , derramaron en esta ciudad el gérmen de un encono que debia estallar al ofrecerse una ocasion favorable para ello. Podemos afirmar de un modo absoluto que la sed de engrandecerse dominaba á los cantones y que cesaron las alianzas con los hombres libres que antes buscaban. A imitacion de los monarcas querian muchos de ellos tener súbditos á quienes imponer leyes; y en lugar de confederados que aumentaban su poderío contaban ahora con pueblos descontentos dispuestos siempre mas bien á combatirlos que á ser sus defensores. Por el año 1440, y despues de pacificado Zurich, los de Schwitz mejor aconsejados obtuvieron de los señores de Mæos la aldea de Merlischach; sin que para esto se acudiese á las armas, pues fue una compra sencilla, de modo que como no habia habido conquista las gentes de Schwitz tuvieron un aumento de aliados. En la misma época los guerreros de Uri hicieron una invasion en el valle de Levantina que abandonaron al duque

de Milan en virtud del tratado de 1426, en lo cual no hubo quebrantamiento de fe porque se habian hecho muchas injusticias á los habitantes de Uri, ya en Airolo ya en Bellinzona. Los suizos alcanzaron la victoria y el valle de Levantina y Bellinzona reconocieron sus leyes. Visconti pagó de pronto una indemnizacion de tres mil ducados, y ademas hubo de dejar á título de hipotecados territorios últimamente conquistados. De aqui resultó que todos los confederados alcanzaron derecho de hacer el comercio hasta las puertas de Milan; con lo cual el paso de San Gotardo tenia tanta mayor importancia en cuanto en todos los períodos de escasez Zurich cerraba su mercado á Uri, Schwitz, Underwald y Glaris. Muy ventajoso fue tambien para la confederacion tener el hermoso valle del Tesino, y cuya posesion le fue asegurada entonces para quince años y se le perpetuó en adelante.

Al firmar Zurich la paz con Schwitz no hizo mas que ceder al imperio de las circunstancias, y Stussi á despecho de las graves faltas á que impulsó á sus conciudadanos conservaba su confianza entera. Manejábalos á su antojo á fuer de activo y elocuente, y como su mas fervoroso deseo era vengarse y estaba dispuesto á sacrificarlo todo con tal de dar un golpe de muerte á sus enemigos, entrevió la posibilidad de verificarlo. Acababa de subir entonces al trono imperial Federico de Austria, nieto de aquel duque Leopoldo que perdió la vida en la batalla de Sempach; y apenas estuvo sentado en el solio cuando concibió el proyecto de recobrar lo que los suizos habian quitado á los príncipes de su familia. No estaba en el carácter de Federico hacer las cosas precipitadamente, pues á fuer de jóven tenia tiempo para todo; y como en sus planes se notaba una unidad nunca desmentida tenia inmensas ventajas sobre los confederados que despues de largos debates á duras penas sabian entenderse. Antes de poner manos á la obra hizo esplorar con mucho tino el ánimo de la nobleza y del pueblo de la Argo-

via, y sus insinuaciones fueron oidas tan propiciamente que los personages principales abrieron conferencias en Sursee y en Rheinfeld. Stussi decidió á sus compatricios á que se uniesen con el emperador, con cuyo objeto dirigieron un escrito á Guillermo de Bade de Hochenberg. En este documento bajo todos aspectos interesante comienzan por sentar que á diferencia de los demas confederados nunca han sido hostiles de corazon á la casa de Austria, y que entre ellos y los príncipes de aquella familia jamas habria mediado otra cosa que alguna falta de inteligencia. «En Morgarten, añaden, combatimos fielmente contra los suizos, cual en otro tiempo lo hicimos contra Ottocaire. Las disensiones civiles nos hicieron enemigos de Alberto y aliados de los suizos; pero nuestras manos no se mancharon con la sangre derramada en Sempach ni con la muerte de Leopoldo.» Finalmente en 1442 se firmó un tratado secreto en virtud del cual Zurich cedia Kibourg, esto es, casi la mitad de su territorio, y se fijaba la frontera en el Glatt, desde el lago de Greifensee hasta el Rhin esceptuando el peage de Kloten y la señoría de Andelfingen, que hasta nueva disposicion continuaban en poder de Zurich. El fuerte de Kibourg debia ser mandado por un noble del pais que eligiesen las mismas gentes de Zurich; en caso de enagenarse la señoría, en igualdad de precio la ciudad tendria el derecho de preferencia para adquirirla, y aunque el Austria podia rescatar otros territorios empeñados, en la eleccion de sus gobernadores seria la ciudad partícipe. Convínose por medio de un artículo secreto en que se restituiria el condado de Bade, y se rescataria el pais de Gaster que poseia Schwitz lo mismo que Uznach y Toggenbourg. Acordóse por último que Zurich estaria á la cabeza de una nueva confederacion protegida por el Austria y de la cual formarian parte Bregens, Constanza, Frauenfeld, San Galo, Appenzel, Schaffhouse, el conde de Monfort, el obispo de Coire, los grisones de la liga superior, Rheineck, las ciudades austríacas,

las ciudades forasteras, y al otro lado del Rhin Pludenz, Feldkirch y el bosque Negro.

Imposible era por cierto llevar mas lejos la demencia hija del odio, puesto que los de Zurich para ofender á sus confederados no vacilaron en perjudicarse á sí mismos; ceguedad funesta y de que tantos ejemplos nos presenta la historia. Fuerza es no obstante decir que la libertad política de la Suiza no era en esa época como lo ha sido despues un hecho incontrovertible, ya que en este punto nada fijo habia en el siglo xv, y asi es que los diputados de la Helvecia se presentaron á Federico ni mas ni menos que los grandes posesores de feudos del imperio á fin de que les confirmase sus privilegios. Con no poca inquietud observaron que sin cesar se iba retardando el dia de la audiencia que les estaba concedida, y cuando finalmente pudieron acercarse al emperador se les declaró que sus inmunidades serian reconocidas el dia en que ellos reconociesen los derechos de la casa de Austria y particularmente los que tenia sobre la Argovia. A pesar del misterio en que anduvo envuelta la conducta de Zurich se adivinaron ó por mejor decir se sospecharon sus intentos, y se tuvo por cierto que esa ciudad no habia hecho oposicion alguna á renovar la alianza. Mas cuando los diputados de la confederacion oyeron de boca del mismo emperador que muy luego se trasladaria á Zurich, crecieron mucho mas las inquietudes y las sospechas. Apenas los diputados se habian separado de Federico cuando se reunió una dieta en Lucerna y se mandó á Zurich que se presentase á fin de justificarse respecto á su alianza particular con el emperador; mas de repente intervinieron Guillermo de Grunenberg y Thuring de Hallwyl, y en nombre de Federico dijeron á los miembros de la asamblea: «Si poseeis la Argovia por el emperador devolvedla á »su dueño, y si la poseeis como conquista fue hecha duran»te la tregua de cincuenta años y debeis restituirla.» Los diputados contestaron que carecian de instrucciones acerca

de este punto, y que por otra parte los de Zurich no tenian representante en la dieta, de suerte que por entonces los debates no produjeron efecto alguno; pero los confederados acudieron á un espediente que puso á los de Zurich en una situacion múy resbaladiza, pues los obligaron á trasladarse con ellos á la Argovia á fin de que persuadieran á sus habitantes que se mantuviesen fieles. Muchas ciudades dejaron entrever su adhesion al imperio, mas no sucedió lo mismo con Zofingen en donde el avoyer Martin dijo á los diputados: «Nos felicitamos de que la voluntad de Dios nos »haya reunido á los confederados; sacrificarémos por ellos »nuestros bienes y nuestra vida, y serémos inmutables en »nuestra fidelidad á Berna nuestra soberana.»

Mientras tanto los habitantes de Zurich rogaron al emperador que viniese á su ciudad, en donde fue recibido en medio de entusiastas aclamaciones de *viva el Austria*. Convocados los vecinos en la iglesia principal prestaron juramento de fidelidad, se les leyó el tratado de alianza hecho entre la ciudad y Federico, y á fin de que ese pacto tuviera una sancion solemne, los habitantes juraron obtemperar sus disposiciones. El emperador despues de haber atravesado Soleure, Berna, Fribourg, Lausana y Ginebra fue á Constanza en donde le encontraron los diputados de la confederacion suiza. En nombre de todos habló Rodolfo de Erlach, en cuyo discurso fue notable el siguiente pasage: «Estamos »seguros de alcanzar lo que hasta ahora no nos ha negado »gefe alguno del imperio y lo que merecemos y merecerémos »en adelante por nuestra fidelidad en el cumplimiento de »nuestros deberes.» El obispo de Brixen contestó en nombre del emperador que no se negaria á su peticion; pero que como tambien el emperador tenia derechos que conservar, era preciso que las cosas volviesen al estado que tenian antes de la tregua de cincuenta años. Erlach dirigiendo la palabra á Federico replicó: «El emperador Alberto inmediato prede»cesor vuestro y de la casa de Austria, como vos, no opuso

»esta dificultad, sin embargo de que en su tiempo poseía-»mos la Argovia lo mismo que hoy.» Entonces se trabaron contestaciones muy enérgicas, y uno de los embajadores dijo en voz alta: «Niéguese el emperador si quiere á con-»firmar nuestros derechos, que nó por esto dejarémos de »juzgar á nuestros malhechores; esperamos á cualquiera »que ose atacarnos.»

Federico despues de embarcarse en el lago de Constanza fue á San Galo, cuya ciudad le prestó el mismo juramento que las ciudades imperiales; mas sin embargo nunca quiso formar parte de la nueva confederacion á cuya cabeza estaba Zurich. Como el objeto del emperador era dividir á los confederados, se pusieron por obra todos los medios imaginables á fin de encelar á los appenzeles contra las gentes de Schwitz que no habian querido ajustar con ellos una alianza desigual y en la que todas las cargas caian sobre estos; mas los intrépidos pastores contestaron que estaban empeñados con juramento y que no lo quebrantarian por ninguna consideracion del mundo. Mientras tanto Zurich cegada por el odio pedia con instancia una guarnicion austríaca: los confederados que tenian á esa ciudad por perjura esperando sin embargo atraerla al verdadero camino que lo mismo que á las otras era el que mas le convenia, le suplicaron que tomase parte en nuevas conferencias, pero sus habitantes sostuvieron que se habian visto obligados por la injusticia de sus compatricios á buscar la alianza de Federico. Mientras tanto el baron Thuring de Hallwyl, general del emperador, fue destinado á la guarnicion de Zurich, y sus habitantes despues de prestarle de nuevo juramento, trocaron la cruz blanca símbolo de reunion de los confederados, por la cruz roja insignia de la casa de Austria. Nada quedaba que desear: Zurich era en Suiza como la avanzada de los enemigos y todos corrian ya á las armas.

Ital Reding se presentó en la asamblea general reunida en Appenzel y leyó á los montañeses un nuevo tratado de

alianza en la cual Schwitz les concedia á fuer de aliados una igualdad completa, lo cual no dejaba de ser oportuno en la víspera de una guerra cuyos resultados no podian calcularse. Los appenzeles sin dejar de mostrarse agradecidos declararon que adoptarian una neutralidad absoluta; Gaster, Wesen y Windeck prometieron defender á Schwitz y á Glaris solo en el caso de que estos dos cantones fuesen atacados por la casa de Austria. Ibase acercando rápidamente el instante de romper las hostilidades, y Zurich no parecia temer cosa alguna. A los pocos dias de comenzada la guerra setecientos guerreros de Rapperschwyl desembarcaron en Freyenbach; mas Ital Reding que mandaba los contingentes de Schwitz, de Uri y de Underwald, sospechando que se le habia tendido un lazo para hacerle dejar las alturas y envolverlo despues con fuerzas superiores, destacó no mas que cien soldados para vigilar á los que habian desembarcado, á quienes se fueron acercando con mucha prudencia para poder en caso necesario reclamar refuerzos. Este corto número de combatientes se apoderó del pueblo de Freyenbach, pero hubieron de ceder á la multitud que los envolvia, y gracias á su valor consiguieron retirarse al cementerio desde donde haciendo una salida recobraron el pueblo y lo perdieron otra vez, y de nuevo se refugiaron en el cementerio, donde se trabó una encarnizada lucha. Por grandes que fuesen los esfuerzos de los soldados de Reding parecian estar perdidos cuando acudieron á su ausilio algunos guerreros de Pleffikon y de la montaña. Creyendo Alberto de Landenberg y el avoyer Steiner de Rapperschwyl que les amenazaban todas las fuerzas de Reding, se disponian ya á retirare cuando sus gentes se dispersaron para llegar cuanto antes á los buques que los habian traido, y en ese desórden Landenberg, el avoyer de Rapperschwyl y su hijo murieron mientras se esforzaban en detener á sus soldados.

Dos dias despues los contingentes de Lucerna, Uri y Un-

derwald consiguieron una victoria mas importante por sus efectos. El primero de ellos lo mandaba Petermann de Lutishofen; los soldados de Uri estaban á las órdenes de Juan Puntiner; capitaneaban los de Underwald Juan Muller y Mehri Zelger, y defendian las trincheras de Horgen inmediato á Hirzel quinientos hombres de Zurich. El ataque no podia comenzarse antes de darse aviso, mas Guillermo margrave de Bade, Thuring de Hallwyl y Stussi atravesaban con fuerzas considerables el Albis con la intencion, segun se decia, de dirigirse hácia Art y Morgarten y de entrarlo todo á fuego y sangre no bien los de Schwitz ocupasen la orilla del lago. A mitad del camino de Albis algunos batallones de Zurich y austríacos encamináronse á Zug, mientras que los otros marchaban á Hirzel. Stussi entregó á las llamas la aldea de Blikenstorf á tiempo que su vanguardia llegaba á Bar; y allí los de Zurich vieron á los soldados de los tres cantones, quienes obligándoles á volver las espaldas les dieron caza hasta el convento de Cappel, donde cesaron de perseguirlos. Stussi y el margrave Guillermo de Bade volvieron á tomar la posicion que ocupaban sobre el Albis, llevando consigo una parte de los soldados que habian mandado ir sobre Hirzel, pues que esta posicion podia defenderse por sí misma. Los confederados en número de cuatro mil la cercaron, y al ponerse el sol del dia 24 de mayo los soldados de Zurich protegidos por la muralla gritaron dirigiéndose á los confederados: «Buenas noches, malvados, buenas noches.» A semejantes palabras que reputaron por un ultrage rugieron de cólera los soldados de Lucerna, de Uri y de Underwald, y dispusiéronse á asaltar el atrincheramiento. Los gefes queriendo contener su furor hiciéronles presente que estaba próxima la noche y que ademas era prudente aguardar los refuerzos de Schwitz prevenidos ya de antemano y que estaban para llegar luego: á lo cual contestaron los soldados: «Nuestros queridos aliados de »Schwitz han hecho ya su deber y hoy mismo debemos nos-

»otros hacer el nuestro.» Comenzó luego el ataque, y á pesar de que los de Zurich tenian una posicion ventajosa, nada fue capaz de detener á los espugnadores, que si bien perdieron el avoyer de Lutishofen, Juan Muller y á Zelger landammann de Underwald y á muchos otros valientes, se sirvieron de sus amontonados cadáveres para subir al atrincheramiento. Entonces estuvieron perdidos los de Zurich que iban cayendo á los gritos de «*mueran, mueran, no hay cuartel.*»

Al dia siguiente el territorio de Zurich fue invadido; Stussi y el margrave Guillermo de Bade corrieron á defenderle, y aunque el baron Hallwyl general del imperio queria que en el acto se atacase al enemigo á quien la misma victoria habia enflaquecido, el margrave se opuso á ello por temor de otro descalabro. Mientras el domingo siguiente se estaba celebrando misa, los guerreros de Lucerna, Uri, Schwitz, Underwald, Zug y Glaris entraron en el pueblo de Horgen y lo pasaron todo á fuego y sangre para vengarse del incendio de Blikenstorf. Aunque esos montañeses eran piadosos, el furor los habia cegado de manera que invadieron la iglesia de Horgen, pisotearon el crucifijo y las hostias, é injuriaron á la Vírgen porque estaba tambien en las iglesias de Zurich. Cual si tantas profanaciones no bastaran, pegaron al sacerdote que estaba oficiando, y atentaron al pudor de las mugeres en el mismo santuario de Dios. En seguida derramaron la desolacion en las dos márgenes del lago de Zurich, en las bailías libres y en las montañas que sirven de confin á los cantones de Schwitz y de Zug: apoderáronse luego de Bremgarten, de Bade y de toda la comarca que hay entre el Reuss, el Limmath y el Rhin, y despues de una campaña de un mes volvieron á sus casas á guisa de triunfadores. Mientras tanto los cinco mil ausiliares austríacos encerrados en Zurich se estaban quietos esperando refuerzos que Federico no pudo enviarles, porque los turcos y los husistas inquietaban la Alemania y el ducado de Austria era víctima de disturbios. Despues de algunos

dias de reposo comenzaron los confederados otra campaña, y en 22 de julio de 1443 se dirigieron á Zurich mandados por Ital Reding y Jost-Tschudi. Algunos puestos avanzados que los de Zurich tenian huyeron apenas se acercó el enemigo, de manera que nada protegia ya á la ciudad que era blanco de un odio general; el adversario iba á presentarse ante sus murallas y Stussi verdadero causante de todos sus males, presidia el consejo en calidad de burgomaestre.

La poblacion entera toma las armas; la muchedumbre obstruye las calles, la gritería no deja oir la voz del gefe, corre el pueblo hácia las puertas de la ciudad, salen juntos los soldados imperiales y los ciudadanos, y el puente del Sil se cuaja de guerreros. A la cabeza de su caballería Juan de Rehberg sale al encuentro de los confederados, y despues de traer la noticia de que son seis mil decídese aguardar al enemigo y poner la infantería entre la ciudad y el rio. Los contingentes de Schwitz y de Glaris llegan los primeros y toman posicion al otro lado del pueblo de Reden en frente de la infantería de Zurich; mas sufren mucho, porque como solo estan protegidos por un foso no pueden evitar la mosquetería que va diezmando sus filas. Ital Reding dispone que el grueso de sus tropas se dirija hácia Wiedikon con el objeto de que siguiendo la montaña se coloque entre la ciudad y los que de ella han salido, cuidando él de conservar su posicion mientras se ejecuta esta maniobra. En seguida manda á muchos jóvenes que se pongan cruces rojas que constituyen el uniforme de Austria, y se apoyen en Friesenberg, con lo cual les tendrán por partidarios de Zurich, y en el momento en que la accion se empeñe derramarán el desórden en las filas del enemigo. El éxito coronó el plan de Ital Reding, pues los de Zurich impacientes por vengarse se niegan á permanecer al otro lado del Sil que les sirve de muralla, atraviesan este rio y se encuentran en los prados que hay entre el pueblo de Wiedikon y la antigua capilla de Santiago. Desde ese punto vieron á los confede-

rados que caminaban por la montaña, y juzgaron que tomaban la vuelta de Argovia, y si bien les causó alguna inquietud el descubrimiento de los doscientos hombres que segun hemos dicho debian tenderles un lazo, al discernir las cruces rojas pensaron que eran de la guarnicion de Uetlibourg.

Aun no estaban cerca de Wiedikon estos doscientos hombres cuando los confederados que sufrian el fuego de la caballería de Zurich y de la austríaca, comenzaron el combate y obligaron á ceder á los adversarios á quienes sorprendió ver su infantería al otro lado del Sil. De continuo iban llegando refuerzos de Zurich y la batalla se hacia cada vez mas encarnizada; pero los caballeros austríacos y sus amigos fueron puestos en fuga por las descargas de la mosquetería y se precipitaron hácia las puertas de la ciudad. Habiendo en aquel instante llegado cerca del puente doscientos hombres enviados por Ital Reding á fin de cortar la retirada gritaron: «*Huye, Zurich, huye! sálvese quien pueda.*» El desórden llega entonces á su colmo; todos se estrujan, se ahogan, pugnan por quién entrará el primero, y el puente es angosto para dar paso á tantos hombres. Stussi resuelto á detener á los suyos enarbola la maza de armas, y colocado en medio del puente, esclama: *Deteneos, ciudadanos, deteneos;* pero las oleadas de los fugitivos van llegando, y como el burgomaestre vió á uno de sus compatricios que huia le trató de cobarde. *Por las llagas del Redentor*, le responde este, *tú eres causa de todos estos males*, y al decir esto le da un lanzazo que le atraviesa el corazon, y Stussi cae muerto. Las gentes de Zurich, los austríacos y los confederados pasan por encima de su cuerpo, atraviesan el puente y penetran en el arrabal; no pueden entrar en la ciudad porque está alzado el puente levadizo, mas viendo los de dentro que sus compatricios son muertos sin osar defenderse, bajan el puente y entonces entran revueltos amigos y adversarios. Rodolfo Kung, natural de Glaris, arrebata la bandera de

Zurich despues de matar al que la llevaba, cunde por la ciudad la voz de que Stussi ha muerto, y ya no hay nadie que mande ni que obedezca. Finalmente una muger llamada Zieglerin, cuyo nombre merece ser conservado en la historia, alza el puente levadizo y salva la ciudad. Los confederados que habian entrado en corto número se retiran hácia la puerta para salvarse; Rodolfo Kung que quiere conservar para sus conciudadanos la bandera de Zurich que ha conquistado, se la arroja por entre la estacada á los suizos que no habian podido entrar y cae herido por cien espadas. Los habitantes de Zurich son testigos del saqueo del arrabal y del incendio de los pueblos circunvecinos; el cuerpo de Stussi sufre toda clase de ultrages, y las gentes de Glaris de donde era hijo hacen servir la grasa de sus intestinos para frotar las lanzas, las botas y los zapatos, en señal de desprecio colocan una pluma de pavo en las nalgas de aquel indefenso enemigo, y durante la noche cometen toda clase de escesos y de crímenes. *Hé aqui lo que son las guerras civiles*, esclama Juan de Muller en su inmortal historia.

Los confederados sitiaron sin fruto alguno á Rapperschwyl, entáblanse conferencias en Bade, los vencedores insisten en que Zurich anule su tratado con el gefe del imperio, y entre tanto el margrave que se quedó dentro de la ciudad invocaba ausilios estrangeros; mas como no habia buena fe por una ni por otra parte todo esto no produjo resultado alguno. Las desgracias exasperaron á los habitantes y dieron lugar á que se acusase de traidores á los ciudadanos mas beneméritos. Mientras tanto los diputados á quienes se encargó que fuesen á tratar de la paz volvieron para dar noticia al consejo de las proposiciones que los confederados les habian hecho. El burgomaestre les rogó que no saliesen de la posada en donde se hospedaron hasta que recibieran la contestacion del consejo, mas al presentarse en la casa de la ciudad para hacer su relato hacinóse allí la muchedumbre pidiendo que se los juzgase. Aquellos infeli-

ces fueron conducidos á la torre de Wellenberg y se les formó causa. Aunque la exasperacion pública era muy grande, convencida de su inocencia la mayoría quiso librarlos de la muerte, pero temiendo al mismo tiempo irritar al pueblo unos les condenaron á una multa, otros á una pena ligera, y aun hubo quien votó por su libertad. La circunstancia de tener enemigos entre sus mismos jueces hizo que estos se empeñaran en que se contasen los votos, y asi fue que preponderó el parecer de los que estaban por la muerte, y en su consecuencia Enrique Meisz, Juan Bluntschli y Ulmann Zoernli sufrieron la pena capital.

En 1440 los confederados entraron otra vez en campaña y pusieron sitio á Greifensee, plaza que pertenecia á Zurich y estaba defendida por setenta hombres intrépidos mandados por Juan de Breintenlandemberg, apellidado Wildhannes ó sea *Juan el Salvage*. Este hombre se resistió enérgicamente durante veinte y un dias, pero un labrador llamado Maller indicó á los confederados un punto en donde podia hacerse una mina; y si bien esta tentativa no produjo efecto, los sitiadores redoblando sus esfuerzos iban á ser dueños de la plaza, ó por mejor decir á reducirla á cenizas, cuando se entró en negociaciones para una capitulacion. Los confederados manifestaron pretensiones muy estrañas, diciendo á los de dentro que eran prisioneros suyos y que por lo mismo no estaban en el caso de tratar; pero Wildhannes les contestó que pegarian fuego al castillo y á todo lo que dentro estaba, y que se sepultarian bajo sus ruinas. En semejante apuro ajustaron un convenio verbal, porque los sitiadores veian que el incendio de la plaza les haria perder el botin que aguardaban, y los sitiados entre los cuales no habia ningun cura temian morir sin confesion: tal era el carácter de la época. Ital Reding que era el generalísimo se apoderó de la plaza é hizo llevar la guarnicion atada á los prados que se estienden entre Greifensee y Næenikon. Uno de los guerreros de Schwitz pidió que los degollaran;

Holzach capitan de los soldados de Menzingen salió en su defensa, y como Ital Reding le acusase de que era afecto á los enemigos le contestó: «Nadie es mas adicto que yo á la »causa que defendemos, mis consejos son hijos de mis ju»ramentos, y soy tan puro como tú y todos los tuyos juntos. »He dicho mi parecer segun me lo dictaba la conciencia; »Dios vengará la sangre inocente.» Por lo dicho se ve que poco se acordaban de que se habia firmado una capitulacion, y esto consistia en que Reding dando tormento á las palabras queria que significaran otra cosa y que dependiera de su albedrío la vida de los que guarnecieron la plaza. «Pues bien, dijo á Holzach, vivan los habitantes de la ciu»dad y los de Greifensee; pero que mueran Wildhannes y »los otros.» Muchos de los presentes esclamaron indignados: «*Hipócrita, bebe toda la sangre, ó sé humano.* Wildhannes entonces alzando la voz dijo: *Matadme á mí, matadme; pero los otros, ¿qué crímen han cometido?* Entonces hubo entre los confederados una discusion borrascosa, pero la mayoría resolvió que fuesen degollados todos los hombres de la guarnicion.

A semejante nueva Wildhannes se adelantó un poco y con voz fuerte dijo: *El Todopoderoso que todo lo sabe lo ha dispuesto asi y lo ve. Camaradas, yo moriré el primero pues no quiero que nadie piense que el que ha vivido y peleado con vosotros tiene algun pretesto ó alguna esperanza de separarse de vosotros en la última hora.* En seguida dirigiéndose al verdugo, asi le dijo: *Maese Pedro, haz tu deber.* En el acto cayó la cabeza de Wildhannes, y tras él perecieron Ulrico Kupferschmidt, y un mozo de la ciudad de Zurich. Muerto este el verdugo se detuvo porque acababan de pasar por sobre la cabeza de los miembros de la asamblea algunas palomas blancas, lo cual segun las ideas del siglo era una prueba de inocencia; pero Ital Reding dijo á maese Pedro: *Si tú no quieres hacer tu oficio no faltará quien lo haga contigo.* Espantado el verdugo siguió cortando cabezas, mas al llegar á la

décima esclamó: *Segun el derecho imperial el décimo hombre es mio y lo pongo á parte. Haz tu deber*, esclamó Reding, *y no hables tanto*. Cuando el ejecutor se vió rodeado de veinte cadáveres se paró otra vez; el gefe volvió á mandarle que siguiese, y él continuó á la luz de las antorchas que trajeron porque ya era noche. Al fin la ejecucion se terminó en la sexagésima víctima cuando ya Reding se habia marchado.

Despues de estos execrables asesinatos, los confederados sitiaron por segunda vez á Zurich á fin de apoderarse de ella antes que recibiese ausilios estrangeros. A la vista de los nuevos peligros que los amenazaban los habitantes sintieron rehacerse su valor, lo arrasaron todo á tiro de arcabuz, abrieron fosos y levantaron fuertes colocando artillería en ellos. El peligro comun ahogó los zelos y las rivalidades; confirióse la autoridad suprema á Guillermo de Bade, el mando de las tropas al caballero Juan de Rechberg, y la defensa de las murallas y de las torres se confió á seiscientos ciudadanos que eran diariamente relevados. Sesenta hombres resueltos y de estraordinaria fuerza física se comprometieron con juramento á presentarse en todos los puntos en que hubiese riesgo, y cual si debiesen estar á la cabeza del rebaño se los apellidó *machos de cabrío*. Las puertas de Zurich estaban abiertas, y para insultar mas á los confederados que eran montañeses procuraban remedar el mugido de la vaca é incesantemente gritaban *viva el Austria*. Veinte mil hombres sitiaban á Zurich, pero como nada entendian en materia de rendicion de plazas, durante sesenta dias no hicieron progreso alguno. Finalmente se consiguió que proporcionase socorros á la plaza el rey de Francia Cárlos VII, que como quien anhelaba por deshacerse de los últimos restos de las tropas levantadas por los Armagnachs, que por tanto tiempo le hicieron la guerra, y queria ademas dar ocupacion á su activo hijo Luis XI, le envió contra los confederados á la cabeza de cincuenta mil veteranos. Estos ausiliares hicieron concebir á la ciudad sitiada grandísimas

esperanzas. El primogénito del monarca frances anunció su llegada con una proclama en que decia que iba á castigar á los confederados á fuer de enemigos de todo poder que emanase de Dios; mas antes que refiramos los pormenores de la invasion francesa, tenemos que decir algo de los esfuerzos hechos en favor de Zurich por algunos nobles austríacos de la Argovia.

Tomas de Falkenstein, baron, ó segun otros conde del Buchsgau y del Sisgau, tenia un odio encarnizado á los de Berna, y su primer proyecto fue entregar esta ciudad á las llamas; mas como el plan no tuvo buen éxito probó un golpe de mano contra Broug, en donde los miembros de su familia tenian derecho de ciudadanía. Recorrió los lagos de aquella ciudad en la cual gozaba de grandísima consideracion, diciendo que despues de haber estado en Zurich iria á verse con el obispo de Bale á fin de ajustar la paz. En la noche del dia siguiente dispierta al portero de la torre que domina el puente del Aar y le dice: *Camarada ¿no conoces á Falkenstein? Aqui está monseñor el obispo de Bale que juntamente conmigo trae la paz; abre que llevamos prisa, pues hemos de ir al campo de los berneses.* El portero le deja pasar sin advertir que el compañero de Falkenstein no era el obispo de Bale sino Juan de Rechberg. Una multitud de soldados se escurren tras del conde engañando al portero con decirle los unos que eran diputados, los otros pages y los otros secretarios. A pesar de esto, el portero comienza á manifestar sus sospechas, y en seguida lo matan, otros caballeros entran en la ciudad cuya puerta quedó abierta; bien pronto son dueños de Broug cuatrocientos soldados; los ciudadanos quieren defenderse, pero son muertos; y los magistrados y los ciudadanos de mas valía son reclusos en lugar seguro. Álzanse en masa las gentes del campo para ausiliar á la ciudad que es entregada á las llamas, con cuya catástrofe iba á desaparecer la poblacion entera cuando un noble de Argovia estremecido con los gritos de las mugeres y de los

niños se retira con los suyos, entrega las llaves de la ciudad á una vieja que encuentra por el camino, manda en seguida que traigan los prisioneros, y al verlos reunidos les dice, cual si quisiera hacerlos morir: *¿No seria bueno segar aqui como en Greifensee?* Lograron distraerle de este crímen, y si bien es cierto que despues queria hacer ahorcar á los prisioneros en un bosque de encinas inmediato á Broug, á instancias de su amigo Juan de Rechberg los perdonó otra vez y los hizo encerrar en los calabozos de una torre, en donde todos hubieran muerto sin que nadie supiera de ellos á no haber logrado escaparse Burgi Kuffer, que llevó la noticia á su pais, con lo cual las mugeres de Broug fueron á comprar la libertad de sus maridos. Indignados los guerreros de Soleure y de Berna al saber la traicion del señor de Falkenstein, arruinaron de alto abajo sus dos castillos de Goesgen y de Farnsbourg.

En tales circunstancias absorvió toda la atencion de los confederados un acontecimiento de mas cuantía, que fue haber penetrado en la Suiza el delfin con sus tropas, y hallarse ya en la llanura de Munchenstein el conde de Sancerre sostenido por el mariscal Dammartin que estaba en Mutenz. Bale mandó su consejero Seevogel á los confederados para rogarles que acelerasen la marcha, á cuya invitacion echáronse á reir y Seevogel insistió diciendo: «Lo que »os digo es cierto; el enemigo está cerca, mas como yo no »soy tímido quiero quedarme con vosotros para que veais si »me falta valor.» Entonces todos los confederados manifestaron un ardimiento estraordinario y á porfía querian ir contra los franceses. Decídese que mil quinientos hombres hagan un reconocimiento hácia Prattel, que adquieran noticias ciertas de las fuerzas del adversario, que no empeñen ninguna batalla, y sobre todo que no pasen el Birse. En 26 de agosto de 1444 los confederados estuvieron cara á cara de los franceses que eran en número de ocho mil. Segun dice Zschokke los naturales rechazaron á los estrangeros que de

pronto se recogieron á sus atrincheramientos de Mutenz; pero lanzados de allí muy luego, pasaron á toda prisa el rio. Al testimonio de este escritor nacional justo es añadir el de Mr. de Golbery. «Los suizos, dice, pusieron en fuga »mas millares de hombres que centenares eran ellos, obli»garon á los franceses á pasar el rio, y desde las alturas »que ocupaban en las márgenes del Birse, veian el campo »lleno de cadáveres y Bale bien defendida. Por su parte, no »solo no sufrieron pérdidas sino que se apoderaron de ban»deras, vituallas y provisiones; y alentados con esta victo»ria fue imposible contenerlos.»

De aqui resulta que los confederados cometieron la imperdonable falta de atravesar á nado el Birse á pesar de la artillería enemiga; y al hallarse en la márgen opuesta vieron desde luego como se desplegaba el ejército contrario. Lanzáronse cual leones á las primeras filas derramando en ellas el terror y la muerte; mas bien pronto se ven cercados por fuerzas superiores, que consiguen romper su línea. Quinientos de ellos se baten en un prado inmediato mientras sus compañeros se guarecen tras el muro del lazareto de Santiago. En ambos puntos se traba una sangrienta lucha; el delfin es de parecer que se les ofrezca una capitulacion; mas Pedro de Morimont ruega al mariscal Dammartin que pase al filo de la espada hasta el último suizo. Los confederados que estaban en el cementerio del lazareto de Santiago hicieron tres ventajosas salidas contra los franceses, cuyos cadáveres comenzaban ya á amontonarse unos sobre otros. En aquel momento llega la artillería, destruye la pared que sirve de muralla á los suizos, penetran los franceses en el cementerio, trábase allí una terrible pelea cuerpo á cuerpo; pegan fuego al lazareto cuyas paredes se vienen abajo, y al cabo de tres semanas se encuentran entre las ruinas los cuerpos de noventa y nueve suizos. Todos los que estaban en el cementerio perecieron con las armas en la mano, y al lado de cada suizo se encontraron cinco ó

seis franceses muertos. Los confederados que se batian en la llanura desplegaron el mismo valor, de manera que aquella jornada les costó á los suizos mil ciento noventa hombres, y nueve mil á los franceses y á sus aliados.

De entre los mil quinientos confederados que fueron al encuentro del enemigo, dice Zschokke, solo diez se escaparon por medio de la fuga, pero cayó sobre ellos el oprobio, y fueron rechazados de todas partes, como quienes no habian querido participar de la gloriosa muerte de sus hermanos de armas. Los nobles, segun antes de ahora lo hemos dicho, eran adictos al partido de los de Zurich que se habia aliado con la casa de Austria; y como el caballero Burkard Monch (quien odiaba á todos los que tenia por adictos al partido de los revoltosos) viese al recorrer el campo de batalla un confederado que luchaba con la muerte, á impulsos de su odio esclamó: *Hoy nos bañamos en agua de rosas*. El guerrero á quien se dirigian estas palabras cogió una piedra y lanzándosela á la frente, le dijo: *Cómete una de estas rosas*. El golpe fue tan violento que Monch murió de sus resultas á los tres dias.

Estremecido el Delfin al considerar la lucha que habria de sostener contra los confederados que abandonaban el sitio de Zurich para dirigir contra él todas sus fuerzas, se apresuró á firmar un tratado de paz en 28 de octubre de 1444. «Bajo mi palabra de honor aseguro, solia decir »con frecuencia, que en mi vida he visto un pueblo mas va»liente que estos suizos, y me guardaré muy bien de meter»me otra vez con ellos.» Cuando mas adelante siendo ya rey de Francia supo que el duque de Borgoña Cárlos el Temerario habia declarado la guerra á los confederados esclamó: *Mi querido primo Cárlos no sabe todavía, como lo sé yo, con qué clase de gente tendrá que habérselas*.

Dijérase que cuando los confederados hubieron concluido la paz con el Delfin iban á dar un golpe decisivo y á hacerse dueños de Zurich, pero en sus operaciones militares

no hay unidad y todas ellas se reducen á golpes de mano, á sorpresas mezcladas con negociaciones que se dejan porque nadie quiere ceder, que se continúan luego por el cansancio de la guerra, y que no producen al fin resultado alguno. La ciudad de Bale que por tanto tiempo habia observado una conducta prudente se declaró de un modo abierto á favor de los confederados, espulsó de su recinto á los nobles que habian combatido con los franceses, y hasta envió tropas en sostenimiento de la causa comun. No satisfechos todavía aquellos ciudadanos, en 1445 se reunieron á los de Soleure, y se apoderaron de Reinfeld que se consideraba como la llave de la Argovia y cuyos habitantes les eran adictos. La ciudadela construida sobre una roca avanzada en el Rhin estaba defendida por Juan de Falkenstein y Hallwyl que tenia á sus órdenes una guarnicion austríaca, mas esos nobles se salvaron á favor de un disfraz, y la ciudadela fue arrasada. Juan de Rechberg quiso apoderarse de toda la Argovia; mas en el momento de obrar, Pilgrimm de Heudorf que le habia prometido un refuerzo de cuatro mil austríacos no cumplió su palabra, por cuya razon tampoco pudo sorprender á Bade en donde estaba de inteligencia con algunos de los habitantes. La ciudad de Rapperschwyl hubo de sostener otro sitio, pero fue bizarramente defendida por Juan de Rechberg y por los de Zurich, quienes sin embargo el dia 16 de setiembre de 1445 sufrieron cerca de Wolrau una pérdida considerable. En seis de marzo del año siguiente se dió una terrible batalla en Ragatz en la cual Rechberg que mandaba diez mil austríacos fue vencido por mil cien confederados. Esta decisiva victoria sirvió de hincapié á nuevas negociaciones que por esta vez tuvieron un resultado feliz. Los de Zurich lo mismo que los otros cantones conocieron la necesidad de una pacificacion general; en todo el norte de la Suiza solo se veian ruinas; las ciudades y los pueblos estaban desiertos, y por otra parte habian muerto Ital Reding y su antiguo adversario Stussi. Cuatro

años transcurrieron sin embargo antes que se firmase el tratado definitivo: mas al fin en 13 de junio de 1450 el avoyer de Berna Enrique de Bubenberg nombrado mediador entre las partes pronunció una sentencia arbitral en cuya virtud Zurich hubo de renunciar á su alianza con el Austria y en recompensa se le restituyó todo el territorio que los confederados le quitaron, esceptuando los distritos conquistados al principio de la guerra en las márgenes del lago superior, que asi se llama la parte del lago de Zurich que está al sudeste de Rapperschwyl. Convínose ademas en abandonar al señor de Raron pariente del último conde el Toggenbourg, que algunos años despues fue vendido á la abadía de San Galo. Tal fue el término de esta guerra que habia desolado la Helvecia durante quince años, y en la cual Zurich perdió casi la mitad de su poblacion. El Austria por su parte dejó de hacer la guerra á los suizos sin que en su historia se encuentre el menor vestigio de un tratado de paz. Para completar nuestra relacion nos falta dar noticia al lector de un atrevido golpe de mano que durante la guerra intentaron muchos nobles contra la ciudad de Reinfeld hipotecada por el Austria á Guillermo de Grunenberg. No pudiendo este hombre hacerse dueño de ella imploró el ausilio de Falkenstein y de su amigo Rechberg. Un domingo mientras se celebraban los divinos oficios se acercan á Reinfeld algunos buques en que iban un corto número de hombres vestidos con trages talares y grises, y de quien dijeron los barquilleros eran peregrinos que venian de Nuestra Señora de las Ermitas y querian comer. Pronunciadas apenas estas palabras, los supuestos peregrinos tiran las capas, saltan á la playa dejando ver las corazas, dan muerte á los soldados que guardaban las puertas de la ciudad, acuden ciento y veinte caballeros que se habian ocultado en un bosque inmediato, degüellan á cuantas mugeres, niños y viejos encuentran por las calles, y los demas habitantes son echados fuera y hubieran perecido de hambre á no encon-

trar un asilo en las casas particulares, y en el hospital de Bale. Indignada esta ciudad entró en campaña y en un combate trabado en Heffeingen triunfó de Falkenstein y de Rechberg, el primero de los cuales salió herido y á Guillermo de Grunenberg que fue el instigador de aquella empresa le arruinaron de alto abajo el castillo de Binzheim.

Cuando se hubo firmado la paz entre Zurich y los confederados Reinfeld fue restituida al Austria, y los habitantes que habian sido arrojados de ella volvieron á sus hogares, mas cuando los compañeros de Falkenstein y de Rechberg tuvieron conocimiento de este acto de justicia, echaron abajo las puertas, los hornos y las ventanas, y rompieron los muebles y todo el ajuar, no dejando á los infelices á quienes habian saqueado mas que las paredes. Cuando dieron el golpe de mano en cuya virtud se apoderaron de la ciudad les cupieron á cada uno de ellos trescientos florines. Al paso que la casa de Austria recobró la ciudad de Reinfeld abandonó el condado de Kibourg á los de Zurich, á quienes lo diera en depósito como garantía de una considerable suma que les estaba debiendo. Los de Zurich que durante la última guerra civil gastaron un millon setenta mil florines retiraron ahora todos los fondos que en otro tiempo habian prestado.

Es de la esencia de las guerras civiles, sobre todo entre confederados, que á la paz general sobrevivan odios acérrimos, y esta era la posicion de Fribourg y de Berna. La primera dió mientras la guerra civil que acababa de terminarse frecuentes pruebas de adhesion á la casa de Austria á la cual pertenecia, y nunca disimuló su odio contra Berna. Restablecida la paz Fribourg tuvo poderosos motivos de queja contra su gobernador militar el mariscal Thuring de Hallwyl que la humilló hasta un esceso destituyendo sus magistrados municipales, y negándose á devolver el dinero que le prestaron. Cansados de tantos desmanes los habitantes de Fribourg quisieron sacudir ese yugo odioso, y los berneses que á favor del general descontento habian logrado

hacerse en esa ciudad algun partido, juzgaron que si quedaban vencedores se aprovecharian de ello á fin de destruir allí el poder de la casa de Austria que era un vecino para ellos muy molesto. Complicaron los negocios algunos accidentes nuevos, pues por una parte el duque de Saboya deseoso de poseer á Fribourg reclamó doscientos mil florines que le habia prestado; y por otra la casa de Austria viendo que no le era dable conservar aquella ciudad la cedió al príncipe de Saboya dando órden á Thuring de Hallwyl para que se retirase. No queriendo el mariscal marcharse con las manos vacías anunció que iba á venir el duque Alberto de Austria para fijar la suerte definitiva de Fribourg, y que en semejante circunstancia convenia recibirlo con brillantez en la casa de la ciudad, por lo cual invitó á los ricos á que prestasen sus vajillas de plata, á lo que no osaron negarse. Seguido del avoyer y de los miembros del consejo sale de la ciudad Thuring de Hallwyl en son de ir al encuentro del duque, mas al llegar á cierta distancia saca del bolsillo una acta en la cual Alberto abdicaba su derecho de soberanía sobre Fribourg, y poniéndola en manos de los magistrados les dice: «Los adelantos que me »habeis hecho y la plata que me habeis confiado son el »precio de vuestra independencia;» y dicho esto huyó á galope. Los habitantes de Fribourg se creyeron muy felices con haberse emancipado de la casa de Austria, y como su momentánea conciliacion con los berneses tenia esto por principal objeto, una vez conseguido, el odio nacional pudo mas que todo y prefirieron sujetarse al dominio de la Saboya que fue solemnemente reconocido por ellos en 10 de junio de 1452. El duque se comprometió á no levantar ninguna fortaleza y dejó á Fribourg todos sus antiguos privilegios. Era sin duda un bien muy grande para esta ciudad entrar en la confederacion, pero el odio que habia entre ella y Berna esplica la impolítica conducta que siguió Fribourg en aquellas circunstancias.

Cierto que los confederados en las diversas guerras hasta entonces emprendidas se acreditaron de los mejores soldados de Europa; pero en cambio el carácter nacional perdió momentáneamente sus mas preciosas dotes. Antiguamente los suizos eran ciudadanos antes que todo, y si tomaban las armas tenian por objeto defender su independencia amenazada; mas ya viviesen en las montañas, ya en las ciudades, eran aficionados al trabajo. Ahora no ansiaban sino por el pillage; en vez de complacerse en el seno de su familia tenian un continuo deseo de movimiento y de agitacion; eran entre sí ásperos y rijosos, y tenian una aficion decidida al robo. Las carreteras estaban infestadas de salteadores que sin respeto al sexo, á la edad, al carácter sacerdotal, ni al de los embajadores, cometian actos de atroz barbarie. Un dia en que una pobre muger no pudo llevar mas que la mitad del rescate que exigieron por su marido la obligaron á que presenciase su ejecucion en el castillo de Farnsbourg. Otra pagaba diez florines para que no cortasen mas que una mano á su esposo y se las presentaron las dos en una cesta. Tales eran las costumbres de la época, y no se crea que fuesen peculiares de los caballeros ni de los gobernadores nombrados por la casa de Austria sino que invadieron tambien á los confederados llegando á formar la base de sus hábitos. Los jóvenes abandonaban las ciudades y los campos al olor de cualquiera espedicion guerrera que acalorase su imaginacion ó les prometiera botin, y asi fue que sin embargo de que la confederacion estaba ligada por medio de tratados solemnes con Luis XI, mil doscientos suizos tomaron partido á favor del conde de Charolais en la guerra que este emprendió contra el monarca de Francia. Esos fueron los primeros confederados que en Francia se presentaron, y al hablar de ellos un escritor del siglo XV dice: «A ellos se debe la mala reputacion de los que han »venido despues, porque donde quiera que se hallaban se »conducian villanamente.» Comine hablando de ellos aña-

de: «Los suizos tomaban el queso sin hablar una palabra »y bebian muy buenos tragos en jarras de barro. No con»tentos con mezclarse en las guerras estrangeras tomaban »las armas por el mas frívolo pretesto, como sucedió en el »año 1458 con motivo de una fiesta militar que se celebró »en Constanza. Un habitante de esta ciudad no quiso reci»bir de un lucernés una moneda, y acompañó la negativa »con palabras groseras. Apenas tuvieron noticia de esta in»juria los suizos que en la fiesta estaban, cuando se fueron »y llevaron el hierro y la tea á las posesiones que los habi»tantes de Constanza tenian en la Turgovia, y si estos al»canzaron la paz, preciso les fue comprarla con dinero. »Cuando volvian de esta espedicion llamada la guerra de »los *Pappars*, porque este era el nombre de la moneda que »no quiso recibir el de Constanza, trescientos guerreros de »Uri, de Schwitz, y de Underwald pidieron á los habitantes »de Rapperschwyl, ciudad adicta hasta entonces al Austria, »que les diesen hospitalidad por una noche; y esta deman»da que fue otorgada con gusto dió lugar á que en la noche »misma Rapperschwyl firmase con los tres cantones un tra»tado de alianza defensiva.»

Semejante suceso hubo de causar serios recelos al duque Segismundo; pero empeñado en una querella con el papa Pio II fue herido por los rayos de la escomunion, y la corte de Roma mandó á los suizos que declarasen la guerra al duque de Austria. No eran tiempos aquellos en que los confederados escrupulizaran, y asi fue que se apoderaron de toda la Argovia, obligándola en 1460 á que reconociese su dominio, conservándole no obstante sus derechos y sus instituciones judiciales. Segismundo que veia como su poder iba de paso en paso declinando cedió á los de Zurich la ciudad de Winterthour y despues de siete ú ocho años cedió de la manera mas auténtica á la confederacion sus derechos sobre la Turgovia. Todos los cantones esceptuando á Berna poseyeron en comun aquella provincia que se componia

entonces de nueve ciudades y de ciento setenta pueblos. Algunos años antes, esto es, en el de 1466 hubo una guerra asoladora en las márgenes del Rhin desde Schaffhouse hasta Mulhouse. El fondo de la cuestion era el haber un molinero negádose á pagar seis dineros á uno de sus mozos que acudió en queja á los magistrados de Mulhouse, los cuales difirieron el arreglo de este ligero desacuerdo. Mas el jóven se fue jurando que volveria para vengarse, é introdujo por debajo de la puerta de la ciudad una declaracion de guerra. Por temor de que se mezclase en el negocio alguno de los nobles de las cercanías que causaban mucho daño á las gentes de Mulhouse, se mandó á un alguacil que fuese á encontrar al criado del molinero que estaba en una taberna de Brunstatt; mas apenas el jóven hubo visto al ministro de justicia, cuando apeló á la fuga traspasando sus derechos al señor de Rogisheim que tenia un odio mortal á los habitantes de Mulhouse. Este noble comenzó por coger á seis vecinos de la ciudad, y constituyéndose con esto en guerra abierta hizo sufrir muchos insultos y vejaciones á la ciudad entera.

Los ciudadanos de Mulhouse asolaron las tierras de los señores, la nobleza se ligó entre sí, los confederados tomaron partido contra ella, los berneses pasaron á sangre y fuego Habsheim, Brunstatt, Zillisheim y Fremmingen, y Segismundo á fuer de duque de Austria se declaró contra los suizos como enemigos de los gentiles-hombres. Los confederados pusieron sobre las armas quince mil soldados y sitiaron á Waldshut, y si bien es verdad que dos mil austríacos proyectaron entrar en la plaza, al rumor de que acudian nuevas fuerzas huyeron de aquel punto. Los berneses iban á dar el asalto cuando llegaron diputados en nombre de Luis de Baviera, de Rodolfo de Bade, y de las ciudades imperiales, á fin de proponer una indemnizacion en dinero; pero los sitiadores se negaron á admitirla porque conocian que Waldshut serviria de muralla á la Suiza. Los otros can-

tones á quienes importaba menos la conquista de un baluarte para la Helvecia resolvieron que se aceptase una indemnizacion de diez mil florines, con el pacto de que Waldshut entraria en la confederacion si el pago de aquella cantidad no se verificaba en el término de diez meses. Al condescender los nobles con aquella humillacion alimentaban la idea de una pronta venganza, y para satisfacerla decidieron á Segismundo á que se trasladase á Francia á fin de conseguir que su rey Luis XI declarase la guerra á los confederados. El monarca frances amaestrado por la esperiencia no quiso contraer acerca de esto ningun compromiso, y Segismundo dirigióse entonces á la ciudad de Arras para entenderse con el duque de Borgoña á quien empeñó todas sus posesiones de la Alsacia, tanta era la necesidad que tenia de acopiar dinero. El conde de Neufchatel tomó posesion de ellas en nombre del duque de Borgoña dejando por su baile ó gobernador á Pedro de Hagenbach. Mucho desagradó á los confederados semejante vecino, y para evitar todo rompimiento hubiera sido preciso que el nuevo gobernador se hallase dotado de mucha prudencia, mas estaba muy distante de ello y por otra parte Hagenbach sabia que su amo juzgándose heredero de la casa de Austria, pensaba ya en someter completamente la Helvecia. Cárlos el Temerario, que asi apellidaban al duque de Borgoña, vivia continuamente, segun la espresion de un historiador contemporáneo, *con la espada en la mano*, y contaba ademas con un poderoso ejército en el cual habia trescientas piezas de artillería y dos mil carros. Deseoso Hagenbach de comenzar luego las hostilidades mandó enarbolar la bandera de Borgoña en el fuerte de Schenkenberg, propiedad de los berneses, mas vióse obligado á renunciar á esta empresa. Hizo esparcir por todas partes la noticia de que iba á crearse para la Borgoña un reino cuya capital seria Besançon, lo cual sabido por los de Berna escribieron á los otros cantones: *Confederados, oid estas palabras. Conservemos el honor*

y nuestras antiguas libertades. Cárlos el Temerario trasladóse en persona á la Alsacia en donde los soldados flamencos que le acompañaban se abandonaron á toda clase de escesos. Nicolas de Scharnachthal y Petermann de Wabern antiguos avoyers de Berna acudieron al duque de Borgoña lamentándose de las injurias que los suizos tenian que sufrir por parte de Hagenbach, y le denunciaron asimismo las vejaciones que dicho gobernador ejercia contra los comerciantes del pais que por sus negocios iban á la Alsacia. Obligóse á estos dos antiguos gefes de una república á hablar al duque de rodillas, humillacion que hiriéndoles muy en lo vivo contribuyó á acrecer el encono que la Helvecia sentia por el duque de Borgoña. Segismundo duque de Austria y emperador de Alemania, habia concebido de mucho tiempo sospechas contra Cárlos el Temerario, y los nobles empleaban todo su influjo en reconciliar á los suizos con la casa de Austria. Ademas de esto Luis XI que anhelaba por la caida de la casa de Borgoña firmó con los confederados un tratado secreto en virtud del cual obligábase á proveerles de subsidios: de suerte que iba preparándose una asoladora guerra.

Mientras tanto Hagenbach se presenta á deshora en una iglesia el viernes santo, y ordena al cura que se disponga para celebrar misa; destituye en seguida á los miembros del consejo de la ciudad y se abandona á toda clase de escesos. El dia de Pascua manda á los habitantes que vayan á trabajar á la cabeza de un puente que hace construir en Brisach y hace prender á un ciudadano. El hermano de este se abalanza contra el gobernador, por lo cual es conducido ante el burgomaestre que manda encarcelarle; mientras que los soldados que le acompañaban lo abandonan considerándose bastante venturosos con poder evadirse de la ciudad. Entre tanto Hermann d' Eptingue seguido de doscientos caballeros hizo que se jurara al emperador en toda la Alsacia; mientras que Hagenbach es juzgado á instancias

de Iselin de Bale que le acusa de haber derramado sangre inocente, conculcado las leyes imperiales y violado mugeres y religiosos. El abogado del gobernador dice que este no debe dar cuenta de sus acciones sino al duque de Borgoña, y al cargo que se le hace de haber abusado de algunas mugeres contesta que compró sus favores «*Nulla invita sum esse omnes* »*pretium accepisse.*» Despues de su defensor tomó Hagenbach la palabra y luego pronuncióse la sentencia: «Pedro de »Hagenbach, dijo un heraldo, enojoso me es por demas »decirte que tus acciones son causa de que pierdas el honor »de caballero junto con la vida. Tengo órden de arrancar »de tu pecho tus gloriosas insignias, mas no las veo: por lo »tanto en nombre de San Jorge que es nuestro celestial »protector, y en virtud de los juramentos que prestaste, á la »faz del mundo te declaro, á tí Pedro de Agenbach desti»tuido de los honores de la caballería. Y vosotros, caballe»ros, vosotros jóvenes que aspirais á recibir la órden de »caballería no olvideis este ejemplo ni vuestros deberes.» La ejecucion tuvo lugar por la noche y fue alumbrada por antorchas. En el momento en que iba á recibir el golpe mortal Hagenbach esclamó: «Contemplo la muerte con in»diferencia, y gimo por la sangre que este dia hará verter, »mas vengaráme mi señor. Vosotros á quienes por el espa»cio de tres años y medio he gobernado, perdonad los da»ños que yo causé pues soy hombre y rogad por mí.»

El hermano del decapitado, Estéban de Hagenbach, se adelanta á la cabeza de un numeroso ejército pasándolo todo á sangre y fuego; mientras que los baleses sin perder tiempo ocupan á Delle y los de Berna convocan una dieta en Lucerna. Entonces mismo Cárlos el Temerario sitiaba á la ciudad de Nuys en donde halló una resistencia de que no pudo triunfar á pesar de haber trascurrido once meses. Los cantones que temian una próxima invasion de este príncipe dejaron que Berna decidiese el partido que debia tomarse, y esta ciudad heroica mandó declarar la guerra al duque de

Borgoña. Los confederados en número de unos ocho mil hombres invaden el Franco Condado para poner sitio á Hericourt. En el dia 13 de noviembre de 1474 trábase entre los suizos y el ejército de Borgoña compuesto de veinte mil combatientes, una batalla; y estos son puestos en fuga debiendo su salvacion á la oscuridad de la noche. Rindióse Hericourt, y despues de cuatro horas de asalto quedaron los confederados dueños de la ciudadela y de la ciudad de Pontarlier. El conde de Roussi y Luis de Chalons hermano del príncipe de Orange acudieron con doce mil hombres al objeto de apoderarse de los desfiladeros, mientras que los suizos desde las murallas de Pontarlier causaban á los borgoñones que incendiaron la ciudad una grande pérdida, y como estaban mal pertrechados viéronse en la precision de retirarse llevándose el botin recogido. Cuando en Berna se supo que los suizos se habian retirado sin llegar á las manos con el conde de Roussi y el hermano del príncipe de Orange, se manifestaron de un modo muy acre contra ellos enviándoles en seguida un refuerzo de dos mil quinientos hombres acaudillados por Diesbach. Estos ausiliares hallaron en el camino el ejército que volvia, y que corrido al saber cuán mal reputado estaba quiso retroceder hasta dar con el adversario, y en efecto en union con el encontrado refuerzo tomó el camino de Pontarlier. De repente descubrieron en una llanura cinco cuerpos de caballería, compuestos de dos mil hombres cada uno, y aunque al momento el ejército se formó en batalla no fue atacado, y siguiendo su marcha se apoderó de Granson y de su castillo sin ausilio de la artillería, y luego fue dueño de Orbe, verdadera llave de la Borgoña, de la Saboya y de la Suiza. Por entonces Segismundo y Luis XI firmaron un tratado de paz con Cárlos el Temerario, y los confederados viéndose reducidos á sus solas fuerzas procuraron ajustar la paz, mas el duque de Borgoña no quiso admitir ninguna de las proposiciones que le hicieron, y en marzo de 1476 pasó el Jura.

Su ejército se componia de sesenta mil hombres, y segun el testimonio de los historiadores de la época iban acompañados de grandes cuadrillas de pages, mercaderes y meretrices, gentes todas que se hacian oir de lejos.

Los suizos habian puesto una guarnicion en Granson, pero el conde de Romont adicto al partido de los borgoñones contaba en la ciudad de Orbe algunos amigos, y en el corazon de la noche mil quinientos soldados de Cárlos el Temerario penetraron en el pueblo gritando por las calles: *Arriba Borgoña. Viva Borgoña; la ciudad es nuestra*. Setenta ciudadanos que se armaron á toda prisa pudieron abrirse camino hasta la ciudadela que les franqueó la puerta. El conde de Romont intimó á los guerreros que defendian el fuerte de Orbe que se rindieran bajo pena de ser pasados por las armas, á lo cual contestaron con una lluvia de piedras. Púsose fuego á la ciudadela, y en el mismo instante los suizos verificaron una salida en que fue herido el gefe borgoñon; apoderáronse de algunos víveres, y antes de replegarse informaron á Berna de que no abandonarian su puesto. En Granson el gefe de las tropas fue entregado traidoramente á los borgoñones, y á pesar de esto el fuerte de la ciudad persistia en no querer rendirse, animados sus defensores por el gobernador que esclamaba: «Prefiero morir que ha»cer traicion á la causa de mis compatricios.» Mientras tanto Nicolas de Scharnacthal comisionado de Berna se dirigió á los muros de Morat á la cabeza de ocho mil hombres; acudió tambien allí Pedro de Faucigny con quinientos soldados de Fribourg; y ochocientos de Soleure y doscientos de Bienne llevaron asimismo su gloriosa bandera.

El duque de Borgoña estaba detenido de dos dias á aquella parte por la guarnicion de Granson que le oponia una tenaz resistencia; mas sus muros estaban rotos y los suizos debian sucumbir irremediablemente; pero continuaban en su empeño de no rendirse y querian esperar las órdenes de sus confederados. El señor de Ronchamp que conocia á la

mayor parte de estos guerreros les dice: «Vuestros compa»triotas ya no pueden socorreros por mas tiempo, Fribourg »ha sido tomada y todos sus habitantes yacen bajo sus es»combros. Berna ha enviado sus llaves al duque, Soleure »se ha sometido, y si vosotros persistis en sosteneros no »hay poder humano que pueda salvaros. El duque me per»mite proponeros una capitulacion; fiad en mi palabra, y »podréis retiraros libres, sanos y salvos.» Dando fe los suizos á tales ofrecimientos se rindieron á pesar de las juiciosas reflexiones del jóven Muller que era uno de sus gefes y que desconfiaba del señor de Ronchamp. Llevados los rendidos á la presencia del duque de Borgoña este preguntó: *¿Qué gente es esa?* y los entregó al gran preboste de su ejército, quien los mandó ahorcar en los árboles ó anegar en el lago de modo que perecieron unos cuatrocientos cincuenta.

A la mañana siguiente Cárlos el Temerario llegó á Vaumarcus. Mientras que los confederados se apoderaban de Boudry y de las aldeas circunvecinas, el avoyer de Scharnachthal habia puesto su cuartel general en Neufchatel en donde fueron á reunirse dos mil quinientos hombres de Zurich, de Bade y de la Turgovia, los soldados de Bale, Strasbourg, Colmar, Kaisersberg, Schelestadt, mil ochocientos lucerneses, cuatro mil montañeses, los guerreros de Schwitz á las órdenes del nieto de Ital Reding, los contingentes de Gall y Appenzel que llegaron á su vez para contribuir á la comun salvacion; y á mas de estos Hermann de Eptingen á la cabeza de toda la caballería del archiduque. Sabido por el de Borgoña que los suizos se acercaban, esclamó: *marchemos contra esos villanos, gente indigna de combatir con nosotros.* Bien pronto los dos ejércitos se avistaron. La derecha de Cárlos se apoyaba en el lago, la izquierda en el Jura; por la parte del norte una formidable artillería defendia las riberas del Arnou, y los bagages del duque de Borgoña colocados á retaguardia formaban una muralla circuida asi-

mismo de cañones. Los suizos eran á lo mas veinte mil hombres, esto es, dos terceras partes menos que sus enemigos. Los confederados resolvieron forzar á Cárlos á salir de su posicion dando un ataque á Vaumarcus, y á la mañana siguiente que era el 3 de marzo de 1476 al despuntar el dia una vanguardia compuesta de soldados de Lucerna, Schwitz y del Oberland bernés entraron en las viñas que se estienden entre el Jura y el lago y preparáronse al ataque. Bien pronto se reunieron á ellos los contingentes de Berna y Fribourg, y todos juntos se postraron para dirigir al cielo una plegaria. Imaginando los borgoñones que pedian perdon, soltaron la carcajada, y luego se precipitaron hácia las filas de los confederados con intento de romperlas, mas estrelláronse sus esfuerzos contra las formidables lanzas de estos que entonces tomaron la ofensiva y se abrieron paso por entre los escuadrones de Cárlos, mientras otros contenian á los que intentaban romper el cuadro formado por los suizos. La artillería del duque de Borgoña colocada en parage demasiado alto apenas alcanzaba á ese punto: impaciente Cárlos envió contra esa masa seis mil hombres de caballería que tampoco pudieron romperla. Lúgubres ecos resuenan entonces en las alturas de Bouvillers y Champigni; son los montañeses de Uri y Underwald y las banderas de Zurich y Schaffhouse. Dan las tres de la tarde, serénase el cielo que hasta entonces estuvo cubierto, y los rayos del sol hieren las brillantes armaduras de los soldados. *¿Qué es eso?* preguntó el duque de Borgoña á su prisionero Brandolf de Stein (1).—*Son los verdaderos suizos*, contestó, *los montañeses ante los cuales huyeron los austríacos.—¡Desgraciados de nosotros!* esclamó Cárlos; *un puñado de estos valientes nos disputan la victoria desde el alba; ¿que será cuando debamos combatir contra todo su ejército?*—Los borgoñones se sienten

(1) Era el antiguo comandante de Granson que por efecto de una traicion cayó en poder de los borgoñones.

desalentados; el duque recorre las filas y se esfuerza en reanimar á sus tropas, y los suizos entre tanto despues de un mortífero fuego empeñan una lucha cuerpo á cuerpo y en ella sucumben sus enemigos. En vano Cárlos da ejemplo de valor á la cabeza de su caballería, en vano intenta detener la fuga de sus infantes, él mismo es arrebatado y hasta Nozeroy situado á la orilla opuesta del Jura no halla un refugio seguro. No le quedan de su ejército mas que cinco caballeros que le escoltaron, y este fue el término de aquella jornada, ó por mejor decir, de la derrota de Granson.

Los confederados para quienes era imposible gozar un momento de reposo, emprenden la persecucion de los borgoñones; mas cuando los soldados de Berna y Fribourg vieron los cuerpos de sus compatriotas ahorcados en los árboles que hay delante de Granson nada basta á contener su rabia y se lanzaron al asalto de la ciudadela. Los soldados de Cárlos abren las puertas y piden gracia á los vencedores, pero estos son inexorables y cada suizo que quitan de la rama en que cuelga es reemplazado por un borgoñon, y otros son lanzados desde la torre á las peñas de su base en donde se hacen mil pedazos. El botin fue inmenso, pues entonces se evaluó en tres millones que equivaldria ahora á diez veces tanto: sin contar las municiones, los caballos, la artillería y los víveres, cogieron veinte y siete estandartes y quinientas cincuenta banderas. Los confederados se lo repartieron todo, y la artillería fue distribuida por las plazas de la frontera. Entre los objetos cogidos, las tiendas llamaban la atencion por su magnificencia y en particular la de la capilla, la destinada á la cancillería y finalmente el pabellon del duque de Borgoña que era uno de los mas hermosos y ricos del mundo. En todas partes abundaban el oro y las piedras preciosas: los diamantes mas ricos de la tierra fueron encontrados por hombres que no conocian su valor y vendidos á ínfimo precio. El *Regente* que era el tercero en magnitud y el primero en belleza, cupo entonces á los lu-

cerneses, pasó despues á los reyes de Portugal y finalmente á la corona de Francia. Luis XI que con la esperanza de casar al Delfin con la hija de Cárlos el Temerario abandonó á los suizos se hallaba entonces en Lion en donde supo con mucho gusto el resultado de la batalla de Granson, sin embargo de lo cual hizo un recibimiento muy benévolo al embajador que le envió el duque de Borgoña. Este hombre á fuer de estremado en todas sus cosas, lejos de entrar en negociaciones con los suizos levantó un ejército mucho mas considerable que el primero; tomó un hombre por cada seis, un dinero por cada seis, reunió todos los metales preciosos, sacó toda la artillería de sus ciudades de Borgoña y de los Paises Bajos, y reunidos mil quinientos cañones, se apoderó del pais de Vaud, mientras los suizos evacuaban á Joigne. Berna que era entre todas las ciudades confederadas la primera que habia de temer la nueva invasion de los borgoñones, no escaseó sacrificios de ninguna clase, y los padres que tenian dos hijos destinaron uno á las armas. Todos los suizos corrieron á la defensa de Morat, como para cumplir un deber nacional, porque aquel punto era como la *obra avanzada* de Berna. Murat fue defendida por Adriano de Babenberg que tenia á sus órdenes mil quinientos soldados ademas de los habitantes. Avanza Cárlos en la Helvecia, y al revistar á sus tropas en la llanura que domina á Lausana, les dirigió el siguiente discurso: «Hubo un »dia en que la fortuna nos fue contraria, pero vosotros ante quienes tembló la Francia, que sujetasteis á Lieja y »anonadasteis la Lorena, ¿no vengaréis de esos labriegos á »vuestro señor? ¿qué les he hecho yo á los suizos? quién »hizo morir á mi gobernador Hagenbach? quién me obliga »á guerrearlos? ¿quién devasta nuestras pacíficas provincias? ¿el orgullo de esas gentes será capaz de anonadar el »honor de la Borgoña y la memoria de mi padre? No será »asi y yo lo juro. Os cedo el botin que se coja al enemigo; »las casas, las ciudades y las riquezas de Suiza son vuestras,

»pues yo no quiero mas que la venganza, y por San Jorge »nos vengarémos.» Los soldados contestaron á este discurso con aclamaciones universales y con el grito de *viva Borgoña*.

En seguida Cárlos se dirigió á Morat en donde el intrépido Babenberg despues de revistar sus tropas les dijo: *Compañeros, estad alerta, de Morat depende la salvacion de la patria porque la Suiza no tiene mas que un baluarte que es vuestro valor y vuestra firmeza*. Los habitantes prestaron juramento en sus manos y se convino en que seria muerto sin conmiseracion el que profiriese palabras cobardes, ó diera consejos tímidos. Toda la Suiza estaba agitada, noche y dia se aprestaban guerreros, y ya los confederados defendian los puntos del Sarine en Laupen y en Gumminen. Las puertas de Morat estaban provisionalmente abiertas, celebraba el consejo sesion permanente, y en la torre habia una gran guardia que hacia señales á los esploradores del campo. Salieron de Bale dos mil hombres, Luis de Oettingen llevó las tropas de Strasbourg, presentáronse tambien los contingentes de las demas ciudades de la Alsacia, y ofreció su brazo á los confederados Renato duque de Lorena, cuyos dominios devastó Cárlos, y que no tenia mas que un centenar de soldados y algunas monedas de oro. En el momento en que estaba oyendo misa en la frontera de Lorena, una pobre vieja le entregó un bolsillo, diciéndole: *Monseñor, esto es para cooperar á nuestra libertad*. El duque de Borgoña que sitiaba á Morat le dió un asalto de tres horas sin fruto alguno, porque desde las murallas medio derruidas hacian los suizos una tenaz resistencia, y ya los fosos se iban llenando con los cadáveres de los soldados de Cárlos. Babenberg en medio de los riesgos que le cercaban, puesto que hubo de contrarestar durante diez dias los esfuerzos de un ejército de sesenta mil hombres, escribió á Berna estas palabras: *Mientras haya sangre en nuestras venas ninguno de nosotros cederá*. A pesar de esto se rogó á los cantones que

se retardaban que enviasen cuanto antes sus guerreros. Juan Waldmann se quejaba de la calma de los de Zurich, hacia cundir las circunstancias mas pequeñas de la heroica resistencia de Morat en donde se batian hasta en los subterráneos, y por todas partes iba diciendo: «El enemigo es »tres mil veces mas poderoso de lo que fue en Granson, »pero está en nuestro poder y acabarémos con él sin reme»dio.» Hubo en la Helvecia un levantamiento en masa; pusiéronse en marcha tres mil hombres de Zurich sin contar los guerreros de la Turgovia y de Sargans, y finalmente de todas partes corrian para libertar á Morat. A despecho de los torrentes de lluvia que rompian las carreteras, los confederados caminaron veinte y cinco leguas en dos dias y medio, la poblacion de Berna estaba en la iglesia orando, y en el momento en que llegó Juan Waldmann con tres mil hombres de Zurich, la ciudad hizo espontáneamente iluminaciones, y en las puertas de cada casa aparecieron mesas cubiertas de víveres que comieron los soldados, quienes despues de descansar algunas horas, á las diez de la noche y á pesar de la lluvia que caia á mares emprendieron la marcha, á fin de incorporarse con el ejército de los confederados.

El dia siguiente 22 de julio el cielo apareció cubierto de nubes que poco á poco se fueron disipando, y los confederados cuyos sentimientos religiosos no se entibiaban nunca, oyeron misa en Gumminen, y en seguida cada cuerpo fue á ocupar la posicion que le estaba señalada. Los suizos eran entre todos treinta y cuatro mil combatientes; pero su entusiasmo habia llegado á tal punto que muchos de ellos no quisieron almorzar á fin de batirse mas pronto. La vanguardia se puso á las órdenes de Juan de Hallwyl gentilhombre de la Argovia que mandaba los guerreros de Oberland y de Entlibuch á los cuales se habia reunido el cupo de Waldstett. El duque de Lorena iba á la cabeza de los arcabuceros, de los alabarderos y de la artillería, Juan Wald-

mann ocupaba el centro con todas las banderas de los confederados y las tropas de la liga inferior, y la retaguardia era mandada por el lucernés Gaspar de Hertenstein. Cárlos que solo ansiaba por dar la batalla, vió con gusto los preparativos militares de los confederados, y puso su infantería en columna cerrada delante de la vanguardia enemiga, con la artillería al frente y la caballería en las dos alas. En aquel momento se encapotó de nuevo el cielo y comenzó á llover de un modo espantoso. Antes de llegar á las manos, los condes de Tierstein y de Oettingen y Guillermo Herter dieron el espaldarazo de caballero á Renato duque de Lorena y á muchos capitanes prescindiendo de su cuna. Adelantábanse ya los borgoñones cuando Hallwyl mandó hacer alto y dirigió á las tropas el siguiente discurso que nos ha conservado Golbery. «Valientes confederados: á la vista teneis »á los asesinos de vuestros hermanos de Granson; quereis »vengaros pero mirad que son muchos. Acordaos de que »hoy cumplen ciento treinta y siete años que vuestros abue»los vencieron en Laupen á innumerables enemigos. El »mismo Dios gobierna la tierra hoy que entonces. Vosotros »teneis el mismo valor que aquellos, combata pues cada »uno de vosotros como si el éxito de la batalla dependiera »de él solo. Hermanos, para que aquel que salvó á nuestros »abuelos sea con nosotros, recogeos y orad.»

Póstranse los confederados, y no habian acabado sus plegarias cuando el sol atravesando las nubes los iluminó con el vivo resplandor de sus rayos. Entonces Hallwyl blandiendo la espada esclamó: *Alcémonos confederados. Dios viene á alumbrar nuestra victoria.* La lluvia habia molestado mucho á los borgoñones cuyos arqueros tenian los arcos flojos; y á pesar de la impaciencia de Cárlos iban á recogerse en el campamento, cuando la vanguardia suiza empezó á hacer á las tropas del duque un fuego espantoso; mas no podia causar mucho daño por estar la artillería en sitio demasiado alto. Aprovecháronse los borgoñones de

esta circunstancia para llevar la muerte á las filas de los confederados y á las de los loreneses, cuyo gefe á quien acababan de matar el caballo vióse reducido á combatir á pie bastante tiempo. Mientras que los soldados de Hallwyl conseguian acometer por un lado á los enemigos, precipítanse los confederados á los fosos que traspasan empeñando con los artilleros una terrible lucha cuerpo á cuerpo, y dirigen contra los borgoñones sus mismas baterías forzándoles á reunirse con el resto del ejército que se hallaba entre Courtlevon y Bec-la-Grange. En este sitio hallábanse tambien el príncipe de Orange y Felipe de Crève-cœur, ocupaban el lado izquierdo el bastardo Antonio y Rodolfo de Ravenstein y el lado derecho Cárlos el Temerario en compañía del príncipe napolitano y el duque de Sommerset cuyos escuadrones los componian ingleses. Los confederados son ya dueños de las alturas de Courgevaux; Waldmann rompe el centro, mientras que Babenberg saliendo de Morat siembra el espanto entre las tropas lombardas que estaban alineadas cerca de los árboles de la orilla del lago. El duque de Sommerset y sus soldados combatieron intrépidamente, pero el gefe de los ingleses murió atravesado de un balazo y sus soldados hubieron de ceder á la impetuosidad de los suizos.

En este momento las tropas de Hertenstein coronaron las alturas mientras que el conde de Gruyeres interceptaba el camino de Lausana. Un terror universal se apoderó del enemigo, y Cárlos conociendo que todo estaba perdido emprendió la fuga y sus tropas incapaces ya de reunirse huyeron, y desde el campo do batalla hasta Avenches hubo una horrible carnicería, pues los suizos mataban sin piedad gritando *Granson*, *Granson*. Mas de diez mil cadáveres borgoñones fueron arrojados á los fosos llenos de cal viva, y algun tiempo despues se levantó un osario á fin de perpetuar la memoria de aquel triunfo, y se puso allí la inscripcion siguiente. «D. O. M. (Deo, Optimo, Maximo) Caroli inclyti »et fortissimi, Burgundiæ ducis, exercitus Moratum obsi-

dens, ob Helvetiis cæsus, hoc sui monumentum reliquit (1).»

Los suizos vueltos de perseguir al enemigo permanecieron tres dias en el campo de batalla segun la antigua costumbre para manifestar que nadie habia ido á contrarestarles la victoria, y despues se fueron á sus casas. «Corta fue, »dice un cronista, la pérdida de los confederados, pues en »el asalto de los cañones murieron ciento y treinta y las »culebrinas y baterías mataron doscientos ochenta. En ma»teria de preciosidades, dice el mismo cronista, los solda»dos de la liga encontraron en Morat dos mil cortesanas y »mozas de vida alegre, y calculando que semejante mercan»cía debia serles de poquísimo provecho las dejaron mar»char.» La mayor parte de la inmensa artillería que cayó en manos de los confederados fue dada por ellos á las gentes de Berna y Fribourg, las cuales despues de haber reunido doce mil combatientes se apoderaron del pais de Vaud, mientras que el duque Renato de Lorena que habia tomado en la batalla de Morat una parte tan gloriosa, se llevó como ausiliares ocho mil suizos, y apenas estuvo en su capital, cuando fue á sitiarle en ella Cárlos el Temerario, quien despues de sufrir otra derrota murió en Nancy el dia 5 de enero de 1477. Tal fue el término del duque de Borgoña cuyos reveses acrecieron la gloria de los suizos porque era uno de los príncipes mas poderosos del siglo décimo quinto.

Apenas habia fallecido Cárlos, cuando los príncipes de Europa pensaron apoderarse de los estados que dejaba á su hija María. No entrarémos en el relato de esos acontecimientos que no estan íntimamente ligados con la historia de los suizos; únicamente dirémos que los estados del alta Borgoña les pidieron hacer la paz y ser admitidos en la

(1) En honra y gloria de Dios, Máximo y Optimo, el ejército del ínclito y valeroso Cárlos duque de Borgoña, sitiaba la plaza de Morat, y roto por los suizos dejó este monumento de su paso.

Este osario fue destruido en 1798 cuando la Francia guerreaba con la Suiza por un batallon de la *Côte d'or* que pertenecía á la antigua provincia de Borgoña.

confederacion. Los berneses cuya política sin olvidar lo presente tendia la vista al porvenir, insistieron en que se admitiese la proposicion, apoyándose en que convenia á los suizos que el Jura les sirviera de muralla contra la Francia. A pesar de esto los cantones de menos valía cediendo á un sentimiento de envidia, temieron perder su influjo si la confederacion poseia territorios tan vastos como el alta Borgoña. Entonces por temor de que se rompiese la armonía de los helvecios se rechazó esta demanda, cuyo resultado hubiera sido cubrir las fronteras de su patria. Los vencedores de Cárlos el Temerario renunciaron pues al ofrecimiento que se les habia hecho contentándose con recibir ciento cincuenta mil florines, de suerte que en puridad se hicieron pagar su sangre por el heredero del duque de Borgoña. Tambien firmaron con Luis XI un tratado de alianza en cuya virtud le vendieron el derecho de reclutar tropas en la Helvecia, encargándose de proporcionarle regimientos dispuestos siempre á marchar donde se les mandase. El rey de Francia naturalmente inclinado al soborno dió sumas inmensas á los bailes, á los gentiles-hombres y á los magistrados que se convirtieron ellos y sus hijos en gefes de aquellos mismos soldados á quienes mas adelante verémos ofrecer sus brazos á todos los príncipes y pelear muchas veces unos contra otros. De esta suerte aquellos republicanos que antiguamente no empuñaban las armas sino para conquistar ó conservar su independencia, se convirtieron en soldados mercenarios de los monarcas á quienes apellidaban tiranos. Este papel que los suizos desempeñaron con gusto y con una adhesion nunca desmentida, indica que las costumbres nacionales habian hecho un cambio inmenso. Pervirtiéronse en efecto á consecuencia de las grandes victorias alcanzadas sobre los borgoñones, que derramaron en el pais sumas tan considerables. En esa época Frischi-Ander-Halde inventó la ceremonia de la copa, que era una grande copa de boj artísticamente cincelada, que llevaban

procesionalmente por los pueblos y por la campiña. Frischi venció en otro tiempo á los austríacos y peleó tambien con los borgoñones, y despues de su muerte buscaban para llevar la taza á un hombre de su talla, con él iba una muger vestida cual en otro tiempo la esposa de Frischi, el cortejo iba precedido de algunos caballeros y se obligaba á beber á todos los transeuntes.

Infestaban en esta época la Helvecia y cometian toda clase de escesos muchísimos aventureros, algunos de los cuales reunidos en Zug por carnaval se quejaron de que el botin de los borgoñones fue repartido sin igualdad y de que los individuos de las familias principales de Berna y de Fribourg se habian llevado la mejor parte, y acalorados por los brindis determinaron hacer restituir lo que se habian llevado aquellos á quienes apellidaban malversadores desvergonzados. Dándose á sí mismos el nombre de *cofradía de los estravagantes* se pusieron en marcha dirigiéndose desde luego á Ginebra, que retardaba pagar una contribucion que se le pidió cuando la guerra contra los borgoñones. Esta ciudad se impuso sacrificios muy grandes para librarse de semejante visita, y entonces la cofradía se dirigió á Berna y á Fribourg; pero intervino la dieta y logró detener aquel movimiento que bien podia dar orígen á una guerra civil. La casa de Saboya que desde veinte y cinco años á aquella parte poseia Fribourg declaró que en adelante esta ciudad gozaria de sus antiguos privilegios como ciudad libre é imperial, y en consecuencia de esto se firmó un tratado entre la duquesa regente y Berna, la cual devolvió en compensacion el pais de Vaud que conservaba el título de hipoteca. Firmóse este importante tratado en 23 de agosto de 1477, y con él Berna tuvo segura la preponderancia en esa ciudad inmediata á sus fronteras. En recompensa de su emancipacion la ciudad de Fribourg se encargó de satisfacer una parte de la deuda que tenia la casa de Saboya.

La guerra habia venido á ser el estado normal de los sui-

zos, los cuales aprovechaban la menor ocasion que se les ofreciese á fin de mezclarse en las hostilidades que presentasen á su valor dilatado campo. Los habitantes del valle de Levantina se consideraban como únicos dueños de un bosque en que los súbditos de Milan habian hecho cortas, y con este motivo dieron conocimiento de su agravio á los jóvenes de Uri que tomando al momento las armas pasaron el S. Gotardo. No satisfechos con esto los del valle reclamaron el concurso de los otros cantones que sin embargo de desaprobar su temeraria conducta convinieron en que era imposible abandonar á los de Uri. Adriano de Babenberg que en Morat se habia cubierto de gloria llevó tres mil berneses; Soleure y Fribourg hicieron marchar sus cupos y Waldmann se presentó con los guerreros de Zurich, mientras que la regente del ducado de Milan hacia cubrir la frontera con diez y ocho mil hombres. Llegados los suizos á Bellinzona, escalaron su primer recinto, pero se detuvieron temiendo esponer al saqueo á una ciudad que era el centro de un vastísimo comercio. El ejército pues se retiró dejando en el pueblo de Giornico que estaba en la frontera la vanguardia compuesta de seiscientos hombres de los contingentes de Uri, Zurich, Lucerna y Schwitz. Borelli que mandaba las tropas milanesas, se dirigió con fuerzas considerables al pueblo de Giornico en 28 de diciembre de 1478 á pesar del intenso frio que hacia. Los suizos supieron con anticipacion que el enemigo se adelantaba, y entonces el juez Stanga caudillo de las tropas de Levantina les dió un escelente consejo de que se aprovecharon. Encaminando las aguas del Tessino á los prados que habia entre ellos y el enemigo convirtiéronse en un estanque, el agua quedó al punto helada, los soldados se pusieron en los zapatos clavos de hierro mientras que los caballos de los milaneses cayeron con los ginetes, y los infantes á duras penas podian sostenerse apoyándose en las alabardas. Los suizos entonces atacaron impetuosamente á los milaneses, mataron á

mil quinientos de ellos y los demas emprendieron la fuga. El juez Stanga que se habia portado con un valor grandísimo quedó tan maltrecho que hubo de morir al llegar de vuelta á la puerta de su casa. Merced á la intervencion de Luis XI Milan obtuvo la paz; el valle de Levantina fue cedido en toda propiedad y á título de feudo á las gentes de Uri, y otro tanto sucedió con los valles de Brugiasca y de Abiasco sin mas carga por parte de los suizos que enviar todos los años á la catedral de Milan un cirio de tres libras de peso, porque ese tratado se ajustó en nombre del gran cabildo eclesiástico de la ciudad lombarda.

Al paso que los suizos hacian diariamente su nombre mas formidable, nacia entre ellos la discordia; pues los habitantes de los cantones que fueron los primeros en derramar su sangre para conquistar la independencia nacional, sufrian con pesar que las ciudades fuesen las mas influyentes. Natural era que esos pastores y montañeses en cuya vida solo habia fatigas y privaciones estuviesen zelosos al ver las riquezas, el lujo y el poder de que gozaban los vecinos de las ciudades. En semejante estado Soleure y Fribourg que habian hecho grandísimos sacrificios en la guerra contra el duque de Borgoña aspiraron al honor de formar parte de la confederacion; Berna se encargó de apoyar su demanda mientras que Uri, Underwald y Schwitz, ademas de los motivos que para ello tenian y hemos indicado rechazaron esa peticion porque en la época en que la cofradía de los estravagantes llevaba conturbada la Suiza, Soleure, Fribourg, Zurich, Berna y Lucerna se habian aliado para su comun defensa. Efectivamente las ciudades temian que los cantones pequeños diesen la libertad á sus súbditos como al resto de los helvecios; y un acontecimiento imprevisto vino á corroborar esos recelos. Pedro Stalden que era de una familia que se hizo célebre en los campos de batalla se presentó de un modo brillante en la guerra contra los borgoñones en que mandaba el contingente de Entlibuch. Re-

tirado ahora en el pueblo de Escholtzmatt era con frecuencia visitado por su primo Enrique Burgler antiguo landammann del alto Underwald, comunicábale las quejas que tenia contra el baile de Entlibuch y los magistrados de Lucerna, á lo cual su primo solia contestarle: «¿Y por qué no »puede ser landammann del Entlibuch emancipado Pedro »Stalden, el gefe de los valientes que han combatido con »tanta bizarría? ¿hay necesidad acaso de un gobernador? »Tratad al vuestro como nosotros tratamos á nuestro Lan»denberg y asi os admirará la Suiza y la posteridad cele»brará vuestro nombre.» Stalden cedió á tan fuertes consejos, y se convino en que el dia de San Leger que lo era de público regocijo en Lucerna, Burgler introduciria muchos jóvenes de Uri, y que durante la noche algunas gentes idas allí desde el golfo de Alpenach penetrarian en la ciudad pasándolo todo á sangre y fuego y degollando al avoyer y á los miembros del consejo. Desgraciadamente Stalden dejó traslucir el proyecto formado entre él y su pariente, y preso ya le pusieron á la vista algunas pruebas que imprudentemente habia suministrado. Confesólo todo, desabrochándose el vestido manifestó las heridas recibidas en defensa de la patria, abrazó las rodillas de los jueces, delató á su cómplice que no compareció, y á los cuatro meses fue decapitado aunque segun la ley debiera haber muerto en el suplicio de la rueda. Habíase convocado entre tanto una dieta general para Stantz en el bajo Underwald en donde los puntos que se ventilaron promovieron acaloradas disensiones, puesto que aun se trataba del reparto del botin hecho en la guerra de Borgoña y de admitir en la confederacion á Soleure y á Fribourg. Despues de deliberar tres dias los representantes se separaron tan exasperados que en Stantz se decia: «Lo que no han podido hacer el Austria ni la Borgo»ña lo hará la discordia: ha llegado el último dia para la »Suiza.» El venerable Enrique Im-Grund sacerdote de la ciudad en que tuvieron lugar estos debates considera como

inminente la pérdida de la Suiza, y entonces recuerda que vive solitario su antiguo amigo Nicolas Lœvenbrugger, el cual despues de dedicarse con honor á la carrera de las armas en su juventud, se hizo ermitaño y á la sazon era conocido en toda Italia con el nombre de Nicolás de Flue y gozaba de una veneracion general. Pónese en camino el buen sacerdote y va á encontrar al cenobita á quien servia de lecho una tabla y de almohada una piedra, sin tener en la ermita ningun otro objeto, porque á fin de no pensar sino en la oracion habia dejado todos los bienes á su esposa y á sus diez hijos. Apenas hubo oido el relato de Im-Grund cuando con la cabeza descubierta, el cayado en la mano y descalzo se pone en marcha y llegado á Stantz entra en la sala en que estaba congregada la dieta y habla de esta manera: «Queridos confederados, un anciano débil es »el que viene aqui á la voz de un amigo para hablaros de »la patria. Desconozco las artes y las ciencias y solo puedo »daros lo que me ha dado el Dios que concedió la victoria »á vuestros padres y que tambien bendice vuestras armas »confederadas. Vosotros debeis vuestros triunfos á la union »y á la concordia, y ahora os dividis por el reparto de un »botin despreciable. Temed que esta vergonzosa disputa »traspase las paredes de esta sala y llegue hasta los oidos »de los pueblos que os rodean. Vosotros habitantes de las »ciudades renunciad, os suplico, á alianzas y á derechos »que perjudican á los confederados antiguos, y vosotros ha»bitantes del campo no olvideis el valor que Soleure y Fri»bourg desplegaron combatiendo á vuestro lado, y recibid»las en vuestra alianza sin que juzgueis por esto que yo os »aconsejo estender demasiado vuestro territorio. Procurad »tambien, queridos confederados, no mezclaros en cues»tiones estrañas, evitad sobre todo la discordia intestina, y »amaos los unos á los otros. El Todopoderoso sea con vos»otros y os proteja como lo ha hecho hasta ahora.» Estas palabras conmovieron profundamente á la asamblea; en

menos de una hora los congregados se pusieron de acuerdo, y el dia 22 de julio de 1481 Fribourg y Soleure fueron admitidas en la confederacion. Allí mismo se ajustó un nuevo pacto con el nombre de *convenio de Stantz*, en virtud del cual se ratificaron los tratados antiguos, y se dispuso que en adelante las conquistas que resultasen de la guerra y el botin que se hiciera se repartirian por iguales partes entre todos los hombres que hubiesen combatido. Convínose ademas en que ningun ciudadano podria convocar á los vecinos de un pueblo sin permiso de sus magistrados, y que en el caso de ocurrir una revuelta en algun canton, los otros acudirian con mano fuerte para restablecer el órden. Cumplida su mision de paz, Nicolás de Flue se restituyó á su ermita en donde falleció muy pronto á la edad de setenta años, nó sin que este fatal suceso causase una consternacion general en todos los cantones. Las gentes de Underwald acompañaron al cementerio de Saxoln sus preciosos restos que fueron colocados en un rico sepulcro; y aun hoy dia son muchos los peregrinos que van á orar ante la tumba del cenobita que fue tan buen ciudadano.

La concordia pública restablecida por los consejos de Nicolás Flue era un feliz suceso de que la Suiza se aprovechó aunque por corto tiempo, porque sus costumbres no guardaban ya analogía con sus instituciones. Oigamos lo que dice un escritor nacional mas inclinado á disimular los defectos de sus compatricios que á descubrirlos, por cuya razon su testimonio merece crédito absoluto. Despues de la pacificacion de Stantz, dice Zschokke, los magistrados se volvieron codiciosos y altivos, los empleados fueron venales, en las asambleas populares reinaban la grosería y la violencia, y el pueblo bajo se aficionó al robo y al libertinage. Las leyes no eran muchas veces mas que una red que el poderoso rasgaba y en que únicamente el pobre era cogido. La justicia adormecida por mucho tiempo se despertó ejerciendo un rigor sangriento, de suerte que en el espacio de tres meses

los tribunales suizos condenaron á muerte á mil quinientos ladrones y asesinos; porque en una dieta celebrada en Bade se resolvió que cualquiera que robase fuese ahorcado sin consideracion alguna. Continuaba sin interrumpirse la emigracion para servir en la milicia estrangera, y se veian cuadrillas desde ciento hasta mil jóvenes que precedidos por una música atravesaban el Rhin ó pasaban al otro lado de las montañas para ir á afiliarse en los ejércitos de los reyes de donde volvian con botin, si ya no acababan la vida en los combates. Los habitantes de las ciudades, dice el historiador Dubochet, que en los primeros tiempos fueron el escudo y el apoyo de la libertad, habíanse transformado en otros tantos aristócratas altivos y opresores que imponian mil vejámenes á los otros vecinos y que con su ambicion y su orgullo se hacian odiosos á los pueblos de los cantones primitivos en donde reinaba la igualdad aun todavía. Los cantones de menos importancia se arrepintieron de haber dado fuerza al partido aristocrático consintiendo en la incorporacion de Fribourg y de Soleure, y asi por esta como por otras causas nacieron entre los cantones intestinas y sangrientas discordias. Época fue esa muy notable por las sublevaciones populares que tuvieron lugar en todos los puntos de la Suiza. La revolucion que estalló dentro de Zurich, cuyas principales circunstancias referirémos, dará al lector una clara idea de los helvecios en el siglo xv. Trátase de Juan Waldmann uno de los héroes de la guerra de Borgoña, y por la moral de este personage podrá formarse juicio de lo que valian sus contemporáneos. Era Juan Waldmann hijo de un gobernador de Blikestorf, pueblo del canton de Zug; fue á Zurich en calidad de mancebo curtidor, y contrajo relaciones con una muger casada, con la cual se casó cuando fue viuda. Su actividad y su audacia en la guerra llamaron la atencion general, porque desplegó un valor indecible en Mulhouse, en Walshut, en Hericourt y en Morat en donde mandaba ya algunas tropas. Los habitantes de Zu-

rich le nombraron burgomaestre; el rey de Francia, la duquesa regente de Saboya y el duque de Milan le dieron pruebas de la mayor consideracion, y desde entonces Juan Waldmann se reputó en la ciudad de que era primer magistrado como un soberano absoluto cuyos mandatos no debian encontrar resistencia, y á fuerza de vejaciones consiguió hacerse enemigos á los nobles y á los eclesiásticos. Mas cual si aspirara todavía á crearse mas contrarios, olvidándose de que era hijo de un labrador vejó tambien á los simples labradores, ya tan dignos de lástima, porque en vez de ser libres como los habitantes de las ciudades eran sus vasallos. Waldmann los cargó de impuestos, y hollando sus antiguos usos les prohibió reunirse en las tabernas y en otros lugares públicos. Tenia ademas un odio encarnizado á Frischhans Theilig de Lucerna que era uno de los vencedores de Giornico, porque osaba condenar su administracion y su afecto al Austria y á Milan. No satisfecho con odiarle juró vengarse, y un dia en que Theilig habia ido á Zurich para vender lienzos le hizo prender, y por mas que la esposa de ese hombre valiente y una diputacion de la ciudad de Lucerna procuraron dispertar en Waldmann sentimientos de justicia, se mostró inexorable, y hablando del hombre cuya pérdida habia jurado dijo con alusion á su talla que era muy alta: «*Aunque fuese tan alto como una torre es preciso que caiga;*» y sin forma alguna de juicio, lo hizo decapitar públicamente. De este modo se entendian en la época de que hablamos, la libertad individual y la justicia.

Este crímen que quedó impune no fue el único que pudo echarse en cara al burgomaestre de Zurich, el cual hizo arrojar al agua á un ciudadano que se habia atrevido á criticarle, y al mismo tiempo este receloso magistrado recibia subsidios de la casa de Austria enemiga de su patria. En medio de su magnificencia ilimitada y de su desenfrenado libertinage publicaba leyes suntuarias en una ciudad que

como Zurich no podia vivir sino del comercio y de la industria, prohibia cazar á los labradores y mandó echar al lago mas de ochenta perros. Tantas tiranías exasperaron á los campesinos á quienes por otra parte agobiaba diariamente con nuevas cargas. Los pueblos de Meilen y de Hewliberg corrieron á las armas, este ejemplo tuvo imitadores y muy luego se presentaron ante las montañas de Zurich mil quinientos combatientes. «Acordaos, dijeron á los ma»gistrados, de que despues de la guerra de Zurich nos pro»metisteis en la iglesia no imponernos ninguna nueva car»ga.» Waldmann rechazó con mucha altanería la demanda de los campesinos, quienes se dirigieron á los confederados y estos determinaron que la demanda de los labradores debia ser tomada en consideracion y que se les haria justicia. Cegado Waldmann por el orgullo hizo continuar en la declaracion de la dieta, que en puridad era una transaccion, algunas espresiones, segun las cuales parecia que los pueblos confesaban su error y esperarian ocasion mas oportuna para que se enmendasen en sus agravios. Esto era una falsedad que Waldmann hizo cometer al secretario de gobierno, mas apenas se tuvo noticia de este nuevo crímen cometido por órden ó al menos por instigacion del burgomaestre, cuando la indignacion llegó á su colmo asi en la ciudad como en el campo, y Waldmann que se hallaba en Bade fue precipitadamente á Zurich, colocó soldados en las torres, tomando otras disposiciones militares cual si debiera ser atacado. En efecto seis mil insurrectos habian apelado ya á la fuerza, sometido pueblos, y héchose dueños de castillos; y los mismos habitantes de Zurich tenian á Waldmann tan receloso que llevaba siempre una coraza, y por la noche no creia estar seguro sino en el palacio del consejo. Finalmente estalló una sedicion en la ciudad en que era primer magistrado, por cuyas calles se gritaba: *Waldmann, tu reinado ha concluido*. El avoyer de Lucerna á quien los confederados enviaron para que fuese mediador hubo de aban-

donar á Waldmann y á sus cómplices á la ira del pueblo, que de pronto se contentó con encerrarlos en la cárcel de Wellenberg. Instruyóse la correspondiente causa, Waldmann sufrió tormento, fue decapitado en 6 de abril de 1489, y á sus cómplices les cupo poco despues la misma suerte. Tal fue el trágico fin de este hombre á quien los historiadores suizos sin disimular ninguno de sus crímenes consagran lágrimas y recuerdos, sin embargo de que fue condenado por un tribunal, siendo asi que él hizo morir á sus enemigos sin forma alguna de proceso.

No bastaba haber acabado con el burgomaestre de Zurich y con sus cómplices, sino que era preciso restablecer en el canton el órden de que tenian necesidad todas las clases. Los magistrados de Zurich y una diputacion del pueblo defendieron su causa ante una comision federal que logró restablecer la paz entre los habitantes de Zurich y los campesinos vasallos suyos. Esta transaccion á que se dió el nombre de *Edicto de pacificacion perpetua* merece que nos detengamos en ella un momento, porque prueba que hasta entonces la libertad de que gozaban los ciudadanos se les negaba á los habitantes del campo, que á la par de ellos contribuian á las cargas públicas y no estaban menos espuestos á los azares de la guerra. Tambien esta vez copiamos las palabras del escritor nacional Zschokke. «Los comisionados de la confederacion publicaron, dice, un edicto »de pacificacion perpetua en virtud del cual los habitantes »del campo debian sujetarse á fuer de leales y fieles súbditos al burgomaestre y al consejo de la ciudad de Zurich. »En compensacion de esto el edicto les concedia entre otros »derechos importantes el de ír á vender sus frutos donde »quisieran, el de establecerse en cualquier punto que les »conviniese, el de dedicarse á oficios en sus pueblos, cultivar la viña, beneficiar sus tierras, como lo juzgasen oportuno, y elegirse ellos mismos los subbailes.» Del testo de este edicto se deduce claramente que los labradores de las

inmediaciones de Zurich vivian en la esclavitud mas completa, puesto que les estaba prohibido dedicarse á oficios, cultivar la vid, y beneficiar sus tierras como quisieran, de suerte que los habitantes de las ciudades que tanta libertad querian se mostraban muy avaros de ella hasta con sus compatricios y vecinos, y solo comenzaba á hacérseles justicia cuando se los veia apelar á las armas. Establece tambien el mencionado edicto que cuando los pueblos de las márgenes del lago de Zurich tengan que quejarse de alguna medida opresiva por parte de la ciudad deban reunirse dos ó tres parroquias con el objeto de conferenciar acerca de sus quejas, y que diez ó veinte diputados de cada parroquia presentasen sus reclamaciones á una junta federal delegada en Zurich á fin de hacerles justicia. Ese edicto firmado en nueve de mayo de 1489 por los confederados de la comision fue puesto bajo la garantía de siete cantones árbitros.

En los estados pequeños en que los habitantes estan muy cerca unos de otros los odios son muy tenaces y se perpetúan de una en otra generacion, y de aqui proceden reacciones y venganzas que duran á veces muchos siglos. Tales fueron en Italia las sangrientas discordias entre güelfos y gibelinos que tantas ciudades desolaron, y si bien es verdad que en Zurich los recuerdos de lo pasado fueron menos perseverantes, mostráronse sin embargo muy crueles. Los enemigos del antiguo burgomaestre que constituian la mayoría del consejo no solo disiparon los bienes de Waldmann, sino que persiguieron atrozmente á todos los que tenian por sospechosos de ser partidarios suyos ó de haber tenido con él la relacion mas pequeña. Para que surtiese efecto este sistema, dos nuevos magistrados establecieron un gobierno absolutamente despótico y que fue muy inexorable y duro, llegando los sucesores de Waldmann á cometer tantas iniquidades que hubo de echarse de menos el reinado del burgomaestre. Cuando la medida estuvo colmada los destituyeron, y por uno de aquellos cambios tan comunes en las

ciudades que se rigen por sí mismas, llamaron á los miembros del antiguo consejo que aun vivian.

Hemos dicho antes de ahora que en el siglo xv, sobre todo en el período de él que vamos recorriendo, hubo en la Suiza frecuentísimos disturbios, ó hablando mas propiamente intestinas discordias. Entre ellas fueron muy graves las que ocurrieron entre la ciudad y el abad de San Galo, el cual como que tenia derecho para ello hizo edificar en Rorschach un nuevo monasterio en un terreno que era suyo. Esto causó grave descontento á los habitantes de San Galo, y los appenzeles que tantas veces se habian mostrado enemigos del abad, se declararon contra él ahora, y el resultado fue destruir de alto abajo el monasterio. Si bien es cierto que no eran aquellos los tiempos en que los abades de San Galo podian apelar á la fuerza cual en otra época lo hicieron, no se crea tampoco que les faltasen garantías, puesto que subsistian los tratados hechos entre ellos, Zurich, Lucerna, Schwitz y Glaris. Esos cantones intervinieron pues; mas se hubo de combatir para que se le hiciese justicia al abad, ya que ningun efecto produjeron el empeño y los ruegos de los amigos y de los medianeros. Cedieron por fin los habitantes de San Galo y pagaron daños y perjuicios muy considerables: en cuanto á las gentes de Appenzel, los cantones protectores les quitaron el Rhinthal y una porcion del señorío de Sax, como indemnizacion de los gastos que ocasionó la guerra. Por efecto de esta lucha hubo de escaparse el burgomaestre Fambuhler que era uno de los héroes de Granson; se le confiscaron los bienes, y á pesar de haber intervenido Berna y el obispo de Coire, acabó sus dias en un destierro. Los suizos de los cantones de Zurich, Lucerna, Schwitz y Glaris tambien entonces dejaron entrever su ansia de conquistas, puesto que podian indemnizarse de los gastos de la justa guerra en que se habian mezclado sin quitar á los appenzeles una parte de su territorio, lo cual mas ó menos tarde hubiera indudable-

mente traido muy graves consecuencias si no se cruzara entonces un peligro comun á toda la Suiza que la forzó á dirigir sus esfuerzos á un solo objeto.

Maximiliano primero de Austria y emperador de Alemania acababa de conseguir de la Francia que le cediese el condado de la baja Borgoña, el cual reunió muy luego al imperio germánico, teniendo desde entonces en mira verificar otro tanto con la Suiza; mas los helvecios estaban muy lejos de consentir en semejante cosa. Maximiliano apeló de pronto al disimulo, y como los estados de Suabia habian ajustado una liga con el objeto de reprimir las violencias y las usurpaciones, el emperador se hizo reconocer gefe de ella y mandó que entrasen en la misma á los suizos, quienes contestaron negándose positivamente, á pesar de lo cual los diputados de Berna, de Fribourg y de Zurich siguieron al emperador en su viage á Italia. En una sesion de la dieta de Lindau el obispo de Maguncia, despues de haber dirigido muchas amenazas á los confederados esclamó: *Sabrémos daros un amo y basta para ello mi pluma. Otros*, contestó un suizo, *han quedado desairados en este empeño, y seguramente no haréis vos con una pluma de ganso lo que no han podido hacer las alabardas.* El emperador entonces dirigiéndose á los confederados les dijo: *Sois miembros rebeldes al imperio, y algun dia me obligaréis á que vaya á haceros una visita con la espada en la mano.* A esta amenaza contestaron los suizos: *Señor, suplicamos respetuosamente á V. M. I. que se ahorre esa molestia, porque nuestros suizos son gentes muy bastas que ni siquiera respetan las coronas.* La negativa de los suizos ofendió tambien á los miembros de la liga de Suabia, y como entre ellos habia muy frecuentes relaciones de vecindad, por efecto del encono con que se miraban esas relaciones causaron diarias disputas y riñas en las fronteras de la Helvecia y del Austria. Un hombre de Uri encolerizado contra un vecino de Constanza sedujo á los jóvenes de Altdorf, de Underwald y de Zug para que se trasladaran

juntos á esa ciudad y exigieron de ella una contribucion. Constanza se puso entonces bajo la proteccion de la liga de Suabia, pero los suizos se desquitaron muy luego porque las tres ligas de los grisones que gemian por las funestas consecuencias que para ellos tuvo su vecindad con el Austria, ajustaron un tratado de alianza defensiva con Zurich, Uri, Schwitz, Underwald, Zug y Glaris. Maximiliano hizo marchar al punto un ejército austríaco al Tirol, mientras que las tropas de la liga de Suabia invadian la Suiza y el pais de los grisones desde Bale hasta el desfiladero de Luciensteg, punto de entrada de los Alpes rhetios por el lado de Alemania, cubriendo con esto toda la márgen derecha del lago de Constanza y del Rhin. Los confederados se dirigieron á los puntos invadidos, y grisones y suizos rivalizaron en valor. Los contingentes de Appenzel y de Sargans volaron á la defensa de Schollberg, y al mismo tiempo se pusieron en marcha las banderas del Valais, de Bale y de Schaffhouse. De todas partes acudian intrépidos soldados para defender la independencia nacional, y finalmente se combatió en el mes de febrero de 1499. Los imperiales pasando las fronteras de los grisones se arrojaron al Munsterthal y á Engadina. Gracias á la traicion de cuatro vecinos de Mayenfeld Luis Brandis, capitan de Maximiliano, se apoderó de Suciensteg, pero el valor de los grisones reparó muy luego este descalabro. Hallábase entonces en San Juan y en Hœchst entre Bregentz y Hard el ejército enemigo compuesto de diez mil hombres, entre los cuales habia una escelente caballería; mas ese ejército fue tan pronto vencido como atacado, y hubo de huir reducido á la mitad de su fuerza. Adelántanse los confederados hácia los bosques de Bregentz y exigen contribucion de todo el pais, mientras que otro ejército suizo de diez mil hombres invade el Hegau al norte del lago de Constanza y lleva á todas partes el hierro y el fuego. No debe ser de nuestro objeto seguir paso á paso á los combatientes, y tan solo dirémos que los confederados obtuvieron

la victoria en todas partes. El Austria alcanza como por casualidad una ligera ventaja, tras la cual sufrió luego una terrible derrota, puesto que setenta y tres soldados suizos fueron muertos por sorpresa mientras dormian, y casi al mismo tiempo dos mil confederados batian en el bosque de Schwaderlech á diez y ocho mil austríacos. Algunas tropas de los cantones entran en el Wallgau cerca del Rhin superior, en donde hay catorce mil enemigos, á quienes protegen los atrincheramientos de cerca de Frastenz; mas á pesar de esto Enrique Walleb de Uri seguido de un puñado de suizos atraviesa una montaña que cubre la espalda del enemigo y consigue cercar su campo atrincherado; pero Enrique es muerto en el momento de ejecutar esta hábil maniobra. Sus soldados rugiendo en cólera entran á pesar del mortífero fuego de los austríacos en las fortificaciones que los defienden y degüellan á cuatro mil de ellos, dando apenas lugar á los demas para que se salven con la fuga. Nunca los suizos desplegaron valor tan grande, y todos á porfía querian imitar al intrépido Juan Wala de Glaris á quien Zschokke nos representa batiéndose solo en Gams contra treinta caballeros enemigos.

Mientras que los helvecios se coronaban de gloria inmarcesible los grisones aliados suyos hacian prodigios de valor. Quince mil austríacos ocupaban una posicion ventajosa en Malserhaide en el Tirol, cuando marchan contra ellos ocho mil grisones que sin vacilar un momento asaltan las fortificaciones tras las cuales se defienden los soldados de Maximiliano. Al llegar encima de la muralla el gefe Benito Fontana es herido, y se le vió sostener con la izquierda las entrañas que se le salen mientras que sigue combatiendo con la derecha. En tal momento deseando inflamar todavía el ardor de los soldados esclama: «Adelante, camaradas, »adelante, no os detenga mi muerte. ¿Qué importa un hom»bre menos? salvad la patria, salvad la libertad; para noso»tros no hay medio; ó la victoria ó la esclavitud.» Pronun-

ciadas estas palabras muere; los grisones redoblan su energía, y cinco mil cadáveres austríacos cubren los campos de Malserhaide, al paso que los vencedores no tienen mas que doscientos muertos y seiscientos heridos. El emperador Maximiliano recibió la noticia de este desastre estando en los Paises Bajos, de los cuales salió al punto para volver á Alemania y allí mandó á los príncipes del imperio que le enviasen muchos refuerzos á fin de triunfar de los suizos. «Estos villanos labradores, decia, que no tienen virtud ni »nobleza y en quienes todo es grosería, insolencia, perfidia »y odio á la nacion alemana, han tenido arte para arras»trar á su bando que es el de las revueltas á muchos súb»ditos del imperio cuya fidelidad nunca hasta ahora se ha»bia desmentido.» Es indudable que Maximiliano tenia derecho de dar órdenes á los príncipes del imperio, mas estos se reservaban tácitamente la facultad de obedecerlas cuando les convenia, y por esta vez se manifestaron muy poco activos en enviar los refuerzos que se les pedian. Mientras tanto hubo de sufrir el emperador muchos reveses; un nuevo ejército que habia penetrado en la Engadina para someter á la liga grisona fue víctima del hambre y de las peñas que los montañeses hacian rodar desde las cumbres. Un puñado de suizos pusieron al mismo tiempo en fuga otro ejército en las alturas de Bruderholz cerca de Bale, y últimamente seis mil confederados acababan de triunfar en Donarch de quince mil austríacos. Ocho batallas perdidas en menos de ocho meses, mas de veinte mil hombres muertos, las ciudades desoladas, los campos devastados y los castillos reducidos á cenizas dieron al emperador una cruel prueba de que habia incurrido en un grave error al poner á un pueblo en la alternativa de vencer ó de quedar esclavo. Al fin se decidió á terminar la guerra provocada por su ambicion.

Se convocó un congreso en Bale, y en 22 de setiembre de 1499 firmaron un tratado de paz el emperador y los con-

federados. Maximiliano despues de haber colmado de regalos á los diputados de los cantones, renunció á sus pretensiones sobre la Suiza, y desde entonces los habitantes de la Helvecia han gozado sin que nadie haya querido coartársela una libertad por la cual habian hecho tan admirables sacrificios, y consiguieron ademas que se les cediese un *bailío*. Pero lo que produjo mas ventajas fue que Bale, Schaffhouse y Appenzel formaron tambien parte de la confederacion. Bale que tan bizarramente habia combatido en las guerras contra la Borgoña y la Suabia dió muestras del mas vivo júbilo, y el dia en que se leyó el tratado en la plaza pública, abrió de par en par sus puertas, y sustituyó á la guardia de ellas una muger anciana con su torno para hilar, dando á entender que en adelante no tendria necesidad de otra defensa que el terror que inspiraba el nombre de suizo. Tocante á los de Schaffhouse, aunque menos poderosos que Bale habian dado pruebas de grande valor en las últimas guerras en que los valientes estaban aliados con los suizos. Estas dos ciudades constituyeron en adelante el undécimo y duodécimo cantones, y en la confederacion se les dió la preferencia sobre Fribourg y Soleure. La primera de esas ciudades, esto es Bale, fue admitida en ella el 9 de junio de 1501, Schaffhouse lo fue el nueve de agosto del mismo año, y Appenzel que habia hecho alianza con casi todos los demas cantones formó tambien parte de la misma en el año 1513. Ademas de estos aliados debemos decir que los cantones contaban con los de Mulhouse, San Galo, los frisones y el Valais, y á causa de las relaciones que mediaban entre ella y estos aliados contrajeron los mismos compromisos que ligaban á los miembros de la confederacion. Muy poco nos falta que decir para completar la historia militar de la Suiza en el siglo xv, y es que los helvecios tomaron muy gloriosa parte en la guerra que hacia en Italia Cárlos VIII, y al valor de ellos debió el monarca frances la victoria de Fornoue que le facilitó la entrada de Francia. Por lo demas, la parte

heroica de la historia de la Suiza termina casi á fines del siglo xv, pues los grandes esfuerzos de los helvecios se mostraron particularmente en la conqùista de su independencia, nó porque faltasen en época alguna soldados valientes, sino porque desde el siglo xvi no figuraron en las guerras de Europa sino representando el humildísimo papel de mercenarios; y aun muchas veces por efecto de la miserable posicion en que se colocaron se los vió batirse unos contra otros sin mas impulso que el de ganar algun dinero.

Si echamos una atenta ojeada á la Europa del siglo xvi, verémos que las monarquías hoy mas poderosas ignoraban los mas sencillos rudimentos de la ciencia administrativa, de suerte que sin embargo de poseer recursos inmensos no sabian sacar de ellos partido alguno. El espíritu de provincia y de pueblo inoculado en los hábitos, en las leyes y en las costumbres, tenia á cada fraccion del territorio en un verdadero estado de aislamiento que era efecto del sistema feudal. En ese siglo, las familias nobles de mas cuenta aun conservaban vasallos que solo reconocian en el gefe supremo una especie de soberanía á la cual se sujetaban cuando les era ventajoso. Si tal era el estado de la monarquía, mucho mas puro se conservaba el aislamiento en los cantones suizos, en donde cada hombre miraba como su única patria la ciudad ó el campo en que vivia. Partiendo de este principio no es de estrañar que los confederados sirviesen á los príncipes con peligro de degollarse unos á otros á fuer de mercenarios, puesto que los unos batallaban en pro de los franceses y otros vendian su sangre al emperador de Alemania ó al duque de Milan, sin embargo de que con frecuencia estas naciones guerreaban unas con otras. Mas al comenzar la civilizacion á desenvolverse penetró en las grandes monarquías el espíritu de unidad, y algunos ministros sabios como Richelieu y Mazarini ahogaron violentamente ó engañaron por medio de ardides á los herederos de las primeras familias, que hubieron de contentarse con

ser palaciegos y con esperar del favor lo que hasta entonces habian arrebatado á los soberanos á viva fuerza. Este grande cambio, es decir, la sustitucion del espíritu de localidad por un sistema de conjunto, ó sea de unidad, se operó con mucha lentitud, y en Francia no acabó de realizarse completamente hasta el siglo XVII, esto es, ciento cincuenta años mas tarde de la época de que vamos á ocuparnos.

Los suizos alicionados por su propio interes y conociendo por otra parte que la unidad rigurosamente entendida nunca podria existir entre ellos, porque cada canton tenia sus leyes hijas de la diversidad del clima, puesto que un montañes de Uri no podia asemejarse á un habitante de Berna; los suizos, decimos, probaron tambien con el tiempo á estrechar mas los vínculos de su confederacion, harto flojos hasta entonces, mas emprendieron ese camino muy tarde y con modificaciones que les eran peculiares. Por otra parte á principios del siglo XV los cantones, segun la espresion de Zschokke, eran tan independientes entre sí como lo permitian sus mutuas relaciones; y como no dependian de ningun soberano estrangero, bajo este punto de vista la Suiza tenia derecho para calificarse de pais libre. A pesar de esto en el interior de esos estados, el pueblo gozaba poca libertad, pues la igualdad de derechos realmente no existia sino entre los habitantes de los cantones pastoriles, y en los otros sujetos á las ciudades solo lo habia entre los vecinos de la capital, y el resto de la poblacion estaba reducida á la clase de súbdita y algunas veces de esclava. Habia aqui pueblos conquistados ó comprados por las ciudades, á los cuales apenas se permitia el goce de los escasos derechos que en otro tiempo sus condes y príncipes les dejaron: habia tambien súbditos de los cantones pastoriles gobernados en nombre de esas democracias por bailes insolentes y codiciosos. Ni á unos ni á otros era permitido redimir su libertad, menos dichosos en esta parte que no lo fueron en otro tiempo

los confederados cuando estaban bajo el dominio de sus señores y condes.

Ademas de esto el pueblo cuidaba poco de recobrar la libertad perdida ; la vida campestre les habia infundido ásperas y licenciosas costumbres, el hábito de continuas disputas y el gusto de los placeres groseros ; y como no habia guerras en el interior del pais, los jóvenes codiciosos de botin emigraban en considerable número para ofrecer sus servicios á un príncipe estrangero. Faltaban en el campo medios con que educar á la juventud, y los eclesiásticos dejaban que el pueblo se embruteciese en la ignorancia. Las costumbres del clero mismo no eran en general menos depravadas que las de lo restante de la nacion, y sus monasterios corrompidos por la opulencia eran frecuentemente teatro de vergonzosos desórdenes. Los sacerdotes ignorantes y faltos de costumbres no eran capaces de instruir á los fieles con sus lecciones ni de darles buen ejemplo, puesto que muchos de ellos vivian públicamente con concubinas. Casi siempre las capitales de los cantones presentaban el cuadro de la disolucion y de la inmoralidad, porque los ciudadanos y los magistrados estaban divididos, y la envidia y la desconfianza hacian de las diferentes clases del estado otras tantas facciones enemigas. Los hombres que conseguian ocupar un asiento en los consejos se ocupaban de sus intereses y de los de sus familias mas que del bien público, haciendo con este motivo todo lo posible á fin de procurar empleos lucrativos y distinciones de toda clase á sus hijos y parientes. Cierto que en todas partes habia verdaderos patricios y hombres incorruptibles, que colocaban antes que sus intereses personales los deberes de ciudadanos y de magistrados ; pero esos austeros republicanos eran en corto número, y la multitud ni siquiera conocia sus generosos sentimientos.

Cuando los cantones nada tuvieron que temer y los soberanos de la vecindad comprendieron cuán ventajoso les

era tener á sueldo suyo á los suizos cuya vida valia á sus ojos menos que la de sus súbditos, entonces las principales familias de la confederacion aprovecharon estas circunstancias para crearse un nuevo manantial de rentas. El empeño de los príncipes estrangeros en enganchar suizos á su servicio y la inmoderada sed de botin que los jóvenes tenian fueron de grande utilidad para las interesadas miras de los magistrados; y asi es que á despecho de la espresa prohibicion de los gobiernos de los cantones, los suizos jóvenes corrian á millares para alistarse en los ejércitos estrangeros en los cuales la mayor parte eran víctimas de la miseria. Entonces los gobernantes juzgaron mas ventajoso hacer tratados con los soberanos para la formacion de regimientos suizos, mandados por oficiales del pais, regidos por sus propios reglamentos y regularmente satisfechos, de modo que cada gobierno pudiese velar por los intereses de sus administrados en el estrangero.

En aquella época los gobiernos de la Suiza, de los grisones y del Valais comenzaron á hacer un tráfico regularizado con la sangre de sus pueblos, y el primer tratado de esta especie fue el que los confederados ajustaron en Lucerna en 1479 y en 1480 con el rey de Francia. En 1499 la casa de Austria tomó á su servicio soldados suizos, y este ejemplo cundió de uno en otro entre los príncipes de Italia y de otros paises, de modo que los mismos papas á contar desde Julio II tuvieron á su sueldo una guardia suiza. Este mero sistema produjo en la nacion lamentables resultados, pues muchas veces los campos quedaban incultos por falta de brazos que rigiesen el arado, porque la parte activa de la poblacion servia á los estrangeros. Los soldados mercenarios volvian á su patria con la salud quebrantada por los escesos nacidos de la licencia de costumbres y de los ejemplos corruptores; y los hijos de los magistrados y de los ciudadanos principales que eran los únicos que obtenian las plazas de capitanes y de oficiales superiores, al restituirse á

su tierra se granjeaban con las riquezas adquiridas en el servicio una preponderancia opresora del pueblo. El orgullo y la vanidad les hacian ambicionar títulos de nobleza y procurarse con ansia condecoraciones de que hacian ostentosa pompa á la vista de sus compatricios á quienes su superioridad insultaba.

Los reyes supieron sacar provecho de la inconsiderada codicia de los suizos, tenian embajadores entre ellos, distribuian regalos en el pais y se hacian partidarios en los consejos, cuya servil adhesion recompensaban con pensiones y regalos de toda clase. Un canton era frances, otro veneciano, ese milanes, esotro español, y rara vez se veia uno que tomase á pechos los intereses de la Suiza. Los estrangeros no siempre disimulaban su desprecio por los hombres que les vendian sus servicios, y en el año 1516 cuando el emperador de Alemania y el rey de Francia á porfía hacian la corte á los cantones y negociaban en ellos tropas mercenarias, el embajador de Francia tuvo la imprudencia de hacer distribuir en Berna las pensiones que su amo pagaba á los miembros del gobierno. Como que todo parecia permitido en un pueblo degradado por su sed de dinero, ese mismo embajador hallándose en Fribourg arrojó una multitud de doblones á una plaza, y removiéndolos con una pala en presencia del pueblo preguntó á los presentes si el sonido de aquel metal no era mas agradable que las huecas palabras del emperador.

Por aquella época se vió á los doce cantones de los cuales es Appenzel una escepcion honrosa, unas veces aliarse con Milan contra la Francia y otras aliarse con la Francia contra Milan, de modo que la Italia mereció ser llamada el sepulcro de los helvecios. Allí presentaron mas de una vez el repugnante espectáculo de compatricios peleando por un vergonzoso salario contra sus compatricios, y se mataron unos á otros por intereses estraños. Con menosprecio de su sagrado carácter alentaba esta vergonzosa lucha Mateo

Schinner obispo de Sion en el Valais, sacerdote ambicioso é intrigante que adhiriéndose siempre al partido del que mejor pagaba sus servicios armó primero á la Suiza á favor de la Francia y despues contra la Francia y en favor del papa. El pontífice recompensó esta desercion poniéndole el capelo y nombrándole legado cerca de la confederacion.

Este cuadro trazado con mano maestra por Zschokke y del cual hemos presentado algunas pinceladas en nuestro relato, debe forzosamente servir de introduccion á las guerras estrangeras en que los suizos se mezclaron y por las cuales pasarémos rápidamente porque estan ya referidas por menor en otras partes. Nuestros lectores saben ya que los suizos sirvieron á Cárlos VIII cuando invadió la Italia, y que el valor de esos estrangeros fue mucha parte para ganar la batalla de Forni. Luis XII sucesor de Cárlos tuvo tambien la manía de hacer conquistas en la península itálica, y por medio de dinero enganchó dos ó tres mil suizos, con cuyo ausilio se apoderó en veinte dias de todo el Milanesado, mas como el buen rey se olvidó de pagar todo lo que debia á sus infelices ausiliares, estos se pasaron al servicio de Luis Sforza á cuya ruina habian contribuido tan poderosamente, y algunos otros compatricios suyos burlándose de las prohibiciones de sus magistrados fueron á tomar parte en esa nueva lucha y al cabo de un año, esto es, en el de 1501, Sforza entró triunfante en sus estados. Por su parte Luis XII logró enganchar otros suizos, de suerte que en aquella época llegó á tener veinte mil, y gracias á sus esfuerzos pudo conservarse en Italia. Deseoso este monarca de acreditar su agradecimiento en los años 1502 y 1503 dió á las gentes de Uri, de Schwitz y de Underwald los distritos de Palenza, Riviera y Bellinzona que desde el principio de la guerra se habian puesto bajo la proteccion de los suizos. Luis sin embargo volvió á la funesta costumbre de no pagar corrientemente el sueldo á los suizos, que dieron muestras de su descontento, del que supo aprove-

charse el cardenal Schinner su compatricio, y mediante una suma de treinta mil ducados que repartió muy á tiempo trajo á los guerreros de los cantones á favor del papa Julio II. Los grisones á quienes en la distribucion cupo una parte se unieron con los suizos formando juntos en el año 1512 un ejército de veinte mil combatientes. Luego quedaron dueños de los distritos de Lagano, Locamo y Val-Maggia; los grisones por su parte invadieron la Valtelina y los condados de Chiavenna y de Bormio, los franceses abandonaron la Lombardía, y gracias al valor de los suizos el jóven duque Maximiliano Sforza, hijo de Locarno, penetró de nuevo en Milan. Los confederados se mantuvieron mucho tiempo adictos á la misma bandera; en 6 de junio de 1513 triunfaron de los franceses en Novara, y segun dice Mr. Philaretes Chasles, despues de pagados los gastos de la guerra se repartieron la suma de doscientos mil ducados.

Francisco I que subió al trono de Francia en 1515 adoleció como su antecesor de la manía de conquistar á Italia, y antes de atravesar los Alpes logró hacer la paz con la mayor parte de los cantones, los cuales desertaron entonces de la causa del duque de Milan. Los guerreros de Schwitz, de Underwald y de Glaris lejos de imitar este ejemplo continuaron siendo enemigos de los franceses á quienes atacaron en Marignan en los dias 13 y 14 de setiembre de 1515 en aquella famosa jornada á que se ha dado el nombre de batalla de gigantes. Los confederados que eran apenas diez mil hombres tenian que resistir á un ejército de cincuenta mil, y aunque despues de haber puesto en fuga la gendarmería de Francia fueron cogidos por la espalda por los venecianos y hubieron de abandonar el campo de batalla, hicieron su retirada con el mayor órden llevándose en hombros toda la artillería y los heridos, y Francisco I temiendo la desesperacion de esas gentes, mandó que en el acto cesasen de atacarlos. El rey de Francia que en Marignan habia combatido como simple soldado no perdonó ninguna

especie de sacrificios á fin de granjearse la adhesion de los guerreros de los cantones, y por último á fuerza de dinero y de promesas en 1516 los decidió á que firmaran con él un tratado de paz perpetua, y tuvo tambien la felicidad de conseguir que no se permitiese á sus enemigos reclutar en el pais de la confederacion. Ligados los suizos de una manera tan completa siguieron combatiendo en Italia, si bien que en provecho de la Francia, y tambien militaron á las órdenes de Francisco I contra el emperador, el papa y el duque de Milan, y por fin el mismo monarca firmó en 1531 una paz todavía mas solemne con los confederados, quienes le proporcionaron un ejército de diez mil hombres con el objeto de que pudiese conservar la Italia. Ultimamente amaneció para los suizos el dia de los reveses, y en la batalla de Bicoca dada en 22 de abril de 1522 sufrieron una pérdida de tres mil hombres: la derrota de Pavía les costó siete mil, y tambien murieron muchos en la fatal espedicion intentada contra Nápoles por el mariscal Lautrec. Estas desgracias les sirvieron de leccion y se calmó ese furor que tenian de guerrear en Italia. Los magistrados de muchos cantones prohibieron que en adelante se admitiesen pensiones ni regalos de los estrangeros, y finalmente los confederados que habian contraido los vicios de todos los pueblos con quienes combatieran, viviendo en adelante en el seno de sus familias hallaron otra vez sus primitivas costumbres; mas á las agitaciones de la política ó sea de la guerra, suceden los disturbios religiosos, cual si los pueblos no debiesen vivir nunca en reposo.

El siglo XVI parece haber sido destinado á comenzar la serie de revoluciones que de tres siglos á esta parte hacen tan dramática la historia de Europa. La era del feudalismo tan fecunda en guerras locales habia terminado para siempre é iba á ser reemplazada por el reinado de la inteligencia. La imprenta inventada algunos años antes habia dado un impulso general, y por una consecuencia necesaria pro-

dujo el espíritu de exámen, de suerte que los pueblos sustituyeron á las creencias recibidas hasta entonces con respeto, las discusiones que se hacian estensivas á todo; y como entonces la religion ocupaba en la sociedad el primer puesto, llamó la atencion de todos y particularmente de los hombres de algun valer. Eran en esa época las costumbres de todas las clases groseras á la vez y corrompidas: y el clero numeroso entonces era difícil que se librase del contagio universal, mucho mas cuando por un concurso de circunstancias muy fatales destrozaba á la iglesia católica un espantoso cisma. Nuestros lectores no ignoran que tres papas se disputaron la tiara lanzándose mutuamente anatemas, y antes que ellos un Borja habia escandalizado al mundo con desacatos, desórdenes y escándalos contra los cuales sus contemporáneos se declararon abiertamente. Por fin Leon X protector de las ciencias y de las artes, pero mas bien príncipe que sucesor de San Pedro, solo se ocupaba en arrancar contribuciones á la cristiandad con el objeto de poner fin á la mas hermosa iglesia que posee Roma. El pontífice hacia vender indulgencias, y este ramo de comercio, ó si se quiere, esta contribucion voluntaria fue comprada en Suiza por el franciscano Bernardino Samson. Parece que los fieles de la confederacion deseaban ardientemente procurarse indulgencias aunque fuese á costa de dinero, mas los hombres religiosos vieron en esta diaria venta de cosas santas un ultrage al cristianismo, y á su vez los magistrados se quejaron de que semejante tráfico hacia salir de Suiza inmensas sumas. Comenzó á manifestarse cierta agitacion, mas esto no bastaba sino que era menester que se personificara, esto es, que un hombre conocido se declarase implacable adversario del comercio de indulgencias. Apareció ese hombre, que fue Ulrico Zwingle hijo de Wildhaus en el Toggenbourg, cura de Nuestra Señora de las Ermitas, y varon tan recomendable por su saber como por sus virtudes. Desde la cátedra del Espíritu Santo de-

nunció como un crímen el derecho que el franciscano Bernardino Samson afirmaba tener del papa para vender el perdon de los pecados, y el mismo obispo de Constanza aprobó lo que públicamente predicaba Zwingle. Como suele suceder siempre en tales casos, el cura no se concretó al asunto, sino que inflamado por la oposicion que se le hacia y apoyándose en la Biblia que interpretó en conformidad con las luces de su razon, declaró que una vida en que abundasen las buenas obras y un corazon sencillo y piadoso eran mas meritorios á los ojos del Criador que las maceraciones y las romerías. A los ojos del nuevo reformador el pan y el vino de la Santa Cena no debian ser considerados sino cual símbolos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; en este concepto proscribió la misa, poco despues el dogma del purgatorio, la adoracion de los santos y el celibato de los sacerdotes, de suerte que hizo en el catolicismo una revolucion completa. El momento era oportuno porque, como dice un autor nacional, la Suiza tenia muchos hombres, en particular eclesiásticos, distinguidos por sus luces, y en las ciudades habia buenas escuelas; mas el pueblo del campo, segun lo llevamos dicho, estaba sumido en la mas crasa ignorancia; apenas se encontraba allí quien supiese leer y escribir, y la mayor parte de los labradores no tenian sino un conocimiento muy imperfecto de la religion, porque casi siempre los pastores que se encargaban de enseñarles las verdades del cristianismo eran tan ignorantes como ellos. Grave mal por cierto, pero era mucho mayor cuando esos sacerdotes en vez de inspirar al pueblo una piedad ilustrada lo mantenian á propósito en su estúpido embrutecimiento, ó bien ocupándose de los placeres terrenales mas que de su sublime ministerio daban impúdicos ejemplos de avaricia, de depravacion y de libertinage.

Profundamente afligian á los hombres ilustrados y virtuosos tales escándalos; la impunidad de que gozaban los sacerdotes era un abuso que irritaba, súpose con indignacion

que el nuncio del papa habia absuelto á un fraile que tuvo relaciones ilícitas con una monja, y era cosa pública que Ulrico Frinkler abad de Cappel habia introducido la corrupcion en una casa de religiosas. En Berna los dominicos apelaban á las mas indecentes farsas para engañar al pueblo, y especulaban con la credulidad de los hombres sencillos fingiendo apariciones y milagros con que trastornaron el juicio del infeliz Jetzer. Entre los seculares, lo mismo que entre los eclesiásticos, los hombres honrados clamaban eficazmente por una reforma, mas esos mismos hombres, sirviéndonos del lenguage de Zschokke, no estaban de acuerdo con respecto á los límites en que debia esa reforma circunscribirse. Unos la querian casi omnímoda, otros muy restringida, y no faltaba quien sintiéndose dispuesto á ceder en varios puntos se mostraba inexorable en otros. Al mismo tiempo en los cantones democráticos como Uri, Schwitz y Underwald se miraba con horror cualquiera innovacion hecha en las antiguas creencias, y lo mismo sucedia en Lucerna. Finalmente entre los reformadores y entre los sinceros partidarios de la religion antigua se mezclaban personas que pasando alternativamente de uno á otro campo derramaban la semilla de una guerra civil esperando que de ella les resultaria algun provecho.

Las doctrinas de Zwingle tuvieron principalmente buen éxito en las ciudades, y asi es que desde luego contaron con muchos partidarios en Zurich, Berna, Bale, Schaffhouse, San Galo, Bienne y Coire; mas no sucedió lo mismo en el campo, especialmente entre los montañeses. Inquietos los magistrados por lo que podria sobrevenir abrieron conferencias, cuyo resultado fue que aferrándose todos mas y mas en su opinion respectiva, concibieron un odio encarnizado contra el que se declaraba adversario de sus creencias. El punto en que mas efecto produjo Zwingle fue Zurich á donde fue de cura, de suerte que todos los habitantes y al frente de ellos los miembros de los consejos que constituian

el gobierno, adoptaron con entusiasmo todas las reformas que propuso. No se crea que los católicos ilustrados se declarasen defensores de los abusos introducidos en la iglesia católica, pero temian una reaccion violenta que diese al través no solo con los transitorios abusos, sino con la religion misma: «Meditad bien lo que vais á hacer, decian á los re»formadores; nos echais en cara nuestros yerros, mas sien»do como sois hombres lo mismo que nosotros ningun de»recho teneis para juzgaros infalibles. Nosotros seguimos »las tradiciones de hombres piadosos, que estan quince si»glos mas cerca de nuestro Salvador que nosotros, y no »hay razon alguna para que con preferencia á ellos os de»mos crédito á vosotros que sois de hoy. Meditad bien lo »que haceis: mientras que en vuestros discursos suena »siempre el amor de Dios, sembrais en vuestra patria la »discordia sangrienta, la guerra y la desolacion.» A pesar de todo esto la reforma predicada por Zwingle y por sus discípulos hacia incesantes progresos como una novedad, mas luego tuvo en las principales ciudades de Suiza hombres cuya elocuencia electrizaba al pueblo. En Berna figuraban entre ellos Berthold, Haller, Lúpulus y Nicolas Manuel; en Bale, Œcolampade; en el pais de los grisones Enrique Spreiter, Juan Commander y Juan Blasius; en Bienne, Tomas Wyttenbach, y por fin Guillermo Farel en las márgenes de los lagos de Neufchatel y Ginebra. Despues de las conferencias que duraron diez y nueve dias en Berna fueron abolidas la misa y la adoracion de las imágenes; en otras ciudades se cerraron los conventos, se permitió á los sacerdotes que se casaran y se comulgó bajo las dos especies. No contentos los habitantes de las ciudades con trastornar de alto abajo el catolicismo, obligaban á las gentes del campo á quienes tenian como súbditos, á que adoptasen todas las reformas hechas por ellos, importándoles muy poco la repugnancia de aquellos; y de esta opresion que es la mas espantosa de todas porque obra sobre

la conciencia nacieron enemistades y odios encarnizados.

Si las ciudades dirigidas por magistrados y predicadores conculcaban de esta manera toda especie de tolerancia, fácil es comprender cuál se conduciria el populacho violento y grosero que consideraba como un placer despedazar las imágenes de los santos, romper las cruces, é injuriar del modo mas infame á los católicos fervorosos. Zwingle por su parte no era mas mesurado en materias políticas que en las religiosas, y se servia de las unas para mezclarse en las otras diciendo que los suizos para quienes era un pecado comer carne en cuaresma no escrupulizaban en vender la sangre humana á los príncipes de todos los paises. Este ataque dirigido contra los cantones católicos, cuyos guerreros habian servido tantas veces á sueldo de los monarcas, exasperó á esos cantones que echaron al fuego los libros del reformador Lutero. Verdad es que con esto no hicieron mas que obedecer las órdenes del soberano pontífice, pero á impulsos de sus propios sentimientos pronunciaron sentencia de muerte contra cualquiera que en su pais predicase la reforma.

Soleure y Fribourg la rechazaron tambien, en Glaris y en Appenzel la poblacion se dividió en católicos y protestantes, y estos últimos se dieron en toda la Suiza el nombre de los fieles de la Iglesia evangélica. Pronto apareció otro orígen de escándalo y de divisiones, en los bailíos comunes, esto es, en aquellos cuya soberanía pertenecia á cantones reformados y á cantones católicos, pues en ellos los habitantes cambiaban de religion segun las circunstancias del momento. Esta veleidad llevaba inquietos á los cantones cortos, sobre todo con respecto á su poder, porque estaban convencidos de que tarde ó temprano las creencias de la iglesia evangélica ganando siempre terreno, acabarian por alcanzar el triunfo, con lo cual su ascendiente político era fuerza que perdiese en esos bailíos toda su importancia. Los escesos de toda especie que cometian los anabaptistas exasperaron

hasta el último punto á los habitantes de la Helvecia que eran católicos y que reputaban á los primeros reformadores como la causa de tantos crímenes y desastres. Los anabaptistas en última analísis no hacian mas que llevar hasta las consecuencias mas lejanas las doctrinas de Lutero y de Zwingle, pues como ellos interpretaban segun su capricho la sagrada escritura apoyándose en su dictámen individual para fallar de un modo definitivo en materias religiosas. Aplicando la reforma desde el orígen hacian bautizar otra vez á los adultos; predicaban en mitad de los campos y de los bosques; proclamaban con fervor la igualdad absoluta y la comunidad de bienes y de mugeres que habian ya puesto en práctica, y vaticinaban la próxima venida del Mesías que emanciparia á los hombres de toda dependencia espiritual y temporal. Esos fanáticos reconocian por sus gefes en Suiza á Manz y á Grebel de Zurich; la dulzura y la persuasion no eran mas capaces de volverlos al buen camino que los suplicios, y todos habian caido en una especie de enagenacion mental mas ó menos completa, de suerte que en un momento de exaltacion religiosa uno de ellos llamado Tomas Schumcker, cortó en la cumbre de una montaña la cabeza de su hermano diciendo que era una víctima espiatoria que se sacrificaba para redimir los pecados del género humano.

Berna cerró el monasterio de Interlacken y en lugar de los monges católicos puso pastores reformados, cosa que causó un escesivo júbilo á los labradores porque se creyeron libres para siempre de los diezmos y demas tributos que pagaban á los monges; pero su alegría fue corta y su indignacion estrema cuando los ciudadanos de Berna se declararon herederos del monasterio, á lo menos por lo que tocaba á los diezmos y demas servidumbres. Con este motivo los mismos campesinos despidieron en masa á sus pastores, entraron otra vez en el gremio de la iglesia católica y al instante corrieron á las armas. Deseosos los ber-

neses de evitar una guerra civil eligieron por árbitros algunos labradores de otro pueblo, súbditos suyos tambien, quienes fallaron á favor de Berna; mas esta ciudad política siempre, hizo gracia á los campesinos de la mayor parte de los diezmos que pagaban á los monges de Interlacken, y los declararon aplicables á los pobres de los lugares. Los monges de este antiguo monasterio que no osaban acudir á las armas, acaudillados por el abad de Engelberg impulsaron á la revuelta á los habitantes de Oberhasli, quienes echaron fuera á los pastores que les habian dado y los sustituyeron con sacerdotes católicos. Este ejemplo fue imitado por los habitantes de los valles de Grindelwald, de Æschi y de Frutigen; algunos distritos del Omberland sacudieron tambien el yugo que se les habia impuesto, y en seguida pidieron al canton de Underwald tropas que les fueron concedidas. Los berneses marcharon al punto con fuerzas considerables, pero los insurrectos y el contingente de Underwald apelaron á la fuga y los otros celebraron su triunfo castigando con la última pena á los principales gefes del movimiento y obligando á los otros á que les pidieran perdon de rodillas. De esta manera entendian los reformados la libertad y la tolerancia religiosas. Semejantes remedios eran muy poco á propósito para restablecer la paz, y asi fue que el mutuo odio de los dos partidos tomó un carácter de cada dia mas violento. El landammann de Frauenfeld en Turgovia llamado Werhli que habia desplegado un celo muy intolerante contra la reforma fue preso al pasar por Zurich, y aunque se sabia quién era lo ejecutaron públicamente, mientras que las gentes de Schwitz cogian á Kaiser pastor reformado de Uznach y lo quemaban en una hoguera como herege. Las cosas llegaron á tal punto que nadie osaba entrar en un canton en que se profesase distinta creencia que la suya sin temer muy seriamente por su vida. La desconfianza y el odio eran tales por una y otra parte que el bailío Antonio Abacker de Underwald obligado á ir á los bailíos libres para

desempeñar allí las funciones de su empleo creyó del caso hacerse acompañar por una escolta armada. Los reformados de esta provincia temblaron á su vez por la llegada de este magistrado católico, y deseosos los de Zurich de ponerlos al abrigo de sus violencias, enviaron en 1529 ochocientos infantes á Bremgarten y á la abadía de Muri, y algunos millares de hombres al pais de Gaster en la Turgovia y á las fronteras del canton de Zug. Tambien los berneses levantaron un ejército de diez mil hombres á fin de obrar segun lo exigiesen las circunstancias, mientras que los cantones católicos hacian por su parte demostraciones no menos hostiles, puesto que Uri, Schwitz, Underwald, Zug, Lucerna y el Valais reunieron tropas en sus fronteras despues de haber ajustado para la defensa de la fe católica una alianza con el rey de Hungría y con Fernando duque de Austria hermano del emperador.

La Suiza estaba próxima á una guerra civil y los confederados iban á derramar mutuamente su sangre cuando Æbli, landammann de Glaris, y Sturm, stadtmeister de Strasbourg lograron en 26 de junio de 1529 que se firmara un tratado de paz en Cappel en el canton de Zurich; mas con un proceder digno de los mayores vituperios los reformados y sobre todo los habitantes de Zurich redoblaron sus esfuerzos para que triunfasen las creencias que desolaban los cantones católicos, y á la muerte de Francisco Geisberger abad de San Galo, ausiliados por los glarisos consiguieron la secularizacion del abad de San Galo y la iglesia de la abadía se transformó en templo reformado. Los cantones católicos se sintieron heridos en lo mas vivo, y las personas previsoras vaticinaron que la guerra no podria evitarse. En tales circunstancias los berneses se dirigieron á los habitantes de Zurich á fin de inspirarles aquel espíritu de paz y de conciliacion que debe reinar entre confederados, y les dijeron que con cerrar sus mercados á los cantones forasteros los obligarian á respetar escrupulosamente los pactos del

tratado de paz que se firmó poco antes. Los de Zurich por el contrario sostuvieron que semejante medio sobre no ser bastante los presentaria á ellos como promovedores de la guerra, y que por tanto era mas razonable ponerse abiertamente en estado de hostilidad; y este fue por fin el dictámen de los mismos berneses. Los cantones católicos sometieron á su juicio las siguientes observaciones: *Vosotros »propagais vuestro nuevo culto por medio del ardid y de la violencia, nosotros no podemos permitir que la Santa Fe de nuestros antepasados desaparezca enteramente del suelo que nos »han trasmitido en herencia. Vosotros nos enagenais el ánimo de »nuestros súbditos, alentais á los rebeldes, habeis permitido que »los revoltosos del Rhinthal osasen ultrajar al bailío de Underwald, y ahora mismo y á vuestra vista lo tienen preso en la »casa de la ciudad de Altstaetten. Vosotros despojaistes de sus »derechos y de sus bienes al abad de San Galo, vosotros habeis »invocado el derecho federal y habeis sido sordos á nuestras reclamaciones; os hemos dirigido palabras de paz y vosotros nos »cerrais vuestros mercados. Decida pues la espada entre nosotros y vosotros, ya que asi lo habeis querido, y Dios será nuestro árbitro.»*

Sin pérdida de tiempo los cinco cantones católicos dirigieron hácia Zug y los bailíos libres, ocho mil hombres, cuya presencia inspiraba un terror universal porque al encontrar por los caminos santas imágenes profanadas y restos de altares, vengaban de un modo terrible estos escesos. Los de Zurich hicieron marchar á las órdenes de Jorge Goldli la vanguardia que defendiese á Cappel, y los diputados fueron á implorar la ayuda de las otras ciudades en que dominaba la reforma religiosa. Mas como entre estas ciudades reinaban divergencias no supieron entenderse, al paso que entre los católicos todo era concordia y armonía. Sin embargo como en Zurich era muy grande el fervor religioso corrian á las armas los hombres á quienes la edad aconsejaba el reposo; algunos miembros del consejo quisieron combatir

tambien, y Zwingle á quien á fuer de sacerdote debiera haber horrorizado la sangre empuñó las armas. Mientras que estas gentes salian de Zurich los católicos atacaban el campo de Cappel, por la mañana Goldli fue á tomar posicion del monasterio en donde estaba protegido por un foso, y se mantuvo allí en órden de batalla; mas hácia las once rendidos de fatiga los soldados habian ido á buscar que comer al monasterio y á las casas vecinas, en términos que no habia doscientos hombres sobre las armas.

En aquel momento se anunció la aproximacion del enemigo, un toque de caja reunió el ejército, vino un trompeta de Lucerna para traer la declaracion de guerra, y Goldli celebró consejo. No faltaron hombres prudentes que aconsejasen la retirada, mas prevaleció el dictámen opuesto, y ya los católicos ocupaban las alturas inmediatas y ponian las piezas en batería; mas como entonces era poco conocido el uso de los cañones se hizo fuego durante algunas horas sin que de él resultasen pérdidas considerables. Cuando el grueso del ejército que estaba en marcha oyó desde lejos el cañoneo aceleró el paso, pero como la subida era muy arriesgada convenia aguardar que se reuniese toda la gente, á lo cual se opusieron Zwingle y Lavater esclamando: *Libremos á estos valientes aunque nos cueste la vida*. Ya los católicos aprovechando un descuido de Goldli eran dueños de un bosque de pinos, que cubria el frente y el ala izquierda de Zurich, y á pesar de que las circunstancias se iban haciendo graves, los cinco cantones se negaban á combatir hasta la mañana inmediata, porque aquel dia era la fiesta de los Inocentes. «*Pensad en los inocentes de vuestras familias y nó en los del »calendario*,» esclamó Jauch que habia esplorado la posicion y que cargó con la responsabilidad del ataque emprendido por su propio movimiento á la cabeza de trescientos voluntarios. Los de Zurich advirtiendo la maniobra del enemigo quisieron aprovechar el desórden ocasionado en la marcha por algunas desigualdades del terreno y apoderarse

del bosque antes que llegasen á él los otros, mas el proyecto salió fallido, porque vacilaron en su ejecucion, y entonces pensaron hacerse dueños del camino de Hausen ocupando la altura de Monchbuhl que le domina. Para subir allí era preciso atravesar el bosque por lo largo, y como los soldados que Jauch habia ocultado en aquel sitio hicieron una descarga y las tropas de Underwald ansiaban por venir á las manos, el ejército de Zurich hubo de aceptar el combate. Lavater y Zwingle estaban en medio de la pelea exhortando los guerreros; la victoria se mantuvo por mucho tiempo indecisa, las fuerzas ocultas en el bosque cargaron en medio de la mas terrible gritería; entró el desórden en las filas de Zurich, disputóse encarnizadamente la bandera que de mano en mano fue arrebatada á los vencedores, hasta que por fin la noche puso término á la persecucion y los restos del ejército derrotado se reunieron en el Albis. Por ambas partes hubo crecido número de muertos, y entre ellos lo fueron muchos abades y el Sr. de Geroldseck que habia dejado por el combate su soledad de Nuestra Señora de las Ermitas. El suceso mas memorable de aquella sangrienta jornada fue el fin de Zwingle á quien encontraron vivo todavía, pero tendido al pie de un peral con una herida en la cabeza y muchas en un muslo. Los católicos le preguntaron si queria confesarse y le dijeron que invocase á los santos; mas como no contestaba, el capitan Vokinger le dió el golpe mortal diciéndole: *Muere pues, herege endurecido*. La caja anunció que iba á juzgarse á un herege, y á poco rato el cadáver fue descuartizado y quemado por mano del verdugo de Lucerna, y se dijo entonces, aunque no es cosa que haya podido probarse, que sus cenizas fueron mezcladas con las de un cerdo.

Tal fue la primera batalla á que dió lugar en Suiza el fanatismo religioso de los de Zurich, y su relato está tomado de M. de Golbery que lo sacó de los mas acreditados historiadores de la Helvecia. Sensible es que un católico diese el golpe

mortal á Zwingle que era el primer causante de aquella guerra civil, pero que al fin era su compatricio y estaba indefenso y herido, y no menos digno de lamentarse que despues entregasen al verdugo los restos de un hombre á quien podian vituperarse yerros pero nó delitos. Es cierto que Zwingle fue el primero que contribuyó á que naciera en Suiza el fanatismo de que fue víctima, mas por desgracia los hombres se aprovechan muy poco de esta leccion que con tanta frecuencia nos presenta en sus páginas la historia.

Apenas los habitantes de Zurich tuvieron noticia de la sufrida derrota, cuando hubo en la ciudad una consternacion universal: los ancianos clamaban eficazmente por la vuelta de sus hijos, las mugeres se informaban con la mayor ansia de si sus maridos habian tenido la dicha de salvarse de aquel desastre: los niños corrian por las calles llorando á sus padres; acá se tocaba á rebato y en otra parte se veian á la luz de las antorchas escenas de desesperacion y de luto. Dictáronse al momento medidas de seguridad; incorporáronse en las filas de los reformados cuantos tenian fuerza bastante para llevar una arma, se reclamaron socorros á Berna, y mas de doce mil hombres corrieron á reforzar la posicion del Albis. Lavater que por su temeridad contribuyó lo mismo que Zwingle á la pérdida de la primera batalla, revistó las tropas á las cuales se hizo en seguida un sermon. A la mañana siguiente en Bremgarten esperaban el contingente de Berna y se adelantaron á recibirle en vez de hacer mandar refuerzos para reunirse á los soldados de Voedenschweil, que tenian meditada una invasion contra Schwitz, invasion cuyo resultado debia obligar á las tropas de los cantones victoriosos á retirarse. Los soldados católicos aprovecharon la falta que los de Zurich y sus aliados cometieron, para ocupar á Ottenbach, en donde debian reunirse con otro cuerpo de soldados entre los cuales militaban algunos italianos, á cuya cabeza estaba Isola. Por

otro lado el avoyer Sebastian de Diesbach se dirigia á Lentzbourg con seis mil hombres y en favor de los católicos, y hacia imposible una invasion en el territorio de Lucerna. Mulhouse, Bale y Soleure acudieron asimismo á Lentzbourg desde donde marcharon sobre Bremgarten en cuyo punto hallaron al contingente de Zurich; uniéronse con el ejército que constaba de veinte y cuatro mil hombres Schaffhouse, Appenzel, San Galo y Erlach que trajo la segunda bandera de Berna bajo la cual militaban seis mil. Amenazados por tan considerable número de fuerzas, los católicos emprendieron desde luego la retirada; pero en Blikenstorf los dos ejércitos se encontraron cara á cara. Los de Zurich intentaron tomar por el frente y por la retaguardia la posicion que los católicos ocupaban, y en 23 de octubre fue circuido por Frey que tenia á sus órdenes hasta cuatro mil hombres. Los reformados fiando en el número no daban muestras de tomar ninguna precaucion de guerra, no se veian patrullas ni habia guardias ni fortificaciones, y no existia la obediencia ni ninguna clase de disciplina. Muy luego los católicos entendieron el desórden que reinaba, y de repente á las dos de la mañana dieron un fuerte ataque á sus enemigos. Los de Zurich y sus aliados en vez de empuñar entonces las armas se defendieron lenta y perezosamente. Frey que los mandaba cayó muerto al comenzar la batalla, y entre los reformados no se oyó otra cosa que el grito de *sálvese quien pueda*. El dia anterior habian destruido é incendiado los lugares por donde pasaron, y sobrecogidos de terror atravesaban ahora el mismo pais cuyos caminos desconocian; unos perecieron despedazados en las caidas desde lo alto de las rocas, y otros dieron en las manos de los católicos cuyas creencias habian ultrajado y cuyo corage estaba en su colmo. Dos mil reformados perdieron la vida en este segundo encuentro; fue mucho mas crecido el número de los prisioneros y quedaron en poder de los vencedores once piezas de artillería y cinco banderas. Esta derrota tuvo lu-

gar en 24 de octubre de 1531 en el monte Gubel situado cerca de Mezingen. La vanguardia católica que habia triunfado de los de Zurich y sus aliados no se componia mas que de seiscientos hombres mandados por Juan Hug, hijo del avoyer de Lucerna.

Los habitantes de Zurich que observaran en estas circunstancias una conducta muy reprensible sintieron la necesidad de hacer las paces. En las dos acciones que acababan de darse perdieron en el campo de batalla veinte y seis miembros de sus consejos general y particular, y sus aliados parecian fatigarse ya de una lucha que en los principios era tan funesta, de manera que en realidad no podia tomarse otro partido que ceder. Los grisones partidarios de la reforma habian detenido su marcha, los glarisos evangélicos manifestaban ánimo de ser neutrales; los habitantes del Toggenbourg querian entrar en arreglo con los cantones católicos é intervinieron á favor de la abadía de San Galo; y aunque los berneses prometian, era de manera que hacia entender cuán lejos estaban de cumplir sus promesas. Los cantones católicos que habian sido provocados dieron pruebas de una moderacion que les hizo mucho honor, y siendo asi que á fuer de vencedores podian haber exigido condiciones muy rigurosas y sobre todo era temible que se mostraran intolerantes, se dieron por satisfechos con que en los bailíos comunes las dos religiones tuviesen igualdad de derechos, conviniendo ademas en que se restableceria el culto católico en el Toggenbourg, en Gaster, en Wessen y en Rapperschwyl. Aunque la guerra les habia ocasionado gastos considerables dejaron para una época lejana el arreglo arbitral de este punto. Por fin en 6 de noviembre se firmó la paz en Teinikon en el canton de Zug. Los plenipotenciarios despues de haber dado gracias á Dios puestos de rodillas, se abrazaron y vertieron lágrimas de contento. Berna accedió desde luego al tratado de paz é indemnizó en dinero los males causados por sus tropas; y otro tanto hicieron Bale,

Schaffhouse, Mulhouse y San Galo cuyo abad fue restituido á su ministerio. Los cinco cantones católicos mandaron á los de Soleure que les entregasen una indemnizacion de mil florines ó abrazasen otra vez la religion antigua; y si bien mucha parte de los habitantes se adhirieron sin la menor repugnancia á este último partido, no sucedió lo mismo en la capital, por cuyo motivo los católicos pusieron un cañon en frente del sitio en que los reformados celebraban sus sesiones, y sin duda iba á correr de nuevo la sangre como que ya se aprestaban á hacer fuego cuando un hombre abriéndose paso por entre la muchedumbre colocó el pecho en la boca del cañon y con voz de trueno dijo: «Bárbaros, si ha»beis de derramar la sangre de vuestros conciudadanos aqui »teneis la mia y vertedla la primera.» La multitud reconoció la voz del avoyer Wengi; calmóse la ira y se convino en que los reformados que no quisiesen abjurar las nuevas doctrinas se desterrarian del pueblo. Hízose asi, y entonces el catolicismo quedó triunfante en el canton de Soleure en donde se habian separado de la comunion romana treinta y cuatro pueblos.

Entre tanto la reforma continuaba haciendo progresos en la Helvecia, y como ya queda dicho se introdujo entre los grisones, aunque no fue recibida allí por la generalidad y no causó tampoco ningun disturbio. El culto evangélico que asi le llamaban los sectarios de Zwingle tuvo adictos en Sion, en Louech, en Lausana, en los pueblos de las márgenes del Leman y finalmente penetró en Ginebra dando en ella orígen á muchos disturbios. Desde aquella época esta ciudad que mas tarde debia representar un papel tan brillante formó parte de la historia de Suiza, por cuya razon bien es justo que nos ocupemos de ella.

Esta ciudad, cuna de Juan Jacobo Rousseau y de otros muchos hombres eminentes, pertenecia á los allóbrogas, y á su respectivo tiempo habia sufrido el dominio de los romanos y el de los borgoñones. Durante una larga serie de si-

glos tuvo obispos, cuyo poder era muy grande, titulábanse príncipes, eran dueños de inmensas propiedades, y tenian sobre la ciudad verdaderos derechos de soberanía. A pesar de esto los príncipes temporales estaban representados por vasallos, personages de grande importancia á quienes se daba el título de condes de Ginebra y que acabaron por hacerse dueños del poder. De aqui tuvieron orígen entre los condes y los obispos muchísimas disputas, de las cuales los ciudadanos apoyando alternativamente á los unos y á los otros habian sacado grandes privilegios y franquicias que supieron defender con energía. Despues de inútiles y reiteradas tentativas para apoderarse de Ginebra y de su reducido territorio, los condes de Saboya lograron hacerse en ella numerosos partidarios; compraron despues los derechos de los condes de Ginebra cuando quedó estinguida la familia de estos, y su influjo que fue siempre en aumento hubiera sido fatal para la libertad de aquel pueblo, si por fin este no hallara un apoyo en Berna y en Fribourg con los cuales ajustó una alianza defensiva despues de la guerra contra Cárlos el Temerario. Los ciudadanos amigos de la libertad se apellidaron *Eidgenossen* porque estaban unidos por medio de juramento con los confederados de la Suiza, y de este nombre corrompido por el uso vino á formarse el de *hugonote* que se dió á los protestantes. Los adictos á la casa de Saboya fueron llamados *mamelucos.*

El ginebrino Berthelier renovó en 1518 en nombre de sus compatricios la alianza que unia á su patria con Fribourg, y este paso exasperó de tal manera al duque de Saboya, que despues de muchos debates entró en Ginebra con un ejército é hizo morir á Berthelier y á muchos ciudadanos respetados. Graves daños causaron á los hugonotes las persecuciones y los robos de una liga hecha por los nobles del pais de Vaud que habiéndose comprometido en una orgía á comerse á los ginebrinos con cuchara tomaron el título de *caballeros de la cuchara* y llevaban una en señal de

su union. La reforma introducida en Ginebra por esa época aumentó el desórden que en ella reinaba y la exasperacion de los ánimos. Bonnivard prior de San Víctor fue el primero que predicó la nueva doctrina, y aunque el duque le hizo sufrir un largo cautiverio en el castillo de Chisson, los hugonotes, es decir, los ciudadanos de Ginebra adversarios del duque se adhirieron casi todos al protestantismo llamando con esto sobre sí la cólera de su obispo que en union con los príncipes de Saboya les hizo sufrir los efectos de su crueldad. Berna y Fribourg acudieron al ausilio de sus oprimidos aliados enviándoles doce mil hombres; y el duque estremecido convino en firmar la paz de San Julian y se comprometió so pena de perder el pais de Vaud á respetar las libertades de que la ciudad de Ginebra gozaba. Continuaron á despecho de este las persecuciones; y como merced á la vigilancia y al valor de los ciudadanos salia fallida la tentativa hecha por el duque y por el obispo para sorprender á mano armada la ciudad, el prelado hubo de refugiarse en el pais de Gex y nunca mas volvió á su diócesis. Ginebra proclamó entonces su independencia y echó fuera á todos los monges y á todos los *mamelucos* que no quisieron abandonar su partido.

En aquella época fue á domiciliarse en Ginebra el célebre Juan Chauvin ó Calvino, que dió su nombre á la religion de Zwingle como Américo Vespucio ha dado el suyo al nuevo mundo descubierto por Colon. Ese hombre austero, duro, iracundo é intolerante instituyó en aquella ciudad el culto reformado por medio de una disciplina severa, reprimió los desórdenes que eran comunes á todas las clases, y con sus discursos inflamó al pueblo de un nuevo celo á favor de la libertad.

El duque de Saboya mientras tanto impulsado por los eclesiásticos que formaban su corte conservó todas sus pretensiones sobre Ginebra, los mamelucos desterrados y los gentiles hombres de *la cuchara* tenian casi sitiada la ciudad

con las correrías y merodeos que hacian en su territorio; los habitantes no osaban salir á cultivar las tierras por temor de ser muertos; el comercio estaba enteramente arruinado é iban faltando las provisiones. En semejante apuro acudieron á sus aliados, y aunque Fribourg, cuando Ginebra se declaró reformista rompió los sellos de su alianza con ella, Berna al instante puso sobre las armas siete mil hombres que se hicieron dueños del pais de Vaud, echaron de su rica diócesis al obispo de Lausana, libertaron á Ginebra y se introdujeron en el pais de Gex.

Ninguna ciudad de Suiza habia dado tantas pruebas de tino y de penetracion en su política como Berna, la cual tambien esta vez supo aprovecharse de las circunstancias. En efecto, el duque de Saboya amenazado por la Francia no pudo intervenir, y los habitantes del pais de Vaud, lo mismo que Ginebra, contaron desde entonces con un porvenir venturoso. Los berneses calculando que les era ventajoso renunciar á algunas de sus conquistas alcanzando en recompensa garantías de seguridad para la parte que conservasen, regalaron á la ciudad de Fribourg los condados de Rue y de Romont. Asi tambien los del Valais que habian ofrecido su cooperacion á los berneses conservaron el bailío de Monthey que se estiende entre San Mauricio y el Drande. La reforma religiosa quedó dominante en el pais de Vaud en donde los berneses establecieron bailíos; Lausana y algunas otras ciudades conservaron sus antiguas libertades que perdió el resto de la comarca, de donde resultó que casi todo el pais de Vaud quedó sujeto al canton de Berna que supo gobernarlo con dulzura. La soberanía de ese pais aumentó la importancia del canton, el cual en 1554 adquirió los valles de Rougemont y de Oron que le fueron vendidos por el conde de Gruyere, y por otra parte Fribourg se aprovechó de las escaseces del mismo señor para comprarle una considerable porcion de sus estados.

Es digno de notarse que los confederados no admitieron

á Ginebra en su alianza á causa de los frecuentes disturbios que habia en la ciudad, con la cual solo Berna mantuvo estrechas relaciones. Por un singular cambio de fortuna la ciudad que por mucho tiempo fue sede de obispos muy poderosos se convirtió en centro de un protestantismo exaltado y fanático que aun todavía dura. Admitido segun antes hemos dicho en Ginebra el famoso Calvino, desplegó aquella tenacidad de carácter propia de los hijos de la provincia de Picardía en Francia, de donde era hijo. Despues de haber fijado como única regla en materias religiosas la razon individual, cuando quiso coadyuvar á la caida del catolicismo no pudo sufrir la contradiccion mas ligera é hizo perecer en las llamas á Servet que no estaba de acuerdo con él en materias teológicas. Sin embargo de que no debia representar otro papel que el de ministro protestante, se erigió en legislador, y con este carácter hizo pompa del mismo vigor que habia desplegado como sacerdote, de suerte que los habitantes de Ginebra se vieron agobiados bajo el peso de la doble tiranía de un hombre que ni aun era compatricio suyo. Se castigaban con cárcel y con tormentos las faltas mas ligeras y se imponian penas muy graves al fraude, al juego, al crímen de llevar un vestido demasiado rico y á la inobservancia del domingo. Por la menor sospecha de lujuria se precipitaba á los indiciados en el lago, y las mugeres no podian entrar en la iglesia con la cabeza descubierta.

Hemos visto que la reforma causó en Suiza una guerra civil muy perjudicial á Zurich, cuya conducta fue en verdad en estremo vituperable, y sin embargo de que se firmó un tratado de paz, aquella armonía que es la esencia de toda confederacion tardó mucho en restablecerse, sobre todo en los bailíos poseidos en comun por cantones católicos y protestantes. Pasarémos rápidamente por esas controversias religiosas que no ofrecen ningun rasgo de grandeza, porque nada fatiga tanto como el relato de asesinatos y de de-

sastres cuando no producen cambio alguno en la suerte de los pueblos. En el bailío de Lugano, mas allá del monte de San Gotardo, estaban entre los adictos á la reforma religiosa Lelius y Fausto que habian propagado doctrinas atentatorias á la divinidad de Jesucristo, por cuyo motivo fueron arrojados de allí y muchos de sus discípulos castigados con un cadalso. Como estas crueles medidas eran dictadas por los cantones católicos que ejercian el bailío y una parte de los derechos de soberanía, los cantones reformados que en la misma tenian otra parte hicieron enérgicas reclamaciones en favor de esos hombres correligionarios suyos; mas los católicos les contestaron que el tratado de paz y de tolerancia anteriormente firmado no se estendia á los bailíos italianos, y en este concepto echaron de ellos á todos los reformados en marzo de 1555. Mugeres, niños, varones y ancianos se pusieron en marcha para buscar un asilo entre sus correligionarios de Suiza, y Zurich dió asilo á mas de ciento de ellos que en recompensa importaron allí el arte de tejer la seda y de teñirla. En ese mismo tiempo el nuncio del papa trabajaba ahincadamente para restituir Génova y el pais de Vaud á la casa del duque de Saboya, pero Berna que nunca se descuidaba ajustó una transaccion muy atinada, cediendo espontáneamente al duque reinante Manuel Filiberto el pais de Gex y toda la parte del Chablais que los guerreros de su canton habian conquistado en 1536. En cambio de esto el duque de Saboya en virtud de un tratado concluido en Lausana renunció á todas sus pretensiones al pais de Vaud, y á fin de que este tratado tuviese una fuerza indestructible salió garante de él el rey de Francia. Dijérase que la pérdida de Ginebra era inminente pues se quedaba aislada en medio de muchos enemigos que deseaban sujetarla; mas en tales circunstancias Berna no abandonó á su aliada, la cual por otra parte en 1584 firmó un tratado con el canton de Zurich.

Bien pronto estallaron nuevas controversias religiosas

acompañadas con los mas horribles desastres. Cárlos Borromeo arzobispo de Milan fue á la Valtelina en una época en que los grisones fundaban escuelas reformadas; y si bien quisiera oponerse á este proyecto funesto al catolicismo y encontrar en los fieles un eficaz apoyo, como en ese pais todo el mundo estaba cansado de disputas religiosas Borromeo fue recibido en todas partes con una frialdad grandísima. Lo contrario le avino en los cantones católicos de Suiza para quienes fundó un seminario en Milan, y al fin pudo lograr que residiera continuamente en Helvecia un nuncio. Cuando este enviado de la corte de Roma se presentó en Berna en el invierno de 1580 recibió órden de salir inmediatamente de la ciudad y los muchachos le persiguieron por las calles tirándole bolas de nieve. Un suceso que en sí mismo no tenia importancia alguna precipitó á los cantones católicos á un paso que podia conducirles á una separacion completa de sus confederados, es decir, de aquellos que pertenecian á la iglesia evangélica. Tratábase en 1582 de recibir el calendario reformado por el papa Gregorio XIII. Bastaba que conviniese á los fieles adictos á la corte de Roma para que los protestantes de la Helvecia rechazasen ese calendario que era muy superior al que le habia precedido. Los cantones católicos formaron entonces entre ellos mismos una liga cuyo plan habia estendido antes Cárlos Borromeo y cuyo resultado en sentir de los reformados debia ser forzar á que profesasen las doctrinas ortodoxas, únicas tenidas por verdaderas, todos aquellos que en adelante se separasen de ellas. Sin querer aplaudir ni vituperar esta medida, dirémos que los diputados de Lucerna, de Uri, de Underwald, de Schwitz, de Zug, de Fribourg y de Soleure ajustaron en 10 de octubre de 1586 una alianza á que se dió el nombre de *liga de oro* ó *liga de Borromeo*.

El embajador de España aprovechó aquella coyuntura para concluir un tratado de alianza entre su amo y los can-

tones católicos; y á impulsos del soberano pontífice mas de ocho mil confederados fueron á Francia á combatir contra los hugonotes, lo cual no impidió que los guerreros de los cantones evangélicos acudiesen al mismo pais en ausilio de sus correligionarios. Hé aqui que cuando los hijos de la Helvecia no podian matarse unos á otros en su patria corrian á otra parte á buscar campos de batalla, acumulando de esta manera odios sobre odios, como lo ha dicho el moderno historiador Dubochet. «Mientras que los suizos »se hacian guerra civil y religiosa en un suelo estrange»ro, el menor pretesto bastaba para que corriese la san»gre en el suyo, ó para que estallara una guerra entre »aliados.»

Mulhouse como ciudad imperial pertenecia á la Alemania, pero de dos siglos á aquella parte estaba unida por medio de tratados con Bâle, Berna, Fribourg y Soleure, de manera que en 1515 tenia voto deliberativo en la Dieta. Los hermanos Finninger, vecinos de esta ciudad, siguieron litigio en reclamacion de unos bosques, y como el fallo les fue contrario pensaron apelar á un tribunal austríaco y despues á la dieta de Suiza. Los cantones católicos intervinieron en favor de los Finninger con la esperanza de que esta podria contribuir á que los habitantes de Mulhouse se adhiriesen otra vez al catolicismo; y simultáneamente los miembros del consejo acudieron á los cantones evangélicos que abrazaron su partido. Tanto bastó para que los cantones católicos devolviesen á los miembros del consejo de Mulhouse el acta de su alianza despues de haber hecho pedazos los sellos. Mientras tanto estalló en la ciudad una revolucion, y gracias á los manejos de los partidarios de Finninger el populacho alcanzó el triunfo y los miembros del consejo fueron destituidos como autores del rompimiento de la alianza con los católicos de Suiza. Los cantones reformados despues de muy enérgicas quejas enviaron á Erlach á la cabeza de mil quinientos hombres para sujetar á Mulhouse que ha-

bia llamado á su socorro una guarnicion austríaca. Despues de la mas encarnizada resistencia los guerreros de los cantones evangélicos penetraron en la ciudad en cuyas calles continuó la lucha, mas al fin vencieron los suizos y despues de desarmar á los austríacos hicieron morir en un patíbulo á los principales gefes de la revuelta. Desde entonces quedó rota la alianza entre Mulhouse y los cantones católicos, y á consecuencia de ello esta ciudad ha perdido el derecho de ser representada en la dieta.

Vamos á presentar á nuestros lectores el cuadro que de esa época traza Mr. Philaretes Chasles, y en él se verá que por efecto de las guerras religiosas la Suiza se hallaba entonces en una situacion verdaderamente deplorable. «Algunos capuchinos van á predicar á Appenzel y arman á los »hermanos contra los hermanos. En todo el canton no hay »mas que persecuciones y muertes, y los otros cantones á »fin de contener esta barbarie se ven obligados á intervenir »y á asegurar la paz con el nuevo espediente de una espe»cie de divorcio nacional. Dividen los cantones en dos par»tidos, cada uno de los cuales tiene su creencia, su gobierno »y su tribunal; un rio marca los límites de las dos comu»niones: los protestantes en número de diez mil trescientos »veinte y dos viven á un lado, y en el otro habitan los ca»tólicos que no son mas de dos mil setecientos noventa, y »las dos fracciones llamadas *Rhodes interior* y *Rhodes esterior* »envian á la dieta sus diputados que han de votar juntos. »Un landammann católico que queria encender otra vez la »guerra es arrojado del pais, va mendigando su sustento y »al fin muere en un establo. Sin embargo acaban la dicha y »la libertad de la Suiza; las guerras de religion penetran en »todas partes; inflaman el Valais de donde destierran á los »reformados; impulsan á los habitantes de la hermosa ciu»dad de Bienne á sostener la guerra contra su obispo, y se »cruzan con esta cuestiones de intereses. La peste reune »sus estragos á los que el fanatismo causaba en Suiza, y la

»muerte negra, que este nombre le daban, arrebata la cuar»ta parte de la poblacion. Cada ciudad cuenta sus víctimas: »Bale tiene cuatro mil, Zurich cinco mil, dos mil Glaris, la »Turgovia treinta y tres mil quinientos ochenta y cuatro; »quedan despobladas las cumbres de los valles de los griso»nes; Ginebra pierde la tercera parte de sus habitantes, »quema brujas para ahuyentar la epidemia y condena á »muerte á veinte y cuatro hombres y á siete mugeres acu»sados de haber comunicado voluntariamente el contagio. »Estos miserables confiesan su delito, declaran que se re»gocijaban de los progresos de la enfermedad que en su »jerga llamaban *clandia*, y que al encontrarse se pregun»taban si estaba dispierta ó dormida, si tenia apetito ó »ayunaba y si habia entrado ó nó en esta ó en la otra »casa.»

Llégales su vez á los grisones, mas para formar una idea clara de las desgracias de este territorio preciso es que retrocedamos algunos pasos. Hecho dueño del Milanesado el rey de España queria poseer la Valtelina sujeta á los grisones, contando ponerse por este medio en comunicacion con el Tirol y estar en contacto con el Austria, aliada suya; mas el rey de Francia hostil al Austria y á la España comunica á los grisones el plan de esta última potencia. Desgraciadamente los montañeses se dividen en dos fracciones. Hércules de Salis, dice Mr. Philaretes Chasles, se pone á la cabeza del partido frances y protestante, al paso que Rodolfo de Planta dirige el católico sostenido por el Austria y por la España. De pronto triunfa la Francia y su bando hace formar causa en Coire y condenar como traidores á Jorge Reali, y á Gaspar Balsegs, á cuyo favor interceden en vano los confederados. El odio de los partidos se adormece por un instante, pero la Francia y la España lo dispiertan y entonces se intriga para alcanzar pensiones del estrangero, se conjura, se asesina, se ejercen venganzas y nuevos tribunales sacrifican nuevas víctimas. En la Engadina hay es-

pantosas carnicerías, y las mugeres se ven obligadas á lanzarse á las bocas de los cañones entre sus hermanos y sus esposos á fin de evitar que unos á otros se maten. Lo que habia conseguido este sexo que solo vive de sensibilidad y de amor fue destruido por los curas á cuya voz se alza la Valtelina y resuelve pasar á degüello á todos los protestantes. Cunde la noticia, estos comienzan á bañarse en la sangre de los que habian meditado su esterminio, la hacen correr por los cadalsos y riegan con ella los campos de batalla. El tribunal protestante de Thusis condena á muerte á Juan Flougi, obispo de Coire, confisca sus bienes, dota la cabeza de Rodolfo Planta, encierra á Rusca arcipreste de Bidano, hombre venerable á quien envenenan despues de haberle dado tormento, y acaban con la vida de Zambra landammann de Praxel, anciano de setenta y cuatro años. «La sangre de estas dos víctimas, dice Zschokke, llamó sobre sus verdugos la venganza del cielo y todos los males á la vez cayeron sobre la Rhetia. ¡Infeliz el pueblo en donde el fragor de las armas sufoca la voz de la justicia!» A tantas calamidades públicas vinieron á juntarse nuevos males que no puede impedir ni precaver la sabiduría humana. La ciudad de Plurs situada en el valle de Chiavenna provincia sujeta á los grisones debia su prosperidad al trabajo, y todos los años esportaba mas de veinte mil libras de seda elaborada. En el dia 4 de setiembre de 1678 se vino abajo una parte del monte Conto á cuyo pie se estiende la ciudad de Plurs y cubre algunos campos. Sabedores de este accidente los habitantes de esta ciudad industriosa, no le dieron gran importancia y continuaron sus habituales tareas. De repente se oye al anochecer un mugido subterráneo al cual sucede un silencio lúgubre; el torrente de la Maira se queda en seco durante dos horas, y al amanecer la atmósfera se presenta cargada de una nube de vapor y de polvo y han desaparecido la ciudad de Plurs y el pueblo de Cilano aplastados bajo la desprendida cumbre del Conto. Los es-

combros de la montaña se alzan á cien pies sobre las habitaciones y cubren como un vasto sepulcro los cadáveres de dos mil quinientas víctimas. Zschokke de quien tomamos este relato lo termina con las siguientes palabras: «Esta »catástrofe sumergió la Valtelina en la consternacion, mas »este afecto distrajo por muy breve tiempo de los proyectos »de revuelta y de venganza que la muerte de Rusca habia »sugerido al pueblo.» Los grisones tambien manifestaron sentir por algun tiempo la destruccion de Plurs: mas bien pronto se la hicieron olvidar los furores de la guerra civil. Algunos pueblos de la liga gris marchan hácia Coire á fin de hacerse justicia por sí mismos, y por su parte acuden tambien los guerreros de Engadina, de Prettigau y de otros distritos amigos de la Francia. Llegan á las manos en 1619 y comienza á correr la sangre cuando intervienen otros habitantes, erigen en Coire un tribunal que mitiga las penas impuestas por el de Thusis y levanta el destierro á los hermanos Planta. Mas estas nuevas sentencias son hechas pedazos por los habitantes de la Engadina, de Munsterthal y de Davos, quienes espulsan de Coire á los miembros del tribunal neutral y ponen en fuga á sus tropas. Finalmente crean en Davos una junta que destierra á los espatriados que acababan de alcanzar el perdon, y los ministros protestantes estimulan mas y mas este rigorismo. Los dos hermanos Planta que ven con cuánta crueldad se les cierran las puertas de su patria se ponen bajo la proteccion del emperador Fernando y mueven á este monarca á que haga marchar tropas austríacas contra los grisones; y cual si esto no bastara hacen enganchar en el Tirol italiano soldados poco antes licenciados, y luego su próximo pariente Jaime Robustelli promueve una insurreccion en la Valtelina y arrastra consigo á toda la gente de mal vivir que hay en el Milanesado.

Robustelli penetra en la Valtelina en 19 de julio de 1620, y hay un general degüello de reformados. Es atacado el

pueblo de Tirano capital del valle, cuatro fusilazos dan la señal, suena el toque de rebato, se persigue, se fusila, se degüella á los reformados y se los mata á pedradas. Arrojan sus cadáveres á las aguas del Adda: ancianos, mugeres, niños de teta, todo se confunde en esta general carnicería en donde la esquisidad de la mas atroz barbarie acrece los tormentos de las víctimas. A los unos les cortan la nariz, á otros los carrillos ó las orejas, á esos les arrancan las entrañas, á aquellos les llenan la garganta de pólvora y le pegan fuego. Un cortante se jacta de haber muerto á diez y ocho personas por su mano: la cabeza del cura reformado de Tirano es plantada en la punta de una pica puesta en el púlpito del templo: en todas partes se repiten las escenas de horror y de profanacion, y sin embargo de que son mas propias de caníbales que de cristianos se prolongan durante muchos dias y Robustelli queda dueño de la Valtelina.

Estos lamentables acontecimientos no bastan para atraer á la concordia á los grisones: pues los comunes católicos de la liga gris no quieren hacer marchar tropas contra los revoltosos de la Valtelina, mientras que en las otras dos ligas los guerreros se alzan y parten á las órdenes de Ulises de Salis y de Juan Guler. En el momento en que estas tropas atraviesan las montañas á fin de invadir la Valtelina, entraba desde el Tirol al Munsterthal un cuerpo austríaco llamado por los hermanos Planta y puesto á las órdenes del general Baldiron el cual exigia la vuelta de los desterrados, y por otra parte iban en ausilio de aquel territorio soldados milaneses que se adelantaban por el pais de Chiavenna. El reducido ejército de los grisones que ocupaba ya la mitad del valle se mantuvo á la defensiva, pues como habia pedido á la Suiza refuerzos que podian llegar de un momento á otro resolvió aguardarlos. Mas como las disidencias religiosas que entre los mismos confederados habia, los imposibilitaban de prestarse mutuo ausilio, mientras Berna hizo marchar dos mil hombres á las órdenes del general Nicolas

de Mulinen para que se reuniesen con los grisones, los católicos se preparaban á interceptarles el paso en Mellingen. Mulinen toma un rodeo y llega á Zurich, en donde encuentra dos mil hombres mandados por el coronel Santiago de Steiner: esta tropa reunida quiere á toda costa atravesar la Marca, el canton de Schwitz toca á rebato contra ellos; con este motivo tienen que tomar mil rodeos, y si bien algo tarde se unen por fin con los grisones y todos marchan sobre Tirano. En 11 de setiembre de 1620 se traba un combate en que perecen Mulinen y todos los oficiales berneses á escepcion de uno, y encuentran una muerte gloriosa Fluri, Sprecher y muchos otros gefes grisones; mas á pesar de esto la escasez de pólvora y de vituallas los fuerzan á pasar otra vez las montañas.

Mientras tanto se insurrecciona la liga gris y Pompeyo Planta se pone á la cabeza de aquel movimiento que se presentan á sostener mil y quinientos hombres enviados por los cantones católicos. Discutíase ya un proyecto para que la liga gris fuese admitida entre los confederados como décimo cuarto canton agregándosele la Valtelina y separándose ella de las otras dos ligas, mas en esas deplorables circunstancias los buenos ciudadanos hicieron los mayores esfuerzos para reunir á los partidos y pudieron recabar que fuesen otra vez llamados los embajadores, lo cual sin embargo fue cosa muy transitoria. En efecto preséntase el embajador de Francia que crea un nuevo partido; mientras que por su parte el gobernador de Milan emplea diestros emisarios que derramando el oro á manos llenas granjean á la España muchísimos amigos. Finalmente los diputados de los cantones lejos de restablecer la paz entre los grisones solo procuran dividirlos, y el ejército bernés deja el pais. Jorge Jenastsch, antes ministro reformado, y despues con motivo de la guerra civil, cabeza de facciones, sorprende á Pompeyo Planta en el castillo de Reitberg y lo degüella por su misma mano; y luego seguido por los guerreros de

la Engadina, de Bergun y de Munsterthal vence en 11 de abril de 1621 á los cantones católicos en territorio de la liga gris, cuyos habitantes renuncian al tratado que en Milan tenian hecho. Otra vez se entablan conferencias con España y con Austria para conseguir la restitucion de la Valtelina; mas esas negociaciones no producen resultado alguno, y aunque muchos pueblos se arman á fin de recobrar el territorio conquistado, todas esas gentes son rotas por los españoles. Entonces el emperador dijo á los diputados: «Ya »que quereis la guerra, guerra tendréis.» A consecuencia de esto en 1621 se adelanta un ejército austríaco guiado por Rodolfo Planta y ocupa la Rhetia, y su general en gefe Baldiron lo pasa todo á sangre y fuego; la liga de las diez jurisdicciones queda desde luego subyugada, y los habitantes hincados de rodillas hacen juramento de fidelidad á la casa de Austria. Para colmo de desdichas un ejército español é italiano pone en fuga la guarnicion que en Chiavenna habian dejado los grisones; y aquellas tropas mandadas por el duque de Feria todo lo talan, asesinan poblaciones enteras, y añaden á tantas miserias el sarcasmo y los ultrages. Una bandera austríaca atravesó la montaña llevada por un pastor á quien un soldado austríaco hacia andar á latigazos repitiendo incesantemente: *asi es como debe domesticárselos.*

Tantos desmanes provocaron la revolucion. A la fuerza quiso obligarse á los vecinos de Prettigau á que fuesen á misa para oir los sermones de los capuchinos, mas ellos contestaron: *basta ya: si hemos de perder nuestra patria y nuestra libertad, salvemos al menos las almas.* Van á ocultarse en los bosques que convierten en arsenales, fabrican mazos que arman con puntas de clavos, hacen de los cuchillos puñales y las hoces se transforman en lanzas. El Domingo de Ramos de 1622 salen á deshora de sus guaridas, caen de improviso sobre el campo y los puertos austríacos, matan cerca de cuatrocientos enemigos, cogen gran número de prisioneros y ahuyentan á los restantes. Desde allí marchan

en columna cerrada sobre Mayenfeld en donde se habian refugiado los austríacos, y sobre Coire en donde estaba apostado el general en gefe Badiron con la flor de las tropas austríacas y españolas. Ponen sitio á estas dos plazas mientras que el pueblo de las diez jurisdicciones de la liga, estimulado por el ejemplo de los vecinos de Prettigau se levanta en masa, pónense á su frente Rodolfo de Salis, el landammann Pedro Gulen de Davos y Enderli de Mayenfeld, y vuelan á reunírseles voluntarios de las otras dos ligas y de los cantones de Suiza. Entre esos generosos defensores se ve á los appenzeles, y los suizos que no fueron enviaron fondos. Despues de una larga serie de combates y de triunfos, Baldiron hizo una vergonzosa retirada y el pais quedó libre de la presencia de los enemigos.

Hubiera sido preciso que los confederados prestasen ausilios á los grisones para que estos pudiesen consolidar la alcanzada victoria; mas lejos de hacerlo asi volvió á aparecer en aquel mismo año Baldiron á la cabeza de diez mil soldados. Despues de increibles esfuerzos quedaron dueños de todo y todo lo pasaron á sangre y fuego, y á esto añadióse una epidemia que trajeron las tropas húngaras y que llenó de luto y de desolacion el pais entero. La liga gris y la de la casa de Dios para conmover al emperador mandaron diputados hácia Lindau; mas el monarca exigió desde luego que la liga de las diez jurisdicciones en adelante formase parte de sus estados hereditarios; y ademas quiso que las otras dos ligas le diesen en todos tiempos paso por sus dominios para los ejércitos suyos, condiciones que no podian ser admitidas en aquellas circunstancias. Muchos grisones emigraron al saberlas, y aunque el interes de su propia independencia les aconsejaba á los confederados que acudieran al gefe del imperio, su proceder fue en verdad muy distinto. Los suizos católicos consideraron los desastres que caian sobre los grisones como justo castigo del crímen de que se habian hecho reos, abandonando la religion de

sus abuelos: creian que las desgracias que sufrieron eran un aviso del cielo y que ahora no les quedaba mas recurso que someterse á los decretos de la Providencia. Los suizos que habian adoptado la reforma no podian comunicar las mismas ideas á sus correligionarios, de manera que al separarse Juan Enrique Holzball de estos desdichados les dijo que se compadecia de sus males y que él rogaba á Dios que se los aliviase, pero que los suizos bastante tenian que sufrir con las propias discordias para mezclarse en cuestiones agenas.

Las diez jurisdicciones y la baja Engadina se resignaron á su suerte, esto es, á sufrir el yugo del Austria, pero fue haciéndoseles de dia en dia tan pesado y cruel que la desesperacion se apoderó de todas las clases del pueblo; mas afortunadamente la política francesa corrió á libertarlos. Luis XIII comprendió cuán peligroso era para él que la Rhetia permaneciese en poder del Austria, y por lo mismo en el año 1623 alióse con el papa, Venecia y la Saboya. El soberano pontífice interviene como mediador y conserva cual en depósito la Valtelina, esperando que se hiciese en esta provincia un arreglo definitivo. Esta previsora medida no bastaba al rey de Francia, y sus soldados despues de atravesar la Suiza cuyo paso les facilitaron Berna y Zurich, penetraron en el pais de los grisones. Grande número de emigrados de este marchaban en la vanguardia de los franceses, y entre ellos Rodolfo de Salis, Jorge Jenastsch y muchos otros caballeros esforzados. Los de Zurich habian provisto al ejército de Luis XIII de un cuerpo ausiliar á cuya cabeza estaba el coronel Gaspar Schmidt; los berneses por su parte habian hecho salir guerreros á las órdenes de Nicolas de Erlach; acudieron tambien algunos voluntarios del Valais; los grisones á la vista de sus libertadores se alzaron en masa, y los austríacos viéronse obligados á abandonar el territorio de las diez jurisdicciones, de la Valtelina, de Chiavenna y de Bormio. Hechas estas conquistas el conde de Cœuvres, gefe del ejército frances declaró á los

grisones, que por cierto quedaron muy descontentos, que estas provincias se gobernarian por sí mismas, pagando por ello un tributo anual. Este desenlace que los grisones no debian esperar les arrebataba algunos súbditos, pero su dolor fue grandísimo al saber que los monarcas de Francia y de España acababan de confirmar por el tratado de 5 de marzo de 1626 la declaracion del conde de Cœuvres. Mientras tanto las tropas estrangeras dejaron la comarca y un ejército del soberano pontífice fue á guarnecer la Valtelina. Tal era el estado de las cosas cuando en el año 1629 estalló la guerra entre la Francia y la España. De pronto el emperador hizo entrar en el pais de los grisones un ejército compuesto de cuarenta mil hombres. Esta vez fue preciso ceder, y las diez jurisdicciones y la baja Engadina se sometieron al terrible yugo que les impuso el Austria. Este infeliz pueblo, abrumado por el peso de los tributos y de las exacciones de todas clases veíase obligado á agotar hasta su último recurso para procurar víveres y alojamientos á los soldados estrangeros que sin cesar atravesaban el pais, y la carestía consiguiente á esto produjo otro contagio que sacrificó cerca de doce mil habitantes. Finalmente el obispo de Coire apoyado por los austríacos sometió para siempre á su dependencia á todos aquellos que antes fueron vasallos suyos.

Mientras que una nacion no pierde el sentimiento de su dignidad ni la confianza en sí misma, para todo hay remedio, tarde ó temprano brilla para ella el dia de reconquistar su libertad. Los grisones confirmaron estas verdades en las actuales circunstancias, pues su resurreccion política fue no tanto obra de los sucesos que se declararon en su favor como de su energía.

Difícil era prever el término de tantas calamidades cuando se supo por el mes de junio de 1630 que el emperador acababa de asentar paces con la Francia y que en un artículo del tratado se habia comprometido á retirar las tropas

que tenia en el pais de los grisones. Sostenia entonces una muy peligrosa guerra en Alemania y acababa de saber que el rey de Suecia Gustavo Adolfo pasaba el mar para reunirse á sus enemigos. Apenas los austríacos dejan el pais, las tres ligas renuevan su pacto federativo y se alzan seis mil hombres para defender las fronteras. El duque Enrique de Rohan yerno del célebre Sully y embajador de Francia cerca de los suizos y grisones es nombrado general en gefe en 1631. Su primer cuidado es fortificar los desfiladeros del lado de Italia y del Tirol; en 1632 introduce tropas francesas y se dispone á la guerra; pero sin embargo no intenta la conquista de la Valtelina porque aun subsistia entonces la paz entre el emperador y la Francia. Tres años transcurren de esta manera, mas Luis XIII despues de firmar un tratado de alianza con el rey de Suecia manda á Rohan que rompa las hostilidades, y entonces un ejército frances atraviesa el territorio de Bale, Berna y Zurich, hasta llegar al pais de los grisones. El duque de Rohan entra inmediatamente en campaña, y estan á sus órdenes los coroneles Georges, Jenastsch, Florin y Pedro Guler. Diéronse diferentes combates en el valle de Chiavenna, en Morbegno, en la Valtelina, en el valle de Friuli y en Mazzo y en el pais de Bormio, despues de los cuales no quedó á los españoles y á los austríacos otro partido que abandonar las tres provincias. Los grisones que en esta gloriosa campaña habian proporcionado seis mil soldados creyeron venido el momento de hacerse dueños de un pais que antes les perteneciera, pero frustróseles esta justa esperanza, porque la Francia manifestó su pretension de reservarse para sí una conquista que se habia hecho en comun.

Mucho le hizo sufrir al duque de Rohan tan escandalosa falta de lealtad á que no podia poner remedio, pues entonces estaba precisado á obedecer al nuevo embajador frances Lanier, cuya conducta era á próposito para enagenarse el ánimo de los habitantes ya tan cansados de sufrir desde

quince años á aquella parte las vejaciones de cuantos fueron á su pais ya como señores ya con el carácter de aliados. La índole de Lanier era tan violenta que por haberse quejado las tropas grisonas mercenarias de la Francia de que no se les pagaba el sueldo, é indicado el intento de no continuar mas en sus banderas, amenazó á sus gefes con que los haria morir en un cadalso. Tambien la paciencia tiene límites, y llegó á ellos en 6 de febrero de 1637, dia en que las personas mas notables de la confederacion se congregaron en Coire en casa del burgomaestre y juraron morir con las armas en la mano para recobrar su independencia. El coronel Jenastsch se trasladó á Inspruck para negociar con el Austria, y al paso debia tranquilizar al duque de Rohan que habia concebido algunas sospechas. En esta última mision alcanzó buen resultado porque aquel general que era la lealtad misma dió crédito á las protestas de adhesion sincera que le hizo el otro. En el momento fijado toda la poblacion toma las armas, y Jenastsch á la cabeza de seis batallones de milicia va á sitiar á los franceses en su campo en donde su número era corto. Al mismo tiempo penetra por el lado de Lindau un ejército aleman de concierto con las tropas grisonas, y simultáneamente se presentan hácia el mediodía por la parte del lago de Como tropas españolas. Rohan que tenia fuerzas muy insuficientes para resistir evacua en virtud de un convenio el territorio de los grisones y de la Valtelina, y bien pronto le siguen el mariscal de Lecques y todos los soldados franceses que eran cinco mil. El yerno de Sully y Lecques se despidieron de los gefes de la república, y como el segundo encontró en el camino al coronel Jenastsch, en un acceso de furor se le echó encima con pistola en mano y disparándole un tiro le dijo: «toma, »asi debe uno despedirse de un traidor como tú.» Por fortuna el tiro no salió. Esto da una idea de los estragos que los grisones hubieron de sufrir hasta de sus aliados, y esplica por qué preferian tratar con sus antiguos adversarios.

Despues de muchas negociaciones en 3 de setiembre de 1639 se firmó en Milan la paz entre los españoles y los grisones, á los cuales la España reconoció como dueños legítimos de Chiavenna, de la Valtelina y de Bormio, con el pacto sin embargo de que el catolicismo seria la única religion tolerada en esas provincias: que era lo mismo que deseaban los pueblos católicos de las tres ligas. Entabláronse ademas relaciones de buena vecindad y de amistad con el Austria, renovando con esta casa los antiguos tratados en un congreso que se celebró en Feldkirch el dia 9 de agosto de 1641. Ocupada entonces el Austria en la guerra que en Alemania sostenia, se limitó á reservarse los derechos que desde muchos siglos tenia en la Engadina y en las diez jurisdicciones, mas á pocos años los dos paises compraron á muy subido precio los derechos que el Austria tenia en su territorio, de manera que á escepcion de algunas servidumbres señoriales de poca importancia en Rhœzune y en Tarasp, aquella potencia renunció para lo sucesivo á todas sus pretensiones sobre la Rhetia.

De esta suerte la liga de las diez jurisdicciones volvió á ocupar su rango como estado libre é independiente en la confederacion de los grisones, y Davós fue la capital de la liga á pesar de las reclamaciones de los otros pueblos hechas á impulsos del coronel Pedro Guler y de otros hombres de influjo. Estas reclamaciones dieron lugar á una discordia que bien pudiera tener resultados funestos, á no haberse interpuesto entre los contendentes los cantones de Berna, Zurich y Glaris. En virtud de una sentencia arbitral pronunciada en 11 de enero de 1644 por Juan Enrique Waser, escribano de Zurich, Davós conservó sus mas importantes prerogativas, esto es, ser la sede de la Dieta de las diez jurisdicciones, confiársele la custodia de los archivos y de la bandera y elegir el abanderado, si bien dejando á la liga el derecho de confirmar ó anular esta eleccion.

El papel que los confederados suizos representaron durante los quince años de desolacion que cayeron sobre los infelices grisones, careció de grandeza y de buena direccion al mismo tiempo. Semejante conducta no debe achacarse á indiferencia hácia sus antiguos aliados de los tres cantones; mas es preciso convenir en que merced á sus disensiones religiosas los suizos estaban reducidos á una verdadera impotencia. Los bailíos comunes, esto es, aquellos cuya soberanía era simultáneamente de los cantones católicos y de los protestantes, se convertian en perenne causa de disturbios. Cierto es que los tratados estipularon en los bailíos la misma libertad é iguales derechos para los dos cultos, mas, como dice un historiador nacional, los bailíos reformados molestaban de mil maneras á los súbditos católicos y estos no vejaban menos á los reformados. Por una aberracion estraordinaria sobre todo en poblaciones tan religiosas como las que viven en Suiza, los cantones soberanos deliberaron si no era justo que las materias del culto á la par que las políticas se decidiesen por mayoría de votos. El clero católico á quien las reformas dieron mucho que sufrir hizo una especie de reaccion, de suerte que en ninguna clase se hallaba la tolerancia, única capaz de poner fin á las discordias; y las cosas llegaron á tal punto que el abad de Fischingen trató de levantar un altar católico en el templo reformado de Lusserf.

Durante la guerra de treinta años que cubrió de luto y de ruinas la Alemania, muchas veces procuraron los suizos que su neutralidad fuese respetada, pero los odios que fermentaban en sus corazones, con harta frecuencia hicieron inútiles estos esfuerzos. Zurich y Berna quieren enviar tropas á la ciudad de Mulhouse desolada alternativamente por los partidos imperial y sueco que tan cruda guerra se hacian entonces, y hé aqui que las gentes de Soleure que defendian el desfiladero de Klus tocan á rebato, dan una carga y con ella matan algunos confederados y desarman á

los otros. En el año siguiente el general Horn atraviesa á viva fuerza la ciudad de Stein perteneciente á Zurich, y al instante los cantones católicos denuncian á los reformados porque, segun decian, abrazaban el partido de los suecos con perjuicio del emperador que profesaba la religion de sus abuelos. Muchas veces los imperiales violaron el territorio de los confederados, los cuales se contentaron con quejarse ó con apelar al lento recurso de las negociaciones, y nó porque en las dietas no se hablase mucho de cuán necesario era tener en las fronteras un cordon de tropas permanentes, mas este gasto exigido por la dignidad de la Suiza nadie queria pagarlo porque los cantones céntricos alegaban que semejante carga debia recaer esclusivamente sobre los cantones de la frontera, y estos se escusaban con sus escasos recursos. El historiador Zschokke, sin embargo de lo muy aficionado que es á su pais dice: «La ilimitada abnegacion á favor de la patria estaba estinguida en todos los »corazones, los embajadores estrangeros intrigaban, formaban partidos ó mandaban como señores, y en las circunstancias en que el buen derecho no era equívoco los gobiernos suizos no tenian valor para desafiar sus amenazas »ó resistir á sus insolentes pretensiones. Atravesando un »dia el embajador de Francia la ciudad de Mellingen en las »márgenes del Reuss la gente de su comitiva tuvo una cuestion con los paisanos con motivo del pontazgo. Encendióse la disputa, los paisanos corrieron á las armas y cerraron las puertas de la ciudad, y sin embargo de que la dieta »creyó dar al embajador satisfaccion cumplida obligando al »avoyer de Mellingen y al perceptor del pontazgo á que »fuesen á Soleure, en donde tenia su residencia, á pedirle »perdon puestos de rodillas restituyéndole al mismo tiempo la cantidad que por aquel derecho habia pagado, el »representante de Francia reputando este castigo por leve »exigió de la dieta que los culpables fuesen presos en Bade hasta que él mismo se dignase restituirles la libertad.»

La estrema penuria á que en esa época llegó en Suiza el tesoro público fue ocasion de que el consejo de Berna estableciese el impuesto de uno por mil sobre todas las fortunas. No hubo quien no se estremeciera al considerar que este impuesto seria perpetuo, y aunque pudo calmarse sin derramamiento de sangre la insurreccion de los habitantes del Emmenthal, no sucedió lo mismo en Zurich, en donde estalló tambien revuelta con motivo de una nueva contribucion territorial. Los comunes de Knonau y de Wœdenschwyl fueron invadidos por fuerza armada; todos los habitantes sin escepcion de edad ni sexo hubieron de pedir perdon de rodillas, sin perjuicio de pagar Wœdenschwyl una multa de veinte y seis mil ciento sesenta y tres florines, y Knonau una de doce mil ciento sesenta.

En esa época hubo en la Suiza un acontecimiento notable y fue la irrupcion de vagabundos y aventureros á quienes al parecer no ofrecia aliciente alguno el territorio de la confederacion. Esa plaga venia de Italia y de Alemania desolada por la guerra, pero abundaban tanto que en el pueblo de Schwitz entraron en un solo dia mas de ciento de esos miserables; iban errantes por el condado de Bade seis mil de ellos, y en Bremgarten murieron en un cadalso en el solo término de un año doscientos treinta y seis malhechores. Por fin la paz de Westphalia puso término á la guerra de treinta años que cubrió de ruinas la Alemania y diezmó la poblacion, sobre todo en la Bohemia. La Suiza que durante esas cruentas hostilidades se habia mostrado tan pusilánime envió al congreso de Munster á Juan Rodolfo Wettstein que era uno de los suizos que estimaban en mas la dignidad de la confederacion. Era entonces burgomaestre de Bale, y secundado por la Francia desplegó el talento de un diplomático astuto y alentado. Hasta entonces se obstinaron los alemanes en considerar á los suizos como súbditos del imperio germánico, de suerte que la cámara imperial continuaba pronunciando sentencias contra ellos

en vez de emplazarlos ante los tribunales de su pais. El diputado Wettstein declaró en el congreso y en nombre de sus comitentes que la confederacion suiza estaba firmemente resuelta á sostener su entera y absoluta independencia con respecto al imperio, y esta declaracion enérgica apoyada segun antes hemos dicho por la Francia produjo el resultado que se deseaba; de manera que el emperador y las otras potencias contratantes reconocieron solemnemente en un artículo del tratado de Westphalia que se firmó en 14 de setiembre de 1648, la independencia y la soberanía de la confederacion suiza.

Si bien es cierto que los suizos habian logrado que el mismo gefe del imperio proclamase su independencia, este beneficio no alcanzaba en realidad sino á los habitantes de las ciudades; y asi es que los que conquistaron á costa de su sangre los derechos políticos de que gozaban no querian hacer partícipes de ellos á sus compatricios del campo. Este egoismo de los ciudadanos tenia desde mucho tiempo antes agriados á los habitantes de la campiña que en muchos puntos continuaban siendo esclavos, ó estando sujetos cuando menos á las mismas cargas y á las vejaciones mismas que sobre ellos pesaron en los siglos del feudalismo. Tanto mas se desesperaban los campesinos, en cuanto sin cesar hacian una comparacion entre ellos y los habitantes de Schwitz, Uri y Underwald que al fin pastores y labradores eran á la par que ellos, si bien es cierto que estos conquistaron su libertad con las armas, y los campesinos de quienes hablamos habian sido conquistados. A pesar de esto desde el instante en que fueron incorporados á la confederacion y suportaban sus cargas y sus riesgos, hubiera sido justo hacer estensiva á ellos la suerte de sus compatricios, pues justo era que al igual de estos solo obedeciesen las leyes que habian votado. Segun las palabras de un historiador nacional, la altivez y el despotismo de los bailíos, y la terrible codicia de los empleados subalternos acababan de hacer la si-

tuacion del labrador de todo punto intolerable. Las mas leves faltas eran castigadas con prision, y los rigurosos tratamientos, las multas y otras exacciones arbitrarias reducian á los infelices habitantes á la mendicidad: ni aun les quedaba á las víctimas el recurso de quejarse, porque generalmente ocupaban los asientos del consejo los parientes de sus opresores y las reclamaciones hubieran dado hincapié á que sufriesen nuevos vejámenes aquellos que las hicieran. Los escribanos, los subailes y hasta los simples alguaciles creian que á fuer de habitantes de las ciudades les era lícito vejar al infeliz labriego. En honor de la verdad debe decirse que nó en todas partes habia el mal llegado á su colmo, ni todos los bailes eran tiranos y sordos á la voz de la justicia y de la humanidad, de manera que acostumbrado el infeliz pueblo á la obediencia quizás nunca hubiera pensado en sublevarse si el esceso de la desgracia no acabara por darle el valor de la desesperacion.

Deseoso el gobierno de Berna de poner en armonía su sistema monetario, publicó en 1652 una ordenanza prohibiendo la circulacion de la moneda de menos valor de los otros cantones, y al mismo tiempo redujo á la mitad el que tenia el billon bernés. Esta medida recayó principalmente contra las clases pobres del campo, las cuales apenas podian á fuerza de trabajo llegar á reunir un menguado capital cuya mitad perdian ahora de golpe. El gobierno de Lucerna bajó en esa misma época el valor de la moneda corriente. Los comunes del Entlibouch enviaron al momento diputados para pedir que no se hiciese innovacion alguna en el valor de la antigua, ó que fuese permitido realizar todos los pagos en especie; mas los diputados lejos de alcanzar una respuesta favorable fueron oidos con altivez y dureza. Semejante comportamiento ofendió de tal manera á los campesinos que arrojaron de sus pueblos á los perceptores de los impuestos; y aunque en 1653 el avoyer Dulliker acompañado de algunos magistrados y eclesiásticos se

trasladó al Entlibouch á fin de apaciguar á los campesinos los encontraron en un estado de revolucion completa. «A »la cabeza de los insurrectos, dice Zschokke, estaba un por»taestandarte con una bandera blanca escoltado por tres »jóvenes que hacian sonar el cuerno de los Alpes: venian »en seguida los gefes, luego tres hombres vestidos con el »antiguo trage suizo en representacion de los tres héroes »de Grutli, y seguia despues el ejército compuesto de mil »cuatrocientos hombres armados de estacas y mazas. En »este órden llegó la muchedumbre al pueblo en que la di»putacion de la ciudad se habia detenido y allí estalló un »espantoso tumulto reclamando contra la reduccion de la »moneda, contra el peage de Wollhausen, contra el crecido »interes del dinero, contra las multas impuestas por los bai»les, contra las exacciones de los perceptores de derechos »y contra todos los vejámenes con que se creian gravados. »De las reclamaciones pasaron luego á las injurias y á las »amenazas, de suerte que los diputados desesperando de »traer á la razon á semejante multitud de furiosos dieron »la vuelta á Lucerna. Alentados con este triunfo los alboro»tadores crearon juntas de insurreccion, establecieron pun»tos militares, sujetaron á los viageros á severas investiga»ciones, procuraron sublevar á los súbditos berneses de los »distritos limítrofes, y finalmente los diez bailíos del Entli»bouch formaron en Wollhausen una confederacion que »fue sancionada con juramento.»

Iba á estallar otra guerra civil tanto mas temible en cuanto los habitantes del campo tenian la equidad á favor suyo. En efecto, de la misma manera que los suizos de las ciudades consiguieron librarse de todos los males del sistema feudal triunfando de los nobles y de los señores, asi los campesinos tenian razon de reclamar una igualdad de derechos que les pertenecia y que les era arrebatada, porque los habitantes de las ciudades estaban mas en disposicion de ponerse de acuerdo y de tomar medidas que ellos que for-

maban reuniones limitadas, y cuya poblacion estaba muchas veces esparcida en un vasto territorio. Lo que prueba que la pretension de las gentes del campo era justa es que cuantas veces apelaron á las armas lograron algunas concesiones, y que mas tarde en la feliz tierra de la Helvecia todos sin escepcion han acabado por gozar de los mismos derechos. Esta participacion que á la vez ha sido tan útil y tan gloriosa para el pais, estaba muy lejos de existir en la época de que nos ocupamos; mas tambien en ella los insurreccionados del Entlibouch alcanzaron grandes ventajas; si bien quedaron en calidad de súbditos, por grande que fuese el derecho que tenian á ser reconocidos ciudadanos libres, como el resto de sus compatricios. Por desgracia, segun vamos á verlo, en las diversas revoluciones que hicieron entonces les faltaron á los labradores unidad, discernimiento y astucia, sin los cuales el triunfo se escapa de las manos aun cuando se haya alcanzado en los principios.

Entre tanto esplicarémos al lector cuánto importaba á los gobiernos de los cantones ahogar todo movimiento insurreccional salido del corazon de la campiña; asi, cuando los seis cantones católicos supieron el alzamiento cuyo centro era Entlibouch se apresuraron á proponer su mediaciòn. Por lo mismo mandaron diputados á Willisau para que tratasen con los de los bailíos insurrectos, los cuales les remitieron una lista de veinte y siete cargos contra el gobierno de Lucerna. Esto era ya el primer paso que debia conducir á una transaccion; pero los labradores lejos de aguardar el resultado de las conferencias cometieron algunos desacatos y apoderándose de los mediadores hiciéronse dueños del territorio de Lucerna demostrando su intento de encaminarse luego á la ciudad. Iba á estallar en la Suiza una conflagracion general si no se hubieran tomado prontas medidas; cuatrocientos hombres acuden en ausilio de los lucerneses; pónense en marcha los soldados de Zurich y de Berna; túrbanse los insurrectos á la vista de tantas fuer-

zas coligadas; dan libertad á los diputados de los cantones católicos é invocan su mediacion. Echando en olvido lo pasado, estos publican en 19 de marzo de 1653 una sentencia arbitral que Zschokke elogia como un modelo de equidad. Deciden finalmente que el gobierno conserve la soberanía sobre los bailíos sublevados sin perjuicio de los derechos de sus habitantes; que los peages se establezcan en todo el pais sobre una misma base; que el avoyer de Willisau deba ser elegido entre los aldeanos de la comarca; y que solo puedan llevarse en apelacion de Entlibouch á Lucerna los litigios en que se dispute cosa de valor de mas de cien florines. Esta sentencia declaraba disuelta la confederacion de Wollhausen, y prohibia para en adelante bajo las mas severas penas, toda asociacion de aquella clase, sin embargo de lo cual eximia á los insurrectos de pagar los gastos ocasionados por los últimos disturbios.

Esta prudente conducta debia dar esperanzas de que la paz pública no volveria á turbarse, á lo menos por algun tiempo, mas si en el Entlibouch se habia calmado la causa del general descontento, aquella misma causa existia en los otros puntos, en donde los habitantes continuaban sujetos á las ciudades. Desde luego pues, hubo en el canton de Berna una insurreccion que se propagó á las dos márgenes del Aar, desde Thoune hasta Broug. Cuando anteriormente el consejo de Berna dió órden á sus labradores de que fueran á atacar á los campesinos sujetos á Lucerna, se negaron á ello diciendo que no marcharian contra sus hermanos de Lucerna, porque tenian tantos motivos de quejarse como ellos. Bien pronto declararon de un modo positivo que no querian obedecer las órdenes del gobierno central sino seguir únicamente la direccion que les diesen los gefes que ellos elegirian, en vista de lo cual desde luego invocó Berna el socorro de los confederados de Schaffhouse, Bale y Mulhouse que hicieron partir su contingente, pero Zurich y Lucerna antes de imitar este ejemplo aconsejaron á las

gentes de Berna que apelasen á un acomodamiento, y este consejo fue seguido. Estaban pues ocupados en negociaciones muy difíciles ya de suyo, cuando se presentaron los guerreros de Schaffhouse, de Mulhouse y de Bale, lo cual dió motivo á que estallara una insurreccion general; hubieron de retirarse las tropas ausiliares, y la exasperacion era tal que se derramó en un momento hasta Soleure; en Erlisbach los confederados se vieron reducidos á pasar entre dos hileras de paisanos de la Argovia y de Soleure. Cuanto mas se estendia la revuelta, mas peligrosa iba haciéndose la situacion de Berna y de los otros cantones; y estos peligros crecieron de punto cuando los insurreccionados convocaron en Langenthal asambleas generales, y despues de sitiar los castillos de los bailíos enviaron comisionados á Berna. Hasta entonces la causa era popular, mas á consecuencia de un falso paso que intentaron cayó en descrédito. Efectivamente entraron en negociaciones con Labarde embajador de Francia, y reclamaron el ausilio de su gobierno que era lo mismo que apelar al estrangero dentro de la patria misma. Labarde los denunció al momento y la opinion general se declaró contra ellos.

Los cantones reformados intervinieron entonces ofreciendo su mediacion, y como los insurrectos reducidos á sus pocas fuerzas conocieron la necesidad de transigir, despacharon comisionados que fueron admitidos. El resultado de las conferencias fue que el comercio de la sal continuaria perteneciendo al gobierno aunque dejándose á los súbditos el derecho de comprar en donde quisiesen la que necesitasen para su uso; que se aboliria el derecho de esportacion de trigo y la obligacion de entrar en un gremio, que continuaria cual se habia reducido el valor del billon, pero que las deudas anteriores serian pagadas en especie, la cual se recibiria con arreglo al valor que tuvo hasta 1613; que los préstamos debidamente garantizados y que pagasen un interes razonable no podrian ser reclamados hasta pasados

seis años, y finalmente que se rebajarian los emolumentos de los curiales. Arreglados de esta manera por medio de un equitativo arbitramiento todos los puntos litigiosos, los comisionados de los comunes pidieron perdon puestos de rodillas al consejo de Berna, y entonces pudo creerse que el órden estaba restablecido; mas los labradores del canton de Lucerna que habian aceptado con gusto el arbitramiento de los seis cantones sublevados apelaron otra vez á la sedicion diciendo que nadie tenia derecho de disolver la alianza de Wollhaüsen que ellos sostendrian á toda costa, á cuyo fin eligieron diputados y los enviaron á sublevar á los labradores de los otros cantones. «Estamos cansados, les decian, de ser esclavos de las ciudades, y habemos jurado ser libres como nuestros hermanos de los pequeños cantones.» Semejante lenguage no podia menos de producir su efecto en el Emmenthal y en la Argovia, cuyos habitantes abominaban de la paz concluida en Berna, de manera que insultaron á los comisionados que habian consentido en pedir perdon de rodillas. Bien pronto se derramó el alzamiento por las campiñas de Soleure y de Bale, y los revoltosos convencidos de que para dar unidad á este movimiento tan estenso convenia elegir un gefe, en 16 de abril de 1653 se congregaron en Sumiswald y eligieron á Nicolás Leuenberger, labrador del pueblo de Schœnholz. La asamblea procedió desde luego á fijar un principio y proclamó que si los súbditos no tenian derecho de armarse contra los magistrados era sin embargo un deber suyo repeler la fuerza con la fuerza, cuando el gobierno los atacase injustamente. Lejos de concretarse á esta declaracion cuya generalidad era incapaz de producir resultado alguno político, los miembros de la asamblea dirigieron á los súbditos de los dos cantones una circular suplicándoles que enviasen diputados á una asamblea general que al momento iba á reunirse en Hulwyl y en la cual se escogitarian los medios de que todos los suizos participasen como era justo

de las ventajas de la libertad que gozaban los habitantes de las ciudades, de suerte que en caso de triunfar los insurreccionados iba á verificarse una revolucion completa. Las reclamaciones de los campesinos eran justas en el fondo, puesto que contribuyendo como contribuian á todas las cargas públicas, razon era que se los reconociese como ciudadanos.

Segun el modo como la lucha estaba empeñada era preciso que los luchadores poseyesen todas las circunstancias necesarias para alcanzar el triunfo, y para ver si en efecto las tenian nada mejor que invocar el testimonio de un escritor suizo muy adicto á la causa de sus compatricios y que es el único que puede darnos á conocer la verdad. «Los habitantes del campo, dice el historiador de quien hablamos, »tenian á la vista el ejemplo de la nobleza que en otro tiempo supo emanciparse del dominio de los emperadores, y »el ejemplo mas reciente aun de las principales ciudades »de Suiza que supieron comprar ó conquistar su independencia, pero los cegaban las dificultades de la empresa y »su incapacidad propia.» En efecto esas hordas turbulentas é indisciplinadas eran estrañas á las virtudes civiles que en otro tiempo aseguraron á los cantones estrangeros el triunfo de la libertad, y á las máximas de prudencia en que estaba cimentado el poder de las ciudades. Los sublevados de ahora eran hombres bastos, tan faltos de instruccion como de práctica en los negocios, recíprocamente desconfiados y mas adictos á sus intereses particulares que al general. Dispuestos siempre á seguir el dictámen mas violento eran sordos á los consejos de la prudencia y reinaban entre ellos la discordia y la anarquía. Su feroz intolerancia hacia que viesen un enemigo en cualquiera que no pensase como ellos, y estremecian á sus adversarios amenazándolos con el hierro y con el fuego y castigándoles cruelmente.

Mientras tanto las ciudades se iban armando para sujetar á los revoltosos, y sin embargo negociaban con ellos á fin

de ganar tiempo. Berna y la dieta de Bade se condujeron de un modo mas leal, pues tuvieron conferencias no interrumpidas con los comisionados de los insurgentes y apuraron todos los medios á fin de que se viniese á un concierto, pero habia poca calma y menos lógica en los debates de aquella muchedumbre para que las negociaciones pudiesen terminar con un buen resultado. Apelóse pues á las armas y Berna aprestó diez mil guerreros que marcharon á las órdenes de Segismundo de Erlach; el coronel Zweyer acudió con cinco mil soldados de los cantones católicos, y el general de Zurich, Wertmuller mandaba en gefe los demas contingentes de la confederacion que formaban un total de ocho mil soldados. Es cosa digna de notarse que los habitantes de los pequeños cantones que eran pastores ó labradores, no vacilaron en declararse enemigos de los insurgentes, ya sea, dice Zschokke, por espíritu de justicia ó por un sentimiento de buena vencidad, ya sea porque tambien ellos tenian súbditos. Los insurreccionados se apoderaron del desfiladero de Gummine por la parte del pais de Vaud, y de los de Windisch y de Mellingen por la de Zurich. A toda costa procuraron penetrar en Arbourg, Arau, Zoffingue y Lentzbourg, mas no pudieron conseguirlo porque les faltaba artillería de grueso calibre y por otra parte no tenian los conocimientos necesarios para dirigir el sitio de una plaza ni oficiales que supliesen su ignorancia. Leuenberger, Schyly, Ulrico, Galli, y los otros gefes que comprendian cuán delicada iba á ser su posicion recurrieron á las negociaciones, que era apelar demasiado tarde á un medio que no quisieron aceptar cuando les fue ofrecido. Fuerza es repetir que entre los insurreccionados no habia obediencia ni conocimiento para el mando, de donde resultaba la falta de unidad y que todo se fiase al acaso.

Establecido Leuenberger en Ostermundingen, pueblo situado á una legua de Berna, cuyos alrededores devastaban sus tropas, envió otra carta á dicha ciudad con el objeto

segun decia de que sus diferencias se terminasen amigablemente. Berna envió á los insurreccionados algunas personas de cuenta con la seguridad de que estaban dispuestos á conceder mucho, y hasta prometieron dar á los campesinos una suma equivalente á cincuenta y cinco mil francos, nó como una indemnizacion por los gastos de la guerra, sino como limosna á unos indigentes. En las actuales circunstancias eran tales pactos muy ventajosos, y asi los diputados de los insurgentes los firmaron comprometiéndose á prestar juramento y docilidad al gobierno; mas al dar la vuelta á su campo los soldados rechazaron el admitido convenio, y viendo que las tropas aliadas se acercaban se negaron á separarse hasta que aquellos ausiliares hubiesen dado la vuelta á su pais, por temor de que aislándose no podrian rechazar sus ataques. Zweyer y Wertmuller que se habian unido pasaron el monte Heitersbersg, dirigiéndose hácia Mellingen, y entonces mismo Leuenberger les pidió una entrevista que le concedieron.

Por otra parte el general de los insurreccionados acababa de hacer nuevas reclamaciones al consejo de Berna en órden á la próxima llegada de los ausiliares federativos, mas de pronto se les unieron tan considerables refuerzos de voluntarios, que viéndose á la cabeza de veinte mil hombres, ya no pensaron mas que en combates. Este era en efecto el único partido que quedaba, porque los revoltosos que antes se habian dirigido á los miembros del consejo de guerra de la federacion á fin de tratar con ellos, acababan de recibir la siguiente respuesta: «No corresponde á los labradores indicar las condiciones; entregadnos el acta de vuestra alianza, retiraos á vuestras casas en donde vuestros gefes aguardarán la sentencia de sus magistrados, y á este precio se os otorgará la paz.» Este lenguage enérgico y altivo impuso á los labradores de Berna y de Soleure, los cuales se retiraron á sus hogares, y los de Lucerna dijeron que no tenian los poderes necesarios para tratar.

Puesto que la fuerza habia de terminar definitivamente la cuestion, Wertmuller se adelantó; el general Erlach despues de pasar el Aar por Wengen en el camino puso en fuga un cuerpo de dos mil hombres y al llegar á la llanura de Herzogenbuchsee en 28 de mayo de 1653 encontró seis hombres armados de picas por quienes supo que los insurgentes huian en todas direcciones. Mas apenas Erlach se habia adelantado algunos pasos cuando de repente se le hizo una descarga desde un inmediato bosque en donde el enemigo tenia fuerzas considerables, y aunque el general bernés dispuso un simultáneo ataque por todos los puntos, en todos halló una resistencia enérgica. A la postre los insurgentes hubieron de replegarse á un pueblo inmediato, que los soldados berneses incendiaron, y entonces se peleó de casa en casa, y los revoltosos rechazados se defendieron detras de una iglesia disputando allí el terreno palmo á palmo hasta que perdida esta última posicion buscaron un asilo en los bosques.

Los infelices campesinos quedaron otra vez sujetos al yugo de sus antiguos señores los ciudadanos, se los desarmó, sus gefes fueron encarcelados, y al instante se les formó causa sin que nadie dudase que se los declararia delincuentes puesto que fueron vencidos. Schybi fue arrancado del fondo del Entlibouch y le cortaron la cabeza. Leuenberger vendido por uno de sus vecinos y cómplices, fue preso en su propia casa, conducido á Berna y decapitado, y su sangrienta cabeza junto con el acta de alianza de los insurgentes fue colgada en una horca. Su secretario Bræsmer murió del mismo modo, Ulrico Galli fue ahorcado, y en Bale fueron condenados á muerte siete ancianos convencidos de haber tomado parte en la revolucion. Muchos otros sublevados sufrieron la pena de muerte, de destierro ó una multa, de suerte que los bailíos hubieron de pagar diez mil florines, veinte mil el condado de Lentzbourg, los insurreccionados de Soleure treinta mil, y otros,

sumas mas ó menos considerables. Algunos de los gefes apelaron á la fuga; mas el emperador Fernando III los proscribió de todo el territorio de su imperio. Los insurgentes de Lucerna cual si hubiesen previsto el triste resultado que debia tener el alzamiento se hallaron en situacion distinta, y los cantones de Uri, Schwitz, Underwald y Zug se ofrecieron á ser mediadores entre los habitantes de Lucerna soberanos y sus súbditos los campesinos. Admitidos con este carácter pronunciaron una sentencia arbitral que disgustó á las gentes de Entlibouch, quienes no quisieron pasar por ella. El motivo era porque contaban con el ausilio de muchos ciudadanos de Lucerna que habian de echar abajo la constitucion del estado; mas se aguó este proyecto y las tropas marcharon hácia el Entlibouch que sometieron completamente. «Tal fue en todas partes, dice Zschokke, »el resultado de ese alzamiento, y tal será siempre el de to»da insurreccion hecha en momentos de efervescencia, sin »plan y sin objeto fijo. Cuando se trató de arreglar los gas»tos de la guerra hubo serias disputas entre los cantones, »y Berna tardó mucho en ponerse de acuerdo con Zurich y »con Soleure. Zanjáronse finalmente todas las dificultades »en una dieta general congregada en 1654, en la que se »estableció como principio que cuando en adelante hubiese »una intervencion armada los socorros vendrian á cargo »del canton que los hubiese suministrado.»

Desvanecida apenas una causa de discordia asomaba otra, y asi fue que la intolerancia religiosa que ya tantas veces habia armado unos contra otros á los confederados produjo ahora una nueva guerra civil. Seis familias del pueblo de Arch en el canton de Schwitz abrazaron la reforma sin embargo de vivir en medio de los mas fervorosos católicos de la Helvecia, quienes para vengar el perjurio de sus compañeros los persiguieron con tal encarnizamiento que hubieron de apelar á la fuga abandonando en ella cuanto poseian. En semejante apuro esas familias se dirigieron al

consejo de Zurich compuesto de reformados muy ardientes, quienes intervinieron con la gente de Schwitz á fin de que se les permitiera enagenar sus bienes; mas el canton católico en vez de acceder á una demanda que tan justa parecia reclamó la estradicion de los fugitivos. Rechazó Zurich esta solicitud, y entonces los miembros del consejo de Schwitz dijeron que no habian de dar cuenta de su modo de gobernar sino á Dios y á su conciencia, y hecha esta respuesta que destruia por la base no solo los antiguos tratados sino tambien los principios en que se funda todo gobierno federativo, confiscaron los bienes de los proscritos y dieron tormento y condenaron á muerte á muchos de sus parientes que como ellos habian abandonado el catolicismo. Despues de conferencias en que intervinieron los cantones neutrales se apela á la fuerza, y los de Zurich sostenidos por sus ausiliares levantan un ejército de diez mil hombres, se apoderan de la Turgovia y ponen sitio á Rapperschwyl. Los católicos habian colocado una fuerte guarnicion en esta plaza, y ademas eran dueños de los pasos del Albis, de las ciudades de Bremgarten, Mellingen y Bade, y era suyo el puerto de Brunig en las fronteras del alto Underwald y del canton de Berna. Los habitantes de esta ciudad pusieron tropas de observacion en las fronteras de su territorio, estendiéndose por el lado de Fribourg, de Soleure y de Underwald, mientras que se dirigia á Lentzbourg otro cuerpo á fin de sostener á los de Zurich. Falto de disciplina militar el ejército de los reformados, marchaba al acaso pasando á sangre y fuego las iglesias y las casas de los particulares. Apenas tuvo noticias de semejantes desórdenes el coronel Pfyffer que mandaba los católicos, cuando en 4 de enero de 1656 atacó de improviso á los berneses que faltos de municiones para la artillería apelaron á la fuga nó sin ser acuchillados. Estas hostilidades que no duraron mas allá de nueve semanas tuvieron fin con la paz firmada en 26 de febrero de aquel año, cuando ya Zurich habia gastado cuatrocientos florines.

Continuaba siempre en su punto el antiguo odio entre los bailíos comunes, en donde era bastante el mas ligero accidente para que se derramase sangre. El dia de Pentecostes llega al pueblo de Lipperschwyl en Turgovia un lucernes que enganchaba soldados para España, y los cuarenta y tres reclutas que con él iban entran espada en mano en el templo reformado y cometen allí algunos desmanes. Una muger va en el acto á invocar el ausilio de los habitantes de Wigoldingen, los cuales acuden, matan cinco reclutas, y hacen prisioneros á los otros. Al momento los católicos se apoderan de Kaisersthul, de Mellingen y de Bremgarten; en vano se convocan dietas, porque los católicos á título de represalias piden sangre, y dos labradores de Wigoldingen sufren la pena capital por una mayoría de votos de los cantones soberanos del pais á despecho de los pasos y de las súplicas que hizo Zurich á fin de alcanzar su perdon. Cierto que los reformados habian cometido un crímen, puesto que atentaron á la vida de hombres cuyo delito estaba suficientemente castigado con algunos dias de cárcel, y por lo mismo la severidad con que se condujeron era horrible, porque la pena escedió en mucho á la falta. Por otra parte el resultado de esta severidad era perpetuar el odio y la discordia entre los suizos, y sin embargo los católicos lejos de darse por satisfechos con tan cruel venganza lograron que el pueblo de Wigoldingen pagase los gastos de aquel procedimiento, y entonces se hizo una cuesta en todos los templos del canton de Zurich á fin de ocurrir á esta nueva desgracia. Los hechos relatados hasta ahora prueban que hácia la mitad del siglo XVII los suizos estaban muy atrasados en punto á tolerancia religiosa.

Entonces mas que nunca necesitaba la confederacion armonía y concordia, porque tenia un vecino poderoso y temible en Luis XIV, quien deseando poner á cubierto el Franco Condado hizo levantar en las puertas de Bale la fortaleza de

Huningue; y si bien los cantones enviaron diputados á Paris, sus demandas no fueron oidas porque Luis XIV solia hacer que triunfase su voluntad suprema en sus dominios y en los agenos. De aqui tuvo orígen entre los suizos un grande descontento que en especial se mostró como asi debia suceder en la ciudad de Bale, cuyos habitantes dieron en murmurar contra los miembros del consejo, á muchos de los cuales acusaban de estar vendidos á la Francia. Reuniéronse las corporaciones, hiciéronse públicos una infinidad de abusos, fueron destituidos algunos consejeros á quienes se acusaba de haber tomado parte en intrigas electorales en las cuales se mezclaron sus mugeres; algunos fueron encarcelados y otros pagaron crecidas multas. En 1691 intervinieron los mediadores federativos, y de acuerdo con los comisionados del consejo y de los ciudadanos fijaron los derechos del consejo principal y del particular en materias de policía y de administracion y en todo lo relativo á la justicia y al nombramiento de empleados. La mayoría de los ciudadanos aprobaron las mejoras hechas y se restableció la paz aunque por breve tiempo. En efecto, Juan Fatio que era uno de los diputados de la clase ciudadana estaba preso en la cárcel de la *Puerta del Rhin* acusado de que algunas veces obró por autoridad propia y traspasando los poderes de sus comitentes. En la noche del 22 al 23 de setiembre se presentan en la puerta de la cárcel un crecido número de partidarios de Fatio que llevaban una escarapela blanca en el brazo para mutuamente conocerse, y á la fuerza se hacen entregar el preso. Tócase á generala, los adictos al gobierno acuden desde luego á sus puestos, la ciudad entera toma las armas, derramóse sangre y á la mañana siguiente fueron presos dos de los partidarios de Fatio. Llegan á la ciudad á fin de restablecer el órden algunos labradores armados; castígase con severidad á varios de los que tomaron parte en la sedicion; Juan Fatio, Juan Muller y Conrado Moises son decapitados en 28 de setiembre en la plaza

de la ciudad, y los demas condenados á galeras, á destierro ó á crecidas multas.

Aun tenemos que dar cuenta al lector de los desastres de otra guerra religiosa en que los suizos se trataron mutuamente con imponderable encarnizamiento. Antes de ahora hemos mencionado las muchas desavenencias que hubo entre los abades de San Galo y sus súbditos; desavenencias que en general no fueron útiles á esos poderosos eclesiásticos que eran á un tiempo príncipes del imperio y soberanos en la Helvecia. Los abades de San Galo habian comprado al señor de Raron los derechos que este heredó de los antiguos condes de Toggenbourg, con cuyo motivo hubo serias contestaciones entre dichos abades y los habitantes de Toggenbourg; y como estos eran protestantes, esta circunstancia contribuyó á aumentar el odio que en el pais habia contra los abades, que ademas habian hecho una alianza con Glaris y con Schwitz, el último de cuyos cantones era católico. Hubo de acontecer que un abad de San Galo llamado Leon Burgisser quiso obligar á los habitantes á que construyeran una carretera nueva que debia atravesar el bosque de Hummelwald. El pueblo envió una diputacion al abad quejándose de esta medida, mas el prelado lejos de ceder impuso una multa de mil quinientos florines á los individuos de la poblacion, declarólos infames, y les privó de todos sus derechos civiles. Los habitantes de Toggenbourg se dirigieron entonces á los cantones de Schwitz y de Glaris, el último de los cuales compadeció la desgracia de la poblacion de Toggenbourg que tenia á su favor el derecho, puesto que dos veces se habia eximido por medio de dinero de toda servidumbre. Los habitantes de Schwitz por mas que fuesen católicos decididos no pudieron menos de decir que los del Toggenbourg aunque fuesen turcos ó paganos no dejaban de ser aliados y compatricios suyos, y que consideraban como un deber procurar que se les hiciese justicia. Furioso el abad de San Galo al verse abandonado por

un canton católico con el cual principalmente contaba, acudió á la confederacion. Esta disputa ocupó muchos años seguidos á la dieta .y vino á convertirse en un asunto de partido, de manera que los reformados se declararon abiertamente á favor de sus correligionarios, y los cantones católicos acabaron en 1703 por abrazar el partido de San Galo. «Los nuevos derechos del abad, dijeron sus diputados, »todos sus actos y sus títulos, han de prevalecer sobre los »rancios derechos del pueblo, y en Toggenbourg no debe »establecerse ninguna nueva congregacion reformada sin el »consentimiento de Schwitz y de Glaris.» Por lo dicho se ve que la cuestion habia traspasado los primitivos límites en que estuvo circunscrita, y en vez de una disputa de interes privado el catolicismo acababa de declararse de una manera muy hostil. Zurich y Berna intervinieron entonces en favor de los habitantes de Toggenbourg, cuyo territorio sostenian que formaba parte de la confederacion suiza, y se fundaban ademas en que habiéndolos reconocido el abad de San Galo árbitros en esta querella á ellos correspondia decidirla.

Bien pronto se complicaron otra vez las cosas, pues el emperador de Alemania dispuso que su embajador entregase á la dieta una carta en la cual declaraba que el Toggenbourg era un antiguo feudo del imperio, y que en consecuencia solo á él tocaba fallar de un modo definitivo la desavenencia suscitada entre el abad y sus súbditos. Al punto los embajadores de Holanda, de Inglaterra y de Prusia que por su religion pertenecian al partido protestante impulsaron á Berna y á Zurich á que se declarasen protectores de los habitantes del Toggenbourg. Seguros estos con semejante apoyo se apoderaron de los castillos fuertes de su soberano y este levantó tropas; mas el avoyer Durler de Lucerna suplica á los católicos que vayan á combatir á los revoltosos, esto es, á las gentes de Toggenbourg, y por otra parte Willading avoyer de Berna apela á las armas

porque segun él decia se trataba de defender la existencia de la iglesia reformada que los católicos amenazaban. Sabedoras las gentes de Toggenbourg de que acudian en su ausilio tres mil hombres de Zurich, en 12 de abril de 1612 declararon la guerra al abad mientras que los ausiliares pasaban á fuego y sangre el pais de San Galo. Al momento levantan tropas Lucerna, Uri, Schwitz y Zug; los berneses equipan un ejército de diez mil hombres que va á reunirse con el contingente de Zurich, y la pequeña ciudad de Wyl en donde el abad de San Galo tenia una guarnicion numerosa, es sitiada por las tropas reformadas que la bombardean; mas á pesar de esto la plaza no se rinde porque la manda el mayor Felber que hizo muchas salidas ventajosas y recorrió triunfante hasta Braunau y Summeri asolando el pais por donde pasaba.

Nabholz, abogado de Zurich que habia sostenido con mucho calor la causa de los habitantes del Toggenbourg aconsejó á los generales confederados que invadiesen el antiguo territorio del abad de San Galo y lo quemaran todo. Comenzó á ponerse en ejecucion este proyecto en los alrededores del pueblo de Oberglatt, mas al aspecto del vasto incendio los milicianos hijos del territorio incendiado y que á la sazon se hallaban en Wyl, que no eran pocos, salieron precipitadamente para defender sus hogares, y entonces la ciudad enflaquecida por esta desercion y por la discordia que entre sus defensores reinaba abrió las puertas al enemigo en 22 de mayo. La guarnicion se dispersó maldiciendo á su gefe Felber que temeroso por su vida hubo de implorar el ausilio de los vencedores á fin de escaparse á Bernhardzell, pero una multitud de furiosos lo alcanzaron en este sitio dos dias despues, y arrancándolo de la iglesia en que habia buscado un asilo, hiciéronlo montar en un mal caballo y ultrajándole infamemente por el camino lo condujeron hasta el puente del Satter, allí lo mataron á tiros, hicieron pedazos su cadáver, y los arrojaron al rio.

Mientras tanto, Nabholz por su parte completaba la ruina del antiguo territorio del abad de San Galo que tambien hubo de refugiarse en Alemania. Los habitantes de Toggenbourg considerándose entonces al abrigo de la venganza de su antiguo señor, asesinaron á varios sacerdotes católicos á quienes tenian por traidores, y despues propusieron á los habitantes del Argo y de otros puntos que se reuniesen para formar un corto canton, pero Berna y Zurich no quisieron adoptar este proyecto. Bremgarten, Mellingen, Bale y el Rinhtal se sometieron á los reformados, con cuyo motivo los católicos se levantaron en masa, de suerte que en los campos de batalla habia mas de cincuenta mil suizos que anhelaban despedazarse mutuamente.

Lejos de nosotros relatar por menor los lances de aquella horrenda guerra civil, durante la cual los infelices habitantes sorprendidos sin defensa eran muertos á sangre fria. En vista de tales desastres se reunió el congreso en Arau, mas el caballero y bailío Santiago Ackermann atacó de improviso á los reformados, hasta que al fin se trabó en Villmergen una accion decisiva en que despues de seis horas de esfuerzos la victoria quedó por los berneses á cuya solicitud se firmó la paz en agosto de 1712. Por consecuencia de este tratado se despojó á los cinco cantones católicos de sus derechos de soberanía en Rapperschwyl y en los bailíos libres inferiores; Berna granjeó la compropiedad de la Turgovia y del Rinthal; el abad de San Galo que no quiso reconocer el tratado de Arau murió en pais estrangero, y su sucesor hizo la paz, y se le devolvieron sus estados, entre ellos el Toggenbourg, cuyos habitantes conservaron sin embargo las franquicias que reclamaron. «Los cantones católicos, »dice un escritor nacional, se resintieron por mucho tiem»po de las consecuencias que trajo la guerra del Toggen»bourg, porque causó un grande desórden en sus rentas. »Por esto el gobierno de Schwitz se vió obligado á exigir »una contribucion de cinco escudos sobre cada familia, y el

»de Lucerna apeló á medios coactivos, á fin de cobrar de »sus gobernados impuestos estraordinarios. Precisado el »canton de Uri á aumentar los suyos no pudo reprimir el »descontento de sus súbditos del valle de Valentina, sino »concediéndoles en 1713 grandes inmunidades y adulzoran»do para con ellos el gobierno cuya tiranía les hizo sopor»tar hasta entonces.»

La historia de Suiza durante la mayor parte del siglo XVII no presenta ningun suceso de grande importancia; pero en cambio acaecen en ella espantosos desastres por efecto de la revolucion francesa. Nos limitarémos á indicar los acontecimientos mas memorables de aquella época que nunca olvidarán los habitantes de los cantones. La revolucion francesa encontró poquísimos adictos entre los suizos, porque la muerte de sus paisanos que en 10 de agosto de 1792 defendian á Luis XVI, y las proscripciones de 1793 hicieron que nuestras reformas políticas horrorizasen á los descendientes de Guillermo Tell. Al sanguinario gobierno de 1793 sucedió el Directorio, de manera que las *zorras* reemplazaron á los *tigres*. Faltos de dinero los miembros del Directorio pensaron invadir la Suiza, á fin de enriquecerse con su saqueo, y asi fue que Brune y Schauenbourg penetraron en el territorio de la confederacion en 28 de enero de 1798. El pais de Vaud sacudió desde luego el dominio de Berna, y muchas ciudades volvieron la libertad á sus antiguos súbditos, pero ya era tarde. Hacia mucho tiempo que los hijos de la Helvecia no guerreaban, y por otra parte los cantones estaban en completa desarmonía, y asi fue que en 2 de marzo de 1798 los franceses se apoderaron de Fribourg y de Soleure; Berna sufrió la misma suerte tres dias despues, y en esta y en aquellas los soldados se entregaron al saqueo. Los tesoros de Berna y de muchas otras ciudades fueron enviados al Directorio cuyos agentes cometian las mas terribles vejaciones. En vano los valerosos hijos de Uri, del bajo Underwald, de Glaris y de Schwitz

combatieron como en otro tiempo; pues fueron vencidos y las mismas mugeres acabaron la vida peleando en el campo de batalla. «De esta suerte, dice Zschokke, desapareció la »antigua confederacion suiza que contaba cuatrocientos no»venta años de existencia y que fue disuelta en setenta y »cuatro dias.» Los vencedores que ninguna idea tenian de las costumbres de los suizos les dieron una constitucion, y si bien es verdad que en julio del mismo año aquellos infelices se insurreccionaron, se triunfó de ellos derramando torrentes de sangre. A su vez penetran los austríacos en Suiza, y los franceses son batidos en 21 de marzo de 1799. Desde entonces estallaron revueltas en diversos puntos del territorio, acuden los rusos, y aunque los mandaba Souvarof, en 25 de setiembre de aquel año son vencidos por los franceses á quienes acaudilla Massena.

Los rusos dieron pruebas de un valor heroico, pero la gloria de las armas francesas se empañó con los saqueos y las exacciones mas crueles. Cuando mas adelante Bonaparte fue primer cónsul se ocupó de la suerte de Suiza, y en 19 de febrero de 1803 le concedió una acta de mediacion que restablecia el sistema federativo, aboliendo sin embargo los privilegios de lugar y de nacimiento. Las potencias estrangeras intervinieron en la época de la invasion y se ajustó un nuevo pacto federativo. Desde la revolucion de 1830 la Suiza está dividida en dos partidos hostiles; y como no es de nuestro objeto relatar los acontecimientos contemporáneos, de que los lectores tienen la misma noticia que nosotros, terminarémos esta historia de la Helvecia presentando algunos pormenores acerca de las constituciones y de las particulares costumbres de varios cantones.

URI.

Empezarémos por Uri que es uno de los llamados *urkantone* ó canton primitivo. Las murallas del territorio de Uri son las neveras de Berna y de los grisones. Las tres fuentes del Reuss bajan, ó por mejor decir, se precipitan desde esas cumbres heladas que estan á mas de ocho mil pies de altura, y despues de reunirse atraviesan el canton desde un estremo al otro entre márgenes erizadas de rocas y de horrorosos precipicios. En la region inferior el clima se endulza y el pais es mas ameno, de manera que hay huertos y prados encantadores; mas sin embargo siempre se ven montañas cuya punta alcanza á la region de las nubes. El Reuss desemboca finalmente en el lago de los cuatro cantones, un brazo del cual se adelanta entre dos paredes de roca y pertenece todo al territorio de Uri. Divídese este en dos distritos llamados el uno Uri y Ursen el otro; mas en todo el canton no hay un pueblo, pues los habitantes son sencillos pastores cuya vida pasa en las ocupaciones que desde muchos siglos son para los hijos lo que fueron para los padres. La inocencia y la pureza de costumbres se conservan ni mas ni menos que las creencias religiosas y las instituciones políticas, de suerte que no parece sino que los hombres nacidos en medio de esa naturaleza tan gigantesca tienen antipatía á la inquietud de las ciudades. Asi es que los derechos, los deberes y los hábitos de familia se perpetúan con una constancia admirable, y por esto aun hoy dia cuando se habla de Uri se la apellida el *tipo de la Suiza*.

Los habitantes, que no pasan de quince mil, no han abandonado nunca la fe católica y todos se dedican á la cria de ganado, de modo que en ese canton se cuentan diez mil quinientos bueyes, doce mil carneros y mas de diez y siete mil cabras. En los Schellenen sobre todo da gusto verlas suspendidas en las rocas perpendiculares en donde son el

único ser cuya vivacidad recuerda que tambien ese desierto es una propiedad del hombre. Los progresos de la civilizacion han hecho perder á ese pais muchas de sus bellezas. El agujero de Uri, que era una verdadera maravilla, es hoy una vasta y alta galería semejante á la del camino del Simplon; el puente del diablo tiene á su lado otro puente no menos atrevido, pero que no presenta sobre el abismo la audaz curva del primero: se pasa con demasiada facilidad para la vista, y las sillas de posta vuelan por un largo camino por el cual en otro tiempo pasaba temblando un hombre á pie. Es indudable que estos trabajos han producido muchas ventajas al comercio, mas quien en otro tiempo ha visto los Schellenen, el puente del diablo y el puente de Uri, debe echar de menos lo que el arte ha robado á la naturaleza. Hé aqui cómo se esplica Mr. de Golbery en su historia de la Suiza. «Los progresos de las ciencias, y mas »que estas la codicia de los comerciantes han hecho cam»bios y modificaciones, si se quiere útiles, pero que han »alterado la fisonomía primitiva de los sitios que debian »creerse á cubierto de toda especie de revolucion. Esto »mismo ha hecho que en algunas partes del canton de Uri »las costumbres no han podido librarse de este pernicioso »influjo, mas estas escepciones son raras y hé aqui la ra»zon porque se hacen notables. La sencillez de la vida »pastoril, segun oportunamente observa el sabio Mr. Dep»ping, en su *Cuadro histórico, pintoresco y moral de los can»tones helvéticos*, se ha perdido algun tanto en el canton de »Uri, merced á la carretera del San Gotardo, que siguien»do el curso del Reuss, atraviesa el canton de uno á otro »estremo derramando dinero, creando necesidades inútiles, »é introduciendo el gusto por el comercio y por el lujo y »en consecuencia la riqueza y la miseria.»

El mas hermoso valle del canton de Uri está muy espuesto á los estragos del viento del sur llamado *foen* que viene del San Gotardo, baja al valle del Reuss, y su ímpetu es tan

temible que en las casas del valle inferior que son de madera se apaga el fuego apenas se perciben los síntomas de aquel viento destructor. Lo anuncian los torbellinos de nieve que revolotean por las cimas de las montañas y sobre los árboles de los mas altos bosques cuando en el valle reina todavía la calma, mas á poco rato desciende furioso y muchas veces arranca de cuajo las casas. Ese viento, segun lo asegura Mr. Depping, produce en general singulares fenómenos; pues en invierno endulza súbitamente la temperatura, y en la primavera le basta una sola noche para desenvolver la vegetacion y cubrir de verdura los prados. Entonces las flores esmaltan las rocas, la nieve derretida baja por las laderas de las montañas y los torrentes hinchados de un modo espantoso llenan de espuma y de vapor las gargantas de los desfiladeros. En verano sus efectos son muy distintos; derrámase en el valle un calor sufocante, y las personas débiles sufren terribles dolores y entorpecimiento de cabeza y una grande dejadez física y moral. Los efectos del *foen* son tan generales que los habitantes del valle del Reuss tienen la tez amarilla y son de constitucion muy endeble. En toda aquella parte del valle el reflejo del sol produce una temperatura que hace vegetar las plantas de los climas meridionales, mientras que en San Gotardo y en los montes vecinos hay hielos eternos hasta los cuales se encaraman las plantas alpinas y algunos raquíticos arbustos.

La cria del ganado es segun hemos dicho la esencial ocupacion de los habitantes de Uri, que pasan el verano en los altos Alpes en donde hay rediles y cabañas que forman por decirlo asi, pueblos de reses. Entre esos pastores está el trabajo repartido cual pudiera en una fábrica. El uno prepara el queso, el otro vigila el ganado y otro cuida de los quehaceres domésticos. Mañana y tarde desde las puertas de sus chozas hacen resonar á lo lejos en delicioso coro la salutacion del ángel, y muchas veces durante el dia sus frescas y sonoras voces esparcen por el aire sonidos tan

melodiosos y modulados que ningun músico los oye sin quedarse pasmado. Cuando el setiembre lleva otra vez á esas cumbres el importuno soplo de los vientos, las nieblas reposan sobre las cimas, y la nieve se arremolina ya en torno de los pastores, bajan en numerosa caravana hácia las habitaciones del hombre, y se reparten entre los propietarios las reses y los quesos preparados durante el estío. Los pastores de Uri tienen fama de hacerlos esquisitos, y ellos con el arroz, la leche y las patatas son su único alimento. El trage de las mugeres es muy gracioso, y hacen escelente efecto sus trenzas recogidas á veces en una redecilla, cubiertas otras con un sombrero de paja ó adornadas quizás con una grande aguja en forma de flecha. En Ursen estan en boga las modas italianas, y allí suelen las mugeres ponerse en la cabeza un pañuelo en forma de velo. En Schœchenthal el vestido es de lana de color rojo, el jubon blanco y el pañuelo del cuello negro. Las mugeres llevan calcetas que no les cubren mas que las piernas y en los pies usan sandalias sujetas con correas. El trage de los hombres va perdiendo su carácter primitivo, y desde que el servicio militar los obliga á llevar pantalones han abandonado el calzon de piel negra.

Entre todos los gobiernos que hay en la tierra el de Uri es aquel en el cual se ha llegado mas cerca de lo que se llama el principio de la soberanía popular, pues en efecto en el dia 1.° de mayo de cada año la poblacion entera se reune para nombrar sus magistrados, y dejan de existir completamente todos los poderes públicos durante las horas que se ocupan en las elecciones. Aquella asamblea se reune en Bœtzligen en donde se eligen el landammann, su sustituto, el capitan, los dos abanderados, el tesorero, tres jueces de apelacion, los diputados que deben concurrir á la dieta y finalmente todos los empleados públicos, inclusos los dos correos del estado. Los principales entre los que hemos nombrado reunidos con los cuarenta y cuatro

consejeros que las once universidades del canton eligen á cuatro por una, forman el consejo cantonal que ejerce los poderes ejecutivo y judicial, y el número de esos consejeros se dobla y se triplica cuando se trata de juzgar delitos graves ó crímenes contra el órden social; mas como en una poblacion en donde las costumbres son por lo general tan puras é inocentes es muy raro que se cometan crímenes, se convocó un consejo triple en 1815 despues de sesenta años que no habia tenido que reunirse. La libertad de que gozan los habitantes de Uri en nada se parece á la que hay en los pueblos regidos por lo que nosotros llamamos gobierno representativo, puesto que entre esos pastores no hay huella alguna de las ingeniosas combinaciones ni de los complicados resortes que forman nuestras constituciones. En Uri pues se ignora lo que es libertad de imprenta y á nadie le importa nada, porque hay un medio mas sencillo y decisivo de quejarse y hacer reclamaciones. ¿Y de qué les servirian los periódicos y los libros á un pueblo que pasa seis meses del año en la cumbre de las mas altas montañas de Europa, dedicado esclusivamente á cuidar del ganado? Por otra parte entre esos pastores las costumbres y las tradiciones tienen un influjo mas directo y positivo que las leyes escritas sobre la libertad de imprenta, las cuales en último análisis no hacen mas que sujetarla á reglas ó restringirla. Completarémos estos pormenores acerca del canton de Uri diciendo que se compone de once comunes ó pueblos, cada uno de los cuales dirige sus negocios y elige sus curas. Las rentas de ese pequeño estado consisten en el derecho de la sal, en el producto de las propiedades cantonales, y en un censo que paga el canton de Tesino por la cesion del valle de Levantina y en otro que satisface la Thurgovia.

Si pasamos á tratar de la constitucion de Uri verémos que es una democracia pura, ya que el poder reside en la asamblea del pueblo sin privilegio de ninguna clase para

nadie. Basta tener veinte años para ser elector, elegido y soldado; sin embargo de lo cual el contingente de Uri no es mas que de doscientos treinta y seis hombres, y este canton ocupa entre los confederados el cuarto lugar. El pueblo hace las leyes y las deroga, nombra magistrados y los reemplaza, decide las alianzas, hace la paz y declara la guerra. El poder ejecutivo está confiado á un consejo llamado *Landrath*. Otro consejo que por efecto de antiguos procedimientos supersticiosos conserva el dictado de *Malefiz Landrath* (consejo del maleficio) juzga los asuntos criminales y se compone del consejo anterior y de otras tantas personas nombradas en los comunes, y por esto se llama *consejo doble*. Finalmente hay el *consejo triple* que no se reune sino en casos muy estraordinarios y para castigar los delitos contra el estado. Hay ademas un consejo privado para la administracion de las rentas públicas, y á él se añaden algunas personas para formar el consejo de la guerra. La organizacion del estado se reproduce en escala menor en cada pueblo, puesto que cada uno tiene una asamblea popular y un tribunal. El landammann es el gefe supremo de todo el canton.

La eleccion de esa asamblea nacional es un espectáculo magestuoso por la sencillez y por el color de antigüedad que conserva. En la víspera una música militar avisa la solemnidad, y el ruido de los tambores, la llegada de las tropas y el movimiento de los habitantes animan aquellos hermosos valles en los cuales aparece una comitiva inmensa como una procesion de una legua de longitud. Todos van allí con un sentimiento de orgullo nacional porque todos podrán manifestar libremente su voluntad, y cada uno de ellos será á la vez príncipe y súbdito, gobernante y gobernado. La ceremonia comienza por los oficios divinos y luego la asamblea se reune en la plaza delante de la casa de la villa. Preceden á la milicia dos heraldos con trage mitad rojo mitad negro, y se llevan allí los libros de la ley, los sellos, la manzana de Guillermo Tell, la segur de la justicia y otros atributos. Siguen

los magistrados á caballo, vestidos de negro, con capa de seda y su correspondiente espada; y cada caballo lleva un palafrenero. Los principales gefes y los magistrados se colocan sobre una alfombrada tarima, el landammann se sienta al frente de una mesa en mitad de un círculo y abre la sesion, y al momento el pueblo arrodillado reza en alta voz siete padrenuestros y otras tantas avemarías. Cualquiera reclamacion que á lo menos un mes antes hayan presentado al consejo siete familias, es entonces leida por el secretario; un orador que nunca puede ser interrumpido las esplica mas detenidamente, y el landammann recoge los votos, primero de los magistrados y despues del pueblo. La manera de votar es levantando las manos, y si acaso ocurren dudas se cuentan los sufragios. El landammann apoyándose en la segur de la justicia cual en un báculo, da cuenta de su administracion en el tiempo que ha gobernado, y se retira. Entonces el secretario ruega al mas anciano que indique un candidato, y casi siempre propone para el año próximo al landammann saliente; mas rara vez gobierna el tercero y rarísima el cuarto año. Si el candidato es admitido ocupa el mismo lugar que antes, se le lee la ley que fija sus deberes y presta juramento. El tesorero da cuenta á la asamblea del estado de las rentas, y á la par de los demas empleados queda sujeto á reeleccion. De la misma manera se elige á los diputados para la dieta etc. etc. Hecho esto las posadas se llenan de una multitud alborozada, en la vecindad hay mil tiendas en donde se juega, y algunas veces la intriga y los regalos tienen parte en la eleccion para los empleos de segundo órden. Las asambleas de distrito se verifican ocho dias despues de la reunion general. Cuando esta tiene que convocarse estraordinariamente no hay solemnidades, y se delibera ó bien en un prado cerca de Altorf ó bien en la iglesia de ese pueblo cuando el tiempo está malo; y en tales casos la asamblea no puede ocuparse sino del asunto urgente para el cual ha sido convocada.

1, 2 y 3. Trajes de los habitantes del Canton de San Gall. 4 Vaquero del Canton de Switz. Pl. 7



Demoraine del. Pardinel sculp.

1 2 3. COSTUMES DES HABITANS DU CANTON DE St. GALL. 4. VACHER DU CANTON DE SWITZ.

SCHWITZ.

Schwitz, que como nuestros lectores recuerdan es uno de los tres cantones primitivos, confederados por medio del juramento de Gruttli, tiene diez leguas de longitud y de cinco á siete de anchura y está entre los cantones de Uri, de Glaris, de San Galo, de Lucerna, de Zurich y de Zug. El pais de Schwitz ofrece un aspecto muy pintoresco porque está lleno de montañas de las mas estrañas y variadas formas. Inútil seria buscar en ese canton ciudades, castillos, ni huella alguna de industria manufacturera, porque los habitantes apenas se ocupan de la agricultura ya que se dedican enteramente á la cria del ganado, y por otra parte prefieren carecer de los objetos que nosotros llamamos de primera necesidad á tomarse la molestia de procurárselos. La pureza de costumbres, la sencillez de modales, y la temperancia en todo distinguen entre los suizos á las gentes de Schwitz en donde hay muchas casas en que no suelen comer pan, puesto que la fruta que es abundante, la leche que es riquísima y la carne de las reses constituyen el alimento y la bebida del pastor de Schwitz. Los valles reputados por los mas fértiles no tienen tierras de pan llevar ni viñedo. Los habitantes, cuyo número asciende á unos veinte mil, respiran libertad y contento: no conocen lo que se llama diferencia de clases; no tienen superiores propiamente dichos, todos los que gobiernan son elegidos directamente por ellos, y como su poder no ha de durar sino un tiempo limitado por lo general no abusan de él. Las contribuciones son ligeras porque apenas hay gastos públicos, y la fortuna de las familias que es poco mas ó menos una misma les asegura una especie de independencia que las aleja del lujo lo mismo que de la escasez. Con estos antecedentes es inútil añadir que Schwitz es en toda la estension de la palabra una democracia pura. La comarca está

dividida en siete distritos, cada uno de los cuales tiene su consejo y su tribunal de primera instancia. Para formar parte de la asamblea general basta tener diez y seis años, y aunque entre nosotros pasaria por una cosa monstruosa ejercer derechos políticos en edad tan tierna, por poco que se reflexione, se verá que en Schwitz las relaciones y los intereses son tan poco complicados que fácilmente puede comprenderlos un jóven de diez y seis años: hay ademas una fuerza y un poder de recto sentido comun que arrastra á las masas, de suerte que bien pueden los muchachos continuar la obra de sus padres. La asamblea general que se convoca todos los años se reune en Schwitz en 1.º de mayo, y en ella se resuelve todo lo relativo á la paz y á la guerra y se discuten las leyes. Al paso que esa asamblea solo tiene lugar cada dos años en consideracion al crecido número de personas que la componen, las de distrito se congregan anualmente, eligen sus magistrados y forman sus leyes particulares. El consejo general se compone de sesenta miembros de Schwitz y de treinta y seis de los otros distritos; mas conviene tener presente que estos durante siglos fueron súbditos de los pastores de Schwitz, quienes en union con los de Uri y de Underwald echaron los cimientos de la libertad suiza. Asi es que la parte del canton que está cerrada por una semicircular cordillera de montañas, estaba sometida al mas absoluto yugo, cual si esa fraccion, como dice Depping, no tuviera á la libertad el mismo derecho que las demas. La revolucion de fines del siglo XVIII la emancipó del yugo de sus conciudadanos, pero el carácter de los habitantes se resiente todavía de su larga servidumbre, pues ni es tan alegre ni tan noble como el de los suizos que hasta dicha época fueron señores.

Tambien se nota diferencia entre los habitantes del valle de Schwitz y los del valle de Moutta, asi en la fisonomía como en el carácter y en la lengua. Estos son hombres muy robustos pero menos despejados que los de Schwitz, y hay

quien supone que descienden de los godos que en el siglo VI fueron arrojados de Italia. El consejo general de Schwitz discute con anticipacion todas las medidas legislativas; está encargado de la seguridad del pais y ejerce en él la policía. Ese mismo consejo general da las órdenes oportunas para el levantamiento de la milicia y administra justicia á menos que se trate de un delito que segun la legislacion merezca pena capital, pues esta pena no puede ser impuesta sino por el consejo doble ó sea por el consejo al cual se agregan igual número de ciudadanos. Hay tambien un consejo triple compuesto de doscientos ochenta miembros y se convoca dos veces al año á fin de dar instrucciones á los embajadores, y á los diputados que van á la dieta. Seria detenernos demasiado hablar de otros tribunales que tienen diferentes atribuciones, y todos los cuales se componen de siete ó de nueve jueces. En el canton de Schwitz todo ciudadano es soldado, y el contingente de aquel territorio asciende á seiscientos dos hombres. En el curso de la presente historia hemos visto que en este canton ha habido muchas veces intestinas discordias, porque Schwitz ha considerado durante mucho tiempo como súbditos los distritos de la Marche, Einsiedlen, Pfeffikon y Kussnacht; pero despues de la Constitucion jurada en 9 de noviembre de 1833 han desaparecido completamente todas las huellas de desigualdad. La capital Schwitz no es mas que un pueblo situado cerca del estremo del valle de Moutta no lejos del lago de Lauertz. Dejando á un lado su hermosa posicion y algunas casas con jardines, tiene pocas cosas dignas de notarse, y estas son la iglesia de San Martin bastante bonita y enriquecida con muchos mármoles, el arsenal en que hay armas antiguas, la casa de consejo, un convento de capuchinos con un hospicio para los viageros, y un convento de monjas; mas es inútil buscar una biblioteca ni otro establecimiento alguno científico. Hay algunos aficionados que representan comedias, y esto es cuanto puede hacer el arte dramático en un

pais cuyos habitantes viven por la mayor parte dispersos en medio de aquella hermosa naturaleza. Entre las casas particulares una de las mas bellas es la de los Reding, familia originaria del canton y que desde muchos siglos á esta parte da capitanes á las tropas suizas.

A despecho de las leves diferencias que segun la localidad existen entre los habitantes del canton de Schwitz, diferencias hijas de antiguos acontecimientos políticos y que se van desvaneciendo, las costumbres de ese pais tienen una pureza y candidez análogas á la pintoresca grandeza que lo circuye. Hé aqui el encantador cuadro que de ella ha trazado Mr. de Golbery que antes de escribir la historia de los diversos cantones los ha visto y estudiado todos á fuer de viagero. «Las antiguas costumbres de Schwitz, dice, ofrecen »algunos ejemplares de una hospitalidad estraordinaria cual »fue la que en 1487 se dió á mas de doscientos hombres de »Zurich que volvian de Altorf á donde los llevó la fiesta de »San Martin. Encontraron los tales á trescientos hombres »de Schwitz reunidos, quienes despues de recibirlos y tra»tarlos magníficamente los acompañaron hasta la frontera. »La hospitalidad se ejerce hoy dia muy cordialmente; la »primitiva buena fe y la sencillez de los antiguos tiempos »no se han perdido, y el estrangero que estudia las cos»tumbres de este pueblo tan bueno y tan original á la vez »se cree transportado á otra época. En el siglo pasado una »jóven llamó sobre sí el rigor de los tribunales porque ha»bia osado atribuirse el respetadísimo apellido de Reding y »recorriendo el canton vecino supo sonsacar valiéndose de »ese nombre sumas considerables. De repente se presentó »un tejedor jóven ofreciendo casarse con ella si le hacian »gracia de la impuesta pena, y la jóven aceptó y los magis»trados sellaron con su consentimiento esa union que fue »muy dichosa. Es de advertir que el tejedor no habia visto »nunca á aquella muger á quien salvaba del oprobio; pero »dijo que su abuelo habia sido muy feliz casándose de una

»manera análoga á la suya. El espíritu religioso es tan pro-»pio del carácter del habitante de Schwitz, como el amor »á la libertad. A pesar de esto los fundadores de la inde-»pendencia helvética tienen espíritu de esclusivismo, y asi es »que á sus ojos el juramento de Gruttli es el único vínculo »verdaderamente patriótico, y en diferentes épocas y en es-»pecial en las guerras de la revolucion lo han renovado »para alejar de sí á los confederados á quienes juzgaban »menos virtuosos que ellos. El pueblo conoce su historia »no tanto por la lectura como por la tradicion, y algunas »veces esta se estravia y toma infinitas formas cual solia ha-»cerlo la misteriosa antigüedad y cual lo hacen todavía al-»gunas sencillas creencias católicas que la ceguedad de los »cultos disidentes procura analizar sin comprenderlas.»

Los habitantes del canton de Schwitz libres de todas las inquietudes que traen consigo la industria y el comercio se dedican con gusto á las faenas que reclaman los pastos y los ganados, que son de escelente raza y absorven la atencion toda de los pastores. Durante el verano recorren las montañas en todas direcciones cerca de veinte mil reses, entre las cuales andan mezclados muchos caballos, y la tercera parte de estos y de aquellos se venden en los otros cantones y en Italia. Al comenzar la primavera, dice Mr. Depping, se lleva el ganado á los escelentes pastos que se arriendan muy caros y en los cuales cada propiedad está separada por una cerca de madera. A medida que el calor aumenta los rebaños van subiendo, hasta que al fin llegan á las regiones mas elevadas. Durante ese tiempo se siegan dos veces los prados inferiores de los distritos fértiles, y cuando los ganados bajan aun encuentran en ellos yerba nueva. Aunque en este canton se hacen muchos quesos no tienen ni en verdad merecen la fama de los de Gruyere. Las rocas y los bosques dan de valde al habitante de Schwitz los materiales para sus habitaciones; las mugeres hilan y tejen el hilo y las lanas para los vestidos, que es todo lo que nece-

sitan, de suerte que en los pueblos no se encuentra sino lo indispensable y nada de lo que corresponde al ramo de lujo. En las montañas del canton hay mármoles y metales pero nadie se ocupa de beneficiarlos.

Al occidente del lago de Zug en un lugar llamado el *camino hondo* se alza la capilla de Guillermo Tell en el mismo lugar en que libertó á la Suiza del bailío Gessler. Esta capilla en que hay pinturas de poquísimo mérito tiene la siguiente inscripcion compuesta por el poeta suizo Glareanus:

Brutus nobis erat, uro Guillermus in arvo
Assertor patriæ, vindex, ultorque tyrannûm.

El mas fértil valle del canton de Schwitz es el de Moutta, en el cual estan los mas pintorescos puntos de vista. Al norte hay otros dos grandes valles llamados de Einsiedlen y de Waggi. El primero que domina el monte Izel, toma su nombre de la abadía de benedictinos que es universalmente venerada como el Loreto de la Suiza; y el segundo no ofrece á los ojos del viagero mas que peñas, pastos y queseras. Las márgenes de la porcion del lago de Zurich que forma parte del territorio de Schwitz, estan cuajadas de pueblos y viñedos que presentan un espectáculo encantador. El primitivo canton de Schwitz que es el pasmo de los viageros por razon de sus montañas, tiene tambien sus peligros que son el terror de los habitantes y una consecuencia de la contestura del pais en el cual viven tan felizmente.

Cuando en 1806 el Rosberg se hundió en el valle lanzó las aguas con tanto ímpetu que la iglesia de Schwanau se vino abajo. Hasta el 2 de setiembre habia llovido continuamente, el cielo estaba todavía cargado de nubes; desde la madrugada se observaban grandes grietas en los céspedes, y en el inmediato bosque se oyeron crujir las raices de los abetos. De pronto salieron piedras del seno de la tierra; luego se precipitaron hasta el valle algunas masas; esta es-

pecie de aludes se fueron haciendo frecuentes hácia las dos de la tarde; rodaban los peñascos y retumbaba por los ecos de Rigi un estruendo semejante al del trueno. De los lugares en que se verificaba el derrumbamiento alzábanse nieblas y nubes, y entonces comenzaron á sentir una angustia vaga los habitantes de los inmediatos pueblos que sin embargo no preveian ni con mucho toda la estension del riesgo. De repente el terreno comprendido entre las grietas desprendióse y se vino abajo dejando descubierto un inmenso desgarron y lanzándose con estruendo sobre las habitaciones. Viniéronse abajo los peñascos salientes, la verdura desapareció bajo aquella inmensidad de tierra cuyos árboles seguian el movimiento cual agitados convulsivamente y chocando unos con otros: los pájaros estremecidos volaron hácia el Rigi; el crujido se hizo universal y toda la masa de la montaña aplastó el valle. El golpe fue tan violento que aquellas olas de barro arrastrando árboles, hombres, rebaños y edificios, remontaron en direccion contraria los costados del Rigi, y en medio de aquella escena de horror resonó el postrer alarido de los desdichados habitantes de Goldaur. El rompimiento del Rosberg se oyó en los lejanos valles de Uri y en el canton de Zurich. Perecieron en esa catástrofe cuatrocientas cincuenta y siete personas; fueron aplastadas ciento y diez casas; en el espacio de una legua cuadrada èl pais quedó cubierto de escombros y desaparecieron los mas hermosos valles, algunos de los cuales pertenecian á las mismas familias desde cinco siglos á aquella parte. Un hombre que estaba cogiendo fruta en su huerto conoció el desastre que le amenazaba y huyó con dos hijos jóvenes, mientras que su esposa se precipitaba en la casa á fin de coger otro hijo que tenia en la cuna; mas estando allí el alud la sepultó á ella y á una criada que corria á salvar otra criatura de su amo. Sepultadas bajo las ruinas de la casa, separadas una de otra por aquella noche profunda, y comprimidas de un modo atroz por las ruinas que destro-

zaban sus miembros esas dos desventuradas oraban en coro esperando la sentencia del Omnipotente. A las pocas horas Francisca Ulrich oyó el lejano sonido de la campana de Steinen que tocaba la oracion. La noche entera se pasó de este modo horrible: el frio se les hacia insoportable porque una y otra tenian las piernas metidas en el barro; mas finalmente por el toque de la oracion conocieron que habia amanecido y despues en medio de aquella atroz angustia llamó su atencion un grito de dolor y de espanto lanzado por el padre de Marianita que no habiendo cesado de apartar escombros acababa de descubrir á poca distancia el mutilado cadáver de su esposa. Entonces llegaron á su oido los lamentos de las víctimas, y los trabajadores pudieron por fin sacar á Francisca y á Mariana, aunque esta con una pierna rota. Todos los años se celebra en la iglesia de Art una funcion religiosa en memoria del desastre de Goldau. Mas adelante han tenido lugar otros hundimientos pero sin ocasionar desgracias. Desde lo alto del Rigi se ve perfectamente el vasto rasgon de Rosberg, y el pais que sus ruinas ha cubierto entre Art y Goldau desde el lago de Zug hasta el de Lowertz.

UNDERWALD.

Este es tambien uno de los tres cantones primitivos y fundadores de la confederacion. Está á poca diferencia en el centro de la Suiza y contiene veinte mil habitantes en un espacio de veinte y cuatro leguas cuadradas. Las montañas de este canton se alzan á diez mil pies sobre el nivel del mar; la mas elevada de todas es el Titlis, y las del mediodía estan cubiertas de nieves eternas. En este canton hay mucho clero católico, un monasterio de benedictinos en Gelberg, un convento de capuchinos en Sarnen, otro y un convento de monjas en Stanz y una abadía de benedictinos. Muchos de los hombres que se han hecho famosos

en la historia de Suiza nacieron en este territorio que es tambien una democracia pura y está dividido en dos partes por medio del bosque de Kernwald. Una de esas partes se llama Underwald ó Underwalden (bajo del bosque) y la otra Oberwald ó Oberwalden, aunque mas generalmente se les dan los nombres de *Ob-dem-Wald* y *Nid-dem-Wald*. Once mil almas viven en la parte superior y la demas poblacion en la inferior del bosque. Vamos á echar una ojeada á cada una de estas dos pequeñas repúblicas en particular. La primera que es la mayor se compone de siete parroquias y la soberanía reside en la reunion de los habitantes que tienen veinte años de edad, los cuales se juntan anualmente en Sarnen el segundo domingo de abril para elegir el landammann, fijar las contribuciones y discutir los proyectos de ley que presenta el consejo del pais. Este consejo que tiene el poder ejecutivo y judicial se compone de miembros elegidos por la asamblea pública, y de consejeros ó diputados que lo son por las parroquias entre las cuales las dos mas estensas nombran quince miembros cada una, y siete las cinco mas reducidas. Para juzgar los asuntos criminales el consejo se triplica. Cada parroquia tiene un tribunal de siete miembros elegidos por los feligreses, y hay otro tribunal que se llama de los jurados y lo componen el landammann y diez y seis personas elegidas anualmente por la asamblea pública. Las cuestiones que proceden de los testamentos las decide el tribunal del pais que es el consejo, el cual celebra sus sesiones en público. Mr. Depping, de quien tomamos estos pormenores, al hablar de Nid-dem-Wald dice. «Es un pais encantador, lleno de sitios deliciosos, con »prados y huertos innumerables. Es su capital el pueblo de »Stanz, situado en un hermoso valle entre Blumalp y el »monte Burgen; y en este pueblo se reunen todos los años »los habitantes del pais para nombrar las autoridades prin»cipales, cual sucede en la parte superior del bosque. Las »proposiciones que allí presenta el consejo deben ser pu-

»blicadas ocho dias antes en todas las parroquias á fin de »que los habitantes puedan discurrir anticipadamente si sus »efectos serán útiles ó perjudiciales. El consejo que es el po»der ejecutivo y judicial se compone de cincuenta y ocho di»putados del pueblo y de los empleados públicos. Una comi»sion de este consejo despacha con el nombre de consejo »semanal los negocios corrientes y de poca importancia: »en los casos graves se duplica y triplica el consejo, y cuan»do se trata de un crímen que merece la última pena todos »los habitantes de mas de treinta años y los parientes del »reo, esceptuando los eclesiásticos, entran en el consejo en »calidad de adjuntos para pronunciar la fatal sentencia. Ca»da parroquia tiene un juzgado de conciliacion compuesto »de tres miembros, y hay ademas tres tribunales de siete »jueces que deciden los litigios cuya cuantía no escede de »treinta florines. Antes que en el canton hubiese estableci»mientos en favor de los pobres se imponia con este objeto »una contribucion á los parientes de los necesitados hasta »el cuarto grado, y cuando esto no bastaba se acudia á los »parientes mas lejanos. El consejo elige tambien la persona »que ha de llevar las cartas á Lucerna, porque este encar»go se considera allí cual un empleo del estado. Underwald »como canton no da mas que un contingente de ciento cin»cuenta y un hombres.»

Los habitantes son intrépidos en el campo de batalla, y al mismo tiempo tan adictos á su religion, que es el catolicismo, que se los llama los piadosos underwaldeses. En otro tiempo el trage nacional de Oberwald era una chupa negra, calzon hasta mitad de los muslos, calcetas blancas hasta emparejar con el calzon, un cinto de cuero y los cabellos partidos por mitad de la frente y echados detras de las orejas. Los habitantes de la otra parte del canton usan calzon azul, chaleco encarnado y calcetas muy blancas. Por desgracia el trage nacional en particular el de las mugeres se pierde sensiblemente. Consistia antes en una saya ancha y

corta de color oscuro, jubon encarnado, sombrero muy ancho, calcetas azules, zapatos elegantes, cabellos en trenza y adornados con dos gruesas agujas de plata. A las mugeres lindas les va bien este trage, pero no deja de afearlas la costumbre que todas tienen de llevar en la boca una corta pipa. Hoy las modas francesas se han mezclado con el antiguo trage nacional, y el labrador de la parte de Underwald de que hablamos se afeita la mitad anterior de la cabeza y se deja crecer el cabello en la otra. Para completar estos pormenores tomados de Mr. Golbery, dirémos con el mismo autor que en el pais hay muchas cofradías religiosas y gremios que tienen sus fiestas, entre las cuales citarémos como la mas original la de los pastores. En otoño cuando los rebaños han bajado ya de las montañas los mayorales de los pastores adornados con inmensos ramos se trasladan á la iglesia en donde está colocada la imágen de san Wendoli su patron. Celébrase una misa en accion de gracias á Dios por haber protegido su vida pastoril y el sermon gira acerca del mismo asunto. Precedida de una música campestre que está esperando en la plaza se pone en marcha la procesion con la bandera de los pastores que es muy pesada, y en las frecuentes detenciones que se hacen todos compiten á quién la agitará con mas fuerza y destreza. La multitud compuesta de hombres y mugeres, viejos y jóvenes, inclusos los curas, van á la posada y allí gritan, aplauden y comen con la mayor algazara. Repítese la ceremonia despues de las vísperas, y al dia siguiente cuando se ha celebrado el aniversario por los difuntos comienza la danza que es animada y ardiente, y en la cual ellos y ellas toman actitudes y hacen gestos particulares. Figuran en esta fiesta, á la cual se le da el nombre de *aelperkilvi*, un hombre y una muger cubiertos con ramos de pino, los cuales representan una pareja salvage, barren el camino por donde ha de pasar la comitiva, y estan á las órdenes de los mayorales de la fiesta para toda clase de servicios. Durante la comida

presentan, simulando mucha fatiga, algunos quesos que se regalan á los frailes capuchinos, los cuales toman parte en la general alegría, y en seguida el salvage y su pareja se acusan recíprocamente en una cancion burlesca. Generalmente se cree que esta grotesca pareja es un resabio de los tiempos en que los genios habitaban en los bosques.

LUCERNA.

Este canton católico que abrazó la causa de Schwitz y de Underwald en el siglo XIV es una de las tres capitales de la Suiza, lo cual equivale á decir que en ella se convoca la dieta cuando le toca el turno. Tiene este canton 102850 habitantes todos los cuales profesan la religion misma. Generalmente se dedican á la agricultura, mas sin embargo los hay que trabajan el algodon. Los hombres son enérgicos y gozan mucha salud. El canton está dividido en cinco bailíos, á saber, la ciudad de Lucerna, el Entlibouch, Willisau, Sursée y Hochdorf. Estos bailíos se dividen en diez y ocho jurisdicciones: el gobierno se compone de un consejo permanente llamado *taeglicher rath* (consejo cotidiano) que ejerce el poder supremo y consta de treinta y seis miembros. Ademas hay un gran consejo compuesto de sesenta y cuatro individuos que son vitalicios. Los preside el avoyer, y á esta corporacion se da el nombre de *schultheiss rath, und hundert der stadt und republik Lucern*, esto es, el avoyer, el cónsul y los ciento de la ciudad y de la república de Lucerna; á poca diferencia cual si dijéramos *Consules, senatus populusque romanus*. En esta corporacion hay siempre cincuenta ciudadanos de Lucerna y cincuenta del campo entre los cuales los tres son de Sempach, tres de Sursée, dos de Willisau y uno del pueblecillo de Munster. La asamblea admite ó rechaza las proposiciones del consejo permanente, revisa las cuentas, elige del seno del mismo consejo los avoyers y los diputados que deben representar el canton en la dieta, vota

las contribuciones, confirma ó anula las elecciones de los individuos del otro consejo, y en ella reside el derecho de perdonar los delitos y todos los demas propios de la soberanía. Esta asamblea se reune por lo comun cuatro veces al año; pero el consejo permanente la convoca siempre que lo juzga necesario. Cada miembro tiene la iniciativa en materia de proposiciones, con tal que antes las haya examinado el otro consejo y el avoyer. Cuando doce miembros lo exigen es preciso que el avoyer ocupe en el acto al consejo permanente de los asuntos importantes y los presente desde luego al gran consejo. La iniciativa y el poder administrativo y judicial corresponden al primero. El consejo permanente elige en su seno un tribunal de apelacion compuesto de doce miembros que juzgan en última instancia asi en lo civil como en lo criminal, á menos que se trate de imponer la pena capital, pues entonces la causa debe ser fallada por el consejo entero. Cada avoyer ejerce y preside durante un año y á su vez despacha la correspondencia, firma las leyes, redacta los reglamentos de policía y no puede deliberarse acerca de cosa alguna sin que antes se le dé noticia. En su ausencia reemplazan á los avoyers los dos consejeros mas ancianos, y ademas hay un magistrado revestido con una especie de poder análogo al del canciller, el cual guarda los sellos, conserva los documentos emanados de la autoridad, y recoge los votos. Para ser elector basta ser ciudadano, tener veinte años, pagar una contribucion de cerca de seiscientos francos, moneda francesa, tener juicio sano y no haber hecho bancarrota. Para ser elegido es preciso tener veinte y cinco años, poseer al menos seis mil francos ó haber hecho grandes servicios al estado. Para ser individuo del consejo permanente es necesario tener treinta años.

Nótese que sin embargo de que la gran mayoría de los habitantes de Lucerna practican con grandísima exactitud la religion católica se ha fundado en ese pais desde el año

1826 una iglesia reformada, si bien para ello han tenido que vencerse grandes obstáculos. Todos los ciudadanos pueden obtener empleos aunque no profesen la religion romana que es la del estado. En el canton de Lucerna hay diez conventos cuyos religiosos se ocupan con mucho celo en la instruccion primaria. Aunque los habitantes de este canton son sinceramente religiosos han conservado ha muchos siglos algunos usos que solo pueden ser tolerables atendida la sencillez de sus costumbres. Entendemos hablar de las visitas nocturnas que los amantes hacen á sus queridas. Por la noche, segun afirma Mr. Depping, el jóven ora, y cuando el padre se ha metido en su cuarto se escapa y corre por montes y valles en busca del objeto de su amor, que le aguarda con suma impaciencia. Para esto no se acuerda de los peligros del camino, ni de los que le preparan los zelos de un rival, sino que con el sombrero metido hasta los ojos camina en la oscuridad algunas leguas para ir á la cabaña, á la cual en otro tiempo no llevaba mas dones que su corazon, su persona y algun ramo de flores cogido en el borde de un precipicio; mas hoy aseguran que lleva regalos mas sustanciales, como son fritos y licores espirituosos. Pásase la noche en tiernos entretenimientos, y al rayar el dia vuelve al techo paterno á fin de dedicarse otra vez á los trabajos del campo. Esas visitas de carácter tan estraordinario las atestigua Mr. Golbery en los términos siguientes: «En el canton de Lucerna es en donde principalmente prevalece el »uso de las visitas nocturnas que los jóvenes hacen á sus »amadas. Concluida la oracion de la tarde se escapan de su »casa y á veces hacen muchas leguas de camino para hablar »con su querida que los aguarda en la ventana y recibe de »ellos un hermoso ramillete. La conversacion se acaba al »salir el sol. Pondérase mucho la constancia de estas rela»ciones y la fidelidad de los amantes y la de los esposos; »de manera que si un estrangero tratase de sustituir al jó»ven á quien aguardan lo pasaria muy mal. Dicen que un

»viagero jóven fue sumergido en una fuente pública, y col-»gado despues dentro de una red en la cima de un árbol en »donde durante un dia entero fue objeto de la risa de los »transeuntes, por haberse fingido el amante de una rapaza.»

El mismo historiador dice: «El Entlibouch, que es el »distrito mas meridional del canton de Lucerna, presenta »un aspecto enteramente original en órden á las costumbres »y á la fisonomía de los habitantes. Este hermoso valle tie-»ne ocho leguas de longitud y de dos á cuatro de anchura; »allí están el Rothhorn, el Tannhorn, y otras cumbres que »se alzan hasta siete mil quinientos pies sobre el nivel del »mar, y allí se ve una casta de hombres notables entre to-»dos los de Suiza por su belleza, su fuerza y las prendas de »que estan dotados. Esos hombres son de suyo orgullo-»sos é independientes, y se dedican á la lucha; porque »su ocupacion que no es otra que la cria del ganado les »deja lugar suficiente para eso. Conservan ademas usos »muy estravagantes entre los cuales debe notarse el siguien-»te. El jueves lardero se envian recíprocamente un diputa-»do á caballo, vestido de un modo muy chocarrero y con »el sombrero cuajado de cintas y espejuelos. Llegado el »embajador al pueblo, en donde hay una bandera que indi-»ca el punto á que debe dirigirse la atencion general, se »traga un vaso de vino y luego lee una arenga en versos »burlescos hechos por él mismo, bien sea histórica, bien sa-»tírica, en la cual son criticadas las mugeres, las mucha-»chas y la poblacion entera aunque está prohibido nombrar »personas. A pesar de esto las alusiones son muchas veces »bastante claras y sobre todo bastante groseras para que »ofendan á aquellos á quienes se dirigen; pero el carácter »de embajador es sagrado y no solo no corre durante ese »dia peligro alguno sino que puede escoger y llevar á la sa-»la del baile á la mas linda aldeana, y aquellos de cuyos vi-»cios y modales se ha burlado no pueden decir una palabra. »En la cena el embajador ocupa el lugar de preferencia y es

»inviolable mientras dura la fiesta; mas debe procurar mu»cho no retardarse porque la caida de la tarde le despoja »de las garantías que protegieron sus sarcasmos. Preciso es »que se escape si quiere librarse de las injurias, de las pe»dradas y de los garrotazos; mas al entrar otra vez en su »pueblo aun todavía lo festejan los magistrados. En el úl»timo siglo mezclábase á esta ceremonia la representacion »de una guerra: los hombres del pueblo divididos en dos »cuadrillas de las cuales la una figuraba los suizos y la otra »al enemigo tomaban posiciones; los dos campos se arrodi»llaban para implorar el ausilio divino y luego tenia princi»pio un combate gimnástico rodilla contra rodilla, brazo »contra brazo, y pecho contra pecho. En estos combates »mas de una Hersilia se arrojaba en medio de los comba»tientes para proteger á un hermano ó á un esposo venci»do, y cuando sus ruegos no eran oidos tambien las muge»res combatian hasta que por fin los magistrados reconci»liaban á todo el mundo. Las frecuentes desgracias que de »tales batallas resultaban han hecho que se aboliera esta »costumbre. Algunos moralistas han sostenido que las crí»ticas acres y anecdóticas del lunes de carnaval producian »un efecto saludable, pues hacian que todo el mundo evitase »los escándalos y las malas acciones que pudieran servir de »base á la arenga del enviado.»

En los matrimonios hay tambien ceremonias estrañas. Cuando ya estan ajustados se vende la novia al mas beneficioso postor, cuidando de que la última puja sea la del novio: el dia de la boda una muger vieja vestida de amarillo se apodera del cinto de la novia y del ramillete del jóven y arroja ambas cosas al fuego, y segun el modo como arden dice cuál será la suerte de la pareja.

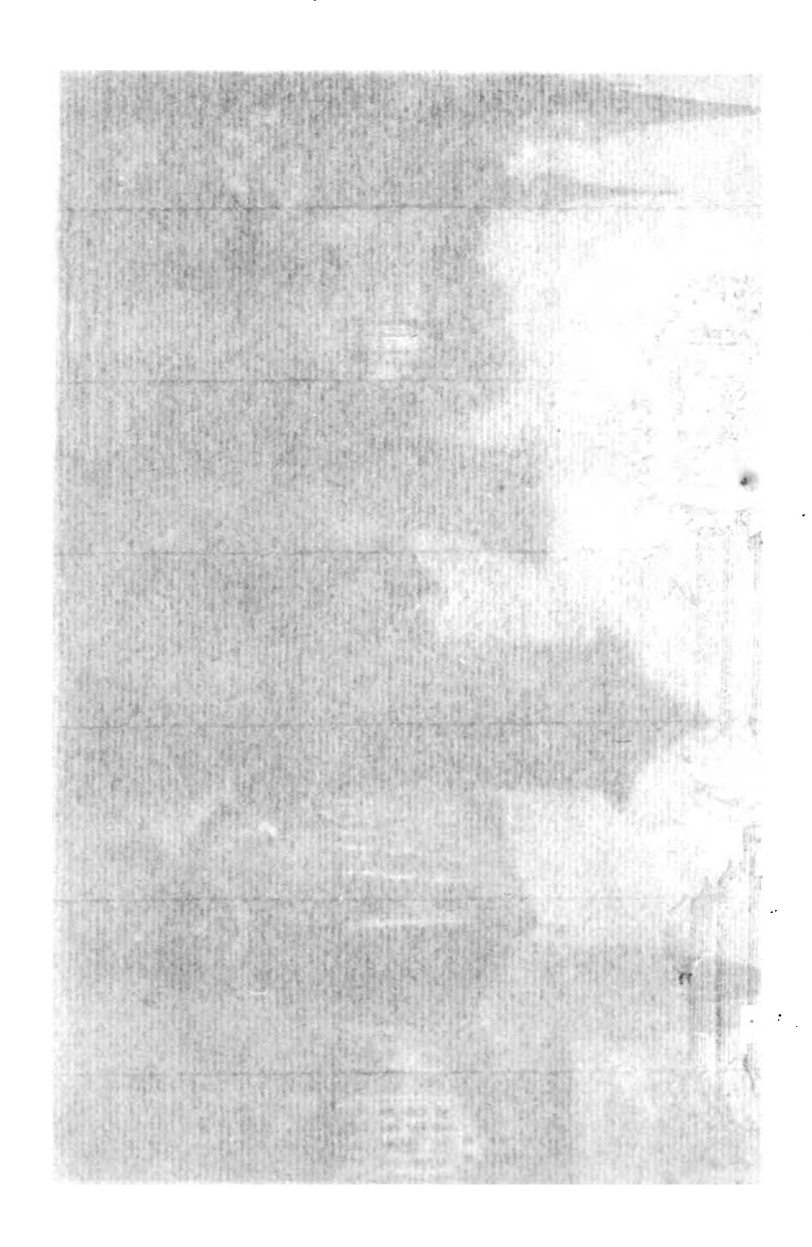
Las habitaciones de Lucerna son muy hermosas, las queseras tienen un carácter particular, los cementerios estan muy bien cuidados, y todos los sepulcros tienen sus inscripciones, sus ex-votos y sus coronas. Los recuerdos naciona-



Bartlett del.   Hermsterhes sculp

SUISSE.

ZURICH.



les son tan gratos como los de familia: en Sempach se leen en la iglesia la elocuente acta del 9 de junio de 1386 y los nombres de los opresores, cuya mayor parte fueron trazados por los mismos héroes de Sempach, y asi es que el tiempo los va borrando sin que ninguna mano moderna haya tenido la audacia de restaurarlos. La cántiga de Sempach está escrita debajo de un cuadro muy malo pero muy antiguo que representa la accion de Arnoldo de Winkelried. El canton de Lucerna produce muchos mas cereales de los que consume, y el contingente de tropas que da á la confederacion es de 1734 hombres.

ZURICH.

Este canton que en el órden de preeminencia ocupa el primer lugar, es una de las tres capitales de la Suiza y tiene un territorio de diez á doce leguas de longitud y de seis á diez de anchura. Hay en él doscientos veinte y seis mil ochocientos cincuenta habitantes y tiene 26604 casas que estan aseguradas por el valor de cincuenta y nueve millones, nuevecientos cincuenta y nueve mil, trescientos cuarenta florines. Ejerce el poder soberano el gran consejo que se compone de doscientos doce miembros, el cual vota asimismo las contribuciones, nombra los embajadores y elige los diputados para las dietas ordinarias y estraordinarias. El otro consejo llamado de gobierno tiene que darle cuenta de todas sus operaciones. Segun Mr. de Golbery el gran consejo es el que elige sus mismos miembros, los del otro consejo, los consejeros de estado y finalmente los dos gobernadores ó sean burgomaestres. Por el órden regular el gran consejo se reune dos veces al año. El otro se compone de veinte y cinco miembros, somete al principal los proyectos de ley, cuida de la ejecucion de las leyes existentes, nombra los empleados y administra justicia. Los burgomaestres presiden los consejos por turno y durante un año, y el peque-

ño consejo se renueva por terceras partes cada dos años. El consejo de estado compuesto de cinco miembros del pequeño consejo es un cuerpo diplomático, sin embargo de lo cual cuida de la seguridad interior y de la policía del canton y en casos urgentes toma medidas estraordinarias. Para el ejercicio de esos derechos políticos los ciudadanos del canton estan repartidos en sesenta y cinco colegios electorales ó tribus. La ciudad que en otro tiempo era la única que tenia derechos políticos no posee en el dia mas que trece de estas tribus. Los colegios solo nombran setenta y dos miembros del gran consejo, el cual se completa por sí mismo eligiendo ciento treinta miembros mas. Los setenta y dos elegidos se renuevan por terceras partes cada dos años, mas pueden ser reelegidos. Los litigios se ventilan primero ante los jueces de paz, el bailío conoce de ellos en primera instancia, y finalmente hay un tribunal superior compuesto de trece miembros ante el cual se resuelven los negocios civiles en última instancia y todos los criminales; mas en aquellos en que puede imponerse la pena capital se añaden por suerte cuatro miembros del pequeño consejo. Para los negocios matrimoniales hay un tribunal misto de legos y eclesiásticos. Mr. Depping vitupera la constitucion de Zurich porque en este como en muchos cantones se ha favorecido á la capital á costa del pais; mas conviene saber que la constitucion poco ha citada y cuyo estracto nos ha proporcionado Mr. Golbery, ha sufrido modificaciones, asi es que ya no existen los privilegios peculiares á la capital. Todos los ciudadanos gozan de una verdadera igualdad política, y la ciudad no representa mas que un colegio electoral. Añade Mr. de Golbery que cada colegio envia un diputado por cada mil doscientas almas de poblacion, y otro tanto hace cada fraccion que esceda de seiscientas personas; y en seguida el gran consejo elige un diputado por cada veinte mil almas. Si la soberanía del pueblo no es mas que representativa por lo que toca al canton, es entera en el régimen

municipal, y asi es que cada pueblo nombra sus diputados y vota sus cargas.

Zurich es considerada como la Atenas de la Suiza porque en ella han nacido muchos hombres grandes, y ya en el siglo XIII tenia una academia de poetas. Los habitantes gustan poco de la compañía de las mugeres, si hemos de dar crédito á lo que dice su compatricio Meister, que ayudó al baron de Grimm en su correspondencia. Los hombres de Zurich prefieren á la amable conversacion del bello sexo las bebidas, la política y los negocios. «Bastan tres ó cua»tro sillas, dice Meister, para doce ó quince personas, que »de dos en dos y con la pipa en la boca no hacen mas que »medir la sala por lo largo y por lo ancho, ó forman cor»rillos cuando se trata de noticias que tienen un interes ge»neral; pero á esta falta de carácter social y de la cultura »que es su efecto se deben atribuir muchas de las bellas »prendas de esas gentes, á saber, una aplicacion mas cons»tante á las artes y á la industria; mas amor á la casa y »un modo de ver y de sentir mas variado, singular, franco »y verdadero.»

Hay en el canton de Zurich un uso particular que consiste en que cuando nace un hijo se participa esta nueva por medio de la criada de la casa, y si hay mas de una se escoge la mas jóven y linda, la cual se pone el trage dominguero, lleva bajo el brazo un ramo de las mas hermosas flores de la estacion, y todas las personas en cuya casa se presenta tienen que hacerle un buen regalo. Cásanse en Zurich las gentes cuando apenas han salido de la adolescencia, pero entre los esponsales y la consumacion del matrimonio media un largo intervalo durante el cual los mozos gozan de la libertad mas absoluta, hasta el punto de hacer largos viages, sin que no obstante hayan jamas resultado de ello lamentables inconvenientes. Son muy leidas en Francia las obras de los dos escritores de este canton el poeta Salomon Gessner autor del *Primer navegante*, de la *Muerte de*

Abel y de los idilios que tanta fama han tenido, y las del ilustre Lavater. El sepulcro del primero se alza en las márgenes del Limmath, y en la biblioteca de la ciudad de Zurich se conserva el busto del segundo. En esa biblioteca hay escelentes colecciones de libros de los primeros tiempos de la imprenta, escritos relativos á los jesuitas, cartas autógrafas de los reformadores, de Juana Gray, de Catalina de Médicis, de Enrique IV de quien hay un buen retrato; el busto de Lavater hecho por Danneker, una serie de dibujos chinos traidos de la China por el astrónomo Horner, y un buen monetario. Hay ademas en Zurich dos bibliotecas, rica la una en obras eclesiásticas, y en libros de historia natural la otra, á la cual hay unido un gabinete para el estudio de esta ciencia.

Los aficionados á la lectura, á los bailes y á los conciertos se reunen en un casino construido de pocos años á esta parte: desde un siglo acá hay en Zurich una sociedad de música que ha contribuido en gran manera á perfeccionar el canto en las iglesias protestantes del canton. Esta ciudad que por un ridículo rigorismo de los primeros reformadores carece de órganos, está asimismo falta de teatro por un rigorismo de gobierno, y asi es que cuando alguna compañía de cómicos va á dar representaciones en los baños de Bade los vecinos de Zurich acuden allí en gran número por tierra y por agua. Hay en esta ciudad reuniones de diversas clases; una sociedad de amigos de las artes que promueve esposiciones públicas y redacta noticias acerca de los artistas suizos y de sus obras; una sociedad filantrópica, otra de ciencias físicas que tiene colecciones preciosas y ha hecho grandes servicios á la economía doméstica y á otros ramos; una sociedad de amigos de la infancia que dirige sus diversiones en invierno y en verano: para la instruccion pública hay un colegio en donde se enseña teología, medicina y jurisprudencia, la cual abraza el derecho público, la estadística, la historia y la policía. La preferente aficion de

los habitantes es á las artes; como lo prueba que en la ciudad hay muchos artistas, buena parte de los cuales se dedican esclusivamente á copiar la naturaleza.

Las colinas del canton son muy á propósito para el cultivo de la viña y de los frutales; la mezcla de las faenas de la agricultura con los trabajos de la industria han aumentado en gran manera la riqueza, de modo que hoy los habitantes gozan todas las comodidades de la vida.

ZUG.

Este canton que es el mas reducido de todos ocupa el séptimo lugar en la confederacion á la cual se agregó en el siglo XIV. Lo pueblan trece mil setecientos treinta habitantes, católicos todos. Segun Mr. Depping los hijos de Zug desde la edad de diez y nueve años tienen una parte de la soberanía y el derecho de asistir á la asamblea del canton que se reune todos los años el primero de mayo á fin de nombrar landammann y las otras autoridades del canton, al paso que cada comun ó pueblo se congrega el domingo siguiente para elegir los diputados del consejo del canton y los miembros de su consejo particular. Compónese el primero de cincuenta y cuatro miembros, once de los cuales los nombra la ciudad de Zug por privilegio que le han concedido los pueblos, sin duda para consolarla de la soberanía que en lo antiguo tuvo sobre sus súbditos. Del seno de estos individuos se eligen los veinte y cinco que forman el tribunal del crímen, y los pueblos nombran asimismo los jueces del tribunal civil y los del tribunal particular de cada uno de ellos, con lo cual todo el gobierno emana del pueblo y se compone de sus agentes. Aunque se sienta la base de que todo ciudadano que haya cumplido diez y nueve años puede votar en la asamblea general, estan escluidos de este derecho en primer lugar los eclesiásticos, en segundo los que han hecho bancarrota mientras no han pagado

á sus acreedores, en tercero las personas á quienes espresamente se ha prohibido que intervengan en las operaciones de la asamblea general, en cuarto todos los que han sufrido una pena infamatoria, en quinto los que estan procesados, en sesto los pródigos y aquellos á quienes se priva de la administracion de sus bienes, y en séptimo los pordioseros y sus hijos. En este canton es muy crecido el número de eclesiásticos, y desde el año 1728 el clero secular forma una clase del estado. Hay asimismo dos conventos de monjas y uno de capuchinos. Varias han sido las catástrofes que en diversas épocas han desolado la ciudad de Zug. En 1435 dos calles que estaban apoyadas sobre un grande terraplen desaparecieron en el lago, con cuyo motivo los habitantes construyeron desde entonces en la otra parte del lago. La misma calamidad se repitió en el año 1594, y finalmente en el de 1795 un incendio devoró buena parte de la ciudad.

Todos los viageros estan de acuerdo en ponderar la elegancia de los trages de este canton, y hé aqui la pintura que de ellos nos hace uno de los escritores mas exactos en la historia que de la Suiza ha trazado: «En este pais los »trages son muy graciosos: los jóvenes se adornan con cin»tas añudadas de mil maneras diversas en los vestidos que »son de colores muy variados: su sombrero de paja está »cubierto de flores, los pantalones son muy angostos, su»jetan sus arabescas calcetas con ligas rayadas, y finalmente »se atan los zapatos de color de escarlata con cintas amari»llas. En el elegante corsé de las doncellas van pegadas »cintas de colores chillones, el jubon es corto y apretado, »y una cadena de similor desciende por sobre el delantal »que forma grandes pliegues.» Tal es el trage dominguero de estas gentes que danzan apasionadamente en los dias festivos despues de haber trabajado sin descanso durante toda la semana. El carácter general de las fisonomías es la alegría y la franqueza; en ninguna parte se encuentran tan-

1 y 2. Trajes de los habitantes del Canton de Turgovia 3 y 4. idem del Canton de Glaris. Pl. 3.



Demoraine del. Pardinel sculp.

1 ET 2. COSTUMES DES HABITANS DU CANTON DE THURGOVIE. 3 ET 4. id. DU CANTON DE GLARIS.

SUISSE

tas muchachas lindas, y aunque un poco careteras todo en ellas respira inocencia. Da muchísimo gusto verlas dirigir una barquilla por las procelosas aguas del lago cuando se abandonan á la ola cuya furia no pueden vencer, y todo esto dentro de un débil esquife construido sin arte y casi sin precaucion alguna.

GLARIS.

El territorio de este canton que es de doce leguas de largo y de seis de ancho está dividido en quince distritos. En él como en Uri y en Underwald el poder soberano emana de la asamblea del pueblo, la cual decide la paz, declara la guerra, hace las alianzas y resuelve todos los asuntos de importancia; y en cuanto á los mas livianos cuida de ellos un consejo. De aqui resulta que Glaris es una democracia pura, y desde la edad de diez y seis años todo ciudadano forma parte de la asamblea general, con esclusion de los que han hecho bancarrota ó han sufrido alguna condena. Todos los años en el segundo domingo de mayo reúnense los vecinos cerca de Glaris, pero se les da aviso cuatro semanas antes mandándoles al mismo tiempo que envien á la asamblea los proyectos que acaso han concebido para el procomunal. Gracias al recto juicio propio de los suizos no se publican los nombres de las personas que han comunicado sus ideas á los magistrados, lo cual segun oportunamente observa Mr. de Golbery, libra al canton de esa nube de publicistas que revolotea siempre sobre nuestros gobiernos constitucionales. Forman el consejo un landammann, un gobernador, dos capitanes, dos maestros de artillería, dos portaestandartes, un tesorero, un abanderado, un mayor, y sesenta consejeros elegidos por la asamblea general. El landammann es el presidente, y cuando ha espirado el tiempo de su cargo continúa siendo individuo del pequeño consejo, y á él corresponde hacer ejecutar las leyes entre

los estrangeros y los otros cantones. El tesorero presenta al consejo sus cuentas, cuyo resultado se comunica á los miembros de la asamblea general. Como en el canton de Glaris hay católicos y protestantes, sucede que en órden al régimen municipal y á la administracion de justicia las dos religiones estan completamente separadas, y cada una tiene sus tribunales y su asamblea comunal. Los reformados eligen un landammann que desempeña el cargo durante tres años, y despues de ellos esta suprema magistratura pasa á un católico que la ejerce durante dos. En cuanto al abanderado se alterna; mas sin embargo el titular conserva la posesion mientras vive, y los demas empleos, segun dice Mr. Golbery, los desempeñan esclusivamente los individuos de una religion ó se reparten proporcionalmente entre los de una y otra. El domingo que precede á la convocacion universal se destina á las reuniones particulares de los ciudadanos del uno y del otro culto: los reformados las celebran en Schwanden y los católicos en Naefels. Allí se hacen las elecciones de los tribunales y el reparto de los negocios que á cada uno de ellos compete; asi es que hay un tribunal de nueve individuos que entiende de los negocios eclesiásticos, de la instruccion pública, de las quiebras y de las injurias; otro de cinco miembros decide de los litigios acerca de las ventas, las obligaciones y las hipotecas, y hay uno especial para los litigios acerca de bienes inmuebles. Los reformados tienen un tribunal de apelacion que juzga en última instancia los negocios en que se ventila un valor de mas de cincuenta florines. Cuando hay litigio entre católicos y reformados se nombran adjuntos algunos jueces católicos, sacados del consejo, y finalmente hay para los reformados un tribunal de matrimonios compuesto del gefe del estado, de dos sacerdotes y de seis jueces legos. Todos los empleos se dan por eleccion ó por suerte, aunque por regla general el gobernador sucede al landammann. Hay un consejo de guerra que nombra los oficiales: todo ciuda-

dano tiene obligacion de defender el pais, y el contingente con que Glaris contribuye á la confederacion es de cuatrocientos ochenta y dos hombres, y de tres mil seiscientos quince francos de Suiza.

Glaris capital del canton está pegada á montañas tan altas que apenas penetra el sol en ella. Los guerreros de Glaris á la par que los de los otros cantones democráticos han derramado mucha sangre para conquistar la libertad de Suiza, y no es posible alejarse de ese pais que tantas pruebas tiene dadas de un valor heroico sin que la memoria se traslade á Naefels en donde quedó abatido el dominio austríaco, acerca de cuyo hecho se lee en presencia de todo el pueblo un documento auténtico del año 1389, cuyo testo vamos á copiar íntegro porque dará al lector una exacta idea del espíritu de aquel tiempo.

«En nombre de la Santísima Trinidad, Dios el Padre, »Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Con el fin de que por »nosotros sean dadas gracias á Dios omnipotente, á la san»ta Vírgen María, á los gloriosos príncipes del cielo san Fri»dolin y san Hilario, nuestros fieles defensores, y á todo el »ejército celestial; y por temor de que no se pierda la me»moria de los grandes socorros y alivios que en nuestras »necesidades hemos recibido de ellos, porque la memoria y »el entendimiento del hombre son débiles, y con el trans»curso del tiempo se ponen muy pronto en olvido las cosas »pasadas. Por esto nosotros el landammann y los hombres »del pais de Glaris hacemos saber á todos los que estan »aqui presentes y á cuantos lo estarán despues, que sobre»vinieron hostilidades mortales y guerras á todo trance en»tre el serenísimo príncipe y señor el duque Leopoldo de »Austria de una parte, y los honorables, prudentes, adver»tidos y bonísimos amigos nuestros los fieles y queridos »confederados de otra. Hé aqui los confederados que enton»ces tenian alianza: Zurich, Berna, Soleure, Lucerna, Uri, »Schwitz, Underwald, Zug y nuestro pais de Glaris. Suce-

»dió pues que en aquellos dias el susodicho duque Leopoldo »de Austria marchó contra el pequeño pueblo de Sempach »en Argans con el designio de maltratar allí á los confede»rados en sus personas y en sus bienes. Entonces nuestros »buenos amigos los fieles y queridos confederados de Lucer»na, Uri, Schwitz, Underwald, se propusieron rechazarlo y »marcharon el dia 9 de julio del año que contábamos 1386 »hácia Sempach, y allí fue muerto el susodicho Leopoldo de »Austria y con él diez y seis condes y barones; y gran can»tidad de caballeros y de gendarmes fueron tambien allí »deshechos y muertos. Despues en mitad del mes de agosto »nuestros buenos, fieles y queridos confederados de Zurich, »de Uri y de Schwitz y nuestras gentes del pais de Glaris »fueron contra la ciudad de Wesen y la tomaron el primer »viernes despues de la fiesta de Nuestra Señora, y todo esto »fue hecho muy lealmente; y las gentes de Wesen presta»ron á nosotros los susodichos confederados juramento pa»ra siempre, el cual se conservó de este modo sin paz ni »tregua hasta el cercano dia de san Galo. Entonces se ne»goció una paz por algunas ciudades imperiales hasta el dia »de la Candelaria, despues esta paz se prolongó hasta la »cuaresma: entonces comenzó otra vez la guerra y muchos »hombres hazañosos y valientes del pais se fueron á la ciu»dad de Wesen para guardarla y defenderla y con el fin de »que nuestro pais de Glaris estuviese mas seguro y tranqui»lo; y como nuestras gentes se fiaban en el juramento y en »el honor de los de Wesen, algunos hombres de Wesen ur»dieron una terrible trama contra los nuestros: dieron con »muy grande secreto malvados avisos á nuestros enemigos »mortales, de tal manera que el sábado de la primavera del »año que contábamos 1388 del nacimiento de J. C. nuestro »buen Señor, se vinieron unidos y de improviso esos morta»les enemigos á la ciudad de Wesen, cuyas puertas les fue»ron abiertas por los vecinos, y nuestras gentes de Glaris »fueron muertas por la espada de las gentes de Wesen y de

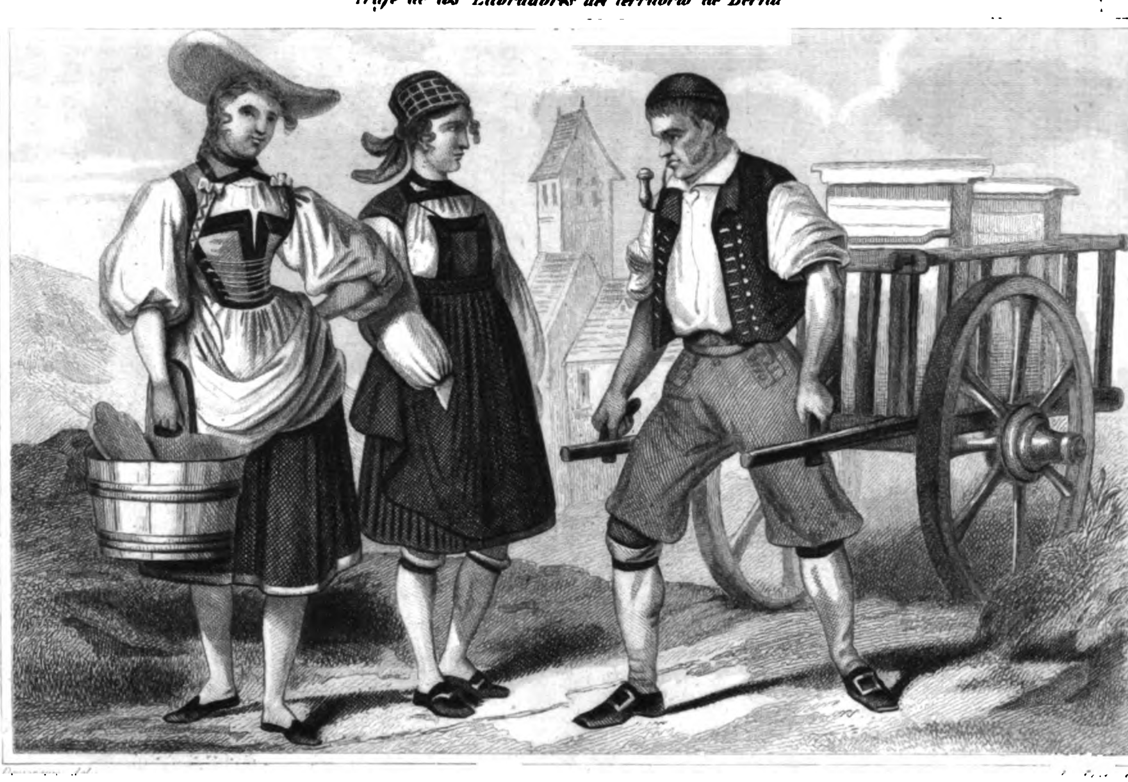
»los enemigos, y algunos fueron asesinados en las camas »en que yacian y dormian sin desconfianza alguna, porque »pensaban dormir en casa de buenos amigos; y asi fueron »deshechos con gran perfidia y desapiadadamente muchos »hombres de bien, y solo con gran pena pudieron salvarse »algunos. Despues en 9 de abril, jueves de la semana de »Pascua del año arriba mencionado se reunieron de pronto »nuestros mortales enemigos de la señoría austríaca com»poniendo quince mil hombres infantes y caballeros, y mar»charon hácia Naefels en nuestro pais de Glaris y rompie»ron con gran fuerza nuestras líneas y nuestros muros de »defensa, en donde de los nuestros no habia contra ellos »mas que trescientos cincuenta hombres, treinta de los cua»les nos los habian enviado para ausilio y consuelo nuestros »buenos amigos, fieles y queridos confederados de Schwitz; »y los enemigos nos mataron muy brava gente, pero fue»ron deshechos cerca del Rauti con la ayuda de Dios omni»potente, de la santa Vírgen María, de nuestros fieles y »queridos sostenedores san Fridolin y san Hilario, y de to»do el ejército de los cielos; y los enemigos fueron puestos »en grande derrota, de tal modo que nosotros ganamos on»ce banderas y matamos dos mil quinientos hombres; y en »cuanto á los que se perdieron en el lago y en el Linth no »puede saberse su número, y tambien murieron muchos »de los que se creian ser los autores del degüello de los »nuestros en Wesen. Y á fin de que todos nosotros habi»tantes del pais de Glaris y nuestros descendientes rinda»mos gracias á Dios todopoderoso, á la santa Vírgen Ma»ría, á los gloriosos del cielo san Fridolin y san Hilario »nuestros fieles ausiliares en las necesidades, y á todos los »santos de Dios; y para que nunca se olviden los grandes »socorros y confortes que recibimos de ellos cuando nos »fue dado vengar la mortandad de los nuestros en We»sen, nosotros los habitantes de Glaris hemos instituido »para nosotros y para nuestros descendientes una proce-

»sion en todas las iglesias de nuestro pais, de manera que »la persona mas venerable de cada casa vaya todos los años »el segundo jueves del mes de abril con gran devocion por »los caminos y sendas en donde los nuestros en igual dia »sufrieron gran pena y trabajo hasta el molino cerca de las »fuentes, y que esto se haga principalmente en honra y glo»ria de Dios, de Nuestra Señora, de san Fridolin y san Hi»lario y de todo el ejército celestial, y en segundo lugar pa»ra el consuelo y reposo de todas las almas de los nuestros »que espusieron sus cuerpos á fin de que nuestro pais sub»sistiese con buena andanza y honor, y que perdieron la »vida por esta causa, como tambien de aquellos que fueron »muertos en Wesen y de todos los que combatieron en la »batalla, á cuyas buenas gentes no debe olvidarse, al con»trario su memoria se ha de guardar perpetuamente. En »nombre de Dios y en testimonio público y digno de fe nos»otros las gentes del pais de Glaris de comun acuerdo he»mos hecho poner el sello de nuestro pais en este título, li»brado en el mes de abril el viernes anterior al dia de san »Ambrosio del año que contamos despues del nacimiento »de J. C. 1389.»

BERNA.

Este canton que es el primero en territorio tiene una superficie de cuatrocientas veinte leguas cuadradas; su mayor longitud es de treinta, y de veinte su mas grande anchura. La riqueza de este canton se estima en diez millones doscientos noventa y dos mil francos; su poblacion es de trescientas mil almas, y ocupa todo el espacio que media desde la frontera de la Alsacia hasta el Valais. En 1830 despues de un censo hecho muy escrupulosamente el canton de Berna poseia once mil ciento veinte y un bueyes, dos mil doscientos diez y seis toros, noventa y una mil ochocientas sesenta y seis vacas, treinta y nueve mil trescientas

Traje de los Labradores del territorio de Berna



COSTUMES DES PAYSANS DES ENVIRONS DE BERNE.

sesenta y cuatro becerras, veinte y un mil ochocientos sesenta y dos novillos, seiscientos ochenta garañones, diez mil noventa y dos caballos capones, once mil ochocientas siete yeguas, entre las cuales cinco mil nuevecientas veinte y siete estaban preñadas; cinco mil ochocientos treinta y ocho potros, ciento treinta mil siete carneros, cincuenta y cinco mil ochocientas setenta y dos cabras, ciento setenta y cuatro asnos y seis mil nuevecientos once cerdos. Finalmente ese es el canton más rico y mas poderoso de la Suiza, y por otra parte presenta las bellezas mas magníficas de los Alpes. Si al norte su suelo solo ofrece las bajas ramificaciones del Jura, en compensacion tiene hácia el mediodía grandes cordilleras de montañas en donde hay neveras que llenan los valles en una estension de muchas leguas. Esta gigantea barrera seria impenetrable si la naturaleza no hubiese perdonado algunos puntos por los cuales se pasa desde el Valais al pais de Berna, y desde allí á la region inferior á donde van á parar por muchos valles largos y angostos los rios y arroyos que alimentan las inmensas capas de nieve y de hielos sobre cumbres de doce mil pies de elevacion. Mas arriba de estas cimas se alzan todavía algunos picos, cuales son el Finster-Aarhorn que se eleva segun Frey trece mil ciento setenta y seis pies sobre el nivel del mar, la Vírgen que se encumbra á doce mil ochocientos setenta y dos; el Eiger que se levanta á doce mil doscientos sesenta y ocho; el Moine que llega á doce mil doscientos sesenta y seis; el Schreckhorn ó Pico Terrible que sube hasta doce mil quinientos sesenta, y los picos de Vietsch que tienen doce mil quinientos. Algunas de estas montañas puede reclamarlas como suyas el Valais, porque asi forman los límites de ese pais como los de Berna. Aunque menos altos que estos gigantes de los Alpes bien son dignos de citarse otros picos, entre ellos el Breithorn á once mil seiscientos noventa y un pies de elevacion, el Altels á once mil cuatrocientos treinta y dos; el Muger á once mil trescientos noventa y tres; el

Dolden-Horn á once mil doscientos ochenta y siete; y el Wetterhorn á diez mil cuatro cientos sesenta y seis. Las colinas por donde atraviesa esta cordillera desde el pais de Berna al Valais se encumbran á una altura de seis á siete mil pies; el que pasa por sobre el Rawyl en el valle de Simmen se alza hasta siete mil doscientos treinta y cinco pies; el cerro de Gemmi tiene seis mil nuevecientos ochenta y cinco, y el de Grimsel seis mil quinientos setenta.

En el pais mas elevado de Berna es de donde debe verse la Suiza, pues allí los trages, las costumbres y el método de vida todo tiene un carácter particular. En los muchos valles ocultos entre las montañas se hallan todavía los restos de aquel carácter franco, independiente y enérgico que en otro tiempo era el distintivo de los suizos, y aun todavía se conservan usos antiguos y supersticiones, que unidas al aislamiento de los habitantes se oponen á los progresos de las luces. Si la vida pastoril no tuviese sus placeres la posicion de aquellos montañeses seria digna de lástima, pues en efecto tienen un verano muy corto, y durante la mayor parte del año la nieve entristece su vida; pero las periódicas emigraciones á las montañas durante algun tiempo, y las constantes faenas de la casa y de los rediles les proporcionan una distraccion nunca turbada por ninguna de las pasiones que agitan la sociedad nuestra. Cierto que no gozan los encantos de un pais dulce y risueño; pero disfrutan el imponente espectáculo de una naturaleza hermosa, y algunas veces terrible en sus efectos, y á ella deben su subsistencia, y su libertad y reposo que valen tanto como esta.

Para formarnos una idea de las terribles escenas que tienen lugar en el corazon de esas encumbradas soledades, entremos por un instante en el hospicio de Grimsel, que durante las borrascas ofrece á los viageros un benéfico asilo. De ellas ha trazado el escritor suizo Hirzel el siguiente cuadro. «¡Qué espectáculo tan maravilloso! una habitacion »humana en el centro de este desierto. Corro con mi com-

»pañero para entrar en el recinto de estos muros, negros »sí, pero hospitalarios. Dejé el verano en los prados de Un»derwald esmaltados de flores, y en la cumbre de estas »montañas no veo en torno mio mas que un triste invierno »y los numerosos torrentes que se lanzan en el sombrío »Aar. Silba el huracan entre los precipicios y arroja contra »las rejas del hospicio torbellinos de nieve, mientras asal»tan casi las paredes de esta casa las olas que se alzan de »debajo del roto hielo del lago sombrío. Las ovejas que de »pocos dias á esta parte se han encaramado hasta la mon»taña en busca de pastos obedecen el grito del pastor y lle»gan al único abrigo que hay en el desierto, y hácia el »mismo corre saltando de roca en roca y alentado por el »cuerno del pastor el hato de cabras. Casi todos los seres »humanos que por las montañas iban dispersos se hallan »reunidos al amor del fuego del hospicio: entra un minero »que salvado de los peligros de la tempestad presenta á los »viageros los cristales que arrancó á la mina; y hácia el »conocido asilo se dirige tambien con sus conductores el »convoy de animales de carga que desciende de lo alto de »las rocas. Espesas nubes ciñen los picos, cae la nieve en »abundancia y no deja distinguir objeto alguno, con doble »furor silba el viento y el hospicio queda sumergido en ti»nieblas. Cálmase por fin la tormenta, aparece el azul del »cielo, la luna ilumina con vacilante brillo las hendidas »cumbres de los peñascos, y mil veces la refleja el roto hielo »del lago sombrío.»

Si entre todos los cantones el de Berna ha dado frecuentemente pruebas de saber y mas aun de perseverancia en la realizacion de sus proyectos, débese á aquel poder que estuvo por mucho tiempo concentrado en un corto número de familias, en las cuales se perpetuaban algunas tradiciones. Verdad es que este gobierno podia tener inconvenientes, pero ninguna institucion humana carece de ellos. Recios y frecuentes ataques se han dado á lo que se llamaba

oligarquía de Berna, fundándose en que no todos sus habitantes gozaban con igualdad de los mas esenciales derechos políticos; pero los que tal dijeron olvidaron sin duda que las democracias puras como Uri, Underwald y Schwitz tenian súbditos á los cuales gobernaban con rigor estremo. Y sin embargo los ciudadanos de esas repúblicas en miniatura eran simples pastores: por lo mismo no debe admirarnos que durante muchos años el pequeño consejo de la floreciente Berna haya estado compuesto de veinte y siete patricios; y que estos fuesen elegidos por un gran consejo del cual solo podian formar parte los miembros de doscientas cuarenta y tres familias. Cuando en 1798 los franceses á despecho de la mas heroica resistencia obligaron á rendirse á los habitantes de la ciudad de Berna, esta forma de gobierno quedó destruida de alto abajo: mas segun Mr. Depping desde que en 1813 los acontecimientos políticos anularon el acta de mediacion, los patricios recobraron al instante una parte de sus antiguos privilegios y se apoderaron de no poca en el gobierno. Organizaron un gran consejo de doscientos ciudadanos, agregando á ellos no mas que noventa y nueve diputados por los distritos del canton, con la advertencia de que ni aun esos noventa y nueve son elegidos por el pueblo sino por el mismo gran consejo parte de ellos, y los demas por los colegios electorales sujetos enteramente á los empleados públicos. Para ser elegible es preciso tener bienes raices por valor de diez mil libras, ó bien una grande fábrica, ó un empleo civil ó militar del gobierno. El gran consejo nombra el consejo pequeño compuesto de veinte y siete miembros y presidido por dos bailíos. El cargo de consejero de una y otra corporacion es casi vitalicio, á pesar de lo cual á fin de que haya una apariencia de renovacion la aristocracia ha discurrido hacer confirmar todos los años los miembros del gran consejo, nó por los electores sino por una comision compuesta de diez y seis miembros del gran consejo y de los cuatro señores

del consejo pequeño; y esta comision tiene ademas poder de suspender y hasta de eliminar un miembro. El poder judicial está tambien en manos de estos hombres, pues el tribunal de apelacion se compone de miembros del gran consejo y por consiguiente los tribunales inferiores dependen del mismo. En una palabra, la constitucion hecha por la aristocracia bernesa despues del congreso de Viena quitó á los habitantes la mayor parte de los derechos que habian recobrado durante la revolucion de Francia y de Suiza.

Esta constitucion, de la cual Mr. Depping presenta mas bien la caricatura que el análisis exacto; esa constitucion, que al fin no era mas que el renacimiento de la antigua, con la cual el canton de Berna alcanzó tan alto punto de grandeza; esa constitucion, decimos, fue echada abajo en 1832 y sustituida por otra. Desde esa época la soberanía reside en el pueblo, y el gran consejo la ejerce en su nombre. Compónese este de doscientos cuarenta individuos de los cuales los doscientos son nombrados por electores que tambien lo son en las asambleas primarias, y esos doscientos nombran á los cuarenta restantes. Todo ciudadano es elector y elegible con tal que haya cumplido veinte y nueve años y posea bienes por valor de cinco mil francos. En el gran consejo no puede haber mas que una tercera parte de individuos que sean de Berna, y cualquier miembro que haya pertenecido á él durante diez y seis años tiene que salir necesariamente. El landammann que es el primer magistrado preside el gran consejo; sus miembros le eligen por un año y no puede ser reelegido como tampoco el vicepresidente. El poder ejecutivo y administrativo estan confiados á un consejo de gobierno, compuesto del avoyer que es su presidente, y de diez y seis individuos nombrados por mayoría entre los del gran consejo. El avoyer no puede ser al mismo tiempo landammann. El consejo de gobierno se subdivide en secciones de diplomacia, del interior, de justicia, de rentas, de instruccion pública, de guerra y de

obras públicas. Con el nombre de *los diez y seis* se añaden al consejo tantas personas cuantos son sus individuos para deliberar acerca de todo lo relativo á la constitucion ú organizacion interior; y estos tienen tambien parte en la eleccion de los gobernadores, de los prefectos y de los bailes, cuyo cargo dura seis años. Hay un tribunal superior que conoce en última instancia de todos los negocios civiles y criminales; y han desaparecido las infinitas subdivisiones que habia de los tribunales de primera instancia. Para los asuntos mercantiles hay tribunales especiales. Esta última constitucion es una verdadera transaccion que concilia todas las pretensiones y los intereses todos, por lo cual puede esperarse que será duradera.

El canton de Berna envia al ejército federal un contingente de cinco mil ochocientos veinte y cuatro hombres, y ademas paga ciento cuatro mil ochenta francos de Suiza. La biblioteca de la ciudad de Berna contiene mas de treinta mil volúmenes y sobre mil doscientos manuscritos suizos. El trage de las mugeres de Berna llama la atencion por la blancura de la camisa plegada con mucha gracia en el pecho y en los brazos; y ademas la gorra de gasa negra que usan tiene toda la transparencia y la ligereza de las alas de la mariposa. Las labradoras se adornan la cabeza con sombreros llenos de flores, y por lo general todas ellas son muy apuestas y graciosas.

SOLEURE.

Segun el censo hecho en 1829 hay en este canton cincuenta mil ciento veinte y dos habitantes entre católicos y reformados. Por la estadística tenia entonces este canton once mil doscientas noventa y ocho casas; cuatro mil seiscientos setenta y un caballos; veinte y siete mil setecientas setenta y tres cabezas de ganado vacuno; trece mil nuevecientos cuarenta y nueve carneros; cinco mil nuevecientas

cuarenta y dos cabras; y diez y seis mil cuatrocientos cerdos. El territorio tiene diez y ocho mil ciento setenta fanegas de tierras labrantías, ciento sesenta y dos de viñas, los prados, jardines y huertos componen treinta y seis mil setecientas setenta, los pastos seis mil setecientas veinte y nueve; y finalmente los bosques se regulan en setenta y cinco mil. Está el canton dividido en nueve bailíos, y si hemos de dar crédito al historiador suizo Glutz-Blosheim, Soleure y toda su comarca se hallan muy atrasados relativamente al resto de la Suiza. Esta inferioridad debe atribuirse á los jesuitas segun las siguientes palabras del mismo historiador. «Los jesuitas que son protectores de las preo»cupaciones, curas activos y hombres de mundo muy en»tendidos, trabajan á un tiempo mismo como profesores, »confesores, predicadores, amigos de la casa y confidentes. »Su instruccion parece que lo abarca todo. Enseñan reli»gion, griego, latin, geografía, historia y retórica. Los pa»dres se pasman al ver que sus hijos en los exámenes pú»blicos hablan de la India, de Grecia, de Roma, esplican la »altura del polo y los equinoccios; traducen con facilidad »autores griegos y latinos, y pronuncian un discurso con »períodos bien llenos y redondos. No contentos los jesuitas »con estos frecuentes alardes de lo que enseñan hacen re»presentar comedias, en las cuales los jóvenes pronuncian »en tono acompasado grandes máximas de gobierno, y ma»nifiestan ardiente celo á favor de la religion y la moral, »y los deseos que tienen de sacrificar sus bienes y su vida »á estos objetos. Estas hermosas apariencias no sufrian sin »embargo un exámen severo puesto que solo eran ejerci»cios de memoria, sin que se notase un saber profundo y »metódico en materia alguna, ni aun en las lenguas. Sufo»caban ademas á la juventud con ejercicios de devocion de »todas clases, ya como un deber, ya como penitencia, y ya »como un castigo.»

La antigua Constitucion política de Soleure habia conce-

dido mucho á un corto número de familias patricias que ejercian toda la autoridad, y casi lo mismo sucedió despues del año 1814; mas en 22 de diciembre de 1830 en una reunion convocada en Ballstall se hicieron en la ley fundamental muchas modificaciones, y allí segun dice Mr. de Golbery, se proclamó la soberanía del pueblo. Sus representantes forman un gran consejo en número de ciento y nueve, y son elegidos por los colegios electorales y por el consejo mismo. El otro consejo titulado administrativo se compone de diez y siete miembros y un presidente, y cuando se trata de conferir empleos que no debe darlos la asamblea general toman parte en ello diez individuos del gran consejo. El sistema judicial ha sufrido algunas modificaciones, y los consejos y los tribunales se renuevan por terceras partes todos los años.

FRIBOURG.

El suelo de este canton, en que conserva grandísimo ascendiente el clero católico, tiene treinta y cuatro mil treinta y cinco fanegas de prados; cincuenta mil ciento noventa de tierras labrantías; diez y siete mil doscientas cuarenta de bosque, mil quinientas quince de pastos, ocho mil trescientas treinta de pastos en la montaña, y finalmente trescientas setenta de viñas. En 1830 el canton de Fribourg poseia doce mil trescientos ochenta caballos; cuarenta y siete mil setecientas cuarenta y dos cabezas de ganado vacuno; veinte y tres mil ciento treinta y cuatro carneros; cinco mil ciento cuarenta y tres cabras; diez y seis mil trescientos setenta y ocho cerdos; y veinte mil vacas que pacian en los Alpes desde el mes de mayo hasta el de octubre, cada una de las cuales da dos quintales de queso, cuya esportacion asciende á cuarenta mil quintales. Segun el censo hecho en 1830 el número de habitantes es de ochenta y seis mil setecientos sesenta y nueve, y entre ellos cinco mil ciento

siguen el culto reformado. El clero se compone de seiscientos ochenta y ocho individuos, inclusos doscientos frailes y otras tantas monjas. Segun afirma Mr. de Golbery desde el año 1818 los jesuitas estan á la cabeza de la instruccion; y la confianza que en ellos se tiene es tan grande que les envian muchos alumnos de los paises vecinos, y sobre todo de las provincias de Francia limítrofes de la Suiza.

La antigua Constitucion política del canton de Fribourg propendia á la aristocracia, pues como afirma Mr. Depping asi en Fribourg como en Berna los patricios han usurpado el poder, en términos que si bien las guerras de la revolucion francesa pusieron fin á su reinado introduciendo en todos los pueblos la igualdad de derechos; despues que el acta de mediacion fue con tanta imprudencia destruida en 1814, los patricios han resucitado atacando del modo mas directo los derechos de los pueblos del canton. Por mas que diga este sabio historiador si la antigua Constitucion hubiese hecho pesar sobre los pueblos de Fribourg un yugo tan tiránico como supone, es indudable que habria sido derrocada muy pronto tratándose de un pais en que todo el mundo está con las armas en la mano. Es indispensable tener á la vista que esta misma Constitucion despues que fue echada abajo por la revolucion francesa y restaurada en 1814 se ha sostenido hasta 1830 en que cayó á manos de un alzamiento de los labradores. Hoy dia está establecida la igualdad y han acabado los privilegios de las ciudades y los de la cuna. El canton está dividido en trece distritos, cuyos diputados forman el gran consejo y son elegidos por los diputados que nombran las juntas populares. Al fin del tercer año se renueva la tercera parte de los consejeros, de suerte que el cargo de estos dura nueve años. Esta asamblea ejerce la soberanía y hace las leyes á propuesta del consejo de estado ó en virtud de la iniciativa de uno de sus miembros. Elige las personas que han de componer el consejo de estado, y los diputados de la dieta,

y nombra su presidente que se titula avoyer y canciller. Los individuos del gran consejo estan en razon de uno por cada mil habitantes. El consejo de estado se compone de trece miembros cuyo cargo dura ocho años, y la renovacion se hace de dos en dos individuos. Los jueces del tribunal de apelacion son vitalicios; ellos mismos eligen su presidente y escribano, y tienen obligacion de saber las lenguas alemana y francesa. Hay un tribunal de anulacion que decide acerca de las faltas en el enjuiciamiento. Cada distrito está administrado por un baile que el consejo de estado nombra, y el cual al mismo tiempo entiende en los delitos que por su gravedad no pueden ser juzgados por las autoridades comunales. Finalmente hay tribunales de distrito, jueces de paz y otros especiales para los huérfanos. El contingente con que Fribourg acude al ejército de la confederacion es de doscientos cuarenta hombres, y de diez y ocho mil seiscientos francos de Suiza. En este canton se hablan el frances, el aleman y muchos dialectos.

BALE.

Este canton que tiene ocho leguas de largo sobre seis de ancho, cuenta cincuenta mil habitantes de los cuales los diez mil son católicos. Bale su capital fue en la edad media el centro de un comercio considerable con Alemania, Holanda, Francia é Italia. En otro tiempo hubo en ella una universidad famosa, y vivieron en su recinto esclarecidos pintores de uno de los cuales descendia la ilustre familia de los Holbein. Eneas Sylvius que llegó á ser papa, ponderaba en 1436 la ciudad de Bale comparándola en cuanto á la pompa de sus monumentos y de sus riquezas con Florencia. En el siglo XV se hacian en esta ciudad pinturas al fresco con que se adornaban las fachadas ni mas ni menos que el interior de las casas; y en los claustros los artistas representaban las danzas de los muertos ó sean *danzas maca-*

bres, de que todavía se conservan algunos vestigios. Ese amor á las artes decidió á la familia de Holbein á establecerse en Bale. El mas célebre de esos pintores fue Juan Holbein de quien se conserva un cuadro de la Pasion pintado al fresco; mas sin embargo de ser tan grande artista no hizo fortuna, y habiéndose marchado á Inglaterra á donde le llamaba Enrique VIII, al tiempo de partir y aludiendo á Bale esclamó: *Hic frigent artes* (Aqui las artes se hielan). El viagero Mr. de Walsh refiere la siguiente anécdota de Juan Holbein: «Habíase concertado con un boticario para »pintarle al fresco la fachada de la casa; mas la obra iba »con mucha lentitud porque el artista hacia frecuentes visi»tas á una taberna vecina de donde el farmacéutico lo ar»rancaba muy á menudo. Holbein discurrió un medio muy »ingenioso para librarse de su importunidad, y fue pintar »debajo del andamio que estaba tapado con un lienzo dos »piernas, pero tan escelentemente pintadas que el Argos »iba allí y creyendo que él estaba en el andamio le elogiaba »por su infatigable asiduidad.»

Los ciudadanos de Bale han disfrutado desde muy antiguo algunos derechos políticos y aun se conserva un registro del año 1361 en que hay varias leyes hechas por los ciudadanos y cuya ejecucion se encargaba al obispo, de donde se deduce que el catolicismo tenia en la ciudad muchísimo influjo. Por otra parte habia en el canton crecido número de conventos en los cuales segun parece se introdujeron grandes desórdenes, en términos que el soberano pontífice determinó poner remedio á ellos en 1479, y á este fin mandó al obispo de Bale y á varias personas notables que formasen sumaria á las monjas de Klingerstein. Los comisionados del papa se trasladaron al locutorio para notificarles la Bula; mas fue tal el alboroto que las monjas promovieron que no hubo forma de leérsela siquiera. No contentas con este escándalo, ni con amenazar con que pegarian fuego al convento si se las obligaba á vivir de dis-

tinto modo que hasta entonces, se armaron con horquillas y asadores y emprendieron con los comisionados, á quienes no quedó mas recurso que la fuga.

El canton de Bale estaba dividido en seis distritos, á saber, Bale, Liestall, el distrito inferior, Siesach, Waldenbourg y Birseck. El régimen del canton era en otro tiempo democrático, sin embargo de lo cual habia una ciudad privilegiada y labradores súbditos. Esto ha variado despues y cada fraccion tiene en la dieta medio voto. Desde entonces la ciudad de Bale da á la confederacion catorce mil ciento cuarenta y cinco francos y la campiña ocho mil ochocientos cinco; la ciudad una compañía de artilleros, cuatro piezas y otra compañía de infantes, y la campiña treinta y dos caballeros, cinco compañías de infantes y la plana mayor del batallon. Todas las colecciones y los establecimientos públicos estan repartidos. Hé aqui cuál es hoy su constitucion. La soberanía de la ciudad reside en la asamblea de los ciudadanos que no reconoce privilegio alguno de nacimiento ni de familia: todos son iguales ante la ley y pueden desempeñar cualquier empleo: nadie puede ser privado de que le juzguen sus jueces naturales; está prohibido servir en los ejércitos estrangeros, y hay derecho de peticion, libertad de imprenta y tolerancia de cultos, aunque el protestantismo es la religion del estado. Periódicamente se renuevan los miembros del grande y del pequeño consejo; mas los tribunales son permanentes. El gran consejo ó poder legislativo está compuesto de ciento diez y nueve miembros y es elegido por los ciudadanos reunidos en tribus. El pequeño consejo no tiene mas que quince los cuales simultáneamente son miembros del otro. Cada diez años una junta nombrada por este delibera acerca de los cambios que deben hacerse en la Constitucion.

SCHAFFHOUSE.

Este canton que fue admitido entre los confederados en 1501 contiene veinte y seis mil ciento ochenta y cinco habitantes casi todos reformados. Para el ejercicio de sus derechos políticos estan divididos en veinte y cuatro tribus doce de las cuales forman parte de la ciudad y las otras doce del campo. A consecuencia de la revolucion de julio el antiguo código fundamental fue sustituido por otro que analizarémos. La soberanía reside en la totalidad de los ciudadanos que no la ejercen sino por medio de representacion. Las personas y las propiedades son inviolables; la prensa es libre; todos tienen derecho de peticion, y en cambio todos estan sujetos á suportar las cargas públicas y al servicio de las armas; y á todos les está prohibido servir al estrangero, y recibir de él títulos ú honores. El gran consejo consta de setenta individuos, entre los cuales los cincuenta son elegidos por las tribus y los restantes por la campiña. En esta corporacion reside el poder legislativo, nombra los empleados y tiene á su cabeza un presidente y un vice que se mudan todos los años. El consejo ejecutivo ó pequeño consejo se compone de once miembros que dan las instrucciones para la dieta y tienen á su cabeza dos burgomaestres que lo presiden un año cada uno. Cada distrito tiene un tribunal de primera instancia y todos los de esta clase dependen de uno de apelacion compuesto de once miembros y cuya jurisdiccion abraza los asuntos matrimoniales y la parte criminal. Cada pueblo tiene un juez de paz y un consejo criminal. La nueva constitucion ha conservado el principio de renovacion de los consejos y de las autoridades cada cuatro años. Las rentas de este canton llegaron en 1830 á ciento cuarenta y dos mil nuevecientos sesenta y ocho florines, y los gastos á noventa y cuatro mil quinientos. Hay en el canton cajas de ahorros; los seguros de los

edificios ascienden á seis millones trescientos noventa y siete mil, doscientos noventa y cinco florines, á razon de cuatro mil ciento ochenta y una casas, de las cuales mil ochocientas cincuenta y tres pertenecen al distrito de Schaffhouse.

Esta ciudad capital del canton tiene siete mil habitantes, y aunque es muy antigua presenta una vista encantadora. Entre los mas hermosos edificios se encuentran las iglesias de San Juan y de Todos los santos, y la casa de la ciudad: monumentos debidos al gusto arquitectónico de la edad media. Era considerado como uno de los prodigios de la Suiza el puente que habia sobre el Rhin, obra maestra del carpintero Grubenman; pero en 1799 fue incendiado por los franceses que huian de los austríacos. En 1777 visitó á Schaffhouse el famoso escritor aleman Goethe; y á fin de distraer al lector de tantos pormenores de constituciones y de estadísticas vamos á copiar de la correspondencia de ese grande hombre algunos pasages, en los cuales ha descrito de un modo muy pintoresco la impresion que le causó su viage á ese territorio de la Suiza.

«Naturalmente sentimos, dice, un vehemente deseo de »hallar palabras con que describir todo lo que vemos; pe»ro es todavía mayor el que esperimentamos de ver lo que »otro nos ha descrito. En estos últimos tiempos los ingle»ses y los alemanes son los que mas han cedido á esta pro»pension natural. El artista que presenta á nuestros ojos un »territorio cuya descripcion es conocida nos causa placer »sumo, y nos sentimos agradecidos al que en un poema ó »en un romance hace figurar los personages tan bien como »los pinta; mas ora sea que renueven memorias, ora que »dispierten nuestra imaginacion, en ambos casos el poeta »y el escritor nos procuran grandes goces trasladándonos á »otros paises que recorremos gustosamente con su libro en »la mano. Esto nos parece mas cómodo; la atencion es mas »sostenida, y hacemos nuestro viage en compañía de un »amigo cuya conversacion nos instruye y nos divierte. Pa-

»ra ejercitarnos en este género presentamos aqui en forma »de sencillo bosquejo la descripcion de la caida del Rhin, »de la manera que corresponde á las sucintas notas de un »diario de viage. Muchas veces será todavía pintado y des»crito este fenómeno sin que por esto deje de pasmar siem»pre al espectador que procurá comunicar á los otros sus »sensaciones, y sin embargo siempre dejará de decir alguna »cosa pues este asunto es inagotable.

»En la tarde del 17 de setiembre me he apeado en la fon»da de la Corona y en las paredes del cuarto en que estoy »se ven algunas estampas que representan las desgracias »de Luis XVI. He resuelto escribir las tristes reflexiones »que esas desgracias me han sugerido. En la mesa redonda »habia algunos emigrados, una condesa, varios curas y al»gunos oficiales de Condé. El 18 de setiembre á las seis y »media marché hácia la caida del Rhin. Color verduzco del »agua; las alturas cubiertas de nieve, el pie de la montaña »no la tiene; el castillo de Laufen oculta allí su torre de »que solo se ve la mitad. El líquido vapor de la catarata pa»rece confundirse con la nube y subir con ella. Idea que se »refiere á Ossian; la nube gusta al que tiene el alma vio»lentamente agitada. Se llega por Uwiesen, pueblo cuyas vi»ñas estan en la altura, los campos en el fondo. El cielo se »aclara lentamente y las nubes pasan todavía por las cimas. »Laufen. Se baja por la roca calcárea; las diferentes partes »de la catarata, rocas perpendiculares de en medio, estan »gastadas por el roce, el agua choca con ellas y se precipi»ta con violencia contra este obstáculo, su resistencia, el »uno arriba y el otro abajo estan completamente sumergi»dos, olas rápidas, turbiones en la catarata y remolinos en »la reunion del agua. Esta en su curso parece verdosa, »cuando se rompe toma una ligera tinta purpúrea: sus olas »espumantes se arrojan á los rios de derecha é izquierda, el »movimiento retumba á lo lejos, pero el agua vuelve á to»mar su curso y su color verde. Ideas que dispierta la vio-

»lencia de la caida; inagotable poder de la naturaleza; des»truccion, inmovilidad, duracion, movimiento y vuelta in»mediata al reposo. Por una parte molinos. Por otra una »senda. Es posible encerrar en límites el admirable aspecto »de este hermoso fenómeno; los alrededores son viñas, »campos y bosquecillos.

»Hasta aqui las nubes permitian distinguir perfectamente »todos los pormenores y apareció el sol lanzando oblicua»mente sus rayos al conjunto. La luz dividió la masa acuá»tica y separando sus partes anteriores y posteriores daba »cual si dijéramos un cuerpo al todo. La lucha de las cor»rientes entre sí pareció adquirir nueva fuerza porque se »percibian mejor las direcciones de sus partes. En el fondo »colunas que salian y se distinguian del polvo húmedo, y »la mitad de un arco iris vino á iluminarlo todo. Cuanto »mas duraba la contemplacion mayor rapidez parecia adqui»rir el movimiento. En general lo que es perfecto nos pre»dispone á que lo comprendamos, aunque para llegar á es»to se necesita algun tiempo. Hé aqui la causa de que las »personas hermosas nos lo parecen mas de cada vez, las »de talento de mas talento etc. La mar engendra la mar, y »si quisiera uno representarse los manantiales del Océano »tendria que figurárselos de este modo. Cuando uno ha lle»gado á cobrar la calma de espíritu, la imaginacion remon»ta el curso del rio hasta su nacimiento y en seguida lo »acompaña en la direccion opuesta.

»Al bajar hácia la ribera le disgusta á uno el prurito de »hacer parques hácia todos lados. Bueno es ayudar á la na»turaleza, pero arriesgado poner por obra algunos de los »caprichos de imaginacion, cuando las mas grande escenas »de la misma naturaleza no alcanzan al ideal. Atravesamos »el rio. Su caida vista desde la parte anterior. Siempre her»mosa, pero se juzgan mejor las partes: sus variedades se »desenvuelven mas; se calculan mejor los diversos efectos »y despues las indomables olas á la derecha hasta aquella

1 y 2. Traje del Canton de Zug. 3. traje del Canton de Soleure. 4 idem del Canton de Appenzel Pl. 5.



Lemoraine del. Parlsinel sculp.

1 COSTUME DU CANTON DE ZUG. 2 ET 3. id. DE SOLEURE. 4. id. D'APPENZELL.

»de las cuales la industria ha sacado partido á la izquierda.
»Encima de la catarata se admiran las hermosas paredes »de roca: á la derecha el castillo de Laufen. Estaba yo colo»cado de manera que veia en primer término el castillejo de »Worth y el dique en donde hay rocas calcáreas, de cuya na»turaleza serán probablemente las del lecho del rio. El casti»llejo de Wort: entré en él á beber vino: apostura del amo: »en la pared estaba colgado el retrato de Trippel. Le pregunté »al amo si era pariente suyo y en efecto era su primo herma»no por parte de madre. Sus abuelos le han transmitido el ar»rendamiento del castillejo, del peage de la viña, de la pes»ca del salmon etc. A las diez volví á pasar el rio; el sol »iluminaba toda la catarata, las masas de luz estaban inter»poladas por masas de sombra hácia la roca del centro y »las de Laufen. Vuelto al camino comprendí que á mis an»teriores sensaciones se habian mezclado ya otras, pues me »pareció que el rio se precipitaba con mas rapidez que an»tes: el arco iris mas hermoso que nunca se sumergia en »las aguas que amenazaban deshacerlo y lo reproducian »siempre. Reflexiones acerca de mi seguridad al lado de ese »poder inmenso. El territorio que hemos recorrido á la »vuelta está muy bien cultivado; tiene muchos pueblos y »hay en él infinitas casas diseminadas. En frente estan los »castillos de Hohenwyt y Suabia, y las rocas de Engen; y »á derecha é izquierda aparecen á lo lejos las grandes mon»tañas de Suiza.»

Solo nos falta decir que Schaffhouse es patria del célebre historiador Juan de Muller, uno de los hombres mas esclarecidos de Suiza.

APPENZEL.

En la historia general de Suiza diferentes veces hemos hablado al lector del heroismo que los habitantes de este canton desplegaron para alcanzar la libertad; y nada tenemos

que añadir acerca de esto. La poblacion total es de cincuenta y dos mil habitantes, de los cuales los trece mil profesan el catolicismo y todos se dedican principalmente á la cria de ganado. El gobierno del canton es democrático, y se hicieron en él algunas mejoras en agosto de 1834. El viagero frances Mr. Simon ha continuado en un viage que goza de mucha celebridad pormenores muy interesantes acerca de este pais, y de su obra copiamos el siguiente pasage.

«Las vacas que halagadas por un poco de sal vienen á la »quesera mañana y tarde para que las ordeñen, tienen un »pelo tan lustroso como el del caballo mas bien cuidado. »Algunas llevan un collar de acero ancho y cuajado de ador»nos, con una esquila de forma oval, achatada y de un pie »de diámetro. Los pastores ordeñan las vacas, y durante la »operacion uno de ellos canta la cancion que llaman *Ranz »de las vacas*. En estos acentos sencillos, monotonos y poco »melodiosos hay una mezcla de espresion lastimera y dolo»rosa, y de una aspereza salvage cuyo efecto es estraordi»nario; y el agudo grito del estribillo se parece al del can»to de guerra de los americanos septentrionales. Fácil es »comprender por qué el *Ranz de las vacas* que recuerda los »lugares, las personas y las cosas, y está ligado con las »memorias de la edad juvenil y con sus placeres, afecta tan »notablemente á los suizos cuando estan lejos de su patria. »La mejor vaca con su becerro cuesta diez luises, y du»rante los primeros meses da ocho ó diez jarros de leche »diarios.»

Los muchos pormenores que hemos continuado acerca del régimen de gobierno de varios cantones nos han hecho estender mas de lo que quisiéramos, y hé aqui por qué nos limitarémos á indicar el actual estado de otros territorios de la Suiza. El canton de San Galo está poblado con ciento cincuenta y seis mil ochocientos treinta y cuatro habitantes, y su constitucion no reconoce privilegios de ninguna especie.

El de los grisones cuya mayor longitud es de veinte y ocho á treinta leguas, tiene una superficie de ciento cuarenta millas cuadradas de Alemania: todos sus hijos son ciudadanos á los diez y siete años; pero necesitan veinte y uno para ser diputados ó desempeñar algun cargo público: la poblacion es de setenta y dos mil nuevecientos ochenta y dos habitantes.

El canton de Argovia tiene treinta y ocho leguas cuadradas de superficie, y ciento sesenta y nueve mil nuevecientas cuarenta y cinco almas de poblacion. En 1832 las rentas de ese estado ascendian á seiscientos diez y ocho mil nuevecientos cincuenta y seis francos.

El canton de Thurgovia tiene seis leguas de largo y de cuatro á cinco de ancho, y en 1823 contaba con una poblacion de ochenta y tres mil quinientos noventa y cinco habitantes.

El canton del Tesino que desde la revolucion está comprendido entre los confederados tiene veinte y dos leguas de longitud, diez y ocho de anchura, y treinta y ocho mil millas cuadradas de superficie. Su poblacion repartida en cinco valles y en doscientos cincuenta y ocho pueblos es de noventa mil quinientos habitantes, todos católicos.

El canton de Vaud tiene ciento setenta y siete mil nuevecientos noventa y tres habitantes, entre los cuales no hay mas que tres mil treinta y dos católicos.

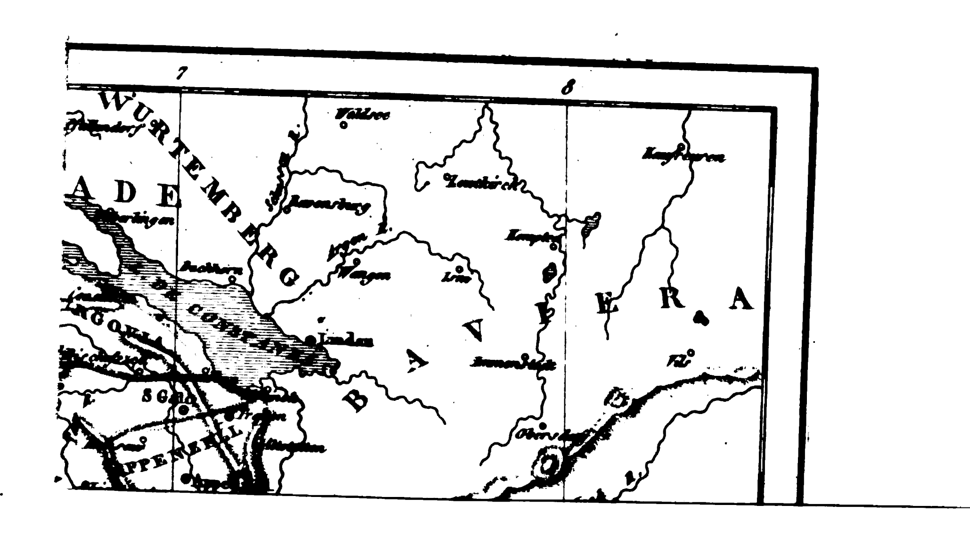
El Valais tiene una superficie de cerca de noventa mil millas cuadradas de Alemania, y una poblacion de ciento tres mil doscientos habitantes. La forma de gobierno es democrática, y la religion del estado es el catolicismo sin tolerancia de ninguna otra.

El de Neufchatel que entró en la confederacion en 1815 ocupa en ella el escalon vigésimo primero, aunque por una anomalía muy estraordinaria este canton es un principado regido por el rey de Prusia, cuyo poder moderan los estados. Sin embargo de esto el príncipe tiene el poder ejecu-

tivo y judicial, y nombra el canciller, el gobernador y el consejo de estado que se compone de veinte y un individuos. Las rentas del canton ascienden á ciento cincuenta mil francos de Suiza; y está obligado á presentar un contingente de nuevecientos sesenta hombres, y diez y nueve mil doscientos francos.

El de Ginebra tiene cinco leguas y media de largo y dos y media de ancho, y una poblacion de cincuenta y seis mil seiscientas cincuenta almas, de las cuales viven dentro de la ciudad cerca de treinta mil. En este canton se profesa el protestantismo.

FIN DE LA HISTORIA DE SUIZA.


7
8
WURTEMBERG
A D E
Waldsee
Ravensburg
Buchhorn
Wangen
Lindau
B A V
E R A

HISTORIA DE LOS PAISES BAJOS.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR,

Á LA

HISTORIA DE LOS PAISES BAJOS.

Despues de las historias de España, Portugal y América, la que mas derecho tiene á llamar la atencion de los españoles, es indudablemente la de los Paises Bajos, conocidos hoy con los nombres de Bélgica y Holanda. Desde que sentada en la cabeza de un príncipe de la casa de Austria la corona de España se incorporaron á ella esas dos naciones, su territorio fue teatro de las glorias españolas en aquellos dias en que al removerse la España todo el universo se estremecia. Entonces eran esas dos naciones el emporio de la industria y del comercio, que espantados del rigorismo de Felipe II y de sus vireyes huyeron de esa tierra para trasladarse á la Gran Bretaña, que las acogió benévolamente y á favor de ellas ha sabido colocarse en el alto lugar que hoy ocupa. Mas de tres siglos han pasado desde que España comenzó á dominar en esas dos naciones, y hace uno y medio que los españoles nada poseemos en ellas, mas sin embargo se conservan allí magníficos y eternos monumentos de la antigua grandeza nuestra. Las catedrales atestiguan la piedad de nuestros antepasados; otros edificios públicos justifican nuestras riquezas y nuestro ostentoso carácter; las murallas y la ciudadela de Amberes dicen cuál era el espíritu de dominio que abrigaban los españoles; y los hombres que hoy viven en Bélgica y en Holanda aun todavía conservan

muchos usos y costumbres tomados de nuestra patria. En mil puntos han respetado los escudos de armas de España que son auténticos documentos del colosal poder de esta nacion que entonces manejaba á su arbitrio el mundo antiguo, y era la única señora del nuevo. Para un español esa historia es de grande interes y de inmenso halago: que en medio de la estrechez y humildad presentes aun se enaltece el ánimo con el espectáculo de las desvanecidas glorias, y con la certidumbre de que nuestro recuerdo vive todavía en esos pueblos en que hemos dominado á fuer de soberanos.

He visto muchos de los lugares que en la presente historia se citan, y mi memoria se trasladó con gusto á los dias en que tremolaba allí el estandarte de España: observé minuciosamente varias cosas y aprovecharé la oportunidad que esta traduccion me ofrece para dar alguna estension á puntos que el autor toca y á fin de añadir circunstancias que para todo español son interesantes. Para no afear con notas la parte tipográfica del testo continuaré mis apéndices en el testo mismo, y á fin de que no se confundan con el original, llevarán comillas á la derecha. No se crea que por esto vitupero al autor que haya padecido omisiones, pues si yo no fuera español ó no tradujera esta obra para los españoles, no añadiria cosa alguna á las que el ilustre baron ha escrito; pero traduciendo la historia de los Paises Bajos, habiendo viajado por ellos y siendo español es imposible no poner algo de la propia cosecha.

EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS

DESDE LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD

HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIA DE LOS PAISES BAJOS,

CONOCIDOS HOY CON LOS NOMBRES

DE BÉLGICA Y HOLANDA.

DESDE LA INVASION DE LOS PAISES BAJOS

POR LOS ROMANOS HASTA EL ADVENIMIENTO DE LA CASA DE BORGOÑA.

ESTE pais situado en el centro de Europa abraza desde las fronteras de Francia hasta las de Hannover, y está cruzado por el Rhin, el Mosa y el Escalda; posicion geográfica que en todos tiempos ha ejercido un poderoso influjo en la historia de esos paises. Durante una larga serie de siglos, parte de ellos no fue mas que un vasto pantano formado por las olas del océano, y sin embargo esa tierra de continuo amenazada por una inundacion era vivienda de un pueblo intrépido, que mientras la marea alta buscaba un

refugio en los bancos de arena, ó en las cabañas construidas sobre estacas. La única bebida de ese pueblo era el agua del cielo que recogia con mucho esmero, calentábase con una especie de tierra llamada *turbe*, y el pais estaba de manera que el mar no tenia límites, ni los rios márgenes, ni solidez la tierra, puesto que en todas partes cedia al peso del hombre. No era lo mismo al adelantarse hácia el sur porque allí la elevacion del terreno bastaba para defenderlo de las aguas. En la remota época de que hablamos el pais entero lo cubria el bosque de las Ardennes que se prolongaba desde el Rhin hasta el Escalda. Por allí iban errantes una porcion de tribus salvages que vivian de la caza y de la cosecha de los pocos campos que sembraban, al paso que los habitantes de las tierras bajas se alimentaban esclusivamente con pescado. Esos pueblos que el mundo entero desconocia fueron descubiertos por el conquistador Julio César, quien despues de haber sujetado al yugo de Roma la mayor parte de la Galia atacó las salvages tribus de las Ardennes que se le resistieron tenazmente. Tan grande fue el valor de esos hombres, particularmente de los menapios, moradores de lo que despues ha sido Flandes, que en el año 65 antes de J. C. forzaron á las legiones á que se retirasen. A fuer de hombre tan diestro en manejar los ánimos como en conducir los soldados á la pelea, César ofreció la paz á sus adversarios y supo hacérselos aliados hasta el punto de llevar en su ejército muchos jóvenes de ese pais, cuyo valor le hizo vencer en los campos de Farsalia y le dió el imperio del mundo (1). Desde aquella época los belgas ó bátavos formaron parte del ejército romano, sobre todo de la caballería de las legiones; y en recompensa de sus hazañas alcanzaron honores y riquezas. Mas si los bátavos se convirtieron en romanos, los habitantes de aquella parte del territorio espuesto siempre á la invasion de las olas se

(1) Vide César., De bello civili., Lib. I. Lucano vers. 420 y 441.

obstinaron en conservar sus antiguas costumbres. Formaban los tales dos razas distintas, á saber, los frisones que vivian al norte del Rhin y los menapios habitantes del oeste del Mosa de quienes antes hemos hablado. Aunque los primeros moraban en mitad de las aguas y por mucho tiempo no tuvieron otros recursos que la pesca, mas adelante aprendieron á criar ganado, y á cultivar las habas que espontáneamente nacian en medio de los pantanos; pero su industria lejos de desenvolverse se mantuvo estacionada ó hizo progresos insensibles, al paso que los menapios se enriquecieron muy luego abriendo un comercio marítimo con la Gran Bretaña. Por este motivo mientras subsistió el imperio romano hubo una diferencia muy marcada y una completa oposicion entre los pueblos de los Paises Bajos. Los habitantes de las tierras altas se sujetaron á las ventajas y á la servidumbre de la civilizacion, y los otros fieles á las costumbres de sus antepasados prefirieron su natural independencia, queriendo mas ser pobres que enriquecerse á costa de ser esclavos. Dispertóse mientras tanto en el corazon de los bátavos el amor á la libertad, y uno de sus gefes llamado Civilis (1) los sublevó contra sus conquistadores, á quienes hizo la guerra con sus propias armas, pues á fuer de hombre que por muchos años militó bajo las banderas de Roma sabia vencer y en muchos encuentros batió á las legiones. Semejante lucha no podia sostenerse sino con incesantes prodigios de valor y de constancia, y los bátavos se cansaron de sufrir los infinitos males compañeros inseparables de la guerra. Civilis pues hubo de buscar un asilo en Germania, y la independencia nacional murió para siempre (2). Desde entonces la parte meridional de los Paises Bajos transformada en provincia romana tomó el nombre de Bélgica, que aun hoy conserva y que solo se aplica á las

(1) Vide Tácito, historia. Bucherius, Belg. rom.
(2) Tácito, historia, lib. IV.

provincias que hasta la revolucion francesa estuvieron sujetas al Austria.

El imperio fundado por César resistió durante quinientos años, si es lícito decirlo asi, por su propio peso á los continuos ataques de los pueblos bárbaros que rebosaban de la Germania; pero hácia el fin del siglo v se arrojó sobre las Galias una tribu de francos sálicos, acaudillados por el célebre Clodoveo que se hizo dueño del territorio entero. Durante el reinado de este nuevo conquistador la poblacion cuyos antepasados habitaron en el bosque de las Ardennes desaparece enteramente, diezmada por el hierro enemigo ó estinguida en los males de la servidumbre. La parte de los Paises Bajos limítrofe á Francia se convirtió en un desierto; mas en tiempo de los sucesores de Clodoveo el resto del pais cayó bajo el dominio de los príncipes Merovingios. Dagoberto I estendió sus conquistas hasta Utrecht donde fundó una iglesia, pues entraba en su política convertir á esos enemigos á la religion de J. C. para mas fácilmente sujetarlos; pero los habitantes de las costas á los cuales la historia llama frisones no quisieron someterse al yugo de los francos.

La monarquía fundada por estos y que no tenia mas base que la fuerza no tardó en hundirse en tiempo de los reyes desidiosos que conociéndose incapaces de regir el cetro lo pusieron en manos de los mayordomos de palacio. Pepino de Heristal que era uno de ellos rehizo la pujanza del imperio de Clodoveo, y en el año 717 rechazó á los frisones que habian llevado sus armas hasta el corazon del estado. Uno de esos bárbaros llamado Radbod convencido por las reflexiones de un misionero cristiano consintió en abrazar la fe católica, pero en el instante en que iba á ser purificado por las aguas del bautismo le ocurrió preguntar al sacerdote en qué lugar estaban las almas de sus predecesores; y como este le contestara que en el infierno puesto que no habian sido regenerados por la ley de Cristo, Rad-

bod contestó que preferia estar en el infierno con sus abuelos que ir al paraiso con gente estraña; y no quiso ser bautizado.

Cárlos Martel hijo de Pepino que en 719 heredó el talento y las dignidades de su padre pudo finalmente sujetar á los frisones y procuró tambien convertirlos al cristianismo. Emprendió esta tarea el célebre Winfrido arzobispo de Maguncia á quien la iglesia cuenta en el número de sus mártires con el nombre de Bonifacio; y si bien su elocuencia y sus virtudes lé granjearon al principio muchos prosélitos, habiendo penetrado en un territorio cuyos habitantes eran casi salvages, puesto que comian carne cruda, Bonifacio fue asesinado. Los francos vengaron su muerte, y cuando Carlo-Magno subió al trono los frisones hubieron de doblar la cerviz á su poder formidable, y á la par que sus aliados los sajones se hicieron cristianos y súbditos de aquel gran monarca.

Aunque sometidos alcanzaron del vencedor algunos derechos políticos de grande importancia, como fueron la garantía de la propiedad en cuya virtud á ninguno podia privarse de sus posesiones sino en caso de cometer el crímen de alta traicion; el de no ser juzgados mas que por sus compatricios, y de no tener que servir en el ejército sino por muy corto tiempo. El heredero en línea recta de un feudo solo tenia que pagar un censo anuo, y todas las personas y las cosas eran inviolables. Los habitantes de los Paises Bajos que descendian de los menapios formaron sociedades que pusieron en alarma el despotismo de Carlo-Magno, quien en vano procuró disolverlas pues subsistieron á pesar de él y de sus sucesores, en términos que á principios del siglo x las ciudades de toda Flandes formaban una liga tan poderosa como estensa; al paso que las otras provincias perdieron su libertad y hasta su nombre. En tiempo de Carlo-Magno eran esos grandes estados regidos por gefes siempre amovibles, y cuyos títulos y rentas no duraban

mas que el tiempo de su cargo. Como ese monarca no pudo transmitir su reino á sus descendientes, los agentes subalternos de la autoridad de estos príncipes lograron apropiarse los destinos que se les habian confiado temporalmente, convirtiendo el imperio en una multitud de principados y de señoríos que rompieron la unidad y anonadaron el poder por medio de esa division infinita.

Entre esos gefes militares que debian su grandeza á la espada alzáronse señores de otra especie. Los obispos enriquecidos por la ciega piedad de los sucesores de Carlo-Magno vinieron á ser en toda Europa personas de grande importancia, ya por sus riquezas ya por el influjo hijo del carácter de que estaban revestidos. En los Paises Bajos los obispos de Utrecht, de Liege y de Tournay se colocaron entre las potencias de esa época y se hicieron dueños de las ciudades de que al principio no eran sino pastores. En ese período de confusion es casi imposible que el historiador siga el órden de los sucesos, pues ni le es dable fijar de una manera cierta los lugares en que acontecen, ni responder de la identidad de las personas que figuran en sus relatos, porque el nombre de los pueblos cambia á cada instante y aun no existian los de familia (1). A pesar de esto procurarémos tomar una direccion por medio de este laberinto. Harémos notar ante todo que entonces la Francia propiamente dicha tenia por límites el Escalda, y que la mayor parte de los Paises Bajos colocados al este del rio habia sido con el nombre de Baja Lorena incorporada á la Lorena en tiempo de Lotario nieto de Carlo-Magno y primer emperador de Germania. Cárlos el *Simple*, uno de los últimos reyes de la raza carlovingia, la reunió por un momento á su reino; pero hubo de restituirla en virtud de un tratado; y desde esa época la Baja Lorena y la Frisia pertenecieron

(1) Sucedia con frecuencia que los señores daban su nombre al territorio de que se habian hecho dueños.

siempre al imperio de Alemania. Los habitantes de los Paises Bajos convertidos en juguete de las ambiciosas transacciones de los príncipes ni siquiera podian contar con el ausilio de sus señores. Los normandos, piratas venidos de Dinamarca, Suecia y Noruega, devastaron ese pais comenzando ya en tiempo de Carlo-Magno y siguiendo despues de su muerte, pues esa gente yendo á merced de los rios desembarcaban de improviso, y entregaban al saqueo y á las llamas cuanto les venia delante porque su único objeto era reunir botin y llevarlo á su patria (1). Muchas cuadrillas de esos ladrones resolvieron formar establecimientos en los mismos paises en que habian derramado la muerte y el incendio, y unos con negociaciones y otros á la fuerza lograron que se les cediesen algunos trozos del territorio. El célebre Rollon ocupó de este modo durante algunos años la Frisia y la Zelandia; mas al fin las dejó para ir á Francia, cuyo monarca le dió su hija cediéndole al mismo tiempo la Normandía. De esta manera á principio del siglo x los reyes de Francia y el emperador de Alemania puestos en la necesidad de defenderse contra los ataques de los hombres del norte y de resistir las exigencias de sus vasallos, perdieron poco á poco todas las prerogativas de la soberanía quedándoles solo un poder nominal que aun imponia respeto pero no obligaba á la obediencia; y asi fue que los degenerados sucesores de Carlo-Magno perdiendo diariamente terreno quedaron al fin circunscritos á una ciudad sola. Los descendientes de Lotario condenados á luchar con los gobernadores de las provincias y con los obispos que se habian hecho independientes, no podian triunfar sino apoyándose en los unos para acabar con los otros.

Tal era en toda Europa el estado de las cosas, estado que duró muchos siglos y que produjo tanta confusion en la historia como miseria en los pueblos. Nos limitarémos pues

(1) Vide Gesta Norm. post. Bedam.

á presentar un sucinto bosquejo del estado que en ese período tenian las provincias comprendidas en el nombre de Paises Bajos, provincias repartidas ya segun hemos dicho entre varios señores eclesiásticos y legos. El primero de esos gefes guerreros que desempeñó un papel importante fue el conde de Holanda cuyas posesiones estaban situadas entre el Mosa, el Rhin y el Ems. En 1018 Dirk tercero de este nombre echó los cimientos de la ciudad de Dordrecht en el punto donde se reunen el Mosa y el Waal, y en seguida comenzó á sacar partido de su posicion exigiendo un tributo de los buques que navegaban en los dos rios, de los cuales puede decirse que tenia la llave. Esta pretension sublevó contra Dirk á sus vecinos, los cuales de pronto buscaron el apoyo del gefe del imperio, y Godofredo duque de la Baja Lorena ausiliado por el obispo de Lieje sitió la ciudad de Dordrecht, pero fue vencido y hecho prisionero, y entonces gracias á su victoria el conde de Holanda se justificó cerca del emperador Othon III, que ocupaba el trono de los Césares.

No pasarémos adelante en la historia de los condes de Holanda porque las particularidades de sus reinados son poco conocidas y no ofrecen por otra parte interes alguno: basta pues que el lector sepa que hubieron de sostener perpetuas guerras ya con los obispos y señores que circuian sus principados, ya para sufocar las revoluciones de sus indóciles vasallos siempre dispuestos á quebrantar un poder que tenian por harto pesado y cuyos límites estaban por otra parte mal determinados. En efecto, aunque la dignidad de conde fuese hereditaria, antes de tomar posesion de ella aquel á quien por su cuna pertenecia, estaba obligado á pedir el consentimiento de sus barones y del pueblo; y ademas se comprometia á respetar sus privilegios é inmunidades, y en cambio los habitantes de las ciudades le daban una suma de dinero bastante módica para que sostuviese el esplendor de su rango. En caso de que no respetara los

privilegios segun lo habia prometido, los nobles y los ciudadanos apelaban á la insurreccion. Como á falta de varones sucedian las hembras, Margarita hermana de Guillermo III muerto sin hijos llevó en dote el condado de Holanda á su marido Luis de Baviera emperador de Alemania. Guillermo hijo segundo de esta princesa se apoderó de la Holanda con las armas en la mano y dió nacimiento á dos facciones rivales, llamadas los *cabillants* y los *hamecons*, las cuales se mataban con un furor que apenas pudo menguar el tiempo, puesto que la lucha de los dos partidos duró ciento cincuenta años. Al fin Guillermo VI casó á su única hija Jaquelina con el segundogénito de Cárlos VI de Francia, y cuando Jaquelina enviudó contrajo segundo matrimonio con Juan de Brabante, del cual se separó para casarse con un príncipe ingles por quien luego fue abandonada. Habiendo entonces dado la mano á Felipe de Borgoña gentil-hombre zelandio y tio suyo materno, la hizo encerrar, y á la muerte de su sobrina acaecida en 1534 heredó sus estados.

La Gueldre sometida á los romanos á la par que las otras provincias se hizo floreciente en tiempo de Carlo-Magno que embelleció mucho su capital Nimega. Mas adelante reinando uno de los príncipes de la casa carlovingia el pueblo eligió por gefe á un tal Othon, y por medio de un matrimonio pasó al dominio del conde de Nassau. Gerardo hijo de este último alcanzó del emperador Enrique III que la Gueldre fuese erigida en distrito, y Reinaldo sucesor suyo la elevó en 1339 al rango de condado comprando este favor á Luis de Baviera. La provincia de Gueldre recayó luego en la casa de los condes de Egmont; y por fin pasó á Cárlos V heredero de la casa de Borgoña. No continuarémos pormenor alguno acerca de la Zelandia, porque muy luego fue de los condes de Holanda y su historia se confunde con la de estos príncipes.

Por largo tiempo formó la provincia de Utrecht parte de la Frisia hasta que Pepino le devolvió la independencia,

convirtiéndola en 692 en sede de un obispado al cual concedió muchos privilegios. Los obispos de Utrecht acrecieron rápidamente su autoridad; entraron en lucha con los condes de Holanda, y arrogándose todos los derechos de la soberanía acuñaron moneda y levantaron tropas que ellos mismos conducian á la pelea. La ambicion y la necesidad les ponian de continuo las armas en la mano á fin de defender su independencia ó atacar la agena. Circuidos de vecinos turbulentos, condes, duques y marqueses, tomaban parte en las querellas de estos déspotas y vivian como ellos en estado de perpetua guerra. Su nombramiento pertenecia al cabildo y á los habitantes de Utrecht, lo cual mas de una vez dió lugar á terribles disputas. Muy sangrientas las tuvieron los obispos con los magistrados de Utrecht, que sostenidos por el pueblo les disputaban la soberanía; sin embargo despues de largos debates los obispos conservaron la mayor parte de los privilegios inherentes á la mitra. Como el hijo del conde palatino de Baviera hubiese tenido la imprudencia de enviar una citacion al senado y á los magistrados de Amsterdam acusados de haber permitido la celebracion de algunos matrimonios hechos contra las leyes de la Iglesia, estos apelaron á Cárlos V en calidad de conde de Holanda, y este príncipe anuló la sentencia del obispo, el cual algun tiempo despues tuvo serias reyertas con el pueblo de Utrecht. Arrojado de la ciudad imploró la proteccion del emperador y este le restableció en su sede apoderándose de Utrecht y obligando al obispo y á los magistrados á que firmasen un acta que le traspasaba la soberanía.

Antes de ahora hemos hablado de los frisones que defendieron su libertad contra el poder de Roma. A la caida del imperio de Augusto fueron subyugados por los francos, y subido Carlo-Magno al trono los gobernó por medio de un lugarteniente con el dictado de podestá, á pesar de lo cual continuaron siendo libres puesto que no obedecian sino sus propias leyes. Durante el siglo IX la Frisia fue víctima de la

ira de los normandos que llegaron á establecerse en aquel territorio. Sus habitantes siguieron conservando sus instituciones á despecho de los esfuerzos de los condes de Holanda que trataron de subyugarlos; pero la eleccion de un podestá trajo la guerra civil y facilitó á los emperadores de Alemania hacerse dueños del pais. Felipe el *Bueno* duque de Borgoña se apoderó de él por fuerza de armas y lo trasmitió á la casa de Austria.

La provincia de Hover-Issel que es la menos rica y la menos poblada de los paises de la Union ya fue descrita en lo antiguo por la elocuente pluma de Tácito que ha pintado las instituciones y las costumbres de esa tierra. Carlo-Magno subyugó á sus habitantes que pasaron al dominio de Luis de Baviera hijo de Luis el *Benigno*. Mas adelante Hover-Issel perteneció á los obispos de Utrecht que gobernaron bajo el patronato de los emperadores de Alemania, quienes sin embargo solo ejercian un dominio nominal. Unidos contra los prelados de Utrecht los barones de la provincia imploraron el ausilio de los césares alemanes cuyos soldados saquearon el pueblo que debian defender. La historia de esa provincia en la edad media está circunscrita á las disputas casi siempre sangrientas de los obispos de Utrecht, ya con el pueblo, ya con los nobles. Colocado en la sede de Utrecht á pesar de la resistencia de los habitantes un hijo natural de Felipe el *Bueno* duque de Borgoña, provino de aqui una larga guerra que terminó á favor del elegido ya que conservó la mitra hasta su muerte. Cuando la ciudad de Utrecht fue cedida á Cárlos V Hover-Issel tuvo la misma suerte.

Fáltanos hablar de la Groninga y de Ommeland, la primera de las cuales fue bajo el imperio una colonia romana que pudo hacerse independiente cuando sus antiguos señores sucumbieron á los golpes de los bárbaros. Hácia el siglo XI Groninga cayó bajo el poder del obispo de Utrecht á quien disputaron su posesion el conde de Holanda y el emperador de Alemania. Los ciudadanos de Groninga se de-

clararon por el obispo, y para mejor defenderse acudieron al duque de Gueldre que abrazó su causa; mas despues de una lucha bastante larga Groninga acabó por ser incorporada á la casa de Austria. El Ommeland inmediato á Groninga se gobernó mucho tiempo por sí mismo con una apariencia de república regida al principio por un cónsul y despues por un *echevin*. La posesion de esta última dignidad dió orígen á una guerra civil cuyos resultados fueron tan desastrosos que casi toda la provincia quedó devastada; la mayor parte de la poblacion desapareció y las llamas devoraron las casas y hasta las cosechas. Groninga trató entonces de sujetar el Ommeland y lo consiguió nó á poca costa; mas cuando esa ciudad se confundió en los vastos dominios de Cárlos V el Ommeland hubo de seguir la suerte de la metrópoli.

Volvamos los ojos á la Flandes y á Brabante que formaban el resto de los Paises Bajos, cuyo territorio en tiempo de los sucesores de Carlo-Magno fue presa de los gefes militares y de los obispos que se habian repartido la poblacion, pero diversas causas impidieron que esta misma poblacion sufriera las cadenas de la esclavitud cual sucedió en casi toda Europa. Desde luego, segun ya lo tenemos dicho, habia entre las ciudades asociaciones que hicieron resistencia á las órdenes de Carlo-Magno de donde hubo de resultar naturalmente que los nobles no ejercieran un despotismo completo sino en las provincias meridionales. En cuanto á las ciudades marítimas enriquecidas ya con el comercio formaban en el siglo XI especies de repúblicas entre las cuales podemos citar la de Berg-op-Zoour y la de Amberes. Nótese de paso que la suerte de los esclavos sometidos á los obispos era muy dulce comparada con la de los siervos de los nobles que eran víctimas de la opresion mas bárbara. La conducta de los prelados propendia á disminuir el poder de la nobleza contra la cual peleaban de continuo no solo con las armas sino tambien con el ejemplo del bienestar que procuraban á sus vasallos.

Esa fue la época en que Pedro el Ermitaño vino á predicar en Europa la libertad de Jerusalen, y á su voz tomaron las armas todas las clases de la sociedad, y el duque de la Baja Lorena Godofredo de Bouillon tuvo la gloria de libertar los santos lugares y de merecer el trono ocupado en otro tiempo por David. Siguieron sus pasos la mayor parte de sus súbditos; y como los soldados de la cruz en recompensa de su sacrificio alcanzaban la libertad, muchos habitantes de los Paises Bajos lograron sacudir el yugo de la servidumbre. Las cruzadas en medio de los males que causaron fueron el vehículo de la civilizacion y naturalizaron en Europa las artes de Oriente, que para algunos pueblos de Occidente se convirtieron en manantial de prosperidad muy grande. De aqui provino que en los Paises Bajos la nobleza declinó rápidamente mientras que las ciudades adquirian incesantes medros, y al mismo tiempo cambiaban las costumbres: por esto un caballero que antes de las guerras santas se hubiese casado con muger plebeya habria perdido todos los privilegios de su clase, y un siglo mas adelante en Flandes no habia ya esclavos, y en los primeros años del siglo XIV los gefes de las sociedades mercantiles eran mas poderosos que los grandes. En una palabra, aunque los Paises Bajos tuviesen por soberanos condes y prelados, estos no gozaban mas que un poder circunscrito dentro de límites muy estrechos por las franquicias municipales. Gracias á la industria de los habitantes que en la fabricacion de los paños y en toda clase de tejidos no tenian rivales, los Paises Bajos se iban apoderando del oro de todas las naciones de occidente. La Flandes era el grande mercado de la Inglaterra y del norte de Europa, al paso que las provincias que despues han formado la Holanda tenian un comercio marítimo tan lucrativo como estenso.

Los pormenores en que vamos á entrar acerca del gobierno interior de las ciudades de Flandes y de Brabante nos harán comprender los triunfos que sus hijos alcanzaron

en los campos de batalla, en donde no temian desafiar el choque de los caballeros cargados de hierro y hechos á combatir desde la infancia. Los vecinos nombraban por sí mismo los magistrados que tenian el doble carácter de jueces y de caudillos durante la guerra. Todo hombre domiciliado en una ciudad era soldado, habia de acudir á la menor señal de alarma y si se ausentaba por mas de cuarenta dias perdia todos sus derechos. Con esto es fácil comprender que los gobernantes de las ciudades en donde se hacinaba una multitud aguerrida habian de poder mas que los nobles, quienes solo contaban con un corto número de hombres degradados por la esclavitud. Los estrechos límites en que pensamos circunscribirnos no nos permiten esponer detenidamente las guerras emprendidas por los flamencos y brabanzones, originadas unas veces por la codicia del soberano que queria esquilmar á sus súbditos y sustituir el despotismo á sus privilegios, y otras por la desconfianza y la veleidad del pueblo que se cansaba de obedecer por mucho tiempo á un señor mismo. Por esta razon en 1301 los flamencos se sometieron á Felipe el *Hermoso* de Francia; mas arrepentidos muy pronto de su eleccion, dos ciudadadanos de Brujas llamados Pedro de Honing y Juan Breydel, pañero el uno y cortante el otro, sublevaron á los habitantes contra la guarnicion francesa que fue arrojada de la ciudad. En el año siguiente tuvo lugar la batalla de Courtray donde las tropas de Felipe fueron rotas. «Aun» hoy dia se celebra en dicho pueblo este triunfo de un» modo por cierto bastante chocarrero. En la mañana del» dia 4 de octubre se pasea por las calles de Courtray una» especie de mogiganga en la forma siguiente. Rompen la» marcha caballeros en dos asnos, otros tantos hombres» con casacas del siglo XVII muy floreadas, sombrero con» grande pico y galon de oro, los cuales llevan una bandera» en la mano. Siguen en pos de estos y á poca distancia» uno de otro dos hombres á pie llevando dos grandes ban-»

deras, y tras ellos viene un carro arrastrado por dos ca-» ballos y con colgaduras al rededor de la barandilla. Den-» tro del carro que es de tamaño mayor hay una mesa re-» donda y en torno de ella situados en taburetes hasta doce» hombres vestidos como la clase popular, y que no cesan» de beber cerveza de las botellas que en la mesa figuran.» Va tras el carro otro infante con bandera y cierran la mar-» cha cuatro músicos á pie que con violin, clarinete, fagot» y trompa, tocan una especie de wals bastante raro. To-» das las personas que toman parte en el festejo pertene-» cen á la clase trabajadora, salvos unos doscientos mu-» chachos que forman el acompañamiento. En lo antiguo» dábase á esta funcion mayor importancia pero con el» tiempo ha decaido y es de temer acabe por perderse.»

Decíamos que en el año 1302 tuvo lugar la batalla de Courtray en la cual las tropas de Felipe el *Hermoso* fueron vencidas, y dos años mas adelante los flamencos consiguieron arrancar de las manos de Felipe á su conde á quien tenia prisionero. Los brabanzones no eran por cierto menos belicosos ni mas dóciles que sus vecinos los flamencos, y por esto en 1312 obligaron á su duque á que sancionase la eleccion de una asamblea á cuyo exámen debia sujetar todos los asuntos de la provincia. Esta asamblea se compuso de cuarenta diputados, de los cuales solo cuatro eran de la clase noble. Desde entonces el duque hubo de conformarse con los mandatos de aquel cuerpo y perdió el derecho de exigir contribuciones segun le pluguiera; mas á fin de consolidar semejante estado de cosas era menester que las ciudades se sostuvieran mutuamente, pues la fuerza solo de la union nace; y por fin lo hicieron asi cuando la esperiencia les dió á conocer el valor de este principio y despues que los habitantes de Brujas aprendieron á respetarlo á grande costa. Habíanse revolucionado contra su conde Luis de Cressy porque sin el consentimiento de los estados cedió al duque de Namur el puerto de la Escalda. Apoderáronse

de su persona y de los principales personages de la nobleza, pero la ciudad de Gante á impulsos de rivalidades mercantiles no quiso hacer causa comun con los habitantes de Brujas que al fin ajustaron un convenio con su soberano. Apoyado este por el monarca frances no quiso reconocer aquel tratado que firmó con violencia, y con el ausilio de sus nuevos aliados venció en los campos de Cassel las tropas de Brujas y recobró su poder antiguo. Tan sangrienta leccion sirvió de esperiencia y puso silencio á los mezquinos zelos que habia entre las diferentes ciudades de los Paises Bajos, en términos que transcurridos diez años desde la derrota de Cassel los vecinos de Gante y de todas las demas ciudades tomaron simultáneamente las armas por instigacion del célebre Arteveld conocido en la historia con el dictado del *cervecero de Gante*. Tenia este hombre la astucia, la resolucion y la firmeza indispensables en un gefe de bandería. Los flamencos habian jurado fidélidad á la corona de Francia, y Arteveld desvaneció semejante escrúpulo proponiendo á sus compatricios que reconociesen como soberano á Eduardo III de Inglaterra que reclamaba entonces el trono frances á título de herencia. Despues de acceder los ganteses á este arreglo vencieron y mataron en un combate á Luis de Cressy, y en número de sesenta mil fueron al encuentro del príncipe ingles que acababa de desembarcar en Amberes. Trabóse entre ingleses y franceses cerca de Shoys una batalla naval en la que los primeros ausiliados por los flamencos alcanzaron la victoria, y si bien á consecuencia de aquel combate las dos naciones ajustaron una tregua, Arteveld no perdió un ápice de su autoridad pues hizo que le diesen el título de protector ó de conservador de la paz en Flandes, y reinó en toda la provincia á fuer de soberano, procurando no obstante conservar estrechas relaciones con Eduardo á quien apellidaba su compadre.

La Inglaterra monopolizaba entonces la lana de la cual abastecia á toda Europa y en particular á los flamencos, los

cuales contaban muchas fábricas de paños cuyo uso iba generalizándose en todos los pueblos de occidente. Por este medio Arteveld favorecia los intereses de sus conciudadanos y conservaba sus buenas relaciones con los ingleses; mas á pesar de todo no pudo vencer la inconstancia de sus compatricios, y asi fue que en 1345 murió á manos del populacho cuyo ídolo habia sido (1). Los flamencos abandonados algunos años despues por su aliado Eduardo y reducidos á sus solos recursos obligaron á su nuevo conde el jóven Luis de Males á reconocer sus privilegios, viniendo con esto á formar un estado independiente. En secreto alimentaba Luis la esperanza de recobrar la autoridad de sus antepasados y consiguió poner de su parte á muchos gremios. Cuando dividiendo á sus adversarios los hubo enflaquecido arrojó la máscara, y por medio del hambre se apoderó de Gante con ánimo de empobrecer y arrebatar sus privilegios á esta ciudad turbulenta; pero un hijo de Arteveld dió la señal de resistencia, y á la cabeza de siete mil ciudadanos batió un ejército de cuarenta mil hombres, persiguiendo luego hasta Brujas al conde Luis de Males el cual se libró de los que le buscaban metiéndose debajo de la cama de una vieja que lo habia ocultado en su casa (2). Cárlos VI de Francia levantó tropas en favor del príncipe vencido, y distintas veces supo vencer á los flamencos coligados, sin embargo de lo cual y de que Arteveld murió en un combate los insurrectos no quisieron en manera alguna sujetarse al yugo del conde, quien siguiendo el consejo de su tio Felipe el *Atrevido* duque de Borgoña convino en transigir con sus súbditos. Luis de Males fue muerto poco tiempo despues y sus estados recayeron en el duque de Borgoña á fuer de descendiente de la casa de Francia.

(1) Vide Oudegherst y Meyer: años 1344 y 1345.
(2) Ibidem, año 1382.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE LA CASA

DE BORGOÑA HASTA LA MUERTE DE CARLOS EL TEMERARIO.

DESDE 1384 HASTA 1477.

En 1263 Juan rey de Francia dió el ducado de Borgoña á su hijo Felipe el *Atrevido* que tomó por esposa la hija de Luis de Males conde de Flandes, y á la muerte de este acaecida en 1384 heredó el condado reuniendo á él en 1349 el ducado de Brabante por donacion hecha á su consorte. Gobernó sus nuevos estados con tanta prudencia como tino, y supo refrenar el sedicioso carácter de los brabanzones y flamencos, aumentando los privilegios de muchas ciudades de una y otra provincia cuyos habitantes eran tenazmente adictos á las inmunidades conseguidas ó mas bien arrancadas á la fuerza. Al morir en 1404 vino á reemplazarle su hijo Juan *Sin miedo* quien sucedió á toda la herencia paterna, escluso el Brabante que pasó al dominio de su hermano Antonio. Muy eficaz fue la parte que Juan *Sin miedo* tomó en los disturbios del reinado de Cárlos VI, cuya locura hizo á su reino víctima de los males hijos de la ambicion de los grandes que se disputaban el mando: por esta razon curó poquísimo de los negocios de los Paises Bajos, pues dirigia todas sus miras á la Francia en donde aspiró de continuo á usurpar la direccion del gobierno. Basta saber que los flamencos le obligaron á que les permitiese mantenerse neutrales puesto que Juan *Sin miedo* á fuer de príncipe de la casa de San Luis varias veces luchó con el rey de Inglaterra Eduardo III que pretendia la corona de Francia. Por este medio los flamencos sostuvieron sus relaciones mercantiles

y amistosas con la Gran Bretaña, de la cual sacaban las lanas necesarias para el consumo de sus fábricas.

De tal manera se hallaban las cosas cuando muerto en el año 1415 el duque de Brabante en la batalla de Azincourt, los estados reunidos en Bruselas juraron fidelidad al hijo de Antonio muchacho de trece años, y le pusieron bajo la tutela de once personas elegidas entre el clero, la nobleza y el estado llano, las cuales desempeñaron con acierto tan importante y espinoso cargo. No fue obstáculo para ello la pretension de Juan *Sin miedo* que queria ser regente, pues una suma de dinero le hizo renunciar á este empeño; ni tampoco los deseos que manifestó el emperador Segismundo de confiscar la provincia so pretesto de que el padre del nuevo duque no le habia prestado el homenage debido. La prudencia de los tutores de Juan supo allanar todas estas dificultades é imponer silencio á la viuda del duque que no se quedaba corta en sus exigencias (1). En 1416 el duque se casó con Jaquelina condesa de Holanda y de Hainaut; pero este matrimonio á que al principio pusieron obstáculo las intrigas de Juan de Baviera obispo de Liege y tio paterno de Jaquelina, no fue venturoso; porque la princesa, víctima de los malos tratamientos de su marido, que la juzgaba cómplice en el asesinato de su tesorero, abandonó el techo conyugal solicitando en seguida de la corte de Roma la anulacion de su casamiento. Marchóse poco despues á Inglaterra en donde contrajo nuevo enlace con el duque de Glocester, quien no habiendo podido conquistar los estados de Jaquelina la abandonó á su suerte, y con esto el duque Juan continuó reinando en el Brabante y en el Hainaut hasta 1427 en que murió á la edad de veinte y cuatro años, dejando el puesto á su hermano el conde de San Pablo.

Mientras tenian lugar tales sucesos en Brabante era asesinado en 1419 y en el puente de Montereau Juan *Sin miedo*,

(1) Vide Dinter. Brabant gest.

cuyo hijo Felipe el *Bueno* desde entonces poseyó el ducado de Borgoña y en pocos años supo aumentar su poder de tal modo que ocupaba el primer rango entre los potentados sin que ya le faltase mas que el título de rey. En efecto, muerto inopinadamente el conde de San Pablo, el duque de Borgoña heredó sus posesiones, y al fallecer Jaquelina de Baviera á quien tenia en una cárcel vino á ser dueño del Hainaut, de la Holanda, de la Zelandia y de la Frisia, de suerte que por una coincidencia de circunstancias felices la Borgoña se encumbró en poco tiempo al mas alto grado de prosperidad. Los estados de Felipe comprendian á mas de los Paises Bajos y de la Borgoña, el Artois y parte de la Picardía; mas su poder sobre tantas provincias era limitado, y algunas veces estaba circunscrito á tan pequeña esfera que se reducia á sancionar la voluntad de sus vasallos. Por esta causa en las provincias marítimas de la Flandes y de Brabante tenia que apelar de continuo á las negociaciones y á las armas á fin de que le obedecieran y le proporcionasen subsidios que necesitaba para sustentar la guerra con Cárlos VII de Francia. El motivo de semejante guerra era negarse á reconocer los derechos de este monarca á quien ademas aborrecia porque hizo asesinar á su padre Juan *Sin miedo*.

Como ejemplar de la desobediencia de que hemos hablado citarémos la lucha que en 1452 hubo de sostener el duque contra los ganteses que se negaban á pagar la parte que les correspondia en el derecho de la sal impuesto á toda la Flandes. Apoderóse Felipe de las ciudades de Audenarde, de Termonde, de Gavre y de Rupelmonde é impuso un derecho sobre la harina y el trigo. Reuniéronse en Gante los estados del pais y declararon que el duque en el hecho de anular la eleccion de los magistrados de aquella ciudad hizo uso de un derecho que le correspondia, y si bien pareció que de pronto se sujetasen los ganteses á esta resolucion, luego el populacho instigado por algunos revoltosos espulsó

de la ciudad á todos los ciudadanos de quienes se sospechaba que eran adictos al duque. Crearon los rebeldes un consejo que arrogándose el poder soberano nombró burgomaestres y echevins sin intervencion del príncipe, y luego reunieron un ejército de cuatro mil hombres que corrió la Flandes derramando en toda ella la devastacion y el asesinato. El corto número de ciudadanos que abominaban de estos escesos de sus compatricios enviaron diputados al duque para escusar lo sucedido, pero Felipe les contestó que sin dejar de hacer justicia á sus rectas intenciones y á la sinceridad de su lenguage, no podia sin embargo perdonar á los ganteses hasta que estos le dieran una prueba de que deseaban vivir en adelante como súbditos fieles y sumisos, en cuyo caso les concederia el perdon de que tenian necesidad muy grande. Dedicóse en seguida á levantar tropas y puso guarniciones en muchas ciudades que habian abrazado su causa, y por lo mismo se recelaban de los ganteses. Eligieron estos por capitan á un albañil, y en 1452 fueron á sitiar la ciudad de Audenarde en donde se habia encerrado el caballero Simon de Lalaing, el cual tomó todas las medidas necesarias para rechazar al enemigo. Organizó á todos los hombres en compañías y hasta supo utilizar á las mugeres que por su órden llevaron piedras á las murallas á fin de aplastar á los sitiadores (1). Por su parte los ganteses antes de venir á las manos procuraron hacer sospechoso al gobernador arrojando á la ciudad cartas dirigidas á él, en las cuales le decian que se rindiese añadiendo que estaban prontos á entregarle la cantidad prometida. Lalaing enseñó todas esas cartas á los principales ciudadanos, y los sitiadores furiosos de que se les hubiera frustrado el proyecto llevaron al pie de las murallas á dos niños de muy corta edad gritando que eran los del gobernador y que los habian cogido en casa de su nodriza en el Hainaut; y

(1) Vide Olivier de la Marche. cap. 24.

amenazaron matarlos á puñaladas si el padre no abria en el acto las puertas de la ciudad; mas este hizo disparar al grupo en que estaban sus dos hijos ó que al menos se decia que lo eran, y declaró decididamente que no queria salvarlos á costa de su honor. Noticioso el duque de cuanto pasaba envió al socorro de Audenarde al conde de Etampes que consiguió levantar el sitio despues de haber hecho una horrible carnicería en los ganteses, quienes se retiraron á su ciudad sin querer no obstante entrar en conferencias. Durante dos años el territorio de Gante fue víctima de todos los horrores de la guerra; las llamas devoraron trescientos pueblos, y ochocientas quintas; y llegó á tal punto la rabia de los dos partidos que los prisioneros eran asesinados á sangre fria despues del combate. Los ganteses imploraron entonces la mediacion de Cárlos VII de Francia, quien cediendo á sus ruegos envió al duque dos embajadores, los cuales alcanzaron de él que permitiria á cincuenta personas principales de Gante que se trasladasen á Lila para que en presencia de los embajadores franceses manifestasen sus quejas. Estas conferencias sin embargo no surtieron efecto alguno, porque habiéndose retirado los diputados ganteses so pretesto de que iban á buscar nuevas instrucciones no volvieron, y entonces los embajadores de Cárlos pronunciaron una sentencia que contenia las siguientes disposiciones: Que en adelante los gremios no harian por sí solos leyes ni reglamentos, sino que aquellas y estos serian discutidos y promulgados por ocho personas, cuatro de las cuales las nombraria el duque y las demas la municipalidad: que las banderas de las diferentes corporaciones serian guardadas en una arca cerrada con cinco llaves, de las cuales la una seria entregada al baile, la otra al primer regidor, otra al decano y las dos restantes á otros tantos hombres honrados que sus mismos conciudadanos eligieran: que los ciudadanos de Gante no tomarian el título de señores; que los individuos de la municipalidad y hasta dos

Patinadores Holandeses en el Siglo XVII. Pl. I.



PATINEURS HOLLANDAIS AU 17e SIÈCLE

mil personas principales irian á verse con el duque para pedirle gracia; y finalmente que los insurreccionados pagarian una suma de dinero en castigo de sus faltas. Este fallo de que dió noticia á los ganteses un heraldo de armas decorado con flores de lis dispertó de tal modo la indignacion del populacho que el portador se libró como por milagro de ser asesinado. Con esto pues se renovó la guerra con furor nuevo, y aunque hubo negociaciones nunca cesaron las hostilidades. En tal estado de cosas habiéndose el duque apoderado del castillo de Gavre hizo ahorcar á toda la guarnicion, á cuya nueva los ganteses le presentaron la batalla; mas á pesar de su tenaz resistencia fueron batidos. El vencedor entonces adelantándose hasta las puertas de la ciudad envió á los habitantes un mensage diciéndoles que los perdonaria con las condiciones fijadas en la sentencia hecha por los mensageros del monarca frances, á las cuales los ganteses prometieron sujetarse. Al dia siguiente el abad de San Bavó, el prior y la comunidad de cartujos, veinte y cinco caballeros y oficiales de la municipalidad sin mas vestido que una camisa, y dos mil ciudadanos descalzos tambien y en trage de luto se presentaron al duque que estaba á caballo á la cabeza de todo el ejército, hincáronse de rodillas, y el abad de San Bavó tres veces pidió gracia para el mal aconsejado pueblo. Esta escena humillante y la pérdida de los principales privilegios de los ganteses pusieron término á esa sangrienta lucha.

Hemos contado detenidamente este episodio para que el lector comprenda cuál era la posicion del soberano de los Paises Bajos que por mas que fuese dueño de ricas provincias veia que sus órdenes eran despreciadas y su persona estaba espuesta á las violencias de sus súbditos, á todos los azares de la guerra, y á las tentativas de su formidable enemigo Cárlos VII de Francia; porque habiendo este monarca reconquistado de los ingleses su reino podia á cada instante volver las armas contra el duque de Borgoña. En aquella

misma época ya el delfin hijo de Cárlos habia ido á pedir un asilo al duque, que lo recibió y lo tuvo cerca de sí por el tiempo de cinco años á fin de sustraerle al justo resentimiento del rey que Luis habia provocado con su irregular conducta. Subido este príncipe al trono de su padre en 1461 con el nombre de Luis XI comenzó su reinado por una ingratitud hácia el duque Felipe, obligándole á restituir muchas ciudades de la Picardía y sublevando contra él á los liejeses á quienes obligó á someterse el conde de Charolais hijo de Felipe. Tambien sujetó la rebelion de los habitantes de Dinaut, quienes despues de haber derramado la muerte y el incendio en el Hainaut y en el condado de Namur hubieron de rendirse á discrecion. El vencedor entró en la plaza sin mas objeto que destruirla, pues habiéndola hecho saquear durante ocho dias mandó pegarle fuego, y ochocientos de sus ciudadanos atados de dos en dos espiraron en las aguas del Mosa. Todos esos horrores se verificaron en presencia del anciano duque que fue allá á saciarse con la muerte de tantas víctimas, y á pesar de esto le apellidaron el *Bueno*.

Tenia Felipe en sus comunes relaciones de la vida aquella especie de condescendencia que los pequeños gustan de encontrar en los grandes, y el pueblo la celebraba como una virtud del príncipe, virtud que le hizo amar á despecho de las atrocidades que cometió en política y en guerra, en las cuales las costumbres de la época autorizaban la crueldad y la perfidia. Solo de esta manera puede esplicarse la aparente contradiccion que se nota entre la fama de Felipe y algunos hechos de su vida. Murió en Brujas en 1467 á la edad de setenta y dos años, dejando el trono ducal al conde de Charolais cuyo violento carácter fue tan fatal á sus súbditos como á él mismo. Cuando se hizo reconocer en Gante en calidad de conde de Flandes los habitantes cerraron las puertas y él no alcanzó la libertad sino con el pacto de restituirles las franquicias que les habia quitado su padre.

Vuelto á Bruselas revocó esa concesion hecha á la fuerza obligando á los ganteses á que pidiesen gracia; y aun entonces compraron el perdon á costa de una multa y de la sangre de los principales instigadores del ultrage hecho al soberano. El duque hubo de volver luego sus armas contra los liejeses, sublevados de nuevo por las intrigas de Luis XI, quien persuadido de que el mas profundo silencio ocultaba sus tramas aceptó una entrevista con Cárlos en la ciudad de Perone que pertenecia á este último. Semejante imprudencia por poco costó la vida al astuto monarca, pues constándole al duque su doblez deliberó con sus confidentes si le daria muerte ó solo le tendria prisionero; á pesar de esto no hizo ni lo uno ni lo otro y se limitó á llevarse consigo á Luis y hacerle cómplice y testigo de la ruina de Lieja que fue entregada á las llamas. Se perdonaron sin embargo las iglesias y las casas de los canónigos, la mayor parte de los habitantes se refugiaron en las ciudades vecinas, y los que nó fueron ahogados en el Mosa ó muertos á manos de la tropa.

Atizada por sus victorias la ambicion de Cárlos no podia satisfacerse sino con el título de rey, y con este objeto entabló negociaciones con el emperador Federico III, cuyo hijo Maximiliano debia casarse con María hija del príncipe borgoñon; mas como este propuso retardar el himeneo Federico creyó que esta dilacion era una negativa y retiró la promesa hecha. No satisfecho con esto muy luego tomó las armas contra Cárlos que habia intervenido en la lucha empeñada entre Roberto de Baviera y Herman de Hesse para la posesion del obispado de Colonia. No osando el duque entrar en lid contra todas las fuerzas de la Alemania formó el proyecto de conquistar la Helvecia y estender su dominio desde el Rhin hasta el Mediterráneo. Comienza por atacar á los suizos no sospechando nunca que esos montañeses pudieran resistir al choque de sus caballeros; mas á pesar de esto fue batido en Granson y en Morat. Mientras tanto

Renato de Lorena á quien Cárlos arrebató sus dominios entró en ellos á la cabeza de veinte mil hombres, entre los cuales habia muchos suizos pagados por la Francia. Desesperado por sus derrotas el príncipe borgoñon á principios de enero de 1477 fue á sitiar á Nancy, pero Renato acudió al socorro de su capital y puso en derrota las tropas de su adversario que pereció con las armas en la mano el dia 5 de aquel mes en la flor de su edad y sin haber logrado sentar una corona en su cabeza. La historia le ha dado justamente el ignominioso apellido de *Temerario* que reasume su conducta, casi siempre desrazonable. No tenia otra política que la violencia, rara vez suficiente para alcanzar el triunfo, pues á la prudencia toca disponer lo que debe ejecutar la fuerza.

DESDE LA MUERTE DE CARLOS EL TEMERARIO

HASTA EL ADVENIMIENTO DE FELIPE II.

La princesa María de edad de veinte años hija única y por lo mismo heredera de los vastos estados de Cárlos hubo de empuñar las riendas del gobierno sin que estuviera preparada á ello. Carecia de las fuerzas necesarias para dar cima á esta tarea, porque estaba rodeada de vecinos ambiciosos, dispuestos á invadir sus posesiones como cosa fácil de ser tomada. El mas temible y poderoso era Luis XI cuyo primer cuidado cuando supo la muerte del padre de María fue posesionarse de muchas plazas inmediatas á las fronteras de los Paises Bajos, y al mismo tiempo se apoderó del ducado de Borgoña alegando que este pais separado de la corona de Francia á título de infantazgo debia volver á ella porque el titular habia muerto sin hijos varones que recogiesen esta parte de su herencia. Simultáneamente entabló relaciones con los súbditos de María á quienes esperaba sujetar á su dominio por medio del ardid ó de la fuerza.

La trama de Luis XI ofrecia una probabilidad de buen éxito porque las violencias del duque Cárlos enfriaron la adhesion del pueblo hácia su casa, y era de temer que el odio al padre recayese contra la hija que no tenia otra defensa que sus derechos. Hallábase ya esta señora á merced de los ganteses que se apoderaron de su persona y ejercian en su nombre la autoridad, sirviéndose de ella para inmolar á cuantas personas intervinieron en el poder durante la vida de Cárlos y ensangrentándose sobre todo contra los borgoñones que en esa época tuvieron grande influjo en el gobierno.

En tal estado de cosas se presentó á María un embajador de Luis XI que era Olivier su barbero. Preferia este príncipe para ministros y confidentes suyos á los hombres de mas baja estraccion en quienes hallaba instrumentos dóciles, y que podia romper cuando le convenia ó sospechaba de su adhesion. A fuer de hombre de esta clase y que no reparaba en escrúpulos merecia la confianza del monarca, su enviado que nacido en baja cuna conservaba sus modales primitivos por cuya causa no gozó nunca consideracion alguna ni se le tuvo el menor respeto por mas que representara á su soberano. Por otra parte no tenia sino aquella astucia aplicable á intrigas secundarias y proporcionadas á su talento muy mediano. Cuando estuvo delante de la duquesa manifestó que sus instrucciones le ordenaban hablarle sin testigos; mas esta pretension insólita enojó á los que estaban presentes de manera que le amenazaron con hacerle arrepentir de su insolencia á pesar del carácter de que estaba revestido. Asustado Olivier juzgó prudente escaparse y se refugió en Torunay, en cuya ciudad tuvo maña de introducir una guarnicion francesa. En esa época muchos personages á quienes los estados enviaban fueron á verse con el monarca frances que estaba sitiando á Arras y le propusieron que cesasen las hostilidades puesto que María habiá prometido seguir esclusivamente los consejos de sus fieles ganteses. Luis aprovechó la coyuntura que se le ofre-

cia de sembrar la division entre sus adversarios y respondió á los diputados que eran víctimas de su buena fe, y como estos insistiesen puso en sus manos una carta de María, de la duquesa viuda y del señor de Ravestein. La hija de Cárlos declaraba en ese escrito que en adelante en todos sus negocios intervendrian cuatro personas, á saber, la duquesa viuda, Ravestein, Imbertcourt y Hugonet, el último de los cuales era canciller de Brabante.

Los diputados volvieron á Gante llenos de cólera, y al estar delante de la duquesa contaron su conversacion con el rey de Francia; y si bien la duquesa que no sospechaba la perfidia del monarca negó formalmente que hubiese escrito la carta en cuestion no pudo menos de quedar confundida cuando se la pusieron á la vista. Presos la misma tarde Imbertcourt y Hugonet fueron presentados ante una comision y hubieron de contestar á los dos cargos que se les hacian á saber que vendieron la justicia y que en tiempo de Cárlos se hicieron cómplices de los ataques dirigidos á los privilegios de los ganteses. Este último cargo era el único de que les importaba á los acusados sincerarse, y contestaron á él manifestando que no habian podido oponerse á la voluntad del soberano haciendo notar que los ataques sobre que recaia la queja eran resultado de convenios solemnemente estipulados. Faltos de razones los jueces hicieron sufrir tormento á los acusados y despues los condenaron á la pena capital dándoles tres horas de tiempo para que se preparasen á ella. Cuando María supo esta cruel sentencia salió de su palacio, corrió á la plaza en que estaba levantado el cadalso é imploró el perdon de las víctimas, pero sus ruegos fueron desoidos, despreciadas sus lágrimas y separadas del tronco en presencia de ella las cabezas de sus dos ministros. El suplicio de estos desventurados fue la señal de una completa revolucion en el gobierno, pues los ganteses dueños absolutos del poder alejaron á la duquesa viuda y al señor de Ravestein de la duquesa jóven que vino á ser

esclava de los nuevos consejeros conocidos todos por el odio que tenian á su casa.

Mientras tanto Luis XI continuaba sus ataques contra las posesiones de María, y aunque sus tropas fueron rechazadas por los habitantes que en 1447 se ligaron contra el enemigo comun, bien comprendió la duquesa que no se hallaba en estado de resistir por mucho tiempo á un enemigo tan formidable como el rey de Francia, y que era necesario encomendar su defensa á un esposo. Los ganteses eligieron al archiduque Maximiliano hijo del emperador Federico III, el cual fue preferido á sus rivales porque todo su poder se reducia á títulos y á vanos honores. Era en efecto tan pobre que para acudir á sus gastos particulares y satisfacer á las personas que le acompañaban hubo de pedir dinero prestado á muchas ciudades de Flandes, las cuales acudieron á sus necesidades y le proporcionaron un ejército, á cuyo frente alcanzó sobre los franceses la victoria de Guinegate. A pesar de que los habitantes de los Paises Bajos se mostraron tan generosos con Maximiliano, diariamente le fatigaban con nuevas exigencias, mas de una vez respondieron á sus órdenes con revoluciones en Holanda, en Flandes y en el Hainaut, y hasta hubo de emplear la fuerza para que le reconociesen los pueblos de la Gueldre. A los pocos años de matrimonio, esto es en 28 de marzo de 1482, perdió á su esposa muy jóven todavía, la cual habiéndose caido de caballo, por un esceso de pudor no quiso dejarse reconocer por los facultativos, quienes fueron llamados harto tarde para que pudiesen cortar los progresos del mal. La muerte de María ofreció hincapié á nuevos disturbios, pues se trataba de resolver si Maximiliano seria reconocido tutor de sus hijos, y con este carácter rey de los Paises Bajos. Obtuvo el consentimiento de los estados de Brabante y atrajo á su causa á la mayor parte de las provincias, mas nó á la Flandes y menos á la ciudad de Gante cuyos gefes que tenian la persona del jóven archiduque quisieron sacar partido de

aquel precioso gage á fin de gobernar en su nombre, y hasta habian creado un consejo encargándole el gobierno con perjuicio de Maximiliano, que por fin en 1485 pudo obligar á los ganteses á que renunciasen á sus pretensiones, le entregaran el hijo y le pagasen los gastos de la guerra.

Aunque en el año siguiente fue elegido rey de romanos, esta dignidad no le ofrecia rentas ni soldados, pero le aseguraba la sucesion del trono imperial. La ausencia del príncipe dejó el campo libre á los enemigos de su autoridad, los cuales supieron aprovecharse de ello para agriar en Flandes el turbulento carácter de la muchedumbre. Los habitantes de Brujas dieron la señal de la insurreccion apoderándose de las puertas de la ciudad, y si bien Maximiliano voló allí con la esperanza de sufocar el mal en su orígen, fue sitiado en su palacio por el pueblo que vociferaba pidiendo que se le hiciese ver si habian sido legalmente administradas las contribuciones percibidas desde muchos años á aquella parte. El rey de romanos no podia contestar sino con argumentos que nunca producen efecto si no los apoya la fuerza: asi es que se vió reducido á justificarse en mitad de la plaza, y despues de sufrir esta humillacion fue sacado de palacio y conducido á una casa particular en donde le tuvieron preso con centinelas en todas las puertas. Los magistrados elegidos por el pueblo lo declararon decaido del poder y privado de la tutela de sus hijos. Los diputados de las provincias que antes de la sedicion acudieron á Brujas, huyendo de mezclarse en esto se retiraron; pero los ganteses se unieron con los brujeses cuyos escesos habian provocado. Entre tanto fueron metidos en calabozos los ministros, los mas adictos servidores del rey de romanos, y todas las personas notables de Brujas que habian desempeñado algun destino. Los llevaron ante un tribunal que comenzó á encausarlos como reos de alta traicion; mas la multitud impaciente no quiso esperar las investigaciones de la justicia, y los carpinteros fueron á sacar de la cárcel á tres acusados

compatricios suyos, y sobre el catafalco que ya estaba levantado estendieron á dos de ellos en un potro haciéndoles sufrir un tormento tan cruel que les despedazó todos los huesos. El populacho era testigo de la ejecucion y la aplaudia con gritos, mas compadecidos algunos de los presentes no permitieron la muerte de las víctimas y fueron restituidas á la cárcel. Habiendo ido á la plaza del mercado al dia siguiente con la promesa de que se les pagarian sus sueldos algunos criados y tropas walonas y alemanas adictas á la casa de Maximiliano se encontraron con los carpinteros, y pudieron librarse de la muerte apelando á la fuga y gracias á la humanidad de algunos vecinos que los ocultaron en sus casas.

Conociendo los carceleros del príncipe que un preso de su clase era de difícil custodia y deseando prevenir su evasion, determinaron trasladarlo al palacio de Felipe de Cleves que habian arreglado con fuertes cerraduras y barras de hierro; y si bien el monarca se resistió á dejar la casa en que se encontraba, no habiendo podido vencer con sus reflexiones la tenacidad de los habitantes de Brujas, consintió en ocupar su nueva cárcel y se trasladó á ella á caballo. Al hallarse en la plaza del mercado en donde estaban formados en batalla los hombres de los gremios echó pie á tierra y descubriéndose la cabeza pidió humildemente que no se le hiciese ultrage alguno, que no lo entregasen á los ganteses y que se le devolvieran algunos de sus criados.

Despues de alcanzar lo que solicitaba Maximiliano se trasladó á la morada que le estaba dispuesta, sufriendo allí los martirios de la soledad y los recelos que eran consiguientes á su estado, porque todo debia temerlo de una muchedumbre tan ignorante como apasionada y cuyo furor una vez inflamado podia de un momento á otro atentar á su vida. Cierto que esta fue respetada, pero tuvo el dolor de ver inmolar á sus mas adictos servidores, á diez de los cuales cortó el verdugo la cabeza. Mientras seguia en su

cautiverio el rey de romanos, su hijo Felipe se ocupaba eficazmente en volverle la libertad, á cuyo fin convocó en la ciudad de Bruselas á todos los diputados de los Paises Bajos para deliberar acerca del estado de las cosas y venir á un acomodamiento. Los brujeses que durante seis semanas habian campado en la plaza se fueron á sus casas para celebrar la Pascua, y entonces recibieron un breve de Inocencio VIII que les mandaba poner en libertad á Maximiliano. Por otro breve de 1488 el papa ordenaba á los flamencos que tomasen las armas contra los brujeses en caso de negarse á obedecer al pontífice; y al mismo tiempo los estados despues de una discusion de muchos dias redactaron un convenio en virtud del cual el monarca debia salir de su cautiverio dando en rehenes á los tres personages Felipe de Cleves, el conde de Hainaut, y el señor de Valekentein que serian entregados á los ciudadanos de Brujas y de Gante, y los flamencos por su parte se obligaban á dar al monarca cincuenta mil escudos de oro. Este convenio fue cumplido por una y otra parte leal y exactamente, y el monarca salió de Brujas despues de haber jurado sobre la cruz y la reliquia de san Donato que guardaria fielmente sus promesas. Mas como entonces su padre Federico III acababa de llegar á los Paises Bajos á la cabeza de cuarenta mil hombres, Maximiliano deseoso de vengarse discurrió un subterfugio á fin de eludir el contraido empeño, y dijo que tomando las armas por órden del gefe del imperio cumplia un deber sagrado sin quebrantar con ello la palabra dada á los flamencos. Apenas el emperador hubo llegado cuando intimó á los ganteses que le abrieran las puertas y le entregasen los señores que tenian presos; mas para manifestar el poco caso que los vecinos de Gante hacian de las órdenes de Federico, uno de sus magistrados se trasladó á la cárcel con un sacerdote y un verdugo á fin de hacer decapitar sin forma alguna de proceso á los personages que el monarca aleman reclamaba. Avisado con tiempo Felipe de Cleves salvóse á sí

mismo y á sus compañeros; mas nó por esto dejó de empeñarse entre el gefe del imperio y los flamencos una guerra cuyo término fue un arreglo que duró poco, porque los brujeses se revolucionaron con motivo de un edicto acerca de las monedas de oro y plata. Vencidos por el conde de Nassau los gefes de la sedicion murieron en un cadalso en 1491; y á los tres años por fallecimiento de Federico III Maximiliano subió al trono imperial, y su bijo Felipe apellidado el *Hermoso* entró á gobernar los Paises Bajos. El regimiento de este hombre fue provechoso á sus súbditos, pues ningun disturbio interior ni guerra alguna estrangera interrumpieron su prosperidad mercantil que diariamente fue adquiriendo nuevos medros. Este príncipe se casó con la bija de los reyes católicos y se fue á España á tomar posesion de la berencia que la muerte de Isabel de Castilla dejaba á su esposa; mas á poco tiempo falleció en Búrgos en el año 1506 y en la flor de su juventud.

Los estados de Brabante buérfanos de su soberano y amenazados por la ambicion del rey de Francia rogaron á Maximiliano que se trasladase allí; mas no siéndole dable al emperador acceder á esta demanda, hizo que le reemplazara su hija Margarita de Austria viuda de Filiberto II duque de Saboya. Felipe el *Hermoso* babia dejado un príncipe de edad de seis años que se criaba en Bélgica bajo la direccion de Guillermo de Croy señor de Chievres, y se educó mas adelante al cuidado de Adriano Florent, quien debió despues á la gratitud de su alumno el trono pontificio. Falleció Maximiliano en 1519 dejando al jóven Cárlos el ducado de Austria que tenia de sus abuelos y la espectativa del trono de los Césares; de suerte que cuando Cárlos por la enfermedad de su madre á quien la muerte de Felipe trastornó el juicio, fue rey de España, poseia tambien los Paises Bajos; y por la estension é importancia de sus dominios ocupaba el primer rango entre los soberanos de su tiempo. Entonces concibió el proyecto de sujetar á sus leyes la

Europa entera, y quizás le hubiera dado cima á no ser la enérgica oposicion de la Francia que salvó la independencia de los demas estados. No corresponde á este lugar referir por menor los incidentes de la tenaz lucha entre Cárlos V y Francisco I, pues esto toca de justicia á las historias de Alemania, España é Italia, y por ello nos concretarémos á los acontecimientos que guardan relacion con la de los Paises Bajos.

Desde que Cárlos hubo incorporado á su corona la del imperio pasó toda la vida en medio de las negociaciones y de los peligros del campo de batalla, por cuya razon lejos de tener una residencia fija corria sin cesar de uno á otro estremo de Europa, en donde sus negocios reclamaban su presencia. Sus incesantes guerras le obligaron á pedir continuos ausilios á sus vasallos, lo cual dió orígen á la insurreccion de Gante, cuyos vecinos no queriendo pagar la parte que les correspondia en el don gratuito de un millon doscientos mil florines que los estados votaron, y maltratados ademas por la reina de Hungría hermana de Cárlos y regente de los Paises Bajos hicieron enérgicas protestas y concluyeron por tomar las armas en 1538. Como quienes necesitaban apoyo acudieron al rey de Francia proponiéndole sujetarse á una con todos los flamencos á su dominio; mas como este príncipe acababa de ajustar con el emperador una tregua reclamada por el cansancio de ambos partidos, no quiso romper de nuevo las hostilidades y mucho menos cuando confiaba en la palabra de Cárlos que le iba halagando con la esperanza de dar á uno de sus hijos la investidura del ducado de Milan. Juzgó pues Francisco que no debia aceptar la oferta de los ganteses, pero cometió el error de denunciarla á Cárlos dándole de ella pruebas por escrito. Entonces el emperador determinó ir en persona á castigar á los rebeldes, y para ello solicitó permiso de atravesar la Francia, en donde fue recibido en 1540 con las mas grandes distinciones. Llegado á San Quintin eludió el cum-

plimiento de la promesa hecha á Francisco relativamente al Milanesado, y luego fue contra los ganteses á la cabeza de un ejército aleman que le llevó su hermano Fernando nombrado rey de romanos por él mismo. Entró en la ciudad rebelde cuyos habitantes no osaron presentarle la mas leve oposicion, y pronunció contra ellos una sentencia declarando que eran reos de lesa magestad y que habian perdido todos sus privilegios. Los ciudadanos fueron desarmados y pidieron perdon por medio de sus magistrados que solicitaron esta gracia con una soga en el cuello y los pies desnudos: la ciudad hubo de pagar ademas una multa de ciento cincuenta mil florines, y murieron en un cadalso veinte y seis de los principales gefes de la rebelion. A fin de sujetar el sedicioso carácter de los ganteses Cárlos hizo levantar una ciudadela cuyos cañones asestados á la poblacion habian de obligarla á la obediencia. «Esta ciudadela se cons-» truyó en un ángulo de la ciudad actual y las vicisitudes que» ha sufrido el terreno sobre la cual reposaba merecen ser» conocidas. Lo primero que allí hubo y de que se tenga no-» ticia fue un templo romano dedicado á Marte. Este edificio» se vino abajo en el siglo VII de la era cristiana para levan-» tar un monasterio de la órden que San Bavó instituyó en» esa época. Derruido ó acaso naturalmente caido este edifi-» cio, se levantó en el siglo XIII otro con el mismo objeto y» del cual subsisten todavía algunos restos. Lo demas del mo-» nasterio fue demolido junto con mil quinientas casas en el» año 1540 cuando Cárlos V mandó levantar la ciudadela» con el fin de tener sujetos á los ganteses. Subsistió esta» última obra hasta el tiempo de la revolucion francesa que» echó abajo su mayor parte; mas quedan todavía algunos» restos que bastan á indicar la estension, la importancia y» el objeto que tuvo. En todas épocas han mirado los gante-» ses esta obra con horror muy grande y ahora van á echar» abajo, ó quizás lo estén ya en la hora en que escribimos,» los restos que de ella quedaban.»

Aun seguia la obra de la ciudadela de Gante cuando de nuevo se rompieron las hostilidades con los franceses, quienes asolaron los Paises Bajos, pues Enrique II que habia sucedido en el trono á su padre Francisco I venció las tropas imperiales en el combate de Renti, y derramó todas las calamidades de la guerra en el Hainaut, en el Brabante y en el Cambresis durante los dos años de 1554 y 1555. Los reveses que uno tras otro habia sufrido el emperador moderaron sus ambiciosas ideas. «La fortuna, decia, se pare»ce á las mugeres, y por esto abandona á los viejos para »irse con los jóvenes.» Aunque no era todavía viejo resolvió dejar el mando de cuyo peso se sentia fatigado, y como un preludio de este proyecto dió á su hijo Felipe los dos reinos de Nápoles y Sicilia; mas en 25 de octubre de 1555 convocados en la ciudad de Bruselas los estados generales de los Paises Bajos hizo la abdicacion á favor de Felipe en una sala de la casa de la ciudad, en presencia del consejo de Flandes, de los principales magnates españoles y flamencos, y teniendo á la derecha á su hijo y á la izquierda á su hermana Margarita, viuda reina de Hungría y regenta de los Paises Bajos.

Descendido voluntariamente del trono fue á España á buscar el reposo en la soledad de un claustro; mas las fatigas que su cuerpo habia sufrido en tan borrascosa carrera gastaron las fuerzas de su espíritu que pareció debilitarse. Finalmente murió de tristeza ó aburrimiento, triste destino que aguarda á los príncipes cuando han perdido el poder, porque entonces todo les demuestra que ya no son nada y que no eran nada por sí mismos.

(1) Vide nuestra Historia de España tomo 3.°

(*N. del T.*)

DESDE EL ADVENIMIENTO DE FELIPE II,

HASTA LA MUERTE DEL PRINCIPE DE ORANGE.

Por dos victorias comenzó el reinado de Felipe cuyos generales batieron á los franceses en las jornadas de San Quintin y de Gravelines, en la cual fue el héroe el conde de Egmond á quien en 1558 se le recompensaron sus servicios con un cadalso (1). Las ventajas alcanzadas por el nuevo príncipe solo produjeron la paz concluida en Chateau-Cambresis, la cual fue sellada con un matrimonio, pues Felipe tomó por muger á la princesa Isabel hija de Enrique II de Francia, y ocupóse en seguida de organizar definitivamente las provincias de los Paises Bajos para ir á fijar su residencia en España en donde le llamaban los recuerdos de su infancia y la índole de sus habitantes, con cuyo carácter grave y disimulado estaba el suyo de acuerdo. Distribuyó el gobierno de las diferentes provincias á los señores mas notables del pais, y encargó el poder supremo á su hermana Margarita de Austria duquesa de Parma é hija natural de Cárlos V. Dividió tambien en muchos cuerpos las partidas de ordenanzas, caballería escogida compuesta de gentiles hombres cuyo valor era célebre en toda Europa y que ahora fue destinada por Felipe á defender las fronteras. Antes de dejar los Paises Bajos quiso erigir nuevos obispados con el objeto de consolidar y estender la supremacía de los católicos y sofocar las semillas de la heregía predicada por Lutero y que habia hecho y hacia diariamente prosélitos. En virtud de una bula del papa estableció pues catorce obis-

(1) El lector que desee conocer mas por menor asi estas batallas como el reinado de Felipe puede ver nuestra historia de España en la cual los espusimos con la estension que los límites de aquella obra permitian. Este mismo aviso es aplicable á todo el período en que los Paises Bajos estuvieron bajo el dominio de nuestros reyes.

(*N. del T.*)



pados nuevos y dió la sede de Malines que era la metropolitana á Parenot de Granvelle obispo de Arras. Las ciudades en que se crearon los nuevos obispados fueron las siguientes: Arras, Saint-Omer, Namur, Amberes, Gante, Brujas, Ipres, Bois-le-Duc, Ruremunde, Harlem, Deventer, Lewes, Groninga, y Middelbourg. El prelado Granvelle tenia la confianza de su amo que descubrió en él todas las circunstancias necesarias para un hombre de estado, pues en efecto unia á una penetracion vivísima, una actividad infatigable, y conocia á fondo el arte de manejar á los hombres; mas á estas virtudes de un hombre político no correspondia su moral. En manos de este prelado dejó Felipe el poder, puesto que fue el tutor y ministro principal de Margarita, con cuyo carácter presidia los consejos de gobierno, que eran el consejo de estado, el privado y el de hacienda. El primero de que formaban parte los señores de mas alto rango estaba encargado de los negocios mas importantes, asi militares como eclesiásticos; el segundo decidia todo lo relativo á la policía del estado y á la administracion de justicia, y en órden al tercero su título dice claramente cuáles eran sus atribuciones.

Despues de Granvelle las personas mas influyentes por su nacimiento y por sus talentos eran Guillermo de Nassau príncipe de Orange, Cárlos Lamoral conde de Egmond y Felipe de Montmorency conde de Horn. Entrarémos en algunos pormenores acerca de estas personas á quienes importa que el lector conozca. El primero era de una familia ilustre ya de muchos siglos, en términos que uno de sus antepasados ocupó el trono de los césares. Verdad es que Guillermo no figuraba entre los reyes como su predecesor; mas la posesion del condado de Nassau situado en Francia le colocaba entre los príncipes independientes, bien que como señor de ricos dominios en los Paises Bajos era súbdito del rey de España. Educado por su padre en el luteranismo entró en el gremio de la Iglesia romana por el empeño de Cárlos V,

quien habiendo adivinado sus bellas prendas quiso contribuir á que se desenvolvieran, por cuya causa le hizo su alumno y hasta le inició en los secretos del gobierno. Permitíale asistir á las audiencias que daba á los embajadores, algunas veces no se desdeñó de consultar con el jóven Guillermo los asuntos de mayor importancia, confióle honrosísimos encargos y puso á sus órdenes un ejército, cuando su edad no pasaba de veinte y tres años. Nassau justificó la predileccion de Cárlos con la penetracion de su talento, la firmeza de su carácter y una discrecion impenetrable, pues nunca su lengua ni su rostro vendieron los secretos de su amo. Las virtudes políticas de Guillermo lo hicieron sospechoso á Felipe, quien temia su ambicion robustecida con tan poderosos medios. Retraíale tambien de Nassau la idea de que abrazó el catolicismo para dar gusto á Cárlos V, mas sin manifestarse nunca verdaderamente convencido. Habiendo sido dejado como reben en poder de Enrique II cuando la paz de Chateau-Cambresis, y sabiendo por una indiscrecion de este príncipe que las cortes de Francia y de España habian adoptado de comun acuerdo un plan para acelerar la ruina de los protestantes de ambos paises, Guillermo reveló este secreto á muchos de sus confidentes de Bruselas, sus cartas fueron entregadas á Felipe é irritaron hasta el último punto á este monarca, cuya cólera no tanto se dispertó por el quebrantamiento de semejante secreto como por la conviccion de que al dar el culpable este aviso á los hereges queria granjearse su reconocimiento y disponerse para sacrificar un dia su fe á sus intereses (1). La conducta privada de Guillermo dispertaba tambien la desconfianza de su soberano, pues en efecto se granjeó en los Paises Bajos en donde habitualmente residia mucha consideracion personal por su fausto regio. Por esto las miradas y las esperanzas de la muchedumbre se dirigian siempre á

(1) Vide Strada lib. 3.° y De Thou lib. 1.°

su persona y todos sus compatricios le consideraban con admiracion y respeto.

Guillermo Lamiral conde de Egmond y príncipe de Gavre era de la familia de los condes de Gueldre que en lo antiguo lucharon con la casa de Austria. Egmond descendido otra vez á la clase de súbdito se habia encumbrado al primer rango de los generales de su siglo en los campos de San Quintin y de Gravelines, y la gloria adquirida con sus hazañas le captó el amor de sus conciudadanos á quienes halagaban las gracias de su persona y la afabilidad de sus modales que le hacian dueño de todos los corazones. Su carácter era dulce y caballeresco; pero víctima de las apariencias daba entera fe á las palabras y á las obras agenas, y entregado todo al presente poco curaba de penetrar el porvenir. Aunque adorado de sus compatricios y agradecido á su singular afecto, era incapaz de sacrificar su fortuna porque mas era hombre que ciudadano, y los afectos privados podian en él mas que los deberes públicos. Como padre de once hijos varones esperaba de la generosidad de Felipe los medios de establecerse cómodamente, y esta consideracion enfriaba su patriotismo ó al menos lo hacia demasiado tímido.

El conde de Horn solo podia rivalizar con sus amigos en el nacimiento, y por esto nunca representó mas que un papel secundario. Aunque habia desempeñado importantísimos cargos y distinguídose en los campos de batalla estaba empañado por Egmond, astro brillante del cual no parecia mas que un satélite.

Esos tres hombres estaban unidos por unos mismos sentimientos y se preparaban para hacer una oposicion formidable al despotismo de Granvelle, á quien sostenian Viglius presidente del consejo privado y el conde de Barlaymond. El primero tenia vastos conocimientos, y un espíritu de moderacion y una perspicacia muy propias para dirigir los negocios; y el otro aunque de menos talento tenia una

firmeza estraordinaria y una adhesion al poder tanto mas intensa cuanto que era hija de su carácter naturalmente despótico.

Apenas Felipe hubo dejado los Paises Bajos en 1560 cuando estalló la division entre Granvelle y el príncipe de Orange apoyado por los condes de Egmond y de Horn para quienes era intolerable el despotismo del prelado que desempeñaba la autoridad suprema sin hacerles partícipes de ella. Resueltos á poner en práctica todos los medios imaginables para malquistar con su gobierno á los grandes y al pueblo, comenzaron por exigir la marcha de tres mil soldados españoles que Felipe dejó en los Paises Bajos. Granvelle queria conservarlos como una salvaguardia contra los proyectos de sus adversarios, pero hubo de dar su consentimiento al ver la exasperacion del pueblo y las reiteradas instancias de la mayoría del consejo sostenidas por el asentimiento de la duquesa. Partieron al fin las tropas españolas en 1561; mas esta satisfaccion á tanta costa alcanzada no calmó los ánimos, agitados por otra parte con la fiebre de las controversias religiosas.

Sabido es de todos que en los primeros años del siglo XVI tuvo orígen una revolucion que despojó á la Iglesia romana de su omnipotencia con arrebatarle el principio de su infalibilidad. Lutero fue el dogmatizador de esta reforma, y sus palabras y mas todavía sus escritos en pocos años sublevaron contra el papa la mayor parte de la Alemania; y el célebro Calvino discípulo de Lutero modificó los dogmas de su maestro, y sus opiniones propagadas al principio en Suiza se derramaron por Francia. Ginebra en donde mandaba por el solo influjo de su carácter era en aquella época frecuentada por la nobleza jóven de los Paises Bajos que iba á tomar de sus ilustres profesores los conocimientos científicos y literarios que no le era dable adquirir en su patria, porque la universidad de Louvain estaba en su nacimiento y la de Dovai aun no existia. Contribuyeron tambien á pro-

pagar la heregía de Lutero y de Calvino la concurrencia de muchos estrangeros en las ciudades de Holanda y del Brabante que eran el depósito de muchos artículos de comercio, y la multitud de fugitivos de muchas naciones que iban allí á buscar un asilo contra la persecucion de que eran víctimas en su patria. El mismo Cárlos V contribuyó á infestar las Provincias Unidas introduciendo en ellas soldados estrangeros cuyos servicios compraba y que como originarios de Alemania y de Suiza habian chupado los principios de los novadores. El reciente descubrimiento de la imprenta era un ausiliar poderoso para que esos principios cundiesen por todas las clases; asi fue como el mal se estendió con una rapidez espantosa. A fin de contener sus estragos Cárlos echó mano de los medios mas enérgicos, sobre todo en los Paises Bajos en donde habia hecho su autoridad despótica. Una legislacion draconiana tenia sujetas las conciencias por medio del terror. Cualquiera que predicase las doctrinas reprobadas por la Iglesia ú oyese predicarlas era decapitado, y toda muger convencida de los mismos delitos era enterrada viva. Las hogueras devoraban á los relapsos; la cárcel y la confiscacion eran el castigo de los que osaban leer la escritura ó entraban en discusiones religiosas; de manera que tratándose del crímen de heregía eran echadas en olvido todas las reglas del derecho comun.

Cuando Cárlos V hubo vencido á los protestantes en Muhlberg, confiando en su poder decretó el establecimiento de la inquisicion en los Paises Bajos; mas á semejante nueva desapareció gran parte de la poblacion de Amberes y su prosperidad decayó de repente, en cuya vista Cárlos temiendo que se agotara uno de los mas abundantes raudales de su riqueza cambió las leyes y hasta el nombre de aquel tribunal terrible dándole el de Tribunal espiritual. Mandóse á los jueces que fuesen indulgentes sobre todo con los estrangeros; mas en las otras provincias el santo oficio desplegó su acostumbrado rigorismo, y segun dicen condujo al cadalso

á mas de diez mil personas. Felipe siguió las huellas de su padre; mas á despecho de los suplicios la heregía progresaba espantosamente. Los calvinistas estaban derramados por la Flandes y por las provincias del sur; los hugonotes de Francia, los ginebrinos, algunos cantones de Suiza y gran parte del imperio abrazaron la misma creencia y les prometian un grande apoyo. La confesion de Lutero habia ganado menos prosélitos bien que reinaba en los Paises Bajos limítrofes á la Alemania, y en este pais contaba entre sus adictos y aliados á los príncipes de mas valía en la confederacion germánica. Venian por fin los anabaptistas derramados por la Frisia y paises comarcanos, mas estos no eran temibles ni por el número ni por las riquezas, tanto menos cuanto divididos por sus controversias dogmáticas no trataban de ponerse de acuerdo ni para ocupar un rango en el estado ni para defenderse contra la persecucion. A todos los sectarios de quienes hemos hecho mérito se habia reunido un crecido número de ingleses que arrojados de su patria por la intolerancia de la hija de Enrique VIII (1) se habian refugiado en los Paises Bajos llevando á ellos su industria junto con el fervor de un celo religioso que á la abjuracion habia preferido el destierro.

Mientras tanto los ministros calvinistas y luteranos venidos de Francia y de Alemania trabajaban con incansable ahinco á fin de aumentar el número de sus secuaces, y aunque al principio se mantuviesen medio ocultos fueron tomando brios hasta atreverse á predicar públicamente. Uno de esos apóstoles fue ahorcado en Tournay y los otros dos metidos en un calabozo de Valenciennes porque el gobernador se negó á darles la muerte, y allí estaban hacia siete meses cuando los magistrados de la ciudad por órden espresa de la regente resolvieron ejecutar la sentencia que los

(1) La reina María hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon la cual á impulsos de un exagerado celo habia hecho morir á los disidentes de todas sectas que no estaban por la comunion romana.

condenaba á morir en una hoguera; pero la muchedumbre salvó á los dos ministros nó sin que esta audacia costara la vida de los motores del alboroto. Simultáneamente los católicos estaban discordes con el gobierno en órden á la ereccion de los obispados que acababa de crear el papa, y cuyos titulares aun no se habian instalado. Las abadías entonces vacantes debian proporcionar las rentas de las nuevas sedes; pero como esta medida perjudicaba á los monges arrebatándoles la esperanza de ser abades y de llevar mitra y báculo, tuvieron maña de interesar en su causa á los nobles persuadiéndoles de que los prelados sustituidos á los abades disminuirian su parte de influjo en los estados, puesto que á fuer de príncipes de la Iglesia, alcanzarian una preponderancia muy capaz de rebajar el influjo y la confederacion de los gentiles hombres. Los monges hallaron tambien apoyo en los hereges que temian encontrar en los obispos nuevos perseguidores, cuya vigilancia difícilmente podria burlarse ni ser desarmada su severidad.

Lejos estaba de ser estraño á estos manejos el príncipe de Orange que los dirigia sordamente sin tomar en ellos una parte activa y continuaba haciendo en el consejo una oposicion sistemática á todos los planes de Granvelle. La discordia entre estos dos personages llegó á tal punto que fue indispensable acudir á Felipe, y una asamblea de los caballeros del Toison de Oro, todos los cuales eran señores ricos y de muy alto rango, eligió al baron de Montigny para que hiciese presentes al soberano las quejas del uno y del otro. Dióle la regente sus instrucciones, pero Margarita participó secretamente al monarca que habia una conjuracion contra Granvelle cuyo poder escitaba en sumo grado el odio de la nobleza, indignada porque no se le concedia la menor intervencion en el gobierno. Felipe en respuesta le dijo que sembrase la discordia entre los grandes y les impidiese tener conciliábulos; mas la regente no pudo poner en desacuerdo á hombres unidos por intereses de tanta

valía que sufocaban todas las rivalidades, ni le fue dable impedir que conferenciasen como siempre. Llegó entre tanto de Madrid el baron de Montigny asegurando de la manera mas positiva de parte del monarca que no tenian fundamento alguno las voces que circulaban acerca de sus proyectos; que jamas habia pensado establecer la inquisicion en los Paises Bajos; que nunca Granvelle le habia dicho quiénes eran sus adversarios; y finalmente que en breve pensaba trasladarse á Bruselas á fin de remediar los abusos y poner término á todas las diferencias. A pesar de esto el monarca estaba lejos de dejar su capital, y como en aquella época recibió una carta firmada por el príncipe de Orange y por los condes de Egmond y de Horn en la cual le rogaban que separase á Granvelle, contestó á ella al cabo de tres meses manifestando cuánto deseaba que uno de los tres firmantes fuese á esplicarle en persona las quejas que contra el ministro habia. Privadamente escribió á Egmond diciéndole que nadie mejor que él podia desempeñar este encargo; pero el conde eludió por esta vez dar gusto al monarca. Mientras que Granvelle contó con el apoyo de la regente se mantuvo en el puesto; mas al fin Margarita juzgando que el universal odio contra el ministro recaia sobre ella, acusó al cardenal de haberlo merecido y alcanzó su caida á puro de instancias cerca del rey, quien muy á pesar suyo accedió á lo que se le pedia. Por órden del príncipe dejó los Paises Bajos en 1564, y fue reemplazado por Viglius, de suerte que Felipe no hizo cambio alguno en sus proyectos y solo sí en el instrumento que debia ejecutarlos.

La marcha de un ministro detestado calmó la efervescencia de los ánimos, que sin duda permanecieran tranquilos á no haber Felipe emprendido desde luego la conversion de los hereges por medio de la cuchilla y de la hoguera. Llenáronse las cárceles, alzáronse cadalsos, y la sangre derramada por los verdugos hizo mártires y creó prosélitos. Resuelto el monarca español á asegurar la ejecucion de su

plan político y religioso, quiso hacer admitir en los Paises Bajos los decretos del Concilio de Trento que fueron rechazados por todo el pais y hasta por los gefes de la iglesia católica: de manera que los obispos espusieron que esos decretos atentaban á los derechos del trono y á la independencia del episcopado; y al mismo tiempo las universidades elevaron enérgicas representaciones. Como á pesar de todo Felipe insistia en que se obedeciesen sus mandatos, la regente tomó la resolucion de enviar cerca de su hermano al conde de Egmond, quien hizo presente al monarca que la dulzura era el único medio de calmar el hervor de los ánimos, y que como el ejemplo persuade mucho mas que las palabras, el clero católico debia granjearse el respeto del pueblo por medio de la pureza de sus costumbres y de la superioridad de sus luces, que eran las mejores armas de que pudiese echar mano para combatir la heregía. Felipe aparentó ceder á estas reflexiones; mas sin embargo quiso consultar á algunos de los mas célebres teólogos de su reino, á cuyo dictámen sujetó la cuestion de si podia tolerar dos religiones en los Paises Bajos. Los doctores respondieron por la afirmativa; pero consultados otra vez, el temor de disgustar al monarca les hizo mudar el lenguage, y entonces Felipe contando ya con el asentimiento de los clérigos dió muchas pruebas de afecto al conde despidiéndolo luego hácia su patria.

Era el conde portador de muchas instrucciones para Margarita, y entre ellas estaba la órden de hacer ejecutar perentoriamente los decretos del concilio, á cuyo fin le mandaba que reuniese un consejo estraordinario llamando á él á los obispos, teólogos y consejeros de estado que fuesen mas adictos al catolicismo, con el objeto de que escogitasen los medios oportunos para mantener la comunion romana. El primero en concepto del monarca debia consistir en preservar á la juventud por medio de una educacion severa del contagio de la heregía: el segundo en inventar contra los

hereges castigos nuevos, nó porque S. M. entienda, decia la instruccion, que en adelante no se los haga morir en los patíbulos, puesto que semejante idea dista mucho de sus intenciones ni cree que esta indulgencia fuese agradable á Dios ni útil á la religion; mas lo que el rey desea es que se les quite la especie de gloria que hay en sus suplicios, y por la cual arrostran la muerte con un fanatismo impío. Por lo dicho se ve que las obras de Felipe desmentian sus palabras, pues en las conversaciones que túvo con Egmond afectó que le gustaban sus argumentos, en términos que hizo mucho elogio del modo de pensar del conde. Por medio de nuevos pliegos estrechó tanto á Margarita en 1566, que esta no osando diferir mas envió á los gobernadores un edicto proscribiendo el culto reformado é imponiendo á sus sectarios la pena capital que debian sufrir ó quemados en una hoguera ó enterrados vivos. Los gobernadores contestaron en diferente sentido, diciendo unos que harian ejecutar la ley siempre que pudiesen lograrlo y negándose los otros de una manera formal.

Publicado apenas el edicto manifestóse contra él una nueva oposicion primero en Brabante y despues en Flandes, de modo que hubo de suspenderse el llevarlo á efecto. Entre tanto supo Margarita que la nobleza de la primera de esas provincias habia formado una confederacion que tenia á sus órdenes veinte mil hombres prontos á levantarse á la primera señal, y que al frente de esa liga estaban el conde de Brederode y Enrique de Nassau hermano del príncipe de Orange. Brederode señor de Viane y burgrave de Utrecht descendia de los antiguos condes de Holanda, y el recuerdo de sus antepasados le hacia grato al pueblo de esta provincia. Orgulloso con su nacimiento y cansado de su menguada fortuna tenia esperanzas muy ambiciosas y contaba que con una revolucion podia realizarlas. Por esto declamaba de continuo contra el poder, y su audacia era reputada patriotismo por la muchedumbre que veia en él al heredero

de sus antiguos señores y al vengador de sus derechos. Reunidos Brederode y Nassau con los condes de Culembourg, Bergen y Battenbourg, con Juan de Marnix, señor de Tolosa, y Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegonda, se congregaron en 15 de noviembre de 1565 en la casa de un heraldo de armas de la órden del Toison, redactaron un escrito en el cual se comprometian á no permitir jamas que se estableciera en los Paises Bajos el tribunal de la inquisicion, y juraron prestarse mutuo socorro siempre que por este motivo estuviesen amenazados su religion, sus bienes ó su vida. Esta acta conocida con el nombre de Compromiso, fue enviada á todas las provincias, traducida en muchas lenguas, y reunió á todos hácia un mismo objeto. Simultáneamente las estampas derramadas profusamente por las ciudades pintaron al pueblo las crueldades del Santo Oficio, la hipocresía de sus fórmulas, y la triste suerte de sus víctimas que no se escapaban de la hoguera sino cuando morian en el tormento. Apenas Brederode, Nassau y los principales motores comprendieron que la ira era general en todas las clases, formaron el proyecto de trasladarse á Bruselas en número de cuatrocientos á fin de presentar una súplica á la regente, y esta que tuvo noticia anticipada de semejante visita reunió á los principales señores de su consejo á fin de decidir si la recibiria. El duque de Arschot y los condes de Aremberg, de Berleymond y de Mogen conjuraron á la regente que no admitiese á esas personas que parecian venir á intimar una órden mas bien que á solicitar una gracia; y lo que en su dictámen correspondia era ó bien prohibirles que entrasen en la ciudad ó bien vigilarlos esmeradamente, á fin de reprimir con severidad cualquier acto que violase el respeto debido al poder soberano. Por el contrario el príncipe de Orange manifestó que los confederados eran hombres de cuyos principios morales no podia sospecharse, y por otra parte el paso que querian dar nada tenia de culpable puesto que se limitaban á hacer uso del derecho de

peticion que competia á todos. El conde de Egmond dijo á su vez que hallándose el gobierno imposibilitado de resistir, la sana política aconsejaba no desafiar á los adversarios á quienes no podia vencerse. El conde de Mansfeld y los otros señores declamaron principalmente contra el Santo Oficio con un calor que bien dejaba entrever la indignacion de sus almas.

En vano procuró Margarita en otra asamblea convocada con el mismo objeto atraer á la mayoría á que adoptase el edicto, pues casi todos los presentes convinieron en suspender la ereccion del tribunal de la fe á fin de aprovecharse de la ley para disminuir el rigor de las penas fijadas en el edicto. Obligada la regente á ceder, consintió en dar audiencia á los confederados que entraron en Bruselas en número de cuatrocientos ó quinientos caballeros en 3 de abril de 1566. A los dos dias Brederode seguido de sus camaradas atravesó las calles de la ciudad que en masa le salia al paso, y fue admitido ante la regente á la cual presentó una solicitud pidiendo la abolicion del Santo Oficio y de los edictos, y la supresion de los nuevos obispados. Vuelto á palacio al dia siguiente recibió de manos de Margarita la esposicion presentada en la víspera, en la cual habia continuado la órden dada ya de suspender la ereccion del Santo Oficio y de no aplicar rigurosamente las penas que los edictos imponian á los disidentes.

Salidos de palacio los confederados fueron á un banquete dispuesto en la casa de Colembourg, y allí contó Brederode que el conde de Barlaimont los habia tratado á él y á sus amigos de *Pelones*; «ha creido, añadió, que nos ofen»dia con un epiteto insolente; pues bien, es menester adop»tarlo, y esto será decir que estamos prontos á sacrificar »por la patria las dulzuras y las ventajas de la fortuna. »Nuestra divisa será *vivir pelones pero libres*.» Esta proposicion fue acogida por unánimes aclamaciones, las cuales se redoblaron con una especie de delirio cuando Brederode

que habia salido un instante se presentó de nuevo en la sala con unas alforjas y llevando en la mano una escudilla de madera. En ella bebió el primero y todos los convidados hicieron otro tanto gritando *vivan los pelones*. El príncipe de Orange, Luis de Nassau y el conde de Horn cenaron aquella noche con Brederode y allí se repitió la escena con no menos entusiasmo. En los siguientes dias los confederados se pasearon por las calles de Bruselas vestidos de gris con una escudilla de madera en el cinto, una pequeña taza en el sombrero, y colgada del cuello una medalla que á un lado tenia la efigie de Felipe con las palabras *Fieles al rey*, y en el otro dos manos entrelazadas con el mote *hasta la alforja*. Los partidarios de la regente se adornaron el sombrero con una medalla que representaba la Vírgen teniendo en sus brazos á Jesus; decoracion con la cual se presentó el primero en la corte el duque de Arschot, que fue imitado por todos los católicos fervorosos á quienes el papa recompensó con indulgencias.

Tal fue el principio de aquella encarnizada lucha que comenzó el desmembramiento de la monarquía de Cárlos V. Margarita tratando de conjurar la tempestad que preveia espulsó á los estrangeros á fin de cerrar la boca á los predicadores del culto de Calvino que abundaban en la ciudad y conmovian al pueblo con sus palabras: mas esa doctrina habia invadido ya todas las clases, y la muchedumbre que la profesaba no tardó en manifestar sus sentimientos con terribles escesos. Amberes fue teatro de tremendas profanaciones, pues los artesanos reunidos en la calle por donde pasaba una procesion insultaron la imágen de una Vírgen, y penetrando luego en la iglesia y subiéndose uno de ellos al púlpito comenzó á remedar el tono y los gestos de los predicadores católicos. Esta bufonada produjo una sangrienta riña; hubo nuevos desórdenes en los dias siguientes; y por fin en 21 de agosto de 1566 los perturbadores penetran durante la noche en el edificio sagrado; entonan

los salmos traducidos en verso por Marot; estos cantos encienden el furor de su celo y los impelen al sacrilegio y á la devastacion; los altares son saqueados, las estatuas de Jesucristo y de los santos hechas pedazos, roto el sagrario, tiradas por el suelo las hostias, y los cálices sirven de copas á los profanadores que salen llevando cirios encendidos y recorren las calles gritando *vivan los pelones*. Uno tras otro son saqueados todos los templos y luego les llega su vez á los monasterios que la misma turba invade, acaba con cuanto encuentra al paso, destruye los ornamentos, los cuadros y los libros, y con las provisiones de boca se harta y emborracha. Nadie pensó en contener ese huracan hasta que hubo amenazado las propiedades particulares de los habitantes; mas al hacerlo reúnense todos estos y echan de la ciudad á los amotinados. En la Flandes entera, en el Brabante, en Holanda, en Zelandia, en la Gueldre y en la Frisia reprodujo las mismas escenas un populacho frenético, cuya feroz brutalidad procuraba saciarse con la destruccion.

A la nueva de tamaños desastres la regente juntó el consejo, y en medio de la indignacion juró que nunca sufriria el monstruoso conjunto de dos religiones; mas bien pronto hubo de reconocer que la fuerza no estaba de su parte, pues Brederode y sus amigos trocando los ruegos por las amenazas declararon en público que iban á tratar las iglesias de Bruselas como las de Amberes y á apoderarse de la persona de la regente. Ya queria esta retirarse á Mons, mas desistió de ello porque el príncipe de Orange y el conde de Egmond le aseguraron que no corria el menor riesgo. Hubo de resolverse entonces á publicar un edicto autorizando la predicacion y prometiendo el olvido de lo pasado, en cuya vista los señores principales salieron al punto para sus gobiernos con el objeto de restablecer la tranquilidad pública. Guillermo se trasladó á Amberes en donde hizo ahorcar á tres sediciosos y desterró á otros tres, con lo cual quedó la paz restablecida. Volviéronse á abrir las iglesias;

mas sin embargo los ministros protestantes alcanzaron el derecho de profesar abiertamente sus dogmas. El conde de Horn en Tournay y el de Hoogstraeten en Malines lograron el mismo resultado mezclando como Guillermo la severidad con la indulgencia.

Mientras tanto Margarita obedeciendo las órdenes de Felipe mandó hacer levas en Alemania, de suerte que la guerra no solo parecia inevitable sino que habia ya comenzado por la toma de Valenciennes de la cual se hizo dueño despues de un sitio el gobernador del Hainaut, quien destituyó á los magistrados, abolió el culto de Calvino y quitó á la ciudad sus privilegios. Creyó la princesa que aquel era momento oportuno para exigir de los señores de los Paises Bajos un juramento en cuya virtud se comprometian á guerrear contra todos los adversarios del rey de España. Brederode y los condes de Horn y de Hoogstraeten no quisieron contraer este compromiso considerándolo superfluo; y la misma repugnancia manifestó Guillermo de Nassau quien en conversacion particular con Egmond le suplicó que procurase su seguridad retirándose á una tierra estrangera; mas este rechazando con obstinacion tan prudente aviso volvió á Bruselas, y el príncipe de Orange partió para Alemania. La retirada de Nassau fue la señal de la decadencia de los confederados, de suerte que las ciudades belgas que se habian declarado en favor de ellos admitieron guarniciones de tropa, y el célebre Brederode gefe de la liga fue á buscar un asilo en Amsterdam. Allí se reunieron muchos nobles que desesperando de resistir en campo raso á las victoriosas tropas de la regente contaban reclutar partidarios entre las personas de la clase media, quienes mostraron un celo meramente pasivo. Brederode sin embargo cercado de sus amigos podia en la ciudad mas que los magistrados, y asi es que se negó á salir de ella cuando el secretario particular de la regente fue á mandarle que lo verificase. Cerca de un mes permaneció en Amsterdam en

medio de los escesos de la mesa y no quiso salir de allí hasta que á título de empréstito recogió una cantidad considerable de los individuos de la municipalidad que se la dieron apenas la hubo pedido. Entonces dejó definitivamente su patria, y poco tiempo despues murió en Scawembourg en 13 de febrero de 1568. Brederode no tenia mas que aquella especie de audacia aventurera que suele comenzar las revoluciones, pero que por sí sola es incapaz de dirigirlas y mas todavía de asegurar su buen éxito; por esta causa su muerte no tuvo influjo alguno en los acontecimientos y no le quedó mas que el honor de haberlos provocado.

Margarita se aprovechó del ascendiente que acababa de recobrar sobre sus adversarios para imponerles castigos y desarmarlos. Las ciudades rebeldes fueron puestas bajo la custodia de tropas adictas, y los principales amotinadores sufrieron severos castigos. Hizo restituir á las iglesias todo cuanto les habia sido arrebatado y prohibió los sermones de los ministros disidentes. El resultado de estas medidas fue la emigracion de muchos habitantes que atemorizados al ver el rigor de las leyes contra los hereges trasladaron á las naciones vecinas sus capitales y su industria. Informado Felipe de cuanto pasaba por las cartas de su hermano, quiso dar una amnistía á fin de detener en los Paises Bajos á las personas que diariamente emigraban por temor; y sin embargo hizo derramar la voz de que en breve se trasladaria á Bruselas. A fin de que esta noticia fuese creida, pidió un itinerario circunstanciado y una minuciosa descripcion de todos los lugares del tránsito, y luego manifestó que antes de ponerse en marcha saldria para allí un reducido ejército sin mas objeto segun aseguraba que presentarse con el esplendor que á su rango correspondia. Fue nombrado general de ese ejército el duque de Alba justamente calificado de uno de los mejores capitanes de su tiempo. Trasladóse el duque á Milan á fin de tomar el mando de las tropas

puestas á sus órdenes que eran ocho mil infantes y mil doscientos caballos, los cuales á pesar de las dificultades de aquel largo camino entraron en Thionville en los primeros dias de agosto de 1567. Al llegar Alba á Bruselas se presentó á la duquesa dándole muestras del mas profundo respeto; mas sin embargo bien pronto desmintió privadamente esas públicas demostraciones de una ilimitada deferencia, puesto que enseñó á Margarita las credenciales del rey que le autorizaban para destituir, cualquiera que fuese su rango, á cuantos habian tomado parte en los disturbios, y á levantar ciudadelas para tener sujetas á las ciudades que se revolucionaron. Ante todo distribuyó sus tropas en los puntos mas importantes, y tomadas esta y otras disposiciones comenzó á efectuar el plan que llevaba meditado. A este fin llamó á su casa á los condes de Egmond y de Horn, al duque de Arschot, y á los señores de Mansfeld y de Berlaincourt, so pretesto de celebrar con ellos un consejo; mas apenas se hubo levantado la sesion cuando él mismo puso preso al conde de Egmond mientras que su hijo D. Fernando de Toledo pedia la espada al conde de Horn.

Desde luego comunicó este paso á la regente, escusándose de haberle dado sin su consentimiento con que el menor retardo era capaz de trastornar el plan de cuyo buen éxito era responsable él solo. La regente sin embargo comprendió que su reinado habia concluido, y no queriendo conservar un título cuyas funciones desempeñaba otro, pidió formalmente á Felipe que le admitiese la dimision de la regencia. El rey consintió en ello, dándole gracias por el modo con que se habia conducido, regalándole treinta mil coronas y prometiéndole una pension; y Margarita tomó el camino de Italia entregando los Paises Bajos á un sucesor que bien pronto hizo que la echaran de menos. En efecto el duque negándose á toda especie de contemporizacion comenzó por anular los decretos de la duquesa relativos á los protestantes, instaló el Santo Oficio, é hizo obligatorios

los concilios de Trento; mas como las fórmulas que precedian á los fallos de la inquisicion eran harto lentas para la impaciencia del duque, erigió un tribunal compuesto de doce jueces con el encargo de procesar á cuantos habian tomado parte en los últimos disturbios. Declaróse su presidente y nombró vice á un tal Vargas, español como la mayor parte de los miembros, lo cual era violar la ley fundamental del pais; pero Alba no conocia otra que su voluntad. A la jurisdiccion de ese tribunal á que dió el nombre de *Consejo de los disturbios*, y que el pueblo apellidaba *Consejo de sangre*, estuvieron sujetas toda clase de personas, sacerdotes, nobles, clase media y artesanos. Ningun respeto se tenia allí á esas fórmulas y dilaciones que muchas veces dan tiempo á la verdad para que se abra paso. Ninguna consideracion se guardaba á las personas, ningun valor á las circunstancias ni á las intenciones, y todo acusado era culpable porque hasta verse en la presencia del tribunal ignoraba los cargos que se le hacian y no le era posible desvanecerlos por medio de testigos; y en cuanto á sus negativas ni siquiera las escuchaban. Si huia eran seguros el destierro y la confiscacion, de suerte que perdia á un tiempo sus bienes y su patria. Los sicarios de Vargas arrancaban de sus domicilios á los ciudadanos mas recomendables y los traian al consejo atados á las colas de los caballos. Si hemos de dar crédito al mismo Alba fueron decapitadas, ahorcadas, quemadas ó descuartizadas diez y ocho mil víctimas, cuyas fortunas hinchieron el tesoro del duque y dispertaron sin satisfacerla la codicia de sus allegados.

Despues de haber firmado sentencias de muerte durante tres meses, Alba encargó las funciones de asesino jurídico á Vargas, que fue dignamente secundado por sus dos amigos del Rio y de la Torre. El sanguinario celo de estos tres hombres era tan infatigable que apenas tenian un momento de reposo, como si el derramamiento de sangre fuera una

cosa esencial para su existencia. Un tal Hesselts digno compañero de Vargas, solia domirse durante la vista de las causas, y cuando sus colegas le dispertaban para que diera el voto decia siempre *á la horca, á la horca*. De esta suerte gracias á la incuria de tales jueces y al abandono en el modo de instruir los procesos, infelices hubo que murieron en lugar de otros, y condenados por delitos de que ni siquiera se los acusaba.

Habia que derramar una sangre preciosa, y era la de los condes de Egmond y de Horn que ya desde mucho tiempo estaban encerrados en el castillo de Gante. «Este castillo» á que los naturales dan el nombre de Hanover-bergt-Gra-» venstein está colocado en lo mas alto de la ciudad y fue» la morada de los antiguos condes de Flandes. Aunque la» tradicion le supone una fecha mucho mas remota, su ar-» quitectura indica muy claramente que á lo sumo es obra» del siglo XI. Se conservan bien la grande sala en que el» conde administraba justicia, dos prisiones subterráneas, la» entrada principal, el lugar en que estaban la horca y otros» suplicios, y sobre todo los grandiosos subterráneos que se» prolongan hasta dos leguas de distancia fuera de la ciu-» dad. Desde la época de Alba celebraba sus sesiones en este» castillo el consejo de ciento establecido por el duque á» imitacion del que habia en Cataluña. Seis meses estuvie-» ron encerrados en este castillo los condes de Horn y de» Egmond, y hoy dia se enseña el cuarto que les sirvió de» cárcel.» Desde aqui fueron conducidos á Bruselas en donde comparecieron ante el tribunal de los doce que los acusó de haber conspirado junto con el príncipe de Orange para echar abajo la autoridad real. Todas sus obras y palabras desde el principio de los disturbios fueron interpretadas en este sentido, y parecian formar un cúmulo de pruebas irrecusables. Se dieron á los acusados cinco dias para que respondiesen á los cargos que se les hacian, los cuales eran con respecto á Egmond noventa, y sesenta por lo que toca

al conde de Horn. A todos contestaron victoriosamente, y como en los procesos de esta clase las reglas de la equidad ceden casi siempre á las necesidades de la política ó á las exigencias del favor, los parientes y amigos de los dos condes pusieron en movimiento los mas poderosos resortes. Despues de haber invocado los privilegios de la órden del Toison de Oro en virtud de los cuales sus caballeros no podian ser juzgados sino por el mismo rey en calidad de gran maestre, y de haber reclamado con respecto al conde de Horn las inmunidades del imperio en virtud de las cuales no estaba sujeto sino á la jurisdiccion de la Dieta, se dirigieron á varios soberanos, los cuales tomaron el empeño de interceder directamente cerca de Felipe. El emperador Maximiliano mandó decir á la condesa de Egmond que nada tenia que temer respecto á la vida de su marido. En efecto se dirigió al rey de España; mas este no respondió en el acto, ya porque una decision pronta repugnase á su carácter, ya porque se hubiese puesto de acuerdo con Alba para que el verdugo hiciese inútil la gracia.

Otro grave motivo tenia el duque para acelerar el desenlace de esta tragedia judicial, puesto que Luis de Nassau acababa de batir y de dar muerte al conde de Aremberg, y Alba conocia que solo su presencia era capaz de impedir los resultados de ese descalabro. Pero en aquel momento no osaba alejarse de Bruselas porque toda la poblacion de esa grande ciudad se interesaba eficazmente en la suerte del conde de Egmond. Solo su presencia podia prevenir un motin y quizás una revolucion completa que librando á los dos condenados habria dado fin con el dominio español. Por lo mismo era preciso darse prisa, y asi fue que Alba dictó por decirlo asi la sentencia que no llevaba mas firmas que la suya y la del secretario y ordenó la ejecucion. Llamado el obispo de Ipres le encargó que comunicase á los condenados su suerte y que los exortara á morir. Egmond quedó sobrecogido de estupor porque contaba con la clemencia

de Felipe; mas cuando la seguridad positiva del prelado le indicó que estaba perdida toda esperanza, manifestó muchísima resignacion, y en vez de maldecir á su cruel soberano cuya ingratitud pagaba de esa manera sus servicios, le dirigió la siguiente carta que la historia ha conservado como un testimonio de la buena fe y de la inocencia de su conducta. La carta decia de esta manera :

«Señor : esta mañana me han notificado la sentencia que »V. M. ha querido hacer pronunciar contra mí. Siempre he »estado muy lejos de intentar cosa alguna contra la persona »y el servicio de V. M. y contra la religion católica, que es »la mas antigua y la única verdadera; por esto me someto »resignadamente á la suerte que Dios me ha reservado. Si »en los pasados disturbios he tolerado, aconsejado ó hecho »alguna cosa que parezca contraria á mis deberes, mis in»tenciones eran buenas y no hice mas que ceder á la fuerza »de las circunstancias. Por esto ruego á V. M. que me per»done, y que como un recuerdo de mis servicios mire con »ojos de compasion á mi infeliz esposa, á mis pobres hijos »y á mis fieles criados. En la firme esperanza de que mi sú»plica será oida, encomiendo mi espíritu á la infinita mise»ricordia de Dios.»

Sin duda Felipe leyó esta carta y se sintió conmovido por ella ; pues sin embargo de que la sentencia traia consigo la confiscacion de los bienes del conde no les fueron arrebatados á sus hijos. El dia 15 de junio de 1568 se levantó un cadalso en la plaza de la ciudad de Bruselas, se cubrió de paño negro y fue cercado por tropas españolas, pues Alba creyó que convenia dar mucho aparato á la muerte de dos personages de tanta cuenta, bien fuese á fin de imponer á la muchedumbre, bien para tributar el debido homenage á la clase de las víctimas. Presentóse el primero Egmond, el cual habia manifestado intento de dirigir algunas palabras á la muchedumbre, pero renunció á ello por consejo del obispo de Ipres, quien le dijo que esas palabras podrian

enflamar el ánimo del pueblo y servir de hincapié á desórdenes que harian derramar sangre. No dijo pues una palabra, mas procuraba ganar tiempo porque tenia esperanza en la clemencia del soberano, y esa esperanza era tan grande que se lo dijo al maestre de campo Julian Romero, que estaba inmediato á él como destinado para autorizar la ejecucion. Romero no le contestó cosa alguna, y el conde despues de haberse quitado la capa, se arrodilló encima de una almohada, recibió la Estrema-uncion y bajó la cabeza que de un solo golpe fue separada del tronco.

Traido á su vez el conde de Horn estuvo tan lejos de mostrar la calma y la conformidad de su amigo que prorumpió en imprecaciones contra Felipe; mas al fin cediendo á las exortaciones del prelado confesó sus faltas y pidió perdon por ellas. Dirigiendo despues una mirada en torno suyo vió el cuerpo de Egmond tendido en un ángulo del cadalso y cubierto con un velo negro; á semejante aspecto lanzó un suspiro, y quitándose la capa se puso á merced del ejecutor (1). Este asesinato político, que tal es en puridad el nombre que merece, privó á los descontentos de dos gefes en torno de los cuales pensaban agruparse; y asi fue que despues de su muerte no osaron emprender cosa alguna porque no sabian entenderse. Alba habia previsto este resultado, y rebosando en confianza marchó á ponerse á la cabeza de sus tropas.

El príncipe de Orange no habia voluntariamente tomado el camino del destierro para librarse de los riesgos de su posicion y esperar con seguridad una ignominiosa amnistía, sino que pensaba librar á su pais de la opresion de Felipe y se sentia dispuesto á desafiar todos los peligros y las fatigas

(1) El marques de Berg-of-Zoom y el baron de Montigny hermano del conde de Horn enviados por Margarita cerca de Felipe murieron en aquella época, de enfermedad el primero, y en un cadalso el segundo, á quien el rey de España hizo cortar la cabeza considerándolo como cómplice de la conjuracion que se suponia tramada por Egmond y Horn.

todas de semejante empresa. Tan hábil para negociar como para esgrimir la espada, supo interesar en su causa á los príncipes alemanes que habian abrazado la reforma, y solicitó el ausilio de la reina Isabel de Inglaterra que le proporcionó subsidios aunque en secreto; porque no podia hacer otra cosa, á menos de romper con la España á la cual no queria atacar abiertamente. Coligny puesto en Francia á la cabeza de los hugonotes entró en la misma liga contra Felipe, como que era el mas formidable enemigo de sus correligionarios. Con tales preparativos y medios encontróse Guillermo en situacion de ponerse en campaña. Hemos indicado poco ha la victoria que su hermano Luis de Nassau habia alcanzado contra el conde de Aremberg, á consecuencia de cuyo triunfo Nassau emprendió el cerco de Groninga. Este fue el punto que llamó la atencion de Alba, quien proponiéndose levantar aquel sitio ocupó á Arnheim y Deventer desde donde envió esploradores que volvieron al instante con la noticia de que el enemigo se acercaba, puesto que habian oido tambores y visto banderas. Preparóse para la batalla el ejército español; mas el supuesto enemigo eran varios labradores, unos á pie y otros en carros, que llevaban banderas, é iban acompañando al pueblo inmediato á una jóven recien casada. Este burlesco suceso fue el preludio de una guerra en que se derramaron torrentes de sangre, y que duró cerca de cien años trayendo consigo las mas horrendas calamidades.

A la nueva de que el duque se acercaba habíase atrincherado Luis de Nassau cerca del pueblo de Gemminghen puesto entre el golfo de Durlad y el rio Ems. Su campo cercado de pantanos solo era accesible hácia un punto, defendido por diez cañones; mas habiéndose amotinado porque no se les daba la paga los alemanes que componian la mayor parte de las fuerzas de Nassau, se dejaron sorprender por los españoles. Despues de atravesar estos un terreno fangoso se apoderaron de los cañones que defendian la posicion,

penetraron en el atrincheramiento é hicieron una horrible carnicería en sus adversarios, que sobrecogidos de espanto arrojaron las armas, segun dice un testigo presencial, ofreciendo el pecho á la espada del enemigo. Los que se libraban de ella morian en el Ems y en los pantanos; de manera que los vencidos perdieron seis mil hombres y al duque no le costó este triunfo mas que sesenta soldados. Nassau viéndolo todo perdido atravesó el Ems á nado y se puso en seguridad.

Llegado entre tanto á Aquisgran el príncipe de Orange revistó su ejército compuesto de veinte y ocho mil hombres, alemanes, franceses y flamencos, cuyo sueldo debia ser pagado por los principales gefes; de modo que el conde Palatino, el duque de Wurtemberg y la ciudad de Strasburgo habian de sufragar el gasto durante seis meses. Un rico comerciante de Amberes se comprometia á pagar á los franceses y alemanes, y el príncipe de Orange, su hermano, el conde de Nassau y algunos otros príncipes del imperio habian prometido atender á la subsistencia de la caballería, que era de cerca de diez mil hombres. Este arreglo produjo muy luego la ruina de la espedicion, porque las tropas mal satisfechas se insurreccionaron varias veces y pusieron en riesgo la vida de sus generales. En una de esas sediciones fue muerto un capitan á la vista del príncipe de Orange á quien le alcanzó una bala que dió por fortuna en la guarnicion de la espada. Por esta causa aunque logró engañar la esperimentada vigilancia de su adversario y penetró en el Brabante no pudo sostenerse en aquel punto. Alba á quien ofreció muchas veces la batalla no la aceptó nunca, pues como venia el invierno calculó que sus rigores aumentarian los sufrimientos y las privaciones del enemigo á quien dejaba consumirse lentamente. Por fin Guillermo amenazado de continuo por la indisciplina de sus tropas se vió reducido á licenciarlas despues de empeñar ó vender buena parte de su vajilla y otras joyas. Hecho esto volvió á Alemania á fin

de juntar allí nuevos defensores; mientras el duque de Alba entraba triunfante en Bruselas, en donde recibió con gran pompa una gorra y una espada bendecidas por el papa Pio V, quien se las enviaba como una recompensa por su adhesion á la Santa Sede y á la fe católica, y como una distincion que era entonces de gran precio.

A pesar de todo aun no estaba satisfecho el orgullo del duque, quien queria levantar un trofeo á la victoria de Gemminghen, y á este efecto mandó hacer con los cañones cogidos en aquella jornada una estatua que le representaba con la cabeza descubierta, el brazo derecho estendido y hollando con los pies dos estatuas que eran las efigies de la nobleza y del pueblo de los Paises Bajos. Las dos estatuas tenian las manos llenas de memoriales, bolsas, antorchas y hachas, llevaban careta y en su cuello y orejas se veian colgadas escudillas de madera y alforjas, comunes utensilios de los *pelones*. En la base de la estatua del duque se leian las siguientes palabras: «A Fernando Alvarez de Toledo, »duque de Alba y gobernador de los Paises Bajos, en nom»bre de Felipe II rey de las Españas, por haber sofocado la »sedicion, lanzado á los rebeldes, restaurado la religion, »restablecido la justicia y asegurado la paz pública. En me»moria del fidelísimo ministro de un escelente príncipe.» Este monumento fue erigido en la ciudadela levantada en Amberes por el duque de Alba, y al paso que desagradó á los flamencos no les plugo tampoco á los españoles ver que Alba se decretaba á sí mismo una distincion que debia aguardar en vez de prevenirla. Los cortesanos del Escorial dijeron malignamente que parecia querer arrebatar al rey su parte de gloria, y el príncipe juzgó lo mismo, pues cuatro años mas adelante hizo echar abajo la estatua del duque, ya por despecho, ya mas probablemente por política, no queriendo que un súbdito tuviese apariencias de igualarse con su soberano como lo eran presentarse al público con todas las insignias del mando.

Los triunfos militares del duque no podian sostenerse sino con soldados siempre dispuestos á entrar en campaña, pero le faltaba dinero y no pudiendo alcanzarlo de su amo resolvió establecer un impuesto perpetuo sobre los Paises Bajos á fin de crear una caja para satisfacer á las tropas. Segun este plan que sujetó á los estados reunidos en Bruselas, todos los habitantes debian pagar el centésimo de sus bienes de toda especie, y luego sobre el precio de las ventas de bienes inmuebles el gobierno habia de percibir otro derecho que era el vigésimo de ese precio, y el décimo de los bienes muebles cada vez que cambiasen de dueño. Negáronse los diputados á otorgar su consentimiento á esta proposicion que daba por tierra con el privilegio que pertenecia á las provincias de imponerse por sí mismas las contribuciones. Alba quiso oir el parecer de su consejero Viglius cuyo dictámen formaba autoridad entre sus colegas, y este desaprobó el impuesto del vigésimo y del décimo y manifestó todas sus tristes consecuencias. Hizo ver que el segundo arruinaria el comercio del pais porque las mercaderías pagarian tres veces el mismo derecho, á saber, cuando saliesen de las manos del propietario, despues de las del obrero, y últimamente cuando entrasen en la tienda del mercader encargado de venderlas. El resultado debia ser que los estrangeros se aprovechasen de esta subida porque venderian mas barato, y que la industria y el dinero del pais pasarian á tierra estraña. Que allí irian á establecerse los mercaderes y trabajadores, y que como la riqueza del príncipe depende esencialmente de la del pueblo, el rey en vez de ganar con ello perderia. Viglius no condenaba el impuesto del décimo porque no ofrecia los mismos inconvenientes.

El duque de Alba cual si hubiera quedado convencido por las razones del presidente pareció olvidarse de este negocio, y á fin de tranquilizar los ánimos publicó una amnistía general en virtud de la que debia echarse un velo sobre

todo lo pasado desde el momento en que los *pelones* se confederaron á fin de restaurar las libertades públicas. Con este motivo hubo en Amberes una solemne fiesta que comenzó por una procesion salida de la catedral. Despues de la misa el arzobispo de Cambray dió noticia de la absolucion concedida por el papa á todos los hereges, pues es preciso saber que cuantos habitantes de los Paises Bajos habian abrazado la reforma fueron en masa condenados por este crímen á la pena capital; y esto hacia indispensable que ante todo alcanzasen el perdon de la iglesia. Al dia siguiente presentóse el duque de Alba en un trono erigido en la plaza mayor y rodeado de una corte brillante, y allí hizo leer en flamenco y en frances las cartas del rey que perdonaban todas las penas impuestas á los hereges y prohibian ulteriores persecuciones. Esa amnistía sin embargo no era mas que una gracia irrisoria por las muchas escepciones de que estaba llena, y asi es que el silencio de la muchedumbre fue una clara prueba de su descontento; y el supuesto beneficio del duque de Alba no fue solemnizado con fuegos artificiales, ni con ninguna de esas públicas demostraciones de la gratitud del pueblo.

A pesar de tan mala disposicion de los ánimos Alba cediendo á la necesidad mandó de improviso por medio de un edicto que se pagasen el décimo y el vigésimo. Este golpe de autoridad no produjo mas fruto que hacer estallar una sublevacion general, y en Bruselas y ante la presencia del duque los mercaderes cerraron los almacenes y los artesanos sus talleres, dando á conocer con esto que el nuevo impuesto iba á arruinarlos y que no teniendo ya nada que perder su desesperacion lo hacia temer todo. La principal causa de la resistencia de los flamencos era el rumor que cundia de que el duque iba á ser destituido: esperanza temeraria que redobló la indignacion de este, quien otra vez hizo levantar cadalsos; y estaba ya fijado el dia en que iban á aparecer ahorcados los negociantes mas ricos y los pro-

hombres de los gremios, cuando recibiendo durante la noche la noticia de la toma de Brille aplazó su venganza. Esa ciudad acababa de caer en manos de los *pelones de mar*, llamados asi por oposicion á los *pelones* de ciudad y á los *pelones* salvages, que habitaban en las ciudades y en el campo. Habian recibido del príncipe de Orange patentes de corso; apoderábanse de todos los buques españoles y de los flamencos católicos; su crucero se estendia desde la desembocadura del Ems hasta la Mancha; habíanse enriquecido rápidamente, y su audacia alentada por el triunfo los habia hecho formidables. Era su gefe Guillermo de La Marck conde de Lumey, y adversario implacable del duque, el cual para mantener viva en el ánimo de sus compañeros la memoria del impuesto del décimo hizo pintar en las banderas diez monedas. Deseando hacerse memorable con alguna hazaña importante, en 1572 se apoderó por sorpresa del puerto de Brille que fortificó al momento, y aunque le atacó el conde de Bussut gobernador de Holanda fue roto, y por efecto de este descalabro Felipe perdió la Holanda y la Zelandía, que no vacilaron en sacudir el yugo de España. Solas Amsterdam y Meddelbourg se resistieron al contagio del ejemplo.

Mas sensible fue para el duque la pérdida de Mons capital del Hainaut, y de la cual Luis de Nassau se apoderó por medio de una estratagema. La posesion de esta ciudad iba á proporcionar al príncipe de Orange grandes ventajas si intentaba una nueva incursion en los Paises Bajos, por cuyo motivo Federico de Toledo hijo del duque marchó sobre Mons, batió al baron de Genlis que con un cuerpo de calvinistas franceses iba al socorro de Nassau y embistió la plaza. El príncipe de Orange corrió al ausilio de su hermano, y entró y saqueó muchas ciudades, entre otras Audenarde; mas no pudo romper las trincheras del enemigo, y tuvo el dolor de saber por las músicas y las salvas de los españoles la horrible carnicería de sus aliados los hugonotes

degollados en el Louvre en la noche del 24 de agosto de 1572. A semejante nueva que destruia sus esperanzas todas, puesto que contaba con la próxima venida de Coligni al frente de un ejército, retrocedió Guillermo hácia Malines; y resuelto á retirarse, y licenciadas sus tropas, fijó su residencia en Delft en Holanda. Por su parte Luis de Nassau entregó Mons por capitulacion y fue á gozar algun reposo en Dillembourg ciudad que le pertenecia. Alba recobró todas las ciudades caidas en poder de su adversario, castigó á las unas con multas y á las otras con el saqueo, cual le sucedió á Malines que lo sufrió durante tres dias. Los saqueadores vendieron el botin en Amberes, cuyos habitantes por consejo de un religioso lo compraron á un bajo precio á fin de cederlo por el mismo á los que habian sido saqueados: caridad mercantil que fue un grande beneficio para los ciudadanos de Malines.

Federico de Toledo tan inexorable como su padre se hizo famoso cometiendo iguales horrores. Como la pequeña ciudad de Naerden situada á tres leguas de Amsterdam se hubiese negado á abrir las puertas, la batió con la artillería hasta que los magistrados salieron á implorar la compasion del gefe español Julian Romero que prometió salvar la vida á los habitantes; mas Federico en vez de ratificar el empeño de Romero dejó que sus soldados matasen á los hombres, mugeres y niños, y que sellaran esta carnicería con un incendio tan general que solo quedaron en pie una iglesia y un monasterio. Un rasgo solo basta para dar una idea de las barbaridades cometidas entonces por los españoles. Un grupo de ellos penetraron en una casa, martirizaron atrozmente á su dueño para que sacase el dinero, y en presencia del mismo forzaron á su muger ahorcándola despues á ella y á un niño de teta. Todas estas crueldades lejos de aterrorizar acrecian el odio, pues los compatriotas de las víctimas inmoladas y los que podian salvarse lejos de pensar en rendirse solo buscaban el camino de la

venganza (1). El sitio de Harlem ofreció una prueba de ello. Las proposiciones que hizo Federico de Toledo fueron rechazadas por el recuerdo de los asesinatos de Naerden, y el español hubo de apelar á la fuerza; mas como la ciudad estaba edificada sobre un lago los sitiadores tenian que combatir por tierra y agua, pues en efecto Guillermo diariamente procuraba introducir víveres en la plaza con algunos buques, y esto era ocasion de continuas escaramuzas en las cuales pocas veces alcanzaron la victoria los españoles. Las mugeres rivalizaban con los hombres en firmeza y audacia, y capitaneadas por una de ellas hacian tanto como los soldados, arrostrando todos los peligros y fatigas de la guerra. Los ultrages y los desafíos inflamaban sin cesar el odio de los habitantes y de los españoles. Habiendo estos arrojado á la ciudad la cabeza de un hombre con esta inscripcion: *Esta es la cabeza de Felipe Coninx que con dos mil hombres ha venido para salvar á Harlem;* los habitantes de la ciudad respondieron á esta bravata arrojando al campo enemigo un tonel en que habia once cabezas de prisioneros españoles, y un cartel que decia asi: *Los habitantes de Harlem envian al duque de Alba diez cabezas para el pago del décimo que aun no habian satisfecho y ademas otra por los intereses.*

Segun dice Strada ponian en las murallas imágenes de Jesucristo y de los santos, y se burlaban de los españoles que no siempre tenian respeto á esos venerables objetos. Otras veces erigian altares parodiando en ellos las ceremonias del culto católico; y todas estas profanaciones sacrílegas aumentaban el furor de los sitiadores y robustecian la firmeza de los sitiados cuya constancia estuvo muy á pique de triunfar de la de Federico, el cual hubiera renunciado á su empresa á no achacárselo á debilidad el duque de Alba. El hambre estrechó á los habitantes de Harlem quienes á

(1) Vide Strada tomo 2.° pág. 282, y Bentivoglio libro 6.

pesar de esto hubieran perecido con las armas en la mano á no ser el llanto y las súplicas de sus familias. Rendidos á discrecion del vencedor este no tuvo respeto alguno á su heroismo y mandó ahorcar, ahogar, ó decapitar á nuevecientos soldados y á cuatrocientos ciudadanos. Riperde gobernador de la ciudad y un hijo natural de Brederode sufrieron la última pena. Esas ejecuciones duraron ocho dias y cansaron á los mismos verdugos que fatigados de derramar sangre ahogaban á las víctimas para ahorrarse el trabajo de degollarlas.

La rendicion de Harlem despues de tan tenaz defensa fue menos favorable al duque que á sus adversarios, quienes se convencieron de que podian resistirse. Redoblaron pues su audacia y compensaron la pérdida de dicha ciudad con la toma de Gertruydemberg y del castillo de Ramellens, mientras por mar derrotaban y hacian prisionero al conde de Bussut gobernador de Holanda y de Zelandia, y cuya flota compuesta de doce buques fue completamente destrozada. El odio de los partidos era tanto que el conde hubiera muerto en un cadalso á no servirle de garantía el conde de Santa Aldagonda recientemente caido en poder de los españoles.

Preparábase el duque de Alba á vengarse de los sufridos reveses cuando le previno el rey su amo. Los historiadores de la época no nos dicen por qué el monarca creyó oportuno separar del mando á un hombre, único que sacada la espada era capaz de asegurar con sus talentos militares el triunfo de su amo. Acaso temió que las victorias no despertasen la ambicion de un súbdito ya tan grande por su fortuna y por su fama, y que despues de conquistar los Paises Bajos no quisiera guardarlos para sí: ó quizás confiaba desarmar á los rebeldes retirando la autoridad de las sanguinarias manos del duque. «Entre estas dos razones» la mas probable ó por mejor decir la única probable aten-» didas las circunstancias es la última. Efectivamente perío-»

dos hubo en que el monarca aun cuando no fuera tan» receloso como Felipe II pudo temer que las victorias infla-» masen la ambicion de su virey en los Paises Bajos y le im-» pulsaran á crearse un principado independiente. La época» en que vencidos todos los enemigos el duque se erigió á sí» mismo una estatua á fin de perpetuar la memoria de sus» triunfos era la mas á propósito para llevar á efecto ese» plan si lo hubiese concebido; mas el momento en que nos» encontramos no era á buen seguro aquel en que el duque» pudiese contar con mas elementos para dar ese atrevido» paso, puesto que tenia enemigos poderosos que habian» vencido sus tropas, derrotado sus escuadras y héchose» dueños de plazas, de suerte que cuando el rey le llamó á» España se estaba disponiendo para vengar sus recientes» descalabros. Por estos motivos pues no es de pensar que» la llamada del duque fuese hija de los recelos que su am-» bicion podia inspirar á Felipe, porque no era la actual la» época favorable á los ambiciosos pensamientos que en» Alba pudieran haberse despertado. Todo concurre para» opinar que Felipe le llamó con la esperanza de que los su-» blevados se apaciguarian viendo la autoridad confiada á un» hombre menos severo. La esperiencia daba hincapié para» juzgarlo de esta manera. El suave y contemporizador ca-» rácter de la regente Margarita habia sostenido los Paises» Bajos si nó tranquilos á lo menos en espectativa de los» acontecimientos; y aun sus medidas aquietaron la primera» sublevacion logrando ademas tener de su parte á los per-» sonages con quienes el pueblo contaba para directores del» alzamiento. En ese estado se hallaban las cosas cuando» fue á los Paises Bajos el duque de Alba, cuyo mando al pa-» so que ofrece una larga serie de medidas estremas y crue-» les presenta alzamientos notables, tomas de ciudades y» una guerra abierta en todos sentidos. El tiempo, pues,» habia demostrado de un modo indudable que el sistema de» rigorismo plantificado por el duque producia efectos muy»

fatales al dominio de los españoles, y todo anunciaba que» debia entablarse otro distinto ó que los Paises Bajos se per-» derian. Estas reflexiones someras en verdad y que podrian» estenderse y profundizarse mucho, dan suficiente motivo» para creer que nó la ambicion del duque sino los malos re-» sultados que iba produciendo su sistema fueron la causa de» que Felipe II enviara un sustituto al duque de Alba. Con-» tribuyó á darlo asi á entender el templado carácter de ese» sustituto que fue el comendador Requesens.»

La primera cosa que hizo este fue publicar que habia recibido órden de echar abajo la estatua de su predecesor. Dos objetos se proponia Felipe al obrar de esta manera: esto es, humillar el orgullo del duque y dar á entender que en adelante adoptaria el camino de la clemencia; pero los confederados no hicieron ningun caso de ello porque tenian mas confianza en los alcanzados triunfos que en la palabra del monarca. Forzado Requesens á combatir procuró salvar la plaza de Middelbourg única que los españoles ocupaban en la Zelandia; y á este fin entraron en los dos brazos del Escalda sesenta buques equipados en Amberes y puestos á las órdenes de Dávila, Romero y Glimes. El almirante enemigo Boissot los alcanzó cerca de Berg-op-Zoom, y como sus marineros eran mas en número y mas esperimentados, los españoles sufrieron una desastrosa derrota y su escuadra quedó en parte barada en los bancos de arena y parte fue víctima de las llamas. A consecuencia de ese descalabro se rindió Middelbourg pagando ademas trescientos mil florines á fin de librarse del saqueo, y toda la isla de Walkeren sufrió el yugo de los vencedores (1).

Dávila batido en la mar tomó una estrepitosa venganza en los matorrales de Moock en donde rompió un cuerpo de doce mil hombres mandados por Luis de Nassau, su hermano el príncipe Enrique y Cristóbal de Baviera hijo del

(1) Vide Strada, tomo II pág. 306 y 307.

elector palatino, cuyos gefes murieron todos en la accion, si bien un historiador afirma que el primero, despues de haberse librado de la muerte en el campo de batalla fue sorprendido y asesinado por algunos paisanos mientras se estaba lavando las heridas en el Mosa. El fallecimiento de Luis de Nassau no era sino una pérdida secundaria para su partido; pues no tenia ni la perspicacia política ni los talentos militares de Guillermo, y en el campo de batalla mas bien que general fue siempre un soldado.

La indisciplina de sus tropas no permitió al vencedor sacar fruto de la ventaja con que la fortuna favoreció sus armas. Hostigado por los españoles á quienes antes del combate habia prometido pagar el sueldo que reclamaban hacia tres años y á quienes á falta de dinero no pudo satisfacer sino con palabras, tomó la prudente resolucion de marcharse. Abandonadas á sí mismas las tropas eligieron un gefe dándole como adjuntos algunos soldados con el título de consejeros, y que eran quienes lo resolvian todo á pluralidad de votos. Marchó sobre Amberes esta nueva milicia, y á despecho de las órdenes de Requesens entró en ella alojándose en las casas mas ricas, y declarando que si los habitantes no le satisfacian sus atrasos ella se los cobraria. A pesar de este fatal preludio esa misma soldadesca mantuvo el órden en la ciudad, á cuyo fin juró sobre un altar erigido en la plaza de palacio que obedeceria todas las órdenes del gefe que habia elegido; y el juramento se observó al principio con tal rigidez que dos soldados por haber cometido una ratería fueron ahorcados públicamente, ejemplar que bastó para que estuviesen seguras las personas y las propiedades. Tanta templanza sin embargo no era mas que una amenazadora dilacion concedida por la fuerza, y comprendiéndolo asi los antwereses se escotaron para satisfacer la deuda reclamada por los soldados, á lo cual concurrió Requesens vendiendo sus alhajas y empeñando sus muebles y equipage. Al verse los españoles tan opulentos dieron á

los pobres una parte de lo que habian quitado á los ricos cual una espiacion capaz de tranquilizar su conciencia, puesto que la limosna se reputaba en esa época por la obra mas meritoria á los ojos de la divinidad. Requesens imposibilitado de castigar á los insurrectos tomó el camino de amnistiarlos y los envió al sitio de Leyde que duraba desde muchos meses. Tenia el virey grande interes en apoderarse de aquella plaza defendida por Juan de Vanderdoes, célebre en la república de las letras con el nombre de Sousa, el cual al oir la intimacion de Valdés gefe de las tropas sitiadoras para que se rindiera, le contestó que si llegaban á faltar los víveres los habitantes se comerian el brazo izquierdo conservando el otro para defender su libertad. Aunque muy anticipadamente los sitiados despidieron de la ciudad á los que no se hallaban en disposicion de tomas las armas, el rigor del bloqueo hizo que luego se esperimentaran los males del hambre, de suerte que los habitantes cediendo al fin al imperio de la necesidad se reunieron tumultuariamente con ánimo de obligar al gobernador á que se rindiese. «Pues bien, les dijo este, haced pedazos de mi cuerpo, por»que prefiero serviros de alimento que abandonaros á vues«tros tiranos.» Calmóse la sedicion, y los ciudadanos juraron pelear mientras tuviesen fuerza para ello. La estrechez era ya tanta que á cada hombre no se le daban diariamente mas que cuatro onzas de pan y ocho de carne de caballo ó perro, y este manjar repugnante podia durar poco tiempo.

Sabedor entre tanto el príncipe de Orange de los apuros que tenian los defensores de Leyde determinó socorrerlos, á cuyo fin convocados los estados de Holanda tratóse de este negocio, y despues de largos debates se resolvió adoptar el plan discurrido por Boissot almirante de los confederados, el cual consistia en romper los diques del Mosa y del Issel. Esto debia causar todos los desastres de una inundacion en un territorio de veinte leguas; mas el procomunal prevaleció á todas las consideraciones. Bloqueados ahora

por las aguas y circuidos por una infinidad de buques enemigos, en vano procuraron los españoles resistir estos dos adversarios, y no les quedó mas recurso que arrojar la artillería al agua y retirarse cuando ya estaban muy cerca de ver coronada una empresa que les costaba cinco meses de inauditos esfuerzos y fatigas. La pasion de Valdés hácia una joven de la Haya contribuyó mucho para arrebatarle la victoria, pues accediendo á sus súplicas no asaltó la ciudad que con este motivo pudo salvarse (1). Intervino entre las partes beligerantes el emperador Maximiliano II enviando para este objeto al conde de Swartzembourg; abriéronse conferencias en Breda, pero se terminaron muy luego sin mas resultado que agriar á los dos partidos.

Bien quisiera Requesens acabar la lucha por medio de un arreglo, pero frustradas sus esperanzas concibió el proyecto de apoderarse de la Zelandia, provincia compuesta de varias islas circuidas por el Escalda, el Mosa y el Océano; mas la poca profundidad del agua en muchos puntos permitia llegar á pie hasta la tierra firme. Dióse órden á cuatro mil infantes para marchar á Bergues, de allí á Tolen, á las islas Philippopoland, á Duveland y finalmente á Scouven capital de la Zelandia. Los españoles se dividieron en tres cuerpos, y sin mas vestido que los calzones se pusieron en marcha en el año 1575 cargados con dos sacos llenos el uno de pólvora y el otro de galleta y queso. Iban armados de picas, alabardas, arcabuces y espadas y llevaban ademas palas y azadones. El veterano D. Juan Ulloa capitaneaba la vanguardia, D. Gabriel Peralta la retaguardia y los soldados marchaban de dos en dos ó de tres en tres, temiendo ahogarse si se separaban de la senda trazada por los delanteros.

Sabedor de esta audaz tentativa el príncipe de Orange envió algunos buques ligeros que hacian fuego á los españo-

(1) Vide Strada, lib. II pag. 327 y siguientes.

les á quienes al mismo tiempo atacaban cuerpo á cuerpo los marineros zelandios. De lejos se batian con los arcabures y de cerca con los vicheros y las picas, y cuantos eran heridos ó resbalaban morian ahogados. Solo el primer cuerpo llegó á la punta de la isla de Dodeland de la cual se apoderó despues de una tenaz resistencia. El segundo sucumbió todo entero y el último sorprendido por la marea hubo de retroceder. Siguiendo los españoles su marcha penetraron en la isla de Scouven y sitiaron la capital que fue defendida con una tenacidad tan grande como que el sitio duró nueve meses, hasta que al fin el hambre mas bien que la fuerza triunfó de los sitiados. En esa misma época Requesens restituido precipitadamente á Bruselas á fin de sofocar una nueva insurreccion de sus soldados que acababa de estallar en el Brabante, fue atacado de una violenta calentura, y murió á los cinco dias en 1576 sin haber podido firmar los despachos en que nombraba gobernador de los Paises Bajos al conde Barlaimond y conferia el mando del ejército al conde de Mansfeld. Por esta causa la autoridad fue puesta en manos de un consejo de Estado del cual esos dos personages eran individuos. El poder de esta manera dividido fue perdiendo su firmeza tanto mas cuanto sus depositarios no estaban de acuerdo en órden al objeto que debian proponerse. Querian unos mantenerse fieles al rey de España; y otros, á saber, los dispersos del Brabante y de Hainaut que eran adictos al príncipe de Orange, deseaban declararse independientes. Felipe creyó oportuno confirmar provisionalmente la usurpacion del consejo cuyo primer acto fue licenciar un regimiento compuesto de alemanes, á fin de aliviar de poco en poco el pais de la carga de tantos soldados. La guarnicion española de Ziricziée temiendo que se la tratase del mismo modo se sublevó de repente, depuso á su gefe el coronel Mondragone, reemplazó á los demas oficiales con soldados y escribió al consejo reclamando las pagas atrasadas. Cansados muy luego de esperar una res-

puesta los soldados abandonan á Duveland y Scouven conquistadas con tanta sangre y fatiga y se precipitan en el Brabante. Niéganse á escuchar al conde de Mansfeld y á Julian Romero su compatricio, continúan avanzando y sorprenden á Alost ciudad inmediata á Bruselas, diciendo que esa ciudad les serviria de gage para asegurar el pago de lo que reclaman. A semejante nueva el consejo de estado tomó el partido de armar á los habitantes contra los amotinados á quienes se declaró rebeldes y enemigos públicos; mas como esa asamblea era víctima de las mas acaloradas disensiones, los amigos del príncipe de Orange que formaban parte de la misma sublevaron el pueblo de Bruselas, apoderáronse de los condes de Mansfeld y Barlaimont, del presidente Viglius y de algunos otros consejeros partidarios de la España, y luego convocaron á los diputados de todas las provincias que acudieron al llamamiento. De esta suerte el gobierno fue á parar á manos de los adversarios de Felipe.

Mientras tanto continuaba empeñada la lucha entre las tropas de los estados y los españoles. Un destacamento de estos encerrado en la fortaleza de Maestricht se apoderó de toda la ciudad haciendo marchar como vanguardia á las mugeres y á los habitantes de un cuartel llamado el Wich. Tendrá presente el lector que los amotinados ocupaban á Alost, y habiendo sabido entonces que sus compatricios sitiados en la ciudadela de Amberes estaban muy próximos á sucumbir se pusieron en marcha á las órdenes de Navares á quien habian elegido para que los mandase; en el camino fueron alcanzados por Vargas y por Romero á la cabeza de algunos soldados, penetraron juntos en el fuerte, y habiéndose apoderado de las trincheras hechas por los ambereses los persiguieron hasta la ciudad á la cual pegaron fuego. Entonces tuvieron principio escenas de muerte y de devastacion, cuyo relato avergüenza á la humanidad. Los vencedores abitos de riquísimo botin sentian dispertarse de mas en mas la codicia que los devoraba, y

durante tres dias cometieron todos los escesos que son capaces de producir la crueldad, el libertinage y la avaricia. Las calles estaban llenas de cadáveres, y en las casas resonaban los gritos de los desventurados á quienes hacian sufrir los mas atroces martirios para obligarlos á declarar en dónde habian ocultado los tesoros muchas veces imaginarios. Cansados finalmente mas bien que hartos se marcharon de la ciudad en donde solo dejaban humeantes ruinas. Amberes era entonces la ciudad mas opulenta de los Paises Bajos; su saqueo les valió á los españoles dos millones de escudos de oro; siete mil habitantes fueron asesinados ó murieron en las aguas del Scheldt, y mas de quinientas casas quedaron consumidas por las llamas.

Esta catástrofe aumentó el odio que contra los españoles habia: de manera que los diputados resolvieron valerse de todos los medios imaginables para echarlos del pais. Los soldados de Felipe ocupaban todavía la ciudadela de Gante en la cual se resistieron tenazmente alentados por la esposa de su gefe el coronel Mondragone que en ausencia de su marido estaba encargada del mando, y lo desempeñó con una valentía varonil y una firmeza de alma superior á su sexo: mas á pesar de esto cedió á la amenaza de un asalto cuyo éxito no parecia dudoso. Poco despues los estados ajustaron en 1576 é hicieron publicar á son de trompeta y con mucho aparato el célebre tratado conocido con el nombre de *Pacificacion de Gante*. Contenia veinte y cinco artículos, y los principales de ellos estipulaban que todas las provincias se prestarian mutuamente ausilios y emplearian todos sus esfuerzos á fin de espulsar del territorio las tropas estrangeras. Que los ciudadanos de Holanda, de Zelandia, y sus correligionarios no pondrian obstáculo alguno de hecho ni de palabra al ejercicio del culto católico. Que se suspenderia la ejecucion de los edictos publicados por el duque de Alba contra los hereges. Que se anularian todas las sentencias pronunciadas en materias políticas y religio-

sas. Que serian restituidos todos los bienes confiscados y se echarian abajo todas las estatuas, trofeos é inscripciones levantadas por el duque de Alba.

Presentóse en aquel momento un personage cuya aparicion iba á dar á los negocios distinto aspecto. Ese personage era D. Juan de Austria hermano natural de Felipe II á quien este monarca acababa de confiar el gobierno de los Paises Bajos. La gloria de D. Juan habia resonado por la cristiandad entera desde que venció á los turcos en Lepanto; pero la mision que se le encomendaba era mas difícil que ganar batallas, pues desde luego debia apoderarse del mando de que solo tenia el título, y luego aprender á usar de él en medio de las mas críticas circunstancias. Temiendo sufrir algun retardo en el camino se vistió con el trage de un esclavo negro que estaba al servicio de Octavio Gonzalo, ennegrecióse el rostro, y con este disfraz atravesó la Francia. Llegado apenas á Luxemburgo dejó ese trage é hizo entender al consejo congregado en Bruselas que iba con todos los poderes de la soberanía. Los gefes españoles á quienes se comunicó la misma noticia junto con la órden de que suspendiesen las hostilidades obedecieron al momento, pero los consejeros y los miembros de los estados se mostraron menos dóciles y se dirigieron al príncipe de Orange á fin de proceder en virtud de sus órdenes, y el príncipe en una larga carta de fecha de Middelbourg respondió: Que habiendo comprado la libertad á tanta costa no debian perderla nuevamente sin condiciones; y que en consecuencia era preciso exigir que saliesen las tropas estrangeras y obligar al príncipe á que jurase que mantendria el convenio de Gante. Entonces enviaron á D. Juan al diputado Ischius para que le hiciese entender la voluntad de los estados. El mensagero confió á la discrecion de un amigo su embarazosa comision, cuyos términos lejos de disfrazar lo que podia ofender al gobernador eran muy capaces de ofender su orgullo; mas Ischius ni queria variar las espre-

siones del encargo ni llamar sobre sí la cólera del príncipe. «Imitad á Alejandro, le dijo el amigo, cuando cortó el »ñudo gordiano: dad de puñaladas á D. Juan al quedaros »con él á solas, y con esto no habréis de temer los efectos »de su indignacion y estaréis seguro de la gratitud de los »estados.» Ischius no se atrevió á seguir este temerario consejo, y tan solo procuró adulzorar la aspereza del mensage de que era portador. Oyóle D. Juan con paciencia y le contestó con tanta afabilidad que hizo suyo el corazon de Ischius, el cual á la vuelta elogió en tales términos al gobernador que se hizo sospechoso y nombraron en su lugar á otro con el fin de que en términos mas moderados insistiese en las mismas condiciones. El nuevo negociador entregó ademas al príncipe la copia del acta titulada *Union de Bruselas*, que acababan de firmar los representantes de todas las provincias. Despues de negociaciones que duraron muchos meses, siguiendo D. Juan el consejo de Escobedo su confidente y secretario tomó el partido de ceder á la necesidad, y en virtud de un tratado concluido en Marche-en-Famenne, prometió despedir de los Paises Bajos en el espacio de cuarenta dias las tropas españolas, alemanas é italianas que estaban al servicio del rey de España, poner en libertad al conde de Buren primogénito del príncipe de Orange (1); y á su vez los estados debian comprometerse á mantener la religion católica y á obedecer á Felipe en la persona de D. Juan segun estaban obligados. La marcha de las tropas españolas se verificó casi inmediatamente, si bien les fue sensible entregar las plazas y las fortalezas de que se habian apoderado; mas sin embargo al atravesar las ciudades con una especie de pompa triunfal no dejaron de inflamar el odio de los habitantes cuyos despojos se llevaban colocados en una multitud de carros (2). D. Juan se trasladó luego á

(1) Cuando su padre dejó los Paises Bajos el conde de Buren tenia doce años y se hallaba estudiando en Londres, de donde Alba le hizo arrebatar y conducir á España. Allí estuvo en una especie de cautiverio cerca de veinte años.

(2) Vid. Strada tomo II, pág. 425 y siguientes.

Bruselas en donde se puso al frente del gobierno. Pronto estalló la discordia entre este y los estados, pues el primero aspiraba á recobrar la plenitud de su autoridad, y los segundos hacian por circunscribirla en los mas angostos límites. D. Juan manifestó desear que se le reconociese gefe supremo del ejército y se le diera facultad de conferir todos los empleos y dignidades; mas no habiendo podido alcanzar lo uno ni lo otro dirigió pliegos á Felipe escritos en cifras y reclamando tropas para sostener sus proyectos. Esos pliegos cayeron en manos del rey de Navarra, despues Enrique IV de Francia, quien los hizo entregar al príncipe de Orange, y D. Juan mientras esperaba la respuesta del monarca español, con el pretesto verdadero ó fingido de que Guillermo queria atentar á su vida, salió de Bruselas diciendo que iba á recibir á Margarita de Valois hermana del rey de Francia, la cual se trasladaba á Spa. Hízola el príncipe los mas grandes honores, y como se hallase cerca del castillo de Namur manifestó deseos de visitarle. Recibióle el gobernador y le introdujo en la fortaleza con todo su séquito, cuando hé aqui que algunas tropas emboscadas se apoderaron de la puerta é hicieron al príncipe dueño de la plaza. Aprovechóse Guillermo de esta circunstancia para publicar la correspondencia de D. Juan que le fue entregada por el príncipe de Navarra, lo cual desde luego hizo estallar un rompimiento entre el gobernador y los estados. Estos levantaron tropas é hicieron venir á Bruselas al príncipe de Orange confiriéndole el título de *Ruart* ó gobernador del Brabante, antigua dignidad abolida por el tiempo y cuyo restablecimiento se creyó entonces oportuno. Esa dignidad conferia una especie de dictadura, y Guillermo comenzó á desempeñarla demoliendo la ciudadela de Amberes, con lo cual se granjeaba la gratitud de los habitantes de aquella ciudad que todos á una tomaron parte en la destruccion de la fortaleza. El pueblo de Gante imitó el ejemplo de Amberes echando abajo el castillo construido allí por órden del duque de Alba,

y otro tanto se verificó en todos los lugares en que los españoles habian levantado fuertes para tener sujeto al pueblo.

El duque de Luxemburgo y el conde de Namur eran los únicos que sostenian el partido de D. Juan, el cual hubiera acabado muy pronto si la ambicion del poder que dividió á sus adversarios no le hubiese dado nuevos brios. Efectivamente la elevacion del príncipe de Orange alarmó muy pronto el asombradizo patriotismo de los estados y ofendió el orgullo de la nobleza; y el temor de los unos y el resentimiento de los otros produjeron una liga, cuyo aparente objeto era la defensa de la religion católica amenazada de una persecucion inmediata, puesto que el depositario del poder habia abjurado el catolicismo para abrazar el culto predicado por Calvino. El duque de Arschot se puso á la cabeza del partido católico, y retirado en Gante con sus principales amigos, envió un gentil hombre flamenco al archiduque Matías hermano del emperador Rodolfo II, invitándole á que en nombre del rey de España se encargase del gobierno de los Paises Bajos. El archiduque que aun no tenia veinte años tomó sobre sí ese cargo cuyo peso y cuyas dificultades no podia conocer, y se fue secretamente á Maestricht en 1577. Su llegada nada le hizo perder á Guillermo, quien aprobando abiertamente la eleccion de Matías le hizo firmar un tratado en cuya virtud el príncipe conservaba la pompa y todas las apariencias de la autoridad que ejercian el consejo y los estados. Estos dos cuerpos obedecian la voluntad de Guillermo, quien espulsó de ellos á sus adversarios sustituyéndolos con amigos. Entonces despojaron á D. Juan de su cargo, y declarándole perturbador de la paz pública le mandaron salir de los Paises Bajos.

El héroe de Lepanto resolvió apelar á su espada, mucho mas cuando acababan de llegarle de Italia algunos millares de veteranos españoles á las órdenes de Alejandro Farnesio duque de Parma é hijo de Margarita, antigua regente de los Paises Bajos. Con semejante segundo que no podia haberlo

mas perito se puso el príncipe en campaña, llevando en el ejército un estandarte en el cual estaba pintada una cruz con este mote: *In hoc signo vinci turcos, in hoc signo vincam hereticos*. Al mismo tiempo habia conseguido del papa Gregorio XIII el perdon de los pecados de sus tropas, las cuales recibieron esta gracia con la mayor satisfaccion y respeto. Mandaba el ejército de los estados Antonio de Coignies gentil hombre del Hainaut que habia militado con los generales de Cárlos V y cuya pericia disputara indudablemente la victoria á sus adversarios si le hubiesen secundado las tropas que á sus órdenes tenia; mas en tanto no fue asi como que atacadas estas cerca de Gembloux ciudad puesta á tres leguas de Namur, se dejaron vencer por mil doscientos caballeros españoles. La accion duró hora y media; los vencedores no perdieron mas que nueve hombres, cogieron treinta y cuatro banderas, toda la artillería, los bagages y al general enemigo. En seguida se apoderaron de Gembloux en donde habia considerable número de armas y municiones; y como no se creian bastante poderosos para marchar sobre Bruselas, se apoderaron á viva fuerza ó por medio de amenazas de Tirlemont, Louvain y muchas otras plazas. Los habitantes de Sichem fueron los únicos que osaron hacer una imprudente resistencia; mas el duque de Parma fue á atacarlos en persona y manchó su victoria con el saqueo de la ciudad, cuya mayor parte de habitantes fueron robados y muertos, cuando ya la guarnicion habia perecido en el combate, ó bien anegada en el rio, ó despues de la pelea á manos del verdugo.

Cuando llegó á noticia de Guillermo y de Matías la derrota de Gembloux salieron de Bruselas para refugiarse en Amberes en donde podian esperar con seguridad la marcha de los sucesos. Como los estados por su parte no tenian mas objeto que prolongar la lucha buscando sostenedores en todas partes, y como entonces estaba convocada una dieta en Worms se aprovecharon de esa circuns-

tancia para implorar el ausilio de los príncipes del imperio. Juan Casimiro conde palatino que era uno de ellos levantó desde luego soldados con el oro que proporcionaba Isabel de Inglaterra, y en la misma época los estados entablaban negociaciones con el duque de Alençon hermano de Enrique III rey de Francia, y en virtud de ellas este príncipe aceptando el título de protector de las provincias bátavas prometia tener en pie de guerra diez mil infantes y otros tantos caballos, y combatir con los españoles. Como prenda debian entregársele las ciudades de Laudresies, Quesnoy y Bapaume con el pacto de devolverlas despues de la guerra, y ademas se estipuló que si conquistaba alguna cosa al enemigo se repartiria entre el duque y los estados. Reunido el príncipe frances con las tropas mandadas por el archiduque Matías fue atacado por D. Juan á quien rechazó despues de haberle muerto nuevecientos hombres; ventaja de la cual no supieron sacar partido alguno porque las miras y las esperanzas de los confederados no eran las mismas, como que unos querian tan solo asegurar la conservacion de sus privilegios, y los otros estaban resueltos á emanciparse del dominio de España. A esta divergencia se añadia otro motivo de desunion hijo de las opiniones religiosas. La Flandes, la Zelandia y la Holanda reclamaban la libertad de conciencia, mientras que el Hainaut, el Artois y las provincias walonas insistian en no permitir mas que el ejercicio del culto católico. Esta discordia llegó tan allá que hubo un rompimiento entre walones y flamencos los cuales llegaron á las manos; y D. Juan que estaba á punto de recibir un poderoso refuerzo sin duda hubiera llevado la mejor parte á no arrebatarlo la muerte en la flor de su edad en el año 1578. No puede afirmarse si el motivo de su fallecimiento fue una enfermedad ó un crímen, y por otra parte es tan temerario como superfluo querer aclarar este punto y ponderar las encontradas aseveraciones de los contemporáneos y de los historiadores que han venido despues.

Aun cuando fuese lícito achacar al carácter de Felipe la posibilidad de ser mandatario de un fratricidio, siempre es un acto de injusticia que no cometerémos nosotros, condenar por cosa que no está probada. Las pruebas que hay contra el hijo de Cárlos V se reducen á reflexiones fundadas en los ambiciosos proyectos de D. Juan que negociaba su matrimonio con Isabel, cuyo apoyo habia de asegurarle la soberanía de los Paises Bajos. Esta asercion se apoya en el asesinato de Escobedo confidente y secretario de D. Juan, que fue llamado á España despues de la muerte del príncipe é inmolado por órden de Felipe. No se sabe la verdadera causa de ese atentado y nada indica que esté tan estrechamente unido con la suerte de D. Juan (1).

El duque de Parma tomó el mando que le dejaba una cláusula del testamento de su predecesor y se mantuvo en su campamento de Namur dejando á la discordia que dividia á sus adversarios el cuidado de combatir en favor suyo. Los acontecimientos justificaron el acierto de este cálculo, pues los confederados no estando ya contenidos por la inminencia del riesgo sacrificaron la causa general á los intereses particulares de las provincias. El Artois y el Hainaut publicaron su resolucion de mantenerse católicos y de reconciliarse con Felipe si se les restituian sus privilegios; los ganteses adoptaron principios completamente opuestos, pues querian continuar separados de la Iglesia romana, y no estar mas sujetos al yugo español; en vista de lo cual el príncipe de Orange vaticinando la disolucion de la liga general de los Paises Bajos, consiguió formar una nueva alianza entre las provincias del norte en las cuales su influjo tenia profundas raices. El tratado concluido en Utrecht en 29

(1) En nuestra historia de España hemos continuado en sumario el relato de los antecedentes que precedieron á la muerte de Escobedo, la cual vino á ser el auto de oficio del proceso instruido contra Antonio Perez. Referimos al lector á nuestra obra, pues si quisiéramos continuar aqui una noticia de aquellos acontecimientos nos alejaríamos demasiado del objeto del presente libro. (*N. del T.*)



de enero de 1579 por el gobernador de la Gueldre, los diputados de Holanda, Zelandia, Utrecht y Groninga, decia en resúmen que estas provincias se unirian entre sí conservando no obstante sus franquicias é inmunidades particulares: que las contribuciones se fijarian por unánime consentimiento de los miembros de la Union: que la Holanda y la Zelandia arreglarian de un modo especial el ejercicio de su religion sin impedir por esto que las otras provincias siguiésen el culto que les pareciera preferible: que los estados y las ciudades de la comunion romana serian admitidos en la confederacion con tal que adoptasen los demas artículos del tratado; y que cualquiera diferencia que se suscitase entre las provincias seria sometida y terminada por la asamblea general de la confederacion.

Esta célebre acta llamada *Union de Utrecht* contenia veinte y seis artículos, y si bien es verdad que ninguno de ellos rechazaba el gobierno de Felipe, la absoluta omision del nombre de este príncipe hecha muy de intento era virtualmente un rompimiento definitivo. Gante suscribió á la Union, pero las provincias walonas se separaron de ella por efecto de los mezquinos zelos de algunos señores y del atinado proceder del duque de Parma, quien despues de una negociacion entablada y concluida aprobó en 1579 el tratado de Arras que dichas provincias habian firmado. Presentóse Parma al acabarse el banquete, y se mostró tan afable y gustaron tanto sus graciosos modales y sus felices ocurrencias que como por encantamento allanó todas las dificultades. Al dia siguiente la obra de la pacificacion estaba terminada y Felipe la ratificó á toda prisa. Los dos convenios de Arras y de Utrecht tuvieron en los negocios un influjo decisivo, y creando disensiones religiosas que nada pudo calmar, quebrantaron la union de las diez y siete provincias y la hicieron imposible para lo sucesivo.

Mientras tanto el duque de Parma habia ya roto las hostilidades atacando á Maestricht cuya guarnicion y cuyos ha-

bitantes dirigidos por el célebre ingeniero Sebastian Tappin hicieron la mas viva resistencia que tuvo un cruel castigo, pues tomada la ciudad por asalto, durante tres dias los vencedores cometieron en ella toda clase de escesos. Esterminaron la poblacion de manera que únicamente salieron con vida cuatrocientas personas entre soldados y habitantes. En vano quiso el emperador de Alemania evitar la efusion de sangre ofreciendo mediar en ello, y en vano á solicitud suya se abrieron negociaciones en Cologne, pues ni esto ni aquello produjo resultado alguno, porque el rey de España y los representantes de las provincias walonas se negaban obstinadamente á permitir el ejercicio de la religion reformada, y por su parte el príncipe de Orange no queria acceder á una pretension que condenaba á los protestantes al destierro ó á la apostasía. No fue posible que se pusiesen de acuerdo, y se continuó con encarnizamiento la guerra que nó por las negociaciones se habia interrumpido; y como las provincias separadas de la causa sostenida por Guillermo no se unieron al monarca español, este para decidirlas á que volviesen á su obediencia envió á Margarita á los Paises Bajos en donde su regencia habia dejado recuerdos gratos á la muchedumbre, gracias al despotismo y á las crueldades de su sucesor. La duquesa impaciente por empuñar otra vez las riendas del gobierno se trasladó á Namur; mas el príncipe de Parma se negó á dividir el poder ni aun con su madre. No habiendo podido conciliar Felipe esas dos ambiciones rivales, abandonó su proyecto y Margarita hubo de conformarse con no representar mas papel en política y desde entonces vivió oscura, y segun dicen murió entre las privaciones y las amarguras de la pobreza, por no satisfacérsele la pension prometida.

Mientras Guillermo se disponia á luchar contra su enemigo en el campo de batalla trataba de minar su poder por otro camino, y á este fin en 1580 convocó los estados generales en Amberes. Tenia esperanzas de inclinar la asamblea

á que se emancipase del yugo de España, ya declarándose independiente, ya dándose otro señor. La asamblea estuvo por lo último; si bien unos querian por soberano al duque de Alençon y otros preferian á la reina de Inglaterra; pero no se tomó resolucion alguna porque los diputados creyeron que debian ir personalmente á pedir instrucciones acerca de este importante asunto. Apenas el monarca español tuvo noticia de este ataque á sus derechos, determinó vengarse en particular del príncipe de Orange á quien atribuia el plan, y lanzó contra él un edicto de proscripcion dotando su cabeza como principal perturbador del estado, de la cristiandad y principalmente de los Paises Bajos. En ese documento enumera el rey todos los favores de que ha colmado al príncipe y las dignidades que le ha conferido, y luego le acusa de fomentador de los disturbios que, merced á sus intrigas y á su tolerancia de que se introdujera la heregía, estallaron en los Paises Bajos. Le vitupera luego el haber atentado y dirigido á los que profanaron las iglesias, hicieron pedazos las imágenes de Cristo y de sus santos y saquearon los monasterios. Descendiendo despues á la vida privada de Guillermo, afirma que con ultrage de la religion y de la moral pública contrajo segundo matrimonio con una monja; y últimamente despues de calificarle de autor de los males sufridos en las Provincias Unidas, á las cuales sus intrigas escitaron á la rebelion, promete veinte y cinco mil escudos de oro y el título de nobleza al que le entregue el príncipe de Orange muerto ó vivo, y ofrece ademas recompensas pecuniarias y otros títulos de nobleza á los que ausilien al principal autor de la empresa.

Guillermo contestó á este escrito con una apología de su conducta dirigida á los estados generales, y desde luego da por sentado que ni él ni sus predecesores deben gratitud alguna á la casa de Austria, la cual por el contrario ha recibido grandes servicios de la de Nassau. Viniendo luego al punto de su matrimonio contesta al acusador con las terribles

palabras de que le pega mal al matador de su muger y de su hijo, al hombre que despues de abusar de D.ª Eufrasia no vaciló en introducir en una familia ilustre un heredero ilegítimo dándosela por muger al príncipe de Ascali cuando ya estaba en cinta; que le pegaba mal poner en duda la validez de un matrimonio conforme con las leyes y declarado tal por el parlamento de Paris. Atribuye los disturbios al orgullo, á la tiranía y á la codicia de Felipe, á los rigores del tribunal de la inquisicion establecido por órden suya, y á las injusticias y crueldades del duque de Alba. Confiesa haber deseado que se reconociese como un derecho la libertad de conciencia; y mas adelante despues de echar en cara á Felipe que aprobó los escesos cometidos por Alba dice: «escoja el partido que quiera; ó se cometieron por »órden del rey, ó se cometieron sin órden suya. En el pri»mer caso es un tirano, y en el segundo merece el mismo »dictado porque no castigó al que por autoridad propia ejer»cia semejante tiranía contra un pueblo libre. En ambos »casos pues, el rey es el verdadero culpable. Felipe prome»te veinte y cinco mil escudos al que me ponga en sus ma»nos vivo ó muerto, y dice que dará nobleza si no la tiene »al que cumpla un acto tan generoso; pero si el que ejecu»ta esta maldad es de raza noble, ¿habrá por ventura un »gentil-hombre de los que saben qué cosa es la nobleza que »consienta en rozarse siquiera con el cobarde infame que »haya muerto á un hombre por dinero? No hay ninguno tan »abyecto que tal haga. Si los españoles tienen por nobles á »semejantes gentes, si tal es en Castilla el camino del honor, »ya no me sorprende que todo el mundo crea que la mayor »parte de los españoles y principalmente de los que se lla»man nobles son de sangre de marranos y de judíos, y que »han heredado esta virtud de sus antecesores que vendie»ron á dinero contante la vida de Nuestro Señor Jesucristo.»

Su escrito termina con las siguientes palabras dirigidas á los diputados: «Permita Dios, señores, que mi destierro

»perpetuo ó mi muerte os libren de tantos males y calami- »dades como los españoles os preparan: entonces el des- »tierro seria dulce, y agradable la muerte. ¿Acaso espuse »yo mis bienes para enriquecerme? ¿Acaso perdí á mis her- »manos á quienes amaba mas que á mi vida con la espe- »ranza de encontrar otros? ¿Acaso dejé preso por tanto »tiempo á mi hijo confiando que vosotros me le restituiriais »ó me dariais otro? ¿Qué precio ni qué recompensa puedo »yo esperar de mis largos trabajos sino el placer de con- »quistaros la libertad á costa de mi sangre, si es preciso »derramarla? Si vosotros, señores, juzgais que mi ausencia »ó mi muerte pueden seros útiles, disponed, enviadme has- »ta los confines de la tierra y obedeceré. Aqui está mi ca- »beza sobre la cual ningun príncipe ni monarca tiene poder »sino vosotros: disponed de ella para vuestro bien, y para »la salud y conservacion de vuestra república.»

Los estados reunidos en Delft cuando Guillermo dió á luz su apología en frances y en flamenco, declararon que este documento no se publicaria en nombre de ellos, porque su lenguage era demasiado acre y violento; mas la defensa del príncipe derramada por toda la Europa fue leida con afan y le granjeó la estimacion universal; mientras que echó una indeleble mancha en el carácter y en la política de su adversario, cuya impotencia era por otra parte bien manifiesta puesto que no podia vencer á Guillermo sino recurriendo al asesinato. A pesar del ascendiente que á este último daban sus servicios y su genio, no pudo impedir que los estados ofreciesen la soberanía al duque de Alençon hermano de Enrique III. En el año 1580 fue á encontrar al príncipe frances en el castillo de Plessis-les-Tours una diputacion, la cual ajustó con él un tratado compuesto de veinte y siete artículos de entre los cuales mencionarémos solo los mas importantes. El duque se obligaba á convocar los estados una vez cada año sin perjuicio de que ellos se reuniesen siempre que lo juzgaran conveniente. Obligóse á pro-

teger igualmente el ejercicio de los diferentes cultos tolerados en el pais. Se le concedió facultad de conferir todos los empleos con la aprobacion de los estados. Comprometíase tambien á fijar su residencia en los Paises Bajos: estipulábase asimismo que las provincias belgas nunca podrian ser reunidas á la Francia: finalmente los estados se reservaban el derecho de renunciar á la obediencia jurada al duque en el caso en que este faltara á sus compromisos. En aquella negociacion hubo un accidente curioso y fue que el conde de Santa Aldegonda presidente de la diputacion convino sin que sus colegas lo supieran en que el príncipe de Orange seria declarado soberano de la Holanda y de la Zelandia con el pacto de reconocerse vasallo del duque de Anjou. Lo que por otra parte prueba la existencia de este convenio de que nos da noticia Strada y que tiene á favor suyo el testimonio de Grossius, es que pocos meses despues las dos provincias de que se trata reconocieron á Guillermo por su príncipe hasta el fin de la guera empeñada con España. Esta declaracion no era mas que el preludio de otra tomada por los estados generales reunidos en la Haya, los cuales despues de declarar á Felipe II reo de haber conculcado las libertades del pais y violentado las conciencias le desposeyeron del reino. Echáronse abajo sus estatuas, rompiéronse sus retratos, desapareció su efigie de las monedas, y su nombre no figuró mas á la cabeza de los documentos públicos. Obligóse ademas á los magistrados y á las personas que tenian algun grado en el ejército ó desempeñaban algun destino á prestar nuevo juramento en julio de 1581. El archiduque Matías viéndose reemplazado por el hermano de Enrique III tomó el partido de retirarse y volvió á Alemania con una pension de cincuenta mil florines. Si hemos hablado tan poco de este príncipe consiste en que no llevó á los confederados mas que su nombre: nunca se presentó en los campos de batalla, ni pensó ni obró sino por Guillermo cuya voluntad seguia ciegamente. Cierto que Matías alimenta-

ba la idea de hacerse soberano de los Paises Bajos; pero sus tentativas se limitaron á intrigas sin importancia y por lo mismo sin resultado.

El duque de Anjou no tardó en ponerse en campaña para ir al ausilio de Cambray sitiada por el duque de Parma, y obligó á los españoles á retirarse; mas forzado por falta de dinero á licenciar sus tropas, no pudo sacar partido alguno de sus triunfos y se marchó á Inglaterra cerca de la reina Isabel cuya mano apetecia. Libre de los franceses el duque de Parma atacó á Tournay con la esperanza de que fácilmente se apoderaria de la plaza, mucho mas cuando estaba ausente de ella su gobernador el príncipe de Epinoy. La esposa de este sin embargo se habia quedado en la ciudad y reemplazó dignamente á su marido, alentando el valor de los soldados y de los ciudadanos con las palabras y con su ejemplo, pues combatió en la brecha y en ella fue herida. Perdida no obstante la esperanza de que la socorrieran alcanzó una amnistía para los habitantes y salió de la ciudad á la cabeza de la guarnicion con banderas desplegadas y llevando todo el bagage. Mientras tanto el duque de Alençon que lo era ya de Anjou volvió de Inglaterra en donde durante largos meses habia hecho con mucha asiduidad la corte á la reina; pero esta bien fuese capricho, bien razon, habia roto los empeños contraidos antes con el príncipe frances, quien de pronto manifestó grande indignacion y despecho. La promesa de un poderoso ausilio apaciguó luego su resentimiento; y desembarcó en Flesinga á la cabeza de una escuadra de quince buques que le proporcionó la Gran Bretaña. En Amberes fue recibido con grandes honores y proclamado duque de Brabante. Guillermo que estaba presente en la instalacion del nuevo príncipe le puso por sí mismo el manto en cuya ocasion el duque le dijo sonriéndose: *atadlo bien para que no me lo puedan quitar*.

Los regocijos públicos con que se celebraba este acontecimiento fueron turbados por una tentativa de asesinato di-

rigida contra el príncipe de Orange á quien un jóven vizcaino pegó un pistoletazo atravesándole con la bala los dos carrillos. El asesino escogió el dia en que Guillermo daba un convite al duque de Anjou, y habiéndose acercado á él para entregarle un memorial, aprovechó el momento á fin de consumar el crímen que meditaba. En el acto fue muerto por los guardias de Guillermo, y las cartas que se le encontraron encima descubrieron que se llamaba Jáuregui y que la superticion unida á la codicia habian armado su brazo. Súpose en efecto que Jáuregui era dependiente de un banquero español el cual le habia ofrecido en nombre de Felipe ochenta mil ducados y una encomienda de Santiago. Un fraile que frecuentaba la casa del banquero impulsó al asesino prometiéndole en recompensa la gloria eterna, y él mismo le administró la Eucaristía poco antes de cometer el delito. Asi el fraile como el banquero que tambien habia influido para decidir al matador fueron presos y sufrieron los atroces tormentos que estaban entonces en uso. Derramóse por toda Europa la nueva de que Guillermo habia muerto, y el duque de Parma participó ó afectó participar del comun error, ya que con este motivo escribia á las principales ciudades belgas: «Dios se ha servido de la muerte del príncipe de Orange para abriros los ojos y haceros ver las falsedades con que os ha sumido en la esclavitud y en la miseria. Aprovechaos pues de este desengaño para entrar en vuestro deber, y contad con que la clemencia del rey está dispuesta á perdonar á los que se arrepientan.»

Las promesas del virey de Felipe no fueron creidas por nadie, y Guillermo restablecido muy luego se presentó al lado del duque de Anjou cuando este fue á visitar las ciudades de Gante, Brujas y otras de Flandes en las cuales se hizo reconocer como soberano. A pesar de esto los límites puestos á su autoridad ofendian el orgullo del príncipe frances y desagradaban sobre todo á sus favoritos, quienes le decidieron á librarse de un yugo que era tan pesado para

su altivez como para sus derechos. Resuelto pues á posesionarse á viva fuerza de las plazas mas importantes y á emanciparse de la tutela de los estados, se encargó de reducir á Amberes mientras que sus oficiales se apoderaban de las plazas confiadas á su lealtad. Con este objeto el duque llenó la casa en que vivia de soldados á quienes supuso dependientes de su casa; mas este movimiento no se escapó á la vigilancia del burgomaestre quien hizo poner cadenas en las calles y cerrar las puertas de la ciudad. Adelantada por el duque la hora de la comida salió en compañía de doscientos caballos y se presentó en Kipdorp-Porte, y en el instante de pasar el segundo puente levadizo uno de los señores del séquito dió la señal convenida. Los franceses matan á los soldados de la guardia y retroceden gritando *la ciudad es nuestra, mueran mueran*; mas los ciudadanos de Amberes se reunen al toque de rebato y hostigan á los franceses que son muertos por las balas ó aplastados por los muebles que les arrojan desde las ventanas. Al mismo tiempo los habitantes se apoderan de las casas inmediatas á Kipdorp-Porte obstruida por los amontonados cadáveres de los estrangeros. El duque de Anjou se creyó por un momento dueño de la ciudad, pues viendo saltar de las murallas al foso á muchos hombres juzgó que los ambereses buscaban su salvacion en la fuga; pero reconociendo bien pronto su error se apresuró á ponerse en salvo y atravesando campos inundados llegó á Termonde. Dos mil franceses perecieron en esta empresa tan criminal como insensata. El duque sin embargo apoyado por su hermano Enrique III y por el influjo de Guillermo pudo reconciliarse con los estados que bien conocian cuán impotentes eran para resistirse por sí solos á las armas de Felipe. Ajustóse un nuevo tratado, el cual no llegó á tener ejecucion porque el príncipe habia muerto algunos meses antes en Chateau-Thierry en 1584 y á la edad de treinta años, víctima de su libertinage ó acaso de un veneno. Aunque se constituyó defensor de la libertad de los Pai-

ses Bajos no tenia corazon bastante leal ni carácter asaz firme para representar semejante papel, que á fuer de hombre educado con las máximas del despotismo no conocia tampoco.

Los esfuerzos que hizo el príncipe de Orange á fin de negociar un arreglo con los franceses fueron mal interpretados por los vecinos de Amberes, quienes despues de acusarle de traidor llevaron la violencia hasta el punto de invadir su casa en busca de los franceses que suponian tener ocultos en ella para entregarles la ciudad. Víctima Guillermo de sospechas tan estravagantes como no merecidas, ni quiso desafiar la cólera del pueblo ni descender hasta justificarse, sino que salió de Amberes y fue á retirarse á Zelandia. Entre tanto el duque de Parma aprovechando el desacuerdo de los confederados hacia diariamente nuevos progresos en la Flandes, y valiéndose ya de la traicion ya de la fuerza sujetó las ciudades de Dunkerque, Newport, Brujas, Furnes y muchas otras. A pesar de esto los estados continuaron manifestando con actos positivos que se consideraban independientes; puesto que acuñaron moneda en que la efigie del monarca era reëmplazada por un leon y la leyenda española por otras varias leyendas. La muerte del duque de Anjou que dejó á las provincias abandonadas á sí mismas sin protector y sin guia hizo comprender á los diputados que debian pagar la deuda del reconocimiento. Varias veces habian pedido gefes á la Francia, á la Alemania y á la Inglaterra; mas esos personages no justificaron las esperanzas de la nacion, por cuyo motivo se dirigieron esta vez á Guillermo y firmaron con él un tratado ó por mejor decir un contrato con las mismas condiciones que fueron propuestas al hermano de Enrique III. Ibanse á principiar los preparativos de la ceremonia, en la cual debian entregarse á Guillermo el título y las insignias del poder supremo, cuando pereció repentinamente á manos de un asesino. Residia entonces el príncipe en Delf, y á pesar de su prudencia se habia dejado sorpren-

der por el celo religioso que afectaba un tal Pedro Guyon, hombre de la confianza de Nassau, á quien sirvió de correo para llevar la correspondencia á sus correligionarios de Francia. Llamado por Guillermo que queria entregarle otras cartas se trasladó al palacio á la hora fijada, y acercándose al príncipe le atravesó con dos balas. Cayó Nassau en brazos de su hermana la condesa de Swartzemberg diciendo: *Dios mio, tened compasion de mí, soy muerto; tened compasion de mi alma y de este pobre pueblo*. En medio del trastorno causado por esta escena el asesino tuvo tiempo de llegar á la calle, mas perseguido por los criados de la víctima fue alcanzado cerca de la muralla en el momento en que iba á arrojarse al foso. De su interrogatorio se dedujo que se llamaba Baltasar Gerarde, que era hijo del Franco Condado y que al parecer el fanatismo religioso armó su mano contra el príncipe de Orange escomulgado por el papa y condenado á la execracion de los católicos. Una carta del duque de Parma dirigida á Felipe y conservada en el archivo de Bruselas atestigua que Baltasar le habia confiado su proyecto, y en la misma se compadece de la suerte del asesino y aplaude su delito. Si se ha de dar crédito á ese escrito el rey de España tuvo parte en el asesinato y lo pagó acaso (1). Gerarde espió su crímen en un suplicio cuya atrocidad estremeceria en nuestros tiempos, puesto que le quemaron la mano derecha, le atenacearon los brazos, las piernas y los muslos, le arrancaron el corazon, cortáronle la cabeza y colgaron en las puertas de la ciudad su cuerpo hecho cuartos.

Los sucesos de la vida de Guillermo nos parecen suficientes para que apreciemos las grandes prendas de ese hombre á quien por una escepcion muy rara le fue dado transmitir sus virtudes políticas y guerreras al segundo de sus

(1) En el museo de la Haya se conservan las dos pistolas de que hizo uso el asesino. Tienen dos pies y medio de longitud, y estan al lado del vestido que llevaba en ese dia fatal el príncipe de Orange.

hijos el príncipe Mauricio que sostuvo la gloria del padre y consolidó la obra de la independencia á la cual puso aquel los cimientos. La segunda esposa del príncipe de Orange hija del ilustre Coligny y que habia visto degollar á su primer marido en la funesta noche del 24 de agosto de 1572, tuvo el dolor de ser testigo del asesinato del segundo consorte, pues se hallaba en la sala en que fue ejecutado.

DESDE LA MUERTE DE GUILLERMO

HASTA EL MATRIMONIO DE LA INFANTA ISABEL CON EL ARCHIDUQUE ALBERTO.

El imprevisto y trágico fin de Guillermo debia al parecer dar un golpe mortal á la causa de la independencia de los Paises Bajos, pero los diputados de todas las provincias que se hallaban en Delf, mas sorprendidos que desalentados por este infausto acontecimiento tomaron en el acto las oportunas medidas á fin de consolidar el nuevo órden de cosas y resistir los ataques de España. Encargóse el gobierno á un consejo de estado en que fue admitido Mauricio de Nassau hijo de Guillermo; mientras que la Holanda y las provincias de Utrecht y de Frisia organizaron un gobierno separado, confiándolo la primera á una junta de diputados elegidos entre los miembros de la asamblea general, y nombrando las otras stathouders cuyas disposiciones habian de ser aprobadas por el consejo de estado. Mientras tanto el duque de Parma dueño ya de la mayor parte de las provincias walonas se dispuso á recobrar el Brabante y la Flandes que aun no habia podido sujetar á sus armas. Se apoderó de Termonde cuyos habitántes redimieron el saqueo con la cantidad de sesenta mil florines, y en seguida marchó sobre Gante que temerosa de los estragos del hambre abrazó el partido de capitular conviniendo en satisfacer doscientos mil florines, y en entregar al duque doce ciudadanos princi-

pales condenados á sufrir todos los efectos de la venganza del vencedor. Este no aceptó mas que seis y ninguno llegó á perder la vida, pues tres de ellos se libraron del suplicio pagando un rescate considerable, otros dos huyeron, y el último alcanzó el perdon abjurando el protestantismo.

Los triunfos militares del duque siempre corrian riesgo de verse comprometidos mientras no fuese dueño de Amberes, porque la posesion de esta ciudad permitia á la Holanda y á la Zelandia que por mar enviasen diariamente socorros de toda especie á los insurgentes del Brabante. La caida de esta ciudad era probable que trajese consigo la de toda la provincia cuya rebelion sostenia con su ejemplo y con su apoyo; mas Amberes, pueblo entonces de cien mil habitantes, era probable que hiciese una enérgica resistencia puesto que debia su prosperidad al sistema de tolerancia establecido en su recinto, en donde protegidas por la ley celebraban sus respectivos cultos tres religiones enemigas. En contraposicion de esto el régimen español, cuyos ausiliares eran inquisidores y los misioneros soldados, debia causar por fuerza su ruina. Amberes por otra parte parecia hallarse en disposicion de desafiar impunemente todos los ataques. «Por el lado del Brabante, dice Schiller en su historia titulada *Revoluciones de los Paises Bajos*, estaba cercada de obras »inaccesibles y de fosos llenos de agua y cubierta por el an»cho y rápido rio del Escalda el cual le llevaba toda especie »de provisiones y le abria una fácil comunicacion con la Ze»landia, porque el flujo de la mar del norte penetra muy »adentro en el Escalda, haciendo retroceder su curso, y »Amberes se aprovecha de las opuestas direcciones que el »agua toma en diferentas épocas. Se necesitaba pues un »ejército para atacar la plaza por el lado de tierra é inter»ceptar las comunicaciones con la Flandes y el Brabante, y »ademas era necesario un crecido número de buques á fin »de bloquear el rio. Obligado el duque á diseminar sus tro»pas en las guarniciones no podia disponer mas que de diez

»mil infantes y de mil setecientos caballos, fuerza insufi-
»ciente para una empresa de tantos riesgos, y mas insufi-
»ciente aun porque esas tropas mal pagadas murmuraban
»de continuo y era fuerza que algun dia se insurreccio-
»nasen.»

Despues que Farnesio hubo ponderado en su interior las ventajas y los peligros de la empresa determinó acometerla y pasó desde luego á la ejecucion. Despues de rodear la ciudad por la parte de tierra, era ante todo indispensable apoderarse del Escalda defendido por los dos fuertes de la isla de Oel y de Lillo que estaban en poder del enemigo. El primero lo tomaron los españoles por asalto y en cambio perdieron dos mil hombres con intentar el ataque del otro. Este descalabro resolvió al duque á echar un puente sobre el Escalda á fin de impedir su paso; y sin embargo de que en ese punto el rio tenia una rápida corriente y una anchura de mil doscientos pies, Farnesio consiguió su objeto. Colocóse el puente entre Calloo en Flandes y Orderen en Brabante, y se construyó en cada estremidad un fuerte con los nombres de Santa María y Felipe. Los ambereses confiados en la solidez de sus murallas y en el ímpetu y masa de las aguas del rio contemplaron sin temor alguno las primeras operaciones del duque. Guillermo vituperó la temeridad de los españoles, pero habia aconsejado al burgomaestre de la ciudad que fue á encontrarle en Delf (puesto que en la época á que se refieren estos acontecimientos el príncipe de Nassau aun vivia) que rompieran el gran dique con lo cual los buques zelandios podrian llegar hasta Amberes á despecho del enemigo; pero una reclamacion de varios particulares fue causa de que no se llevase adelante el plan de Guillermo; y mas tarde el duque de Parma hizo su ejecucion imposible. Por otra parte los ricos consiguieron que se tomase la resolucion de que cada habitante se proveyese de víveres para dos años, que era una cosa á que los pobres no podian dar cumplimiento, y los ricos tampoco se lo dieron

temiendo que si algun dia escaseaban las vituallas serian saqueados por el populacho. Los magistrados cometieron una falta irreparable fijando muy bajo el precio de los granos y mandando que las compras se hiciesen al por menor, pues como los zelandios acababan de llegar al puerto despues de atravesar mil riesgos, se negaron á vender sus granos con pérdida y se fueron, con lo cual la ciudad perdió aquella ocasion de abastecerse para muchos meses. Echado entre tanto el puente, el duque de Parma levantó una estacada á fin de librarlo del choque de los hielos, y al mismo tiempo hizo abrir un canal para dar distinto curso á las aguas del Moere, y esto le puso en comunicacion con Gante, asegurándole los medios de alimentar á sus tropas.

Mientras que los sitiadores dirigidos por un hombre solo y tan entendido como de carácter firme, hacian diariamente nuevos progresos, los ambereses estaban divididos entre sí y el poder iba incesantemente de una en otra mano. El burgomaestre nada podia mandar sin autorizacion del consejo de la ciudad que á cada paso era contrariado por los privilegios de las corporaciones, las cuales querian mezclarse en todos los negocios, de donde resultaba que pocas veces se adoptara el mejor partido, puesto que la multitud con frecuencia se dejaba arrastrar no tanto por la bondad de los argumentos, como por la fuerza de pulmones de los oradores. A estos males debe añadirse la insubordinacion de la milicia compuesta de los habitantes, que lejos de sujetarse á una disciplina severa que era indispensable hacian su capricho. Reinaba ademas grande enemistad entre los ricos y la muchedumbre, pues los primeros solo pensaban en salvar sus fortunas y algunos dejaron la ciudad, otros deseaban entrar en arreglo con los españoles, y aun hubo quien se atreviese á proponerlo; mas el pueblo se declaró contra esta cobardía y fue acreciendo su odio hácia esos hombres que no tanto pensaban en conservar su honor como sus bienes. El duque de Parma hizo por sacar partido

de las disensiones que habia entre sus adversarios haciendo proposiciones de paz al consejo de la ciudad. Con este paso esperaba enconar los ánimos dividiéndolos, pero su esperanza salió frustrada porque el consejo de comun acuerdo rechazó toda idea de acomodamiento que hacian imposible el carácter y los principios del monarca español. Por otra parte no vaciló en declarar al duque de Parma que estaba negociando con el rey de Francia á quien brindaba con la soberanía del pais (1).

Efectivamente Enrique III habia recibido esta proposicion; pero el estado en que se hallaba le impidió aceptar un protectorado que traia consigo enormes gastos y grandes dificultades. Los ambereses se dirigieron entonces á Isabel, la cual les prometió ausilios; pero los soldados ingleses llegaron muy tarde y lo mismo sucedió con los zelandios que habian ofrecido enviar una escuadra y no cumplieron con la prontitud que debian á causa de una disputa suscitada entre el almirante y el gefe de la espedicion. Por la misma época cayó en manos de los españoles Odet de Teligni que tan bien habia defendido el fuerte de Lillo, lo cual privó á los confederados del valor y de los consejos de un gefe tan adicto como entendido. Mientras tanto la obra de Farnesio habia resistido al choque de los hielos y al furor de las aguas, y aunque el puente tenia cuatrocientos pies de longitud y habia ademas dos estacadas que fortificaban esa obra gigantesca, faltaba todavía cerrar el paso en un trecho de mas de seiscientos pies. Logró el duque conseguir su objeto por medio de treinta y dos barcos unidos con cadenas de hierro, y en cada uno de los cuales habia treinta soldados y cuatro marineros, y los dos fuertes y las estacadas estaban defendidas con noventa y siete cañones. Finalmente habia dispuestos cuarenta buques de guerra destinados á proteger los trabajos que fueron terminados en siete meses.

(1) Vide Meteren, pág. 488. Grotius, pág. 89, y de Thou, lib. II.

El duque de Parma solemnizó la conclusion de la obra con una fiesta guerrera; empavesáronse los barcos, izáronse banderas en los fuertes, y el ejército distribuido en el puente y en las almenas lanzó mil gritos de alegría.

Amberes ofrecia un espectáculo absolutamente distinto, pues sus habitantes estaban consternados juzgando muy próximos los apuros del hambre por haberse cerrado el curso del Escalda y cortádoseles la comunicacion con la Zelandia, á todo lo cual se agregaba la reciente noticia de que Bruselas se habia sometido á las armas españolas. Rehízose sin embargo su valor al saber que la flota zelandia habia llegado, tomado por asalto el fuerte de Lieffkenshoek y héchose dueña de la isla de Oel. Esta ventaja sugirió el proyecto de atacar simultáneamente las obras levantadas en el rio por el duque de Parma. Hallábase en Amberes un ingeniero italiano llamado Gianibelli que habia ofrecido sus servicios á Felipe; y picado de que no se le admitieran se fue á Inglaterra desde donde vino por órden de Isabel á fin de cooperar á la defensa de Amberes. Para destruir el hermoso puente hecho por los sitiadores pidió tres buques de ciento cincuenta toneladas y sesenta barcos menores; mas no fue posible darle sino dos buques de mucho menor porte y algunos barquichuelos. Tomamos el siguiente pasage de Schiller que ha compendiado la descripcion de Strada. «Gianibelli construyó en la bodega de los dos buques una »bóveda de piedra de sillería de cinco pies de anchura, tres »de elevacion y cuarenta de longitud, colocó dentro sesenta »quintales de pólvora y la cubrió de enormes pedruzcos. »Esta carga de piedra terminaba en pirámide y sobrepujaba »de seis pies á la obra muerta del buque. Habia en este »gran cantidad de cadenas de hierro, garfios, balas, trozos »de mármol, instrumentos cortantes y punzantes y todo el »buque estaba igualmente lleno de piedras. En la bóveda se »habian hecho grandes aberturas para introducir las me»chas destinadas á pegar fuego á la máquina, y habia ade-

»mas una rueda de la cual á su tiempo saldria una chispa »con el objeto de que supliese las mechas en caso que estas »no comunicaran el fuego. Dispusieron treinta y seis barcos »planos para hacer en ellos un fuego de azufre y pez y diri»girlos de media en media hora contra el puente, á fin de »que llamasen la atencion del enemigo y este no impidiera »que se acercaran al puente los verdaderos volcanes.»

Avisado el duque de Parma de que debian atacarle, aunque nó de la especie de agresion que le aguardaba, hizo tomar las armas á sus soldados en la noche del 4 al 5 de abril de 1585 y los colocó cerca del puente. Los buques incendiarios salieron de la ciudad dirigidos por pilotos, y la oscuridad de la noche hacia brillar las llamas que se alzaban de todos los barcos arrojando sobre las aguas un resplandor fúnebre; mas bien fuesen zelos, bien falta de precaucion, el almirante amberés traspasó las órdenes que se le habian dado no dejando entre los buques la distancia prescrita: resultó de aqui que estos se confundieron y quedaron agarrados á las barcas llamadas nadadoras que los españoles habian colocado para defender las inmediaciones del puente; otras dispersadas por un huracan fueron á encallarse en la playa de Flandes; uno de los brulotes llamado la Felicidad hizo la esplosion antes de llegar al punto marcado, y el otro llamado Esperanza indudablemente hubiera estallado sin provecho alguno si los españoles lo hubiesen separado como podian muy bien ejecutarlo. Este brulote sin embargo hizo saltar las nadadoras que le obstruian el paso, y la violencia de las aguas lo arrastró hácia el puente. En aquel instante el duque se hallaba rodeado de muchos capitanes y se le acercó un portaestandarte que cogiéndole por el vestido le suplicó encarecidamente que se retirase, y Farnesio cediendo sin saber por qué á las instancias del oficial retrocedió hácia tierra. Apenas habia puesto los pies en ella cuando se oyó una esplosion espantosa, se vino abajo una parte del puente, el agua del rio profunda-

mente escavada se lanzó por encima de los diques é inundó las fortificaciones; perecieron mas de ochocientos españoles unos anegados en el rio, otros quemados, y algunos mutilados por las balas, aplastados por las piedras ó despedazados por la metralla. Entre los muertos algunos no tenian herida alguna esterior y sin duda murieron sofocados por la presion del aire. Muchas víctimas perecieron aplastadas por las enormes piedras de que estaba el buque lleno. El capitan Tucci refirió que despues de haber sido levantado en el aire con la rapidez de una flecha cayó en el rio y pudo llegar á la playa á nado. Un guardia de Farnesio fue lanzado desde la una á la otra márgen del rio y no recibió mas que una contusion en la espalda cuando dió en tierra. El mismo duque de Parma entraba en el fuerte de Santa María, y la violencia de la esplosion le hizo caer sin sentidos, de suerte que lo encontraron con la espada desenvainada en la mano y en compañía de dos de sus generales igualmente desvanecidos. Vuelto apenas en sí ocupóse el duque en ausiliar á los heridos y en restablecer el órden en medio de aquella confusion general en que no habia quien mandara, puesto que muchos oficiales desaparecieron y los soldados buscaban inútilmente á sus gefes por entre el desórden y las tinieblas. El Escalda saltando por sobre las márgenes habia inundado las fortificaciones, removido las baterías y mojado la pólvora. Si los sitiados hubiesen sabido aprovecharse del lance los españoles sobrecogidos de estupor solo hubieran pensado en huir, pero el almirante amberés no osó atacar al enemigo y las galeras enviadas á la descubierta imitaron su cobardía y volvieron diciendo que la empresa se habia malogrado. Ninguna señal se dió al fuerte de Lillo, y asi es que la guarnicion no hizo movimiento alguno y la flota zelandia se mantuvo pasiva. El pueblo se creyó vendido y en medio de su indignacion quiso asesinar á Gianibelli; y aunque al cabo de tres dias se supo cuanto habia pasado, ese tiempo le bastó al duque de Parma para reparar

los sufridos daños. Entonces la muchedumbre colmó de elogios al que queria asesinar en la víspera, los magistrados se mostraron dóciles á sus consejos, y el ingeniero se aprovechó de este cambio en la opinion para inventar nuevas máquinas destructoras, pero fue mal secundado y todos los recursos de su ingenio no bastaron á superar los innumerables obstáculos hijos de la negligencia y de la envidia de sus subalternos.

Viendo los ambereses que el curso del Escalda quedaba cerrado pensaron romper el dique de Cowenstein á fin de inundar una vasta llanura situada entre Lillo y Stabroeck, lo cual permitiria poner otra vez la ciudad en comunicacion con la parte de afuera. El duque de Parma supo frustrar esta tentativa por mas que le atacaron simultáneamente los zelandios á las órdenes del conde de Hohenlohe y los sitiados que lo secundaban con ardor muy vivo. Despues de una encarnizada lucha vencieron los españoles, de suerte que los habitantes de Amberes en vista de esto y de que todo cedia á sus enemigos pues les habian abierto las puertas Bruselas, Nimega y Malines, y acosados ademas por el hambre obligaron al burgomaestre Santa Aldegonda á que entablase negociaciones con el duque de Parma. Largas discusiones hubo para venir á un acuerdo, mas en fin se hizo la capitulacion en 17 de agosto de 1585 con los pactos de conceder una amnistía á todos los habitantes; de tolerar durante cuatro años aunque en secreto los cultos disidentes; de permitir despues de ese plazo á los que profesasen otra religion que la romana marcharse de la ciudad llevándose todos sus bienes; de conservar á Amberes sus antiguos privilegios, de satisfacer una suma de cuatrocientos mil florines, y últimamente de tener una guarnicion de dos mil hombres hasta que la Holanda y la Zelandia se sometiesen (1). El duque de Parma entró triunfante en Amberes y

(1) Vide Meteren, pág. 500. Strada, pág. 600. De Thou etc.

fue saludado por las aclamaciones del pueblo que harto de sufrir le recibió como libertador.

La ciudad de Amberes dió nuevo impulso á las negociaciones entabladas con Isabel, la cual sin admitir la soberanía de los Paises Bajos consintió en proporcionar cinco mil infantes y mil caballos reembolsándosele muy pronto este gasto y dándole en hipoteca de su crédito la ciudades de Flesinga y Brilla y el fuerte de Ramekens. Las tropas inglesas aunque pocas en número hubieran proporcionado un ausilio eficaz á no ser la inepta ambicion de su general Roberto Dudley conde de Leicester que no tenia otro derecho á ese importante cargo que haber gustado á su soberana por la gracia de su persona y la galantería de sus modales. En 1586 los estados le declararon en la Haya capitan general de las Provincias Unidas: esto es del ducado de Gueldre, de los condados de Zutphen, Flandes, Holanda, Zelandia y la señoría de la Frisia. Con este título era gefe absoluto de las fuerzas de mar y tierra, y ademas se le confiaron la polícia y la administracion de justicia de que hubo de hacer partícipe al consejo de estado, y se le señalaron cien mil florines anuales para que sostuviese honrosamente la dignidad que se le habia conferido. Ese imperioso favorito no quiso que su poder tuviese mas límites que su voluntad, y los estados se sujetaron al despotismo de un hombre cuyos talentos les inspiraban poca confianza y cuyas intenciones eran para ellos muy sospechosas. No pudo Leicester impedir que el duque de Parma siguiese el curso de sus victorias recobrando Grave, Venltoo y Nuys; que la traicion del gobernador Stanley pusiese en sus manos la plaza de Deventer, y que sitiara, y despues de siete asaltos se apoderase del puerto de Ecluse. Mientras que el capitan general solo se hacia famoso por sus derrotas, introducia la discordia entre sus aliados á quienes su presuncion humillaba y su codicia empobrecia. Aunque llamado por poco tiempo á su patria se presentó luego á entablar nuevas intrigas y á enmarañar

las que antes promoviera. Trató de apoderarse en nombre de la Inglaterra de varias plazas, entre otras de Leyde, con la esperanza de que Isabel sancionaria su proceder; pero la reina movida por las quejas que de todas partes se le dirigian contra su favorito lo llamó á Londres obligándole á que abdicase su título de gobernador general de las Provincias Unidas.

A Leicester sucedió el príncipe Mauricio hijo de Guillermo y que entonces era ya stathouder de las provincias de Holanda y Zelandia. Apenas los estados le hubieron elegido gobernador general de las Provincias Unidas, cuando tomó las mas oportunas disposiciones para sostener la guerra contra los españoles y tuvo la fortuna de que viniera en su ausilio un incidente que distrajo las fuerzas de Felipe II, quien perdió sus mejores tropas en una espedicion contra la Inglaterra. Enemistado con Isabel porque ausiliaba á sus súbditos rebeldes, determinó castigarla arrebatándole la corona, y gastó tesoros inmensos á fin de equipar una escuadra á la cual se dió el nombre de *armada invencible*. Componíase de ciento cuarenta buques de todos portes montados por veinte mil marineros y que debia recibir á bordo treinta mil hombres á las órdenes del duque de Parma. Este formidable armamento fue destruido en pocos dias por la audacia de los marinos ingleses ausiliados por tempestades que sumergieron en las olas á los buques españoles. «El objeto de Felipe era destronar á Isabel, no solo porque» proporcionaba socorros á sus súbditos de los Paises Bajos» sino porque esa princesa era en Europa el sosten principal» de la causa de los protestantes. Asi Felipe encontró un au-» siliar muy adicto en el pontífice Sixto V que aspiraba á que» la Inglaterra entrase de nuevo en el gremio de la Iglesia» católica, y que insistió con viveza cerca del monarca para» fortalecerle en un proyecto que debia ser tan glorioso para» sus armas como útil á la religion. Felipe intentó engañar» á Isabel haciendo cundir el rumor de que la formidable es-»

cuadra que equipaba tenia por objeto sujetar á los holan-»
deses y defender contra cualquier ataque sus colonias del»
Nuevo Mundo, pero la reina de Inglaterra no fue víctima»
de esta intriga y comenzó las hostilidades enviando al almi-»
rante Drake que destruyó en las costas de España gran»
número de buques cargados de municiones, y que luego»
penetrando en el puerto de Cádiz á últimos de abril de 1587»
incendió dos galeones. Lejos Felipe de manifestarse airado»
por estas pérdidas, hizo proponer á Isabel que terminarian»
sus diferencias en un congreso que debia abrirse en Bour-»
Bourg. Isabel aceptada esta proposicion envió embajado-»
res al congreso, el cual tuvo fin cuando Felipe mostrando»
á las claras sus intentos hizo salir la flota que habia de in-»
vadir la Gran Bretaña, cuya reina se pusó en estado de re-»
sistir á los planes del español. Mientras se armaban las»
tropas y là milicia y se equipaban buques, Isabel avivó el»
odio contra Felipe haciendo espender con profusion lámi-»
nas que representaban los calabozos de la inquisicion y los»
atroces tormentos que sufrian los acusados de hereges. En»
los primeros dias de marzo de 1588 estuvo pronta á salir»
á la mar la armada de Felipe en la cual iban dos mil ciento»
cincuenta cañones y la marinería dicha. La flota hizo rum-»
bo á Newport para embarcar los treinta mil infantes y cua-»
tro mil caballos que debian ir á las órdenes de Parma; mas»
este se negó á entrar en los buques porque juzgaba que»
ante todo convenia dispersar la escuadra holandesa que»
cruzaba en aquellas aguas. El almirante creyó justa la de-»
manda y hostigó á los enemigos; mas los navíos ingleses»
y holandeses se echaron sobre los españoles soltando ade-»
mas algunos brulotes, con lo cual la armada de Felipe se»
dispersó y fueron á pique ocho ó diez naves. En vista de»
tan mal principio el almirante español determinó renun-»
ciar al ataque contra las islas británicas y volver á España;»
mas durante el viage la escuadra sufrió una tempestad tan»
horrorosa que la mayor parte de los navíos se hicieron»

pedazos chocando unos con otros, y los demas se disper-» saron y fueron arrojados á las costas de la Noruega donde» casi todos quedaron sumergidos. Un corto número de ellos» bararon en las costas de Escocia y otros en las de Irlanda» en donde las tripulaciones fueron asesinadas por los habi-» tantes. El almirante y su segundo pudieron librarse de» aquel espantoso desastre y desembarcaron en un puerto» de Vizcaya.»

Aunque el duque de Parma no quiso embarcarse habia concentrado sus tropas en las costas de Flandes y suspendido la guerra contra los confederados; mas apenas la armada hubo desaparecido de sus ojos cuando de nuevo emprendió las hostilidades y se hizo dueño de Gertrudemberg, cuya pérdida compensó Mauricio con la toma de Breda debida á una estratagema que bien merece ser contada. Atraviesa esta ciudad el rio Meck por el cual se transporta en grandes barcos una tierra llamada *turba* y que en ese pais hace las veces de leña. El patron de uno de esos barcos se puso de acuerdo con el capitan Cárlos Haranguer á quien con ochenta soldados ocultó en la bodega en donde permanecieron muchos dias. Llegados cerca de Breda el viernes 2 de marzo encalló el buque y fue necesario aguardar el dia siguiente para continuar el viage. El gobernador de Breda habia tenido que marcharse, y su hijo á quien dejó el mando no obedeció las órdenes de su padre, segun las cuales debian ser escrupulosamente registrados los barcos que á la ciudad llegasen. La visita pues se hizo muy á la ligera, á pesar de lo cual la cosa se habria descubierto á no ser la serenidad del patron que con sus dicharachos logró distraer á los soldados. Tuvo al mismo tiempo la feliz idea de hacer jugar la bomba que sacaba el agua de la bodega y cuyo ruido evitó que se oyera la pertinaz tos de uno de aquellos hombres, el cual rogaba á sus compañeros que lo degollasen; pero gracias á la industria del patron no fue necesario semejante sacrificio. Protegidos por las tinieblas Haranguer

y los suyos salieron de la bodega y atacaron tan de improviso á la guarnicion que esta no supo defenderse, el gobernador quedó prisionero y los enemigos se apoderaron de la ciudadela. El príncipe Mauricio que sobrevino á la cabeza de su ejército hizo rendir la ciudad y muy luego la convirtió en baluarte de toda la comarca.

Mientras tanto el duque de Parma habia pasado á Francia en ausilio de la Liga batida por Enrique de Navarra, y Mauricio se aprovechó de su ausencia para hacer algunas afortunadas escursiones en la Flandes y en el Brabante en donde se apoderó de varias fortalezas. A pesar de Farnesio, vuelto ya de su espedicion al vecino reino, hízose Mauricio dueño de Zutphen, de Deventer y de Nimega, y marchó otra vez á la Haya á fin de descansar algun tiempo y ver las pruebas de gratitud de sus conciudadanos que le recibieron con generales aclamaciones. De nuevo empuñó las armas y alcanzó sonados triunfos, mientras que su formidable adversario el duque de Parma acababa de morir en 1593 á la edad de cuarenta y siete años, aniquilado por las inquietudes de espíritu y por las consecuencias de una herida que recibió al frente de Candebech en Normandía. En efecto otra vez le envió Felipe á Francia para que salvase á Paris sitiada por Enrique de Navarra: y aunque Farnesio dió cima á esta empresa apenas sobrevivió á la nueva gloria que con ella se habia adquirido.

El conde de Mansfeld empuñó las riendas del gobierno que dentro de breves meses puso en manos del archiduque Ernesto hermano del emperador Rodolfo. Este príncipe hizo su entrada en Bruselas en 30 de enero de 1594 con regia pompa y fue recibido con grande regocijo, porque los habitantes esperaban de él que pusiese pronto término á las calamidades de la guerra que habian despoblado y sumido en la miseria el Brabante y la Flandes; provincias que en otro tiempo presentaron el mas risueño aspecto y hoy solo ofrecian el espectáculo de ciudades arruinadas y de pueblos

desiertos donde habia menos hombres que lobos. Habíanse aumentado de una manera prodigiosa estos animales que acosados por el hambre atacaban á los hombres y arrebataban los niños de las cunas; y no les servian de poco ausilio los perros que vueltos al estado salvage eran una plaga tan temida como ellos. Los campos faltos de brazos no producian cosechas, habia desaparecido toda apariencia de cultivo, y la tierra cubierta de yerbas, espinas y maleza no parecia haber sido jamas surcada por el arado ni removida por la azada. Los artículos de primera necesidad se pagaban á un precio exorbitante, y por las calles de Bruselas, Gante, Brujas y Amberes pululaban mendigos de todas las clases hasta de las mas elevadas implorando la caridad agena, urgando unos en las inmundicias en busca de huesos, y comiéndose otros los animales cuyos cadáveres encontraban por las calles. Apenas hubieron cesado los estragos del hambre cuando vinieron á reemplazarlos los ladrones llamados *Picoreurs* que infestaban los caminos y saqueaban los barcos cargados de mercancías. Fue indispensable hacer una guerra formal contra esos bandidos que eran soldados licenciados y paisanos á quienes no quedaban mas medios de subsistencia que el robo y el asesinato. Solo la paz podia remediar tantos males, por lo cual el nuevo gobernador dirigió su primera atencion á negociar con los estados de la Haya; pero estos rechazando con acrimonia las propuestas del archiduque contestaron con un manifiesto en que despues de esponer detenidamente las injusticias y las tiranías de España acusaban á esta potencia de que no solo atentó á la vida de sus aliados el rey de Francia y la reina de Inglaterra, sino tambien de que habia pagado asesinos para matar al príncipe Mauricio. Ultimamente los estados terminaban su manifesto declarando estar resueltos á esperar de Dios y de su poderosa mano un buen éxito de su justa y laudable causa, no solo para las Provincias Unidas sino tambien para el resto de los Paises Bajos, en mayor

ensalzamiento de su gloria y de su santa palabra y en bien de los Paises Bajos.

A esta declaracion siguieron muy luego demostraciones guerreras, y Mauricio á la cabeza de un ejército se presentó delante de Groninga cuyos habitantes se defendieron al principio bizarramente; mas perdida la esperanza de ser socorridos desfalleció su valor y se doblegaron á las reflexiones de su burgomaestre Vanbalen secretamente adicto á Nassau. Despues de haber dicho á sus principales conciudadanos que el rey de España tenia sus mejores soldados en Francia y que por lo mismo nada podia hacer en favor de ellos, les inculcó que en situacion tan triste era mejor entenderse con el enemigo para alcanzar de él pactos honrosos y útiles que arriesgarse á ser tratados con dureza si esperaban que la necesidad los obligara á rendirse. «No lo »dudeis, les decia, si nuestra ciudad y nuestro pais se in»corporan á las provincias confederadas participarémos de »su ventura: de modo que sacudimos un yugo pesado para »adquirir una dichosa independencia.» Las palabras de Vanbalen arrastraron á la mayoría de los oyentes, y abiertas las puertas á los sitiadores estos se convirtieron en aliados suyos. De esta suerte la incorporacion de la ciudad y del pais de Groninga acabó de formar en 1594 la república de las Provincias Unidas, que tuvo principio en 23 de enero de 1579 con la union ajustada en esa época entre las provincias de Holanda, Zelandia y Utrecht.

Mientras que Groninga por medio de un acto solemne se separaba de la obediencia de España, las provincias walonas vecinas de la Francia estaban amenazadas por las armas del príncipe de Navarra que entonces se habia sentado en el trono de San Luis con el nombre de Enrique IV. Desde mucho tiempo sostenia este príncipe la guerra contra Felipe II que quiso arrebatarle el cetro de sus antepasados. Sus tropas pegaron fuego á los arrabales de Valenciennes adelantándose luego hasta las puertas de Mons mientras que el

duque de Bouillon y el conde Felipe de Nassau invadian por su parte el Luxemburgo, y el pais de Lieja era atacado por el gobernador de Breda que en nombre de los estados se hizo dueño del castillo y de la ciudad de Huy. Acababa de morir súbitamente en medio de semejante crisis el archiduque Ernesto príncipe sin vicios y sin virtudes, y que no hubiera podido desempeñar por mucho tiempo el encargo que con grande repugnancia tomó de defender contra tantos enemigos las provincias belgas. Vino á sustituirlo el español conde de Fuentes, quien arrojó de las provincias de Lieja y de Luxemburgo á Bouillon y á sus aliados, apoderóse de la importante plaza de Catelet y llegó á penetrar en Cambray en donde gobernaba el aventurero frances Baligni que queria representar nada menos que el papel de príncipe soberano. A pesar de las alcanzadas victorias no pudo Fuentes conservar por mucho tiempo una dignidad que era demasiado alta para un súbdito, y fue reemplazado en 1595 por el archiduque Alberto que dejó la púrpura para ceñirse la espada y emprender una tarea que exigia el raro conjunto de las virtudes militares y del talento y saber del hombre de estado.

Aunque eclesiástico habia hecho este príncipe su aprendizage en política gobernando el Portugal que era entonces provincia de España, y como llevaba intento de ajustar una paz honrosa con las provincias de la Union de Utrecht, alcanzó de Felipe que pusiese en libertad al conde de Buren primogénito de Guillermo príncipe de Orange, que estaba prisionero en España hacia veinte y ocho años y á quien se restituyeron al mismo tiempo los bienes que tenia en los Paises Bajos. Esperaba Alberto que esta generosa conducta de Felipe dispondria á sus adversarios á que con menos repugnancia entrasen con él en un acomodamiento. Los estados enviaron á felicitar al príncipe de Orange y á manifestarle su gratitud por los servicios recibidos de su familia, pero no le ocultaron los diputados cuánto les dolia que

fuese adicto á la comunion romana, y le indicaron su confianza de que no rehusaria abrazar el culto profesado por su glorioso padre y que iba unido con la causa de la libertad. El hijo de Guillermo contestó con protestas de estimacion y de afecto, añadiendo que trabajaria por cuantos medios le fuesen posibles á fin de reconciliar á sus compatricios con su antiguo soberano.

Apenas Alberto hubo llegado á los Paises Bajos cuando hizo proposiciones de paz á los estados, que las rechazaron, cosa tanto mas desagradable cuanto al mismo tiempo tenia que defenderse contra enemigos no menos temibles, que eran los franceses mandados por Enrique IV, los cuales sitiaban á Feré, plaza fuerte de la Picardía de que se hicieron dueños. Vengóse Alberto de este descalabro en 1596 apoderándose de Calais y de Ardres y quitando poco despues á los confederados de Utrecht la ciudad de Hulst. En el año siguiente Mauricio se adelantó hácia el Brabante, y en los matorrales de Thielen batió un cuerpo de tropas españolas mandadas por el conde de Vas que murió en la accion, y á consecuencia de este triunfo el vencedor se hizo dueño de Tourhont. Alberto compensó este daño con la sorpresa de Amiens debida á una estratagema. Los habitantes de esta ciudad habian alcanzado permiso de defenderse por sí mismos; pero vino á serles fatal el descuido con que lo hacian. El gobernador de Dourlens llamado Portocarrero y que era oficial de mucho mérito tuvo noticia de ese abandono, y resuelto á aprovecharse de él se ocultó en unas ruinas inmediatas á Amiens y á la mañana siguiente envió diez y ocho soldados disfrazados, los cuales se mezclaron con los labradores que iban á vender al mercado, y llegados á la puerta se detuvieron á esperar un carro que iba en su comitiva. Uno de ellos con fingida torpeza dejó caer las nueces que en un saco y á propósito traia, y mientras los ciudadanos que formaban la guardia procuraban recogerlas, él y sus compañeros sacaron las armas de debajo del capoton y se hicieron

dueños del cuerpo de guardia. Avisado Portocarrero por medio de un pistoletazo acudió al momento, y sin disparar un tiro entró en Amiens. El año inmediato Mauricio arrebató esta conquista á los españoles á despecho del archiduque que hizo una escelente retirada útil solo para su glória. Por su parte Mauricio aprovechándose de la lejanía de Alberto se hizo dueño de Rhinberg y de Meurs, ciudades puestas en la márgen izquierda del Rhin; y pasando en seguida este rio penetró en Groll y en otras dos plazas.

Entre tanto los reyes de España y Francia ajustaron la paz en Vervins, pues Felipe habia consentido en deponer las armas para ejecutar un proyecto que meditaba desde mucho tiempo antes, y era casar á su hija primogénita Isabel con el archiduque Alberto dándole en dote las provincias de los Paises Bajos que aun estaban en poder de la España y de la cual serian separadas. El monarca tenia un hijo, mas previendo el caso en que este muriese sin sucesion y dejara á su hermana toda la monarquía, quiso que para entonces Isabel tuviese un guia capaz de ilustrarla con sus consejos y de servirla con su espada; y como el archiduque Alberto habia hecho sus pruebas en la política y en la guerra y reunia todas las circunstancias que Felipe deseaba, determinó concluir este himeneo con las siguientes condiciones firmadas en el Escorial en 6 de mayo de 1598. Que la soberanía de los Paises Bajos y del condado de Borgoña se cedia á la infanta Isabel y á su futuro esposo el archiduque para transmitirla á sus hijos. Que si llegaba el caso de que quedase heredera una hembra no podria casarse sino con el rey de España ó con el príncipe de Asturias. Que en defecto de sucesion los Paises Bajos se incorporarian otra vez á la corona. Que los nuevos soberanos prohibirian á sus súbditos todo comercio con las Américas españolas y que no tolerarian otro culto que el católico.

Los estados belgas reunidos en Bruselas á los cuales el archiduque presentó esos capítulos los aceptaron con tal

que el príncipe se comprometiese con juramento á mantener las leyes y los privilegios del pais. Alberto consintió en ello; y despues de confiar las riendas del gobierno al cardenal Andres de Austria y el mando del ejército á Francisco de Mendoza, se trasladó á Gratz en Styna y desde allí salió con direccion á España pasando por Italia. En 18 de abril de 1599 poco despues de haber muerto en el Escorial Felipe II, desembarcó en Valencia, y celebrado allí su matrimonio condujo á Flandes á su nueva esposa y verificó su entrada en Bruselas en primeros de setiembre.

REPUBLICA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS.

CAMPAÑAS DE MAURICIO Y DE SPINOLA.

Como las provincias del norte fueron hasta el siglo XVI las menos pobladas y menos estensas de los Paises Bajos, no representaron mas que un papel secundario; pero el talento de Guillermo sostenido por el valor de los habitantes las arrancó del poder de la España y echó la base de una nueva potencia que amaestrada con los males de la adversidad supo hallar en ella fuerzas bastantes para alzarse al nivel de los pueblos que ocupaban el primer rango entre las naciones de Europa. Vamos á seguir la marcha y los progresos de la república holandesa, reducida en cuanto al territorio, pero que se hizo grande merced al patriotismo y á la industria de sus ciudadanos. En cuanto á las provincias incorporadas al dominio español, á fuer de súbditas de un vasto imperio ocuparán en nuestro relato un lugar poco visible. Comenzarémos diciendo algunas palabras acerca de las instituciones políticas de la república.

La soberanía residia en los estados generales compuestos de los diputados de las provincias confederadas y que celebraban sus sesiones en la Haya en el palacio de los antiguos condes de Holanda.

Habia en la asamblea dos clases, á saber, la de caballeros y la de ciudadanos.

Los estados generales tenian el tratamiento de altos y poderosos señores, y los estados particulares el de nobles y grandes poderes.

Las armas de la república eran un leon de oro que con la garra derecha sostenia siete flechas con esta leyenda: *Concordiâ res parvae crescunt.*

El poder delegado á la asamblea general lo ejercian con atribuciones muy análogas las autoridades de cada provincia, y cada pueblo era con respecto á su provincia lo que esta con respecto al cuerpo entero de la república, pues debe tenerse presente que los holandeses regidos por un gobierno puramente federativo conservaban las mas estensas libertades locales.

Los estados generales recibian y enviaban embajadores, concluian alianzas con otras potencias, declaraban la guerra y dirigian las operaciones militares por medio de sus delegados que seguian á los generales á todas partes. En circunstancias graves podian crear un generalísimo y dictar leyes; mas estas leyes no obligaban sino á las provincias que las habian solicitado y las otras podian negarse á admitirlas.

En la asamblea general cada provincia presidia una semana por medio de uno de sus diputados, y todos los negocios se resolvian por mayoría de votos á menos que se tratase de hacer la paz, declarar la guerra, ajustar tratados ó exigir contribuciones, para lo cual era indispensable el consentimiento unánime de todos los votantes. La oposicion de una provincia era un obstáculo para dictar cualquiera medida, y entonces los representantes de ella tenian que pedir á sus comitentes nuevas instrucciones.

Con el objeto de acelerar el despacho de los negocios habia un consejo de estado compuesto de doce miembros de la asamblea general, y ese consejo se reunia diariamente y

examinaba los asuntos relativos á guerra y hacienda. Habia tambien dos magistrados supremos con los nombres de gran pensionario y stathouder, que parecian representar el uno el poder legislativo y el otro el ejecutivo. El primero tenia á su cargo esponer á los estados los asuntos que se sujetaban á su deliberacion y cuyas ventajas y perjuicios indicaba en un informe. De esto se deduce su eficaz influjo en las deliberaciones de la asamblea general, y por esto gozaba de grande consideracion y de una autoridad ilimitada cuando sabia apoderarse de la opinion pública cuya voluntad es siempre soberana en los gobiernos populares.

El stathouder tenia el mando de los ejércitos de mar y tierra, cuidaba de la ejecucion de las leyes, y en calidad de juez terminaba las diferencias de poca importancia que habia entre las provincias.

Una de sus atribuciones era perdonar á los criminales con tal que no fuesen reos de homicidio ni de deshonestidad, y siempre que lo consintiese el tribunal de justicia.

Tenia igualmente derecho de tomar parte en las discusiones de los estados, pero sin gózar por esto ningun privilegio particular ni tener sitio marcado entre los diputados.

A despecho de cuantas precauciones es capaz de tomar la mas esperimentada sabiduría no pudo impedirse que naciesen rivalidades entre las dos magistraturas cuyos intereses estaban en oposicion continua: raras veces la espada consintió en ceder á la toga, y de aqui nacieron enemistades y querellas siempre terribles y harto frecuentemente manchadas con la sangre de los mejores ciudadanos.

Sentíase la nueva república bastante fuerte para sostener la lucha con la potencia española. Desde que Felipe II acometió la empresa de sujetar los Paises Bajos al despotismo de su voluntad y al de la religion mal entendida, las artes, el comercio y la industria que habian alcanzado prosperidad muy grande decayeron rápidamente. Las provincias que despues de resistirse á la opresion se habian sometido otra

vez á la servidumbre vieron desvanecerse su esplendor, sin quedarles esperanza de recobrarlo, al paso que los confederados, esto es, los holandeses, habian sacado inmensos provechos de la decadencia de sus antiguos compatricios, puesto que tolerando todas las religiones atraian á los hombres industriosos fugados de su patria para librarse de las persecuciones religiosas. Como ademas la indisciplina y la codicia de los soldados españoles acababan de devorar lo poco que les quedó á los infelices súbditos de Felipe, Amsterdam, Rotterdam y muchas otras ciudades de Holanda y de Zelandia habian adquirido los despojos de Brujas y de Amberes antes tan florecientes. Por otra parte el comercio de la república poco tardó en estenderse fuera de Europa, pues ya en 1596 se formó una compañía de Indias que á fuer de comerciante y guerrera se enriqueció y se hizo famosa por sus conquistas.

El descubrimiento del Nuevo Mundo hecho por Colon y las atrevidas empresas de los navegantes españoles y portugueses habian dispertado la codicia de las otras naciones é infundido en todo el mundo el gusto por los viages largos. Los holandeses circuidos de agua y marinos por necesidad no fueron los últimos en recorrer los mares á fin de descubrir en ellos nuevos mercados para su comercio. A pesar de esto se contentaron durante mucho tiempo con ir á buscar las mercancías de la India á Lisboa, ya que esta ciudad desde el dia en que Vasco de Gama dobló el cabo de Buena Esperanza se habia convertido en mercado de Oriente en Europa. Cuando Felipe II se apoderó de Portugal prohibió la entrada en sus puertos á los holandeses, obligándolos con esto á procurarse por sí mismos lo que él les rehusaba. Alentados con las recompensas del gobierno los marinos holandeses emprendieron lejanos viages por el Océano, y su pabellon flotó en todos los mares en donde bien pronto no tuvieron rivales, puesto que su marina contaba mil doscientos buques montados por setenta mil marineros.

Anualmente construian hasta dos mil buques, y en 1598 salieron de sus puertos para la América y la India ochenta bajeles. En las costas de Guinea se apoderaron del comercio del oro en polvo que les producia sumas inmensas, y al mismo tiempo el espíritu de asociacion se desenvolvió entonces de una manera prodigiosa en las Provincias Unidas dando en ellas resultados fecundísimos. Limitamos este bosquejo al estado interior de Holanda á fines del siglo XVI con el objeto de no distraernos durante mucho tiempo del relato de los acontecimientos políticos.

Tendrá presente el lector que el archiduque Alberto de Austria era ya esposo de la infanta Isabel, y con este carácter soberano de los Paises Bajos. Habíase trasladado á España á fin de concluir su matrimonio dejando las riendas del gobierno durante su ausencia á su tio el cardenal Andres, y el mando del ejército á Mendoza almirante de Aragon. Habiendo este recibido órden de asegurarse de algunas plazas sobre el Rhin se arrojó sobre el pais de Cleves con el cual no estaba en guerra, y como no podia satisfacer á sus soldados les permitió que se cobrasen por sí mismos á costa de los habitantes. Los príncipes alemanes del distrito se confederaron para arrojar á aquellos ladrones; mas habiendo puesto sus fuerzas á las órdenes del inepto conde de Lippe fueron batidos y el ejército se dispersó despues de la derrota. En ese estado se hallaban las cosas cuando el archiduque y su esposa llegaron al territorio de los Paises Bajos: su entrada en Bruselas fue solemnizada con magníficas fiestas, y el pueblo recibió con gran regocijo á los nuevos soberanos; mas apenas se hubo desvanecido ese entusiasmo cuando el duque empezó á encontrar obstáculos de los cuales supo triunfar no obstante con su prudente y mesurada conducta. El primero de esos obstáculos era relativo al juramento que debia prestar y segun el cual se obligaba á mantener los privilegios del pais, y esta dificultad trajo discusiones que duraron muchos meses. En se-

guida hubo de eludir las apremiantes solicitudes de los estados que pidieron el despido de las tropas estrangeras y la demolicion de las fortalezas levantadas despues de las revueltas. Calmada con promesas la impaciencia de los diputados se ocupó de escogitar medios con que hacer frente á los gastos de la guerra. La falta de dinero hacia que diariamente se revolucionasen las tropas á las cuales no podia pagar el debido sueldo; pero felizmente los adversarios del archiduque tenian las mismas dificultades, puesto que Mauricio no podia alcanzar que la asamblea de los estados le concediese un subsidio. Estos embarazos por una y otra parte dieron lugar á que trascurriese el invierno sin otro accidente que la toma de una pequeña ciudad verificada por las armas holandesas; mas venido apenas el verano, el hijo de Guillermo se presentó repentinamente delante de las murallas de Brujas á la cabeza de un ejército de diez y siete mil hombres con los cuales habia salido en 1601 de la isla de Walcheren y remontando el Escalda llegado hasta el corazon de la Flandes. Sorprendido por semejante invasion el príncipe Alberto reunió á toda prisa sus dispersas tropas que llegaron á formar un cuerpo de doce mil hombres á los cuales pasó revista en las puertas de Gante la misma infanta que recorrió á caballo las filas y supo inflamar con sus palabras el ánimo de los soldados. Alberto salió en busca del enemigo á quien encontró cerca de Newport. El campo de batalla estaba cortado por mogotes formados por el Océano y que marcan los límites de sus aguas. Mauricio habia escogido una posicion ventajosa, de manera que el sol y el polvo que á sus soldados les daban por la espalda debian incomodar muy mucho al enemigo y serle de grande estorbo para sus operaciones. A las tres de la tarde los dos ejércitos se lanzaron uno contra otro; el choque fue terrible porque disparada la primera descarga se atacaron con la pica y con la espada. Durante tres horas se sostuvo la lucha con un encarnizamiento igual, hasta que

una maniobra del príncipe de Orange hizo inclinar la victoria á su parte. Una batería asestada contra los infantes españoles y sostenida por algunas cargas de caballería decidió la accion, pues el enemigo cejó atras, entró el desórden y los españoles buscaron su salvacion en la fuga. El archiduque honró su derrota mostrando el talento y la pericia de un buen general y el valor de un soldado. Fue herido de un lanzazo y se cayó del caballo que corriendo por entre filas hizo creer á todo el ejército que su amo habia muerto. Los vencidos perdieron mil quinientos hombres, toda la artillería, los bagages, las municiones y el almirante de Aragon que cayó prisionero, y á no ser la generosidad de Mauricio hubiera muerto á manos de los alemanes quienes recordando sus crueldades querian sacrificarlo á los manes de sus compatricios (1).

El príncipe de Orange no recogió de este triunfo mas fruto que una gloria estéril, pues no solo no pudo hacerse dueño de Newport sino que le fue preciso salir de la Flandes que habia pensado conquistar en poco tiempo. Las dos partes entablaron negociaciones las cuales no tuvieron resultado alguno en favor de la paz, y por tanto se encendió de nuevo la guerra apenas cesaron los rigores del invierno. Mauricio comenzó la campaña apoderándose de Rhimberg, plaza de importancia porque cerraba á los españoles la entrada en la provincia de Over-Issel espuesta hasta entonces á sus escursiones. Atacó luego la ciudad de Bois-le-Duc en el sitio de la cual hubo un incidente tanto mas notable en cuanto se habia hecho mas raro atendida la absoluta decadencia del arma de caballería. El señor de Breauté gentil hombre normando se presentó con veinte gentiles hombres bajo los muros de la plaza para combatir en cerrado palenque contra igual número de campeones del partido enemigo. El desafío fue admitido por un flamenco llamado Abramzoom que salió de la plaza con veinte compañeros. El com-

(1) Vide Grotius, lib. 9 pág. 398. Bentivoglio, lib. 22.

bate se sostuvo con igual valor por ambas partes; Abramzoom murió á manos de Breauté; mas habiendo él caido prisionero de sus adversarios estos le mataron cometiendo un acto de traicion tan desleal como cobarde. Mauricio hubo de levantar el sitio de Bois-le-Duc mientras por su parte el archiduque habia atacado á Ostende que queria arrebatar á los holandeses. Aunque la guarnicion de esta ciudad acabó casi toda á manos de las enfermedades, Alberto no pudo conseguir nada con un sangriento asalto, mas sin embargo insistió en su empeño y cambió el sitio en bloqueo mientras se trasladaba á Gante á donde negocios de grande interes le llamaban. En efecto era preciso discurrir los medios de pagar el sueldo á las tropas estrangeras que en su ejército militaban, las cuales se componian de españoles é italianos cuyas frecuentes insurrecciones producian continuas dificultades y trastornaban los mejores planes.

La fortuna vino en ausilio del archiduque enviándole dos hombres tan peritos como adictos, á saber, Federico y Ambrosio Spinola, genoveses de nacimiento, que ofrecieron al rey de España su talento y su fortuna. El primero despues de haber alcanzado de la corte de Madrid algunas galeras perseguia á los corsarios enemigos que infestaban las costas de Flandes, pero la muerte puso muy pronto término á sus triunfos. Mas feliz el segundo se colocó en el primer rango entre los generales de su siglo, pues desde luego encargado del sitio de Ostende, en 1604 dió cima á esta tarea que costó á los sitiadores tres años de combates y mas de sesenta mil hombres. Los obstáculos aguzaban mas y mas su ingenio, y el campo de Spinola se convirtió en una escuela á donde los voluntarios de todos los paises iban á tomar lecciones acerca de esta parte del arte de la guerra entonces muy poco adelantada. Los dos partidos hicieron uso de medios de destruccion desconocidos antes, de suerte que cuando capitularon los valientes defensores de la ciudad no ofrecia esta mas que un monton de humean-

tes ruinas. En una palabra, Ostende presentaba un vasto sepulcro sembrado de escombros y cubierto de cadáveres. Durante estos sucesos la reina Isabel de Inglaterra habia muerto despues de un reinado tan largo como glorioso, dejando el trono á Jacobo rey de Escocia. Los archiduques Alberto é Isabel y los holandeses trabajaron desde luego á fin de procurarse el apoyo del nuevo príncipe enviando cerca de él embajadores con misiones diversas; mas Jacobo que por temperamento era amigo de la paz ajustó dos tratados que honran muy poco su lealtad, puesto que prometió á los estados que emplearia todos sus esfuerzos á fin de que la corte de España reconociese su independencia, y al mismo tiempo se comprometió con Felipe III á no proporcionar ningun ausilio á sus enemigos. Partiendo de estos principios dejó que los estados tuviesen á su servicio tropas inglesas, y autorizó á los españoles para que reclutasen en la Gran Bretaña. Esta equívoca conducta debe atribuirse al irresoluto carácter de Jacobo que nunca le permitió querer con firmeza cosa alguna; de suerte que en el fondo su perfidia no era mas que debilidad.

La caida de Ostende aunque ensalzó la gloria de Spinola no puso fin á la guerra, y este general se trasladó á Madrid á fin de que se le facilitasen los medios necesarios para utilizar su victoria. No menos hábil para persuadir en los consejos que para vencer en los campos de batalla, consiguió arrancar dinero á los ministros españoles, á quienes hizo conocer la urgente necesidad de asegurar la paga de los soldados que reducidos á la alternativa de morirse de hambre ó de robar se atenian á lo último y sus escesos arruinaban las provincias, mucho mas que todas las contribuciones juntas. Era tambien indispensable reprimir por medio de sabias medidas á los agentes del fisco cuya codicia se apoderaba de la mayor parte de los tributos destinados al mantenimiento de las tropas. De nuevo se presentó Spinola en los Paises Bajos condecorado con el Toison de Oro y con el mando supremo, é hizo

un uso tan juicioso del poder discrecional confiado á sus manos que previno una crisis muy próxima á estallar. En efecto, no pudiendo sufrir los estados los desórdenes cometidos por los italianos y españoles, exigian que se los licenciase y se negaban en caso de no accederse á esto á votar las contribuciones necesarias para cubrir las cargas públicas y satisfacer los gastos de la corte. Efectivamente los soldados estrangeros habian cometido gravísimos escesos, de manera que los italianos despues de sublevarse marcharon juntos y saquearon con regularidad el pais de Lieja y el Brabante. Alberto habia lanzado contra ellos un edicto de proscripcion en el cual dotaba las cabezas de los oficiales en cien coronas y en diez las de los soldados. Los revoltosos contestaron con un manifiesto pidiendo su sueldo, y acusaban al archiduque de que habia gastado el dinero de sus pagas en gastos personales, añadiendo que afectaba el lujo mas escandaloso mientras su ejército estaba desnudo y hambriento. Lo que hacia temibles á esos sediciosos era que organizaron una especie de gobierno, con su sello, armas y divisa, y obraban con toda regularidad. Alberto envió contra ellos á Federico de Bergues á la cabeza de siete mil hombres, y entonces Mauricio ofreció su apoyo á los revoltosos y los salvó cuando iban á ser sacrificados.

Tal era el estado de las cosas al volver de España el célebre Spinola trayendo consigo el dinero necesario para acallar las reclamaciones de los soldados y sujetarlos de nuevo á la disciplina. Logró burlar la vigilancia de Mauricio penetrando en la provincia de Over-Issel, pero la proximidad del invierno detuvo el curso de sus victorias, y mas todavía que la estacion la falta de dinero. Obligado con este motivo á dar la vuelta á Madrid perdió un tiempo precioso, y luego no pudo sostener mas que un corto número de tropas. Verdad es que el príncipe de Orange tenia las mismas dificultades; pero los estados de Holanda de quienes él dependia iban diariamente enriqueciéndose mientras la Es-

paña se hacia pobre á toda prisa. En medio de todo aquella larga lucha comenzaba á fatigar á las dos partes beligerantes, y al fin el archiduque fue quien dió los primeros pasos para llegar á una reconciliacion.

Ante todo era indispensable reconocer las Provincias Unidas y este reconocimiento repugnaba al orgullo español, pero los consejeros de Alberto allanaron esta dificultad sugiriéndole la idea de decir que reconocia á los holandeses nó como independientes de derecho sino tan solo de hecho, y merced á esta sutileza juzgó el archiduque que podia entablar relaciones, y en 1607 encargó esta comision al P. Neyel fraile recoleto. Dirigióse este negociador al secretario de los estados generales Aertssens á quien ofreció la cantidad de quince mil escudos y un diamante para su esposa; y el secretario participó á Mauricio y á los diputados las relaciones entabladas con el P. Neyel y la cantidad que se le habia ofrecido sin duda para corromper su fidelidad. Mandáronle aquel y estos que admitiese los regalos, y cuando Luis Verreickens presentó en el Haya con poderes del archiduque las proposiciones de España, se le devolvieron los regalos diciéndole que en adelante se abstuviesen de emplear semejantes medios.

Mientras se negociaba este acuerdo se habia concluido una tregua de seis meses que se prorogó cuando en el Haya se abrieron en 1608 las conferencias entre algunos miembros de los estados y los plenipotenciarios del archiduque, entre los cuales se hallaba el célebre Spinola á quien Mauricio recibió con las mayores demostraciones de consideracion y de afecto. Entre los puntos que se trataba de resolver indicarémos tan solo los principales y que dieron lugar á mas vivas contestaciones. La primera fue la prohibicion de comerciar con las Indias, prohibicion que la España exigia y que era fuerza arruinase á la compañía holandesa, cuyos principales capitalistas pertenecian á las familias mas ricas y mas influyentes de Amsterdam y de Middelbourg. Por fin cedió

en este punto el gobierno de Madrid aunque redactando el artículo que se referia á él en términos oscuros y susceptibles de diversas interpretaciones. Los derechos mercantiles fueron tambien objeto de acaloradas discusiones, pero mas que todo las produjo el empeño de Felipe III en que se concediese el libre ejercicio del culto católico en las Provincias Unidas. Para vencer la obstinacion del monarca fue preciso emplear la astucia del confesor de Alberto que fue á verse con el rey en Madrid y le arrancó su consentimiento, bien que le ausiliaron en tan ardua tarea los teólogos españoles que supieron tranquilizar la timorata conciencia de su soberano. De todas esas negociaciones, conferencias y debates en que intervinieron los embajadores de Francia y de Inglaterra, salió nó un tratado de paz sino una tregua que contenia treinta y ocho artículos, cuya sustancia resumirémos en pocas palabras. En el artículo 1.° se dice que los archiduques tanto en nombre propio como en el del rey de España convienen en tratar con los estados generales de las Provincias Unidas á las cuales se reputa por nacion, provincias y estados libres sobre los que no tienen pretension alguna. Declara el artículo 2.° que la tregua será valedera, firme é irrevocable durante el plazo de doce años, y pondrá fin á los actos hostiles de cualquier especie que sean entre el susodicho rey y las Provincias Unidas, asi por mar como por tierra, en todos sus reinos, provincias, paises y señoríos, sin escepcion de lugares ni personas. En el artículo 3.° se estipula que cada una de las partes conservará las provincias, ciudades, plazas y señoríos que en la actualidad posee. El artículo 4.° autoriza á los súbditos y habitantes de los dos paises á que vayan los unos al de los otros para hacer su comercio con toda seguridad por mar y tierra, aunque solamente en las provincias, paises y señoríos que el susodicho rey posee en Europa.

Esta famosa tregua puso término á la efusion de sangre que se derramaba hacia sesenta años, y en particular colmó

de gozo á los paises que aquella encarnizada y desastrosa guerra habia destrozado por tanto tiempo. Tras la calma vino la seguridad y esta trajo la abundancia en donde reinaba la miseria. Esta reconciliacion fue particularmente ventajosa á la república de las Provincias Unidas que desde luego se cubrió de gloria á los ojos de la Europa, obligando á España por medio de una lucha heroica á que reconociera su independencia. Colocada desde entonces la república holandesa en el rango de las naciones, muy pronto se mostró digna de ocupar aquel puesto, y no tardarémos en ver que sus ejércitos intervienen en todas las luchas promovidas en Europa y que su pabellon flota sin rival en todos los mares y domina en todos los puntos del globo, cuyos tesoros recompensan justamente el valor y la industria de sus hijos. El suelo de Holanda defendido contra las olas por sólidas murallas se cubrió de fértiles cosechas; alzáronse nuevas ciudades, embelleciéronse otras, y ese pais cuajado antes de pantanos presentó el mas risueño aspecto. En cuanto á las diez provincias que quedaron bajo el dominio español, conocidas despues con el nombre de Bélgica, aunque la paz les permitió respirar y reponerse en parte de los males de la guerra, no pudieron sin embargo recobrar su prosperidad antigua, pues aunque la agricultura hizo nuevos progresos y se estendieron algunos ramos de comercio, la Bélgica perdió para siempre su prepotencia manufacturera que fue heredada por la Holanda y por la Gran Bretaña.

Desde el sínodo de Dordrecht hasta la muerte de Mauricio la tregua concluida entre la España y la república de las Provincias Unidas estuvo muy á pique de romperse con motivo de las posesiones del duque de Cleves y de Juliers, quien ademas era conde de Lamark, Raveinstein y Ravensberg. Todos esos territorios, feudos amovibles del imperio, estaban situados entre el Mosa y el Weser, y por un lado tocaban con las Provincias Unidas y por otro con los estados de Alberto. Juan Guillermo duque de Cleves que acaba-

ba de morir habia adquirido la mayor parte de esos principados por medio de su matrimonio con la duquesa de Juliers, y al verificarse la incorporacion se estipuló que no podrian dividirse. El duque no habia dejado hijos varones pero tenia cuatro hermanas casadas con príncipes alemanes (1). El emperador Rodolfo en calidad de soberano quiso tener en secuestro todos esos estados hasta que se repartieran, pero dos de los herederos, á saber, el elector de Brandebourg y el marques de Neubourg tomaron posesion de los paises en disputa con el pacto de gobernarlos provisionalmente en comun. Amenazados por las armas imperiales imploraron el ausilio de la Francia y de los holandeses, y simultáneamente obligado á intervenir el archiduque Alberto puso á la cabeza de sus tropas á Spinola. Bien pronto salió Mauricio á campaña y uno y otro fueron apoderándose de plazas en nombre de los príncipes cuya causa sostenian : de suerte que se vió entonces el singular espectáculo de dos ejércitos que conquistaban para pretendientes opuestos y que llevaban á cabo estas conquistas sin sacar la espada el uno contra el otro.

Mientras que los holandeses hacian una guerra esterior que si cabe puede llamarse pacífica, agitaban á su pais terribles querellas de las cuales eran causa las miras ambiciosas disfrazadas con el pretesto de la religion. La tempestad se levantó en la universidad de Leyde en donde Santiago Hermann ó Arminius desempeñaba una cátedra de teología. En oposicion con los principios enseñados por Calvino sentó en muchas tesis la justicia y la necesidad del libre albedrío, esto es, la facultad concedida por Dios al hombre de elegir entre el bien y el mal, asegurándose por este medio la salvacion del alma. Declamó contra la doctrina de Arminius otro profesor llamado Gomar, el cual sostenia que los hombres estan predestinados con anticipacion á salvarse ó

(1) La primera estaba casada con el elector de Brandebourg, la segunda con Luis de Baviera duque de Neubourg, la tercera con el duque de Deux-Ponts, y la cuarta con el archiduque de Austria marques de Burgaw.

condenarse. La disputa se fue enconando y los partidarios de Arminius aunque sostenidos por Olden-Barneveldt, Grotius y muchos otros sabios mas ó menos célebres, fueron tenazmente perseguidos, echados de las cátedras y empleos y metidos en la cárcel. Al verse tratar de esta manera reclamaron atrevidamente contra semejantes procedimientos. Llegaron hasta disputar á los magistrados el derecho de mandarles, y con esto la cuestion religiosa se convirtió en política. El gobierno creyendo del caso intervenir citó ante el consejo de estado á Arminius y á su fogoso adversario; mas no estaba en poder de los hombres decidir acerca de opiniones dogmáticas, y ademas hubiera sido una injusticia forzar las conciencias. Hubo otra sesion ante los estados de Holanda, pero fue tan inútil como la primera. Al fin los gomaristas reclamaron un sínodo nacional, los arminios rechazaron esta demanda, cada partido publicó folletos contra el otro mezclando invectivas y calumnias hasta el punto que los arminios eran considerados como partidarios de la España y traidores que aspiraban á destruir las libertades y la independencia de la patria.

Mauricio resolvió aprovecharse de esta disposicion de los ánimos para aumentar su influjo; mucho mas cuando siendo como era el ídolo de la plebe y de la tropa contaba con estos dos apoyos para encumbrarse al poder soberano. Aunque se recompensaron sus servicios con una pension anual de veinte y cinco mil florines y cobraba ademas sesenta mil como gobernador general, no estaba satisfecho porque su orgullo no podia sufrir rivales. Acostumbrado á mandar en los campamentos le era insoportable la oposicion del consejo; y de aqui provino que en los negocios civiles su franqueza degeneró en despego y su voluntad en despotismo. Sus proyectos no podian disfrazarse por mucho tiempo á la perspicacia de los principales ciudadanos que ocupaban un asiento en los consejos de la república, entre cuyos hombres descollaba Olden-Barneveldt abogado de la

provincia de Holanda, quien habia contribuido á establecer la independencia de su patria con su pericia y su firmeza que sacaron fruto de las victorias alcanzadas en el campo de batalla. Su astucia y su vigilancia habian frustrado en otro tiempo los proyectos de Leicester : acababa de alcanzar de la Inglaterra la restitucion de la Brilla, de Flesinga y de Ramekens dadas en otro tiempo á Isabel en garantía de sus adelantos, y era ademas obra suya en gran parte la tregua concluida con el archiduque que debia producir la futura prosperidad de la república. Apoyado Barneveldt en estos servicios se atrevió á hacer rostro á Mauricio, mas como habia prohijado los principios de Arminius segun lo hicieron los hombres mas esclarecidos, los gomaristas que eran mas en número y mas audaces se declararon en su contra y Mauricio se puso á su cabeza esperando sacar partido de su ceguedad para dar al traves con las libertades públicas.

Sin detenernos en los pormenores que suelen acompañar á semejantes trastornos, darémos noticia de los principales disturbios que hubo en muchísimas ciudades y que tuvieron principio en Utrecht en donde el populacho depuso á los magistrados, los cuales fueron repuestos por los estados generales. En todas partes los predicadores sediciosos declamaban en el púlpito contra sus adversarios, inflamando las pasiones de la muchedumbre, y de aqui tenian orígen las proscripciones y las revueltas que violaban las leyes y turbaban el público reposo. Mauricio conoció la necesidad de asociar á sus proyectos á Barneveldt, mas como este no quiso contribuir á la esclavitud de su pais el príncipe resolvió tratarlo á fuer de enemigo : como gefe de todas las tropas usó de este formidable poder de una manera muy culpable, negándose á proteger á los unos y apoyando las violencias de los otros segun podian servir ó contrariar sus planes, y fomentando por bajo mano los desórdenes útiles á su ambicion. Asi es que habiendo conseguido Barneveldt que se publicase un edicto disponiendo que en ade-

lante serian tolerados todos los cultos y todas las sectas, esta prudente resolucion encontró grandes obstáculos que no permitieron que se ejecutase, y Mauricio contribuyó á ello por su parte con sordas intrigas. Veia con el mayor gusto que iba introduciéndose la anarquía en muchas ciudades en donde los gomaristas y los arminios se disputaban la posesion de las iglesias, y no solo no hacia cosa alguna á fin de intervenir entre los dos partidos y contener sus escesos, sino que prohibió á las tropas que diesen ausilio á los magistrados. En semejante estado estos llamaron á las armas á las milicias del pais y Mauricio sostuvo que no tenian semejantes facultades, y por su propia autoridad y con ultrage de los derechos de los ciudadanos puso guarniciones en muchos pueblos. Sostenia asimismo que con levantar soldados las autoridades municipales usurpaban en parte el poder de los estados generales. Quiso Barneveldt resistirse formando una confederacion de ciudades para oponerse á Mauricio, pero conociendo que le era imposible hacerle frente ofreció dejar su empleo de gran pensionario, y si lo conservó fue por las vivas instancias de los diputados de los estados generales.

Procuró entonces ilustrar la opinion pública publicando una apología de su conducta en que se justificaba de las acusaciones dirigidas contra él en una multitud de folletos, cuyos autores llevaban su ira hasta el punto de acusarle de que queria entregar la república á los españoles; mas contra las pasiones y contra el odio poco podia el raciocinio, y asi fue que se contestó á Barneveldt con nuevos ultrages, y Mauricio despues de conseguir que en las ciudades principales se despidiese á la milicia á fin de reemplazarla con tropa dirigió las elecciones para los estados generales, que es tanto como decir que se hizo dueño del gobierno. Barneveldt fue preso á la par que sus amigos Grotius, Hoogerbeets y Ledenberg, y si bien es verdad que el primero tuvo anticipado aviso de esta medida no quiso darle crédito; y

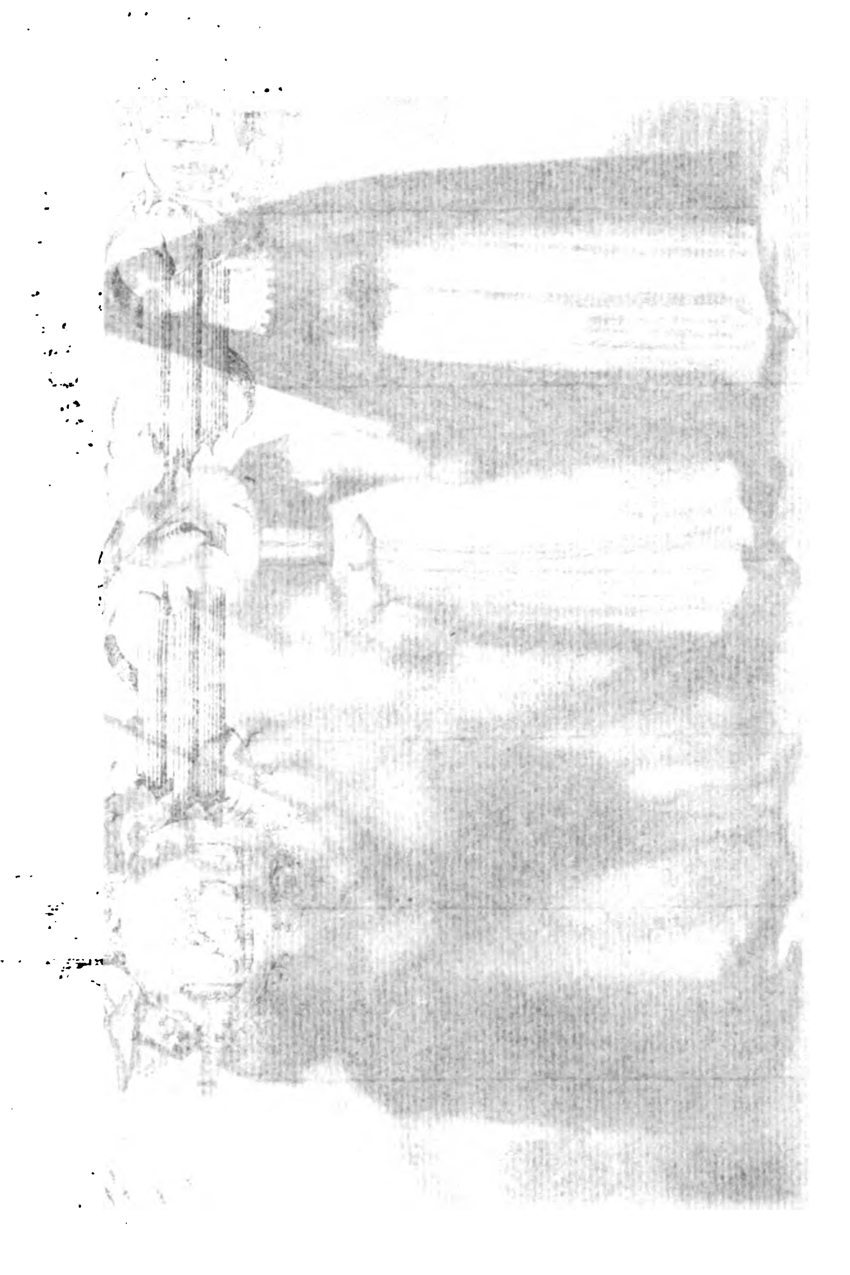
aunque su prision y la de sus amigos se hizo en nombre de los estados generales, esta órden no fue firmada por los diputados hasta despues de su ejecucion.

A fin de paliar la muerte judicial que meditaba, Mauricio hizo nombrar una comision de veinte y cuatro jueces cuya mitad pertenecia á los estados de Holanda y los demas á las otras provincias. Ledenberg se suicidó al saber que iba á dársele tormento, y Barneveldt despues de muchos interrogatorios fue condenado á muerte. Su esposa y sus hijos procuraron enternecer el corazon de Mauricio, quien consintió en perdonarle con tal que se confesase culpable; pero despues de largas deliberaciones la familia de Barneveldt contestó con una negativa, manifestando que preferia la muerte de su gefe á una vida cargada de oprobio. En cuanto á Barneveldt no se desmintió su firmeza ni aun en el postrer momento, de suerte que solo se mostraba inquieto por las víctimas que como él esperaban la sentencia. La de Barneveldt se reducia á que estaba acusado y convicto de haber fomentado una conspiracion contra los estados generales en muchas ciudades de Holanda; de haber mandado que se formasen compañías de ciudadanos, de haber calumniado al príncipe de Orange achacándole el proyecto de aspirar á la soberanía, de haber divulgado los secretos del gobierno, mudado los tribunales, y admitido regalos de potencias estrangeras. La sentencia comprendia tambien la confiscacion de sus bienes, lo cual obligó al desgraciado Barneveldt á recomendar su familia á la generosidad de Mauricio. Habíase levantado el cadalso enfrente de la gran sala del palacio, y allí fue Barneveldt, á pie, apoyándose en su baston, arrodillóse y dijo á los espectadores: «No creais »que sea traidor: siempre he obrado sinceramente y segun »las leyes de la mas austera probidad; he vivido como buen »patriota y muero lo mismo.» Dicho esto se tapó los ojos con una gorra de terciopelo negro y puso en el tajo la cabeza que le fue cortada de un solo golpe. Entre los asisten-

tes unos estaban inflamados de cólera y otros conmovidos de lástima; muchos de ellos bañaron sus pañuelos en la sangre de la víctima y otros cortaron pedazos de las tablas manchadas con ella. Cuando murió Barneveldt tenia setenta y dos años; llevó al sepulcro el duelo de todos los buenos ciudadanos, y ha merecido los elogios de la posteridad, la cual lo cuenta entre los varones que mas han honrado la especie humana por sus virtudes públicas y privadas.

Los estados generales enviaron la sentencia á las provincias acompañándola con un escrito segun el cual se tenian pruebas de muchos otros crímenes cometidos por Barneveldt de los cuales no se habia hecho mérito en el proceso porque hubiera sido preciso dar tormento al acusado para que los confesase, y quisieron ahorrársele esos dolores en consideracion á su edad avanzada. Este escrito se dijo que era obra de Francisco Aarsens hijo del secretario de los estados y que pasaba por autor de muchos libelos contra el gran pensionario de quien se habia manifestado siempre acérrimo enemigo. Grotius y Hoogerbeets fueron condenados á encierro perpetuo y á la confiscacion de bienes. El primero gracias á los sacrificios de su muger se escapó de la cárcel y encontró en el hijo de Enrique IV un protector que le puso á cubierto de la ira de sus enemigos y le libró de la pobreza dándole una pension de mil escudos (1). En cuanto á Hoogerbeets estuvo sufriendo en la cárcel hasta despues de la muerte de Mauricio y falleció en 1626, cinco semanas despues de haber respirado el aire de la libertad. Grotius publicó su apología en la cual justificaba plenamente al desgraciado Barneveldt, y si bien los estados generales pros-

(1) La muger de Grotius habia conseguido que se la dejase encerrarse con su marido, y como se permitia al preso tener muchos libros para desvanecer el enojo del cautiverio, su muger lo encerró en una caja y gracias á esta estratagema pudo escaparse y salir del territorio de la república. Los estados generales tuvieron presa por algun tiempo á la esposa de Grotius, pero no osaron castigar aquella accion tan atrevida como generosa y la pusieron en libertad y fue á reunirse con su marido.



Trajes holandeses del Siglo XVII.

1. Señora de la clase media. 2. tendera. 3 y 4. Pescador y su mujer.



COSTUMES HOLLANDAIS AU 17e SIÈCLE.

1. Bourgeoise. 2. Marchande. 3 et 4. Pecheur et sa femme.

cribieron este escrito, no fue dable impedir que el público lo leyese con ansia y que la prensa multiplicase sus ejemplares.

Mauricio por la muerte de su hermano mayor adquirió el principado de Orange y con él vastas posesiones que aumentaban su fortuna y contribuian mas y mas á estender su influjo político. La caida de Barneveldt le habia dado un poder casi sin límites y de él usó para aterrar á sus adversarios. Secundáronle muy eficazmente los gomaristas, quienes hicieron decretar el famoso sínodo de Dordrecht en el cual los miembros del concilio protestante declararon á sus adversarios perturbadores de la patria, obstinados, desobedientes, promovedores de facciones, y declararon que eran indignos de desempeñar ningun cargo eclesiástico ni académico. Con este motivo fueron depuestos mas de doscientos ministros y muchos profesores perdieron sus cátedras en las universidades, y el sínodo despues de dos años de sesiones se disolvió despidiéndose con una magnífica comida en la cual los comensales fueron festejados con músicas y cantos de mugeres, y recibieron ademas medallas de oro. Un historiador afirma que los gastos de aquella asamblea subieron á mas de dos millones. Privados los arminios de su gefe y blanco del odio de sus adversarios fueron á buscar una nueva patria refugiándose algunos en Suecia, y otros hallaron un asilo en los dominios del duque de Holstein. La emigracion fue tan grande que los estados generales para contenerla creyeron llegado el caso de moderar en su aplicacion las leyes dictadas contra ellos.

A pesar de las intestinas querellas que destrozaron el estado durante los doce años de la tregua concluida con los españoles, la prosperidad pública no cesó de hacer rápidos progresos. El establecimiento de la compañía de Indias concentró los capitales en manos peritas y abrió nuevos mercados al comercio, ya haciendo cambios ventajosos con las naciones y las tribus de Asia, de Africa y de América, ya

fundando colonias y factorías en diversos puntos del globo mal conocidos entonces y apenas beneficiados por la industria europea. Crecidas escuadras surcaban los mares mas lejanos, mientras que el pabellon holandes flotaba en el Báltico. A pesar del odio que aun existia entre los republicanos de las Provincias Unidas y los súbditos de Felipe III, aquellos se enriquecian con las posesiones españolas del Nuevo Mundo. En la mar de las Indias se habian apoderado de Java y fundado en ella la ciudad de Batavia, la cual gracias á sus esmeros debia ofrecerles algun dia una nueva patria, si el despotismo lograba reconquistar en Europa el territorio que era cuna de la independencia holandesa. Mientras tanto habia llegado la época en que era preciso tomar otra vez las armas si definitivamente no se consolidaba la paz, y los que estaban al frente del gobierno vacilaron en renovar las hostilidades considerando que el patriotismo de las masas comenzaba á enfriarse, que muchos de los aliados de la república habian muerto, que las rentas estaban agotadas y que Mauricio no tenia ya la actividad de sus primeros años. Por otra parte Felipe por mas que su poder declinase se obstinaba en creer que conquistaria otra vez á los holandeses, y alimentaba esta esperanza tan vana como orgullosa. Por órden suya los archiduques enviaron en calidad de embajador á Peekius canciller del Brabante con encargo de pedir á los estados que consintiesen en reconocerle por soberano. Rechazaron estos la proposicion con tanta mas prontitud en cuanto debió ofender el orgullo nacional, pues el pueblo habia manifestado su aversion á España insultando á Peekius á quien hubo que dar escolta hasta la frontera. Preciso fue pues sacar la espada para la guerra, que se calmó apenas comenzada á causa de las muertes de Felipe III y del archiduque Alberto que acaecieron en la misma época. Felipe IV ascendió al trono de Cárlos V á la edad de diez y seis años para vegetar bajo la tutela de su ministro Olivares, mientras que por el contrario

la archiduquesa Isabel supo regir con mano firme el gobierno de los Paises Bajos por mas que le faltase el apoyo de un esposo tan entendido en política como perito en el arte de la guerra. Mauricio se encontró cara á cara con su antiguo rival Spinola, y uno y otro dieron pruebas positivas de sus grandes talentos. Sin ánimo de detenernos en los pormenores de aquella lucha indicarémos sus lances principales que tampoco produjeron resultado alguno decisivo.

Ya en esa época puso en riesgo la vida de Mauricio una conjuracion cuyos principales autores eran los hijos de Barneveldt, Guillermo Stoutenbourg, y Reynaldo de Groeneweldt á quienes el príncipe no satisfecho con derramar la sangre de su padre privó de su herencia y depuso de los destinos que desempeñaban. Desesperados entonces resolvieron dar muerte á Mauricio y hacer una revolucion en el estado, para todo lo cual hallaron con poca dificultad cómplices, puesto que Mauricio se habia hecho enemigos implacables. Dos de los conjurados eran católicos, los demas seguian los principios de Arminius, y la persecucion los habia exasperado mas y mas contra el príncipe Mauricio que era el gefe de sus adversarios. Estaba á la cabeza de los conjurados Enrique Slatius predicador famoso y que acababa de escribir contra el príncipe de Orange un libelo para derramarlo despues del asesinato, cuya ejecucion se encargó á marineros y artesanos á quienes se hizo creer que Federico Enrique de Nassau hermano de Mauricio aprobaba secretamente el asesinato. Slatius habia enviado una caja llena de armas bajo la custodia de cuatro marineros cómplices de la conspiracion, mas estos bien fuese á impulsos del miedo bien de la codicia se trasladaron á Ryswyk, y despues de alcanzar una audiencia de Mauricio le descubrieron que se les habian dado trescientos florines para que hiciesen un grande servicio á la patria, pero que no sabian qué clase de servicio era; que habian traido una caja, y que las personas que les habian dado el dinero eran las que nombraban. Estos indicios su-

ficientes de suyo para descubrir la conjuracion, fueron corroborados por las declaraciones de otros dos conspiradores que se presentaron el dia siguiente y fueron tratados nó como delatores sino como cómplices del crímen. Cayeron en manos de la justicia diez y seis de estos y entre ellos Groeneweldt y Slatius, pues Stoutenbourg tuvo la felicidad de escaparse y de hallar un asilo en Bruselas en donde se hizo católico y combatió en las filas de los españoles contra su patria que no habia querido perdonarle. Groeneweldt se libró de los dolores del tormento confesando el crímen, y cuando su esposa y su madre fueron á arrojarse á los pies de Mauricio este preguntó á la segunda; «¿por qué pedis »gracia á favor de vuestro hijo siendo asi que no lo hicisteis »por vuestro marido?» La viuda le contestó: «Porque mi »hijo es culpable y mi marido era inocente.» En el trance de la muerte el hijo de Barneveldt se mostró digno de su nacimiento y sufrió su suerte con firmeza. Fue al suplicio desatado, y su cuerpo en vez de ser hecho cuartos y espuesto al público fue encerrado en el mismo sepulcro que contenia los despojos de su padre. Slatius fue tambien decapitado y sus restos puestos en una rueda en una de las puertas de la Haya, y aunque su muger los hizo quitar los jueces los mandaron restituir al mismo sitio. Quince personas sufrieron la pena capital con motivo de aquella conjuracion acaecida en 1623, la cual causó mas lástima hácia los culpables que horror por el crímen que espiaban. Mauricio habia perdido el afecto de la muchedumbre cansada de su tiranía y que lamentó la suerte de Barneveldt y de sus hijos, inmolados nó á la salvacion de la patria sino á la de un solo hombre.

El príncipe de Orange cuya popularidad habia ido por tierra echó tambien un borron indeleble sobre su gloria militar dejando caer en manos de Spinola la ciudad de Breda que formaba parte de sus posesiones hereditarias. Asimismo quedó desairado en el proyecto de apoderarse de

Amberes, si bien estos reveses en la guerra fueron compensados con los ventajosos tratados que en 1625 concluyó con la Francia y la Gran Bretaña. Adelantóle subsidios la primera de esas dos potencias, y la segunda le proporcionó seis mil soldados obligándose á pagarles el sueldo hasta la conclusion de la paz con la España. A los pocos meses de estos acontecimientos murió Mauricio despues de una corta enfermedad en 25 de abril de 1625 á la edad de cincuenta y nueve años. Continuó la gloria de su padre cuyos talentos habia heredado; le aventajó en los campos de batalla en los cuales Guillermo sufrió mas derrotas que alcanzó victorias; perfeccionó el arte de atacar y defender las plazas, é hizo muy oportunas innovaciones en las maniobras y en el armamento de los soldados. Tan versado como su padre en los planes y en las intrigas de la política manifestaba, un carácter menos severo y sabia agradar y persuadir; económico y magnífico á un tiempo sostuvo la grandeza debida á su rango sin comprometer su fortuna, y por decirlo de una vez tuvo todas las virtudes públicas que su elevada posicion reclamaba. Solo puede vituporársele la muerte de Barneveldt y la persecucion contra los amigos de este; mas eso fue un error cometido por una ambicion provechosa á la república cuyo poder robusteció concentrando la autoridad que repartida se hubiera enflaquecido. Como quiera que sea si Mauricio no fue un gran ciudadano no puede negarse que fue un grande hombre.

DESDE LA MUERTE DE MAURICIO,

HASTA EL TRATADO DE MUNSTER.

Apenas hubo Mauricio cerrado los ojos cuando le sucedió en todas las dignidades de que estaba revestido su hermano Federico Enrique que fue nombrado stathouder de las provincias de Holanda, Zelandia, Gueldre, Utrecht y

Over-Issel. Ya tenia dadas este príncipe grandes pruebas de su capacidad para la guerra y la política; mas en el momento en que se puso al frente del gobierno diferentes síntomas hacian sospechar que la república se hallaba en vísperas de algun trastorno. En efecto, si el estado de los negocios era, sobre todo en las Indias, muy floreciente, no sucedia lo mismo en Europa en donde el peso de las contribuciones causaba un descontento general que podia traer grandes desórdenes, y por otra parte el comercio holandes sufria continuos ataques de los piratas de Dunkerque ciudad que pertenecia á los españoles, mientras que las fronteras del estado faltadas de tropa que habian de guarnecer las plazas fuertes estaban abiertas á las escursiones de los enemigos. Tampoco podian los holandeses contar con los ausilios de sus aliados; pues aun ocupaba el trono de Inglaterra Jacobo I cuya debilidad y cuya irresolucion no permitian esperar de él cosa alguna; y la Francia era víctima de sus disensiones civiles hijas de la ambicion de los grandes que se disputaban el poder harto pesado para la mano de Luis XIII. El primer cuidado de Enrique fue preparar el camino de la reconciliacion de los ánimos en materias religiosas; llamó del destierro y puso en libertad á muchos arminios presos, sin rebajar por esto la preponderancia de sus adversarios, y de este modo consiguió endulzar la acrimonia de los sectarios que dividian el pais y derramar las máximas de aquella prudente tolerancia que mas adelante contribuyó á enriquecer la Holanda convertida en asilo de todos los hombres perseguidos por opiniones religiosas.

Continuaba entre tanto la guerra con la España, y al mismo tiempo era preciso hacer frente al emperador de Alemania Fernando II. Hé aqui en pocas palabras el estado de la Alemania desolada entonces por una lucha que habia de durar treinta años. Aquella guerra religiosa en su principio comenzó en la Bohemia, reino que pertenecia entonces á la casa de Austria. Revolucionada la Bohemia, depuso á su

soberano el emperador Matías, y eligió por rey al elector palatino Federico V yerno de Jacobo rey de Inglaterra; mas ese monarca improvisado fue vencido y perdió la corona en la batalla de Praga en el año 1620, y olvidando los deberes de su alta posicion dejó á sus partidarios para ir á ocultarse en Holanda. Fernando despues de haber triunfado de un rival que se abandonaba á sí mismo y abusando de la victoria hizo derramar en cadalsos la sangre de sus adversarios, y su ambicion atizada por su buena fortuna pretendia poner bajo su dominio la Alemania entera. Habia proscrito á muchos príncipes protestantes y se preparaba á destruir la constitucion del imperio germánico; y si bien el rey de Dinamarca tomó la defensa de sus correligionarios, vencido en la batalla de Lutter hubo de implorar la paz. Los holandeses se mezclaron por muy poco en esta disputa, y aunque Enrique alcanzó algunas victorias contra las armas de Fernando y se apoderó de Groll y de algunas otras ciudades, el verdadero teatro de la guerra para los holandeses fue el océano. Ahí el almirante Pedro Heine hizo sufrir á los españoles importantísimas pérdidas; en 1627 con fuerzas inferiores puso en fuga una escuadra de veinte y seis bajeles; y en el año siguiente apresó en las aguas de Cuba la flota de los galeones, cuyos despojos valieron la suma de doce millones de florines, con los cuales se rehizo el tesoro de la república, y contribuyeron muchísimo á las ventajas alcanzadas por el príncipe de Orange contra los españoles. Privados estos del talento de Spinola que mandaba entonces en Italia y puestos á las órdenes del príncipe de Bergue no sufrieron mas que derrotas, merced al talento y á la actividad de Federico Enrique.

Los servicios de este príncipe fueron recompensados por las provincias de que era stathouder, las cuales aseguraron esta alta dignidad á su hijo que solo tenia tres años. Este favor era un paso capaz de abrir á Federico el camino del trono y hacerlo hereditario en su familia; pero la mo-

deracion del príncipe no le permitió sacar partido de estas circunstancias para cambiar en beneficio suyo la forma de gobierno de su patria (1). En la misma época recobró la posesion del principado de Orange que la Francia habia restituido á su casa, y aunque Valkemborg encargado de gobernarla trató de hacerse dueño de ella, un agente de Federico se trasladó de secreto á Orange, dió muerte á Valkemborg y recobró la autoridad en nombre del príncipe. Por entonces mismo Federico Enrique trató de apoderarse de Dunkerque cuyos corsarios eran el terror del comercio holandes; mas le salió fallida la empresa por la pusilanimidad de los diputados que los estados eligieron para que acompañasen al ejército y aconsejaran al general. Los españoles trataron de vengarse atacando la Zelandia en 1630, pero su escuadra fue casi enteramente derrotada (2).

En esa época la fortuna por tanto tiempo favorable á Fernando II le habia abandonado en términos que el rey de Suecia Gustavo Adolfo penetra hasta el corazon de la Alemania, y sostenido por su valor y por los ausilios que le proporcionaban la Francia y la Holanda derrota al célebre Tilly en los campos de Leipsick y llega hasta las márgenes del Rhin. Rehecha ya la causa del protestantismo gracias á las victorias del monarca sueco, pareció robustecerse todavía en 1632 con las conquistas de Federico Enrique que se apoderó de muchas plazas importantes en las márgenes del Mosa, entre otras de Maestricht. Mientras que el príncipe de Orange se hacia célebre por sus victorias, entablaba negociaciones con el conde de Warfusée ministro de hacienda de los Paises Bajos, y con el conde de Bergue general español de los ilustres; pero esta felonía solo fue perjudicial á los que la cometieron, porque admitido Bergue al servicio de la república fue declarado traidor en su patria y

(1) Vide Mémoires de Frédéric Henri, pág. 126 á 130.

(2) Vide Mémoires de Frédéric Henri, pág. 126 á 130. Actzema, tomo 2. pág. 1130 á 1132.

Plaza de las Casas-Consistoriales en Bruselas (Bélgica) Pl 6

W.H. Bartlett del.

Léonce Lhuillier Sculp.

PLACE DE L'HOTEL DE VILLE DE BRUXELLES. (Belgique)

PAYS BAS

no hizo á sus nuevos amigos mas que servicios de poca cuantía. En aquel mismo año murieron en Alemania Gustavo Adolfo cuando acababa de vencer en Lutzen, y poco despues el elector palatino que habia perdido el trono de Bohemia y cuya loca ambicion encendió la guerra que desolaba la Alemania.

Aunque la España y la Holanda peleasen sin descanso, ambas partes negociaban mientras se batian; pero eran tantas las dificultades que presentaba la conclusion de un acomodamiento, que las conferencias abiertas con este motivo se fueron prolongando sin traer resultado alguno. El príncipe de Orange se hizo dueño de Rhimberg, única plaza que en las márgenes del Rhin conservaban los españoles, quienes sufrieron tambien una pérdida lamentable con la muerte de Isabel viuda de Alberto de Austria y regente de los Paises Bajos. Las heroicas prendas de la infanta y la sabiduría de su gobierno contribuyeron eficazmente á mantener en la obediencia á los pueblos que regia. Los Paises Bajos fueron otra vez incorporados á España en virtud de la acta de cesion que los habia traspasado á la princesa, y Felipe IV nombró un consejo de regencia del cual era miembro el marques de Aytona á quien se dió el mando de las tropas durante la ausencia de Fernando, hermano de Felipe, cardenal y arzobispo de Toledo á quien se confirió el mando general. Muchos señores belgas de la mas alta clase sufrieron los rigores de la corte de España en el concepto de haber formado el plan de emancipar los Paises Bajos para convertirlos en república. Una indiscrecion del rey de Inglaterra descubrió el secreto de esta intriga, y en su virtud fue preso en Madrid el duque de Arschot, en Bruselas el duque de Bravançon, y los príncipes de Epinoy y Bournonville á quienes amenazaba la misma suerte buscaron un asilo en Francia. Este negocio sin embargo fue arreglado en 1634 por medio de una amnistía que reconcilió á la nobleza con el gobierno.

Mientras tanto el cardenal infante hizo su entrada en Bruselas y se puso al frente del gobierno en circunstancias muy azarosas, pues en efecto Luis XIII ó por mejor decir su ministro Richelieu acababa de ajustar con la república de Holanda un tratado en virtud del cual las dos potencias habian de invadir los Paises Bajos españoles, los cuales serian declarados independientes si tomaban las armas para sacudir el yugo de España; mas se convino en que si no trabajaban para conquistar sus libertades se repartirian entre la Francia y la Holanda. A consecuencia de esto el ejército frances mandado por los mariscales Chatillon y Brezé entraron en campaña y alcanzaron una brillante victoria sobre los españoles cerca de Avein. Los vencedores reunidos muy luego con el príncipe de Orange se hicieron dueños de Tirlemond, de Saint-Trond y de muchas otras plazas. La primera de esas ciudades sufrió todos los horrores que son consecuencia de un asalto y fueron degollados todos los sacerdotes católicos; pero esta barbarie sublevó á los habitantes contra los confederados, los cuales esperimentaron un descalabro en el sitio de Louvain defendida de comun acuerdo por la guarnicion y por el pueblo. Por otra parte habia falta de inteligencia entre franceses y holandeses, los cuales temian la vecindad de un príncipe tan poderoso como el rey de Francia. Tales fueron las causas que inutilizaron la invasion. El cardenal infante no tardó en recobrar las ciudades caidas en poder del enemigo, y acabó por recoger la gloria y los provechos de esta campaña. Penetró en Francia en 1636, asoló la Picardía é hizo temblar á Paris que le creia ya á sus puertas, mientras el príncipe de Orange concretó sus operaciones á recobrar la fortaleza de Schenek que se consideraba como la llave de las Provincias Unidas.

En la mar habia alcanzado la república ventajas y gloria, pues combatia con los españoles no solo en Europa sino tambien en muchos puntos del vasto continente descubierto por Colon y en que poseia Felipe IV inmensas provincias.

Desde la sujecion de Portugal el monarca español era dueño del Brasil que los holandeses atacaron, y eran ya dueños de cuatro provincias cuando los estados resueltos á terminar esa conquista confiarón su ejecucion á Juan Mauricio de Nassau primo del príncipe de Orange Federico Enrique. Nombrado Mauricio generalísimo de las fuerzas de mar y tierra y gobernador del Brasil, alcanzó desde 1637 á 1640 señaladas victorias contra portugueses y españoles, bízose dueño del puerto del Arrecife y sujetó á su dominio la mayor parte de ese inmenso territorio. «Con respec-» to á este punto de los dominios españoles las cosas cambia-» ron de aspecto en el año siguiente por efecto de la revolu » cion que emancipó al Portugal y puso su corona en la ca-» beza del duque de Braganza conocido desde entonces con» el nombre de D. Juan IV. Los portugueses subyugados con» las armas conservaron siempre el recuerdo de sus antiguos» triunfos y aspiraban á recobrar su independencia. Desde que» eran regidos por el cetro de España sufrieron muchos de-» sastres y sus mas ricas y florecientes colonias habian sido» devastadas por los ingleses y holandeses que segun acaba-» mos de ver se preparaban ahora á conquistarlas entera-» mente y ya lo habian llevado á cabo en gran parte. Mien-» tras por ese lado los combatian los enemigos y por otro» eran vejados por los agentes españoles, residia en Lisboa» en calidad de vireina la duquesa viuda de Mantua; mas» el poder estaba en manos del portugues Vasconcellos, cu-» ya tiranía era intolerable para sus compatricios. En seme-» jante estado y deseando los portugueses sacudir un yugo» que les era tan enojoso, pusieron los ojos en el duque de» Braganza descendiente de los antiguos reyes de Portugal.» Tramada una vasta y bien dirigida conspiracion los conju-» rados se reunen en 1641; invaden el palacio, desarman la» guardia de la vireina, dan de puñaladas á Vasconcellos,» arrojan su cadáver á la calle, y en seguida proclaman al du-» que de Braganza con el nombre de D. Juan IV. Esta revolu-»

cion que en la capital se habia verificado en un dia se re-» produjo rápidamente en todas las provincias, y los agen-» tes del mismo D. Juan ejecutaron otra igual en el Brasil.»

Los habitantes que aun no habian sufrido el yugo de los holandeses reconocieron con regocijo al nuevo príncipe que firmó un tratado de alianza con la república; mas esta para llevar adelante sus ambiciosos proyectos resolvió no publicar en América el tratado concluido con D. Juan hasta pasado un año del dia que se firmó en Europa. Con este motivo mandó á Nassau que apresurase sus operaciones á fin de aprovechar ese plazo, y Mauricio obedeció y sin duda hubiera cumplido con el encargo que se le encomendaba á no haberle acusado los enemigos que tenia en el Haya, de que su intento era erigirse un trono en el Brasil. Fue llamado pues, y con su partida comenzó la decadencia de sus compatricios, los cuales definitivamente fueron arrojados de ese país. En Europa el célebre almirante Van-Tromp dió un gran golpe al poder marítimo de los españoles en la batalla de Dunes en donde los vencidos perdieron cincuenta bajeles entre apresados y sumergidos. El príncipe de Orange robusteció mas su fortuna por medio de la alianza que ajustó con los Stuarts, y casando su hijo con la princesa María hija de Cárlos I de Inglaterra. Luis XIII instigado por Richelieu dió en esa época el título de Alteza á Fernando Enrique, en vista de lo cual los estados generales descontentos ya con el matrimonio del jóven Guillermo con una princesa de sangre real tomaron el título de Altas y Soberanas potencias. El príncipe de Orange sin embargo no justificó las sospechas que contra él habia, pues aunque era depositario del poder jamas trató de conservarlo como si fuera una cosa que le perteneciese.

El cardenal infante murió en Bruselas á la edad de treinta y tres años, y aunque vivió poco su carrera fue brillante porque tenia prendas muy notables y suficientes para inmortalizar su nombre, si la muerte no hubiera acabado con

él en edad tan temprana. Sucedióle en el regimiento de los Paises Bajos D. Francisco de Mello que no es conocido en la historia sino por una derrota. Habiendo muerto en mayo de 1643 Luis XIII, dejando por sucesor á un hijo de cinco años y por regente á su viuda Ana de Austria, juzgó Mello que la Francia confiada á una muger no era temible, y partiendo de este principio puso sitio á Rocroy. Cayó sobre él el duque de Enghien, y en una sola batalla acabó con los restos de aquella antigua infantería á la cual era la España deudora de tantos triunfos. El vencedor que no tenia entonces mas que veinte y dos años fue mas adelante el gran Condé. Bien procuró el príncipe de Orange sacar partido de la derrota de sus adversarios, mas las operaciones de aquella campaña no tuvieron importancia alguna, y en ellas solo se hizo notable el valor del jóven Guillermo que en presencia de su padre se distinguió en una sangrienta accion en que los enemigos llevaron la peor parte.

La débil é incierta conducta de Cárlos I encendió en la Gran Bretaña una guerra civil que le condujo al cadalso. Estaba casado con una hija de Enrique IV cuyo valor y cuya ternura le sostuvieron en medio de sus adversidades prodigándole las mayores muestras de afecto y haciéndole los mas señalados servicios. Muchas veces pasó aquella princesa la mar con peligro de su vida en pro de su marido, fue á Holanda so pretesto de ver á su hija casada con el jóven Guillermo hijo de Federico Enrique, y llevó allí los diamantes de la corona con los cuales y por medio del príncipe de Orange logró hacer un empréstito considerable que fue íntegramente empleado en provecho de la causa de Cárlos. Federico Enrique contribuyó con su fortuna particular y con su crédito á proporcionar fondos á la desdichada Enriqueta, y empeñó á muchos oficiales peritos á que sirviesen en el ejército del monarca ingles. No todo el mundo sin embargo tenia la misma opinion en este asunto, y asi es que la Holanda y muchas otras provincias estaban por el parla-

mento. El príncipe de Orange favorecia al rey, al paso que la asamblea de los estados generales se esforzaba en mantenerse neutral entre los dos partidos.

En Alemania la guerra que causó tantos desastres empezaba á ser pesada á todos los que tomaron parte en ese sangriento drama cuyos principales actores habian desaparecido de la escena casi todos. Gustavo murió en los campos de Lutzen, Walstein tan célebre por sus victorias fue víctima de un cobarde asesinato; su coronado matador Fernando II le siguió á la tumba y los enemigos le tenian invadidos los estados hereditarios de su hijo Fernando III; de suerte que los pueblos y los reyes clamaban á voz en grito por una paz necesaria á todos. Tiempo habia que estaban entabladas negociaciones las cuales se terminaron por último al cabo de ocho años en la ciudad de Munster y quedaron confirmadas por el nuevo tratado conocido con el nombre de paz de Westfalia; tratado que echó la base de un nuevo sistema político por el cual fue regida la Europa hasta fines del siglo XVIII. La república holandesa consiguió por su parte que la España la reconociese potencia independiente de derecho; que le confirmara la posesion de las ciudades de los Paises Bajos que estaban en su poder y le permitiera comerciar con las Indias orientales y occidentales. En el año anterior á este grande acontecimiento falleció á la edad de sesenta y tres Federico Enrique hombre de prendas menos raras que su hermano, pero que tuvo la felicidad de acabar con la obra comenzada por Guillermo y seguida por Mauricio con tanta gloria como perseverancia.

DESDE LA PAZ DE MUNSTER,

HASTA EL TRATADO DE UTRECHT.

Respiraba finalmente la república y habia por último recogido el fruto de los sacrificios que sus hijos hicieron para llegar al rango de pueblo independiente; mas apenas hubo ocupado su puesto cuando dispertó los zelos de los que mas habian contribuido á arrancarla del poder de España; de suerte que sus amigos se convirtieron en adversarios y solo pensaron en turbar una prosperidad que ofendia á su orgullo y perjudicaba sus intereses. Hemos visto anteriormente que la Inglaterra desde el tiempo de Isabel hizo grandes servicios á la causa de la libertad de las naciones defendiendo la Holanda contra la conquistadora ambicion de Felipe II. Destrozada por la guerra civil la Gran Bretaña presenció como el largo parlamento derribó del trono á Cárlos I, gracias á la espada de Cromwell, y decretó el establecimiento de una república que debia alzarse sobre las ruinas de la monarquía. Los estados generales se habian empeñado en conservar la neutralidad en medio de ese conflicto; pero arrastrados por el príncipe de Orange Guillermo II yerno de Cárlos, enviaron embajada á fin de impedir la ejecucion de la pena capital á que el príncipe ingles habia sido condenado; pero los embajadores á duras penas alcanzaron una audiencia del parlamento y el regicidio se llevó á efecto. Los matadores del monarca no perdonaron á los holandeses el haber esperimentado afectos de justicia y de lástima, y la república sintió bien pronto los funestos resultados de ese resentimiento. Antes de comenzar el relato de la sangrienta lucha que estalló entre las dos naciones, conviene bosquejar con pocos rasgos la historia de Guillermo II, cuya corta vida es sin embargo famosa por las tentativas que ese hombre hizo á fin de acabar con la libertad de su pais. A la

par que sus antepasados tenia una pasion decidida por la gloria militar; gustaba de los ejercicios mas violentos como la caza y el juego de la pelota, á los cuales debiera desaficionarlo su endeble físico; y habia cultivado su entendimiento en términos que hablaba cinco lenguas; pero estas buenas circunstancias no habian hecho otra cosa que desenvolver en su alma los gérmenes de una ambicion muy poco á propósito para estar al frente de una república de que solo debia ser el primer ciudadano. A impulsos de todas estas causas entró muy luego en lucha con la provincia de Holanda que deseosa de influir mas que las otras en la direccion de los negocios queria ante todo disminuir el número de tropas y hacer que se adoptaran ciertas medidas en el ramo de hacienda.

Un incidente dió lugar á que bien pronto se rompieran las hostilidades entre el príncipe y uno de los burgomaestres de Amsterdam. El almirante Cornelio de Witt habia dejado el Brasil con los restos de su flota contraviniendo á las órdenes del consejo de regencia de la colonia; por cuyo motivo el príncipe de Orange en calidad de grande almirante le mandó prender, mientras que el consejo del almirantazgo creado por los estados generales y establecido en Amsterdam encarcelaba á seis capitanes vueltos con Witt. Los estados de Holanda supusieron que este acto violaba sus privilegios exigiendo por ello que los magistrados de la ciudad dieran libertad á los presos. Como Guillermo á fuer de stathouder reasumia en su persona los poderes de los estados generales y ademas disponia del ejército cuyo gefe le era adicto, mandó prender á seis diputados de Holanda y los hizo llevar al castillo de Louvestein. Habia concebido tambien el proyecto de apoderarse de la ciudad de Amsterdam en donde estaba toda la fuerza de la oposicion; mas el conde Federico de Nassau stathouder de la Frisia y que se habia encargado de sorprender á Amsterdam llegó demasiado tarde, de suerte que los vecinos de la ciudad noticio-

sos de que se acercaba se pusieron en estado de defensa y le obligaron á retirarse. Convencido el príncipe de Orange de que no podia emplear la fuerza acudió á las negociaciones cuyo resultado fue humillar su orgullo, puesto que Witt no sufrió castigo alguno. A pesar de esto Guillermo contando con el apoyo del ejército, con la adhesion de los zelandios y con la promesa de ser secundado por las intrigas y el oro del cardenal Mazarini, sin duda hubiera conseguido realizar sus ambiciosos planes á no prevenirle la muerte en el año 1650 en que despues de una partida de caza fue atacado de viruelas y falleció en el Haya á la edad de veinte y cuatro años y medio. La falta de este hombre dejaba á los estados sin stathouder y al ejército sin gefe; mas como al parecer la familia de Orange no debia estinguirse, á los ocho dias de muerto el príncipe su esposa parió un niño cuyo nacimiento colmó de gozo á los partidarios de Nassau y dió ocasion á un rompimiento entre la princesa de Orange y su suegra que se disputaron la tutela del niño, hasta que los estados generales resolvieron que la desempeñasen de mancomun las dos princesas y el elector de Brandebourg. El partido popular aprovechó esta ocasion para asegurar su triunfo; y asi es que la mayor parte de las ciudades se arrogaron el privilegio de elegirse sus magistrados, y las fuerzas de mar y tierra quedaron á la direccion de los estados generales.

Todo hacia creer que la buena inteligencia que reinaba entre la Inglaterra y la Holanda continuaria robusteciéndose porque en este último pais las ideas democráticas habian tomado un ascendiente irresistible y dominaban en el gobierno que de monárquico se hizo republicano; y sin embargo lejos de suceder asi se encendió una guerra en que las dos naciones desplegaron un valor y una tenacidad casi sin ejemplo. Las causas que produjeron esta lucha fueron los zelos y la ambicion de los dos pueblos que esperaban apoderarse del dominio de los mares; no obstante los ingle-

ses fueron los agresores, pues los estados generales hicieron uso de todos los medios imaginables á fin de evitar un rompimiento con la Gran Bretaña; pero algunos incidentes que no fue dable prevenir ofrecieron pretestos á sus adversarios. Recibida en el Haya como un grande honor una embajada á cuyo frente estaban Saint-Jean y Strickland, el populacho movido por los partidarios de los Stuarts y de la casa de Orange insultó á esos enviados hácia la misma época en que algunos oficiales escoceses asesinaban á Dorilaus uno de los jueces de Cárlos I, holandes de nacimiento, naturalizado despues en Inglaterra y que ahora habia vuelto á su patria con una mision política. En tales circunstancias el parlamento de Inglaterra adoptó la famosa acta de navegacion que prohibia á todas las naciones llevar á la Gran Bretaña en buques propios mercancías que no fuesen producto de su agricultura ó de su industria. Esta ley á nadie perjudicaba tanto como á los holandeses que eran entonces los factores de toda Europa. Apresáronseles buques, vengáronse ellos con represalias, y los dos gobiernos se apresuraban á equipar flotas y á ponerse en disposicion de sostener una lucha que estaba cercana y que fue comenzada por un combate entre Blak y Tromp cerca de Douvres. Habiendo querido el primero que el almirante ingles le saludara trabóse entre los dos un combate que duró cinco horas. A la nueva de semejante conflicto, cuyas consecuencias no era difícil de prever, los estados generales enviaron á Londres al gran pensionario Adriano Paw; mas como el parlamento ingles no quiso dar oidos á las esplicaciones del enviado, Blak se hizo á la mar con una numerosa escuadra en 1652, y aunque Tromp le salió al encuento con fuerzas considerables una tempestad les impidió llegar á las manos. Poco tiempo despues se empeñó una batalla en las aguas de Plimouth entre sir Jorge Ayscue y el célebre Ruyter; pero no tuvo ningun resultado decisivo. En las costas del condado de Kent hubo otros dos combates en los cuales la flota in-

glesa era mandada por Blak, Bourn y Pen, y la de sus rivales por Ruyter y Witt. En otra accion Blak fue derrotado y herido. El enemigo incendió y echó á fondo cinco de sus bajeles, y á no ser la oscuridad de la noche la flota inglesa no se salvaba de una destruccion completa. Enorgullecido Tromp con el triunfo hizo atar en el palo mayor de su buque una escoba, dando á entender que habia barrido el canal echando de allí á todos los buques ingleses; pero esta bravata no hizo mas que inflamar la ira de los vencidos y Blak secundado por Dean y Monk que mas tarde fue el restaurador de la monarquía, se presentó otra vez con ochenta naves, y no tardó en encontrarse con Tromp y Ruyter que al frente de setenta y seis escoltaban trescientos buques mercantes. La accion se empeñó y se sostuvo con igual furia durante tres horas, y su resultado fue desventajoso á los holandeses que perdieron diez buques de guerra y veinte y cuatro mercantes. Tromp adquirió en esta batalla gloria inmortal ya por su valor ya por sus maniobras que salvaron la mayor parte del imenso convoy puesto bajo su custodia.

Pocos meses despues hubo otras dos batallas que fueron célebres, la primera por la muerte del almirante ingles Dean, y la segunda por la derrota de los holandeses. Finalmente el 21 de julio de 1653 Tromp atacó en Scheveling á los ingleses mandados por Monk, habiéndose antes reunido con sus dos compatricios Witt y Ruyter; de manera que estaban unos enfrente de otros mas de doscientos buques. Tromp rompió la línea enemiga, se encontró envuelto por muchos navíos y fue mortalmente herido mientras daba aliento á los suyos con sus palabras y con su ejemplo. Su muerte derramó la consternacion en toda la escuadra, y á pesar de los esfuerzos y de la pericia de Ruyter y de su compañero, los holandeses se fugaron en desórden. Esta derrota les costó veinte navíos y seis mil hombres, de los cuales los cuatro mil murieron en la accion y los otros quedaron pri-

sioneros. Tambien los vencedores sufrieron pérdidas enormes, de suerte que la mayor parte de sus buques estaban desamparados y llenos de hombres á quienes las heridas habian puesto fuera de combate. Este desastre obligó á los estados generales á entablar negociaciones con Cromwell, pues ya este ambicioso habia alejado de sí á sus antiguos camaradas y reinaba con el título de Protector. Queria este hombre que las dos repúblicas formasen un solo estado; pero desistió de este proyecto concretándose á pedir que el jóven príncipe de Orange fuese escluido para siempre de los destinos de stathouder y capitan general desempeñados con tanta gloria por sus predecesores, y que la república no conservase mas que un número fijo de buques de guerra, sin poder aumentarlo no mediando el asentimiento del gobierno ingles. Era tan humillante como arriesgado aceptar estos dos artículos; pues el uno tarde ó temprano habia de producir una guerra civil, puesto que la casa de Orange contaba con muchos partidarios que trabajarian para restituirle el poder, y el otro hacia á las Provincias Unidas súbditas de la Inglaterra. A pesar de todo ratificaron estos artículos los estados, los cuales convinieron en ajustar con la Gran Bretaña una liga defensiva, en pagar sumas considerables, en ceder el honor del pabellon, y en no permitir nunca que el príncipe de Orange ni otra persona de su familia desempeñase el destino de stathouder. La mayor parte de las provincias protestaron contra esta esclusion, y lo hizo con mayor ahinco que las otras la Zelandia que siempre habia dado pruebas de su afecto al jóven Guillermo. Este negocio ofreció hincapié á muy acres pasquines y á que en muchas ciudades estallaran desórdenes. El gran pensionario Witt fue blanco de terribles ataques porque se le acusaba de que con su influjo habia alejado del gobierno á la familia de Orange. Estas querellas hubieran traido indudablemente graves desórdenes, á no venir muy á propósito una guerra estrangera para llamar hácia otra parte la exas-

peracion general. Tal fue la discordia que estalló entre la Suecia y la Dinamarca antigua aliada de la república, la cual tomó parte en la lucha porque los intereses de su comercio habrian estado muy comprometidos siempre que los suecos se hicieran dueños del paso del Sund. El almirante Opdam fue enviado al Báltico al frente de una numerosa escuadra, batió á los suecos é introdujo víveres en Copenhague bloqueada por el enemigo. Ruyter fue á reemplazar en el mando á Opdam y obligó al rey de Suecia Cárlos Gustavo á que aceptase una paz cuyas condiciones eran esclusivamente ventajosas á Dinamarca.

En aquella época la república de las Provincias Unidas alcanzó el mas alto grado de gloria y de poder que ha tenido, y las otras naciones aprendieron á respetarla al ver que intervenia en sus diferencias y arrojaban á la balanza el peso de su espada. En ese mismo período supo reprimir la audacia de los argelinos y de otros piratas de Africa que infestaban el mediterráneo y que ya nunca mas osaron atacar el pabellon de Holanda. Nuevas leyes mejoraron las rentas públicas y dieron impulso al comercio removiendo las trabas que le impedian tomar alto vuelo, y por fin gracias al raro talento y á la prudente firmeza del gran pensionario Witt todo al parecer prometia á la Holanda un largo porvenir de paz y de prosperidad, mucho mas cuando se habian apaciguado las intestinas discordias que por tanto tiempo tuvieron divididos los ánimos, y acababa de restablecerse en lo esterior la buena inteligencia entre la Francia y la España con el tratado de los Pirineos hecho en 1659 y robustecido con el matrimonio de Luis XIV con la hija del rey de España.

En Inglaterra habia muerto Cromwell en el apogeo de su poder; mas no pudo asegurar el fruto de sus victorias y de sus crímenes á su hijo Ricardo, que revestido con la misma dignidad que su padre no tardó en ser despojado de ella para que Cárlos II subiese al trono de sus mayores. Este

príncipe habia encontrado en Holanda una hospitalidad generosa; mas toda su gratitud se redujo á promesas, y por esto apenas se tuvo por seguro en el trono cuando solo pensó en halagar las zelosas inclinaciones del pueblo ingles á quien irritaba la superioridad mercantil de la Holanda; y asi fue que despues de muchas contestaciones que el tiempo fue agriando en vez de adulzorarlas, Cárlos acabó por declarar la guerra en 1665. El mando de la escuadra se encomendó al duque de York que despues fue rey con el nombre de Jacobo II y el cual llevaba á sus órdenes al conde de Sandwich y al príncipe Roberto. El gefe de los holandeses era Opdam cuyo buque voló en lo mas recio del combate dando ocasion á la derrota de los suyos que perdieron diez y nueve barcos. El gran pensionario Witt tomó entonces el cargo de almirante, en poco tiempo equipó otra escuadra é hizo ver que el genio lo puede todo, puesto que á él se le deben notables mejoras en la marina á la cual hasta entonces habia sido absolutamente estraño. A pesar de todo quizás el patriotismo de los holandeses dirigido por el gran pensionario no hubiera salvado al pais de su ruina á no venir á su socorro Luis XIV, el cual rechazó la proposicion de Cárlos que le ofrecia abandonarle lo que pudiese conquistar en los Paises Bajos españoles con tal que le permitiera destruir enteramente la marina holandesa. La Dinamarca se unió á la Francia, de manera que el monarca ingles no encontró otro aliado que el obispo de Munster sacerdote aventurero que á la cabeza de veinte mil hombres penetró en la Frisia; pero habiendo acudido en 1666 seis mil franceses le obligaron á retirarse.

Mientras tanto Ruyter y Tromp, hijo del almirante de este nombre de quien tenemos hablado, fueron al encuentro de los ingleses á quienes mandaban el príncipe Roberto y Monk, duque entonces de Albemarle. Trabóse una batalla que duró cuatro dias y los holandeses pudieron con justicia atribuirse la victoria; pero algunos meses despues hubo otro

combate en que los ingleses alcanzaron una ventaja decisiva. El enemigo perdió tres de sus almirantes, y Ruyter presintiendo su derrota esclamó en medio de la accion: *Es posible que no venga una bala á terminar mi miserable vida.* En semejante crisis Witt hizo á su patria un servicio señalado entreteniendo á los vencedores con una negociacion cuya lentitud diestramente calculada permitió á los holandeses reunir una escuadra formidable con la cual se presentó repentinamente Ruyter en el Támesis, tomó á Sheerness y se adelantó en el canal incendiando allí tres buques de guerra, mas el almirante holandes que hubiera podido destruir la capital á tener á bordo bastantes tropas de desembarco tomó el partido de retirarse. Hizo rumbo hácia Torbay, se apoderó de muchos buques, echó algunas bombas á Plymouth, entró otra vez en el Támesis acosando algunos navíos que se encontraban en el canal y luego dió la vuelta á su patria. En Dordrecht fue saludado por la artillería y por las aclamaciones de un pueblo inmenso y recibido por los magistrados de la ciudad que le cumplimentaron; y los estados generales le regalaron una copa de oro en que estaban grabadas las hazañas á que recientemente habia dado cima. Abiertas conferencias en Breda resultó de ellas en 1667 la paz de este nombre en la cual se estipuló que los ingleses conservarian la colonia de New-York situada en la América septentrional, y los holandeses la isla de Poleron que era una de las Molucas. El rey de Francia que habia tomado parte en la guerra intervino tambien en el tratado é hizo que Cárlos le cediera la Acadia.

La muerte de Felipe IV de España ofreció á Luis XIV un pretesto para desplegar su ambicion, pues á fuer de yerno de aquel monarca aspiró al dominio del Brabante y de Limbourg por mas que en sus capítulos matrimoniales hubiese formalmente renunciado á toda pretension á los estados del suegro. A la cabeza de un crecido ejército y teniendo á sus órdenes al célebre Turena invadió repentinamente los Pai-

ses Bajos, cuyas ciudades abrieron las puertas al poder de sus armas, y en menos de tres semanas añadió á esas conquistas el Franco Condado de que se hizo dueño el gran Condé que era uno de sus generales. Este ensayo de las fuerzas de Luis parecia amenazar la independencia de los otros estados, y asi fue que la Inglaterra antes enemiga de la Holanda se puso en contacto con su rival, y el caballero Guillermo Temple fue al Haya, y en 1668 ajustó un tratado cuyo objeto era oponerse á las conquistas de la Francia, y asegurar á la España la posesion de los Paises Bajos. La Suecia firmó tambien el tratado que tomó el nombre de cuádruple alianza, y Luis no pudiendo entrar en lucha con las dos potencias marítimas mas formidables envainó otra vez la espada firmando el tratado de Aquisgran en cuya virtud hubo de restituir el Franco Condado y conservó muchas plazas que gracias al genio de Vanbau vinieron á ser los baluartes de la Francia.

Si la intervencion de la Holanda contribuyó poderosamente á refrenar las ambiciosas miras de Luis XIV, aquella potencia exasperó el orgullo de este príncipe haciendo acuñar una medalla en la cual se atribuia toda la gloria de haber pacificado la Europa (1). El monarca resolvió castigar este orgullo que consideraba cual una ofensa á su grandeza; mas para llevar á cabo su venganza era preciso separar á la Holanda de sus aliados; y habiendo ganado desde luego á los ministros de Cárlos le hizo romper su confederacion con la república dándole una pension y una dama (2). La Suecia por su parte consintió en abandonar á la Holanda que quedó espuesta á un eminentísimo riesgo y sin tener mas que las propias fuerzas para rechazar á un enemigo tan formidable como Luis XIV. La república ademas estaba

(1) Historia de las medallas pág. 94. Cartas de Temple tom. II pág. 79.

(2) Los cinco ministros ó consejeros de Cárlos se llamaban, Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington, y Lauderdale. Este gabinete fue llamado *cabal*, palabra formada con la primera letra de los apellidos de los ministros.

mal preparada para sostener semejante ataque, pues en efecto dividian al estado dos partidos capitaneados por el gran pensionario Witt, y por el príncipe de Orange. Como el primero estaba al frente del gobierno desde muchos años á aquella parte, habia conferido todos los destinos á sus adictos; de suerte que los grados militares de mas importancia los tenian los hijos y parientes de los burgomaestres, por lo general tan incapaces como poco esperimentados; y si bien es verdad que el clamor público le hizo colocar en el ejército á oficiales antiguos adictos á la casa de Orange, en vez de dar el mando á un hombre lo dividió entre muchos con no poco provecho de su política pero muy en perjuicio del estado. Witt solo habia cuidado de la marina, y asi es que la república tenia muchas y buenas escuadras; pero las fortificaciones de las plazas estaban abandonadas y la mercantil codicia de los gobernadores habia vendido sus vituallas y pertrechos.

Tal era la posicion de la Holanda cuando Luis se adelantó para invadirla á la cabeza de un ejército de ciento ochenta mil hombres, llevando á sus órdenes á Condé, Turena y Luxembourg. El monarca atravesó el Rhin por Tolhuis en presencia de sus adversarios, lo cual fue celebrado como un hecho de armas maravilloso; pero aquel punto era vadeable y el enemigo no tenia mas que dos regimientos, los cuales apelaron á la fuga despues de una ligera resistencia. El ejército frances inundó el pais como un torrente; los holandeses huian por todas partes, y las fortalezas se entregaban á la primera intimacion; de suerte que en pocas semanas las provincias de Gueldre, Utrecht y Over-Issel cayeron en poder de Luis, y su vanguardia penetró hasta cuatro leguas de Amsterdam. A pesar del abatimiento de la nacion que parecia renunciar á defenderse, estaba sin embargo resuelta á conservar á todo trance su independencia, pues en caso de que los franceses se apoderasen del territorio entero, sus habitantes estaban

decididos á abandonarlo trasladándose á Batavia para fundar allí un nuevo imperio. Habíase calculado que los buques de la república bastaban para transportar doscientas mil familias; mas no fue necesario acudir á este heroico espediente. Conociendo los holandeses que no podian combatir con las armas rompieron los diques, y las aguas fueron suficiente barrera para detener en su triunfante marcha á los vencedores; y aunque entonces los estados generales resolvieron que era menester pedir la paz, Luis siguiendo los consejos de Louvois exigió condiciones tan duras que fueron rechazadas. Pedia en efecto que se le entregasen todas las ciudades fronterizas y algunas plazas situadas en el corazon del pais; y reclamaba tambien una indemnizacion de veinte millones, y que todos los años se le enviase una embajada solemne y una medalla de oro la cual atestiguara que la Holanda le debia la libertad. Por su lado el rey de Inglaterra dictaba proposiciones no menos crueles ni menos insultantes, pues queria que en todas partes se arriase el pabellon holandes delante del suyo, que la república le satisfaciera por los gastos de la guerra veinte y cinco millones, que se le hiciese partícipe del comercio de la India, y finalmente que se le entregaran la isla de Walcheren y muchas otras hasta el cumplimiento de los pactos que proponia.

En vez de doblegarse á exigencias tan injustas é intolerables, la nacion indignada rechazólas osadamente y no pensó mas que en sacrificar su vida y sus bienes al honor del pais. El pueblo atribuyendo las desgracias de la patria al gran pensionario se sublevó en todas partes, y abolido el edicto que escluia del mando á la casa de Orange fue proclamado stathouder Guillermo III príncipe de veinte y dos años cuyas prendas y defectos le hacian semejante á su ilustre abuelo. Era tan impenetrable como él y tenia la misma firmeza y la misma serenidad, merced á las cuales conservaba claro y tranquilo el entendimiento en medio de

los mas grandes peligros. Aunque tardío para decidir era enérgico en el obrar, y sin embargo su gloria fundada en títulos positivos ha quedado oscurecida. Su elevacion al poder era un beneficio para el pais pero fue manchada con la sangre de los esclarecidos hermanos Witt. En casi todas las ciudades el populacho obligó á los magistrados á que se declarasen en favor de la casa de Orange, cuyos partidarios con menosprecio de las leyes invadieron todos los empleos y dignidades. Cornelio de Witt antiguo burgomaestre de Dordrecht era blanco del odio de la muchedumbre que le vituperaba no haber querido firmar el acta que conferia á Guillermo la dignidad de stathouder; y la cosa llegó á tal punto que no podia salir de casa sin que le ultrajaran indignamente. Un barbero pagado sin duda por sus enemigos le acusó de que le habia ofrecido treinta y dos florines para asesinar al príncipe de Orange; y al momento el pueblo se indigna y amenaza á los magistrados que doblegándose al temor prenden al acusado y le hacen sufrir los horrores del tormento á fin de que confiese su imaginario crímen. Cornelio en medio de los dolores no contestó á los verdugos sino repitiendo aquella oda de Horacio que comienza: *Justum et tenacem propositis verum*, elocuente protesta contra la injusticia y la tiranía. El gran pensionario habia hecho dimision de su empleo, y con su presencia y sus discursos consolaba á Cornelio. No atreviéndose los jueces á condenar á la última pena á un inocente le sentenciaron á destierro perpetuo; mas el pueblo tuvo por muy ligero este castigo y rompiendo la puerta de la cárcel en que estaban los dos hermanos, los degolló arrastrando los cadáveres por las calles. Los asesinos hicieron pedazos los cuerpos de las víctimas y los vendieron en la ciudad, de suerte que un dedo valia quince sueldos de Holanda y un muslo veinte y cinco, y al fin los sangrientos troncos colgados de una horca fueron blanco de la brutalidad y de la insolencia de la muchedumbre hasta la noche en que alguna mano amiga

los sacó de allí para enterrarlos secretamente. Si Guillermo no autorizó á las claras estos horrores los toleró al menos y hay muchos indicios para creer que él fue el primer instigador: tan cierto es que la ambicion ahoga todos los afectos. El gran pensionario habia dirigido la educacion del príncipe, desenvuelto su inteligencia é iniciádole en la ciencia del gobierno con la esperanza de que el talento de su alumno dirigido por su ejemplo y sus consejos seria útil á su patria. Los resultados engañaron su confianza porque Guillermo en vez de contentarse con el papel de primer ciudadano de su pais se convirtió en su señor.

Mientras tanto el príncipe de Orange se mostró digno del importante encargo que se le habia encomendado rehusando el ofrecimiento que le hacia la Inglaterra de transformarlo en soberano de una parte de la Holanda si queria ceder el resto á los invasores. Resuelto á vencer ó morir tomó muy enérgicas medidas, la primera de las cuales fue hacer morir ignominiosamente á los gobernadores de las ciudades y á los oficiales convencidos de traicion ó de cobardía, y en seguida comenzó la campaña por la toma de Naarden y se reunió luego con Montecuculi á quien el emperador Leopoldo enviaba en su ausilio á la cabeza de 20000 hombres. El conde de Monterey gobernador de las provincias belgas acudió por su parte á proporcionar á los holandeses el apoyo de las armas españolas. El elector de Brandebourg se puso tambien de parte de la república, y Luis XIV se vió en la precision de abandonar á toda prisa sus conquistas. Este imprevisto resultado debe atribuirse al marques de Louvois que queriendo dirigir esclusivamente las operaciones de la guerra aconsejó á su amo que pusiese guarniciones en todas las plazas de que los franceses se habian apoderado. Turena y Condé opinaban por desmantelarlas, lo cual hubiera permitido al rey concentrar sus fuerzas y dar fin á la campaña con un golpe decisivo; pero

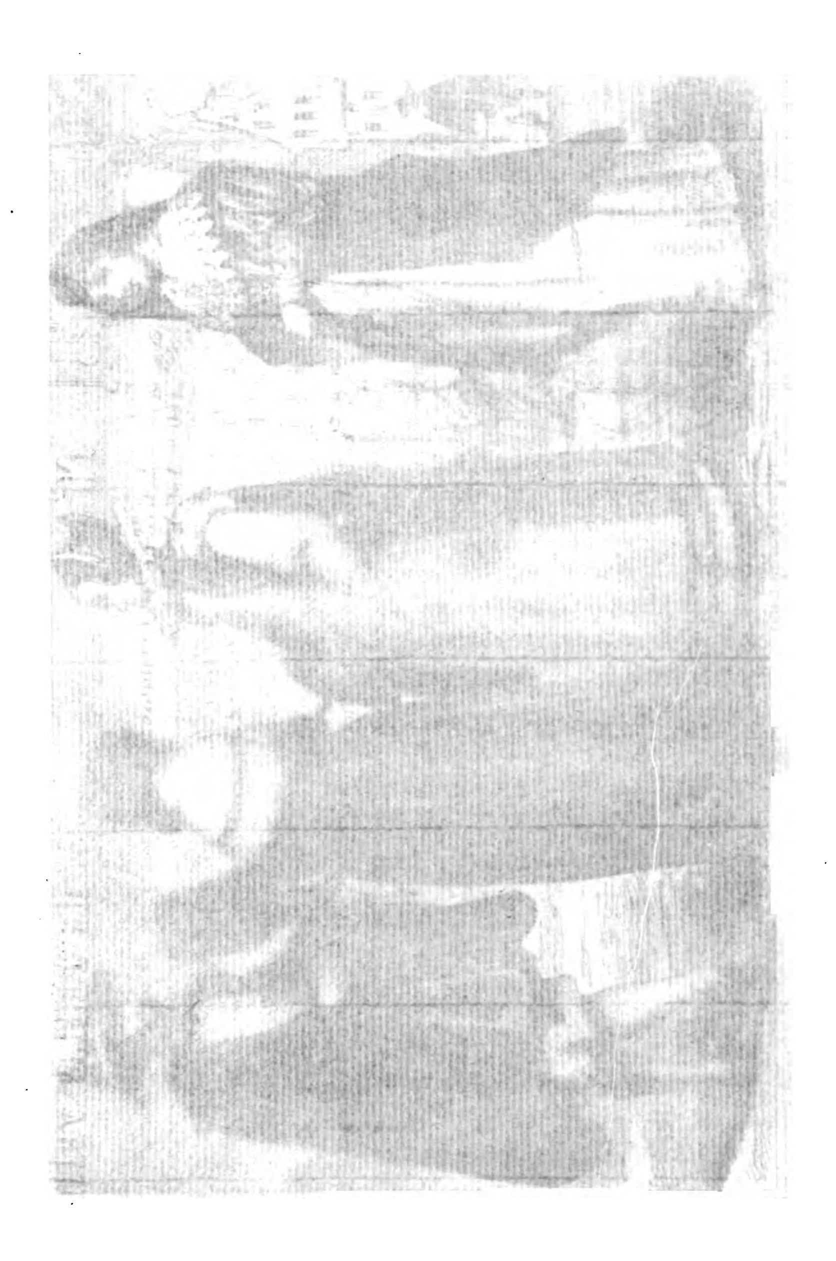
Louvois pudo mas que los otros y la Holanda fue salvada, y concluyó un tratado con el gabinete de Madrid que en 1673 declaró la guerra á la Francia é hizo una diversion muy favorable á su nueva aliada. Muchas y sangrientas batallas trabadas en la mar entre las escuadras inglesas y holandesas ofrecieron ocasion de que brillara el valor de entrambas naciones y de que creciese mas y mas la gloria de Ruyter; pero ni uno ni otro partido reportaron ventaja alguna de esa terrible lucha.

Obligado el rey de Francia á evacuar el territorio de la república trasladó el teatro de la guerra á los Paises Bajos en donde el príncipe de Orange que habia de lidiar con el gran Condé fue sorprendido en las llanuras de Senef y sostuvo contra su adversario un terrible combate en el cual perdió el campo de batalla y todos los equipages, pero se retiró en buen órden dejando indecisa la victoria. La campaña de 1675 no ofreció acontecimiento alguno notable, pues aunque las potencias beligerantes abrieron un congreso en Nimega nó por esto se puso término al derramamiento de sangre. En efecto, Luis en persona se apoderó de Condé, de Bouchain y de Aire, y en 1676 obligó al príncipe de Orange á que levantara el sitio de Maestricht. Guillermo sufrió otro descalabro en Cassel, en 1677 fue puesto en derrota por Felipe de Orleans hermano de Luis XIV, y en el año siguiente los franceses alcanzaron nuevos triunfos en la Flandes, apoderándose de Gante y de Ipres. Aunque victoriosa deseaba la Francia poner término á las hostilidades y consiguió por medio de ofrecimientos separar á la Holanda de sus amigos, á la cual hubo de contribuir mucho la circunstancia de haber perdido á su glorioso sostenedor Ruyter que murió en una batalla contra una escuadra francesa, enfriando no poco con su desgracia el ardor de sus compatricios. Ademas el rey de Inglaterra que era uno de los mas formidables enemigos de la Holanda habia dado en matrimonio al príncipe de Orange

la hija mayor de su hermano (1), cuyo himeneo presagiaba una paz cercana, la cual se firmó en Nimega en agosto de 1678, bien que á pesar de ella Guillermo dió una batalla tan sangrienta como inútil so pretesto de que no se le habia notificado la paz. Procuró sorprender al mariscal de Luxembourg en Saint-Denis cerca de Mons, mas este alumno y amigo del gran Condé rechazó la agresion cuya vergüenza recayó sobre el príncipe de Orange. La Holanda que al principio de la guerra estaba en el borde de su ruina recobró cuanto habia perdido y obtuvo muchas ventajas mercantiles, y la España abandonada á su suerte cedió á Luis XIV el Franco condado y algunas otras ciudades que en adelante sirvieron de barrera á la Francia contra sus enemigos esteriores. La paz de Nimega habia roto la confederacion formada con tanto trabajo por Guillermo, y desde entonces sin obstáculo alguno pudo Luis dar vuelo á su ambicion, y asi es que estableció en Metz, en Brissac, en Besanzon y en Tournay cuyas cámaras le adjudicaron muchos distritos pertenecientes en su mayor parte á los príncipes alemanes; y si bien es verdad que la Dieta germánica protestó contra tales usurpaciones, el emperador Leopoldo atacado por los turcos no podia emplear mas que argumentos. Tampoco el rey de Inglaterra estaba en disposicion de atender al mantenimiento de la independencia europea, pues tenia que desbaratar las intrigas de Shaftesbury y de sus cómplices que atentaron á su vida y á su autoridad. En 1683 se habia roto otra vez la guerra entre la España y la Francia, pero intervinieron la Inglaterra y la Holanda, y una tregua de veinte años puso fin á las hostilidades.

Entre tanto murió en 1685 Cárlos II á quien con el nombre de Jacobo II reemplazó el duque de York cuyo reinado fue de solos cuatro años. Guillermo era yerno de este prín-

(1) La princesa María hija del duque de York, despues Jacobo II, pues aunque Cárlos se casó con una princesa de Portugal no tuvo sucesion.



Trajes de la Nobleza Belga en el Siglo XVII. Pl. 5.



COSTUMES DE LA NOBLESSE BELGE AU 17e SIÈCLE.

cipe y desde luego procuró vivir en buena inteligencia con él, pues justo era que contemporizase con un suegro cuya herencia le pertenecia en cabeza de su muger. En efecto el nuevo rey no tenia hijos varones, y asi fue que cuando el duque de Montmouth (1) invadió la Gran Bretaña para reclamar una corona á la cual no le correspondia derecho alguno fundado, Guillermo envió tropas en ausilio de Jacobo, mas cuando algun tiempo despues este monarca fue padre de un hijo, el príncipe de Orange que ya nada esperaba de él hizo causa comun con los señores ingleses que aspiraban á echar abajo al monarca. Bien pudiera este conjurar la tempestad que le amenazaba puesto que le advirtió el rey de Francia, mas no quiso dar oidos á este aviso y lo cogió desprevenido Guillermo al desembarcar en territorio de Inglaterra al frente de un ejército. En su bandera se leia el mote *conservaré*; esto es, que iba á defender la religion protestante á cuyo lado queria Jacobo colocar la católica, considerada por los ingleses como el símbolo del despotismo. Jacobo se escapó á Francia sin combatir, y Guillermo y su muger María fueron proclamados reyes con la condicion de aceptar el bill de derechos que circunscribia la autoridad del soberano; de suerte que Guillermo se encontró á la vez gefe de una monarquía y gefe de una república, pues continuaba siendo stathouder en su patria. Supo sin embargo conciliar deberes en apariencia tan opuestos. Pasó la mayor parte de su reinado en los campos de batalla en donde se hizo famoso combatiendo con las tropas de Luis XIV, y habia formado contra este monarca la liga de Augsbourg uniendo entre sí á todas las grandes potencias del continente que querian librarse del yugo con que Luis XIV las amenazaba. Guillermo combatió en Fleurus, en Steinkerque y en Nerwinde; y aunque fue vencido nunca

(1) Este duque era hijo natural de Cárlos II, y buscó un asilo en pais estrangero por haber conspirado contra su padre y contra su tio.



los reveses pudieron abatirlo. Los límites que nos hemos señalado no permiten entrar en el pormenor de los acontecimientos de aquella larga lucha que se terminó en 1697 con la paz firmada en Ryswick, y despues de tanta sangre derramada, las cosas fueron restablecidas al mismo estado que tenian en la época del tratado de Nimega.

Apenas los pueblos gozaban de un reposo á tanta costa comprado cuando lo turbó la muerte del último descendiente de Cárlos V que falleció en el palacio del Escorial, en la edad de treinta y nueve años. Su muerte prevista desde mucho tiempo habia dispertado las ambiciosas miras de todos los reyes de Europa, los cuales anticipadamente se repartieron la rica herencia que iba á quedar sin dueño; pero Cárlos II la dejó en su testamento al duque de Anjou nieto de Luis XIV. La union de dos monarquías tan poderosas alarmó nó sin fundamento á los demas estados, y en 1700 se encendió en toda Europa la lucha conocida con el nombre de guerra de sucesion. En esa época ajustó Guillermo el tratado de la grande alianza en la cual entraron los estados generales, la Inglaterra y el emperador de Alemania, cuyo proyecto era ceñir con la corona de España las sienes del segundogénito del emperador, y ya se preparaba Guillermo á pasar al continente á fin de dirigir la lucha que iba á comenzarse cuando en 1702 vino la muerte á dar fin con sus proyectos. Él fue el último de aquella heroica familia que fundó y sostuvo tan gloriosamente la independencia de la Holanda, y como no dejó sucesion, su título de príncipe de Orange pasó á su primo el príncipe de Nassau stathouder de la Frisia. Los estados generales manifestaron muy claramente el grave pesar que les causaba la inmensa pérdida que acababa de esperimentar la república, mas por fortuna suya el gran pensionario Heinsius adoptó los planes de Guillermo y los puso en ejecucion con admirable energía. Verdad es que se le suministraron para ello los medios, puesto que no se nombró nuevo

stathouder y la autoridad suprema perteneció al gran pensionario, y asi fue como el poder puesto en una sola mano diestra y firme aseguró á la patria gloriosísimos triunfos.

Ana sucesora de Guillermo prometió á la Holanda el apoyo de las armas de Inglaterra, con lo cual la república pudo desafiar las amenazas de Luis XIV que al saber su adhesion á la liga contra él formada, habia esclamado: *yo castigaré á esos atrevidos comerciantes*. ¡Quién le dijera que esos mismos comerciantes habian casi de destronarle! En efecto sus soldados unidos á los ingleses y alemanes yendo de victoria en victoria pusieron á la Francia en el borde de su pérdida: pues Marlborough y Eugenio gefes de los ejércitos de la liga secundados por el gran pensionario Heinsius batieron á los generales franceses. Esos tres hombres dotados del mismo genio y movidos por el mismo objeto se reunian en la Haya, cuando el invierno suspendia las hostilidades, á fin de discutir las medidas políticas y militares que podian ser convenientes. La lucha comenzada en Italia se estendió hasta el Brabante que fue el teatro de los principales triunfos de Marlborough quien venció á sus adversarios en Bouchain, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet, nó sin que en todas esas jornadas se distinguiese el príncipe de Orange á la cabeza de los holandeses: los coligados alcanzaron por mar algunas ventajas aunque nó de grande importancia, y al fin Luis reducido al estremo apuro imploró la paz cuyas proposiciones fueron rechazadas por los ingleses y holandeses, y los últimos hicieron pagar con usura á los embajadores de Francia las afrentas que de su amo habian recibido. Mientras tanto una intriga de corte arrancó el mando á Marlborough, y el poder pasó á manos de sus enemigos quienes entablaron negociaciones con el monarca frances en 1712. Los acontecimientos de la guerra hicieron variar distintas veces sus condiciones, y asi fue que Felipe V á quien querian arrebatar la corona

la afirmó sobre su cabeza ganando por la espada de Berwick y de Vendome las batallas de Almansa y de Villaviciosa, y colocado en el trono imperial su competidor el archiduque Cárlos acabó por renunciar á sus pretensiones. Finalmente en 11 de abril de 1713 se firmó la paz, y la Francia merced á la victoria de Denain alcanzó mejores condiciones que las que antes se le fijaron. El tratado de Utrecht se compuso de muchos tratados; mas aqui hablarémos únicamente de lo que tiene relacion con la Holanda y las provincias belgas. Grande era el interes de la república en no dejar los Paises Bajos sino á una potencia bastante fuerte para defenderlos contra la Francia, y asi fueron cedidos al emperador y desde entonces se han llamado Paises Bajos austríacos. Luis XIV abandonó á los estados generales Menin, Tournay, Furnes, Dixmude, Ipres y Poperingue; y en cambio se le restituyó la ciudad de Lila con sus dependencias. En virtud del tratado de la Barriere, concluido en Amberes en 1715, los holandeses adquirieron el derecho de tener guarniciones en los Paises Bajos austríacos á fin de contribuir á que ese pais estuviese al abrigo de todo ataque. Ademas el gefe del imperio y los estados generales habian de mantener siempre en pie de guerra un ejército de treinta á treinta y cinco mil hombres para el mismo objeto. De esta suerte con la paz de Utrecht la Holanda salió otra vez sana y salva de una crisis que la puso en la precision de valerse de todos sus recursos, y las ventajas que alcanzó le permitieron restaurar su comercio y sus rentas que alcanzaron el floreciente estado que habian tenido en otro tiempo (1).

(1) Vide Memorias del Presidente de Nuy tom. 1, páginas 141 y 142.

DESDE LA PAZ DE UTRECHT,

HASTA QUE LA BÉLGICA ES INCORPORADA A LA FRANCIA.

Aunque hasta los últimos años del siglo XVIII no cesó la Holanda de representar el rango que le correspondia; sin embargo durante ese período desempeñó un papel poco importante, segun vamos á manifestarlo en breves líneas. De pronto tuvo con el Austria una desavenencia bastante grave relativamente á la creacion de la compañía de Ostende, instituida por el emperador á fin de navegar, segun decia la patente imperial, y negociar libremente en las Indias orientales y occidentales y en las costas de Africa allende y aquende el Cabo de Buena Esperanza, en todos los puertos, havres, lugares y rios en donde trafiquen libremente las otras naciones. Esta acta hizo sombra á casi todas las potencias europeas; y asi fue que la Holanda y la Inglaterra se unieron con la Francia á fin de paralizar sus efectos, y se entablaron negociaciones en Cambray para arreglar los intereses que la compañía de Ostende amenazaba. Cárlos VI emperador de Alemania encontró un aliado en el rey de España, cuya hija comprometida con el jóven Luis XV y educada en Paris con este motivo, acababa de ser vuelta bruscamente á su padre. Impulsado este por su resentimiento concluyó en Viena un tratado en virtud del cual el Austria y la España se prometian una mutua garantía con respecto á los buques de las dos naciones que fuesen atacados á uno y otro lado de la línea, que era lo mismo que decretar el mantenimiento de la compañía de Ostende. Al punto la Holanda, la Francia, la Inglaterra y la Prusia firmaron una contraalianza á que en 1727 se adhirió la Suecia. Esta coligacion obligó al emperador á renunciar á su proyecto, y la compañía de Ostende quedó abolida en virtud de los tratados de Sevilla y de Viena hechos en 1729 y 1731. Des-

de esa época hasta 1740 los estados generales se ocuparon esclusivamente en proporcionar al pais nuevos manantiales de prosperidad, y uno de los mas abundantes y provechosos fue la proteccion concedida á cuantos no profesaban en su patria la religion del gobierno. La Holanda se convirtió en asilo de todos los hombres amantes de la independencia y se enriqueció con los frutos de su talento. En efecto, como la prensa era muy reprimida en todos los estados de Europa, los impresores de Holanda publicaban infinidad de libros de teología y de política y habian dado al comercio de libros una estension prodigiosa. No obstante á despecho de la tolerancia de que hacian alarde los estados generales tomaron parte en la espulsion de los jesuitas y los arrojaron lo mismo que los otros potentados; mas este incidente no influyó en la tranquilidad pública y por lo mismo no merece ocupar una página en la historia. La paz de que gozaba el continente europeo fue turbada por la muerte de Augusto II rey de Polonia, pues pretendieron el trono vacante dos competidores. Esta querella dividió á las potencias, sin embargo de lo cual y en virtud de un convenio celebrado entre la Francia y la Holanda se permitió á los Paises Bajos que se mantuviesen neutrales.

Desde Guillermo III que fue rey de Inglaterra la casa de Orange habia cesado de representar papel alguno en los asuntos políticos de Holanda. El príncipe de Nassau á quien Guillermo dejó su principado no tuvo otro título que el de simple stathouder de la Frisia, y á ejemplo de sus antepasados se hizo famoso en los campos de batalla durante la guerra de sucesion. Murió sin haber tenido influjo alguno político en su patria y dejando un hijo quien en 1728 habia reunido á la dignidad de stathouder de la Frisia, la de stathouder de Groninga y de Gueldre. Este jóven se casó en 1724 con la princesa Ana hija de Jacobo II rey de Inglaterra, cuyo monarca aumentando la importancia de la casa de Nassau le proporcionó medios para que recobrase mas tarde su esplendor antiguo.

La muerte de Cárlos VI acaecida en 1740 llamó de nuevo á las armas á toda Europa. Por medio de una acta conocida con el nombre de pragmática, habia este príncipe asegurado sus estados á su hija y robustecido esa acta con el consentimiento de todos los gabinetes; mas sin embargo á despecho de sus compromisos todos se arrojaron á porfía sobre la herencia de Cárlos para repartírsela. María Teresa no tenia en su favor mas que su hermosura, su juventud, sus derechos y su valor; hizo en persona un llamamiento á la lealtad de los húngaros, los cuales juraron sacrificarse en su defensa, y la fortuna recompensó esta noble adhesion, y con el ausilio de los ingleses y holandeses que se aliaron con ella pudo María Teresa hacer rostro á sus enemigos. El mas terrible de ellos era el rey de Francia que invadió los Paises Bajos austríacos teniendo á sus órdenes al mariscal de Sajonia, guerrero ya ilustre que habiendo encontrado al ejército anglo-holandes en los campos de Fontenoy ganó la célebre batalla de este nombre en 1744. El año siguiente llevó adelante sus victorias apoderándose de Bruselas y de muchas otras ciudades. Dueño ya de todos los Paises Bajos austríacos amenazaba las fronteras de la república, la cual juzgó imposible defenderse de un adversario tan formidable á no entregar el poder supremo á la casa de Orange. A consecuencia de esto en 1748 Guillermo IV fue proclamado stathouder y capitan general, cuyas dignidades aseguraron los estados generales en su familia haciéndolas hereditarias. El tratado de Aquisgran puso término á las hostilidades. María Teresa recobró todas sus posesiones, y la Holanda las provincias y las ciudades que habian caido en poder de los franceses. Comenzaba al parecer para la Europa y en particular para la Holanda una era de tranquilidad y de ventura, cuando frustró esta esperanza la temprana muerte del jóven stathouder acaecida en el Haya á 13 de octubre de 1751. Este príncipe no tuvo tiempo de dar á conocer si era capaz de ocupar dignamente el puesto en que

el voto de la nacion le habia colocado. Sucedióle su hijo de tres años bajo la tutela de su madre hija de Jorge II, la cual conservó la autoridad y supo ejercerla con tanto tino como firmeza.

Cuando la guerra de siete años puso en armas á las principales potencias de Europa y cubrió la Alemania de raudales de sangre, la Holanda no tomó parte alguna en esa lamentable lucha hija de la ambicion, y la sabiduría de su política fue recompensada por la prosperidad siempre creciente del estado; el comercio amigo de la paz tomó estension muy grande, y su resultado fue enriquecer á todas las clases. Esta prosperidad sin embargo fue turbada por los zelos de la Inglaterra que atacó bajo frívolos pretestos á los holandeses que no teniendo para su defensa los talentos de Tromp y de Ruyter, contrarestaron mal la injusta agresion de la Gran Bretaña, la cual los obligó á sujetarse á la supremacía que ella se arrogaba en los mares. Ninguna apariencia esterior mostraba sin embargo el descaecimiento político de la Holanda, cuando Guillermo V investido ya con el poder que sus antepasados tuvieron se casó en 1768 con la sobrina de Federico el Grande de Prusia. El nacimiento de dos hijos colmó de júbilo al pueblo que incapaz de presagiar lo venidero juzgó que estos dos acontecimientos eran un gage de paz y de prosperidad, siendo asi que en el horizonte se agrupaban terribles tempestades que iban á lanzar horrorosos desastres sobre la Europa entera.

Desde la época en que diez de las diez y siete provincias que componian los Paises Bajos quedaron de nuevo sujetas al gobierno español no nos hemos ocupado del pormenor de su historia; porque sumergidas en la vasta monarquía de Cárlos V y privadas de existencia política no representaban papel alguno en los anales de las naciones. Durante la guerra de 1740 cuyo objeto fue disputar la herencia á la hija del emperador Cárlos VI, la Bélgica se convirtió en campo de batalla para los ejércitos de las varias naciones que to-

maron parte en la lucha, pero la paz la puso de nuevo bajo el dominio de María Teresa, cuya atinada señora supo gobernar á los belgas y hacerse amar por ellos. Conservando el debido respeto á los mas esenciales privilegios de las provincias consiguió introducir útiles reformas sin provocar la mas ligera resistencia, de suerte que su gobierno fue favorable al pais, cuya prosperidad no cesó de tomar mayores vuelos. La emperatriz murió en 1780 dejando el trono imperial y las demas posesiones á su hijo José II, cuyo príncipe instigado por el afan de inmortalizarse no solo como guerrero sino como legislador quiso hacer reformas en todos los puntos de su vasto imperio y estender á los belgas los beneficios de las innovaciones que meditaba. «Disgutado, dice Dewes en su historia general de los Paises Bajos, »de los enormes abusos que la diversidad de leyes y de cos»tumbres habia introducido en la administracion, pensó re»mediar este vicio radical con el plan de un sistema unifor»me que aproximando todos los resortes para reunirlos en »un centro único diera al poder del príncipe mas accion, »mas intensidad y mas fuerza.» La constitucion de las provincias belgas no tuvo forma estable sino en tiempo de Cárlos V, y hasta José II no habia sufrido alteraciones sensibles. Los privilegios comunes á todas las provincias eran el derecho de votar las contribuciones y el de que los ciudadanos no estuviesen sujetos sino á los jueces señalados por la ley; pero esas mismas provincias tenian ademas usos y costumbres que el soberano juraba respetar y mantener cuando los pueblos le juraban á él obediencia (1). José hizo las mismas promesas y contrajo los mismos empeños que sus predecesores; mas bien pronto dió principio á la ejecucion de sus proyectos, que consistian en reformar la Iglesia y el Estado. Comenzó por atacar á los ministros de la religion publicando varios edictos que cambiaban ó abo-

(1) La constitucion belga tenia el título de *Joyeuse entrée*.

lian las leyes de la disciplina eclesiástica, de suerte que prohibió á los obispos y á los particulares que apelasen al papa y mandó que los prelados sujetasen sus despachos y órdenes á la aprobacion del poder civil. No contento con esto les quitó la jurisdiccion que tenian en materias de matrimonio, suprimió muchos conventos y quiso arreglar el régimen interior en los cabildos de las canonesas. Abolió las cofradías, las procesiones y las fiestas religiosas llamadas kérmeses, quiso obligar al clero á que se sustrajera á la obediencia del soberano pontífice y á que bendijese los matrimonios entre protestantes y católicos; y finalmenmente erigió un seminario general en Louvain, y otro en Luxembourg con el objeto de quitar á los obispos la inspeccion que hasta entonces tuvieron en la enseñanza teológica. Las ordenanzas de José debian hacer una completa revolucion en la Iglesia, y por lo mismo provocaron una resistencia tanto mas insuperable en cuanto el clero estaba sostenido por el pueblo belga eficazmente adicto á la comunion romana.

Quiso el emperador regenerar las fórmulas de la justicia como las de la Iglesia por medio de un edicto que contenia un sistema uniforme de jurisprudencia que habia de ser adoptado por todos los tribunales á pesar de las leyes y costumbres vigentes, las cuales se declaraban nulas y de ningun valor para de allí en adelante. A fin de poner el sello á todas estas innovaciones dividió las provincias belgas en nueve distritos cuya administracion se confiaba á igual número de intendentes. Los privilegios de las ciudades y de las corporaciones tampoco fueron respetadas, pues el soberano se reservaba el nombramiento para los oficios públicos, el cual pertenecia á los ciudadanos. Sustituyendo su poder á todos los otros esperaba robustecerlo, y solo logró hacerlo insoportable y por fin odioso.

Los primeros síntomas de descontento salieron del seminario general erigido por él mismo; pues los alumnos se insurreccionaron logrando al fin que la nacion tomase par-

te en sus disputas. En seguida los estados de muchas provincias representaron en queja de los cambios hechos en las instituciones poílticas y judiciales del pais; y aunque al principio se limitaron á rechazarlas con argumentos, al fin lo hicieron con obras. Intimidado el gobierno en vista de repulsion tan unánime tomó el partido de suspender la ejecucion de los edictos (1); pero como esta condescendencia parecia una debilidad, envalentonó á los descontentos que espusieron otras quejas, inventaron nombres para clasificar á sus partidarios y á sus enemigos, y crearon signos esteriores que bien pronto sirvieron de bandera para la revuelta. El descontento se hizo general cuando los estados rehusaron votar las contribuciones; con cuyo motivo José declaró públicamente que se consideraba libre de sus juramentos y de todas las obligaciones que á su advenimiento al trono habia contraido con los belgas. Esto fue la señal de la guerra civil, cuyo instigador mas decidido era el abogado de Bruselas Vandernoot que se habia hecho célebre por una memoria que predicaba la sedicion, y porque despues trató de poner en práctica sus máximas sembrando con intrigas el espíritu de revuelta.

Tal era el estado de las cosas cuando el conde de Murray nombrado gobernador general interino llegó á los Paises Bajos en 1788 mientras que el conde de Alton tomaba el mando de las tropas austríacas. Estos dos personages tenian órden de revocar todas las concesiones hechas anteriormente y de proceder á la ejecucion de los mandatos imperiales, á cuyo objeto fue necèsario emplear la fuerza en las ciudades en que tenian sus reuniones los estados particulares para retroceder otra vez ante la resistencia de todas las clases. El gobierno entonces perdió sus amigos y aumentó el número de sus adversarios, pues los primeros no hallándose sostenidos se callaron, y los segundos se hicieron mas

(1) Eran gobernadores generales de los Paises Bajos el duque Alberto de Sajonia Taschen y su esposa la archiduquesa Cristina.

audaces. Entre tanto Vandernoot espuesto á las persecuciones del poder se habia refugiado en Inglaterra en donde alcanzó de Pitt uua audiencia y acaso promesas evasivas; pero esta entrevista á que supo dar mucha importancia lo engrandeció á los ojos de sus compatricios, quienes creyeron en el influjo con que él se engreia, diciendo que iba á entablar relaciones con muchas cortes estrangeras dispuestas al parecer á dar ausilios á los belgas. Despues de Londres se fue al Haya y luego á Breda: desde donde escribió á sus amigos de Bruselas que para cumplir con su mision era indispensable que le remitesen poderes de uno de los tres brazos de los estados, con cuyo documento decia que estaba seguro de penetrar en los gabinetes de los príncipes y de interesarlos en la causa de su patria (1). Los estados provinciales habian sido suprimidos por José; mas algunos antiguos miembros de esas asambleas firmaron y remitieron á Vandernoot un poder en el cual le calificaban de agente plenipotenciario del pueblo brabanzon. Pertrechado con este título se introdujo cerca de la princesa de Orange la cual á mas de recibirle muy bien le dió una recomendacion para la corte de Prusia y con ella se fue Vandernoot á Berlin, en donde no le facilitaron mas recursos que elogios por lo que hacia, y promesas dudosas.

Mientras que Vandernoot buscaba apoyos en el estrangero, el abogado Vonck formó en Bruselas una sociedad con el nombre de *pro aris et focis*, esto es, por la religion y por la patria. Los individuos de esta sociedad habian de ser el núcleo de un ejército patriótico; pero habiendo el general Alton penetrado el plan de Vonck este hubo de refugiarse en el pais de Lieja, y tenia ya organizada alguna gente cuando echado de allí por los soldados austríacos fue con sus compañeros á buscar un asilo en las fronteras de Holanda. Impaciente por obrar buscó un gefe que mandase su peque-

(1) Vide Historia general de Bélgica, tomo 6.° página 264.

ño ejército y puso los ojos en el coronel Vandermersch oficial de fortuna que habia ganado todos sus grados en el campo de batalla. Formada en Breda una junta bajo los auspicios de Vandernoot redactó una proclama y en ella despues de enumerar las veces que el gobierno imperial habia infringido el pacto de la *Joyeuse entrée* (alegre entrada) declaraba que el emperador José II habia perdido la soberanía. Precedido de este manifiesto se presentó Vandermersch en el territorio brabanzon al frente de pocos centenares de hombres y entró en la ciudad de Turnhout resuelto á esperar el ataque de sus adversarios. Ausiliado por los habitantes qne desempedraron y barrearon las calles, Vandermersch batió á los austríacos que tuvieron la imprudencia de penetrar en la ciudad, de donde fueron arrojados despues de un sangriento combate. Esta victoria cuyo efecto moral fue inmenso encendió el fuego de la insurreccion en toda Bélgica, de suerte que Gante y Bruselas abrieron las puertas á los sublevados. El conde de Trauttmansdorff ministro austríaco que estaba al frente del gobierno creyó oportuno apelar á medios pacíficos y publicó una amnistía general en la que prometia convocar muy luego los estados. Nunca el poder debe arriesgar condiciones sino cuando es mas fuerte, pues entonces se le agradece una condescendencia que tiene apariencias de pura generosidad; pero conceder al dia siguiente de un descalabro lo que se ha negado en la víspera en vez de reconocimiento no inspira al pueblo sino desprecio. Esto aconteció, y asi fue que la mayor parte de las ciudades del Hainaut se insurreccionaron ni mas ni menos que en el Brabante y echaron fuera á las guarniciones, y Vandernoot y la junta de Breda hicieron una pomposa entrada en Bruselas. En esta ciudad se reunieron los estados de Brabante, é invitaron á las demas provincias á que enviaran á Bruselas diputados que tomasen parte en las deliberaciones. El dia 7 de enero de 1789 se abrió el congreso en que habia diputados del Brabante, de Flandes, del

Hainaut, de Namur, de Malines, de Gueldre y de Lainbourg. Ante todo decretó la asamblea una acta de union y se declaró investida de todos los poderes de la soberanía; pero bien pronto los insurrectos estuvieron en desacuerdo y formaron dos partidos, uno de los cuales capitaneado por Vonck pedia una representacion nacional que tuviese poderes para decidir la forma de gobierno que convendria adoptar. El general Vandermersch apoyó el plan de los vonckistas y habiéndose con esto hecho sospechoso á los estados y á Vandernoot le quitaron el mando que fue dado al general pruso Schoenfeldt y despues lo cogieron y lo llevaron á la ciudadela de Amberes.

Muerto entre tanto el emperador José II, su sucesor Leopoldo procuró sufocar la revolucion belga ofreciendo restituir las cosas al estado que tenian en tiempo de María Teresa; pero rechazados estos ofrecimientos se encendió la guerra con furor nuevo, y habiendo el general Schoenfeld salido al encuentro de los austríacos fue batido y se quedó sin ejército. Vandernoot propuso entonces predicar una cruzada contra los austríacos, y gracias á los sermones de los curas despues de la cosecha acudieron veinte mil labradores que regimentados á toda prisa fueron dirigidos al combate. La táctica pudo mas que el entusiasmo, y los cruzados despues de haber sostenido el primer fuego huyeron en desórden. Por medio del conde de Argenteau ministro plenipotenciario del emperador en la Haya hizo Leopoldo proposiciones al congreso, las cuales bien pudieran ser admitidas puesto que prometian la revocacion de los edictos de José II y la reforma de todos los abusos de que el pueblo se quejaba; mas el congreso cual si la victoria coronara los esfuerzos de sus ejércitos, rechazó todo acomodamiento. Mientras tanto se adelantaban á marchas precipitadas treinta mil austríacos á cuya aproximacion fueron cediendo los insurrectos, y se escaparon el general Schoenfeld y Vandernoot, principal autor de la revolucion. Louvain, Bruselas, Mali-

nes y Amberes ni siquiera trataron de resistirse, y la Bélgica entera se sujetó otra vez al dominio austríaco. La caida de sus enemigos volvió la libertad á Vandermersch quien se retiró á Melun su patria bajo la fe de un armisticio concedido por Leopoldo. Este príncipe confió lo mismo que su predecesor el gobierno de los Paises Bajos á la archiduquesa María Cristina y á su esposo Alberto, y durante su ausencia al conde de Argenteau. Bien pronto se suscitaron dificultades de bulto entre este ministro y los diferentes estados de las provincias, pues si la revolucion estaba comprimida el espíritu sedicioso no se habia estinguido y volvió á inflamarse con motivo de un edicto imperial que declaraba nulos todos los beneficios y colaciones eclesiásticas y todos los empleos civiles concedidos durante las revueltas. Estalló la sedicion sobre todo en el Brabante, y no estaban todavía apaciguados los ánimos cuando en marzo de 1792 y despues de un reinado de diez y ocho meses murió Leopoldo á quien sucedió su hijo Francisco II. Agitaba en esa época á la Francia una de aquellas convulsiones que á manera de los terremotos ó de las erupciones volcánicas trastornan la tierra que cubren de ruinas para alzar sobre los escombros nuevos edificios y una sociedad nueva. Sentado en el trono Luis XVI heredero de una monarquía fundada diez y seis siglos antes, reinaba solo de nombre y el poder pertenecia á una asamblea que mandaba á su antojo á aquel monarca y le obligó á declarar la guerra al emperador Francisco que en efecto habia entrado en la liga contra la Francia. Rompiéronse al punto las hostilidades en las que el duque Alberto que mandaba las tropas austríacas se adelantó hasta las murallas de Lille cuyo sitio mandaba, pero bien pronto hubo de retroceder y fue batido en las llanuras de Jemmapes por Dumouriez quien á consecuencia de este triunfo conquistó la Bélgica. Dirigióse este general á Bruselas en donde entró sin resistencia, y bien luego todas las provincias de los Paises Bajos quedaron libres del yugo austríaco.

Los diputados de muchas ciudades fueron á Paris á solicitar de la Convencion que no tratase con las potencias de Europa sin sentar por base la independencia de los Paises Bajos, á lo cual el presidente les contestó que no debian dudar de ello puesto que los franceses habian sido los primeros en reconocer la soberanía de los pueblos, y que por lo mismo no les debian la soberanía á ellos sino á la naturaleza. Los franceses, les dijo, no han conquistado en la Bélgica mas que vuestros corazones, ni vencido sino á los austríacos. A despecho de este afectuoso lenguage los Paises Bajos fueron muy luego incorporados á la Francia y quedaron sujetos á sus leyes. La Bélgica dividida en distritos que borraron hasta las huellas de sus antiguas demarcaciones fue víctima como la Francia toda de la codicia de los agentes republicanos y de la tiranía de las sociedades populares que los jacobinos de Paris habian organizado en casi todas las ciudades.

Mientras tanto los austríacos se disponian á quitarle á la Convencion su conquista y comenzaron la campaña en los primeros dias de marzo de 1793 á las órdenes del príncipe Cobourg á quien secundaba á la cabeza de un ejército el duque de York segundogénito de Jorge II rey de Inglaterra. El duque fue batido cerca de Hondscoot y el príncipe de Cobourg que habia principiado el sitio de Maubeuge hubo de renunciar á su empresa. El emperador Francisco II se trasladó en persona á Bélgica en 1794, pero sus lugartenientes fueron vencidos en muchas acciones sangrientas, y entre ellas en la de Tournay que decidió de la suerte de la Flandes y en la cual estaba Francisco que al momento dió la vuelta á sus estados. Poco tiempo despues de su partida Cobourg sufrió otra grande derrota en los campos de Fleurus, y la bandera tricolor tremoló muy luego en las murallas de Bruselas, Malines, Namur, Amberes, y otras ciudades de primer órden de los Paises Bajos. La Bélgica sometida por las armas, fue organizada enteramente á la

francesa; algunos representantes del pueblo enviados por la Convencion, la dividieron en nueve departamentos y le dieron las leyes civiles y militares de su patria. Finalmente despues de una discusion que duró dos dias, la asamblea declaró que la Bélgica formaria en adelante parte de la república.

DESDE EL RESTABLECIMIENTO

DEL STATHOUDERATO, HASTA LA CAIDA DE LA REPUBLICA BATAVA.

Nos ha parecido oportuno indicar todas las vicisitudes que ha sufrido la Bélgica hasta su incorporacion con la Francia á fin de no interrumpir su historia; mas ahora retrocediendo algunos años volverémos á la Holanda. En 1781 imitando la república el ejemplo de las potencias del Norte resolvió oponerse á la despótica dominacion de la Inglaterra que se arrogaba el derecho de visitar los buques de todas las naciones. Con este motivo estalló la guerra, y la Gran Bretaña se apoderó de Saint-Eustache, de Surinam, Esequebo, Merari y muchas otras colonias holandesas, y resuelta ademas á quitar á la república el comercio del Báltico, envió allí una escuadra mandada por Sir Hyde Parker que trabó una sangrienta lucha con el almirante holandes Zoutman; pero una tempestad separó á los combatientes cuyas pérdidas fueron á poca diferencia iguales. La paz ajustada en 1784 puso fin á esta corta guerra que costó á la república la ruina de su comercio y la pérdida de la ciudad de Negapatnam en la costa de Coromandel y el permiso concedido á los ingleses de navegar libremente en los mares de la India. Los primeros síntomas de la revolucion que se preparaba en Francia inquietaban ya á las potencias europeas, y por otra parte las intempestivas reformas de José II habian sublevado la Bélgica harto vecina de la Holanda para que esta pudiera mantenerse estraña á los su-

cesos que á sus puertas acontecian. En los Paises Bajos austríacos, los insurreccionados deseaban circunscribir y encerrar dentro de sus límites la autoridad del príncipe; en Holanda el partido democrático se manifestó animado de los mismos sentimientos, y el stathouder viendo su poder amenazado resolvió buscar medios para ensancharlo con riesgo de trastornar la república. Comenzó la lucha por disensiones que no tardaron en ensangrentarse, y entonces Guillermo pensó apoyarse en el pueblo dispertando sus pasiones. En tales circunstancias los estados de Holanda dejando á un lado todas las consideraciones, quitaron al stathouder el mando de la guarnicion de la Haya y de todas las tropas de la provincia, y acabaron por declararle depuesto de todos sus empleos. Un ejército prusiano llamado secretamente por Guillermo se acercó á las fronteras, inflamando mas y mas los ánimos, pero la crisis suspendida desde algun tiempo estalló de pronto por un accidente acaso fortuito. Habiendo salido la princesa de Orange de su palacio de Loo para trasladarse á la Haya, fue detenida en las inmediaciones de Woesden por los magistrados de esta ciudad que la obligaron á retroceder dándole una guardia para acompañarla. El stathouder sostenido por el embajador ingles pidió una reparacion, y como los estados la negaron, imploró el ausilio de su suegro el rey de Prusia que hizo entrar un ejército en el territorio holandes. El partido republicano hubo de ceder á la fuerza de las armas, y el príncipe de Orange á quien habian querido privar de su parte en el poder, se apoderó de la autoridad entera, y de primer magistrado de la república se convirtió en 1789 en monarca, de modo que solo le faltaba el título de rey. Empeñó á la república en la liga formada contra la Francia, y asi es que la Convencion victoriosa decidió invadir la Holanda en donde penetró Pichegru á la cabeza de cien mil combatientes. El rigor del invierno cuyos mas crudos dias corrian entonces en vez de retardar aceleró la marcha del

general frances; porque trocadas por el frio en masas sólidas las aguas que son las inespugnables barreras de la Holanda, permitieron á los invasores acabar rápidamente su conquista. La artillería maniobró sobre el hielo como en un terreno firme, y entonces hubo escuadrones de caballería que apresaron buques al abordage. El duque de York fue al socorro de los holandeses, pero vencido distintas veces perdió la artillería, víveres, caja y bagages; y en 1795 hubo de hacer una vergonzosa retirada. Los demócratas recibieron á los franceses como libertadores y los apoyaron; y si bien es verdad que el príncipe de Orange aun hubiera podido defenderse por largo tiempo, sacrificó sus intereses á los de sus conciudadanos amenazados de una ruina total por la prolongacion de la guerra. Por ello dejó el poder en manos de los estados generales reunidos en la Haya y partió en seguida para Inglaterra, mientras otra asamblea que deliberaba bajo la proteccion de sus vencedores abolió el stathouderato y cambió la forma de gobierno y el nombre del pais, dándole el de república bátava.

En esa época libre la Francia de la Convencion habia adoptado nuevas instituciones; ejercian el poder legislativo dos cuerpos colegisladores, y el ejecutivo una junta de cinco miembros conocida con el nombre de Directorio. Al principio fue este muy pródigo de elogios y promesas; pero la Holanda hubo de comprar su regeneracion con un tributo de cien millones de florines, y en cambio recibió una constitucion vaciada en el mismo molde que la que regia á la potencia protectora suya. La libertad prometida á la Holanda no era en el fondo otra cosa que una dura servidumbre; y asi es que su marina fue destruida por la Gran Bretaña que le arrebató tambien sus mas ricas posesiones en las Indias, y la Francia le quitó la Flandes holandesa, Maestricht, Venló y muchos otros distritos, al paso que se arrogaba el derecho de navegar libremente en el Rhin y el Mosa. Perdida por la república toda consideracion en el estran-

gero gemia en su interior bajo el peso de enormes impuestos tanto mas gravosos en cuanto la guerra habia agotado los mas ricos manantiales de sus rentas, y su comercio y su industria habian caido en una completa decadencia. Mientras tanto continuaba hostigada por los ingleses que dieron fin con su marina, y de acuerdo con los rusos trataron en 1797 de restablecer la casa de Orange, á cuyo fin el duque de York fue al Texel con fuerzas considerables sin embargo de lo cual aquella espedicion no tuvo resultado alguno. En efecto, el general republicano Brune batió muchas veces al príncipe; y aunque la Holanda era del partido de los vencedores, perdió en esa lucha su última escuadra y tratada desde entonces como pais conquistado hubo de sufrir todos los males que son consecuencia de posicion semejante. Los ministros, los generales y cuantos empleados tenian algun poder se aprovecharon de él para ejercer su despotismo ó saciar su codicia, de manera que la libertad no existia sino en los discursos oficiales y en el preámbulo de las leyes y disposiciones del gobierno, cuya esclava tiranía estaba sujeta al embajador frances. Hasta el dia en que Bonaparte ocupó el trono, la opresion que sufria la Holanda fue caprichosa y brutal; porque la mayor parte de los hombres que en esa época tenian en sus manos la suerte de la Francia, habian salido de la clase popular y con harta frecuencia ostentaban en el gobierno los vicios de sus primitivas costumbres. Asi los pueblos gemian bajo una tiranía tanto mas insoportable en cuanto á fuer de ignorante no sabia respetar cosa alguna, y lo mismo atacaba los sentimientos que los intereses de los oprimidos.

DESDE LA CREACION DEL REINO DE HOLANDA,

HASTA EL ADVENIMIENTO DE GUILLERMO IV AL TRONO DE LOS PAISES BAJOS.

Bonaparte general á la edad de veinte y seis años habia alcanzado con sus victorias una reputacion tan brillante que oscureció la de todos sus émulos que anteriormente triunfaron en el campo de batalla. Desterrado por decirlo asi en Egipto por los meticulosos zelos de los directores, vino de allí inopinadamente para destronar á esos dueños de la Francia que se habian hecho indignos de gobernarla. Cuando pudo disponer de la autoridad, hizo uso de ella para rehacer el órden social y asentarlo sobre sus antiguas bases, aunque adoptando innovaciones que los tiempos habian hecho necesarias. Sin embargo despues de dar cima á tan difícil tarea solo pensó en trabajar para sí, y logró que le declarasen primer cónsul, y despues emperador. Creando desde luego las instituciones, que son las sostenedoras de las monarquías, restableció la gerarquía de las clases fundando una nobleza á la que dió títulos y mayorazgos. Embriagado luego con sus victorias y su poder, pensó colocar á su familia en la mayor parte de los tronos de Europa, y en este reparto la Holanda le cupo en 1806 á Luis Bonaparte que fue á reinar en el Haya. Si el nuevo príncipe no tenia prendas muy singulares por lo menos estaba animado de las mejores intenciones, á impulsos de las cuales bien quisiera hacer feliz al pueblo cuyo regimiento se le habia confiado, y procuró en cuanto de su parte estuvo granjearse el afecto de sus súbditos trabajando mucho á fin de reanimar al comercio; pero los medios que pudo poner en práctica estaban en oposicion con la política del emperador, de manera que mientras se granjeaba la gratitud de los holandeses se ponia en pugna con su hermano. A despecho de

las órdenes que se le habian comunicado por conducto del embajador frances continuaba favoreciendo los esfuerzos de los holandeses, procurando eludir la ejecucion del sistema continental con proscribir todas las manufacturas fabricadas en Inglaterra. Tampoco juzgó oportuno echar mano del vil y odioso sistema del espionage para impedir la manifestacion del espíritu público. El solo reproche que puede hacérsele es el de haber sido pródigo en sus gastos personales y haber acometido muy de ligero dispendiosas empresas, por efecto de las cuales á los tres años de su reinado la deuda del pais se aumentó en doscientos veinte y cinco millones. Como quiera que sea despues de haber luchado inútilmente contra el despotismo de su hermano, tomó el partido de abdicar, lo cual causó un disgusto muy grande y le honró en el concepto de todo el mundo. Esta era la segunda vez que Napoleon hallaba semejante resistencia en su familia, pues Luciano Bonaparte cuyos ausilios habian contribuido á su grande fortuna política, tampoco quiso doblegarse á las exigencias de su despotismo.

En vista de la abdicacion de Luis, el emperador incorporó la Holanda á sus vastos dominios y comenzó por disminuir en dos tercios la deuda pública por medio de una bancarrota, introdujo las quintas é hizo ejecutar rígidamente los decretos de Berlin y de Milan que prohibian todas las manufacturas de las islas británicas. Esta medida completó la ruina de la nacion holandesa, á la cual por otra parte exigió grandes contribuciones, y obligó á obedecer nuevas leyes. El reino bajo el cetro de Luis estaba dividido en seis distritos cuya poblacion era de un millon ochocientas mil almas. El ejército de tierra se componia de diez y ocho mil hombres que Napoleon aumentó luego hasta cincuenta mil. Las plazas fuertes y los arsenales de marina eran custodiados por una milicia nacional compuesta de los jóvenes á quienes no les cupo la suerte de ser soldados, y esta milicia no debia servir sino en el interior de la Francia, esto es,

desde Hamburgo hasta Roma; mas á pesar de esto, despues del fatal resultado de la campaña de Rusia la milicia holandesa fue á reunirse con el ejército frances y tomó parte en la campaña comenzada por la batalla de Lutzen. Las contribuciones que en el antiguo gobierno eran ya muy crecidas, subieron entonces á veinte y cinco por ciento con respecto á las posesiones rústicas, y á treinta por ciento por lo que toca á las urbanas: de manera que el presupuesto del reino era de setenta y cinco millones que resultaban mas de cuarenta francos y medio por habitante. El sistema continental fue mas funesto á la Holanda que á todas las demas provincias del imperio, pues estas podian subsistir con los frutos de la agricultura y de la industria; pero el pueblo de Holanda que hasta entonces habia vivido con los beneficios del comercio marítimo, se halló sumido en la mas terrible miseria que alcanzó á todas las clases. Los rios y los canales del pais estaban libremente abiertos á los buques franceses, y las fábricas de esta nacion proveian de armas y de vestuario á las tropas holandesas. El resultado de esto fue que la poblacion de Amsterdam bajase de ciento veinte mil á noventa mil habitantes, cuya cuarta parte no tenian mas recurso que la caridad pública. En el Haya, en Deft y en muchas otras ciudades los habitantes llegaron hasta el estremo de derribar sus casas por carecer de medios con que repararlas y con que pagar las contribuciones que por ellas se les exigian, los diques para cuya conservacion se necesitaban ciento cincuenta millones todos los años fueron descuidados, y las olas del océano amenazaban tragar ese pais que la industria del hombre habia arrebatado á su dominio. Todas las carreras no ofrecian á la juventud sino una desconsoladora perspectiva, y la gente moza se retraia de entrar en la marina y en el ejército á fin de no verse obligada á combatir en provecho de los opresores de su patria. El foro rechazaba á los abogados antiguos que tenian que olvidar lo que aprendieron

para estudiar los códigos de Napoleon, y los jóvenes no se sentian inclinados á iniciarse en el conocimiento de las leyes cuya mayor parte no les parecian aplicables á su pais. Cansados los holandeses de una opresion que de cada dia era mas grande, volvieron sus ojos hácia el príncipe de Orange retirado en Inglaterra, y ya en 1813 todos estuvieron de acuerdo en que era preciso echar fuera á los franceses y establecer una constitucion en la cual el primogénito de la casa de Nassau ocupase el primer puesto. Mientras tanto en vano procuraba Napoleon resistirse á la Europa entera conjurada contra él, y como fue vencedor en Lutzen y Bautzen creyó por un momento que iba á recobrar su poder antiguo, pero abandonado por casi todos sus aliados perdió su ejército en los campos de Leipsik y los restos que se salvaron hubieron de pasar otra vez el Rhin. Las tropas francesas derramadas en Holanda no pasaban de diez mil hombres y habian de sujetar la poblacion y guarnecer las plazas fuertes. Sabidos apenas los desastres del emperador que hacian presagiar su próxima caida, muchas personas de cuenta determinaron conquistar la independencia de las Provincias Unidas. Erigióse una junta, y reunidos bajo el abrigo de ella ochocientos patriotas osaron proclamar en el Haya al príncipe de Orange.

Los insurgentes habian procurado ante todo pedir ausilios al gobierno ingles, y contaban tambien con el apoyo de los ejércitos aliados, de los cuales se habia presentado ya alguna gente en los pueblos de la frontera. Bien pronto se supo sin embargo que las tropas libertadoras tenian órden de no pasar el Issel; á pesar de lo cual se congregó en el Haya y en la casa que habia sido del célebre Witt una junta á fin de tomar las medidas que las circunstancias reclamaban. Organizóse un gobierno provisional que debia ejercer la autoridad hasta la llegada del príncipe de Orange; y mientras tanto los confederados tomando la iniciativa declararon públicamente que renunciaban á toda obediencia



VUE DE LA CATHÉDRALE DE ROTTERDAM. (Hollande)

PAYS BAS

á Napoleon. En tales circunstancias pasó desde Amberes á Gorcum un cuerpo de tropas francesas que despues de sorprender algunos soldados holandeses, se apoderó de Worden y simultáneamente otro destacamento penetró en la ciudad de Dordecht exigiendo de sus habitantes sumas considerables. Estos dos descalabros á que la voz pública dió mas importancia de la que tenian, causaron bastante inquietud al pais sin hacer no obstante vacilar la firmeza de los gefes de la insurreccion que lograron tranquilizar los ánimos comunicando la esperanza que ellos abrigaban. Amsterdam, Rotterdam y muchas otras ciudades se declararon en favor de Orange á quien de dia en dia aguardaba la poblacion de la Haya y de los lugares inmediatos: de modo que el camino estaba lleno de una muchedumbre inmensa cuyas ansiosas miradas se dirigian de continuo hácia el mar para descubrir si hacia rumbo para Holanda algun buque. Finalmente en 26 de noviembre llegó á la playa una lancha en que iba un solo hombre ingles de nacion y que venia para un negocio mercantil. Pusiéronle un uniforme ingles y se paseó por la ciudad en donde fue saludado por las aclamaciones de la muchedumbre que le consideraba como el precursor de un ejército británico.

Los gefes del gobierno provisional supieron sacar tanto partido de esta circunstancia combinándola con otros incidentes que los franceses juzgaron oportuno retirarse. Algunos dias despues llegó al Haya el príncipe de Orange y fue recibido con el mas ardiente entusiasmo. Los magistrados y el pueblo querian que en el acto tomase las insignias y el título de rey, pero se resolvió esperar á que hiciese su entrada en Amsterdam la cual verificó al dia siguiente 2 de diciembre. Guillermo hizo al instante una proclama de la cual citamos el pasage siguiente. «Vuestra confianza y vues»tro afecto, decia al pueblo holandes, me ofrecen el poder »soberano; accedo á vuestros deseos pero con la condi»cion de que una sabia constitucion garantizará vuestras

»libertades. Si mis antepasados contribuyeron á fundar »vuestra independencia, todos mis esfuerzos se dirigirán á »conservarla.» Al instante se ocuparon del acta constitucional cuya redaccion se confió á una junta de catorce personas elegidas entre las clases mas altas, y despues de tres meses de conferencias el trabajo de la junta se sometió por medio de la imprenta al dictámen de la opinion pública. Se nombraron mil doscientos electores entre todas las provincias, y de todas religiones para que eligiesen á seiscientas personas notables que debian reunirse en Amsterdam en 24 de marzo de 1814. Al dia siguiente se congregaron en una iglesia en donde el príncipe les presentó la constitucion que fue aceptada por la mayoría de los votantes. La adopcion de ese pacto dió lugar á vivas reclamaciones por parte de los calvinistas, quienes sostenian que los intereses del protestantismo peligraban en el mero hecho de conferirse todos los empleos á los ciudadanos de cualquiera religion que fuesen; y por su parte los católicos se quejaban del abandono en que el estado dejaba al clero de su iglesia y los piadosos establecimientos fundados para educar á la infancia y socorrer á los ancianos. No faltaban adictos á la antigua república que rechazaban la nueva constitucion; pero la mayoría de la Holanda pareció recibirla con agrado, porque durante el paternal gobierno de Luis Bonaparte se habia reconciliado con las formas y con el espíritu del gobierno monárquico. Con esto pues el pueblo admitió con mucho gusto por rey al príncipe de Orange que dispertaba memorias tan antiguas como gloriosas.

Cuando Napoleon atacado por toda Europa disputaba á sus adversarios el terreno palmo á palmo, la Bélgica abandonada á sí misma dejó ocupar su territorio por el ejército aliado que mandaba el duque de Sajonia-Weymar quien entró en Bruselas en 30 de enero de 1814. Los soberanos coligados prometieron desde luego á la Bélgica que su independencia seria reconocida; pero cuando los príncipes

destronados ocuparon otra vez sus tronos, los monarcas vencedores despues de satisfacer á la justicia solo escucharon la voz de la ambicion; y á impulsos de ella la Sajonia perdió sus mas hermosas provincias, Génova fue entregada al rey de Cerdeña, y la Polonia á la Rusia. Entonces en virtud del 6.° artículo del tratado de Paris que declaraba que la Holanda puesta bajo el cetro de la casa de Nassau adquiriria mayor territorio, el congreso de Viena resolvió que las provincias belgas se uniesen á la Holanda y formaran con ella un reino. El emperador de Austria que se habia apoderado de Bélgica como de cosa suya, tenia en ella para gobernarla al baron de Vincent á quien se mandó entregase aquel pais á Guillermo. Este príncipe anunció su advenimiento á los nuevos súbditos por medio de una proclama, y en 1815 se constituyó soberano bajo los auspicios de los emperadores de Austria y Rusia y de los reyes de Prusia y de Inglaterra, quienes le garantizaron la integridad de sus estados.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE GUILLERMO

AL TRONO DE BELGICA Y DE HOLANDA HASTA LA SEPARACION DE ESTOS ESTADOS.

Segun el tratado que incorporaba la Bélgica á la Holanda estos dos paises no debian formar desde entonces mas que un estado regido por la constitucion holandesa, en la cual se harian las siguientes modificaciones. Se estableceria la libertad de cultos y todos los habitantes serian aptos para desempeñar cualquiera destino: las provincias enviarian algunos diputados á los estados generales: la asamblea se convocaria alternativamente en el Haya y en Bruselas: los privilegios mercantiles serian comunes á las dos naciones, y finalmente las colonias holandesas se considerarian como pertenecientes á la Bélgica, y los gastos anuales de la deuda pública los satisfarian las dos naciones. Por desgracia esta union que en teoría parecia muy sencilla iba á encontrar

en la práctica dificultades insuperables. Efectivamente las siete provincias que componian la república de Holanda siempre fueron independientes unas de otras, y desde muchos siglos habian tenido constituciones que cortapisaban el poder supremo, al cual no le era lícito hacer leyes sin el concurso de los diputados de la nobleza y del estado llano. Cada ciudad ademas tenia privilegios municipales, en cuya virtud la administracion del pueblo tocaba á los habitantes. Cuando los holandeses sacudieron el yugo de la España conservaron sus leyes á las cuales tenian grande apego y el mas profundo respeto, y por esto concibieron tanta aversion contra los franceses al obligarlos estos á que adoptasen los códigos promulgados por Napoleon en su imperio. En medio de todo alimentaban la esperanza de recobrar su prosperidad antigua y el lugar que en otro tiempo les cupo entre las naciones de Europa.

En cuanto á los belgas, aunque estuviesen acostumbrados á un dominio estrangero odiaban de muerte al congreso de Viena que habia dispuesto de su suerte sin consultarlos. Habia entre ellos y los holandeses una natural envidia, y por esta razon no pudieron permanecer unidos en la época en que las diez y siete provincias se levantaron en masa contra la tiranía española. El pueblo belga sumido en la ignorancia era fanáticamente adicto á la iglesia romana, lo cual aumentaba todavía su aversion hácia los holandeses cuya mayor parte seguian el culto de Calvino. Los nobles eran adictos al Austria; pero la mayor parte de la nacion dedicada á la industria echaba de menos la época de los franceses que tan propicia fue á sus intereses, pues en efecto, durante esa época, la prosperidad de los belgas se fundaba en el comercio interior y en el desenvolvimiento de la agricultura cuyos productos vendian con mucho beneficio á las provincias francesas inmediatas á su territorio. Los tejidos de hilo daban ocupacion al pueblo del campo y la industria manufacturera derramada por todo el territorio y libre de

la competencia de la Inglaterra encontraba ventajosa salida en los mercados franceses. La Holanda por el contrario habia sacrificado las manufacturas al comercio, y solo podia ser floreciente convirtiéndose sus puertos en depósitos de la Europa. De lo dicho se deduce que estos dos pueblos reunidos por una política ciega tenian costumbres é intereses opuestos. Su carácter ademas diferia á la par que sus sentimientos religiosos, y fácil es comprender las dificultades de la tarea que se encomendó á Guillermo, quien debia inspirar á las dos naciones sometidas á su cetro un afecto mutuo que era contrariado por todo, pues no tenian las mismas inclinaciones ni la misma lengua, circunstancia que contribuia á que la Holanda y la Bélgica fuesen aun mas estrañas la una para la otra.

Apenas se habia verificado la union cuando estuvo á pique de romperse por la imprevista vuelta del emperador que desde la isla de Elba acababa de desembarcar inopinadamente en Provenza á la cabeza de trescientos hombres. Al instante corrieron soldados á sus banderas, abrieron las ciudades sus puertas y llegó á Paris sin sacar la espada. Falto de ejército Luis XVIII buscó un asilo en Bélgica, y al momento tuvo principio la guerra, y Napoleon vencedor en Fleurus y en Ligny sucumbió en los campos de Waterloo. El príncipe de Orange primogénito de Guillermo se distinguió en aquella sangrienta batalla en la cual fue herido en la espalda. Napoleon prisionero de los ingleses fue á morir en Santa Elena, y apenas hubo dejado las costas de Europa cuando se calmó la tempestad levantada por él; y el monarca de los Paises Bajos solo pensó en organizar su reino. El pacto fundamental que debia regirlo fue sometido al voto de los dos pueblos que habian de componerlo, y si bien los diputados holandeses lo admitieron unánimemente no sucedió lo mismo en Bruselas en donde la mayor parte de las personas notables convocadas para este objeto, rechazaron el código propuesto. Los miembros de la oposicion

eran ciento veinte y seis, y declararon haberse decidido por la negativa con el solo objeto de rechazar el artículo que sancionaba la libertad de cultos. La posicion de Guillermo iba haciéndose crítica, pues ó bien le era preciso admitir la validez de la objecion hecha á la Carta, es decir, abandonar su proyecto de union entre la Bélgica y la Holanda, ó plantificar la Carta á despecho de todos los obstáculos. Guillermo estuvo por lo segundo; y hé aqui el medio que empleó para ello. Se declararon nulos los votos negativos so pretesto de que habian contrariado el espíritu del pacto fundamental que las personas notables tenian derecho de modificar y nó de destruir; y el silencio de los ausentes fue interpretado por consentimiento. Este modo de hacerse una mayoría era un audaz engaño; pero Guillermo no podia obrar de otro modo á menos de abdicar el trono antes de ocuparlo. Como quiera que sea el monarca fue ensalzado en Bruselas en 21 de setiembre y se declaró que el pueblo habia admitido la constitucion. No hubo reclamacion contra esto, y la Bélgica sumisa al parecer á su suerte solo pensó en dedicarse á las empresas mercantiles, y bien pronto la industria favorecida por el carácter nacional tomó rápido vuelo y el nuevo reino de los Paises Bajos presentó el mas floreciente aspecto.

La posicion de Guillermo le ordenaba imperiosamente tener la balanza igual entre los dos pueblos puestos bajo su dominio, pero esta tarea que exigia la reunion de prendas muy raras era superior á sus fuerzas, y se abandonó sin reserva á la inclinacion que tenia á su pais nativo. Supuso que las provincias belgas que obedecieron sucesivamente á la España, al Austria y á la Francia sufririan sin inconveniente la supremacía de los holandeses; pero se equivocó muchísimo, porque los belgas que consideraban á los holandeses como iguales, se negaron á una obediencia que ofendia su vanidad y sintieron dispertarse la antigua y zelosa enemiga que desde muchos siglos alimentaban contra

aquellos. Una circunstancia que es indispensable esplicar hizo que Guillermo confiase la mayor parte de los destinos á sus compatricios, y esta circunstancia fue los escrúpulos de muchos belgas que no queriendo prestar juramento á un príncipe herege sacrificaron sus empleos á sus principios: provino de aqui que casi todos los magistrados se retirasen y fuesen reemplazados por holandeses, pues hubiera sido difícil hallar entre los belgas hombres de la clase media asaz versados en el conocimiento de las leyes para poder interpretarlas. Esta preferencia aunque hija de la necesidad aumentó todavía el odio de los belgas, á quienes incomodaba no poco la introduccion de manufacturas inglesas que inundaron el pais y dieron un golpe de muerte á sus tejidos de lana. En esa época las fábricas de destilar y refinar que tenian los holandeses echaron abajo las establecidas antes en las provincias meridionales de la Bélgica; y al mismo tiempo la Francia no daba introduccion á sus lienzos ni á sus tejidos. El tiempo cerró muy luego estas heridas que por otra parte no hubieran podido causar una revolucion, y si en 1820 la hubo fue producto de las ideas especulativas á que una nacion da mas importancia que á sus intereses materiales porque ofenden su dignidad.

Guillermo cometió asimismo la falta de desavenirse con el clero católico, pues erigió en las provincias meridionales tres colegios universitarios destinando á ellos cincuenta profesores cuya mayor parte eran alemanes; y como por esta causa los alumnos no los entendian se mandó que los cursos se hiciesen en latin en vez de hacerse en frances como hasta entonces. Esta medida descontentó á la mayoría de los discípulos que habian de dedicarse anticipadamente al estudio de una lengua de que solo conocian los elementos. La instruccion secundaria estaba confiada á sacerdotes, mas como el gobierno se esforzó en quitarles esta prerogativa, el obispo de Gante comenzó las hostilidades contra el poder por medio de un edicto en el cual mandaba que no se

orase por un rey herético. Demandado en justicia se refugió en Francia y varios eclesiásticos imitaron su ejemplo, con cuyo motivo Guillermo mandó cerrar algunas casas de educacion dirigidas por sacerdotes que obedecieron el mandato del obispo de Gante, y los reemplazó con otros establecimientos organizados á toda prisa que no llenaban cumplidamente su objeto, y por lo mismo no fueron concurridos. A fin de dar nuevo temple al espíritu del clero declaró que ningun sacerdote podria ser párroco ni vicario sin que antes hubiese estudiado dos años en un colegio establecido recientemente en Louvain con el título de colegio filosófico. La eleccion de este nombre era poco feliz y los aspirantes al sacerdocio tomaron de ahí pretesto para resistirse á la autoridad, la cual no comprendiendo que hay principios que no pueden violarse permitió á los profesores de Louvain que aunque fuesen legos pudiesen dar lecciones de historia eclesiástica y de derecho canónico. Como la disciplina de la iglesia romana no permite desempeñar estas cátedras sino á los eclesiásticos por razones que estan al alcance de cualquiera, los católicos se sublevaron suponiendo que el monarca queria *protestantizar* el reino. El partido liberal sostuvo en esta ocasion al gobierno que espontáneamente abandonó muy luego su propia causa, cuando por medio de un tratado con el soberano pontífice consintió en abolir el colegio de Louvain y fundó obispados y cabildos. Agradecido el papa á estas deferencias mandó que en todas las iglesias católicas se invocasen á favor del monarca las bendiciones del cielo; pero el odio del clero hácia Guillermo era tan grande que se negó á obedecer los mandatos de su gefe espiritual. Los liberales se mostraron por su parte muy indignados contra el rey cuya sumision á la corte de Roma les pareció una traidora cobardía, y á la cabeza de estos descontentos se encontraba el escritor público Potter conocido ya entre el pueblo por sus muchas obras contra la Iglesia católica, el cual dió prin-

cipio á su oposicion con dos virulentos artículos continuados en un periódico de Bruselas. Perseguido por el ministerio público, le condenaron en 1828 á diez y ocho meses de cárcel en virtud de la ley promulgada en 1815, la cual imponia severas penas al que de obra, de palabra ó por escrito provocase la desunion entre los ciudadanos y la revuelta contra el gobierno. El público recibió muy á mal esta sentencia, y el populacho para manifestar su afecto al acusado apedreó las ventanas de Van-Maanen ministro de justicia y objeto de la animadversion pública.

Como el gobierno se habia enagenado á los hombres de todas las opiniones, los católicos tomaron la defensa de Potter por mas que fuese su enemigo inveterado y en los periódicos le colmaron de elogios. El partido liberal no se mostró ingrato hácia sus nuevos amigos, y de esta reconciliacion salió una liga *católico-liberal* cuyo ascendiente acabó por ser irresistible (1). Esta alianza formada de elementos en apariencia opuestos obró sin embargo con union y resueltamente, y comenzó por adoctrinar á la multitud por medio de artículos diarios en los periódicos de que disponia. Sus agentes llevaban por todas partes esposiciones que llenas de firmas se presentaron en 1829 á la cámara baja de los estados generales (2). En ellas se pedia la abolicion de la maquila, la ejecucion del concordato, la libertad de enseñanza y de imprenta, el uso de la lengua francesa ante los tribunales, la reparticion igual de los empleos públicos, el restablecimiento del jurado, y una ley relativa á la responsabilidad ministerial. Estas quejas sirvieron de testo á los diputados de la oposicion sobre todo á los de la cámara baja para atacar sin descanso al gobierno, pero como de esta asamblea, cuyos ciento y diez miembros estaban nombra-

(1) Vide History of the Neterlands, by Thomas Colley Graltam, página 395 y siguientes.

(2) El poder legislativo se componia de dos cámaras: la una tenia el título de senado, y la otra de cámara de los representantes.



dos por las provincias del norte y del mediodía no podia emanar resolucion alguna, se hallaron divididos en número igual. Los holandeses por una parte y los belgas por otra se hacian en la tribuna una guerra interminable puesto que las votaciones resultaban casi siempre iguales. En cuanto á los senadores eran elegidos por el monarca, el cual en las votaciones importantes podia contar con este apoyo.

Semejante estado de cosas no podia durar mucho tiempo porque cada dia se agriaban mas y mas las desavenencias entre la nacion y su rey, quien se obstinaba en conservar á Van-Maanen, cuyos despóticos principios audazmente manifestados en el senado incomodaban tanto mas cuanto este ministro habia sostenido en otro tiempo opiniones de un liberalismo anárquico. Guillermo creyó que podria regenerar la opinion estableciendo un periódico que hiciese la apología de los principios y de los actos del gobierno, pero eligió para redactarlo al estrangero Libri-Bagnano hombre sin honor en la opinion pública, condenado en Lyon por falsario, encarcelado allí por mucho tiempo y refugiado despues en Bélgica en donde supo granjearse la confianza del ministro quien sin duda ignoraba su anterior conducta. Como quiera que sea este escritor declamó abiertamente contra el partido liberal y predicó máximas que tendian al sistema absoluto. En tales circunstancias el ministerio hizo firmar al rey algunos decretos quitando sus empleos y pensiones á los principales miembros de la oposicion; pero esta medida lejos de aprovechar al poder le fue contraria, pues muchos funcionarios que gozaban de la estimacion general dimitieron espontáneamente, y otros renunciaron los destinos que se les habian ofrecido. Entonces Potter hizo insertar en los periódicos un plan de suscripcion nacional, con el objeto de socorrer á los empleados que la autoridad habia depuesto, por haber desobedecido ó ejecutado con blandura las órdenes que repugnaban á su conciencia. El ministerio público denunció este proyecto calificándolo de

consecuencia de un complot fraguado contra el poder; y como las investigaciones de la policía descubrieron una correspondencia seguida entre Potter y Thielemans empleado en el ministerio de estado, se les formó causa, lo mismo que al literato Barthels redactor del periódico *el Católico*, y á los impresores del mismo *Católico*, del *Belga*, y del *Correo de los Paises Bajos*. Estos procesos eran un acontecimiento grave, porque formándose causa á los acusados se ponia en tela de justicia todas las cuestiones políticas que entonces se ventilaban, y el tribunal iba á fallar acerca de la union de católicos y protestantes, acerca de la lucha entablada entre la Bélgica y la Holanda, y en órden al derecho de peticion que segun las apariencias trataba el gobierno de negar á los ciudadanos. Catorce dias duraron la vista de la causa y los informes, y su resultado fue una sentencia que condenaba á Potter á ocho años de destierro, á Thielemans y á Barthels á siete, á uno de los impresores á cinco, y absolvia á los demas reos. Los condenados deseaban pasar su destierro en Francia, pero no habiendo podido alcanzar pasaporte del embajador frances, buscaron un asilo en Suiza.

Entre tanto la cámara de los representantes discutia una ley relativa á la represion de los delitos de imprenta, proyectos que atacó tan vivamente la oposicion, que el ministerio se vió obligado á modificarlo mucho, y apenas hubo logrado que lo adoptaran una y otra cámara cuando las cerró al momento. A fin de calmar la exasperacion pública hizo el ministerio algunas concesiones reclamadas desde mucho tiempo, aboliendo el derecho de maquila y permitiendo el uso de la lengua francesa en los tribunales de apelacion y en los de las provincias meridionales. Mas estos actos de condescendencia que en otro tiempo hubiera el público mirado como beneficios fueron recibidos ahora con muy poco agradecimiento, porque juzgó el pueblo que el proceder del gobierno era hijo del miedo, pues acababan de saberse los sucesos de julio que habian lanzado del trono á Cárlos X

y á la familia de que era tronco. Esta victoria alcanzada por el pueblo sobre los depositarios del poder, enardeció los ánimos y lisonjeó las esperanzas de los que alimentaban la idea de separar la Bélgica de la Holanda y hacerla subir hasta el rango de nacion.

En aquel crítico momento el rey estaba ausente de Bruselas y residia en la Haya, con arreglo á uno de los artículos de la constitucion, segun el cual debia vivir alternativamente en las dos capitales de su reino. Su distancia precipitó sin duda la catástrofe que era fácil vaticinar en vista de la agitacion que reinaba en todas las clases. Hízola estallar un accidente fortuito, y fue el haberse representado en el teatro en la noche del 25 de agosto la *Muta di Portici*. Algunos jóvenes entusiasmados todavía con las alusiones á que daba hincapié aquella pieza (1), al salir del teatro formaron grupos que crecieron muy luego con los trabajadores y otra gente del pueblo que se les iban agregando. Aquella multitud se echó sobre la oficina del *Nacional*, periódico ministerial redactado por Libri-Bagnano que era ya objeto del odio público. La imprenta fue devastada en un instante, la casa del escritor tuvo la misma suerte, los muebles fueron arrojados á la calle y todo cuanto habia en ella hecho pedazos á la vista de la policía, que en vano quiso oponerse á tales escesos. Simultáneamente hubo motines en otros varios puntos; el populacho á viva fuerza penetró en las tiendas de los armeros y se dividió en partidas dirigiéndose unas hácia el palacio de los tribunales y otras á la casa del ministro Van-Maanen, mientras las habia que sitiaban las casas del superintendente de policía y de los magistrados que fallaron el célebre proceso de Potter. El general Wanthier generalísimo del ejército acudió á la cabeza de un destacamento, pero su llegada aumentó la cólera del pueblo, de suerte, que envuelto por la muchedumbre indudable-

(1) El asunto de esta ópera está tomado de la revolucion que estalló en Nápoles contra los españoles y cuyo gefe fue Masaniello.

mente hubiera perecido á no refugiarse en la casa de la ciudad. Mientras tanto la multitud habia echado abajo las puertas de la casa del ministro Van-Maanen y despues de saquearla le pegó fuego diciendo que el edificio estaba condenado á perecer en las llamas, y asi fue que los bomberos que habian ido á apagar el incendio se vieron obligados á ser simples espectadores de sus estragos. A las cinco de la mañana del siguiente dia 26 la tropa se puso en movimiento con el objeto de disipar la muchedumbre; pero en todos los cuarteles de la ciudad se empeñó una sangrienta lucha que se sostuvo toda la mañana con desventaja de las tropas que eran pocas para dominar la revolucion. Inflamada de cada vez mas la multitud comenzó á destruir fábricas, y sin duda hubiera acabado por el saqueo de las casas, si los habitantes unidos por el riesgo no formaran en el acto una guardia cívica que congregada á toda prisa se interpusiese entre los combatientes, y consiguió calmar su encarnizamiento y decidir á la tropa á que se retirara á sus cuarteles. Al mismo tiempo el ayuntamiento distribuyó por todos puntos numerosas patrullas y dispuso que por la noche se iluminaran las fachadas de las casas.

En medio de todo esto la revolucion habia enarbolado sus colores, y en la casa de la ciudad la bandera de Nassau habia sido reemplazada por la brabanzona negra, roja y amarilla. Con esto cesó la lucha y por las calles solo se veian curiosos que iban á ver los estragos del fuego, el cual acababa de consumir el palacio de Van-Maanen condenado á la destruccion por el voto del pueblo. Ningun acontecimiento turbó el silencio de la noche, y al dia siguiente 27 la guardia cívica fue mas regularmente organizada por el baron de Hooghvorst á quien nombró su comandante el ayuntamiento.

Algunas de las tropas de la guarnicion se habian concentrado en la plaza del palacio del rey donde vivian los generales Wanthier y Bylandt; pero no tomaban ninguna parte

en las medidas de órden dispuestas por la autoridad municipal y dejaron que el populacho destruyese los preparativos comenzados para celebrar el cumpleaños del monarca. Aquella turba trató de cometer algunos desórdenes, pero fue contenida por la guardia cívica que contra su voluntad hubo de emplear la fuerza. En tal estado el general Bylandt comandante en gefe de las tropas y á quien se habia pedido que entregase á los ciudadanos la guardia de la cárcel de los Petits-Carmes ocupada por sus soldados dió á entender en su contestacion que esperaba refuerzos y que creia dar muy pronto el servicio de la plaza. Efectivamente desde Amberes y Gante acudian á marchas forzadas muchos regimientos para restablecer en Bruselas la autoridad real; pero en vista de las esposiciones del ayuntamiento que amenazaba con que armaria á la poblacion entera, el general Bylandt consintió en dar órden para que se detuviesen las tropas que esperaban. Se nombró una comision compuesta de los habitantes mas notables para que fuesen al Haya á manifestar al rey las quejas de los belgas; las cuales no tendian á una separacion sino que se limitaban á reclamar varias cosas y entre ellas la destitucion de los ministros del Interior y de Justicia, la presentacion de una ley que organizase un nuevo sistema electoral, el restablecimiento del jurado, la responsabilidad ministerial y la anulacion de todas las sentencias pronunciadas en materias políticas. Lieja y muchas otras ciudades habian seguido el ejemplo de Bruselas, adoptando los colores brabanzones y formando una guardia cívica; pero en las provincias septentrionales de la Bélgica se manifestaron ideas contrarias á la revolucion, porque como los intereses de esas provincias eran idénticos á los de la Holanda mostrábanse dispuestas á dar ausilios al poder á fin de sofocar la revolucion.

Cuando los diputados salidos de Bruselas (1) pasaron por

(1) Los diputados eran el baron José de Hooghvorst, antiguo bailío de Bruselas,

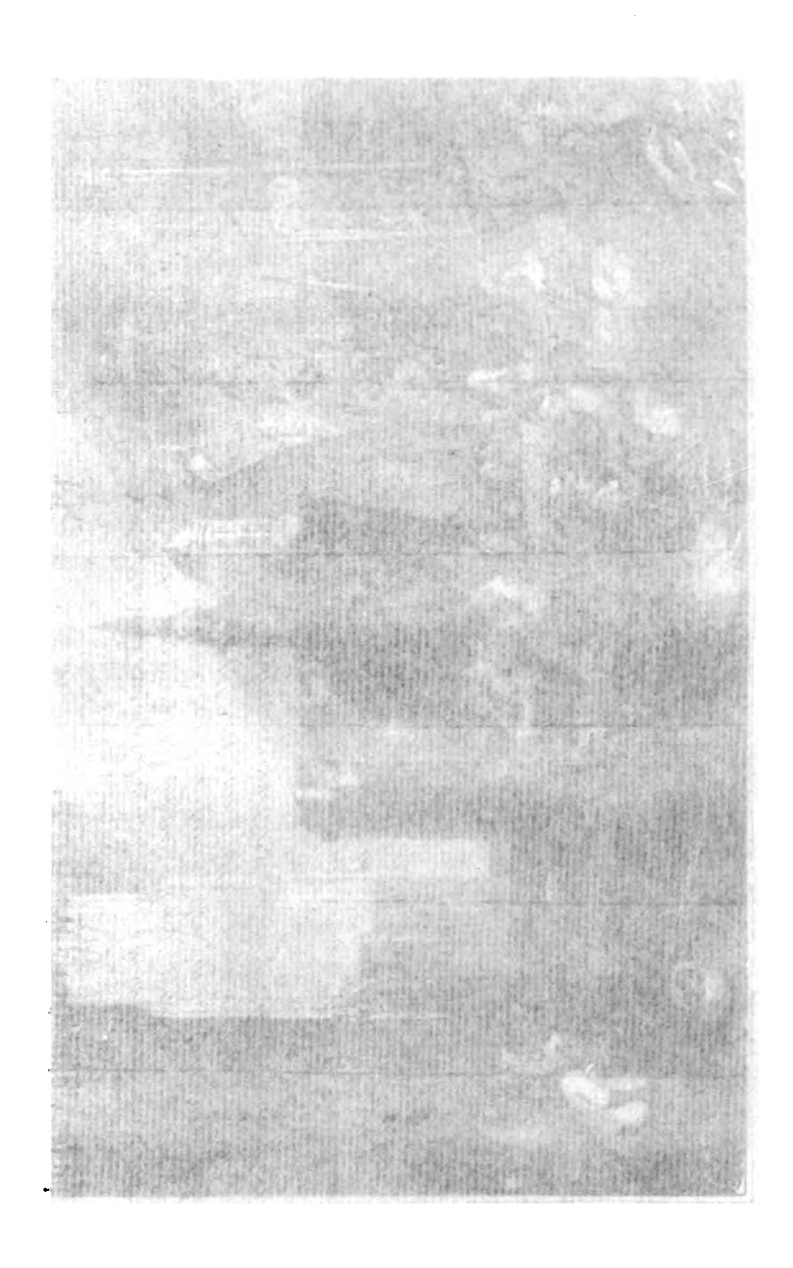
ese territorio hallaron tan solo una poblacion hostil y algunos regimientos que se dirigian á Bruselas gritando viva el rey, viva Orange. Llegada la diputacion al Haya obtuvo una audiencia de Guillermo que prometió convocar desde luego los estados generales, si bien mostrándose determinado á restablecer su autoridad en toda su estension.

En efecto el príncipe de Orange y su hermano el príncipe Federico se pusieron á la cabeza de un corto ejército fijando el cuartel general en Vilvorde á pocas leguas de Bruselas. Al acercarse esas tropas el ayuntamiento de la ciudad y las personas notables enviaron una diputacion para que les propusiera entrar en la ciudad siempre que quisiesen hacerlo no llevando mas que algunos oficiales de la comitiva. La contestacion de los príncipes no fue una terminante negativa; pero inspiró tales recelos que todo el pueblo se dispuso á repeler la fuerza con la fuerza, barreáronse las calles, se arrancó el empedrado, y en el espacio de una noche, Bruselas llena de trincheras presentaba en todas partes formidables medios de defensa. Sabedor el príncipe de Orange de lo que pasaba, convino en entrar en Bruselas con solo su estado mayor, y en todas partes fue recibido por la guardia cívica que tenia desplegadas sus banderas con los colores brabanzones. El hijo de Guillermo aunque saludado por los tambores y las banderas no oyó en las filas aclamacion alguna y pareció que le inquietaban los preparativos que en todas partes veia. Al tiempo de dirigirse á su palacio el pueblo mezclaba entre los vivas los gritos de viva la libertad y abajo Van-Maanen. Al estar en la casa de la ciudad declaró que las tropas que mandaba no entrarian en la ciudad, y en seguida se trasladó al palacio real custodiado por los regimientos de la guarnicion. Tres dias estuvo en Bruselas y formó una junta compuesta de personas

el conde Félix de Mérode Westerloo y los Sres. Gendebien, Federico de Sécus y Palmaert el padre.

de la clase principal y de otras que estaban al frente de la insurreccion, y el primer punto que allí se ventiló fue si la Bélgica se separaria de la Holanda. Todos los presentes estuvieron por la afirmativa fundándose en que aquel era el medio de impedir que el pueblo belga pidiese la incorporacion de su pais á la Francia. El príncipe tuvo que contestar á las diputaciones que iban allí de todas partes; y si bien á todas las recibia benévolamente procuraba no contraer empeño alguno. Finalmente en 3 de setiembre partió para la Haya, y las tropas evacuaron á Bruselas en la que no quedó mas custodia que sus habitantes. Mientras que en esa ciudad se negociaba habíase estendido rápidamente la insurreccion, de manera que en Mons, en Louvain y en otras ciudades habian echado las guarniciones ú obligádolas á que se encerrasen en las fortalezas. Los habitantes de esas mismas ciudades se habian organizado y enviado comisiones á Bruselas ofreciendo su ayuda. En vista de todo esto el rey consintió en deponer á Van-Maanen si bien dándole una manifiesta prueba de cuán gratos le eran sus servicios puesto que le nombró presidente del tribunal supremo que residia en la Haya, y al mismo tiempo anunció por medio de una proclama que iba á sujetar al voto de los estados generales el punto de separacion: mas á pesar de esto su segundogénito el príncipe Federico continuaba en el campamento de Vilvorde interceptando desde allí las comunicaciones entre las ciudades que enarbolaron los colores brabanzones, y despues de algun tiempo se replegó sobre Malines concentrando sus fuerzas que iban creciendo continuamente.

Los estados se abrieron en la Haya en el dia 14 de setiembre con gran número de diputados y sin que faltara ninguno de los representantes de Bélgica, los cuales en la contestacion al discurso del trono hicieron continuar muchos párrafos de los discursos pronunciados en Bruselas en la época de la revuelta. En esta ciudad hizo malísimo efecto



Pescaderia de Rotterdam (Holanda)



W. H. Bartlett del.t — Léonce Lhuillier Sculp.t

MARCHÉ AUX POISSONS À ROTTERDAM. (Hollande)

el discurso del trono en el cual se creyó ver el intento de restablecer á viva fuerza el antiguo órden de cosas, y la guardia cívica eligió algunos diputados que de comun acuerdo con la junta de seguridad pública (1) que habia reemplazado al ayuntamiento adoptaron un proyecto de esposicion, en el cual se encargaba á los representantes belgas hallados en la Haya que solicitasen del monarca la separacion, y el alejamiento de las tropas acampadas á pocas leguas de Bruselas, á cuya ciudad se iba diariamente acercando el príncipe Federico que las mandaba. No tardó en haber un choque hijo de la inconsideracion de una patrulla de voluntarios, pues como la junta de seguridad reprobara la violencia con que esa gente se condujo, la muchedumbre invadió la casa de la ciudad, arrojó de allí á la junta, saqueó muchas tiendas de armeros y se llevó un crecido número de fusiles y de sables que estaban custodiados en la casa de la ciudad. En semejante estado de cosas el príncipe Federico salió de Amberes para dirigirse á Bruselas mandando por medio de una proclama á la milicia cívica que entregase todos los puntos que ocupaba á la tropa de línea y que dejase los colores brabanzones, terminando con anunciar que estaba resuelto en caso de resistencia á emplear la fuerza y á poner á los rebeldes á disposicion de los tribunales. Esta amenazadora declaracion no produjo otro efecto que inflamar el ánimo de los habitantes; de manera que toda la poblacion de Bruselas improvisó nuevos medios de defensa, mientras que el abogado Dupectiaux acompañado de otra persona se presentó al cuartel general del príncipe Federico, pero lejos de ser admitido se lo quedaron en calidad de prisionero. Finalmente el dia 23 de se-

(1) Esta junta se componia del príncipe de Ligne, del príncipe de Ursel, del conde Felix de Mérode y de los señores Rouppe, Federico de Secus, Van de Weyer, y Fernando de Mecus; pero como muchas de estas personas aceptaron el cargo con repugnancia, las hubo que se presentaron muy pocas veces en la reunion y otras que ninguna: de suerte que la junta sin embargo de tener poderes muy amplios representó un papel muy secundario.

tiembre las tropas holandesas atacaron las puertas de Schaerbeek y de Louvain, las rompieron y penetraron en la ciudad, echaron abajo las barreras cuyos defensores les hicieron sufrir grandes pérdidas, y llegaron hasta el parque en donde se atrincheraron en presencia de la guardia cívica que ocupaba la plaza real. Durante la noche los holandeses se apoderaron de muchas casas inmediatas cometiendo en ellas los mas horribles escesos, pero fueron echados de allí por sus adversarios cuyo fuego constantemente sostenido, los obligó á refugiarse en el parque sin que bastara á sostenerlos la artillería que no produjo otro efecto que incendiar algunas casas. En el dia siguiente 25 se trabó de nuevo la lucha con ventaja del pueblo de Bruselas á donde de todas partes acudian continuos refuerzos.

Hasta entonces los belgas habian combatido sin plan, porque les faltaban gefes militares que disciplinasen y dirigieran su valor; pero en aquel momento se apoderó del mando don Juan Van-Halen en otro tiempo ayudante de campo del general español Mina. Este militar que tenia casi todas las prendas necesarias para desempeñar el papel de que se encargaba, colocó tan atinadamente su artillería que desmontó la de los holandeses, los cuales despues de una encarnizada defensa aprovecharon la oscuridad de la noche para retirarse á Vilvorde. Cinco dias habia durado el combate y sin embargo no hubo entre los dos partidos mas que doscientos muertos y trescientos once heridos. En el momento en que era atacada Bruselas, otro cuerpo holandes hizo por apoderarse de Louvain; pero fue puesto en derrota por los habitantes y los campesinos acabaron de dispersarlo. La víspera del dia en que comenzaron los combates habíase formado en Bruselas un gobierno provisional (1) cuyo ascendiente bastó en los primeros instantes

(1) Componíase de los personages siguientes: el baron Vanderlinden-d'Hooghvorst, Cárlos Rogier, abogado de Lieja, el conde Félix de Mérode, Gendebien abogado de

para asegurar el mantenimiento del órden. Potter que llegó el dia inmediato á la batalla, entró tambien en el gobierno dándole una fuerza momentánea. La primèra disposicion del gobierno fue llamar á las armas á todos los ciudadanos desde diez y ocho á cincuenta años á fin de resistir á los holandeses y arrojarlos del territorio, pues no habia sido posible calmar el furor del pueblo sino prometiéndole que no tendria mas Nassaus. La causa del monarca iba perdiendo terreno en todas partes, pues en muchas ciudades el pueblo obligó á los gobernantes á que se marcharan ó quedasen prisioneros con las tropas, y cada dia proporcionaba á la revolucion un nuevo triunfo. En la Haya la cámara baja se habia declarado á favor de la separacion, y los estados generales se disolvieron muy pronto por haberse ido los diputados belgas, los cuales corrieron á su pais al tener noticia de los acontecimientos que en él pasaban.

Visto el estado de las cosas el rey envió á Amberes á su primogénito á fin de que tantease todos los medios de conciliacion, pero el gobierno provisional de Bruselas rechazó anticipadamente todas las proposiciones del príncipe, declarando nulos y atentatorios á la seguridad del estado todos los actos ó transacciones que se hiciesen sin su autorizacion. A pesar de esto los individuos del gobierno estaban muy lejos de ir de acuerdo acerca del objeto que debian proponerse, pues unos deseaban reunirse á la Francia y otros si bien aprobando la separacion aceptaban al mismo tiempo al príncipe de Orange. Potter clamaba por el establecimiento de una república, y otros quisieran fundar una monarquía constitucional poniendo á su cabeza á un belga ó á un príncipe estrangero. Mientras que los partidos combatian en Bruselas á fin de hacerse dueños del poder, la insurreccion continuaba derramándose por las provincias y llegó hasta las puertas de Amberes de donde se marchó el

Bruselas, Silvain Van de Weyer, Jolly, antiguo oficial de ingenieros, Vanderlinden, tesorero, el baron de Coppin-Nicolai, y Potter.

príncipe de Orange sin haber podido cumplir el encargo que le estaba encomendado. Apenas hubo partido cuando los habitantes atacaron á los holandeses obligándolos á encerrarse en la ciudadela en donde mandaba el general Chassé, el cual arrojó á la ciudad una nube de balas y bombas que incendiaron el edificio del depósito y gran número de casas; mas afortunadamente un armisticio salvó el pueblo de una destruccion entera.

El reino de los Paises Bajos era obra de la Francia, la Inglaterra, el Austria, la Rusia y la Prusia; y estas cinco potencias abrieron en Londres un congreso por medio de sus embajadores competentemente autorizados en la corte de Inglaterra, y decidieron que provisionalmente los belgas y los holandeses se retirasen tras la línea que antes del tratado de 1814 separaba las posesiones del soberano de las Provincias Unidas de las que se habian incorporado á su territorio para formar el reino de los Paises Bajos. Mientras que en Londres se estaba deliberando, se abrió en Bruselas un congreso bajo los auspicios de Potter, el cual le instaló con el nombre de gobierno provisional. A los tres dias Potter abdicó su dignidad porque estaba en oposicion con la mayoría de sus compañeros, los cuales habian adoptado el principio de la monarquía hereditaria. Su retirada no produjo efecto alguno, y aquel ídolo popular saludado antes con tantas aclamaciones se encontró de repente sin adoradores. Confundióse entre la muchedumbre y quedó olvidado muy pronto, porque las opiniones republicanas de que era adalid tenian á su favor un corto número de hombres aventureros ó especuladores sin influjo alguno en el pueblo ni el congreso. Esta asamblea despues de una acalorada discusion proclamó la independencia del pueblo belga, y escluyó de la soberanía á todos los miembros de la familia de Nassau. Es de advertir que no hubo ninguno de los oradores que se atreviese á manifestar la menor adhesion al monarca ni á los suyos, temiendo sin duda llamar

sobre sí el odio del pueblo que no podia perdonar á Guillermo la sangre por él derramada.

Por su parte el príncipe de Orange hizo cuanto pudo para asegurarse el trono de Bélgica. En Londres habia tenido entrevistas con el enviado del gobierno provisional Van de Weyer, quien le declaró que su familia no tenia probabilidad alguna de conservar la soberanía; pero despues de haber espulsado una dinastía era indispensable que el congreso la reemplazase con otra y diera al pais un nuevo pacto fundamental. Estas dos cuestiones ofrecian dificultades graves atendida la obstinacion de los partidos, cada uno de los cuales se obstinaba en hacer que prevaleciesen sus teorías, empleando para ello cuantos medios estaban á su alcance. El congreso se vió abrumado por peticiones, algunas de las cuales tenian por objeto solicitar que la Bélgica formase en adelante parte de la Francia, al paso que otras se oponian á esta reunion. La mayor parte de esos escritos proponian á la asamblea que diese un gefe al estado, pero distaban mucho de estar de acuerdo acerca de la persona que debia ser colocada en ese inminente puesto. Tan solo harémos mencion en nuestro relato de los personages que habian reunido mayor número de votos, y que por su posicion social y política tenian en su favor mayores probabilidades. Esos personages eran Oton de Baviera, Luis Felipe, el duque de Nemours y el príncipe de Lenchtemberg hijo del príncipe Eugenio (1). Aunque el príncipe bávaro tenia en su favor la recomendacion de algunas grandes potencias el congreso lo rechazó á causa de su juventud, pues en efecto solo contaba quince años y no pudiendo sostener aun las riendas del estado hubiera sido preciso confiarlas á una regencia, y semejante gobierno no podia tener estabili-

(1) Muchos de los solicitantes indicaban hombres que nadie pensara en proponer para una misma cosa; en efecto, proponian á Lafayette, á Fabvier, Sebastiani y Chateaubriand, otros al Papa, al príncipe de Cariguan, al archiduque Cárlos de Austria, á un príncipe indígena, al duque de Reichstadt, hijo de Napoleon etc.



dad ni fuerza. Luis Felipe se recusó á sí mismo, porque aceptando el trono que le ofrecian, se arriesgaba á dispertar los recelos de toda Europa, y declaró que no permitiria que ocupase su lugar el duque de Nemours. Engañados los belgas por apariencias falsas no quisieron creer en la sinceridad del monarca frances, y se obstinaron en que la eleccion recayese en el duque de Nemours, juzgando que con esto tendrian en la Francia un patronazgo seguro. El duque de Lenchtemberg tenia á su favor grande partido; pero el gabinete de las Tullerías insistió en que fuese rechazado, porque en efecto la política exigia que tuviese este empeño. Finalmente los votos de la mayoría del congreso estuvieron á favor del hijo de Luis Felipe, y en 1831 fue una diputacion á Paris á fin de participar lo que la asamblea habia resuelto. Los diputados fueron bien recibidos, pero no alcanzaron mas que una negativa fundada en la importante consideracion de no turbar la paz general.

Frustradas las esperanzas de los mandatarios del pueblo belga, nombraron regente á uno de sus compatricios que habia sido diputado. Esta eleccion fue bien recibida del público, porque Mr. Surlet de Chokier gozaba de una popularidad cuyos títulos eran muy honrosos como que estaban fundados en la estimacion que su carácter inspiraba. Desgraciadamente el hielo de los años habia enflaquecido su actividad, y por otra parte su poder no era mas que un depósito de que debia dar cuenta, y si hubiese tenido bastante energía para hacerse obedecer de todos los partidos, quizás temiera emplearla para no suscitar odios de los cuales podia mas tarde ser víctima. Cerróse el congreso despues de haber dado al pais una constitucion de que le bastará al lector ver un resúmen.

Todos los belgas pueden obtener cualquiera destino y publicar sus opiniones por medio de la imprenta. La enseñanza se declara libre y desembarazada de las trabas que hasta entonces la habian hecho dependiente de la Iglesia ó

del gobierno. En cuanto á las instituciones políticas se fija que haya dos cámaras llamadas Senado, y Cámara de los representantes. Los senadores son elegidos por ocho años y renovados por mitad en cada cuatro, deben tener cuarenta años de edad y pagar una contribucion anual de mil florines. En cuanto á los diputados del pueblo deben tener veinte y cinco años, se renuevan por mitad en cada dos, y son indemnizados con doscientos florines en cada legislatura. Las dos cámaras tienen la iniciativa con el monarca, es decir, que pueden proponer las leyes que les parezcan útiles al pais. Ademas la constitucion puede ser revisada por los dos cuerpos colegisladores si es que estan de acuerdo en las modificaciones que se reclamen. Los tribunales estan sujetos como en Francia á un tribunal supremo que ejerce sobre ellos una inspeccion severa.

Mientras que el regente hacia vanos esfuerzos para restablecer la concordia y la tranquilidad turbadas á cada instante por la efervescencia de los ánimos, el congreso convocado de nuevo se ocupó de la eleccion del monarca. La corona ciñó por fin las sienes de Leopoldo príncipe de Sajonia Coburgo esposo de la hija de Guillermo IV que habia muerto en la flor de su edad, y el cual habitaba en Inglaterra, cuyo trono hubiera ocupado la princesa á no morir tan presto. Asi pues tenia en favor suyo el apoyo de la Gran Bretaña á la cual se unió la Francia, y gracias á esta poderosa intervencion subió en 21 de julio de 1831 al trono de Bélgica y fue proclamado soberano, despues de jurar que mantendria el pacto constitucional votado por el congreso. Apenas habia saboreado Leopoldo los honores del rango supremo cuando estuvo á pique de perderlos mas rápidamente de lo que los habia adquirido. En efecto, el rey de Holanda habia hecho todos los esfuerzos imaginables para reunir las fuerzas de su imperio á fin de recobrar las provincias perdidas. Su ejército se componia de sesenta mil hombres sujetos á la mas severa disciplina y animados por

un deseo de venganza que debia hacerlos formidables. La Bélgica no estaba preparada para sostener el choque de esos adversarios, pues sus fuerzas militares eran pocas y no nada dispuestas á batirse, pues ni habia gefes hábiles para mandarlas ni la falta de dinero permitia llamar á sus banderas nuevos defensores. Por esto los súbditos de Leopoldo no pudieron hacer una resistencia eficaz cuando el príncipe de Orange invadió el reino á la cabeza de cuarenta mil holandeses divididos en tres cuerpos. Sus victorias fueron rápidas, y por todas partes los belgas huian y las ciudades se entregaban sin osar defenderse. Habiendo encontrado en el camino de Hasselt á Tongres la colunna mandada por el general Daine, la atacaron y le hicieron sufrir una pérdida terrible, porque los belgas sobrecogidos de un terror pánico huyeron al primer choque y el vencedor despues de apoderarse de Louvain estaba ya á pocas leguas de Bruselas cuando acudió en ausilio de Leopoldo un ejército frances que le impidió el paso. El príncipe de Orange no quiso empeñar una lucha cuyas consecuencias era imposible prever, y por lo mismo verificó su retirada en seis dias, y los franceses volvieron á su territorio gracias á las manifestaciones de las grandes potencias representadas en Londres por sus embajadores á quienes se habia encomendado terminar las diferencias suscitadas entre las dos partes beligerantes. Despues de muchas discusiones la conferencia arregló en 1831 un tratado de paz, fijando sus condiciones, las cuales aceptó la Bélgica; mas nó asi Guillermo que creyó del caso rechazarlas ó á lo menos aplazar su asentimiento.

Leopoldo debió la conservacion de su trono á la Francia, de la cual la Bélgica es, por decirlo asi, un baluarte que le importa asegurar, y por esto Luis Felipe á fin de estrechar los vínculos que existian entre las dos coronas casó á su hija primogénita con el nuevo monarca. La celebracion de este himeneo tuvo lugar en Compiegne en 1832. A pesar

de esto Guillermo alimentando las esperanzas de ser sostenido por algunas de las potencias signatarias del tratado de Londres, se obstinó en conservar la ciudadela de Amberes que debia entregar á Leopoldo. Ocupaba esa ciudadela una guarnicion holandesa á las órdenes del general Chassé, veterano formado en la escuela de Napoleon. Esa ciudadela habia sido construida por el célebre duque de Alba, quien en la plaza se hizo levantar una estatua de bronce, triunfo insultante para los belgas, y cuya vista les repugnó siempre muchísimo. Puesta Amberes bajo los cañones del general holandes estaba diariamente amenazada de una destruccion completa por las demasías de sus habitantes á quienes causaba ira ver flotar sobre sus cabezas la bandera enemiga. El populacho intentó un ataque imprudente y fue rechazado y castigado con una lluvia de bombas que causaron á la ciudad incalculables daños. Semejante estado de cosas no podia ser duradero, y por esto el congreso de Londres mandó á Guillermo que retirase sus tropas, y habiéndose encargado la Francia de la ejecucion de esta sentencia entró en Bélgica un ejército frances nó sin causar recelos al gabinete de Berlin que se dispuso para cualquier acaecimiento que pudiese sobrevenir. En un corto espacio puesto entre el Rhin, el Mosela y la mar del norte estaban prontos á combatir ciento veinte mil holandeses, cien mil belgas, ochenta mil prusianos y ciento diez mil franceses, setenta mil de los cuales se adelantaban hácia Amberes para ponerle sitio. Su general era el mariscal Gerard, quien ante todo procuró ajustar un convenio con el general Chassé en virtud del cual este se obligaba á no molestar la ciudad. A pesar de esta promesa que fue religiosamente cumplida, toda la gente rica de Amberes fue á buscar un asilo en los pueblos inmediatos, desafiando los rigores del invierno puesto que el sitió comenzó en 30 de noviembre y duró cerca de tres semanas. A pesar de la solidez de las murallas que parecian inespugnables, muy luego la ciudadela

presentó tan solo un monton de escombros, triste resultado de un bombardeo que aun no tenia ejemplo en los anales de la guerra. El fuego de los sitiadores se sostuvo con tanta viveza que siempre habia en el aire catorce bombas, y llegaron hasta atravesar las casa-matas, las cuales hasta entonces habian ofrecido un seguro asilo contra estos proyectiles. El general Chassé capituló en el momento en que los desplomados muros de la fortaleza iban á ofrecer paso á los espugnadores, quienes despues de haber puesto su conquista en manos de Leopoldo se retiraron sin mas ventaja que añadir un nuevo hecho de armas á sus antiguas hazañas. Los dos hijos de Luis Felipe estaban en el campo del mariscal Gerard y participaron de las fatigas y de los peligros de aquella corta y gloriosa campaña.

La Bélgica favorecida por la paz que la Francia le garantizaba, no tardó en ver de nuevo abiertos los manantiales de su prosperidad, y su comercio adquirió tales medros que no tardaron en enriquecerse todas las clases; pero en medio de esto la tranquilidad pública era frecuentemente alterada por la turbulencia de los partidos que ni habian estinguido su odio ni renunciado á sus esperanzas. Asi fue que habiendo mandado Leopoldo que se vendiesen algunos objetos que pertenecian á los secuestrados bienes de la casa de Nassau, entre otros los caballos de una yeguada, algunos orangistas determinaron abrir en los periódicos una suscripcion con el nombre de nacional, con el objeto de rescatar tres de esos caballos para ofrecérselos al príncipe de Orange. Indignóse el pueblo de Bruselas, é impulsado por algunos hombres turbulentos forzó las casas de aquellos cuyos nombres figuraban en las listas publicadas en las gacetas é hizo pedazos los muebles aunque sin atacar las personas. Este motin estremeció á la ciudad, y aunque el gobierno no pudo prevenirlo no se trastornó por ello. Desde esa época en el reinado de Leopoldo no ha tenido lugar acontecimiento alguno digno de ser relatado hasta el

año 1839 en que Guillermo perdida toda esperanza de armar á la Europa en favor de sus pretensiones repentinamente se decidió á pedir la ejecucion del tratado que fijaba el respectivo territorio de la Holanda y de la Bélgica.

Supuso esta que si en otra época admitió aquel tratado no tenia obligacion de ejecutarlo en todas sus partes, porque el tiempo habia producido circunstancias distintas que era imposible no tener en cuenta. Por esto el Luxemburgo se habia reunido á la Bélgica y participado de los riesgos de la revolucion, y por lo mismo pedia recoger el fruto de ella incorporándose definitivamente al reino de Leopoldo; mas como el rey de Holanda en calidad de príncipe de la confederacion germánica poseia el ducado de Luxemburgo, este incidente fue favorable al monarca holandes, pues si la Francia hubiera sostenido en este punto á la Bélgica, acaso armara contra ella á toda la Alemania.

Los súbditos de Leopoldo no quisieron de pronto doblegarse al yugo de la necesidad, y obligaron al gobierno á tomar una actitud belicosa; pero las grandes potencias se pusieron de parte de Guillermo y fue indispensable reconocer el tratado de Londres. De tal manera quedó definitivamente fijada la suerte de esas dos naciones.

«Los belgas celebraron de mil modos la revolucion que» los separaba de la Holanda, colocando á su patria en el» rango de las naciones; y á fin de perpetuar la memoria de» aquellos hechos y de los varones que mas contribuyeron á» ellos resolvieron erigir en la capital un monumento que» transmitiese lo uno y lo otro á las generaciones venideras.» En una plaza de Bruselas se construyó ese monumento,» que consiste en unas galerías y plaza céntrica inferior al» nivel de la calle y de carácter sepulcral, con lápidas que» contienen los nombres de los ciudadanos muertos en de-» fensa de la religion y de la independencia. En medio de» esta plaza baja se alza el monumento cuadrado que tiene» en los ángulos del pedestal cuatro ángeles de tamaño na-»

tural, arrodillados, mirando al cielo y sosteniendo con la»
mano derecha otras tantas coronas de laurel. Encima»
del pedestal está la Bélgica representada por una matrona»
con corona mural, que escribe los dias en que se verificó la»
revolucion última. Las estatuas son de mármol y obras se-»
lectas de Geeff. En derredor del monumento hay jardi-»
nes, y todas las casas que forman la grande plaza son nue-»
vas y de buena arquitectura. A la derecha del altar mayor»
de la Catedral hay una capilla de estilo gótico y en ella se»
ve un monumento sepulcral erigido al conde Félix de Mé-»
rode de quien tantas veces hemos hablado en el último»
período de esta historia. Es del mismo gusto de la capilla y»
tiene una riquísima estatua de mármol que representa al»
dicho conde en acto de defender á su patria. Trabajó este»
monumento en el año 1835 el mencionado Geeff.»

Difícil es por cierto presagiar el porvenir de la Bélgica y de la Holanda; mas sin embargo fuerza es que nos lancemos á este vaticinio. La primera en el hecho de ser reconocida independiente está imposibilitada de obrar, porque con anticipacion paralizan sus menores movimientos la Francia, la Prusia y la confederacion germánica; y si la Rusia llega algun dia á apoderarse de los mas ricos despojos del imperio otomano es de creer que los estados de Leopoldo se convertirán en fronteras de la Francia; de suerte que este final que parece inevitable, no promete á Leopoldo mas que un cetro vitalicio. La Holanda circunscrita á límites estrechos no puede representar el brillante papel que desempeñó durante los dos últimos siglos; y perdidos por ella el imperio de la mar y el lucrativo monopolio de intervenir en las transacciones mercantiles de los otros pueblos, está condenada para en adelante á vivir bajo la dependencia de un aliado poderoso. Felizmente la cortedad de su territorio y su poca fertileza es difícil que dispierten la conquistadora ambicion de sus vecinos; y ademas siempre la defenderán de una invasion estraña nó sus soldados sino las olas del

océano. Cierto que esta valla no inspira una seguridad entera, pero el ejemplo dado por los franceses ofrece demasiados riesgos para que otros quieran imitarlo. Todo esto hace esperar que la Holanda conservará su independencia; pero de hoy en mas el fenómeno de su poder no se encontará sino en las páginas de la historia.

Aunque los hechos relativos á la política deben ocupar el lugar primero en los fastos de una nacion, no bastan siempre para darla á conocer á fondo si no van acompañados con el cuadro de sus costumbres. Este conocimiento es la clave de muchos sucesos de importancia cuyas causas proceden no pocas veces de los hábitos y de las preocupaciones. Las letras, las ciencias y el comercio contribuyen tambien á que prosperen y brillen los pueblos que han sabido cultivarlos y recoger las ventajas que proporcionan: por este motivo juzgamos útil presentar á nuestros lectores un rápido bosquejo del estado social, literario y mercantil de la Bélgica y de la Holanda. No nos proponemos pintar la situacion de esos dos pueblos bajo el dominio romano ni en tiempo de Carlo-Magno ni de sus sucesores, pues semejante tarea nos llevaria mucho mas allá de los límites que á esta obra corresponden, sin que por otra parte ofreciesen nuestras palabras un interes grande. El reinado del feudalismo que vino en seguida presenta un caos en el cual seria casi imposible no estraviarse, porque entonces todo el territorio estaba dividido hasta lo infinito y los habitantes distribuidos como greyes eran propiedad de señores de quienes esclusivamente dependian. Las cruzadas y la política de los reyes destruyeron ese órden de cosas que si hubiese durado era fuerza que sujetase á la Europa al yugo de una barbarie eterna. La libertad que por fin penetró en los Paises Bajos en los últimos años del siglo XII dió orígen á la industria y se levantaron fábricas cuyos productos buscaban todas las naciones vecinas. A pesar de esto hasta últimos del inmediato siglo el comercio estuvo circunscrito dentro de lí-

mites muy angostos, y casi no se hacia sino por medio del trueque ó bien satisfaciéndose el valor de los géneros con oro, plata, ó cobre en pasta.

El advenimiento de la casa de Borgoña dió mas alto vuelo á la prosperidad de los Paises Bajos á pesar de los perpetuos disturbios que durante él acontecieron, disturbios hijos unas veces de las usurpaciones del poder soberano, y otras de las pasiones de la clase media que henchia las ciudades y era la verdadera fuerza del estado. Los comerciantes y manufactureros eran mas ricos que los príncipes, como entre otros hechos nos lo prueba el ofrecimiento de un comerciante de Brujas que salió garante del rescate de Juan Sin miedo á quien los turcos cogieron prisionero en la batalla de Nicópolis; y el precio de ese rescate eran doscientos mil florines, cantidad prodigiosa para aquella época. Un preboste de Valenciennes fue á Paris durante una de las grandes ferias que se celebraban en esa capital y compró por su cuenta todos los artículos que se vendieron. Los magistrados de las ciudades de Flandes eran rivales de su soberano en el lujo con que se presentaban en los dias de ceremonia. Cuentan los historiadores que como en un convite dado por un conde de Flandes á varios magistrados flamencos viesen estos que en sus asientos no habia almohadones se sentaron encima de las capas que estaban rica y preciosamente bordadas, y cuando al retirarse un palaciego del príncipe les advirtió que se las dejaban olvidadas, el burgomaestre de Brujas le contestó: «nosotros los flamencos no »acostumbramos llevarnos las almohadas en que nos hemos »sentado durante la comida.» En muchas ciudades habia compañías de archeros que eran notables por las pomposas fiestas en que desplegaban una inaudita magnificencia. Los que formaban parte de ellas solian ir vestidos de seda y damasco, y llevar en el cuello cadenas de oro de grandísimo precio; y el lujo en el trage de las mugeres era tanto, que al verlas en Brujas la reina de Francia esposa de Felipe el

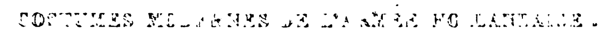
Hermoso esclamó: *yo creia ser aqui la única reina, y hay otras seiscientas que me aventajan.*

La corte de Felipe el *Bueno* eclipsaba las de todos los soberanos de su tiempo, pues sus damas y caballeros iban vestidos de terciopelo y de seda con bordados de oro y piedras preciosas, y hasta las mantillas de los caballos estaban guarnecidas de perlas y diamantes. La misma profusion reinaba en los festines y asi es que el banquete de los *vœux* descrito por Oliveros de la Marche escede á todo lo que la imaginacion puede inventar en este género: de suerte que parece que el escritor describe un festin dispuesto por la mágica vara de una hada. En esa época asomó la literatura, y asi es que Froissart, Monstrelet, Oliveros de la Marche y Felipe de Comines han dejado crónicas y memorias tan curiosas como instructivas y cuyo cándido estilo está lleno de hechizos. Todos ellos escribieron en frances porque eran hijos de provincias en donde se usaba esta lengua; mas en el resto de los Paises Bajos el pueblo hablaba aleman y flamenco. La concurrencia de estos tres idiomas no ha permitido á los belgas ocupar un rango notable en la literatura, y se han granjeado mas celebridad en la industria y en la agricultura: de suerte que han hecho muchos descubrimientos, y darémos noticia de los principales. En tiempo de Enrique VIII transportaron á la Gran Bretaña el cultivo de todas las legumbres, introdujeron en ella los primeros cerezos, dieron orígen á las dehesas, descubrieron abonos para las tierras, generalizaron el cultivo del trébol y de muchos otros cereales, y plantaron el lúpulo sacando de él la cerveza cuyo uso se hizo general en su pais y en casi toda Europa. Los belgas introdujeron en Dinamarca la jardinería, y segun se dice, los cruzados trajeron á su pais la caña de azúcar, la escaluña, el ranúnculo, y la auriola. Sus compatriotas importaron de oriente los tulipanes y la lila. Un trabajador de Lieja llamado Grisard inventó un procedimiento para bender el hierro y reducirlo á barras muy

delgadas: otros belgas perfeccionaron la metalurgia, usaron las aguas minerales para curar muchas enfermedades; antes que otro pueblo alguno tejieron el lienzo é hicieron paños que desde el siglo xi eran llevados á Inglaterra; fabricaron tapices de lizos altos y aun hoy dia son famosos los sombreros de Flandes.

Si los belgas han hecho mas progresos en la industria que en las letras, no se crea por esto que sus escritores carecen de mérito, pues ademas de los historiadores ya citados y que se sirvieron de la lengua francesa, digno es de colocarse en alto puesto Santiago Meyer que escribió en latin los Anales de la Flandes, y bien merece mentarse su contemporáneo el P. Ondegherst que trató el mismo asunto aunque en idioma frances, y es muy inferior al otro en los dos esenciales puntos de veracidad y método. Casi todas las provincias de los Paises Bajos han tenido analistas que han acopiado materiales preciosos, los cuales solo aguardan que una mano perita los ponga en órden y enriquezca por fin á los Paises Bajos con una historia general digna de ser leida. Los belgas, ricos ya y libres en una época en que los otros pueblos de Europa gemian en la indigencia y en la esclavitud, no tardaron en conocer los encantos que trae consigo el cultivo de las letras. Asi es que antes de instituirse en Tolosa los juegos florales tenian ya sociedades conocidas con el nombre de *Cámaras de retórica*, las cuales se ocupaban esclusivamente de poesía; pero la guerra civil enmudeció los cantos de los poetas, porque asi los versòs como la prosa habrian podido inocular en los ánimos el veneno de las doctrinas heréticas. Por esta causa habiendo la cámara de retórica de Gante propuesto la cuestion de *Cuál podria ser el mayor consuelo del hombre moribundo*, entre los que respondieron á esta pregunta, muchos dispertaron la desconfianza del duque de Alba quien proscribió el libro que contenia las piezas del concurso. Desde entonces las cámaras de retórica cesaron de ocupar la atencion pública

Pl. 7.



Demoraine del.^t — Pre... imp.^t

COSTUMES MILITAIRES DE L'ARMÉE HOLLANDAISE.

PAYS BAS

hasta el año 1620 en que la de Malines rompió el silencio, pero esa tentativa tuvo un éxito muy menguado y no pudo dar nueva vida á esas reuniones que especialmente en el siglo xvi alcanzaron esplendor muy grande.

El gusto por las letras que desde muy temprano se dispertó entre los belgas, fue secundado por el descubrimiento de la imprenta que hizo en los Paises Bajos grandísimos progresos. En ese pais vieron la luz primera célebres tipógrafos, entre otros Cristóbal Plantin, artista (que bien merece este nombre) que se mostró émulo de los Etienne, asi por la hermosura de los caractéres tipográficos como por la pureza del testo que salia de sus prensas. Diósele el título de architipógrafo real y se enriqueció rápidamente; pero empleaba el dinero ganado por medio de su industria en perfeccionar su arte y socorrer á los literatos á quienes la fortuna habia tratado ingratamente. Moretus yerno de Plantin siguió las huellas de su suegro y sostuvo la gloria de un establecimiento que casi no tenia rival en Europa. Entonces un impresor no era solamente un hombre industrioso sino que estaba dotado de una erudicion profunda; porque la prensa reproducia con preferencia las obras maestras de Grecia y Roma escapadas á los estragos del tiempo y de los bárbaros. Era preciso comparar testos despues de haberlos descifrado, trabajo lleno de dificultades y que exigia sagacidad y ciencia. Por esto los Plantins y los Aldes alcanzaron una celebridad que hoy nos parece pasmosa.

El arte que los belgas han cultivado con ahinco y enriquecido con innumerables obras maestras, es la pintura que fue perfeccionada por Juan Van Eyck el primero que se sirvió del aceite mezclándolo á sus colores y sustituyéndole á la cola y al agua de huevo que hasta entonces se habian usado. Ese descubrimiento tuvo lugar en 1366. Los italianos que en las artes han precedido á casi todos los pueblos de Europa no poseian mas que á Cimabué y á Giotto, cuyas obras reputadas entonces por maravillas

solo sirven para atestiguar la ignorancia y falta de gusto de sus contemporáneos. Sin embargo la Italia al tiempo de adoptar el invento de Van Eyck dió á los belgas lecciones y modelos de que estos supieron aprovecharse: de suerte que ya á mitad del siglo xv Lombard natural de Lieja habia desterrado de sus pinturas la sequedad que se vituperaba á sus predecesores. Largo seria continuar el catálogo de los pintores que florecieron en los siglos xvi y xvii, y por lo mismo indicarémos tan solo aquellos cuya gloria ha pasado los límites de su patria y derramádose por el mundo entero. A esta clase pertenecen Rubens, Van Dyck, Felipe de Champagne, Crayer, Jordaëns, Vander Meulen, y en otro género Rambrandt, los dos Teniers, Cárlos Dujardin, Berghem, Ruisdael, Gerardo Douw, Wouwermans, y muchos otros cuyas obras causan admiracion general. Los archiduques prodigaron premios y alentaron de todos modos esta parte de las bellas artes que en su reinado llegó al apogeo, porque no se limitaban á pagar generosamente á los artistas sino que los trataban con distincion y á no pocos de ellos encomendaron negocios del estado, cual sucedió con Rubens cuyos modales finos y agudo talento eran á propósito para las negociaciones diplomáticas. Alberto de Austria lo envió á Madrid para que hiciese una pintura de la situacion en que se hallaban los Paises Bajos y fue recibido con mucha distincion por el duque de Lerma favorito de Felipe III y que gobernaba en su nombre. Rubens adornó el Escorial con muchos cuadros admirables, y muy luego adquirió tanta fama en la Península que el duque de Braganza mas tarde rey de Portugal escribió á un caballero de Madrid para que se empeñase con Rubens á fin de que fuera á Villaviciosa en donde el duque residia; pero habiendo sabido que Rubens se dirigia allí con grande séquito le envió un gentil hombre á fin de rogarle que difiriese su visita para otra época, y añadió al recado un regalo de quinientas pistolas. Rubens no quiso admitirlas y contestó al noble mensagero que no habia ido á pintar sino

á divertirse y que llevaba consigo mil pistolas para gastarlas en el viage. En efecto Rubens vivia con una magnificencia real y se habia hecho edificar una casa ó mas bien un palacio, en donde formó un gabinete de vasos de pórfido, bustos antiguos, copas de ágata, un monetario, y una coleccion de cuadros de todas las escuelas (1). Volvió á España con una mision diplomática y allí conferenció con Felipe IV, con el célebre conde duque de Olivares, y con Spinola, y en recompensa de sus servicios se le regalaron un brillante de gran precio, y seis hermosos caballos, y se le confirió el destino de secretario del consejo privado para sí y para su hijo. Mas adelante le enviaron como negociador cerca de Cárlos I, quien para manifestar el aprecio en que le tenia, le condecoró con la órden de la jarretera, le dió su propia espada y una vajilla de plata estimada en doce mil florines (2). A la verdad Rubens era digno de los favores que se le prodigaban, pues lejos de limitarse á cultivar la pintura hablaba siete lenguas y podia leer en su propio idioma los grandes poetas de la antigüedad. De esos escritos sacaba sus inspiraciones pues cuando queria componer, antes de tomar los pinceles leia algunos pasages de historia ó de poesía para que su imaginacion se inflamase al ardor de los mas grandes genios de Grecia y de Roma.

«Al recorrer los museos de Europa no sabe uno qué» admirar mas, si la fuerza de pincel y la belleza y natura-» lidad del colorido de Rubens, ó el prodigioso número de» obras que ha dejado. En la galería del Louvre en Paris» ademas de otros cuadros sueltos de este mismo autor hay» veinte y cuatro que representan los principales pasages de» la vida de María de Médicis. En Inglaterra se conservan» muchos cuadros suyos, en Italia hay gran número de ellos;» pueden verse no pocos en el museo de Madrid y apenas»

(1) Vida de los pintores flamencos y holandeses, por Ducamps, tomo 1.°

(1) Cerca de veinte y cuatro mil libras de nuestra actual moneda.

hay galería de personas particulares en que no se admire» alguna de sus bellas producciones. Dejando á un lado los» museos particulares que hay en todas las ciudades de Flan-» des, y las parroquias é iglesias de menos cuenta, en don-» de se halla un número verdaderamente prodigioso de obras» suyas es en los museos públicos de Bruselas, Amberes,» Gante, Brujas, Lieja y demas ciudades de Flandes, en el» palacio del duque de Remberg, edificio de arquitectura» greco-romana que descuella entre los principales de Bru-» selas y que fue propiedad y vivienda del desgraciado con-» de de Egmond, y en las catedrales de todas esas ciudades» principalmente en la de Gante. Rubens era natural de Am-» beres cuya ciudad ha pagado un solemne y justo tributo á» la memoria de este ilustre hijo suyo. En efecto, en el cen-» tro de la plaza llamada plaza Verte, se elevó en 1840» un monumento que consiste en un pedestal sencillo coro-» nado por una estatua de bronce que es el retrato de Ru-» bens en su propio trage de calzon, y chupa con mangas» acuchilladas, bota alta y un ferreruelo que cubre el brazo» izquierdo. Detras tiene un rico taburete copia del suyo ver-» dadero que se conserva en el museo de Amberes, á la de-» recha el sombrero y á los pies la paleta y los pinceles. En» el pedestal se lee la inscripcion siguiente :

Petro Paulo
Rubens
Civi Olim Suo
S. P. Q. A.
Sumtib. Pub. et Priv.
P.
MDCCCXXXX.»

Despues de Rubens justo es citar á sus principales discípulos Van Dyck, Crayer y Jordaëns que siguieron muy de cerca las huellas de su maestro y cuyas producciones han

enriquecido los gabinetes de los príncipes y los templos de su pais, derramándose ademas por todas las naciones estrangeras. El pincel de Vander Meulen fiel historiador de las conquistas de Luis XIV, las ha trasladado al lienzo con una verdad histórica llena de encanto. Los lugares y las costumbres estan fielmente representados y no hay de su invencion mas que el arte de agrupar las figuras, y de seducir con la magia de su pincel. Los dos Teniers al representar las fiestas flamencas arrebatan por la cándida gracia que han sabido imprimir en esas alegres y grotescas escenas. Adriano Brauwer sobresalia tambien en pintar escenas familiares en las cuales supo llevar al mas eminente grado la fuerza y la armonía de los colores, el conocimiento del claro oscuro y la exactitud de la espresion. Richard, Mile, Sneyders y Van Uden nos hacen agradables los campos cuando vemos en sus cuadros todos los atractivos de la campiña, el frescor de la verdura, la transparencia de las aguas y aquella armonía que hace uno solo de todos los objetos reunidos en un mismo punto de vista. Finalmente Daniel Seghers y Abraham Brengel sobresalian en los cuadros de frutas y flores que de golpe engañan al ojo mas esperimentado.

El grabado cuyo objeto es multiplicar las obras de la pintura hizo tambien sus obras maestras, y asi es que el buril de Gerardo Edelinck reprodujo las batallas de Alejandro inmortalizadas por Lebrun; Pontius multiplicó los mejores cuadros de Van Dyck y en la misma época el liejés Warin grababa en Francia con la misma perfeccion las medallas y los punzones de las monedas. «Si los Paises Bajos tuvie»ron Apeles y Parrhasius no les faltaron tampoco Phidias y »Polycletes: Juan de Bolonia decoró con sus estatuas la »Francia y la Italia: Delcourt se hizo famoso por medio de »composiciones de carácter mas elevado en que son ad»mirables la elegancia de los contornos y la soltura de los »paños: Vander Bogaert hijo de Breda, adquirió reputacion

»por el monumento de la plaza de las Victorias en Paris y »mas todavía con la estatua ecuestre de Luis XIV erigida »en Lyon: Lucas Fraydherbe de Malines trabajó con mucho »fruto á la vista de Rubens, y en muchas iglesias de su pa»tria dejó crecido número de monumentos dignos de su »fama. Arturo Quellin de Amberes reunió á su grande fa»cilidad en el concebir, una facilidad todavía mayor en la »ejecucion, y son una bella muestra del talento de ese escul»tor las hermosas cariátides del palacio de los tribunales y »las estatuas de mármol y de bronce que embellecen la so»berbia casa de la ciudad de Amsterdam. Buister y Van»Opstal de Bruselas han dejado escelentes obras; pero á to»dos esos grandes maestros sobrepujaron los dos hermanos »Duquesnoy de Bruselas. Francisco apellidado en Italia *il »Fiamingo* dejó obras de gusto y elegancia admirables y na»die ha sabido perfeccionar como él las figuras de niños. »La estatua de san Andres que está bajo la cúpula de san »Pedro en Roma es digna de los mayores elogios por su »bella actitud y el grandioso carácter de su cabeza. Geróni»mo trabajó en los Paises Bajos y su obra maestra es el mau»soleo de Triest obispo de Gante que está en el presbiterio »de la catedral de esta ciudad y es una de las mejores obras »de escultura que posee la Bélgica.

»Mientras que brillaban de esta manera la escultura y la »pintura no quedó rezagada la arquitectura, y asi es que Koe»berger de Amberes y Franquaert de Bruselas arquitectos de »los archiduques construyeron iglesias magníficas. Con los »planos que estos hicieron mandó levantar Enrique Paschen »la bolsa de Londres. Dethuin de Mons construyó en su ciu»dad nativa la iglesia de San Waudrú: Francisco Romain de »Gante, religioso de la órden de Santo Domingo, trabajó en la »construccion del puente de Maestricht y fue llamado á Fran»cia por Luis XIV á fin de que concluyese el puente real (1).»

(1) Historia de la Bélgica por Smet, tomo 2.° páginas 196 y siguientes.

La música, arte todavía mas universal que las otras, fue perfeccionada por Enrique Van de Putte hijo de Venloo en la Gueldre. A las seis notas inventadas por Guido de Arezzo añadió el *si* y dividió el sistema en octavas compuestas cada una de cinco tonos y dos semitonos. «Hasta entonces, dice »un célebre compositor, la música antigua no habia tenido »mas que veinte y dos tonos y la nueva division en octavas »aumentó su número hasta lo infinito. En otro tiempo solo »habia ocho voces tónicas irregulares y la nueva música ofre»ció treinta regulares, á saber, quince mayores y quince »menores. En la música antigua la teoría era confusa por de»fecto del sistema, y el nuevo la desembarazó de cuanto po»dia contrariarla, por cuya razon en poco tiempo se hizo »clara y precisa en sus principios elementales y estendió su »benéfico influjo á todas las partes del arte; de suerte que »la relativa á la ejecucion envuelta hasta entonces en dificul»tades insuperables se convirtió por medio del nuevo sistema »en un mecanismo sencillo y muy fácilmente aprendido (1).»

Los Paises Bajos pueden igualmente hacer alarde de muchos varones que han dilatado los límites de las ciencias exactas, como la geometría, la astronomía y la mecánica. Entre ellos citarémos á Usacq de Gante, cuya trigonometría y cuyos logarítmos han servido de base á los logaritmos de Ozanam, á Laensberg de Gante que se hizo tan famoso en calidad de astrónomo como que ha dado su nombre á un almanaque derramado por toda Europa, á Vandelin que gozó de mucha fama durante su vida pero cuya mayor gloria es haber tenido por discípulo á Gassendi. El padre Verbiest belga misionero en la China, gracias á su mérito llegó á ser presidente del tribunal de los matemáticos de Pekin y sus obras han hecho conocer en Europa el estado en que se halla la astronomía en el vasto imperio del centro. Entre todos los hombres que en los

(1) Historia de la música por Kalkbreuner, tomo 2.°

Paises Bajos se han dedicado al estudio de las matemáticas el mas universalmente conocido y mas digno de serlo es el ilustre Huygens hijo de la Haya y cuyos trabajos hicieron progresar mucho la óptica, puesto que él mismo fabricó objetivos que tenian hasta ciento y diez pies de foco y de ellos se sirvió para reconocer los astros que brillan en el firmamento; pero á distancias tan prodigiosas que hasta entonces ni con mucho habian llegado á tanto las humanas investigaciones. Huygens fue el primero que reconoció que Saturno estaba circuido de un anillo muy delgado é inclinado hácia el plano de su órbita, y tambien descubrió uno de los satélites de este planeta. El mismo Newton admiraba hasta tal punto al sabio holandes que jamas le nombra sin apellidarle *grande*. Ese hombre fue el primero que concibió la idea del micrómetro, y tambien se le debe la aplicacion del resorte espiral que tiene por objeto arreglar el movimiento del volante de los relojes. El carpintero liejés Luis Rennequin Sualem construyó la máquina de Marli que fue reputada entonces por una maravilla. A este mismo hombre debe su esplendor Versailles, ciudad que carecia de agua y Rennequin se la proporcionó levantando la del Sena á una altura de cuatrocientos setenta y seis pies. El flamenco Juan Lintlaer habia construido antes la bomba de la Samaritana para proveer con las aguas del Sena los estanques de los jardines de las Tullerías.

Los belgas y los holandeses han hecho grandes servicios á la geografía, nó por medio de teorías inventadas en un gabinete sino lanzándose á los riesgos de toda clase que ofrecian entonces los viages por mares desconocidos. El religioso brabanzon Ruysbroeck, mas conocido con el nombre de Rubruquis, fue el personage que san Luis envió al kan de los mogoles cuyos pueblos acaudillados por Gengiskan habian conquistado la mayor parte de Asia, mas sin embargo no eran conocidos de los europeos sino por la fama; y san Luis impulsado siempre por su único objeto de estender por

los medios persuasivos y nó á la fuerza la religion de Jesucristo eligió un embajador que fue al mismo tiempo misionero. Si Rubruquis hizo poco para la propagacion de la fe prestó un grande servicio á la geografía asegurándose de que el mar Caspio era un lago aislado y que no se juntaba con el Océano del norte, segun era el comun sentir de sus contemporáneos. La medicina le debe tambien el conocimiento del ruibarbo, medicamento que es de aplicacion muy frecuente. Busbec que estuvo mucho tiempo en la corte de Constantinopla con el carácter de enviado justificó los descubrimientos del religioso compatricio suyo. Tambien fueron los flamencos quienes poblaron en 1466 las islas Azores.

Cuando Cristóbal Colon hubo abierto á los españoles el camino del Nuevo Mundo todos los pueblos se empeñaron á porfía en recorrer ese continente, y el religioso franciscano Rixi, natural de Gante, fue el primero que llevó trigo al Perú y aun hoy dia se conserva en Quito el vaso que sirvió para trasportar esa preciosa semilla. Los holandeses al alcanzar la época de la libertad que aumentó su valor como sus recursos, se aventuraron á surcar los mares mas lejanos. Schouten y Lemaire descubrieron que los dos océanos se reunen en el Sud de América por medio de un vasto mar austral. Doce años mas tarde Berentz y Heemskerk despues de haberse adelantado por el norte de la Siberia llegaron á Spitzberg, tierra cubierta de hielos perpetuos. Tambien los holandeses descubrieron el pais á que llamaron Nueva Holanda. En nuestros tiempos los ingleses han fundado allí una colonia cuyos primeros habitantes fueron hombres desterrados por sus crímenes; mas al presente hay en ese pais una poblacion numerosa y se levantan algunas ciudades en que se ostentan todas las maravillas de la civilizacion. El holandes Abel Tasman reconoció la isla de Van Diemen y la Nueva Zelandia. El primer europeo que navegó por el Misuri fue el recoleto Hennepin originario de la ciudad de Ath. Hasta el siglo XVI el sistema de Tolomeo habia reinado

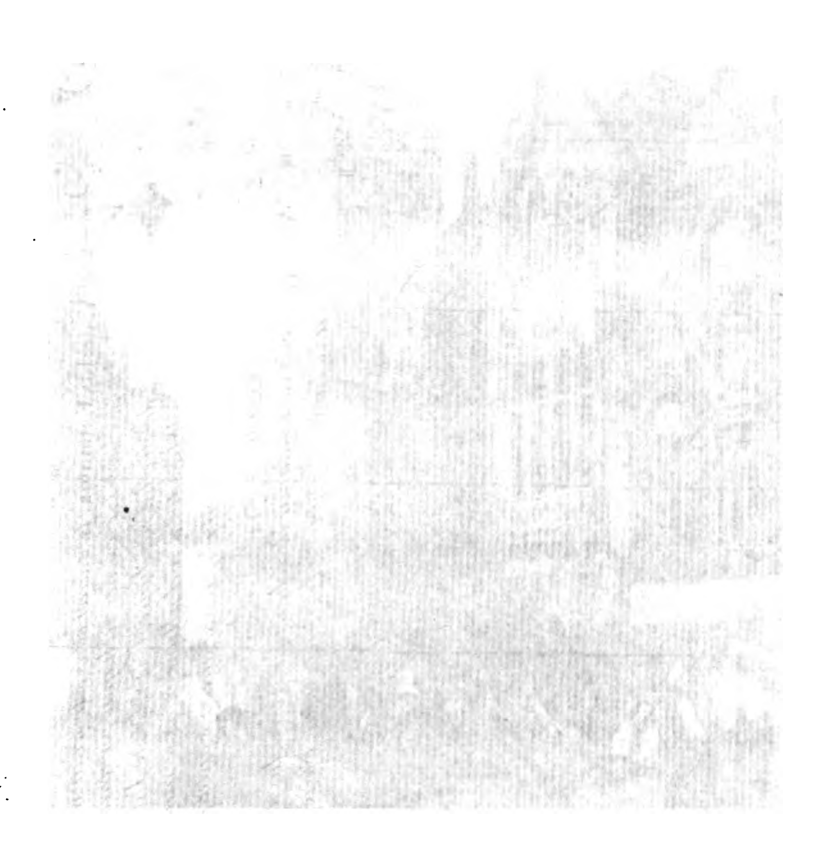
en el mundo sabio; mas el belga Gerardo Mercator de Rupelmonde hizo conocer sus errores y fundó por decirlo asi la geografía moderna.

Entre los eruditos que no eran pocos en los Paises Bajos figuran en primera línea el célebre Justo Lipse hijo de Over-Issche entre Bruselas y Louvain, y cuyos ensayos de crítica comprenden la historia, la arqueología, la política y la moral; y el jesuita Bollandus que ha dado su nombre á una inmensa empresa literaria continuada por sus hermanos de hábito y que han prometido acabar algunos sabios modernos (1).

Es imposible dar una idea exacta del carácter de los belgas, porque como han pasado por su territorio muchas naciones hay en los hábitos y en el idioma de los habitantes variedad grandísima. A pesar de esto distingue á los belgas un sentimiento que está fijo en el corazon de todos ellos, y es su profunda é inalterable adhesion al catolicismo, y asi es que en todos los pueblos hay muchísimas iglesias decoradas con las obras maestras de pintura y escultura, y con riquísimos adornos de todas clases. Con tales antecedentes es inútil añadir que el clero tiene grandísimo influjo asi en el pueblo como en las clases media y alta.

Aunque los holandeses han estado mucho tiempo bajo el mismo dominio que los belgas, difieren de ellos en lengua, hábitos y costumbres. Hé aqui el retrato que en el último siglo hizo de los holandeses el escritor frances Real en la página 292, tomo 2 de su obra titulada: *Science du gouvernement:* « Tienen un esterior grave y frio que es hijo de su »genio reservado, y si bien no se nota en ellos aquel or»gullo que constituye el carácter de un republicano ingles, »como viven en una igualdad perfecta se alarman fácilmente

(1) La obra de Bollandus lleva por título: *Acta Sanctorum* y es una historia de todos los santos fundada en documentos históricos y purgada de los errores de antiguas leyendas, que no son mas que tradiciones populares recogidas por religiosos poco ilustrados.





W. H. Bartlett del.t   Sculp.t

BRUGES. (Belgique)

PAYS BAS

»á la vista del menor riesgo que amenace su religion, el »interes general de su república ó el particular de su co»mercio que es el alma del estado. En los negocios son mas »prudentes que astutos, mas verídicos que afables, mas »corteses y humanos que graciosos, y aunque por lo comun »no tienen gran talento ni genio sublime raciocinan con »exactitud muy grande. Fija siempre la vista en su objeto »nunca se alejan de él tomando largos rodeos, sino que en »sus negocios todo es obra de conocimientos sólidos y de »la reflexion. Escuchan atentamente y jamas contestan de »pronto; juzgan bien pero con lentitud; tienen un juicio »recto que se dirige al blanco por el camino mas natural; »vacilan antes de resolver, pero no varian cuando han re»suelto. A fuer de apegados al lucro se lanzan á todos los »riesgos para procurárselo, de suerte que cuando es me»nester el holandes sacrifica el presente al futuro y trabaja »para sus biznietos con tanto afan como si él tuviera que »recoger el fruto de sus fatigas. En Holanda la opulencia de »los particulares forma la del estado, y la opulencia de este »aumenta el crédito público. Nunca las leyes suntuarias »acostumbraron á ningun pueblo á tanta economía cuanta »la indigencia inspiró á esta naciente república. El pueblo »bajo es muy dócil y respeta á los magistrados, pero quiere »ser mandado con dulzura, y si llega á conmoverse comete »escesos inauditos y los ejemplares de severidad sirven nada »mas que para darle brios.»

A este retrato añadirémos que los holandeses tienen muchos defectos hijos de su carácter, y asi es que en ellos el órden degenera en nimiedad y la limpieza en una pulcritud insuportable, de suerte que los muebles y todos los utensilios del ajuar se frotan y repulen diariamente con una exactitud estraordinaria, á bien que debe tenerse en cuenta que ese esmero lo exige el húmedo aire del pais que toma los metales y pudre las maderas. El territorio de la Holanda es una angosta y pantanosa lengua de tierra cortada por los

desembocaderos de muchos rios. Los habitantes han ido arrebatándole terreno á la mar por medio de diques que han levantado y mantenido á fuerza de trabajo y gastos. El suelo reposa sobre bosques, calzadas y casas sumergidas que tienen por base restos de cuerpos marinos, esqueletos de ballenas, áncoras y despojos de buques. Ese suelo es evidentemente el producto de diversos sedimentos depositados por el agua de los rios cuyos terromonteros unidos á los trabajos del hombre han retirado las aguas del mar y recobrado una parte de su lecho. En Holanda no hay montañas ni ribazos y son muy pocos los manantiales de agua dulce: de suerte que cuando se contempla la superficie de ese pais desde encima de una torre elevada, le parece á uno ver un vasto pantano surcado de calzadas. La mayor parte de las ciudades estan atravesadas por canales guarnecidos de tilos en forma de abanicos y sobre los cuales de distancia en distancia asoman puentes levadizos pintados de diversos colores y que se alzan para dar paso á los buques aparejados. Cerca de Amsterdam y de otras ciudades de importancia las márgenes de los canales estan embellecidas con casas de recreo situadas en medio de bosques deliciosos y adornadas con grutas, estatuas y caprichos de todas clases. Los canales que son de muchísima utilidad ofrecen al mismo tiempo el grave inconveniente de que en verano despiden miasmas muy perjudiciales á la salud.

La conservacion de los diques, los arrecifes y los canales absorven una gran parte de las rentas del estado. Como en muchos puntos el terreno no tiene solidez, es menester suplirla con medios artificiales, y asi es que la grandiosa casa de la ciudad de Amsterdam está sentada sobre trece mil seiscientas cincuenta y nueve estacas profundamente clavadas en tierra. El reino de Holanda tal como se encuentra ocupa un pequeño territorio que forma prodigioso contraste con el papel que ese pais representó por mucho tiempo en Europa: en efecto, tiene cerca de cuarenta y seis

leguas de longitud sobre treinta de anchura; la superficie total del territorio está evaluada en mil trescientas ochenta leguas cuadradas, y la poblacion en un millon nuevecientos mil habitantes. A pesar de esto durante la guerra de sucesion los holandeses tuvieron sobre las armas mas de ciento cincuenta mil hombres que tomaron parte en los triunfos de Marlborough y de Eugenio y al mismo tiempo mantenian escuadras formidables. Su pabellon tremolaba en todas las partes del mundo: en la India tenian muchos establecimientos aquende el Ganges y reinaban en las islas de la Sonda y en las Molucas situadas en el océano pacífico: en África habian establecido muchas factorías en la costa de Guinea, eran dueños del cabo de Buena Esperanza, y fundaron en él la ciudad de este nombre; pero el tratado de 1815 les arrebató este interesante punto para dárselo á los ingleses que tambien han heredado la mayor parte de la Guyana holandesa en América. En los mares de este último continente todavía son los holandeses dueños de las islas de Anruba, San Eustaquio y Curasao. Los prodigios obrados por este pueblo siempre serán admirables, pero no sorprenderán si se recuerda que en la sociedad antigua Atenas no tenia mas que treinta mil habitantes y sin embargo reinaba en la Grecia entera y venció el imperio de los persas que dominaba las mas hermosas provincias de Asia: la marina y el comercio fueron los que levantaron á Atenas como en nuestros dias á la Holanda á ese punto de prosperidad tan grande.

Los holandeses que han sabido hacerse un lugar bajo el aspecto político al lado de las naciones mas poderosas de Europa, tienen tambien una literatura que si fuese mas conocida podria contribuir á su gloria nacional. Su lengua que procede de la alemana es menos áspera y tiene bastante armonía. Formóse muy pronto, pues que en el siglo XIII Maerland reputado por el padre de la poesía holandesa escribió sus obras en esa lengua, la cual durante mucho tiem-

po no hizo progreso alguno, pues hasta el siglo xvi los libros y los documentos públicos se escribian en latin cuyo idioma emplearon en sus obras Erasmo y Grotius de quienes tanto se envanece la Holanda. El siglo xv sacó las letras del letargo en que yacian, pues entonces se fundaron las cámaras de retórica que sirvieron si nó para dar á luz obras notables al menos para pulir el idioma. Los resultados de esos trabajos se manifestaron en el siglo inmediato en que parecieron algunos poetas dignos de este nombre, tales como Teodoro Volkertz, Coornhert y Ana Byns. El primero nació en 1522 y encabeza el largo catálogo de poetas que han hecho ilustre á la Holanda. Las obras de ese hombre adoctrinado en la escuela del infortunio, puesto que sufrió un largo cautiverio, parecen haberle sido inspiradas por una justa avaloracion de los bienes y de los males de la vida, avaloracion que hizo por esperiencia propia. Uno de sus poemas versa sobre el uso y el abuso de los bienes temporales; y es una serie de reflexiones filosóficas tan verdaderas como bien espresadas. «El borracho, dice, bebe su »enfermedad en un vino generoso, porque su loca imprudencia no le permite conservar sus fuerzas ni guardar una »justa medida, al paso que el prudente que conoce la naturaleza de las cosas sabe convertir en útiles para la salud »hasta los venenos mas mortales. Un pie sano desafia las »espinas del desierto y sufre tendido sobre muelle pluma. »El imprudente que toma la espada por la hoja se hiere á »sí mismo en el combate; pero el guerrero prudente la coge »por la guarnicion y hiere á su enemigo. Al sabio todo le »es útil, al necio todo le es contrario.» Aquel siglo mismo produjo á Roemer Visscher y á Lorenzo Spieghel que fue llamado el *Ennius holandes*, y en efecto tiene las dotes y los defectos de aquel cuyo nombre lleva.

El siglo xvii es el siglo de oro de la literatura neerlandesa, y en esa época pareció Pedro Hooft que fue el primero que compuso tragedias y es en su pais el padre del teatro. Fijó

las reglas de la versificacion tomándolas de la poesía francesa que le proporcionó la mezcla de rimas masculinas y femeninas. De la lengua italiana tomó la prosodia y la irregularidad de las cesuras. Durante su juventud estuvo en Paris y luego se trasladó á Florencia, y en ambos paises se relacionó con los literatos mas célebres, estudió sus escritos y supo aprovecharse de ellos para convertirse en legislador poético de sus compatricios. Su teatro se compone de tres tragedias y de una comedia. La primera de esas piezas titulada *Granida* es una especie de pastoral que el autor compuso sin duda como un recuerdo de su residencia en Italia en donde se ensayaban en ese género todos los grandes poetas de la época y entre ellos Tasso. La pieza titulada *Batto ú orígen de los holandeses*, se considera como su obra maestra y ha conservado el privilegio de ocupar todavía la escena en donde aun hoy es recibida con patrióticos aplausos. Despues de Hooft pareció José Van Vondel que tiene el primer rango en el parnaso holandes. Compuso varias tragedias entre las cuales la que se titula *Lucifer* tiene por asunto la derrota de Satanas y la caida del primer hombre. Como Milton no habia escrito todavía su inmortal obra no es una temeridad creer que le inspiraron los cantos de la musa de Vondel. Este poeta era bonetero, lo cual no debe estrañarse en un pueblo dedicado enteramente al comercio. Arruinado por las prodigalidades de su hijo, se vió reducido á pedir una plaza de conserge en un monte pio, destino bien heterogéneo de sus inclinaciones y que sin embargo conservó por espacio de diez años. Debe creerse que aquellos de quienes dependia, supieron apreciar su mérito pues satisfacian á Vondel todo su sueldo sin exigir de él servicio alguno. Ademas de muchos otros trabajos tradujo la Eneida y las Metamórfosis de Ovidio, y sus poemas, sus odas y sus sátiras son muy estimadas entre sus compatricios.

La parte mas brillante ó por lo menos la mas cultivada

de la literatura holandesa es el teatro que en 1727 contaba ya mil doscientas cuarenta y seis piezas, cuyo número es por lo menos doble en nuestros dias. Sin pararnos en hacer una árida nomenclatura nos limitarémos á indicar los autores mas célebres en sus respectivos géneros. Asi Langendyk que vivia en el siglo XVIII empuña el cetro de la comedia; y sin embargo es inferior á Regnard y no puede rivalizar con Dancourt. Muchos autores han compuesto poemas, y entre ellos son dignos de mentarse Hoogvliet que puso en rima la vida del patriarca Abraham; Smits autor del *Belphegor* y muchos otros cuya fama no ha salido de su pais. Tambien ha tenido poetisas la Holanda, y entre ellas son célebres las dos hijas del poeta Roemer Visscher é Isabel Hoofman. Todavía las letras se cultivan hoy en Holanda; pero es probable que se mantengan encerradas dentro de sus límites, porque no parece que esa nacion deba fijar sobre sí las miradas de la Europa, porque perdida su preponderancia marítima y mercantil ha gozado ya toda la gloria que le estaba destinada.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS PAISES BAJOS.

ÍNDICE

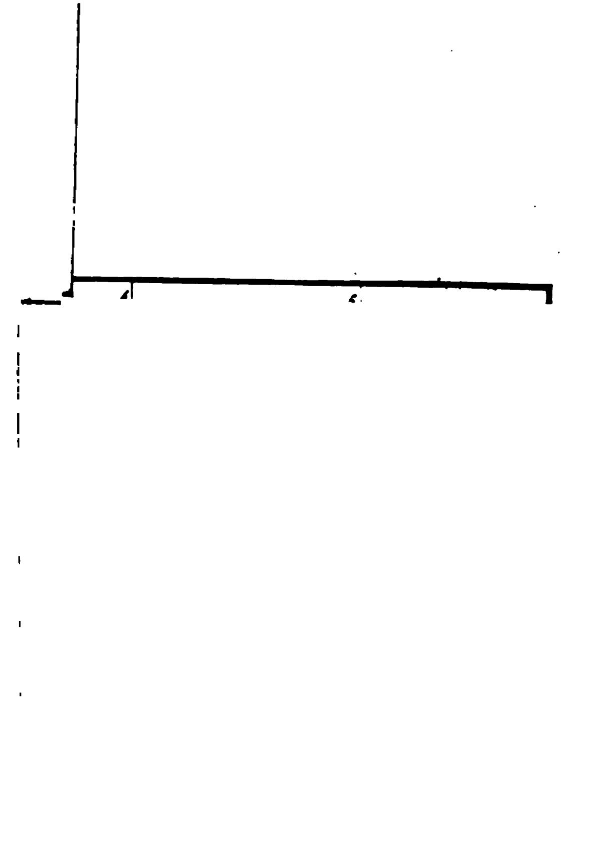
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
Historia de Suiza.	9
Uri.	284
Schwitz.	291
Underwald.	298
Lucerna.	302
Zurich.	307
Zug.	311
Glaris.	313
Berna.	318
Soleure.	324
Fribourg.	326
Bale.	328
Schaffhouse.	331
Appenzel.	335
Historia de los Paises Bajos, conocidos hoy con los nombres de Bélgica y Holanda. Desde la invasion de los Paises Bajos por los romanos hasta el advenimiento de la casa de Borgoña. . . .	343
Desde el advenimiento de la casa de Borgoña hasta la muerte de Cárlos el Temerario.	360
Desde la muerte de Cárlos el Temerario hasta el advenimiento de Felipe II.	368
Desde el advenimiento de Felipe II hasta la muerte del príncipe de Orange.	379
Desde la muerte de Guillermo hasta el matrimonio de Isabel con el archiduque Alberto.	437
República de las Provincias Unidas. Campañas de Mauricio y de Spinola.	456
Desde la muerte de Mauricio hasta el tratado de Munster. . .	479

INDICE.

	Páginas.
Desde la paz de Munster hasta el tratado de Utrecht..	489
Desde la paz de Utrecht hasta que la Bélgica es incorporada á la Francia.	509
Desde el restablecimiento del estathouderato hasta la caida de la república bátava.	521
Desde la ereccion del reino de Holanda hasta el advenimiento de Guillermo IV al trono de los Paises Bajos.	525
Desde el advenimiento de Guillermo como rey de Bélgica y de Holanda hasta la separacion de estos estados.	531

FIN DEL ÍNDICE.



Señalamiento del lugar en que deben colocarse las láminas de este tomo.

SUIZA.

Láminas.	Páginas.
1.	318
2.	29
3.	313
4.	12
5.	335
6.	307
7.	291
8.	44

PAISES BAJOS.

1.	465
2.	544
3.	474
4.	528
5.	504
6.	482
7.	560
8.	570

